



www.traditio-op.org

LA VIDA ESPIRITUAL

SEGÚN LA DOCTRINA

DE LOS

MÍSTICOS ALEMANES DEL SIGLO XIV

POR EL

P. E. DENIFLE, O. P.

TRADUCCIÓN DEL ALEMÁN POR EL P. M. HERBA

DE LA MISMA ORDEN



BILBAO

EDITÓRIAL ELÉXPURU HERMANOS, S. A.

1929

NIHIL OBSTAT:
LIC. PAULUS TORQUEMADA
Censor.

IMPRIMASE:
Ciudad Real, 3 Diciembre 1928.
EL OBISPO PRIOR.

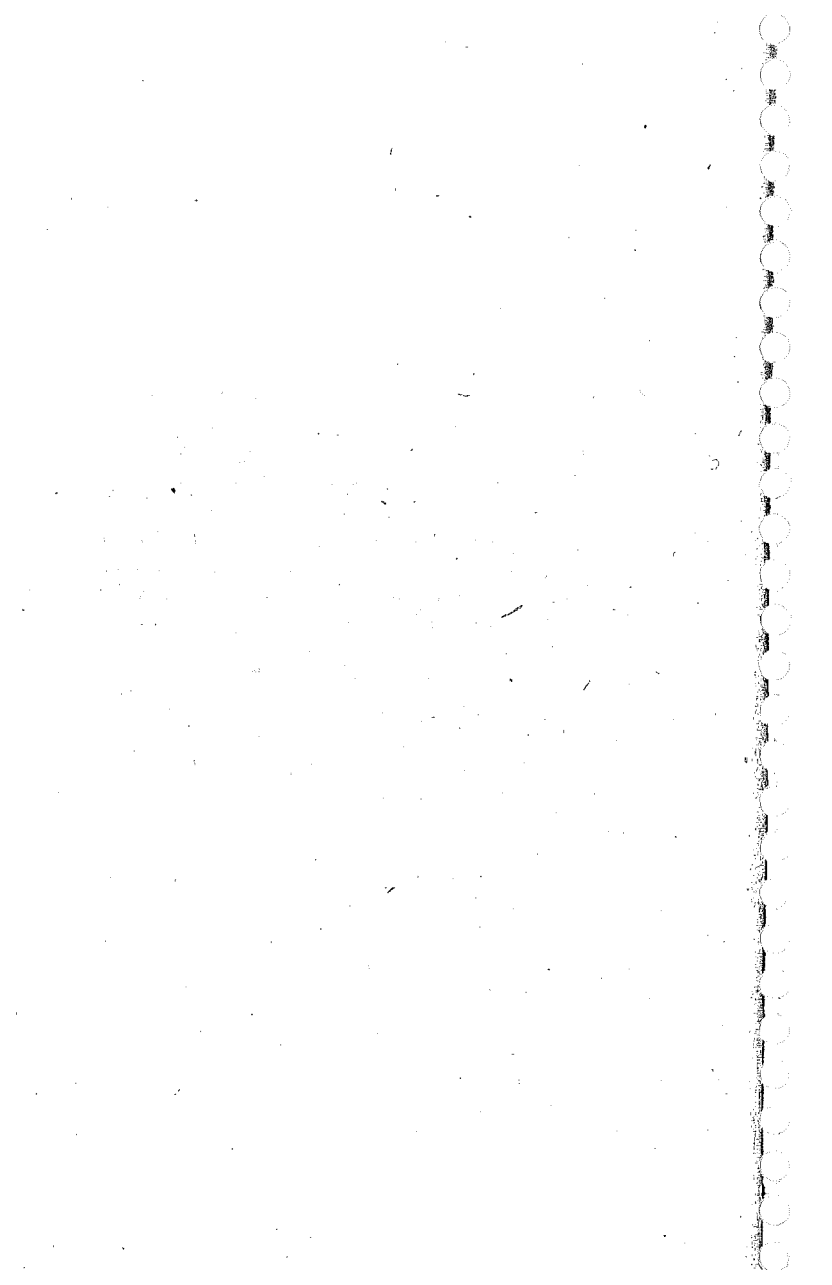
NIHIL OBSTAT:
FR. FRANCISCUS BARBADO, Lect. S. Theolog.
FR. ANTONIUS TRANCHO, Lect. S. Theolog.

IMPRIMASE:
FR. JOSÉ BALLARÍN,
Provincial de los Dominicos de Andalucía.

DEDICATORIA

A la M. R. Madre Priora, Sor María de Santa Catalina y a las Religiosas de la venerable Comunidad de Dominicas del Veda- do (Habana), como a almas escogidas que anhelan subir a las cumbres de la santidad, ofrece este modesto trabajo, donde encontrarán palabras de aliento y la sabia doctrina de los místicos más esclarecidos de nuestra Orden, que las animarán a realizar tan noble y sublime empresa.

EL TRADUCTOR.



PRÓLOGO DEL TRADUCTOR

El libro que hoy presentamos a nuestros lectores, traducido directamente de la sexta edición alemana, creemos será como el granito de arena que ha de aumentar el catálogo, siempre creciente, de las obras ascéticas, en provecho de tantas almas, cuyo número parece multiplicarse cada día, y que sienten en su interior la única aspiración atendible, la de orientarse hacia Dios. Diríase en nuestros tiempos, o que Dios hace un nuevo esfuerzo de misericordia y conmiseración para salvar y convertir a los hombres, o que éstos, fatigados de buscar en lo terreno dónde saciar sus deseos de felicidad y llenos de amargo desengaño, miran hacia lo alto y despiertan con ansias de sentir en su alma algo que los purifique y eleve al mismo tiempo, algo que los perfeccione y conduzca a su último fin.

La ascética y la mística, basadas en la Sagrada Escritura, en las enseñanzas de los Santos Padres; de los teólogos y doctores sagrados; enriquecidas, además, con las revelaciones de muchas almas santas, seriamente estudiadas y aprobadas por la Iglesia, forman una verdadera ciencia, tan vasta y tan profunda como lo es la acción del Espíritu Santo en las almas. Esta ciencia no estudia a Dios precisamente en su sér, como lo hace la Teología especulativa, que le define principalmente de un modo negativo, excluyendo de El las imperfecciones que hallamos en lo

creado; sino que estudia propiamente las operaciones y la acción de Dios en el alma. Y por eso los místicos, más que en los libros, aprenden y se forman con la experiencia de la divina gracia, que obra en ellos de manera más eficaz que en el común de los cristianos, y con el conocimiento que adquieren de Dios en la contemplación.

Este conocimiento y esta experiencia, no sólo interesa a los que aspiran a la perfección espiritual, sino también, y de manera particular, a los que se dedican al estudio del Dogma católico, pues, como observa sabiamente el P. Denifle, así como la ascética y la mística no se comprenden bien sin conocer el Dogma, así tampoco se puede penetrar bien éste desconociendo sus aplicaciones a la vida espiritual. Santo Tomás no hubiera llegado a ser el Príncipe de los teólogos, si no fuese antes tan gran místico, sumido en la contemplación de los arcanos divinos y estudiando en el gran libro del Crucifijo, según él mismo nos lo asegura.

Por una parte el buen deseo de ayudar a las almas que se sienten llamadas hacia Dios y dispuestas a corresponder fielmente a la acción de la gracia, y por otra el valor intrínseco de la obra, que su autor consideraba como *su joya más preciada*, han sido los primeros motivos que nos animaron a traducirla. En segundo lugar, el convencimiento de que habiendo tenido su publicación tanto éxito en Alemania (como lo prueban sus *ocho* numerosas ediciones en aquel país, y haberse traducido al francés, italiano y húngaro) no ha de tener menor acogida en nuestra patria, donde la vida espiritual tiene tanto arraigo en la tradición de nuestros grandes santos y hoy un resurgimiento muy notable. Por último, los deseos expresos de mis Superiores han influído, no poco, para llevar a cabo este trabajo, seguros de que el Señor

bendecirá nuestra modesta labor, cuyos fines y motivos quedan indicados.

Digamos ahora algo sobre el autor y después algo también sobre la obra en sí misma.

* * *

El sabio dominico P. Enrique Denifle, conocido en el mundo científico por sus trabajos histórico-críticos que le han colocado a la vanguardia de los historiadores católicos contemporáneos, nació en Imst (Tirol), en la Engadina superior de Austria, el 16 de Enero de 1844. Hizo con provecho sus estudios de Humanidades en Brescia, bajo la dirección de los canónigos regulares lateranenses (1), dedicándose después al estudio de la música y de la armonía para desempeñar el oficio de cantor en la Catedral. El 22 de Septiembre de 1861 ingresó en la Orden de Predicadores en el Noviciado de Gratz (Austria), donde hizo sus estudios de Filosofía y Teología con tanto provecho, que los Superiores le enviaron a Roma para perfeccionarse, pasando después al Convento de San Maximino, cerca de Marsella, donde se ordenó de sacerdote en 1866.

Vuelto a Gratz, enseñó varios años Filosofía y Teología, sufriendo el examen *ad gradus* y siendo nombrado *bacalaureo* de dicho Colegio. Además de consagrarse a la enseñanza se dedicó también al púlpito con general aplauso, predicando una serie notable de conferencias sobre «La Iglesia católica y el fin de la Humanidad», publicadas en 1872. Apasionado por los estudios históricos y literarios de la Edad Media, pudo fácilmente darse cuenta del rico tesoro encerrado en las obras de los místicos alemanes del si-

(1) Acta Cap. de Viterbo, 1907.

glo XIV y comprobar por sí mismo la interpretación tendenciosa que de ellas hicieron los protestantes, queriendo ver en aquéllos como los precursores de los corifeos del libre examen, sin excluir al gran dominico Taulero, vindicado ya en el siglo XVI por el benedictino L. Bloisio, el cartujo Lorenzo Surio y Pedro Noviomagus. Fruto precioso de estos estudios es *La Vida espiritual*, que él llama antología de los místicos alemanes (*Das geistliche Leben*), publicada por primera vez en 1873. Y para defender su Orden y los admirables escritores místicos alemanes de la Edad Media, escribió en 1875, *El amigo de Dios en Oberland y Nicolás de Basilea*; en 1877, *El libro sobre la pobreza espiritual*; en 1879, *La conversión de Taulero*; En 1880, *Los escritos alemanes de Enrique Suson*, y varias otras disertaciones que aparecieron en la *Revista Histórico-política de Munich (Historisch politische Blätter)*.

El Revdmo. P. General Larroca le nombró su socio en 1880, trasladándose por esta causa a Roma, donde recibió el título de Maestro en Teología, y allí se le ofreció vasto campo a sus investigaciones históricas, recorriendo archivos, bibliotecas y acumulando preciosos datos recogidos en antiguos manuscritos. La fama del sabio investigador no tardó en llegar a oídos del Papa León XIII, quien, bien informado de su valer por el Cardenal Hergenröther, le nombró Vicearchivero de la Biblioteca Vaticana en 1883, cargo que desempeñó con aplauso hasta su muerte. Su admirable obra, *Las Universidades de la Edad Media hasta el 1400*, le mereció el título de creador de su historia. En 1890 empezó a publicar en París, colaborando con E. Chatelain, el *Chartularium universitatis Parisiensis*, en cuatro tomos, desde 1200 a 1452; y el *Auctarium chartularii*, obras de pasmosa erudición que le valieron el premio de la Cruz de la Legión

de Honor francesa, otorgada por el gobierno de aquella República.

Poco tiempo después, publicó la *Desolación de las iglesias, monasterios y hospitales de Francia durante la guerra de los cien años*, de gran valor histórico. Como Vicearchivero del Vaticano escribió varias obras que suponen una labor extraordinaria, tales como: *Los registros pontificios del siglo XIII*; *Specimina paleografica Romanorum Pontificum*, y en colaboración con el sabio jesuita P. Ehrle, publicó el *Archivo para la historia de la literatura y de la Iglesia en la Edad Media*, en siete volúmenes.

Dejando aparte la enumeración de otras publicaciones salidas de su pluma, citaremos para terminar, su famosa obra póstuma, *Lutero y el Luteranismo*, cuya aparición en 1904, provocó una verdadera tempestad de clamores y protestas salidas del campo enemigo, especialmente de las universidades protestantes. El fin de esta obra es desautorizar las falsas y exageradas apreciaciones de muchos escritores protestantes para hacer resaltar la personalidad de Lutero, hasta el punto de anteponerla algunos a la del mismo Jesucristo. El P. Denifle, con documentos históricos irrefutables, pone, por decirlo así, *al desnudo* el alma rencorosa, degradada y vil del padre del protestantismo, con argumentos y razones que no pueden menos de admitir los espíritus imparciales y eruditos, citando los textos auténticos, y da por descontado el ataque y la guerra que ha de provocar su libro entre los sectarios y parcialistas (1).

Tanto arreció la tempestad, que el P. Denifle se disponía a contestar a sus adversarios, principalmente a los profesores Serberg y Harmackam, antes de dar

(1) Esta obra se halla traducida al español por el R. P. Manuel Fernández Alvarez, profesor de la Universidad de Manila: el primer tomo apareció en 1920 y en 1922 el segundo.

a luz el segundo tomo de su obra; pero entonces precisamente, Dios le llamó para sí, dejándola incompleta, y encargándose el P. Weiss de la publicación del segundo tomo, que, según los bien informados, no refleja con precisión cuanto quería decir el P. Denifle. Los ataques y las injurias que sufrió de parte de sus enemigos fueron tan graves, que se cree le aceleraron la muerte (1).

En el verano de 1905 se dirigía el sabio dominico a Inglaterra para ser recibido como Doctor en la célebre Universidad de Cambridge, con cuya honra quería premiar este centro su gran labor científica, y de manera especial su última obra contra Lutero, cuando, víctima de un ataque de apoplejía, falleció en Munich el 10 de Junio, a los 61 años, en la abadía benedictina de San Bonifacio, en cuya cripta recibieron honrosa sepultura sus restos mortales.

«No extrañará a nadie que un hombre de tal cultura, de espíritu y de sabiduría tan profunda recibiese de todas partes las más grandes pruebas de admiración. Además del título de Maestro en Sagrada Teología, la más alta dignidad otorgada por la Orden, que poseía el P. Denifle, era también Doctor de la Academia de Munster y miembro de las Academias científicas más ilustres de Europa: de la de Viena, Dublín, Praga, Gottingen y de la de «Inscripciones y bellas letras» de Praga. Su soberano el emperador de Austria le había conferido la Cruz de la «Corona de Hierro», condecoración reservada a los hombres de más alto mérito, y Francia la «Legión

(1) ... cum opus illud praeclarum de *Luthero ac Lutheranism*o edere coepisset, quam gravissimas etiam adversitates imo et injurias subire non dubitavit. Quae quidem valetudinem viri, diuturno ac strenuo labore iam imminutam, magis magisque labefactarunt praematuram ei mortem adducentes. (Act. Cap. de Viterbo, 1907.)

de Honor», como queda dicho. En fin, los soberanos Pontífices León XIII y Pío X le tenían en singular estima, de lo cual le dieron muchísimas y preciosas pruebas» (1).

Sobre todos estos títulos, el que más honra a nuestro biografiado fué su profunda piedad y espíritu religioso, unido a una gran modestia y sencillez, que encaminaban su alma hacia las cumbres de la perfección cristiana, deleitándose con preferencia en alimentar su corazón con la lectura y enseñanzas de los místicos del siglo XIV, por los que sentía verdadero entusiasmo. Animado de un verdadero espíritu de caridad, en medio de sus múltiples trabajos y disquisiciones históricas, atendía a cuantos a él acudían en demanda de consejos y dirección espiritual, a la que se confiaban muchas y distinguidas personas.

Con razón se le pueden aplicar las palabras de aquel epitafio que recuerdan las *Actas* del citado Capítulo de Viterbo: *Virtute vixit, memoria vivit, gloria vivet.*

* * *

Dos palabras sobre la obra y su traducción.—De aquellas doctas escuelas teológicas del siglo XIII, cuyos principales caudillos fueron al mismo tiempo sabios y santos, surgió como su florecimiento espontáneo en el siglo siguiente un gran movimiento de las almas hacia el cultivo de la ascética y la mística, difundándose así en el pueblo la rica savia encerrada en aquellos principios que, discutidos y asentados primero en las cátedras, venían después a divulgarse y convertirse en patrimonio de todas las almas de buena voluntad, orientándolas en lo que se relaciona con la perfección cristiana. Ejemplo notable de este

(1) *El Santísimo Rosario*, Julio de 1905, en su artículo «El P. Maestro Denifle», por el P. B. Percot.

feliz movimiento nos presenta aquella falange casi internacional de los llamados *amigos de Dios* (*Gottesfreunde*), nacida en Alemania, a cuyo frente aparece el maestro Eckhart, a quien Dios nada ocultó jamás, el bienaventurado, el santo y divino maestro (1). Egregios discípulos suyos fueron: el V. Juan Taulero, el doctor iluminado; el Bto. Enrique Suson, el más tierno y amoroso de los místicos alemanes, y Rubroeck, *lira del Espíritu Santo*. El P. Denifle, después de haber hecho un estudio profundo de los grandes místicos de esta escuela de aquella época, deseando poner al alcance de todos el oro precioso encerrado en sus obras, supo inspirarse en ellos, principalmente en el V. Taulero y en el Bto. Suson, para ofrecernos su preciosa antología, formando un conjunto y un todo tan completo y armonioso que no puede menos de admirarse su gran habilidad y selección exquisita, distribuyendo tan ordenadamente los 2.500 textos diferentes de que habla en el prólogo de la cuarta edición, en las tres partes de que consta la obra, conforme a las tres conocidas vías de la vida espiritual: *purgativa, iluminativa y unitiva*.

Su trabajo personal, aparte de la labor de estudio y crítica que supone la obra, es comparable al de laboriosa abeja, que después de haber libado el néctar en las flores, fabrica rico panal de miel con qué regalar el espíritu. Acerca de su actualidad, se pregunta el P. Denifle en el prólogo de la primera edición, si el espíritu del siglo XIX tiene algún punto de

(1) Es de advertir que de las obras que se atribuyen a este autor han sido entresacadas algunas proposiciones condenadas por la Iglesia, haciéndose hoy investigaciones críticas que acaso pongan en claro la absoluta ortodoxia del autor y la adulteración de algunas de sus expresiones. Debe consignarse también que este ilustre escritor, antes de morir, abjuró públicamente los errores contenidos en las proposiciones que se le atribuían.

contacto con el misticismo del xiv, y al hallar ambos en flagrante contradicción, concluye que, precisamente por esta razón, es de gran oportunidad y actualidad la publicación de esta obra. «Quien considere, dice, nuestra época actual y no desconozca el fondo del corazón humano, no puede dudar que el origen de la corrupción e incredulidad de la generación presente radica, en primer lugar, en la disipación e irreflexión sin límites de que está saturado el ambiente que respiramos. *Hombre exteriorizado*, tal es la idea y noción exacta del hombre de mundo contemporáneo. Hoy el hombre a nadie es tan extraño como a sí mismo, y sumergido en la baraúnda de los negocios y de las diversiones, vive alejado de aquello que precisamente más necesita, de su mismo corazón, donde hallaría su centro y estabilidad. Si el mundo corpóreo perdiese su centro de gravedad, al orden sucedería la confusión y el caos; del mismo modo, desviado el hombre de su centro, que es Dios, necesariamente tiene que vivir en desorden y confusión».

Y para remediar estos dos grandes males, la irreflexión y el desorden del corazón humano, nada más eficaz como inspirar e inculcar, por un lado, el recogimiento interior y el propio conocimiento y abandono de las criaturas; y por otro, la propia abnegación y el sacrificio de sí mismo, cosas ambas en que han insistido aquellos maestros de la vida espiritual, como medios eficacísimos para llegar a la unión del alma con Dios. Tal es el resumen y el tema desarrollado en las páginas de este libro.

En ellas no encontrará el lector pensamientos ni afectos propios de una devoción vaga, fría o sentimental, nada de floreos inútiles, de largas divagaciones, ni teorías áridas e incomprensibles; todo es *grano* por la solidez de la doctrina, por la claridad de las ideas, a veces repetidas con alguna insistencia

por las comparaciones e imágenes originales y persuasivas; todo es luz hábilmente distribuída y combinada para iluminar el espíritu con razones y argumentos solidísimos y oportunos, apoyados en numerosas citas de la Sagrada Escritura y de los santos y doctores de la Iglesia. Pero lo que hace más sugestiva y atrayente la lectura de este libro, es el fuego y el fervor de que están impregnadas todas sus páginas, que caldean el corazón y hacen respirar aquel ambiente de amor divino en que se abrasaban las almas de aquellos grandes y fervorosos místicos del siglo XIV, especialmente del suave *minnesaenger* (cantor del amor) Enrique Suson, que como él mismo declaraba en el prólogo al *Horologium Sapientiae*, no escribió «para instruir a los ignorantes, porque la tierra está llena de la Sabiduría de Dios, sino para avivar el fuego que amenaza extinguirse, enfervorizar a los tibios y fríos, excitar la devoción y despertar a los que duermen el sueño de la tibieza, animándolos a la vigilancia y a la virtud». Su estilo es de tal naturaleza y está impregnado de tanta devoción, que con frecuencia se mezclan los graves pensamientos de la ascética con encendidas jaculatorias y súplicas fervorosas a Dios, a la Eterna Sabiduría y a la Virgen María, que convierten su lectura en verdadera oración, y por eso no es de extrañar el que para muchas personas religiosas sea este el libro preferido de sus meditaciones. Así se explica cómo haya adquirido esta obrita tanta difusión en Alemania, donde la hemos visto no sólo en gran aprecio del clero y como indispensable en la biblioteca de los religiosos y novicios de nuestra Orden dominicana, sino también en manos de muchos seglares, hasta el punto de que algunos la comparen con la *Imitación de Cristo*.

En la *primera parte* se asientan los fundamentos de la vida espiritual, cuales son: nuestro último fin,

la caída del primer hombre, gravedad del pecado, los novísimos, la obra de la Redención, la penitencia y el arrepentimiento, la oración, etc. Son notables el monólogo patético del capítulo IV del pecador sorprendido por la muerte repentina; el retrato de las almas tibias, trazado de mano maestra en el capítulo IX; la ardiente y fervorosa súplica del pecador arrepentido que vuelve a su Dios, contenida en el capítulo XIV, y la súplica final del último capítulo, dirigida a la Virgen Santísima, pidiendo su intercesión y amparo ante la Eterna Sabiduría.

La *segunda parte*, que es la más extensa, se halla dividida en dos secciones, siendo su fin principal poner ante el alma la luz que con sus ejemplos irradia Jesucristo, nuestro divino modelo y Maestro de todas las virtudes, sobre todos los corazones. En la primera sección se nos invita con insistencia a la vida interior, buscando la soledad y el silencio, la mirada frecuente al corazón, como medios para adquirir las virtudes, y se trata de éstas en particular, especialmente de la humildad, como fundamento de la vida espiritual y medios de adquirirla, de la obediencia, mansedumbre, castidad, paciencia, etc. De modo especial se insiste en la limpieza y pureza del corazón y pobreza de espíritu, como preparación indispensable para ser iluminados por la luz del Cielo. La descripción que en el capítulo VIII—*Apariencia y realidad*—se hace de las almas hipócritas y que se creen santas y perfectas, es de un realismo impresionante, y nadie que lea y medite el capítulo XXXIV dejará de concebir gran confianza para cuando llegue el momento de la muerte, tema que suelen describir con tanto terror y espanto la mayor parte de los autores ascéticos.

La segunda sección está escrita en forma dialogada entre el divino Maestro y el discípulo, dándole un

carácter de ternura y devoción que cautiva el espíritu. La Pasión de Jesucristo y el Sacramento de la Eucaristía son los dos asuntos que se desarrollan en estas páginas, que tratan de llevar el alma por Cristo en cuanto Hombre, a Cristo en cuanto Dios.

Cómo debemos copiar en nosotros la imagen del Crucificado, cuán grande sea el provecho encerrado en los padecimientos, de cuánta utilidad es el sufrimiento con que Dios prueba a los suyos en esta vida, cómo debemos prepararnos para antes y después de la Comunión, frutos que hemos de sacar de este admirable Sacramento y de la santa Misa, son los puntos principales de esta sección.

Por último, en la *tercera parte* se invita al alma a unirse estrechamente con su Dios, cuya bondad y amor para con las criaturas exceden toda ponderación, poniendo de manifiesto cómo *el servir a Dios es reinar*; se la instruye sobre las excelencias de la gracia y del amor divino; cómo debe prepararse para recibir la acción del Espíritu Santo, que siempre se manifiesta a los humildes; cómo habla Dios al corazón; cuán grande es la paz y la dicha de sus siervos, encareciendo la necesidad de abandonarse por completo y confiadamente en las manos amorosas de Dios, renunciando no sólo a las criaturas, sino también a sí mismo. En el capítulo XX se expone discretamente la doctrina de la transformación del alma en Dios, ilustrándola con varios ejemplos muy apropiados, y el último capítulo es un modelo de oración de un alma dispuesta a sufrirlo todo y abandonarse completamente en las manos de su Dios y Señor.

En cuanto a la traducción, aunque hemos procurado atender más a la idea que ajustarnos a la materialidad de las palabras, a fin de evitar los giros y modismos de la lengua alemana, tan diferentes de la nuestra, creemos haber hecho lo posible por conser-

var la fidelidad del texto, sin que por eso hayamos podido evitar la monotonía de algunos capítulos, donde se insiste sobre las mismas ideas con demasiado empeño y falta de variedad.

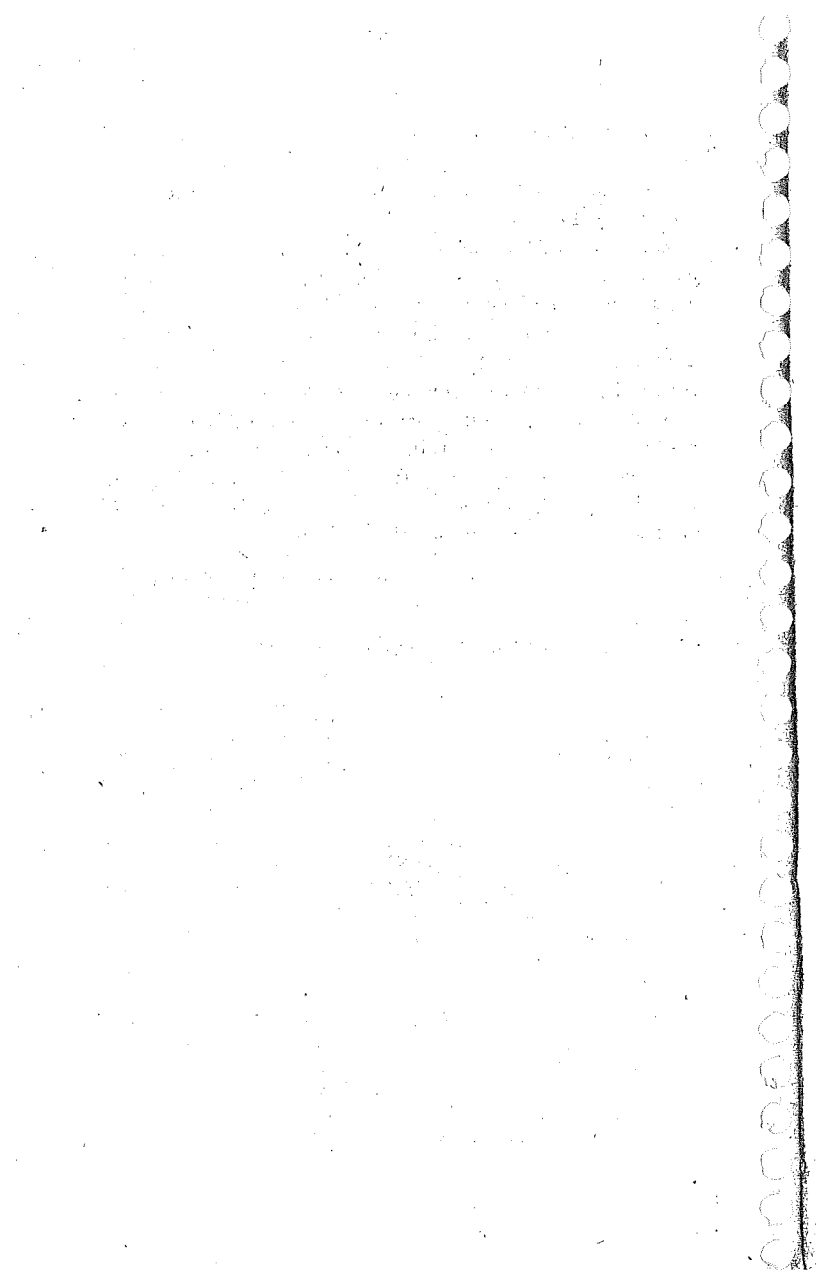
En cuanto al título de la obra, que el P. Denifle califica de *antología (Blumenlese)*, nos parece está más conforme con el contenido del libro, el que aparece en la primera página. Las notas, que en la edición alemana están citadas sólo en esta lengua dentro del texto, hemos creído conveniente ponerlas al pie de cada página y en latín, para mayor comodidad y provecho de las personas religiosas y eclesiásticas.

Ojalá que este modesto trabajo contribuya en algo para llevar a Dios muchas almas, y que éstas tengan presente en sus oraciones al traductor.

FR. MANUEL F. HERBA.

Almagro, 22 de Julio de 1928.





BIBLIOGRAFÍA

de los principales místicos alemanes, cuyas obras han servido
de fuentes para componer el presente tratado

CRISTINA EBNER. Religiosa dominica en Engelthal, que nació en 1277. Enferma desde su juventud, vivió en continua penitencia y en alta contemplación.

Murió en 1356, dejándonos una descripción interesante de su admirable vida interior, bajo el título de *Vida y Visiones*. Edición Nuremberg, 1872.

ECKHART (el viejo o el maestro). Nació hacia 1260, ingresando en la Orden de Predicadores en el Convento de Hockheim (Turingia). Estudió filosofía y teología en Santiago de París, y recibió el grado de doctor de manos del Papa Bonifacio VIII; fué el primer Provincial de la Provincia de Sajonia en la Orden, y después Vicario General de la misma. Falleció en Colonia en 1327.

Escribió: *Comentarios sobre el Génesis, Exodo, Cantar de los Cantares, Sabiduría, Evangelio de San Juan. Comentarios a los cuatro libros de las Sentencias* y varios sermones. Es considerado como el padre y fundador de la mística alemana. Edición P. Pfeifer, 1857.

ECKHART (el joven). Fué también dominico, celebrado por su mucha ciencia y santidad como el anterior. Murió en 1337 al volver del Capitulo general de Valencia, donde había definido por su Provincia de Sajonia.

Escribió: *La perfecta resignación y olvido de nosotros mismos y cuánto se aprende en la escuela del Señor*. Edición Preger; Munich, 1870.

MARGARITA EBNER. Nació en 1291 en Donauworth y fué religiosa dominica en Mendingen, cerca de Dollingen, donde murió en 1351. Probada por Dios con grandes sufrimientos, trabajó por conformarse siempre con la Pasión del Señor, tema favorito de sus meditaciones y devociones. *Margarita Ebner y Enrique de Nordlingen*, por Ph. Strauch; Freiburg, 1882.

ENRIQUE SUSON. Nació en Uberlingen de Alemania en 1295, ingresando en la Orden dominicana en Constanza. Fué hombre de penitencias extraordinarias y probado por Dios con terribles penalidades interiores y exteriores, convirtiéndose innumerables almas con su celo apostólico. Murió el 25 de Enero de 1365, siendo beatificado por Gregorio XVI; su fiesta se celebra el 2 de Marzo.

Escribió: *El reloj de la Sabiduría, Cien meditaciones y plegarias, El libro de la Vida, Diálogo entre la Eterna Sabiduría y su discípulo, Diálogo sobre la Verdad*, y varios sermones y cartas.

Escritos del Beato E. Suson, por Denifle; München, 1880.

Sermones y cartas. Edición Diepenbrocks y Strange; Colonia, 1861.

JUAN TAULERO. Este gran predicador alemán nació probablemente en Alsacia en 1290, ingresando en la Orden de Santo Domingo en Strasburgo el 1308. Hizo sus estudios de teología en París, y fué uno de los más renombrados maestros de espíritu: Bossuet le considera como uno de los místicos más sólidos y precisos entre los católicos. Murió el 16 de Junio de 1361.

Sus obras principales son: *Sermones, Cartas espirituales, Meditaciones sobre la Vida y Pasión de Jesucristo y las Instituciones divinas*. Edición Frankfort, 1826.

JUAN DE RUUSBROECK, llamado así por el lugar de su nacimiento, cerca de Bruselas, en 1293. Ordenado de sacerdote en 1318, fundó en 1349 la abadía de Grönenthal, donde murió en 1381. Le llamaron el doctor estático y divino.

Escribió varias obras en flamenco, siendo las principales: *Suma de la vida espiritual, Espejo de la salud eterna, Comentarios sobre el tabernáculo de Moisés*, etc. Edición de Gante, 1868.

MARCOS DE LINDAU, franciscano, Provincial que fué de la Provincia de Strasburgo, y murió en 1392. Publicó un tratado sobre los diez mandamientos, manuscrito que se conserva en Munich.

NICOLÁS DE STRASBURGO, dominico del siglo XIV, profesor en Colonia, Vicario y Visitador General de su Orden en Alemania. Aunque no merezca contarse entre los místicos alemanes, rigurosamente hablando, sus célebres discursos y sermones están inspirados y fundamentados en la doctrina de dicha escuela, de la cual no se separó. Murió en 1329, dejando varios sermones publicados. Edición P. Pfeifer. *Místicos alemanes*, volumen I.

OTTON DE PASSAU, franciscano, que enseñó Teología en Basilea. Dejó escrito un tratado de Ascética popular, aprovechable sólo en parte, titulado: *Los veinticuatro ancianos sobre el trono de oro*, que se conserva manuscrito en San Gallo (1383). N. 987.

RULMAN MERSWIN, seglar, miembro de la Asociación de los Amigos de Dios, a quien se atribuye el opúsculo de *Las nueve rocas*, publicado por Schmidt, Strasburgo, en 1859, y algunos otros tratados. Murió en 1382.

HERMANN FRITZLAR. Místico seglar del siglo XIV. Viajó mucho por España y Francia, escribiendo después un libro titulado *Vidas de los santos*, donde narra sus peregrinaciones, editado por Pfeifer en Leipzig, 1857.

MATILDE DE MAGDEBURGO. Nació en 1210, siendo varios años *beguina* en Magdeburgo, pasando después a ser benedictina en el Monasterio de Helfta, donde vivió los doce últimos años de su vida; murió en 1280. Greith cree que fué dominica en algún Convento de Turingia o de Sajonia.

Escribió: *La luz infusa de la Divinidad*, en siete libros, donde describe el proceso de su vida interior, obra editada por Gall Morels en Regensburg, 1869. Edición Solesmes, 1877.

A. LANGMANN, religiosa en Engelthal, muerta en 1375. Sus revelaciones fueron publicadas por Strauch en 1873, Strasburgo.

Tratado de las tres preguntas o cuestiones, por el P. Denifle, sobre la conversión de Taulero. Strasburgo, 1879.

El Amigo de Dios en Oberland, tratado de ascética atribuido a Nicolás de Basilea, falsamente según el P. Denifle, como lo sostiene en *Germania*, revista de Antigüedades alemanas; nueva serie XII, *Vida y escritos de Nicolás de Basilea*, edición Schmidt, Viena, 1866.

Los místicos alemanes de la Orden de Predicadores, por Greith; Freiburg, 1861.

Libro de la pobreza espiritual, conocido hasta ahora como la imitación de Taulero de la vida de pobreza de Jesucristo, pero escrito por un místico desconocido. Edición P. Denifle; Munich, 1877.

Germania, revista trimestral de Antigüedades alemanas, volúmenes 3 y 18.

El libro maestro o relación que hace un amigo de Dios sobre la conversión de cierto maestro en sagrada Escritura, que algunos han creído fuese Taulero. Edición de Schmidt. *Conversión de Taulero*, por Nicolás de Basilea; Strasburgo, 1875.

Teologia en alemán por un autor místico desconocido del siglo xiv. Edición Pfeifer; Stuttgart, 1855.

Sermones atribuidos a Taulero y otros místicos alemanes. Edición Frankfort, 1826.

MANUSCRITOS

Números 278 y 710 de la Biblioteca conventual de Einsiedeln.

Códices alemanes números 89, 627, 628, 651 y 5.140 de la Biblioteca municipal de München.

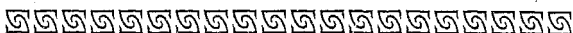
Manuscrito de Oxford, Cod. Laud. Misc. 479, con sermones de los místicos alemanes.

Números 603, 970, 972, 999, 1.033 y 1.066 de la Biblioteca municipal de Zürich.

El manuscrito núm. XI-23 de la Biblioteca universitaria de Basilea.

Varios manuscritos de las Bibliotecas del P. Denifle, Griesen y Lucerna.





LA VIDA ESPIRITUAL

PRIMERA PARTE

VIA PURGATIVA

CAPÍTULO I

El último fin de la criatura.

1. En todas las cosas he buscado el descanso, pero no lo he hallado sino en Dios (1). El corazón humano no halla su centro en criatura alguna, según dice San Agustín: «¡Oh Dios! me has creado para ti solo, y mi corazón está inquieto hasta que no descanse en Vos».

Todas las criaturas buscan por inclinación natural el reposo, pues el mismo movimiento de los cielos y de la tierra tiende al reposo, siendo éste, por consiguiente, el fin de todo movimiento.

2. Todas las cosas reposan cuando llegan al sitio que les acomoda, y toda criatura descansa en su propio lugar; por eso Dios ha señalado a cada ser su particular ambiente: el agua al pez, el aire al ave y la tierra a los demás animales; mas si al pájaro se le mete en el agua se ahoga, y si al pez se le saca al aire muere. Todo ser tiende, por lo tanto, a volver al punto de origen de donde salió; así cuando lanzamos

(1) «In omnibus requiem quaesivi». (Eclli. XXIV, 11.)

una piedra al aire no se detiene en él, sino que vuelve a la tierra de donde salió, porque la tierra es su lugar de reposo y el aire es para ella como elemento extraño; y si fuese retenida en lo alto por más de mil años, efecto de alguna fuerza extraña, no perdería su natural inclinación hacia la tierra, y al soltarla caería de nuevo inmediatamente.

Esto mismo pasa con todas las criaturas: buscan su particular fin y destino. Si alguno preguntara al agua hacia dónde corre y ella pudiera hablar, diría: «Hacia donde he salido», porque todas las aguas vuelven al mar de donde salieron (1).

Al considerar las criaturas veremos y oiremos que cada una va hacia su punto de origen de donde procede.

3. Mi principio y punto de origen es Dios, según aquello de San Agustín, que «el alma es creada por y para Dios». El es, por lo tanto, mi destino y en El está mi verdadero descanso, y así como la piedra descansa sobre la tierra y el fuego busca el aire, así también el alma descansa en Dios; y así como es natural a la piedra el caer, así es natural al alma el unirse y elevarse hacia Dios, sintiéndose gravitar hacia donde ha salido. Todos los seres se esfuerzan por volver a Dios, porque fueron creados por El, porque son huellas suyas y tienden hacia Aquel por quien han recibido el sér y la vida. Pero el alma no sólo es huella del Creador, sino que está formada a su imagen, según aquello del Génesis: «Dios formó al hombre a su imagen y semejanza» (2), siendo por lo tanto un espejo de la Divinidad, figura de la Santísima Trinidad, y por eso debe tender naturalmente hacia Dios. La pie-

(1) «Omnia flumina intrans in mare...; ad locum unde exeunt flumina revertuntur». (Eccle. I, 7.)

(2) «Et creavit Deus hominem ad imaginem suam». (Gén. I, 27.)

dra jamás pierde su tendencia hacia la tierra, y el alma tampoco pierde la suya hacia Dios. ¿Cómo podría yo perder lo que tengo por naturaleza? Si quieres, pues, vivir fuera de Dios, seguramente morirás.

4. Dios nos creó a su imagen para que fuésemos capaces de El y pudiéramos unirnos a El por amor, y no contento con esto, dió al hombre un destino mucho mayor, a saber, la misma bienaventuranza de que goza la Santísima Trinidad, y ésta es, por consiguiente, la magnífica herencia que nos está prometida, siendo coherederos con Cristo y eternos cortesanos suyos.

Todo lo que Dios es y puede, constituye la recompensa que nos promete en la otra vida, halagándonos como a la ovejita con la vista de un verde prado: la misma Santísima Trinidad será la recompensa de nuestro trabajo, y Ella será la verdadera mansión *sobrenatural* del alma.

El premio que tendremos en el cielo será la clara visión de lo que ahora creemos, la actual posesión de lo que aquí esperamos, y un gozo amoroso y feliz de lo que ahora amamos, o sea, la inmediata unión del alma con Dios que constituirá nuestra gloria esencial. Dios alimentará en el cielo a sus ovejas con su misma gloria y bienaventuranza.

5. Pero Dios es tan sublime y el hombre tan rastroso, que ninguno por las propias fuerzas naturales de la razón puede llegar a la contemplación de su gloria, ni alcanzar aquella pura quietud donde El se manifiesta, porque este bien infinito que allí gozaremos y poseeremos no lo podemos conseguir ni comprender por nuestras propias fuerzas.

La sublimidad de Dios es tal, que aún con su omnipotencia, no pudiera crear un sér superior a los querubines y serafines, capaz por naturaleza de abarcar su grandeza, o de comprender con su natural en-

tendimiento su infinita sabiduría. La razón necesita, pues, que Dios mismo la infunda su luz divina para comprender las cosas sobrenaturales, luz en cuya comparación la natural es como la noche respecto al día, y la inteligencia creada no puede resistirla, como no pueden nuestros ojos mirar fijamente el disco del sol.

Si el alma quiere por lo tanto experimentar qué cosa es Dios, debe elevarse sobre sí misma y sobre todas las criaturas, y su inteligencia debe transformarse por medio de aquella luz sobrenatural que la *deifique* y haga semejante a Dios.

6. Piensa, pues, que Dios te ha elegido para un fin tan noble que no se puede imaginar que hubiese podido darnos otro más alto. No pudo hacernos dioses por naturaleza, porque esto solo de El es propio; pero nos creó para que lo fuésemos por gracia, y tuviésemos una misma felicidad eterna en su reino, no por naturaleza, sino por su bondad y amor. Para esto hemos nacido y a ello debemos aplicar todas nuestras potencias, para conocerlo, amarle sobre todas las cosas y recordarle incesantemente, así como El jamás se olvida de nosotros, ofreciéndole todas nuestras obras. Ha creado los cielos, la tierra y todo cuanto hay en ellos para que nos sirvan, y nosotros le sirvamos a El solo, guardando sus mandamientos para ser después eternamente dichosos.

7. Abre, pues, los ojos y mira dónde está tu verdadera patria, en el paraíso: eres extranjero sobre la tierra y como un pobre peregrino; así como un caminante se apresura hacia su propio hogar donde le esperan con gran ansia sus íntimos amigos, así tú debes apresurarte hacia aquella patria desde donde te contemplan los santos que desean vivamente tu presencia, donde serás saludado amorosamente, recibido con ternura, entrando para siempre a gozar de su compañía. ¡Oh! ¡cuán imponderable será allí la alegría!

con que los elegidos contemplarán a la Santísima Trinidad y con qué fuego serán inflamados en el amor de Dios! Ciertamente, si el hombre pudiera gozar por tres mil años todos los goces apetecibles del corazón, debiera despreciarlos por ver una sola vez la gloria del Señor, aunque después jamás volviera a tener esa dicha.

¡Cuán necios son, por lo tanto, los hombres que por un placer carnal, por un bien temporal o por un poco de honra, olvidan, pierden y hasta rechazan la eterna bienaventuranza! El tiempo debe ser para nosotros el camino hacia nuestro destino, y aquella eternidad nuestra morada y último fin.

Piensa, pues, alma mía, en esto con toda diligencia, y reflexiona mientras vivas en este tiempo de gracia; practica obras buenas para que no pierdas aquella eterna felicidad, sométete gustoso a los mandatos de la eterna Sabiduría, que se convertirán después en coronas de oro en la bienaventuranza.

No te haga desviar ni desfallecer en tu propósito el ver que son tan pocos los que van por el camino estrecho, y tantos los que buscan, en cuanto pueden, su propio gusto. Contempla más bien los grandes modelos de vida santa que despreciaron sinceramente cuanto podía ofrecerles el mundo, y vivieron con el corazón y la mente constantemente en el cielo y en este recogimiento y retiro brillaron como las estrellas.

Sigue sus ejemplos, imítalos como modelos, a fin de que con ellos puedas participar de su inmensa recompensa y felicidad.

CAPÍTULO II

Depravación de nuestra naturaleza.

1. La naturaleza humana es como la esposa que Dios ha formado a su imagen y semejanza, colocán-

dola en un principio en el lugar más hermoso, rico y ameno de la tierra, el paraíso. A ella sometió todas las criaturas y la adornó con su gracia, y dispuso su naturaleza de tal manera, que no estuviera sujeta a enfermedad alguna, pues de la Santísima Trinidad descendía hacia ella como una cadena de oro, imagen de una perfecta armonía que penetraba todas las potencias del alma, sometiendo las inferiores a las superiores. Dios impuso al hombre un mandamiento para que mereciese por la obediencia ser confirmado y establecido en eterna amistad con el Esposo y jamás incurrir en pecado ni pena alguna.

2. Pero vino el maligno espíritu del infierno, que movido de envidia y bajo la forma de astuta serpiente, engañó a la mujer, y ambas al hombre, que era la cabeza del género humano. Adán, nuestro padre, fué vencido por el enemigo sin esfuerzo; era noble, rico, hermoso, sabio y fuerte sobre todos los demás seres, pero inhábil *comerciante*, porque cambió a Dios y su gracia, la vida eterna y el paraíso por un bocado de manzana. Así engañó el enemigo infernal a la humana naturaleza, esposa de Dios, siendo desterrada a lejanas tierras pobre y miserable, prisionera, oprimida y sitiada por su enemigo de tal modo que no pudiera volver a su patria ni alcanzar el perdón.

3. Así cayó Adán en el paraíso y con él todos los hombres, siendo por naturaleza hijos de ira y de muerte eterna, dignos de condenación (1). El alma, por lo tanto, es desde su principio como una planta muerta que no puede producir ningún fruto de vida, a no ser que se una por el bautismo a Jesucristo y sea santificada por los Sacramentos, volviendo así a la vida divina. La generación carnal produce hijos de ira, mas la espiritual hijos de amor.

(1) «Eramus natura filii irae». (Efes. II, 3.)

4. Pero, aunque el bautismo nos limpia de la culpa original, nos queda la raíz de la inclinación al pecado, de la cual, por ser una consecuencia de aquella primera culpa, nadie está completamente libre en esta vida.

Desde la caída de Adán, todo cuanto hay en el hombre está dañado: corazón e inteligencia, cuerpo y alma, potencias y todo lo demás que hay en él, todo está enfermo y corrompido; y desde que el primer hombre prestó oídos a la sugestión del enemigo, todos los demás nos hemos vuelto sordos, de tal modo, que no podemos oír ni entender las amorosas inspiraciones del Verbo eterno, cual si algún estorbo puesto en los oídos nos impidiera escuchar la amorosa voz de Dios, siendo al mismo tiempo tan deslumbrados por ella, que también nos hemos vuelto mudos. El hombre se desconoce a sí mismo, y aun cuando quisiera hablar de su estado interior, no sabría, ni podría, ignorando, por lo tanto, su verdadera situación. ¿Cómo puede ser que nuestra noble inteligencia y nuestra mirada interior esté tan lastimosamente obcecada que no vea la verdadera luz? Esta desgracia proviene de que una fuerte y negra venda la cubre, y esta venda oscura es el amor y cuidado de las criaturas, de nosotros mismos y de nuestras cosas.

5. A causa del veneno que ha invadido nuestra naturaleza, ésta se busca continuamente a sí misma inclinándose a la parte inferior de su ser; el hombre infeliz siempre atiende la parte más débil, deteniéndose en el camino de su vida y olvidando su último fin, y su naturaleza se ha vuelto tan pesada, que a doquiera se dirija, allí quiere locamente reposar. Por eso dice Santo Tomás que, a causa de este envenenamiento, el hombre se ama a sí mismo más que a Dios, que a los ángeles y que a toda otra criatura, obrando así no por su naturaleza, sino por el pecado,

pues debiera suceder todo lo contrario si no hubiera perdido su primitivo estado de justicia original. Desde entonces el amor humano se halla extraviado, y busca siempre su propio interés.

6. Pero este mal está tan arraigado en nosotros que los sabios y hombres más eminentes no lo han podido comprender con todo su ingenio, ni remediar o desarraigar con toda su diligencia; por más que sea reprimido este mal fermento en el hombre, no desaparecerá por completo, lo cual es imposible en esta vida, por mucho que el hombre trate de desprenderse de sí mismo. Y cuanto más lo persiga y trate de conocerlo, más sutilmente y fuertemente tratará de deslizarse en todas las cosas, y si consigue desarraigarlo de las cosas temporales, se introducirá en las espirituales, apoderándose de éstas como de aquéllas. Por lo tanto, debe el hombre luchar con este mal germen toda su vida, y aunque le haya vencido en mil combates no debe fiarse, pues mientras vivan unidos el alma y el cuerpo no hay seguridad posible, porque en un momento sucede lo que no ha sucedido en cien años.

Quando se limpia el campo de las malas hierbas, queda a veces alguna raíz o simiente de ellas enterrada sin ser apercibida al sembrar, y allanar la superficie del terreno; pero cuando brota la buena semilla aparece al mismo tiempo la maleza cuya raíz estaba oculta, perjudicando a aquélla; lo mismo sucede con los defectos que se ocultan en el fondo del alma, que no se han desarraigado por completo y sólo se han amortiguado con la confesión y penitencia, haciendo pasar sobre ellos el arado del ejercicio de las buenas obras, pero quedando en el fondo la inclinación al orgullo, a la impureza, al odio o a la envidia, etc. Mientras están adormecidos no aparecen, pero cuando la virtud debiera manifestarse en sí, entonces apa-

rece también la mala inclinación, destruyendo el fruto de una vida santa.

7. Cuidado, pues, porque no se trata de cosas de poca importancia, y entrad en vosotros mismos estudiando y observando hacia donde se dirige vuestro corazón, escudriñando vuestras tendencias interiores; que debéis vigilar con toda diligencia, y cuando halléis algo que es dañoso, procurad vencerlo con energía y profunda humildad, acudiendo a Dios con devotas plegarias y ardientes suspiros. Búscale sobre todas las cosas, porque solo El podrá libraros de tus malas inclinaciones. La separación del alma de su Dios no se remediará ni se reparará sin algo más noble y grande que ella, que le preste auxilio, y ese algo es la gracia, cuya acción consiste en unir el alma a Dios, elevándola hacia El. Si se ha de reparar el daño causado en la humanidad por el pecado del primer hombre, restableciendo el orden en nosotros y la sumisión de nuestras potencias unas a otras, como cuando Adán gozaba de la inocencia en el paraíso, sólo se conseguirá por medio de Jesucristo, a quien debemos pedirlo desde el fondo de nuestra alma. La conversión es don y obra de Dios, a quien debe el hombre pedirla continuamente con toda la humildad y fervor que pueda.

8. Sin embargo, también debe por su parte esforzarse por dominar su invencible naturaleza, y esto no nos viene sólomente llovido del cielo; debes violentarte, domar la carne, huir del mundo y vencer el espíritu maligno, si quieres recobrar la primitiva dignidad perdida por el pecado de Adán para todos nosotros. Por dos cosas perdió el hombre el paraíso, a saber: por el orgullo y el placer desordenado, y por lo tanto, la naturaleza debe recobrar sus anteriores energías por dos medios opuestos a aquellos males: primero, abjurando y sometiendo nuestra naturaleza a Dios, a todos los demás hombres, con profunda hu-

mildad para destruir la soberbia, y segundo, matando y reprimiendo esforzadamente todo placer desordenado; y así, cuando dudemos en nuestra manera de obrar sobre cuál sea lo mejor, lo más seguro será hacer lo que más repugne a nuestra naturaleza, y lo más peligroso seguir nuestra propia inclinación, pues cuanto más vivamos según nuestros gustos, menos viviremos para Dios y conforme a su voluntad, y al contrario, cuanto menos nos conformemos a nuestros deseos, más nos conformaremos a la voluntad del Señor. En resumen, si queremos vivir para el espíritu tenemos que morir a la carne. ¡Oh amado Señor! ayúdame y cambia de tal modo mi vida, que merezca vivir en la compañía de tus escogidos por medio de una santa vida, y en tu reino gozar de tu dulce bienaventuranza ante tu augusta presencia. Amén.

CAPÍTULO III

Por qué debe ser tan temido el pecado mortal.

1. Debes saber que ninguna criatura es contraria a Dios, ni le ofende o agravia en cuanto que existe, conoce y obra; y en este sentido nada hay malo ni perverso, pues el hombre y el mismo espíritu malo en cuanto al sér y a la vida que tiene, son buenos como recibidos de Dios, porque El da a todos los seres la existencia, y vida a los vivientes, y entendimiento a los inteligentes, y por eso toda criatura es buena en cuanto que es o existe. Lo que es bueno, es amado de Dios, y por lo tanto, no es contrario a El.

2. ¿Qué cosa hay, pues, contraria y ofensiva para Dios? Sólomente el pecado; porque El no creó el pecado, puesto que consiste precisamente en que la criatura quiere algo contrario a la voluntad divina. Y esto lo experimentamos nosotros mismos, pues

aquel que quiere lo que me es contrario es mi enemigo, y lo mismo pasa con respecto a Dios. El que quiere u obra lo que no es conforme a Dios sino contrario a su voluntad; es enemigo de Dios, comete un pecado y, por lo tanto, le ofende y desagrada.

Dios sólo aborrece el pecado, porque consiste en el desprecio de un bien eterno prefiriéndolo a un bien temporal. Toda criatura ama naturalmente más a Dios que a sí misma, excepto el pecador, que se ama más a sí mismo que a su Creador, como lo prueba cuando busca en las criaturas su placer y satisfacción con ofensa del Señor. Sin embargo, antes debe permitirse que perezcan todos los ángeles y todas las criaturas, que separarse de Dios por el pecado; y aunque hubiera miles y miles de mundos que salvar, no sería lícito cometer el menor pecado contra la voluntad de Dios.

Siendo, pues, el pecado un mal tan grande, no puede ser satisfecho con todos los bienes posibles que es capaz de hacer la humanidad, puesto que la deuda sólo puede pagarse con solo Dios mismo, y El, en efecto, ha reparado el pecado con su misma sangre.

3. Si los que viven en pecado llegasen a comprender los bienes, no ya sólo espirituales, sino también naturales de que están privados por su culpa, sufrirían antes los mayores tormentos que cometer un pecado, porque éste priva al hombre de todo bien, y por eso no es pequeña gracia conocer la maldad y gravedad del pecado, la cual nadie puede ponderar suficientemente.

4. El pecado priva al alma de su natural dignidad, y la hace tan vil, que se convierte en objeto de odio a todas las criaturas; el mismo demonio odia tanto esta vileza, de la cual él no se puede librar, que esto es precisamente su infierno.

Se dice que el pecar es cosa humana; pero, en rea-

lidad, es sólomente diabólica, porque el pecado convierte al hombre en demonio, y los que advertidamente viven en pecado no son hombres sino demonios, pues sea aquél grande o pequeño, va siempre acompañado del espíritu maligno. Es cosa humana sentir el hambre y la sed, el calor y el frío, el dolor y el llanto, la tentación, el sueño y el cansancio; todas estas cosas también las padeció Jesucristo por nosotros como verdadero hombre que era.

Si el pecado fuese cosa humana también El hubiera pecado, por ser de carne como nosotros, aunque perfecto en sabiduría, confirmado en la virtud y lleno del Espíritu Santo, verdadero Dios de eterna verdad, pero no un pecador.

Por lo tanto, el amar el pecado no proviene de la naturaleza, sino de la maldad diabólica, peor que el mismo demonio, pues si éste pudiera convertirse no permanecería más en el pecado, y el hombre, pudiendo hacerlo, no lo hace.

Es cosa humana la *inclinación* al pecado, efecto de la caída de Adán, pero el pecar proviene del acto libre de la voluntad y no de nuestra naturaleza, porque a ésta repugna más bien el despojarse y perder su dignidad y nobleza.

5. El pecado mortal es la muerte del alma, y la muerte es la pérdida de la vida; por eso, como Dios es la vida del alma, el pecado al separarnos de Dios, causa la muerte de aquella. Y así como el cuerpo muerto sólo puede volver de nuevo a la vida por virtud divina, así el pecador sólo puede volver a la vida de la gracia, atraído por el poder del Padre celestial, viniendo en su ayuda y moviendo la voluntad humana para que se convierta del pecado y sienta aversión hacia él por haberle separado de Dios, eterno e inmutable bien. ¡Oh pecador! ¡cuán digno eres de compasión por ser un suicida y destructor de todo bien!

6. El pecado mortal despoja al alma de la gracia tan pronto como le comete, haciendo perecer al mismo tiempo todas sus virtudes y buenas obras. Mientras el hombre está en gracia, todas las obras que hace son dignas de vida eterna; pero si cae en un solo pecado, todas ellas serán muertas como muerta está el alma, no siendo dignas de vida eterna.

Así como las obras hechas en gracia todas reviven cuando recibimos de Dios nueva gracia al arrepentirnos del pecado, así las obras hechas en estado de culpa son obras muertas y no reviven con la gracia. Mas no por esto son completamente inútiles, antes bien, ayudan a obtener más pronto del Señor el arrepentimiento de los pecados, pero no para merecer la vida eterna, por ser hechas en estado de culpa.

7. El pecado mortal es, además, el alimento ordinario del infierno, en el cual la mayor pena para el pecador será verse apartado, alejado y privado de Dios, privación y necesidad superior a todas las cosas, y tanto mayor cuanto que el deseo de poseerlo no se extingue en el infierno, siendo ésta la mayor pena del condenado.

Si bien es cierto que Dios es misericordioso, por otra parte también es justo, y por esto odia tanto el pecado; ninguna grandeza en cuanto tal, se puede comparar a la de Dios omnipotente, como la grandeza culpable del pecado. ¿Quieres decir que hay costumbre de hacer aquí o allí algún pecado determinado? Pues sabe que peor es seguir esa mala costumbre, y si quieres justificar esta costumbre contraria al Señor, ten en cuenta que también es costumbre para muchos caer en el infierno.

8. El pecado mortal causa inquietud en el alma porque ninguna cosa puede descansar sino en su propio centro, y el centro natural de descanso para el alma es solo Dios, según aquello de San Agustín:

«Señor, nos has hecho para Ti, y por lo tanto haz que sólo descansemos en Ti». Pero como el pecado nos aparta de nuestro centro, porque consiste en la aversión de Dios y conversión a las criaturas, necesariamente tiene que producir inquietud en el corazón.

Esta inquietud del pecador se extiende a todas las cosas, porque ya coma, ya beba, duerma o despierte, haga lo que quiera, tiene que sufrir, porque su corazón nunca estará contento. En las mismas alegrías temporales no deja el pecador de encontrar amargura, porque el fruto de los placeres y deleites perecederos es más bien apariencia que realidad, y de hecho no tiene verdadero placer sino continua pena, y cuanto más alegre aparece exteriormente, tanto más sufre en su interior, puesto que carece del fundamento sólido de la verdadera alegría.

La felicidad de este mundo es para el pecador causa de su eterna condenación, y al envanecerse de su aparente bienaventuranza, le sucede lo que al ladrón que se pasea por una hermosa pradera, creyéndose por el momento feliz, pero inesperadamente le detienen y le llevan al suplicio; de igual manera el pecador se cree dichoso mientras vive los cortos años de su vida, pero inesperadamente también le sorprende la muerte y con ella su eterna condenación.

9. Además, Jesucristo derramó su preciosa sangre por cada uno de los pecados mortales que cometemos, y si fuese hoy posible, como lo fué mientras vivió en este mundo, padecería ahora mucho más que cuando le dieron muerte, porque sería crucificado muchas veces al día con mayores blasfemias, y sería escarneada su muerte y sus heridas, y renovado diariamente su martirio, rasgadas más y más sus llagas y derramada su preciosa sangre por cada pecado mortal.

Sí; las preciosísimas llagas de nuestro Dios se re-

nuevan por el dolor intenso que le causa ver que el pecado mortal le arrebatara ignominiosamente el alma, por la cual dió su amable, floreciente y santa vida, viéndose vergonzosamente arrojado de nuestro corazón.

10. «El pecado me causa horror», decía en cierta ocasión a una sierva suya, «y si fuera posible me haría abandonar el mismo cielo. Una vez me obligó a venir al mundo, humillándome y sujetándome a los hombres hasta sufrir la muerte, pero esto no puede suceder más que una vez, y en adelante algunas veces tengo que hacer justicia y vengar el pecado». ¡Ay! ¡eterno ¡ay! del que cae bajo esta venganza! Cuando medito seriamente en la majestad airada de Dios, se aflige tanto mi alma y se estremece de tal modo todo mi sér, que a nada puedo comparar aquella ira sino al cielo cuando se cubre y obscurece con negras nubes, y salta entre ellas el rayo, y un trueno espantoso rasga el firmamento, haciendo estremecer toda la tierra, lanzando fuego sobre el hombre pecador.

¡Señor!, ¡que nadie confíe en tu silencio, porque al fin se cambiará en furioso y terrible trueno!

11. Por lo tanto, vivamos en el santo temor de Dios mientras dure la vida, porque todo pasa, y después de la muerte no se podrá quitar ni añadir nada a nuestras obras. Si por un imposible algún hombre hubiese practicado todas las buenas obras que los santos del cielo realizaron en este mundo, y al fin de su vida cometiese un solo pecado mortal, se perdería para siempre; y aun cuando todos los santos del cielo intercedieran por él, de nada le aprovecharía. Por lo tanto, ¡vivid alerta! Ahora Dios nos espera continuamente y está siempre dispuesto a darnos nuevas gracias, y a perdonar todos nuestros pecados, siempre que le pidamos perdón. Más aún: no espera

a que nosotros se lo pidamos, sino que se adelanta a solicitar nuestra amistad y nos excita a ello. Nos colma de sus beneficios y nos ayuda dulcemente con su gracia para que le ofrezcamos nuestra alma; pero lo que perdamos ahora lo habremos perdido para siempre.

¡Oh Señor!, apiadaos de mí, pobre pecador; ¡no me condenes por mis delitos y perdóname todas mis culpas!

CAPÍTULO IV

De la muerte repentina.

1. San Agustín ha dicho que no hay cosa más cierta que la muerte, ni cosa más incierta que la hora del morir, y el tiempo, modo y manera en que ha de venir la muerte. Por lo tanto es muy necesario estar preparados en todo tiempo y aprender a morir mientras vivimos, aunque nos sea doloroso hablar de la muerte. El que descuida esto y difiere su arrepentimiento para aquella hora, vive en gran peligro, porque ¿quién está seguro de arrepentirse entonces? Nadie, siendo muy de temer que los que así obran caigan en la desesperación y se pierdan para siempre, porque el demonio hace entonces todos sus esfuerzos para representar a nuestra vista todos nuestros graves pecados.

Considera, por lo tanto, cuán temible es la muerte cuando arrebatada inesperadamente a alguno de tus amigos, y escucha la voz dolorosa de aquel a quien la muerte sorprende, cuando exclama como el salmista:

2. «Cercáronme dolores de muerte y torrentes de iniquidad me conturbaron: dolores del infierno me cercaron, me sorprendieron lazos de muerte» (1). ¡Oh

(1) «Circumdederunt me dolores mortis, et torrentes iniqui-

Dios de los cielos! ¡desgraciado de mí, que he nacido en esta vida! Así como vine al mundo en medio de lágrimas y gemidos, así saldré de él con gran amargura. Me han rodeado angustias de muerte y cercado dolores del infierno. ¡Oh muerte!, ¡oh cruel muerte! ¡cuán dolorosa eres para el corazón alegre y lleno de vida! ¡Cómo me he cuidado tan poco de ti? Ahora asaltándome a traición por la espalda, me das alcance! ¡Oh dolor! me envuelves en tus lazos, y cual reo condenado me llevas al lugar del suplicio. Desesperado, golpeo con las manos mi cabeza y en vano me esfuerzo por huir de ti. Me vuelvo hacia todas partes buscando quien me ayude o me aconseje, y no lo encuentro, sino que oigo la voz temible de la muerte que me dice: Ni los amigos, ni las riquezas, ni la ciencia, ni la sabiduría pueden nada en contra de mí; es necesario partir para la otra vida. ¡Ay! ¿es necesario partir? ¿es inevitable la separación? ¡Qué desgracia el haber nacido! ¡Oh muerte cruel! ¿qué quieres hacer conmigo?

3. Si tratas de consolar al que muere, diciéndole: Amigo mío, ¿por qué te pones así? Esta es ley común al rico y al pobre, al viejo y al joven, y entre ellos más son los que mueren inesperadamente, que a su debido tiempo; ¿o te figuras que tú solo has de librarte de la muerte? Eso sería una locura. Entonces te replicará: ¡Oh Dios! qué amargo consuelo es ese! Yo no estoy loco, sino los que no viven sabiendo esta verdad y no temen la muerte, porque están ciegos y mueren como las bestias sin saber lo que les ha de sobrevenir. No me quejo de tener que morir, sino de morir sin preparación. No lamento solo el acabar la vida, sino haber perdido completamente mis mejores días sin provecho alguno; he corrido tras una

tatis conturbaverunt me. Dolores inferni circumdederunt me, praeoccupaverunt me laquei mortis». (S. XVII, 5-6.)

sombra, me he confiado en sueños y he sido víctima de la ilusión. ¿Dónde están ahora esos fantasmas? ¿dónde las soñadas promesas? Aunque hubiera poseído todo el mundo por mil años, todo me parecería ahora como un instante fugaz, porque su propiedad característica es el morir. Creía haberte alcanzado, y huyes desvanecido. El que antes no te abandona, se ve abandonado de ti; al que no se despide voluntariamente de ti, le recompensas con amarga despedida. Soy como un aborto infeliz, o una flor arrancada en Mayo. Mis días han corrido más veloces que la saeta disparada del arco (1). Se olvidaron de mí como si no hubiera existido jamás, como el camino que hace en el aire el pájaro cuando vuela, que desaparece sin que después se pueda hallar (2). Por esto son mis quejas amargas y dolorosas.

¡Ay de mí! ¡quién me diera volver atrás! ¡Oh! si ahora tuviera el hermoso tiempo de que antes disponía y supiera entonces lo que ahora he aprendido! Cuando tenía tiempo no lo aproveché sino que lo dejé pasar inútilmente, y ahora me lo han arrebatado y no lo puedo recuperar ni hallar. No debiera haber un momento del tiempo pasado que no hubiera estimado precioso y aceptado tan agradecido, como el pobre a quien hacen señor de todo un reino.

Salgan lágrimas vivas de mis ojos porque no puedo reparar esta pérdida. ¡Dios mío! ¡cuántos días he dejado pasar insensato, sin aprovecharlos! Por qué no habré aprendido a morir toda mi vida? ¡Oh! vosotras, rosas floridas, que aun tenéis algunos días disponibles, mirad mi desdicha y no os suceda lo que a mí. Con Dios nada perderéis.

(1) «Tamquam sagitta emissa in locum destinatum». (Sab. V, 12.)

(2) «Tamquam avis quae transvolat in aere, cujus nullum invenitur argumentum itineris». (Sab. V, 11.)

¡Oh juventud! ¡cómo te has disipado! ¡Dios mío, haced que siempre me lamente de ello! ¡A nadie presté oídos, mi espíritu indómito no sufrió la imposición de nadie, y ahora soy presa de amarga muerte! El tiempo pasó, la juventud también, y mejor hubiera sido hallar la sepultura en el vientre de mi madre, que haber perdido inútilmente los días preciosos de mi vida.

4. Si tratas de consolar a este moribundo, diciendo que se convierta a Dios y se arrepienta de sus pecados, y que si el fin es bueno todo se salva, te replicará: ¿Qué me dices? ¿Arrepentirme ahora? ¿Convertirme a Dios? ¿No ves el espanto en que me hallo? ¡Es tan grande mi desgracia! ¡Soy como el pajarillo desesperado entre las garras del ave de rapiña, al que deja sin sentido el peligro de la muerte, y no puedo querer otra cosa que huir para librarme, pero no puedo! ¡Me oprime la muerte y me horroriza la partida!

¡Oh! ¡cuánto he dilatado mi conversión! ¡Los buenos deseos sin obras, los propósitos no cumplidos han acarreado esta mi desgracia! He querido pactar con Dios hasta que me ha cogido la noche de la muerte. ¡Oh Dios mío! ¿No es esta una desgracia superior a toda desgracia? ¿Cómo puedo dejar de sentir el haber perdido todos los años de mi vida? Porque no sé si he empleado un solo día según la voluntad de Dios, y si le presté algún servicio digno de su agrado, cual era mi deber. ¡Ay! esto me parte el corazón! ¡Oh Dios mío! ¡Cómo me avergonzaré ante Vos y ante vuestros santos!

Ahora partiré y en este momento me causaría más alegría una sola Ave María dicha con devoción que tener en la mano mil monedas de oro, pues por el menor pensamiento bueno que tengamos en esta vida, o por una simple oración bien rezada, nos promete Dios

eterna recompensa. ¿Cómo he descuidado todo esto, causándome tanto daño, sin pensar en ello mientras he vivido? ¿Cuántas horas he perdido, y cómo por cosas tan pequeñas me extravié en el camino de la eterna felicidad! Tenedlo muy en cuenta, jóvenes y viejos, y ahora que podéis, proveeros en el buen tiempo para que no mendiguéis después y seáis rechazados y excluidos. Si conociéseis cuán precioso sobre toda ponderación es el tiempo, no lo estimaríais en tan poco, ni lo dejaríais pasar inútilmente.

5. Ahora terminarán mis lamentos; es llegada la hora, pues veo que no hay remedio. Las manos empiezan a morir, el rostro palidece, la vista se nubla y los golpes de la muerte implacable luchan con el pobre corazón sin fuerzas. Siento la respiración anhelosa, la luz de este mundo se desvanece y empiezo a ver la del otro. ¡Oh Dios, qué momento! Tu presencia es tan terrible! La violenta separación de Ti, tan intolerable! ¡Ay de mí! Las palabras de tu indignación son como fuego que abrasan el alma y el corazón! Horribles fantasmas me salen al encuentro, y me rodean los enemigos infernales y miran de hito en hito tratando de apoderarse de mí. ¡Oh justo Juez de estrecha justicia! ¡Cuánto estimas cosas tan insignificantes y que nos parecían tan pequeñas! El sudor de la muerte invade mi cuerpo en medio de las agonías. ¡Oh airada presencia del severo Juez! ¡Cuán rigurosos son tus juicios!

6. ¡Señor! La vista de este moribundo debe serme por siempre provechosa, y todos los días estaré esperando la muerte, y viviré alerta para que no me sorprenda. Quiero aprender a morir y pensar siempre en la otra vida, porque en esta nada hay estable (1).

(1) «Non enim habemus hic manentem civitatem sed futuram inquirimus». (Hebr. XIII, 14.)

No dejaré mi arrepentimiento ni la penitencia para última hora y prometo, Señor, enmendarme hasta la muerte. Lejos de mí las comodidades de la vida, el largo sueño, buena comida y bebida, honores vanos, delicadezas y placeres. ¡Ay de mí, Señor! Si hubiese de morir ahora, en este mismo momento, ¿qué me sucedería? «*Mirum est quod christianus audet vivere in statu, in quo non audet mori*», como dice San Jerónimo.

7. ¡Oh! ¡qué gran sabiduría encierra el temor y la asidua meditación de la muerte! Este temor es el principio de toda sabiduría y camino de toda felicidad (1). Si pudiera conseguirse alguna planta que tuviera la virtud de librarnos de la vejez y de la enfermedad, con qué afán la compraríamos! Pues esta planta es la muerte, porque quien la trae de continuo en la mente, jamás envejecerá en el pecado. Por eso dice el Espíritu Santo: «Piensa en los novísimos y nunca pecarás» (2).

¡Cuántos hombres oyen hablar de la muerte, la ven acercarse y la dejan llegar sin hacer caso de ella, hasta el momento en que ya son sus víctimas! Entonces claman, gimen y lloran, pero en vano. Alza, pues, los ojos y cuenta por los dedos cuántos de tus contemporáneos han muerto. Trata de hablar con ellos allá en tu corazón, júntate a ellos como si hubieras también muerto, pregunta a cada uno en particular, y atiende a lo que dicen con profundos suspiros y amargas lágrimas: «Bienaventurado el que sigue los buenos consejos y escarmienta con el mal ajeno. Dichoso el que llega a esta hora bien dispuesto, porque saldrá con bien de ella, por muy amarga que sea su muerte,

(1) «Initium sapientiae timor Domini». (Eccli. I, 16.)

(2) «In omnibus operibus tuis memorare novissima tua et in aeternum non peccabis». (Eccli. VII, 40.)

pues le asistirán los ángeles, le acompañarán los santos, y su último tránsito será la entrada en la gloria».

Prepárate, pues, con una confesión general y despréndete de todas las cosas, de modo que estés dispuesto para morir cada día, o a lo menos cada semana, y así serás como el pájaro que se posa momentáneamente en la rama, y como el que está a la orilla del mar, y contempla la nave veloz que ha de recibirte en su seno para llevarte a una región de donde ya no volverás. Cuando oigas tocar a muerto, dite a ti mismo: «Hombre miserable! ¿qué vida llevas? ¿Quieres vivir mal todos tus días? No sabes cuándo, ni dónde morirás, ni qué te sucederá después de muerto. Debes, pues, enmendar seriamente tu vida».

Ea, pues, desgraciado, ten compasión de ti mismo mientras tienes tiempo, para que cuando llegue la muerte estés preparado, y saliendo alegremente de esta vida puedas recibir la recompensa de la eterna.

CAPÍTULO V

Del juicio de Dios.

1. Hay tres venidas de Jesucristo. La primera fué cuando se encarnó viviendo humilde en este mundo, y muriendo de amor por nosotros en la cruz. La segunda se realiza ahora, cuando por la gracia de Dios viene a los corazones que le aman. La tercera es la que esperamos al fin de nuestra vida y en el día del juicio final. Pues así como Dios ha creado el alma de la nada para unirla al cuerpo, también ha determinado el día y la hora, que solo El conoce, en que han de separarse y dejar el tiempo para comparecer en su presencia.

2. Pero ten presente que cuando pasemos de este mundo a la eternidad, la justicia divina será sumárisima, recta y severa para aquellos que han dejado

pasar el tiempo neciamente, y el Señor no dejará sin juzgar el más leve pensamiento. ¡Cómo se hallará abandonada el alma entonces! ¡Oh Dios! ¡Cómo se sentirá entonces miserable sobre toda ponderación! ¿Quién le prestará en aquel instante verdadera ayuda? Nadie responderá por nosotros, fuera de nosotros mismos, y ¡qué despreciable aparecerá nuestra justicia ante Dios! Dice San Agustín: «¡Ay de nuestra justicia, si Dios no juzga según su misericordia!» (1). Apenas merecerá tal nombre a sus divinos ojos. Por eso dice Isaías: «Nuestra justicia es inmundicia en su presencia» (2). Y en otro lugar: «Después de haber hecho cuanto podáis, debéis decir: «somos siervos inútiles.»»

¡Qué angustia y miseria tendrán entonces los que hayan perdido largos años, cuando sea revelado claramente su interior para ser juzgados sin misericordia, al ver que los justos apenas se salvarán! (3). ¿Dónde estarán Salomón y Orígenes a pesar de haber ilustrado el pueblo de Dios? Nadie lo sabe.

3. A cinco se pueden reducir las clases de hombres que comparecerán ante el supremo Juez después de la muerte. Los primeros y al mismo tiempo los peores, serán los cristianos que mueren sin arrepentimiento ni contrición por haber despreciado la Pasión de Cristo y sus Sacramentos, o haberlos recibido indigna e inútilmente, y sin haberse ejercitado en obras de caridad y misericordia para con su prójimo, según Dios manda. Estos serán sepultados en lo más hondo del infierno. Los segundos son los infieles, gentiles y judíos que también comparecerán ante el Se-

(1) «Et vae etiam laudabili vitae hominum, si remota misericordia discutias eum». (Confess. IX, 13.)

(2) «Et facti sumus ut immundus omnes nos; et quasi panis menstruatae universae justitiae nostrae». (Is. LXIV, 6.)

(3) «Et si justus vix salvabitur, impius et peccator ubi parebunt?». (I. Petr. IV, 18.)

ñor, y como no entraron por el bautismo en la Iglesia, ni vivieron con la gracia santificante ni en el amor de Dios, también serán condenados a muerte eterna. Pero acaso sean menos atormentados que los malos cristianos, porque han recibido menos beneficios de Dios, y por lo tanto serán menos culpables ante El.

A la tercera clase pertenecen los buenos cristianos que han caído alguna vez en pecado, pero se rehabilitaron con el arrepentimiento y la penitencia, y no habiendo satisfecho plenamente por sus culpas irán al purgatorio.

La cuarta la forman los que han guardado la ley de Dios, o si la quebrantaron volvieron pronto al Señor por el arrepentimiento y la penitencia, con obras de amor y misericordia, satisfaciendo completamente por sus culpas, y por eso irán de este mundo a la gloria sin pasar por el purgatorio. La quinta clase es la de aquellos que, además de las buenas obras exteriores, vivieron con el espíritu en el cielo, unidos y abismados en Dios, y Dios morando en ellos, de tal modo que sólo estaban separados del cielo por la vida presente y su estado de mortalidad. En el instante en que abandonan su cuerpo entran a gozar de la eterna bienaventuranza sin ser juzgados, antes bien participarán del poder de Jesucristo juzgando los demás hombres.

4. En el día del juicio final, cuando resuene aquella gran trompeta de que habla San Pablo (1), resucitarán todos los muertos, y mediante el poder de Dios se unirán las almas a sus cuerpos. Los buenos brillarán con gran claridad, y los malos aparecerán horribles y deformados. Entonces vendrá Jesucristo acompañado de sus ángeles y santos, rodeado de gloria y

(1) «In momento... canet enim tuba, et mortui resurgent incorrupti». (I Cor. XV, 52.)

gran majestad. Cada alma volverá a revestirse de su propio cuerpo para que ambos comparezcan ante el juicio de Dios. Por eso dice Job: «Veremos a Dios en nuestra carne» (1), esto es, a Jesucristo en su Humanidad. Los buenos le verán glorioso y amable, los malos le contemplarán airado y lleno de cólera.

Los testigos de este juicio serán los angeles y nuestra propia conciencia, los acusadores los demonios, y el juez Jesucristo, a quien nadie puede engañar.

En virtud de la justicia y sabiduría de Dios, que conoce claramente las cosas, cada uno de nosotros recibirá la sanción de todos sus pensamientos, palabras y obras, y de todo cuanto haya hecho; sentencia que ya no se cambiará jamás, y en virtud de la cual los malos serán condenados y los buenos salvados por toda la eternidad. ¡Qué terrible será aquella hora en que todas las palabras inútiles habladas, pensadas o escritas, en público o en privado, serán leídas ante Dios y ante el mundo, y se vea la intención de cada una de ellas, sin que nada pueda ocultarse! ¡Qué confusos estarán los pecadores en presencia de sus amigos y de todo el mundo! ¡Cómo se consumirán de dolor al ver cómo por cosas tan pequeñas se privaron de bienes tan grandes!

Entonces dirá Jesucristo a los que estuvieren a su diestra: «Venid benditos de mi Padre, y poseed el reino que os está preparado» (2). Y después volviéndose a la siniestra, dirá a los incrédulos y cuantos han muerto en pecado desde el principio hasta el fin del mundo: «Apartaos de Mí...» (3). Seguidamente subirá al cielo Jesucristo con los ángeles y los justos,

(1) «In carne mea videbo Deum meum». (Job. XIX, 26.)

(2) «Venite, benedicti Patris mei, possidete paratum vobis regnum». (Mat. XXV, 34.)

(3) «Discedite a me, maledicti, in ignem aeternum». (Mat. XXV, 41.)

donde éstos recibirán una recompensa infinita por cada buena obra, recompensa que será el mismo Dios; la cual ninguna criatura puede merecer sin los auxilios que El mismo da a sus escogidos. En cambio el demonio se precipitará con los suyos en el abismo del infierno para sufrir allí eternas penas.

Y como los condenados en su vida pecaron contra un Dios infinito y eterno, su voluntad perversa quedará para siempre con la mancha del pecado, y por lo tanto, eterna será también la pena correspondiente a su culpa. Se apartaron voluntariamente de Dios sin querer honrarle ni cumplir su voluntad, convirtiéndose a las criaturas, rechazando obstinadamente la gracia de Dios, prefiriendo las cosas temporales, y habiendo despreciado a Dios y a su gracia, bienes eternos, por un bien temporal, merecen ser privados de aquellos por siempre, pues cuando uno voluntariamente vende una cosa renunciándola, es justo que en lo futuro quede privado de ella.

5. Piensa en aquellas palabras del Señor: «Si no te convirtieses a mí, lucharé contigo en juicio» (1). Terrible lucha en que Dios saldrá vencedor. Evita que entonces os diga que no sois sus ovejas, pues las que son suyas oyen su voz y no van tras ningún extraño (2). Piensa que ahora es el tiempo de gracia y misericordia, que cada instante bien empleado nos proporcionará mucha felicidad, y cuando todo haya pasado vendrá el día de la justicia. Feliz el que entonces pueda oír aquellas dulces palabras: «Venid benditos de mi Padre a poseer el reino que os está preparado desde el principio del mundo». Júzgate a ti mismo aquí para que entonces no seas juzgado, y piensa frecuentemente en el juicio final, donde hemos de

(1) «Ecce ego iudicio contendam tecum». (Jer. II, 35.)

(2) «Oves illum sequuntur, quia sciunt vocem ejus». (Juan. X, 4.)

responder de toda nuestra vida. Entonces se separará la noche del día, luciendo éste para los buenos sin que vuelva a venir la noche para ellos, esto es, verán en aquel dichoso día a Dios por siempre cara a cara, tal como es. En cambio los malos serán sumidos en la noche, a la que jamás seguirá el día, esto es, serán rechazados de la presencia de Dios para no volver a verle jamás, precipitándose en cuerpo y alma en el infierno tenebroso, donde sufrirán suplicios eternos.

CAPÍTULO VI

De la pena eterna del infierno.

1. En el día del juicio el infierno recibirá en su seno a todos los condenados, donde permanecerán para siempre, cerrándose este abismo por toda la eternidad, de modo que jamás volverá a salir de allí hombre ni demonio alguno. La primera y mayor pena que allí habrá, será carecer de Dios para siempre. Esta pena, llamada de daño, es espiritual y sobrepaja a toda otra pena de los sentidos. Como el condenado se convirtió a las criaturas con amor desordenado y con ofensa del honor debido a Dios, a este amor desordenado corresponde un fuego eterno, segunda pena que allí tendrán.

La tercera es también interior y consiste en el frío eterno del infierno, pues el que no ama a Dios vive en frialdad de alma, y una vez condenado debe permanecer en esa frialdad para siempre. Como además el pecado causa tinieblas interiores en el alma, el condenado vivirá también sumido en ellas, careciendo de toda luz exterior, fuera de la indispensable para distinguir las formas horribles de los demonios y de los condenados, y la inmundicia de aquel lugar. El gusano de la conciencia jamás morirá, sino que

siempre les estará remordiando y acusando de haber podido alcanzar la vida eterna, y por su culpa y sus pecados se ven entonces condenados a eterno suplicio.

Si muriese un rey de la tierra, no me importaría que no me eligiesen para sucederle en el trono, porque sé que no nací para ello; pero si lo sentiría muchísimo el hijo heredero del rey si alguno le usurpase su derecho de sucesión, porque sabe que ha nacido para eso. Algo parecido ocurre a los condenados que son privados de Dios, tanto más, cuanto que saben han nacido y fueron bautizados para poseer su reino, y esto será uno de sus mayores tormentos.

En medio de su dolor se lamentarán y gemirán, no de arrepentimiento de sus pecados, sino de lo horrible del dolor que les causará la muerte sin morir, y por eso se llama el infierno la muerte eterna: «la muerte los pacerá» (1), dice el profeta, pues así como los santos serán saciados con la gloria de Dios, así a los condenados los consumirá eterno dolor y amargura, de donde provendrá su desesperación, porque saben con certeza que sus penas no tendrán fin.

2. Mas siendo los pecados de diversas clases y maneras, a cada uno corresponderá su tormento particular. Porque los que han sido hinchados y orgullosos en este mundo, estarán en lo más profundo del infierno y serán pisoteados de los demonios y demás condenados, porque el infierno es la cárcel de la justicia de Dios donde se vengarán todas las cosas con estricta equidad.

Los avaros, codiciosos y duros de corazón, serán llenos de ardorosas llamas como la plata y oro enrojados o el metal fundido. Ansiarán la muerte, pero ésta nunca llegará.

Los glotones y golosos que, olvidados de Dios, pu-

(1) «Mors depascet eos». (S. XLVIII, 15.)

sieron toda su dicha y consuelo en el comer sin templanza, tendrán por comida azufre y pez hirviendo, y por efecto de este alimento serán atormentados con sudores del infierno.

Allí habrá también tan gran odio y envidia de unos condenados contra otros cual aquí no se conoce, y, sin embargo, estarán juntos para siempre como cosas que se cuecen en una misma olla. Allí habrá rabia, ira y dolor tan grandes, que parecerán perros furiosos que mutuamente se quieren despedazar y tragar.

3. Ten por cierto que cuanto mayor haya sido el placer experimentado al quebrantar la ley de Dios o de la Iglesia, mayor será también el dolor con que allí se castigará, y los miembros que han servido al demonio y a la carne, serán allí particularmente atormentados, porque el poder de Dios obrará por medio del fuego del infierno, y por lo tanto abrasará más o menos a cada uno, según el mal uso que se haya hecho de ellos y conforme a la clase de pecados.

Y este fuego será eterno, sin disminuirse ni debilitarse, y el castigo será eterno, porque allí ya no se pueden hacer ni desear obras buenas.

4. ¿Dónde están ahora los que mientras vivieron se abandonaron al descanso, al placer, a las delicadezas y comodidades del cuerpo? ¡Oh dolor! ¿de qué les aprovechará toda la alegría pasada con tanta rapidez, como si jamás hubieran disfrutado de ella? ¡Qué pronto pasó aquel encanto cuya pena durará por siempre! ¡Oh necios e insensatos! ¿dónde está aquello que pregonábais? «Compañeros animosos! dejemos pasar la tristeza de este mundo y procurémosnos las mayores alegrías». ¿De qué os sirve la felicidad adquirida? Ahora debéis con más razón exclamar: «¡Ay! ¡qué desgracia el haber nacido! ¡qué poco duró nuestra vida! ¡Cómo nos sorprendió la muerte! ¿Hay en el mundo quien haya sufrido engaño como

el nuestro? ¿Habrá quien se burle y no crea en el mal ajeno? Si un solo hombre padeciese todos los dolores de los demás hombres por mil años, sería como un momento en comparación de este tormento. Dichosos los que nunca pusieron su alegría fuera de Dios, y por su amor no perdieron un solo día! Nosotros insensatos creíamos que Dios los había abandonado, y ahora, fiel a sus promesas, los colma de honores en presencia de los bienaventurados. ¿Qué importan todos los desprecios y dolores que se han cambiado ahora en tan grande alegría? En cambio, ¿dónde está nuestra felicidad pasada?»

«¡Nuestra miseria y desgracia durará siempre! Que terrible es este *siempre*, este fin sin fin, muerte peor que todas las muertes, morir a cada hora y sin morir jamás! ¡Retorcerse de dolor, rechinar de dientes, gemidos y llanto sin fruto! Nuestros ojos solo verán miseria y dolor, y nuestros oídos solo oirán gritos y clamores!»

«¡Ojalá que todos los corazones se apiaden de este *siempre* y se conmuevan! ¡Oh montes y valles! ¿por qué os alejáis de nosotros y nos perdonáis la vida? ¿Por qué no caéis sobre nosotros ante tan lamentable vista? (1). ¡Oh! ¡qué diferentes son los tormentos de esta vida a los de la eterna! ¡Cómo ciega y engaña el tiempo presente! ¡Cómo no hemos previsto esto en nuestra juventud y en nuestros mejores días, pasados inútilmente y sin que puedan recuperarse jamás? ¡Oh si tuviésemos una sola brevísima hora de aquellos largos años pasados, y que ahora nos niega la justicia divina y siempre nos negará sin alguna esperanza!»

«¡Por siempre estaremos apartados en esta tierra

(1) «Tunc incipient dicere montibus: Cadite super nos; et collibus: Operite nos». (Luc. XXIII, 30.)

de olvido en medio de dolores, miserias y aflicciones, privados de todo amor, consuelo y esperanza! No deseáramos más que una cosa: si hubiera una piedra tan grande como la tierra y tan alta que tocase los cielos en todas direcciones, y viniese un pajarillo cada mil siglos y quitase de la piedra la décima parte de lo que hace un grano de mijo, y así cada mil siglos de suerte que al cabo de diez mil siglos quitase de la piedra como una arenilla, nosotros, infelices, sólo quisiéramos que cuando se acabara la piedra, acabara también nuestro tormento; pero esto no es posible! El infierno es eterno y jamás podremos satisfacer a Dios, y por eso siempre le seremos deudores por el pecado.»

«Si nos sería insoportable estar día y noche en una habitación muy caldeada, ¿cuánto menos podremos estar en medio de aquel fuego por toda la eternidad?»

5. Estos serán los lamentos que allí seguirán a la alegría de este mundo; llanto y rechinar de dientes, como dice el Salvador (1), tal es la canción del infierno que durará por siempre. Bramar y rugir y cuanto hay de horrible, allí se verá, oírás y sentirás.

¡O severo Juez! ¡Cuán profundamente me conmueve el corazón, y cómo desfallece mi alma de dolor y compasión ante estas almas infelices! ¿Quién habrá tan malvado en el mundo que al oír esto, no tiemble ante tan horrible desgracia? ¿Cómo se atreverá a pecar quien esto piense? ¡Oh Señor! ¡que todos los hombres sepan esto para que no pierdan vanamente sus días, y desengañados enmienden su vida, a fin de que eviten tanto mal!

Por eso os amonesto a todos los que aún estáis a tiempo para alcanzar misericordia y para escoger con quién queréis vivir y morir; y si la majestad de Dios

(1) «Ibi erit fletus et stridor dentium». (Mat. XXII, 13.)

no os mueve, que os intimide el suplicio eterno, a fin de que apartándoos del pecado practiquéis la virtud, pues esto que os digo es doctrina cristiana, palabras y sentencias dichas por la Verdad Eterna.

6. ¡Oh mi único Amor, no me abandones! ¡Mi solo y preferido consuelo, no te apartes de mí! Si por siempre hubiera de estar separado de Ti, preferiría sufrir antes mil veces el martirio! ¡Ah! ¡mi Dios y Padre amoroso! haz aquí conmigo lo que te plazca, para lo cual te autorizo plenamente, con tal que me libres de tu dolorosa separación en la otra vida.

CAPÍTULO VII

Del daño del pecado venial

1. San Juan enseña en su primera carta que «si dijéramos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y no hay verdad en nuestras palabras» (1). Por lo tanto, ningún hombre puede estar en este mundo sin pecado venial, a no ser por especial gracia de Dios, lo cual confirmó Jesucristo en aquellas palabras: «Solo Dios es bueno» (2).

Sin embargo, los siervos de Dios son muy diligentes en evitar voluntariamente el pecado venial, pues aunque no priva al alma de la gracia santificante, porque no echa de ella al Espíritu Santo, no deja por esto de ser ofensa de Dios, causando al alma el perjuicio de disponerla, acercarla e inclinarla a caer en pecado mortal y perder la gracia, pues el que desprecia las faltas pequeñas, fácilmente cae en las grandes, de igual manera que la gota de agua cayendo conti-

(1) «Si dixerimus quoniam peccatum non habemus, ipsi nos seducimus, et veritas in nobis non est». (Juan. 1.º, I, 8.)

(2) «Unus est bonus, Deus». (Mat. XIX, 17.)

nuamente sobre la dura piedra, la taladra. De ahí que toda conciencia delicada se lastima y sufre no sólo con los pecados graves, sino también con los veniales.

Estos pecados disminuyen el fervor de la caridad en sus obras, disipan el corazón, ahuyentan e impiden la devoción, debilitan la diligencia en la práctica de la virtud, privan al alma de los consuelos divinos, y secan para nosotros la fuente de la divina gracia, porque hacen que ya no sintamos a Dios íntimamente en el corazón. Oscurecen la inteligencia y aficionan el corazón a las cosas de este mundo, haciendo que caigamos de uno en otro pecado, creciendo la dificultad para evitarlos y haciéndonos más perezosos y tibios para lo bueno.

Nos preparan largo purgatorio y son la causa de que después de la muerte nos veamos privados por largo tiempo de la visión de Dios. San Agustín dice a este propósito: «El menor pecado venial que no se pague en esta vida, nos hará sufrir más dolor en la otra de lo que podemos imaginar aquí. Y si el hombre supiera el daño que le ocasiona el menor pecado venial, padecería gustoso la muerte y perdería todas las cosas antes que cometerlo».

2. Santo Tomás dice: «Si un hombre pudiera con un solo pecado venial librar todas las almas del purgatorio y convertir todos los pecadores a vida santa, no debería cometerlo jamás». Los santos preferían antes que los matasen, a decir advertidamente una sola mentira leve. El temor de Dios los aparta en todo tiempo del pecado, y el amor los une a El con toda fidelidad.

3. Para que podamos evitar los pecados veniales, necesitamos en *primer lugar* el auxilio divino, porque con solas nuestras fuerzas no podemos resistir al pecado, y debemos pedir esta gracia instantemente

a Dios a fin de que nuestra alma se fortalezca, pues será para ella como las aguas del arroyo, la brisa del aire y la luz del sol, librándonos de los lazos de tan variadas tentaciones, aliviándonos de la pesada carga de los cuidados mundanos, e impulsando el alma hacia la región del espíritu.

En *segundo lugar*, debemos regular todas nuestras acciones, porque el que modera en todo su conducta difícilmente caerá en faltas, ya que éstas provienen de que a veces nos propasamos en el obrar, en cambio otras nos quedamos cortos, y en estas transgresiones u omisiones, es donde se falta. Pero el que hace u omite lo que debe, obra según Dios. Para esto es necesario conformar en un todo nuestra voluntad con la divina y tenerla siempre presente en todas las cosas; negando la propia, nos disponemos a recibir las gracias divinas que nos fortalecen para resistir a todo cuanto no sea Dios.

En *tercer lugar*, lo que nos induce con frecuencia al pecado venial, es el ocuparnos en cosas inútiles que distraen nuestras energías y que no son necesarias, como las amistades, pasatiempos y frivolidades con otros, en todo lo cual frecuentemente hay pecado. Evita, pues, esta perjudicial disipación, ocúpate en ti mismo y recógete en tu interior, dirigiendo tu amor a Dios, y entonces dejarás fácilmente lo que desagrada a su Majestad, o sea el pecado; medirás tus palabras, reflexionarás sobre tus acciones y renunciarás lo no-eivo e inútil procurando afirmarte en la verdadera humildad donde sólo nos hallaremos libres del pecado, y en el temor de Dios que no dejará sin juzgar ni el menor de nuestros pensamientos.

CAPÍTULO VIII

Del Purgatorio.

El purgatorio es un lugar de suplicio temporal, donde se paga la pena no satisfecha en este mundo por nuestros pecados. Este suplicio es mucho más grande de lo que se puede apreciar en esta vida, por ser superior a lo que ahora conocen nuestros sentidos, y por él tienen que pasar aquellas almas que, arrepentidas y confesadas de sus pecados, no han hecho suficiente penitencia por ellos.

2. La pena de estas almas consiste sobre todo, en estar privadas de la amorosa visión de Dios, y en comprender cómo se han dejado engañar por cosas tan insignificantes; por esto experimentan incalculable dolor, si bien están en gracia de Dios a quien aman sobre todas las cosas en medio de sus penas. Además, se sienten allí como prisioneras e imposibilitadas para hacer mérito alguno, y se duelen amargamente del tiempo perdido, con el cual hubieran podido merecer tan gran premio.

3. El fuego que las atormenta es tan activo y tan terrible que, todas las penas, oprobios y tormentos de los mártires y santos, son menores que la pena más pequeña del purgatorio. Las ardorosas y voraces llamas subirán sobre sus cabezas, y sus almas serán arrastradas por ellas como las chispas de la hoguera, haciéndolas exclamar de dolor: «¡Grande es nuestro tormento! ¡Nadie en el mundo puede calcular las muchas angustias y dolores que aquí sufrimos!» (1). «¡Cuánto os hemos favorecido y amado estando en el mundo, y ahora nos pagáis dejándonos arder en este horno de fuego tan terrible! ¡Cómo no hemos escapa-

(1) «Miseremini mei, miseremini mei, saltem vos, amici mei». (Job. XIX, 21.)

do de este tormento por nosotros mismos, pudiendo haberlo hecho a tan poca costa? La menor de nuestras penas es mayor que la de los mártires del mundo, y una hora de purgatorio parece durar un siglo. Aquí nos quemamos, ardemos y demandamos auxilio en vano! Pero lo que más nos atormenta, es vernos privadas de la visión de Dios por tanto tiempo; esto hace desmayar el corazón, la mente y el espíritu».

Un alma a quien Dios permitió dar una mirada al purgatorio, decía que había visto tales penas y tormentos en aquellas llamas, que no era posible explicarlas, y su vista le había horrorizado de tal manera, que cuantas alegrías pudieran inventar los hombres para distraerla de su sentimiento, fueran en vano, y creo, añadía, que aunque viviera cien años en este mundo, no volvería a estar alegre un solo momento sin un especial milagro de Dios.

Además, el alma experimentará allí un continuo remordimiento de su conciencia por los pecados cometidos, trayendo las imágenes de las cosas pasadas en que pecó; y al comprender entonces cuán bueno es Dios y cuánta malicia tiene el menor de los pecados, sentirá mayor y más terrible dolor.

4. Procuremos, pues, meditar en el purgatorio, y convertirnos a Dios enmendando nuestras vidas. Una criaturita cualquiera amada contra la voluntad de Dios, será causa de intolerables tormentos en el purgatorio, pues mientras el alma no llegue a la pureza en que fué creada por Dios, no podrá aparecer en su presencia; por eso toda inclinación y apego a las cosas mundanas que empañan la pureza del alma, deben rechazarse completamente. El Beato Enrique Susón cuenta de una señora tenida en opinión de santa como muy favorecida de Dios, que después de morir se le apareció, diciéndole que estaba en el purgatorio por la vana complacencia que había tenido, sintiendo

orgullo al ser considerada del mundo por buena, sin haberlo rechazado. El V. Taulero refiere que una alma del purgatorio se apareció a una santa persona como una hacha encendida en ardorosas flamas, sólo por haber sido algo negligente en recibir la sagrada comunión.

Ciertamente no hay mancha, ni pensamiento, por pequeño que sea, admitido deliberadamente y que pueda ser estorbo a la acción de Dios en tu alma, sin hablar de las culpas graves, que no sea después castigado en el purgatorio con mayor tormento que el de todos los mártires juntos. Hay pecados veniales que acaso sean castigados allí por diez y más años, y aun hasta el fin del mundo.

El purgatorio es, por lo tanto, tan terrible, que quien sepa lo que es, no debe estar en pecado un solo momento. Por eso, Señor, cayendo de rodillas a vuestros pies con amargas lágrimas, te ruego me castigues aquí como te plazca, con tal de que evite aquellos tormentos. ¡Oh penas incomprensibles del purgatorio! ¿Cómo he reflexionado tan poco en ellas y he vivido sin temerías hasta ahora? Si aquí los males pequeños tanto me acobardan, ¿qué será tener que sufrir aquellos indecibles tormentos?

CAPÍTULO IX

Con cuánto cuidado debemos evitar la tibieza.

1. Hay en el mundo almas frías, como adormecidas y tibias en el servicio de Dios, a pesar de haber recibido el bautismo, que, gracias al auxilio divino, se han preservado de caer en pecados graves y quebrantar las leyes divinas o eclesiásticas, pero viven abandonadas y sin tener interés ni empeño en las cosas que miran al servicio de Dios; a muchos se les

ve cantar y leer en los devocionarios, cuyas hojas vuelven y revuelven, pero no aprecian las cosas espirituales. Estas almas tibias viven a gusto con las criaturas, amándolas y complaciéndose en ellas, saboreándolas, y acostumbradas a buscar en ellas cuanto pueden, sus gustos y placeres; ponen todo su empeño en complacerlas de todos los modos posibles, con palabras y acciones, con sus trajes y locuras, en el pasear, en el andar y en el porte, con obsequios, mensajes y cartas, derramándose exteriormente con muchas disoluciones de costumbres y de los sentidos; y a pesar de esto creen que no tienen voluntad de pecar mortalmente, sobre todo en cosas manifiestamente malas. Se contentan con evitar el pecado mortal con el solo fin de librarse del infierno, pero no se cuidan de los pecados veniales, ni se duelen de ellos.

2. Estos tales no tienen empeño alguno en vencer sus faltas con la mortificación, ni tienen verdaderos deseos de adquirir la virtud, siendo, por lo tanto, muy débil su caridad. Cumplen con las prácticas exteriores aunque de mala gana y hasta con enfado, porque ignoran lo que es unión e intimidad con Dios, cuidándose tan poco de interesarse, instruirse o ejercitarse en ellas, como de pensar en los moros que viven al otro lado del mar.

Cuando oyen hablar de cosas espirituales es como si oyesen un lenguaje desconocido para ellos, contentándose con recitar mecánicamente sus oraciones y cumplir exteriormente lo que está mandado, sin importarles que Dios se comunique y se una a quien quiera. Pero si se trata de atender las necesidades de esta vida, buscar honores, pasatiempos o cosas semejantes, entonces hay que ver el interés que ponen en ello! Si se confiesan, después de haber cumplido la penitencia impuesta, creen que han hecho bastante

para evitar su condenación, y con esto se dan por contentos. Si van a comulgar en cuaresma, no tienen la menor intención de cambiar de vida, y si van a misa, están allí como sobre ascuas, haciéndoseles muy larga y pesada.

Así se les ve fríos, indolentes, descuidados, vanos, ligeros, presumidos, muelles, glotones y cuidadosos de sus propias comodidades hasta el exceso. Interiormente son caprichosos, impacientes, tercos, orgullosos, inquietos, insolentes en sus maneras, aunque procuran guardar las buenas formas y apariencias ante el mundo.

Juzgan de todos, notando y censurando las faltas ajenas en cuya crítica se complacen, y como todos estos defectos se traslucen en sus palabras y acciones, no es difícil conocerlos, puesto que ellos mismos se ponen en evidencia. Siendo en realidad pecadores, no se tienen por tales; ven dónde hay peligro de pecar y sin saberlo ni darse cuenta de ello, se ven caídos en los lazos de la culpa. Así caminan por el ancho, espacioso y tan frecuentado camino del infierno, viviendo según la carne, y sin experimentar jamás las dulzuras del espíritu. El que vive según la carne no puede agradar a Dios (1). El que no trata de buscar el camino angosto que conduce a la vida eterna, necesariamente se pierde y extravía, porque descuida su eterna salvación (2).

Por eso escribe San Agustín: «No conozco hombres peores ni tan malvados como aquellos que abandonan la vida espiritual y devota, porque a éstos sucede con frecuencia que se hunden de tal manera en

(1) «Qui autem in carne sunt Deo placere non possunt». (Rom. VIII, 8.)

(2) «Intrate per angustam portam; quia lata porta, et spatiosa via est, quae ducit ad perditionem, et multi sunt qui intrant per eam». (Mat. VII, 13.)

el pecado, que llegan a profesar graves errores en lo tocante a la fe y las Sagradas Escrituras.

3. Es muy de temer permanezcan estos tales hasta el fin sin enmienda, y que apostaten de la fe, puesto que carecen de todo medio posible para entrar en sí mismos y convertirse a Dios, por vivir solamente ocupados en las cosas exteriores, y así se hacen estériles, vanos y completamente ajenos a sí mismos, de tal modo, que nadie puede ablandarlos ni convertirlos. Todo esto proviene de su gran ingratitud para con Dios. El hombre lo ha recibido todo del Señor, cuanto tiene interior y exteriormente: bienes de naturaleza, de fortuna, de gracia; Dios ha usado con él más misericordia que con otros que hubieran correspondido mejor, y le ha solicitado con tantas inspiraciones y avisos interiores que él mismo se ha admirado, y sin embargo no ha hecho caso. Sobre esto dice San Pablo: «Porque los que fueron alumbrados una vez y gustaron el don del cielo y fueron hechos participantes del Espíritu Santo, gustaron igualmente la buena palabra de Dios y la virtud del siglo venidero, si después de esto han caído, es imposible que sean otra vez renovados a penitencia, pues crucificaron de nuevo al Hijo de Dios en sí mismos y lo exponen al escarnio» (1).

Y trae la siguiente comparación: «Cuando una tierra bien cultivada y regada produce el fruto espe-

(1). «Impossibile est enim eos qui semel sunt illuminati, gustaverunt etiam donum coeleste, et participes facti sunt Spiritus sancti, gustaverunt nihilominus bonum Dei verbum, virtutesque saeculi venturi, et prolapsi sunt, rursus renovari ad poenitentiam, rursus crucifigentes sibimetipsis Filium Dei, et ostentui habentes. Terra enim saepe venientem super se bibens imbrem, et generans herbam opportunam illis a quibus colitur, accipit benedictionem a Deo. Proferens autem spinas ac tribulos, reprobata est, et maledictio proxima; cujus consummatio in combustionem». (Hebr. VI, 4-9.)

rado recibirá la bendición, o sea la alabanza de quien la cultiva; pero si no produce más que espinas y abrojos, será reprobada y está amenazada de la maldición cuyo fin será el fuego». Es decir: aquellos que han recibido gracias abundantes y muestras especiales de predilección por parte de Dios, si no quieren fructificar ni aprovecharse de ellas, es de temer que les alcance aquella maldición: «Ojalá fueras frío o caliente, mas porque eres tibio, te comenzaré a vomitar de mi boca» (1).

4. Sólo Dios sabe en cuánto peligro están estas almas y con cuánta razón deben temer de sí mismas, porque no tienen seguridad si viven o han caído en pecado mortal, pues, aun cuando Dios por un milagro las preserve de culpas graves, no evitarán tres grandes perjuicios para el alma y para el cuerpo.

El *primero*, es carecer de la suavidad de la gracia que derrama el Espíritu Santo en las almas, y por eso todo lo que mira a Dios se les hace cuesta arriba. Les sucede como a los que tienen enfermo el estómago que no soportan ningún alimento, han perdido el apetito, y cuando comen algo les sabe mal, y los mejores bocados les parecen amargos. No es extraño, porque tienen la lengua cubierta con una capa amarga que les impide percibir el buen gusto de la bebida y de los alimentos, comunicándoles su amargor. Así está el estómago de estos individuos atacados de la tibiaza; tienen su interior y su corazón en las criaturas, y por eso han perdido el gusto de las cosas celestiales que juzgan insípidas y amargas; están llenos de las cosas mundanas, por lo cual apetecen las cosas terrenas con que se alimentan y en las que disfrutan.

(1) «Utinam frigidus esses, aut calidus! Sed quia tepidus es et nec frigidus, nec calidus, incipiam te evomeré ex ore meo». (Apoc. III, 15 y 16.)

El *segundo* perjuicio es la dureza de corazón y continua tristeza, a la que no pueden resistir convenientemente por carecer de la gracia, y por eso experimentan más aflicción con una sola palabrita de difamación o de insulto, que lo que sufre un siervo de Dios con el martirio. Si tropiezan con alguna tentación o contrariedad se vuelven insoportables, de mal humor, insolentes, indóciles, hoscos y groseros con los demás, aunque por otra parte sean prudentes en sus palabras, juicios y virtuosos alguna vez en el obrar. De ahí que pasen grandes aflicciones, a las que seguirá, si no se convierten a Dios de corazón, la condenación eterna, debiendo, como se dice vulgarmente, tirar aquí de la carreta y allá del carro. Pero si les sucede alguna cosa próspera, vuelven otra vez a aparecer alegres y contentos, buscando consuelo en lo exterior.

El *tercer* perjuicio es que dejan pasar en vano el tiempo de aprovechar sin reconocer sus pecados, y por lo tanto, sin poder confesarlos, y como no se enmiendan de ellos, aumentan la razón de sus castigos.

5. ¿Qué se puede esperar de estos hombres cuando lleguen al fin de su vida y vean cómo han despreciado con frívola necedad tan grandes bienes? ¡Oh cuán grande será entonces la angustia y la aflicción que experimentarán! Si pudieran al fin de su vida hacer un acto de dolor y de contrición, sería para ellos una gran misericordia, aunque tengan que sufrir después una pena incalculable en el purgatorio. Pero es de temer les suceda lo que a las vírgenes necias de que habla el Evangelio, de las cuales no se dice que hubieran cometido pecados graves, sino que no estaban preparadas para recibir al esposo; mostraron buen deseo de prepararse, pero al fin fueron excluidas, diciéndolas: «No os reconozco» (1).

(31) «Amen dico vobis, nescio vos». (Mat. XXV, 12.)

6. El Esposo de las almas también te llama para que abandones tu vida de tibieza y te enmiendes seriamente, repitiendo aquellas palabras con mucha frecuencia: «Vuélvete, vuélvete» (1).

Renuévate como el ave fénix en el fuego, o como el ciervo y la astuta serpiente: cuando el ciervo siente envejecerse su cornamenta y la serpiente su piel, la renuevan, desprendiéndose de ella con fortaleza. ¿Quieres saber cómo has de realizar esta renovación? Conozco un predicador que cuando se veía arrastrado por las olas de la tentación, sintiéndose privado del fervor y del verdadero celo, entrando dentro de sí, se preguntaba: «¡Dios mío! ¿qué me pasa? ¿Cómo sin darme cuenta me he extraviado así?» Y empezaba a contenerse, a castigar su cuerpo, desviándose de los hombres, a vivir con fervor, guardarse a sí mismo, a aumentar sus oraciones y practicar nuevos ejercicios, a cerrar todos los caminos por donde se había disipado, perseverando en esto día y noche, hasta que volvía a su primer fervor y devoción, y como resultado final, se sentía entonces más perfecto que antes de su infidelidad. Estudiando atentamente su corazón, consiguió sepultar al hombre viejo, como si no hubiera existido en él, y halló entonces muchos medios de perfeccionarse en que antes no había pensado, haciendo de esta manera nuevos progresos en la virtud. Y si volvía a recaer, empezaba de nuevo.

Dice el Profeta: «¡Gustad y ved cuán suave es el Señor!» (2); y San Gregorio añade, que quien sirve a Dios vive en verdadera libertad, y esto lo pueden afirmar los que han servido en verdad al Señor. Di-

(1) «Revertere ad me, dicit Dominus, et ego suscipiam te». (Jer. III, 1.)

(2) «Gustate et videte quoniam suavis est Dominus». (Salmo XXXIII, 9.)

choso el que pone en ello todas sus fuerzas, porque después de esta breve vida alcanzará la bienaventuranza.

CAPÍTULO X

Del humilde conocimiento de sí mismo.

Jesucristo ha dicho: «Una sola cosa es necesaria» (1). ¿Y cuál es esta única cosa necesaria? El conocimiento de tu propia nada, de ti mismo, lo que eres y puedes por ti mismo. Sólo para que adquirieses este conocimiento has hecho sufrir al Señor mortal angustia y sudar sangre, y porque no has querido reconocerte, ha exclamado desde la Cruz: «¡Dios mío, Dios mío! ¿por qué me has desamparado?» (2); por esto solo que es tan necesario, y sin embargo, tan descuidado de todos los hombres.

¡Hijo mío! no te cuides de cuanto yo y todos los maestros te puedan enseñar, ni de todas las altas especulaciones y contemplaciones, y aprende esto sólo, porque si lo logras habrás aprovechado el tiempo. Por eso decía Jesucristo a Marta: «María ha elegido la mejor parte» (3). En verdad que si pudieras conseguir esto, tendrías, no sólo una parte, sino también el todo.

2. Aun cuando sea muy bueno cuanto han hecho y padecido los santos y lo que Dios ha obrado por su medio, sería mejor mil veces que el hombre se probase y conociese a sí mismo y su propia vida, pues el conocerse a sí mismo, en verdad, está sobre todas las artes, porque es el arte supremo. No hay persona tan santa que no tenga necesidad de exami-

(1) «Unum est necessarium». (Luc. X, 42.)

(2) «Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquisti me?». (Mat. XXVII, 46.)

(3) «María optimam partem elegit». (Luc. X, 42.)

nar y probar su corazón y cuanto hay en él, juzgando al mismo tiempo sus propias obras.

Cuanto más te conozcas a ti mismo, mejor y más digno de elogio serás a los ojos de Dios que, si ignorándote, supieras el curso de los cielos, de los planetas y de las estrellas, la virtud de todas las plantas, las inclinaciones de todos los hombres, la naturaleza de los animales y de cuanto hay en el cielo y en la tierra. Por eso se dice que bajaron del cielo estas palabras: «¡Hombre, concóctete a ti mismo!» Y cuánta verdad se encierra en estas otras: «Por muy bueno que sea el salir fuera de sí, siempre es mucho mejor el morar dentro de sí mismo».

San Bernardo dice: «La ciencia más sublime y que más nos aproxima a Dios es el conocimiento propio». Cuanto más se conoce el hombre, mejor se dispone para adquirir la ciencia divina. Muchos conocen muchas cosas, pero se ignoran a sí mismos. Saben hablar de cosas elevadas, científicas, metafísicas y místicas, como si hubieran volado sobre los cielos, pero nada saben de sí mismos, ni de su propia nada. Este fondo íntimo, interior, es conocido de pocos, y si los cuentas, apenas llegarán a dos o tres.

3. El verdadero conocimiento de nosotros mismos nos hace examinar y conocer de dónde venimos, dónde nos hallamos y a dónde nos dirigimos. Tu alma viene solamente de Dios; pero en cuanto al cuerpo, procedes de una materia baja y despreciable a los ojos de los hombres, y ahora ¿qué eres? Un saco lleno de inmundicia.

Aun cuando seas muy amado de otros, y no faltan algunos que por este amor humano desprecian la vida eterna y se exponen a ser brasas del infierno, cuando mueras todos se apartarán de ti como de un perro muerto. ¿Dónde te hallas al presente? En el destierro y en medio de muchos sufrimientos corporales.

Tienes que soportar el frío, el calor, el hielo, la nieve, y ya te sientes bien, ya mal; unas veces estás hambriento, otras sediento; también te molestan los animales, como las moscas, las arañas y otros insectos, de los cuales difícilmente te puedes defender. Observa, además, cómo los animales están en cierto modo mejor dotados que tú por la naturaleza, porque ésta dió a cada uno su propio vestido y abrigo para defenderse del frío y del calor; en cambio, tú tienes que mendigarlo de los animales y de las plantas, confesando tu propia indigencia y pobreza.

¿No es esto una gran miseria? Los animales se contentan con los alimentos y albergues que Dios les da; en cambio es de maravillar lo poco que ha recibido tu pobre naturaleza, y de aquí provienen con frecuencia grandes abusos y faltas, al utilizar los animales sacrificados para nuestro alimento.

Pero profundiza más en tu propia nada y mira cuán miserable eres. ¿Haces la oración con gusto? ¿ayunas de buen grado? ¿velas muchas veces? ¿lloras voluntariamente tus pecados? ¿De dónde procede esto? Lo que quieres no lo haces, y lo que no quieres es precisamente lo que haces (1).

¿Qué extraño es que te veas asediado de múltiples tentaciones que vienen de tus enemigos y de los demás hombres?

4. Piensa, además, que el hombre por sí mismo no tiene bien alguno y todo lo ha recibido de Dios, sea poco o mucho; por sí mismo no es más que un corruptor de todo bien, interior y exteriormente; en sí propio nada tiene, si no son defectos, vicios y maldades.

Aquel que atentamente escudriña su interior ¡qué

(1) «Non enim quod volo bonum hoc ago; sed quod odi malum, illud facio». (Rom. VII, 15.)

abismos no encontrará de vicios pecaminosos! Cómo se convencerá de la malicia incalculable en que está postrada su naturaleza, de tal suerte, que sin la ayuda de Dios está tan debilitada, tan flaca y tan inclinada al mal, que acabaría por condenarse sin remedio. Debemos, además, practicar siempre la virtud y ser humildes, pacientes, mansos; en una palabra, ejercitados en toda obra buena; tenemos que vencer para esto una gran resistencia, haciéndonos mucha violencia, y sin embargo, a pesar de esta dificultad que sentimos para todo lo virtuoso y bueno, queremos aparecer ante los demás perfectos en todas nuestras acciones. Por eso nunca debes dejar de pensar y maravillarte de que, llevándote la tierra sobre sus espaldas, no se abra y te sepulse en su seno. Piensa que muchos miles de hombres están ya en el infierno, que acaso han hecho menos pecados que tú, y si Dios les hubiera dado tantas gracias y luces como a ti, acaso fueran mejores que tú, habiéndote perdonado y esperado hasta ahora, mientras que los otros han sido condenados para siempre.

5. ¡Oh, cuántas gracias no derrama Dios sobre el alma, que no se cansa de ahondar en el conocimiento de su propia nada! Preguntó una vez el venerable Taulero a una persona célebre en santidad, cuál era el principal asunto que le ocupaba, y respondió: «Los pecados, que son los que me llevan a Dios», y tenía razón. Por eso Dios permite alguna vez que las personas buenas caigan en pecados y en faltas, no para su mal, sino para que reconozcan su nada y se desprecien, aunque por otra parte tengan buena disposición para con Dios. Así aprenden a reconocer su pequeñez, se humillan, se anonadan y desprecian.

6. Lo que más generalmente impide a las personas espirituales llegar a la verdadera perfección es el hacer poco caso de las faltas pequeñas y diárias que

cometen. «En verdad os digo, nos advierte a este propósito Santa Matilde, que cuando falto o me descuido con alguna risa que a nadie ofende, o con algún resentimiento que no sale al exterior, o con alguna impaciencia en alguna contrariedad, experimento tales tinieblas en mi alma, tal embotamiento de espíritu y tanta frialdad en mi corazón, que me aflijo mucho por mis faltas, llorándolas amargamente, reconociéndolas con humildad y orando por mis culpas; y sólo experimento de nuevo la acción de la gracia, cuando me humillo y arrastro por el suelo, como perro apaleado que se refugia en el último rincón de la casa».

También debemos tener un santo temor de nuestros pecados ocultos e ignorados. Cuando el hombre se postra humildemente ante la misericordia de Dios, reconociéndose culpable, obra sabia y prudentemente. Pero el que se muestra altivo e insolente y se estima por justo, es un necio, y debemos huir de esto como de la muerte eterna.

Quien crea que va por buen camino, pregunte al más santo de la tierra si ha llorado bastante sus pecados, y le contestará que ni siquiera ha llorado la milésima parte de lo que debe a Dios y que no ha hecho más que empezar; no olvidemos que diez faltas que el hombre tenga y reconozca, no le son tan perjudiciales ni deben inquietarle tanto como una sola que no la vea, obstinándose por eso en no evitarla. Sí, mil faltas que cometamos, si las reconocemos y confesamos, no nos perjudicarán tanto como una sola que no queramos reconocer.

7. Por eso, entra frecuentemente en tu interior y examina cuidadosamente todos los rincones de tu conciencia, enumerando tus faltas y pecados. Examina en cuanto al exterior, recordando tus pasos, acciones y costumbres, tu comportamiento, tu manera de vestir y tus compañías, y donde encuentres que te

has desviado de alguna manera, reconóctete culpable ante Dios y llora tus faltas en su presencia.

En cuanto a tu interior, considera diariamente qué es lo que más amas y buscas, lo que más te contenta y satisface, lo que más te mueve y preocupa. Si hallas una sola cosa que no sea Dios o por Dios, seas tú mismo u otra cualquier criatura, por insignificante que parezca, mientras ocupe un lugar en tu corazón, no podrás poseer debidamente a Dios. Por eso decía el santo Job: «¿Hasta cuándo no me perdonas ni me dejas tragar mi saliva *sin que peque?* ¡Oh guardador de los hombres! ¿por qué me has puesto contra Ti?» (1).

8. Por eso, mientras vivas, no debes dejar de temer. «El temor santo permanece por siempre» (2). Nadie sabe lo que le puede suceder, ni nadie es tan santo que pueda saber si es digno de amor por parte de Dios, sin especial revelación suya (3). Aunque te asegurara un ángel que eras justo, debes temer siempre y escudriñar siempre aquello que mueve y domina tu interior, porque los ojos clarísimos de Dios penetran hasta el fondo del alma, y el más justo entre los hombres aparecerá impío en su presencia a causa del pecado.

¡Cuán profundamente debemos, pues, confundirnos al pensar con cuánta severidad seremos juzgados algún día! Vive, por lo tanto, en continua desconfianza de ti mismo, y lleno de temor vigila tus pasos, y si esto te fuera difícil al principio, una vez que te acostumbres te será fácil. Lo que a los comienzos exige esfuerzo y gran diligencia, después lo conseguirás de un soplo.

(1) «Usquequo non parcis mihi, nec dimittis me ut glutiam salivam meam? Peccavi; quid faciam tibi, o custos hominum? Quare posuisti me contrarium tibi?». (Job. VII, 19 y 20.)

(2) «Timor Domini in saeculum saeculi». (S. XVIII, 10.)

(3) «Nescit homo utrum amore an odio dignus sit». (Eccle. IX, 1.)

CAPÍTULO XI

Cuán infinita sea la misericordia de Dios.

1. Aunque en Dios se hallan todas las perfecciones, sin embargo, aquella que le es propia y característica es la misericordia, y por eso dice la Sagrada Escritura que su misericordia sobresaie sobre todas sus obras (1). El mismo nos dice por sus profetas: «Aunque una madre se olvidara de su propio hijo, yo jamás os olvidaré» (2).

En realidad nada hay tan accesible como Dios, mostrándose tan generosamente asequible a las criaturas, que cada una de ellas toma de El lo que quiere. Nada hay como El tan íntimamente unido a nuestra alma. El halaga, busca, mueve y sigue sin descanso al corazón humano, advirtiéndole y amonestándole a cada paso: «Ten cuidado, que aquí te puede suceder esto o aquello. No hables ahora. No hagas esto. No vayas allí. Pórtate de este modo, haz esto, deja aquello, soporta lo que ahora te sucede». Nadie puede comprender bien cuán incansable es Dios en asistirnos, y cuán deseoso y sediento está a cada hora de ayudarnos. ¿Quién nos sigue y nos busca tanto como Dios? ¿Quién nos aguardaría tan pacientemente, sin tomar a mal que le despedamos de nosotros por la culpa?

2. Dios está más deseoso de darnos su gracia que nuestra alma de recibirla, y por muchas veces que recurras a El, mayores son sus deseos de que acudas

(1) «Miserationes ejus super omnia opera ejus». (Salmo XLIV, 9.)

(2) «Numquid oblivisci potest mulier infantem suum, ut non misereatur filio uteri sui? Et si illa oblita fuerit, ego tamen non obliviscar tui». (Is. XLIX, 15.)

siempre con más frecuencia. Es imposible que alguno pida la gracia sin que ésta preceda antes al deseo de la misma, siendo, por lo tanto, el principio del deseo y su causa motriz. El hombre no puede pensar siquiera en disponerse a recibir la gracia ni pedirla, sin que antes Dios le mueva y disponga para ello; no puede elevar hacia El su pensamiento, sin que Dios prevenga el alma, la mueva, la excite y eleye hacia esos buenos pensamientos. Nuestra conversión también es don suyo, que concede con tanto mayor agrado cuanto más dispuesto está a perdonar nuestras culpas que a castigarlas, y a darnos el premio y la recompensa que no el castigo.

3. Dios quiere salvar a todos los hombres en cuanto de El depende (1). Busca y procura con toda eficacia la salud y la salvación de los hombres que ha rescatado y traído al conocimiento de su santo nombre, y cuanto ha creado en el cielo y en la tierra no tiene más fin que el de hacernos felices.

No deja, por lo tanto, de ayudar siempre al hombre en su conversión, con tal que éste siga sus inspiraciones. A algunos los llama por medio de la enfermedad, a otros por medio de la pobreza y por medio de otras muchas contrariedades que permite para nuestro bien; a algunos con advertencias interiores; a quiénes con violencia, como a San Pablo; a otros llamándolos con dureza o con suavidad en sus conciencias. ¡Cuán variada y admirable es la obra de la conversión de los pecadores! Es mayor milagro que la resurrección de los muertos, pues así como excede el alma al cuerpo, así es más difícil dar vida a aquélla que a éste. Por eso decía San Agustín: «Es mayor prodigio convertir a un pecador de sus maldades que la creación del cielo y de la tierra, porque cuando

(1) «Deus omnes homines vult salvos fieri». (I-Timo. II, 4.)

Dios creó el cielo y la tierra no encontró oposición por parte de nadie; mas para convertir un pecador, tiene que vencer la voluntad humana que se resiste a la gracia».

4. La bondad de Dios a nadie niega su gracia cuando se busca sinceramente, y no hay pecador, por grande que sea, a quien el Padre celestial no quiera recibir y acoger, y el que es ahora culpable puede convertirse en santo hoy mismo. Nadie hay tan grosero, ignorante o torpe que no pueda llegar a una perfecta unión de su voluntad con la de Dios. Para esto le bastaría decir con ardiente deseo: «¡Señor! dame a conocer tu voluntad, y dame fortaleza para cumplirla», y vive Dios, que se lo concederá, dándole su gracia con tanta abundancia como a la Samaritana en el pozo de Jacob.

«Mirad, decía a sus oyentes un célebre predicador, el más simple y el menor de vosotros puede recibir del Señor esta gracia, antes de salir de este templo y aun antes de que termine de predicar, con tanta certeza como hay Dios y como yo existo.»

5. Por lo tanto, no debemos culpar a Dios de que no nos llame a sí, diciendo como algunos insensatos: «¡Ah! si Dios me diera la gracia que a ti y a otros, también yo enmendaría mi vida, pero Dios no me mueve, ni me llama como a vosotros». Dios mueve y llama a todos, repartiendo igualmente su gracia al que la quiere, y nadie en el mundo se atreverá a culparle de que no se convierta. Ha dado su gracia a los gentiles y a los judíos, enviando a todos sus apóstoles y sus santos que han derramado su sangre para darles testimonio de la verdad de la doctrina que les anunciaban.

Aun cuando nadie pueda entrar en el cielo sin ser antes bautizado, Dios encuentra en su infinito amor y misericordia muchos medios ocultos a nosotros,

para que no perezcan ni se condenen aquellos judíos o gentiles que tienen un corazón recto y temeroso, pero que no conocen más creencias que las recibidas de sus padres, y que están dispuestos a abandonarlas y a obedecer a Dios, aun a riesgo de sus bienes y de la misma vida, tan pronto como sepan que hay otras mejores que las que han profesado.

6. Haciendo de nuestra parte lo que podamos, Dios se portará como padre fiel, viniendo en nuestro auxilio. Pero cuando Dios, invitándonos con sus dulces beneficios, encuentra muchas almas ocupadas por los ídolos de afectos extraños, entonces tiene que retroceder y no puede entrar en nuestro corazón, por estar ocupado con afectos contrarios a su divina majestad. Dios siempre está dispuesto, pero nosotros nunca lo estamos; El está cerca de nosotros, pero nosotros nos alejamos de El; Dios está dentro, nosotros fuera; Dios vive en nuestra intimidad y nosotros extraños a su presencia.

No creas que Dios te justificará sin ti, y que debes esperarle sentado, mano sobre mano. El pescador echa el anzuelo para coger el pez, pero no lo cogerá si éste no lo traga; pero cuando lo traga, entonces ya está seguro y puede tirar de él para cogerle. De igual manera Dios echa el anzuelo y la red, extendiéndola por el mundo a nuestros pies, a nuestra vista y ante nuestro corazón, sirviéndose de todas las criaturas para atraernos a El. Unas veces nos halaga con cosas agradables, otras nos mueve con las desagradables, y el que no se decide es por su propia culpa, porque no ha querido coger el anzuelo divino ni entrar en sus redes; en caso contrario, sin duda alguna hubiera encontrado a Dios sin más que extender hacia El sus manos. Cuando alguno se cae en un pozo, del cual no puede salir y tratan de sacarle, ¿no debe alargar sus manos y asir lo que le tienden para salvarse?

7. ¡Oh Bien infinito! ¡cuán misericordioso fuiste para conmigo! Siendo nada, me diste la existencia; habiéndome separado de Ti, no os habéis alejado de mí; me levantaste misericordiosamente cuando caí, me mostraste el verdadero camino cuando me extravié, me llamaste dulcemente cuando te abandoné y me abrazaste amorosamente cuando volví, demostrando en todas las ocasiones que eres verdaderamente un Dios misericordioso.

¡Cuánto tiempo me habéis esperado! ¡Con cuánto amor me recibisteis! ¡Con cuánta dulzura me habéis prevenido interiormente, cuántas veces me habéis defendido! ¡De cuántos males, lazos y cadenas me habéis librado, y cuán suavemente me habéis amonestado en el interior de mi conciencia! Y aun cuando os he sido muy ingrato, no me habéis abandonado hasta que me habéis llevado a Vos, sin dejarme reposar hasta que encontrara mi descanso solamente en Vos.

¡Señor poderoso, verdadero y santo!, aun cuando sois admirable y amoroso en todas vuestras obras, mucho más lo sois para con los pecadores, que, aunque indignos y miserables, no cesas de llamarlos a Ti. Esta es, Señor, la obra más excelente y proporcionada a vuestra bondad sin límites, y así, ¡oh Bondad infinita!, se rompe y se hiende la montaña de acero de tu severa justicia!

8. ¡Amabilísimo Dios! Los corazones que antes abrazaron el estiércol, ahora te aman y te abrazan con todas las ansias de su alma; los que ayer eran malvados, hoy son predicadores de tus misericordias. ¡Cosa admirable, Señor! Los que antes se engañaban a sí mismos con delicadezas y blanduras, ahora se privan de ellas e inventan nuevos medios de mayores penitencias y prácticas de devoción, para reconciliarse completamente con Vos; los que amaban tanto su

propio cuerpo, ahora lo tratan como extraño; los que antes corrían impacientes tras de los amores sensuales, ahora sólo piensan en complaceros; los que antes llenos de cólera rugían como feroces lobos, ahora perdonan como mansos corderillos; los que gemían cargados y oprimidos con las cadenas de la tristeza y melancolía de sus conciencias vengadoras, ahora se sienten libres y se elevan sobre todas las cosas de la tierra, gozando de alegre y dichosa libertad. ¡Oh Señor!, este cambio es verdaderamente de tu diestra (1), porque este movimiento interior no proviene de la criatura, ni de humana ciencia que obran exteriormente, sino de Vos, que sólo podéis llegar a conmover el fondo del alma.

Por eso, ¡oh Señor omnipotente y misericordioso!, apiadaos de mí, ayudándome a vencer las tentaciones y halagos peligrosos de la carne, y a evitar completamente en pensamientos y obras lo que Vos habéis prohibido, y dadme la gracia de cumplir y observar cuanto habéis mandado. Ayudadme a creer; esperar, a amar y vivir en todo conforme a vuestra voluntad. Mostradme el alto destino a que me habéis llamado, es a saber: contemplaros sobre todas las criaturas, amaros con los ángeles y gozar de Vos con vuestro Unigénito Hijo, Jesucristo, poseyénd^oos como heredad, según vuestra eterna Sabiduría. Amén.

CAPÍTULO XII

Del infinito amor de Dios en la obra de la Redención.

1. ¡Oh Señor! aun cuando me olvidase de vuestra altísima dignidad, de vuestros dones y de todas las cosas, me movería para amarte una sola, el considerar no sólo el hecho de nuestra salvación, sino también la

(1) «Haec mutatio dexteræ Excelsi». (S. LXXVI, 11.)

manera inefable de realizarla, que es prueba de vuestro amor y generosidad infinitas.

2. En el paraíso se manchó la noble imagen que Dios había grabado en el hombre, y se perdió el precioso tesoro de gracias con que fué enriquecido, por el pecado de desobediencia que se cometió en él, incurriendo todo el género humano en la condenación eterna y en la ira divina.

Dios, sabiendo que ninguna pura criatura podía librarnos, se compadeció al vernos perdidos para siempre, y nos amó de tal manera que por nosotros no perdonó a su propio Unigénito Hijo; en quien el Padre se conoce a sí mismo y a todas las cosas, sino que lo entregó a la muerte para restituirnos aquella eterna felicidad para que fuimos predestinados (1).

Habiendo creado Dios al hombre para gozarle eternamente, a fin de que no se frustrasen sus eternos designios, fué necesario que tuviésemos un mediador entre El y nosotros, que mantuviese al mismo tiempo comunicación con nuestra naturaleza y con la de Dios, y que de este modo pudiera por una parte remediar nuestra flaqueza, causa de nuestros pecados, destruyéndolos al mismo tiempo; y por otra, encerrando en sí el tesoro de todas las gracias y de la gloria de Dios, pudiera derramarlas abundantemente en nosotros, lavándonos del pecado aquí, para después llevarnos a la gloria eterna.

3. El mismo Dios se hizo hombre para salvar a los que estaban condenados. Por El fué restituído el hombre a la gracia perdida por Adán, y cuanto en éste pereció, volvió a revivir en Jesucristo, mas lo que permaneció y vivió en Adán, pereció y murió en Jesucristo, como dice San Pablo: «Así como en Adán todo

(1) «Qui etiam proprio Filio non pepercit, sed pro nobis omnibus tradidit illum». (Rom. VIII, 32.)

murió, así en Jesucristo todo revive» (1). Y así como Adán fué causa de la caída y de la muerte, así Jesucristo lo es de la resurrección y de la vida. El Hijo de Dios en su amor inmenso se compadeció de nosotros, pobres pecadores condenados al infierno, y como nada teníamos para satisfacer a Dios, se nos dió El mismo para que por su medio pudiéramos aplacar al Señor. «Y teniendo la gloria en Dios, como dice San Pablo, no tuvo por usurpación el ser igual a Dios, sino que se anonadó a sí mismo tomando forma de siervo hecho a semejanza de los hombres, y hallado en la condición como hombre; se humilló a sí mismo hecho obediente hasta la muerte y muerte de cruz» (2). Buscó nuestra salud e hizo de ella un tesoro tan grande como si toda su felicidad la tuviera en nosotros, olvidándose de sí mismo por nosotros. Nos llevó en lo más íntimo de su corazón y así nos volvió a su Padre celestial. Muriendo en la cruz rompió las cadenas de nuestra muerte eterna; con su muerte venció la nuestra, restituyéndonos a la vida. Dió al Padre cumplida satisfacción por nosotros; tomó sobre sí nuestros pecados y nuestra condenación, y siendo inocente sufrió en su naturaleza pasible nuestras penas como si fueran propias, según dice el Profeta: «Esto sufro por mis pecados». Y al hablar del fruto de sus obras, dice: «Mirad el tesoro de riquezas que habéis de poseer por vuestras obras», llamando suyos nuestros pecados, y nuestros sus méritos, por lo cual satisfizo por nuestras culpas como si fueran suyas propias, y nosotros par-

(1) «Et sicut in Adam omnes moriuntur, ita et in Christo omnes vivificabuntur». (I-Cor. XV, 22.)

(2) «Qui cum in forma Dei esset, non rapinam arbitratus est esse aequalem Deo; sed semetipsum exinanivit, formam servi accipiens, in similitudinem hominum factus, et habitu inventus ut homo. Humiliavit semetipsum factus obediens usque ad mortem, mortem autem crucis». (Filip. II, 6-9.)

ticipamos del mérito de sus obras como si fueran nuestras.

4. El amor le obligó a descender del cielo para tomar nuestra naturaleza, estando nueve meses encerrado en el seno de la Virgen María, naciendo entre nosotros, y así el Dios invisible se hizo visible; el que era incomprendible, se dejó envolver en pobres pañales; el que era Dios inmenso, yacé en un pesebre entre animales; el Dios, a quien todos los ángeles alaban y veneran, llora como niño; al que sirven todos los espíritus celestiales, está a merced de una virgen; el que alimenta a todas las criaturas, es alimentado de su madre. Impasible en su Divinidad, se hace pasible en su Humanidad; a quien los cielos y la tierra adoran, se deja circuncidar y ofrecer en el templo; a quien todo sér teme, huye a Egipto y sufre la pobreza. Por nuestro amor sufre hambre y sed y no pasa día tranquilo sobre la tierra; cura a los enfermos, resucita los muertos y obra otras maravillas; por nosotros sufre el cansancio de la predicación, de las vigiliass y de la oración, entregándose finalmente a sí mismo al dolor y a la muerte.

5. Pero no sólo sufrió la muerte por nosotros, sino que escogió los tormentos más dolorosos y más íntimos que se pueden tolerar. La menor injuria de palabra que hubiera sufrido, sería bastante para satisfacer por todas nuestras culpas y las de tantos miles de mundos cuantos se pudieran contar en un año, porque el mérito de una obra se mide por la dignidad de la persona. Y Jesucristo obró como si hubiera dicho: «¡Oh corazones todos! ¡Mirad si hubo jamás corazón tan amante como el mío! Si todos mis miembros se convirtieran en el más noble que tengo, es decir, en corazones, quisiera que todos fueran heridos, muertos, consumidos y triturados en pedazos pequeños, sin que me quedara nada sano, con tal de dar a conocer a los

hombres mi amor inmenso hacia ellos. Ninguna boca sedienta en medio de los tormentos de la cruz deseó el agua, ni moribundo alguno ansió con tanta vehemencia, los días alegres de la vida, como Yo he deseado socorrer a los pecadores y ganarlos a mi amor. Sería más fácil hacer que los días pasados volvieran a suceder de nuevo, hacer que reverdecieran todas las flores marchitas, y juntar de nuevo gota a gota todas las aguas que han llovido del cielo, antes que poder medir todo mi amor para con los hombres. Por eso he dado tales muestras de amor que no se hallará en mi cuerpo ni el pequeño espacio que puede tocar la punta de un alfiler, sin encontrar una prueba extraordinaria de mi amor hacia el hombre».

6. ¡Ah! ¿quién tendrá el alma y el corazón tan duro que no se conmueva y derrita de amor, al pensar que el altísimo Dios ha tomado nuestra miserable naturaleza en el seno purísimo de María; que siendo nuestro dueño y Señor se hizo nuestro siervo; que el Hijo de Dios se hizo esposo de nuestras almas, y que nuestro supremo juez se convirtió en hermano nuestro? Por medio de la Encarnación del Verbo estamos unidos a El como miembros suyos, recibiendo su influencia santificadora como de nuestra cabeza.

¿Cómo os pagaremos, dulce Jesús, la inmensa bondad que nos habéis mostrado viviendo treinta y tres años en este mundo, sin tener un solo día de descanso, hasta morir en la cruz de muerte afrentosa? Por dos títulos principales debemos amaros, por haber creado nuestra alma, y por haberla redimido del pecado; pero que Vos, Señor, hayáis puesto la vuestra para salvarnos, ¿cómo os lo pagaremos? Si pudiera dar mil veces mi vida, ¿qué sería esto en comparación de lo que hizo mi Señor ofreciendo la suya por mí?

En vista de tan gran amor, ¿quién podrá contenerse sin amar y alabar con todas sus fuerzas a su Reden-

tór, pues en nada se muestra tanto el amor de Dios a los hombres como en esta obra de la Redención; obra sin igual, humillación sin límites, gracia sin méritos, don sin recompensa?

7. Prostrado en vuestra presencia, ¡oh Padre celestial! os ruego miréis a vuestro Unigénito Hijo, a quien habéis entregado a muerte cruel para perdonar mis grandes crímenes. Acordaos que en otro tiempo dijisteis a Noé: «Pondré mi arco en las nubes, y, al verlo, será la señal de alianza entre mí y el mundo» (1); pues bien, Padre amoroso, mirad cómo vuestro Hijo está extendido de tal modo en la cruz que se pueden contar todos sus huesos, mirad cómo el amor lo ha puesto rojo y de diversos colores, cómo están rígidas sus manos y sus pies, cómo está ensangrentado y dolorido su hermoso cuerpo, y aplacad vuestra ira contra nosotros.

Recordad que os llamáis Padre de las misericordias para que perdonéis. ¿A quién habéis dado a vuestro Hijo? ¿A los pecadores? ¡Entonces nos pertenece! ¡Con abrazo íntimo del fondo de mi corazón, me arrojo en sus brazos desnudos y tendidos en la cruz, y no quiero separarme de El jamás ni en la vida ni en la muerte!

¡Oh Padre celestial! glorificad hoy a vuestro Hijo en mí, y concededme que os desagравie allí mismo donde os ofendí, porque prefiero antes sufrir la muerte que volver a ofenderos. Pues ningún dolor ni tormento, ni el infierno, ni el purgatorio sentiría tanto en mi corazón como el haberos ofendido y deshonorado, mi Creador, mi Dueño, mi Dios, mi Salvador y todo mi gozo y alegría. ¡Oh! ¡si pudiese hacer resonar todo el cielo con los gemidos de mi dolor, y si mi corazón saltase en mil pedazos de contrición! Y cuanto más sinceramente me perdonas, tanto más me duelo y me arrepiento de haber ofendido a tan gran bondad.

(1) «Arcum meum ponam in nubibus, et erit signum foederis inter me et inter terram». (Gen. IX, 13.)

CAPÍTULO XIII

Del verdadero arrepentimiento.

1. Así como nadie puede ser iluminado de Dios sin que antes esté limpio y purificado, así nadie puede ser absuelto en la confesión si antes no se arrepiente de sus pecados, y sin voluntad seria de enmendar su vida, evitando las ocasiones peligrosas de pecar; pues mientras haya la voluntad malévola y sin verdadero arrepentimiento, ningún sacerdote, ni el mismo Papa, puede absolvernó, estando expuestos a condenarnos, si morimos en este estado.

2. ¿Qué se entiende por perfecta contrición? Es un odio contra el pecado que nos hace sentir más la ofensa contra Dios, que el sufrir mal alguno, haciendo que el hombre se convierta con firme propósito de no volver a pecar, y estimando que el menor pecado, es mayor mal que todas las desgracias que le pueden sobrevenir. Para alcanzar esta contrición no debes fijarte sólo en tus mayores pecados, sino también en los más pequeños de que hasta ahora no te has dado cuenta. Piensa en el tiempo perdido, que ya no podemos recuperar jamás. Cuántas veces has provocado la ira de Dios que con tanta paciencia te esperó, llamándote amorosamente. Con esto te sentirás animado a decir con el profeta: «Pensaré delante de ti mis pasados años con amargura de mi alma» (1). Esto debe dolerte tanto que, la sola consideración de la ofensa de Dios, debe hacerte olvidar la pena merecida por tus pecados. De este modo te humillarás ante Dios, arrojándote como la Magdalena a los pies de Jesucristo, confesándole como ella, todos tus pecados, pues

(1) «Recogitabo tibi omnes annos meos in amaritudine animae meae». (Is. XXXVIII, 15.)

como dice San Gregorio, aquella mujer se dolió y confundió tanto de sus culpas, que no se avergonzó de manifestar su confesión exteriormente, y cuando supo que Jesús estaba en casa de Simón, corrió allá, sin hacer caso de nadie, fuera de su Señor, sin oír ni darse cuenta de lo que decían de ella; tanto era el dolor y fervor que sentía ante Dios. Por eso le fueron allí mismo perdonados sus pecados; entró como pecadora, cayendo a los pies de Jesús arrepentida, y se levantó transformada en contemplativa, y Jesucristo la despidió en paz (1). Por eso salió de allí inflamada en amor y llena de la paz que el Salvador le había otorgado.

El que estima más la ofensa de Dios que su propio daño, siente verdadera confianza en el perdón de sus pecados, porque este arrepentimiento nace del amor como de su única causa, y no hay amor sin consuelo, y cuanto más reconoce la bondad de Dios, más crece el odio al pecado, como sucedió a San Pedro cuando vió la santidad de Jesucristo, después de la pesca milagrosa: «Señor, apartaos de mí, porque soy hombre pecador» (2).

3. Mas el que no puede sentir este dolor perfecto, de ninguna manera debe dudar de la misericordia de Dios, pues si su arrepentimiento es tal que se duele de sus pecados, y desea aumentarlo fundándole más en el amor de Dios que en el propio daño, y se confiesa de sus culpas, puede confiar plenamente en el perdón, pues aunque tuviéramos la mejor disposición posible o imaginable para que Dios nos perdonase el pecado, sería nada en comparación de la que Dios nos da cuando nos perdona. Por eso nunca debemos de-

(1) «Dixit autem ad mulierem: Fides tua te salvam fecit; vade in pace». (Luc. VII, 50.)

(2) «Exi a me, quia homo peccator sum, Domine». (Lucas, V, 8.)

sesperar como Judas, el cual se arrepintió de su crimen, pero no pidió la gracia divina, ni confió en el perdón de Dios, por lo cual su arrepentimiento de nada le sirvió, siendo condenado al infierno.

Por lo tanto, para convertirse a Dios es necesario considerar la gravedad de nuestros pecados y llorarlos amargamente en la confesión a los pies de Jesucristo y con verdadera confianza del perdón, porque no es posible que Dios deje de perdonar al que se arrepiente. Y cómo podremos dudar de ello, cuando el Señor dijo por el Profeta: «¿Cómo puede olvidar la madre a su chiquito, sin compadecerse del hijo de sus entrañas? Y si ella le olvidare, yo no me olvidaré de ti» (1). El es Dios de la clemencia que puede y quiere perdonar todos los pecados, pues así lo ha dicho sin que nos pueda engañar: «No quiero la muerte del pecador» (2).

4. Parte principal de la contrición es el propósito de evitar en lo futuro el pecado y las ocasiones de pecar. El que está verdaderamente arrepentido, no dude como Eva, diciendo: «Acaso, acaso» (3). No debe ser débil ni variable como los que se mantienen firmes, sólo hasta que llega la ocasión. ¡Oh Señor! ¡cuántos son los pecadores y cuán pocos los penitentes! ¡De dónde crees que proviene el que sean muchos los que empiezan y tan pocos los que perseveran en el bien? No metieron bien el clavo del dolor, ni le remacharon fuertemente, contentándose con sentir sólo la punta o el principio del arrepentimiento, y por eso practican el bien hasta que no les molesta. Eso no es la contrición verdadera que hace decir a los penitentes: «Se-

(1) «Numquid oblivisci potest mulier infantem suum, ut non misereatur filio uteri sui? Et si illa oblita fuerit, ego tamen non obliviscar tui». (Is. XLIX, 15.)

(2) «Nolo mortem impii». (Ezequiel, XXXIII, 11.)

(3) «Forte moriamur». (Gen. III, 3.)

fior, me duelen tanto mis pecados, que estoy completamente resuelto, con la ayuda de vuestra gracia, a jamás separarme de Vos, ni por amor, ni dolor, ni en la vida ni en la muerte» (1). ¡Oh contrición! cuánto haces y qué dichoso es el que tiene la suerte de sentirte en su corazón.

5. Detestemos, por lo tanto, con gran dolor el pecado, pues cuanto mayor sea aquél en nosotros, más dispuesto estará Dios para perdonarnos, porque así como cualquiera aleja y destruye con energía y presteza lo que le es contrario, así Dios, a quien tanto contraría el pecado, está dispuesto a perdonarnos, si, por otra parte, nosotros nos dolemos sinceramente. Apenas el hombre se convierte a Dios con dolor sobrenatural, desaparecen sus pecados en el abismo de su misericordia, porque entre el pecador verdaderamente arrepentido y la bondad divina, ya no hay entonces obstáculo alguno ni de tiempo ni de espacio.

Por eso el Beato Enrique Susón pone en boca de Jesucristo estas palabras al pecador: «¿No me reconoces? Yo soy la Sabiduría amable de Dios que, ocultando a los santos el abismo de su misericordia, lo abre y ensancha para recibir en él a todos los pecadores arrepentidos. Yo soy la eterna Sabiduría, que se hizo pobre y menesterosa para devolverte tu dignidad perdida, que sufrió la muerte para darte vida. Yo soy tu hermano y el Esposo de tu alma. Yo he olvidado completamente tus pecados para que te acerques a mí como si nunca los hubieras cometido, y para que te conviertas enteramente sin separarte de mí jamás. Lávate en mi amorosa y viva sangre, levanta la ca-

(1) «Certus sum enim quia neque mors, neque vita, neque angeli, neque principatus, neque virtutes, neque instantia, neque futura, neque fortitudo, neque altitudo, neque profundum, neque creatura alia poterit nos separare a charitate Dei». (Rom. VIII, 38 y 39.)

beza y mírame sin temor. Recibe en testimonio del perdón mi anillo nupcial en el dedo, toma la primitiva vestidura de la inocencia, cázate y recibe el amoroso nombre de esposa, para que así te llames y seas por toda la eternidad. Mira con cuánto trabajo te redimí, y si toda la tierra se convirtiese en fuego ardentísimo y se arrojare en él un puñado de paja, no sería tan rápidamente devorado por las llamas, como será perdonado por el abismo infinito de mi misericordia, el pecador verdaderamente arrepentido de sus culpas.

CAPÍTULO XIV

Súplica y llanto del alma arrepentida.

1. ¡Rocas insensibles, tierras incultas, luminosas praderas! quién me diera que el fuego vivo de mi corazón y mis ardientes lágrimas llegaran hasta vosotros, para que me ayudáseis a llorar debidamente el dolor inmenso que embarga mi corazón. El Padre celestial me hizo la más hermosa de sus criaturas, escogiéndome por su amante esposa, y yo le abandoné. ¡Oh dolor! ¡he perdido mi único y verdadero amor! ¡Oh desventurado corazón mío! ¿qué has hecho? ¿qué has perdido? ¡Me perdí a mí mismo y he perdido la compañía de los ángeles y de los santos! Ahora estoy solo y abandonado miserablemente a mis falsos amigos, verdaderos traidores que me han arrebatado todo el bien con que me había dotado mi único Amado. Honor, alegría, consuelo, de todo he sido completamente despojado; ¿dónde hallaré mi refugio en adelante? ¿a dónde iré? Todo el mundo me abandona porque yo abandoné a mi Señor. ¡Qué hora más fatal aquélla! Almas santas, rosas coloradas y blancos lirios, mirad este espino, esta zarza y matorral silvestre, y ved cómo está casi seca, agostada y muerta la flor de

este mundo, pues de sano me volví enfermo, de joven viejo, de vivo muerto.

2. Señor, todo lo que sufro es nada en comparación del dolor que me causa la ofensa hecha a vuestra divina majestad. Este es para mí un infierno y un dolor insuperable. ¡Vos me habéis prevenido tan amorosamente, amonestándome con tanta dulzura, atrayéndome hacia Vos con amor tan grande, y todo lo he despreciado! ¿Cómo puedes sufrir esto, alma mía? ¿Cómo es tan duro mi corazón que no se parte de dolor? Sin embargo, Vos me llamáis aún vuestra amada esposa: ¡Oh Señor! ¡no merezco ser llamado vuestro esclavo! No me atreveré a levantar mis ojos de confusión, y mi boca permanecerá muda en adelante sin quejarme a Vos, bien sea en el amor o en el dolor.

¡Cuán estrecho me parece todo el mundo! Quisiera estar en un bosque inhabitado donde nadie me pudiera ver ni oír, para poder llorar y gemir con todas las ansias de mi corazón, pues esto sería mi único consuelo.

3. ¡Oh pecado! ¡a dónde me has arrastrado! ¡Oh mundo! ¡desdichado el que te sirve! ¡Cómo me has pagado, haciéndome insoportable a mí mismo y a los demás!

Dichosas las almas reinas y limpias que, aprendiendo en cabeza ajena, han conservado la inocencia de su cuerpo y de su corazón. ¡Cuán felices son sin saberlo! ¡Conciencias puras, corazones limpios! ¡Vosotros desconocéis lo que sufre un alma pecadora, oprimida y desconsolada! ¡Cuán dichosa era la mía cuando estaba unida a mi Dios y cuán poco comprendía esta felicidad! ¡Quién me dará toda la extensión del cielo por papel, y la mar convertida en tinta, las hojas y hierbas en plumas, para poder describir todo el dolor de mi corazón, y el daño irreparable que me ha causado la separación de mi Amado!

¡Oh Padre mío! ¡hermano mío! ¡y única alegría de mi corazón! ¿Tú quieres aún perdonar a mi alma culpable? ¡Oh bondad y misericordia infinitas!

4. Por eso, caigo postrado a vuestros pies, Padre celestial, exclamando: ¡Perdóname todos mis pecados! ¡Bondadoso Señor! ¿por qué sois tan amado de tantos corazones? ¿Por qué tantas almas se alegran en Vos? ¿Por qué son tantos los que os buscan, por sólo conservar la inocencia de su vida? No, no solamente por eso, sino porque viéndose tan pecadores, defectuosos e indignos de Vos, saben, sin embargo, que vuestro liberal y dulcísimo corazón les ofrece acogida generosa. Y lo que más grande y misericordioso hace vuestro Corazón, es el que nos amáis sin tener necesidad alguna de nosotros, porque lo mismo os da perdonar mucho que poco, perdonar mil pecados que uno solo. ¡Oh dignación sobre toda dignación!

Señor, los pecadores que no pueden agradecerle suficientemente el perdón, se esfuerzan con toda su alma en alabaros, pues según la Sagrada Escritura, así te glorifican más que los que no han caído en pecado, pero viven en tibieza y no te aman tanto como aquéllos. Por eso dice San Bernardo que Vos no miráis tanto lo que el hombre ha sido en el pasado, sino lo que sinceramente quiere ser en adelante, y no tienes en cuenta los pecados del que está perdonado y persevera en el bien.

Por donde el que os niega que perdonáis al culpable tantas veces como instantes se suceden, os priva de vuestra mayor excelencia. El pecado os obligó a bajar del cielo a la tierra! Feliz culpa, dice San Gregorio, que nos trajo tan misericordioso Redentor, y que a cada hora está dispuesto a recibirnos. Concédeme, Señor; que viva para agradaros y unirme a Vos, según vuestros méritos infinitos por toda la eternidad. Amén.

CAPÍTULO XV

De la confesión.

1. Cuando el hombre ha deseado o amado desordenadamente algo fuera de Dios, debe repararlo por el sacramento de la confesión con arrepentimiento, y por eso debe saber confesarse bien.

La confesión es inválida cuando se hace sin arrepentimiento, sin propósito de enmendarse, sin fe en la eficacia del sacramento, sin perdonar a los enemigos, callando a sabiendas algún pecado mortal, o no restituyendo lo indebidamente adquirido.

2. Por lo tanto, el que quiera confesarse bien y con provecho, debe antes examinarse en lo que haya pecado desde su última confesión, y esto nos disculpará de los pecados omitidos por olvido. Después debemos postrarnos ante el Señor con arrepentimiento de nuestras culpas y firme propósito de evitar los pecados mortales y veniales, diciendo: «¡Señor! no miréis la grandeza de mis culpas, y perdonadme. No miréis la insignificancia de mis buenas obras y perdonad cuanto os he ofendido en pensamiento, palabra y obra. Muestra tu misericordia y bondad olvidando el tiempo perdido en obrar contra vuestra divina voluntad. Acordaos de lo que habéis sufrido por mis pecados y los de todos los hombres, y recibeme en tu gracia sin permitir que me separe de Vos».

3. Busca después un prudente confesor que tenga ciencia bastante para distinguir y conocer los pecados, y poder para absolverlos. Póstrate ante él con humildad y fervor, como María Magdalena a los pies de Jesucristo, y pídele confiadamente que te oiga. Entonces debes abrirle tu corazón, como lo harás cuando Jesucristo venga a juzgarte al fin del mundo, al cual todo está manifiesto en verdad. Confiesa particular-

mente los pecados mortales, manifestando tu vida y estado; su número y circunstancias, cuántas veces y con qué clase de personas has faltado. Y lo que consideres más grave y vergonzoso para ti, no lo olvides ni dejes de manifestarlo, sino, antes al contrario, confiéssalo antes que las faltas veniales, reconociéndote como el mayor enemigo de ti mismo.

No dejes entrar en tu corazón una falsa vergüenza, sabiendo que Dios todo lo ha visto y oído, así como aquellos santos a quienes lo manifiesta en el espejo de su eterna Verdad; todos éstos saben tus pecados mejor que tú mismo. Confúndete, pues, no sólo ante tu confesor, sino ante Dios y sus santos, y concibe un saludable temor, pensando que El mira todos tus pensamientos, palabras y obras. Abre tu corazón y manifiesta todos tus pecados, pues cuanto más te humilles, más meritoria será ante Dios tu confesión. No te disculpes de tus pecados, ni los encubras con explicaciones prolijas, ni acuses a nadie en la confesión hablando de los pecados ajenos y olvidándote de los propios. Guárdate, sobre todo, de las palabras inútiles para que no hagas perder tiempo a tu confesor.

4. Después de acusadas las culpas sin callar alguna voluntaria o conscientemente, podemos estar seguros de que Dios nos ha perdonado, porque más le glorifica el perdonar que no el castigar el pecado. Cree firmemente en el poder del confesor y en la palabra de Jesucristo, en *primer lugar*, porque la confesión es el sacramento de los méritos infinitos del Redentor; y el confesor es como el conducto por el cual llegan a nosotros para perdonarnos. La fuente es Jesucristo que sufrió durante treinta y tres años sin tener un día de descanso, padeciendo hambre, frío, sed, pobreza y privaciones; que derramó toda su sangre y experimentó las mayores angustias del corazón, muriendo al fin afrentosamente en la cruz, acumulando así un

tesoro inagotable de méritos para que con ellos pudiéramos nosotros pagar a Dios nuestras deudas.

En *segundo lugar*, debemos tener en cuenta que Jesucristo ha dicho: «A quien perdonaréis los pecados en la tierra, le serán perdonados en el cielo» (1). Y podemos afirmar que habiendo confesado una vez nuestros pecados, si la conciencia nos intranquiliza sobre ellos, sacaremos más provecho en confiar en Dios y en la eficacia de la confesión sin volver a confesarnos, que acusándonos de nuevo de lo que ya hemos sido absueltos.

Quando en la iglesia adoramos el Sacramento del altar, sabemos y creemos que allí está Jesucristo y daríamos nuestra vida antes de dudar de ello. ¿Por qué? Sólo porque Dios lo ha dicho, y por la virtud de su palabra está oculto en el Sacramento. Pues bien, el mismo Dios y la misma boca nos ha dicho las palabras ya citadas sobre el perdón de los pecados, y nada hay tan cierto como la palabra y la promesa de Dios. «El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán» (2).

5. Apoyado en esta confianza, el hombre adquiere la tranquilidad y libertad de su conciencia, pues confiando en Dios, El cumplirá, en verdad, la palabra dada en la absolución sacramental. Aunque el hombre hubiera caído en el más profundo abismo del pecado, si se ha arrepentido verdaderamente de cuanto hizo contra Dios convirtiéndose a El, de tal modo que le ama y estima sobre todas las cosas, Dios no tendrá en cuenta sus pecados pasados. Si te apartas enteramente de ellos, también Dios los olvidará y te juzgará conforme a tu estado actual. Según te encuentre, así

(1) «Quorum remisseritis peccata, remittuntur eis; et quorum retinueritis, retenta sunt». (Juan, XX, 23.)

(2) «Coelum et terra transibunt, verba autem mea non praeteribunt». (Mat. XXIV, 35.)

te recibirá y acogerá, no según lo que has sido, sino conforme a lo que ahora eres.

6. Después de confesado se debe cumplir cuanto antes la penitencia impuesta por el confesor, aceptándola con agrado y obediencia, cualquiera que ella sea; si con este espíritu de sumisión cumples la penitencia, aunque sólo sea un Padrenuestro o una Avemaría, sería bastante para satisfacer por muchos pecados, pues por pequeña que sea, será suficiente para pagar nuestras deudas, porque está unida al tesoro inagotable de los méritos de Cristo. Por eso debes decir devotamente: «¡Oh, mi amado Jesús, Rey de inmensos tesoros! Reconozco la gravedad y multitud de mis pecados con que tantas veces y tan inicualemente os he ofendido. Reconozco igualmente la nada de mi arrepentimiento en comparación de la gravedad de mis culpas, pero también reconozco la inestimable grandeza de vuestros méritos, y Te suplico que con ellos suplas lo que falta a mi arrepentimiento para que así pueda satisfacer plenamente por mis pecados. Amén».

CAPÍTULO XVI

Del verdadero espíritu de penitencia.

1. Después de tu confesión, renuncia animosamente a todo cuanto sea pecaminoso, esto es, no sólo a los pecados de pensamiento, palabra y obra, sino también a todas las ocasiones que puedan inducirte al pecado. Si vas a donde se ofende a Dios, te pones en evidente ocasión de pecar también, pues es muy difícil que el hombre no peque al ver pecar a otros, ya porque puede consentir en los mismos pecados, ya porque se expone a juzgar mal del prójimo.

Por eso debes huir de la ocasión y causa del pecado como de este mismo. Debes huir, por lo tanto, las

malas compañías, los libros y diversiones inmorales, los vestidos y adornos indecorosos; en una palabra, todo lo que halaga a la naturaleza y a los sentidos; y en lo que ésta más se complace, debes ir privándote de ello; hoy de una cosa y mañana de otra, pues si quieres ahogarla de un golpe no conseguirás nada.

2. También debes mirar y examinar atentamente a qué cosas eres más inclinado por naturaleza, a fin de que puedas desviarla desde un principio. Si es la soberbia, trabaja por ser humilde de corazón, porque la humildad es el fundamento de toda virtud, habiéndola enseñado Jesucristo a sus discípulos por estas palabras: «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón». No les encargó ni enseñó que fueran sabios, sino mansos y humildes. Si eres propenso a hablar demasiado y de cosas que no te importan, procura guardar silencio, pues, sin duda, si obligas a la boca a callar, Dios dará paz y tranquilidad a tu corazón. Si eres curioso e indiscreto mirando a todas partes, guarda los ojos. En una palabra, guarda y mortifica tus sentidos, apartándolos especialmente del objeto de sus preferencias.

3. Este es el verdadero espíritu de penitencia; muchos creen que son penitentes sólo cuando practican grandes ayunos, vigiliias o cosas parecidas. La verdadera penitencia, mejor que todas las otras y la que más pronto nos lleva a Dios, es nuestra conversión hacia El y a todas las virtudes, y nuestra absoluta separación y alejamiento de cuanto le es contrario, no haciéndolo por nada del mundo.

Debemos tener una plena confianza en la bondad y ayuda de Dios, pues sin El nada podemos hacer. Y esta conversión debe fundarse en cuanto cabe, en un amor invariable a nuestro único fiel Amigo, tan fiel que a nadie abandona ni abandonó jamás al que en El confía.

Debemos ejercitarnos, además, continuamente y con gran fervor en dar gracias a Dios por el perdón de nuestros pecados, y por el beneficio del arrepentimiento y del propósito de no volver a ofenderle, pensando que otros que han pecado menos y que hubieran correspondido mejor a la gracia, están condenados para siempre.

4. Verdadera penitencia es estimar en mucho la bondad y fidelidad de Dios para con nosotros, y despreciarnos con todas nuestras cosas, y considerarnos indignos de que Dios sea tan misericordioso para con nosotros que no podemos pagarle el menor de sus beneficios. Estimar en poco lo que hacemos o podemos hacer, aunque solos hiciéramos lo que hacen todas las criaturas, y que es mucho más lo que nos falta, pues con nada podemos satisfacer por el pecado.

5. Este desprecio de sí mismo y la firme voluntad de no volver a pecar, así como nuestra confianza en Dios, deben nacer principalmente de la consideración de lo que Jesucristo sufrió por nosotros, pensando, además, quién era El, y qué es lo que sufrió con tanto amor por nuestras almas. Este es el ejercicio más provechoso para concebir odio al pecado y a todo desorden.

6. Cuando el hombre rasga con el pecado la vestidura de su alma, debe repararla con una sincera conversión a Dios, haciendo lo que con la planta torcida que se pretende enderezar, que se dobla en sentido contrario para ponerla derecha. Debe de hacer lo que la serpiente que, cuando envejece, se desliza entre dos piedras muy juntas dejando entre ellas la piel vieja, que es sustituida por la nueva que nace después. Así el pecador debe oprimir y apretarse como entre dos piedras, siendo una de ellas el rigor de la justicia divina, y la otra los méritos infinitos de Jesucristo ofrecidos por nuestros pecados. De este modo

se despojará del hombre viejo vistiéndose del nuevo, como dice San Pablo: «Renovad vuestro espíritu por medio del hombre nuevo creado según Dios en justicia, santidad y verdad» (1).

Consagraos, pues, enteramente a Dios y dejadle que haga de vosotros lo que le plazca, para que El mismo renueve lo que habéis pervertido. Y como por el pecado todo lo habéis corrompido, alma y corazón, los sentidos y energías del cuerpo, refugiarnos en El, que es la fuente de la santidad y que os ama más que podéis amaros vos mismo, y que os amó aun cuando le ofendías y corrías a la perdición. Siendo esto así ¿cómo puedes dudar de que ahora también te ama y está dispuesto a ayudarte en lo necesario, ahora que le amas y quieres obedecerle?

CAPÍTULO XVII

Del dominio de nuestra naturaleza animal.

1. Almas que empezáis el camino de la vida espiritual, y que os arrastráis aún como el caracol sobre el lodo de vuestros pecados, no debéis pretender volar como las águilas, sino que todo vuestro cuidado debe concretarse a entrar dentro de vosotros mismos, y observar qué es lo que os ata a la tierra para desembarazarse de ello. El que pretende volar con pesada carga, corre el peligro de estrellarse. Por eso el que quiera alcanzar la perfección, debe alejarse de las criaturas, debe dominar su carne con la mortificación, privándose del sueño, de la comida y bebida, y de cuanto halaga a la carne, previo el permiso del director espiritual. El cuerpo y la carne pugnan siempre contra el espíritu al cual resisten fuertemente, siendo esta lucha

(1) «Renovamini spiritus mentis vestrae». (Efes. IV, 23.)

continua. El cuerpo que aquí está en su elemento, es fuerte y astuto: el mundo le apoya, y la tierra es su patria, ayudándole también otros amigos, como los alimentos, bebidas y toda clase de molicie.

El espíritu, en cambio, vive aquí como extraño, pues la aspiración suprema del hombre interior es Dios y a El tienden naturalmente sus deseos, su voluntad y sus anhelos. Sus amigos y su familia están en el cielo y allí estará en su elemento cuando se encuentre en medio de los suyos. Pero como esto se opone al hombre exterior, la carne, pugna contra ello, según lo que dice San Pablo: «En mis miembros veo otra ley contraria a mi voluntad, y no hago lo que quiero, sino lo que no quiero» (1).

2. Para debilitar la carne en esta lucha y para que no prevalezca contra el espíritu, hay que refrenarla y reprimirla con la mortificación. Debemos considerarnos divididos en dos partes; una la parte inferior y animal, naturaleza caída por el pecado y contraria siempre al ejercicio de la virtud que trata de apartarnos de Dios, a la que debemos odiar, perseguir y mortificar con asperezas para que esté sometida a la razón de tal modo que, la santidad y pureza de corazón conserven siempre su dominio, ejercitándonos en las virtudes.

Los sentidos y las potencias exteriores que radican en la carne deben servir al espíritu trabajando; mas el espíritu procede de Dios que le creó directamente a su imagen y semejanza. Por eso el que sirve a la carne obra como si, abandonando a su amigo predilecto, se volviera a su enemigo, porque ya se ha dicho que todo lo sensual se opone al espíritu. La carne es el peor enemigo del hombre, porque siempre la tiene

(1) «Video autem aliam legem in membris meis, repugnantem legi mentis meae. Non enim quod volo bonum hoc ago; sed quod odi malum hoc facio». (Rom. VII, 23 y 19.)

a su lado; y, por lo tanto, es justo que el alma que la sirve reciba la recompensa propia del enemigo, esto es, la muerte eterna, como sucedió a Eva.

Cuando vió la manzana tan apetitosa, la deseó y comió de ella, y al servir con esto a la sensualidad, recibió en pago la muerte; esto mismo sucede a los que viven de los sentidos.

El cuerpo debe seguir al alma en virtud de la superioridad de su naturaleza, pues es justo que lo inferior siga y obedezca a lo superior, y que lo bueno domine lo malo.

3. Presta, por lo tanto, todo el auxilio posible a tu noble alma que pelea contra el cuerpo, a fin de someterle, y en todas las cosas sujétale al espíritu para que no te estorbe en aquello que mira al servicio de Dios. Por eso los santos tenían tal dominio sobre su cuerpo que el alma siempre se adelantaba, diciendo a la carne: «Yo tengo que ser aquí la primera».

4. Ciertamente que no todos pueden soportar una vida austera y si por debilidad se resiente nuestra naturaleza, debemos moderarnos; por eso la Iglesia no quiere que se quebrante demasiado nuestra salud con los ayunos. Sin embargo, no deja de ser cierto que conviene una vida austera a los que se cuidan demasiado y acceden a todos los caprichos de su indómita naturaleza; y que los ayunos y vigiliasson medio poderoso para fomentar la vida espiritual en quien puede soportarlos. San Macario solía decir: «Mortifico mucho mi carne, porque me causa muchas tentaciones».

5. Acaso se pregunte: «¿Cómo puede vivir el hombre en esta vida sin placer alguno? Cuando tengo hambre debo comer, bebo cuando tengo sed, y si tengo sueño, duermo; si siento frío, es natural que procure calentarme. Ciertamente que esto no se puede hacer sin conformarse con la naturaleza, pues ésta es siempre la misma». Sin duda que no podemos vivir

privados de toda satisfacción y gusto, pero la razón debe dominarlo todo, para que todo sea en nosotros según la voluntad de Dios; las satisfacciones no deben penetrar ni detenerse en el espíritu, sino pasar con las mismas acciones sin hacer alto en nuestro interior; no deben descansar sino pasar de largo.

Según esto, ¿en qué engaño no viven los que siguen los caprichos del cuerpo y de los sentidos en mirar, oír y hablar, en secundar las tendencias de la naturaleza, en desear agradar a otros procurando con palabras y obras despertar mutuo amor y estimación; los que ceden a la intemperancia en el comer y en el beber, a la vanidad y al lujo en el vestir y en otra multitud de cosas, desviviéndose por adornar este saco de podredumbre que ha de serlo pronto de gusanos, y procurando agradar al demonio, a quien sirven de este modo? Esta es la causa de que hoy sea tan poco conocida la práctica de las virtudes, porque son muchos los que viven según la carne y no según el espíritu.

Desgraciadamente hoy nadie cree que sea posible la mortificación; cunde el enervamiento y, por desgracia, la solicitud y el fervor de otro tiempo se ha resfriado y extinguido de tal modo que nadie quiere someterse al dolor y al sacrificio. Si se pudiera encontrar una manera de vivir sin pena ni dolor, con gusto la escogerían y seguirían todos.

6. Domina, pues, tus potencias sensitivas por medio de la razón, para que el apetito animal no influya demasiado en el comer y beber. El hombre debe servirse de los alimentos como el enfermo de las medicinas, esto es, por necesidad, para conservar sus fuerzas y mejor servir a Dios. Debes conservar el dominio sobre la parte animal, y ser comedido en las palabras, en las acciones, en el callar, oír, ver y obrar, obedeciendo las disposiciones de la Iglesia y conforme al ejemplo de los santos.

Cuando llegues a dominar tu cuerpo y estés muerto a los placeres desordenados, serás como suave aroma ante Dios, según aquello de San Pablo: «Somos buen olor de Cristo» (1). Removidos estos obstáculos de la naturaleza, podrás decir con el Salmista: «Se eleva sobre las nubes y anda sobre las alas del viento» (2), es decir, cuando el hombre consigue matar sus inclinaciones terrenas, Dios hace en él su morada.

CAPÍTULO XVIII

De la lucha del principiante.

1. Así como el ciervo es perseguido de los perros, así también al que comienza su conversión le acosan las tentaciones. Cuando se separa del mundo y principalmente de sus culpas graves, entonces empieza una gran lucha. Los pecados capitales, cual perros de caza, le acometen con tentaciones mayores que antes, porque entonces cedía fácilmente a la sugestión de sus pasiones, y el enemigo malo poco tenía que hacer para seducirle, pero ahora la persecución y la lucha serán mayores. Por eso dice el Eclesiástico: «Si empiezas a servir a Dios, prepara tu alma para la tentación» (3). Y San Pedro nos advierte: «Amados míos: sed sobrios y vigilad, porque nuestro adversario, el demonio, anda alrededor de vosotros como león rugiente buscando a quien devorar, por lo cual resistidle fuertes en la fe» (4). Toda nuestra vida, dice

(1) «Quia Christi bonus odor sumus Deo». (II, Cor. II, 15.)

(2) «Qui ponis nubem ascensum tuum, qui ambulas super pennas ventorum». (S. CIII, 3.)

(3) «Fili, accedens ad servitutum Dei, sta in iustitia et timore, et praepara animam tuam ad tentationem». (Eccli. II, 1.)

(4) «Sobrii estote et vigilate, quia adversarius vester diabolus tanquam leo rugiens circuit quaerens quem devoret». (I, Pedr. V, 8.)

Job, y mientras vivamos en la tierra es una lucha continua, y por eso los santos llamaban combate a la vida (1).

2. Después de haber renunciado a los falsos y engañosos halagos del mundo, y al querer entrar en el campo hermoso de una vida perfecta, se encuentran caminos difíciles en las tinieblas del bosque, vías estrechas y desconocidas llenas de malezas y espinas que hay que atravesar, y atemorizan el corazón los pasadizos y fosas que debe franquear. Este es el camino de las tentaciones que comenzarán a probar al nuevo convertido.

En este camino se oyen las voces dulces de mortíferas sirenas de que debemos apartar el oído. Caminando adelante se tropieza con la impura Venus, de labios disolutos y miradas procaces, con miel en la boca y veneno en el corazón, que ha engañado y perdido a muchos héroes adornados ya con la corona del triunfo. También encontraremos la diosa del dinero, de la felicidad, con su rueda voluble, mostrándonos su exterior adornado y atrayente, pero ocultando cuidadosamente su variabilidad y mudanza.

Allí se verá también una gran laguna a la que acuden muchos ciervos debilitados y sin fuerzas para descansar: imagen de la vida tibia que suele seguir a un fervoroso principio. Cuando el enemigo ve que el hombre le abandona y huye del mundo, se le acerca cautelosamente, sabiendo que todavía es débil, por el mucho tiempo que ha vivido conforme a sus caprichos, y le dice que no puede continuar ni perseverar más tiempo en el buen camino. Y como el pueblo de Israel, al verse perseguido de seiscientos carros por los egipcios, dijo a Moisés: «Miserables! ¿Por qué no nos has dejado en Egipto, aunque hubiésemos sufrido algo,

(1) «Militia est vita hominis super terram». (Job. VII, 1.)

pues ahora pereceremos todos aquí?»; de igual manera se conducen los tímidos y flacos de poca fe. Cuando ven la serpiente que les amenaza, levantada sobre la piedra, intentando acometerlos de cerca, se dicen: «Es inútil. Será mejor vivir en Egipto, en el mundo, en medio de los negocios y amando las criaturas; estoy en peligro, pero no en la seguridad de condenarme».

Otras veces, el principiante, al ver sus faltas y pecados se entristece y desanima; entonces el enemigo malo, como león horrible, le sugiere estos pensamientos: «¿Debes estar toda la vida con estas inquietudes y angustias? Eso será un disparate. Vive alegre como los demás y disfruta de la vida. Dios te dará arrepentimiento a la hora de la muerte. Vive a tu capricho y disfruta de las criaturas mientras seas joven; cuando seas viejo, ya procurarás ser santo». Y así muchos se detienen en el buen camino comenzado.

4. Recién convertido a Dios el Beato Enrique Susón, se vió asaltado de varios combates con que pretendía engañarlo el demonio. Dios, por medio de inspiraciones interiores, le pedía un completo desasimiento de todas las cosas que le pudieran poner obstáculos. Mas pronto le asaltaba este pensamiento: «Piénsalo bien: fácil es empezar, pero penoso el perseverar». La voz interior le aseguraba en su ayuda el poder de Dios, y la voz contraria le decía: «No hay que dudar del poder de Dios, pero no podemos tener seguridad de que quiere ayudarnos». Y como venciese la gracia a estas sugerencias, entonces la voz enemiga le decía amistosamente: «Está bien, debes enmendar tu vida, pero no debes exagerar; empieza poco a poco si quieres llegar al fin. Come bien y cuídate, pero evita el pecado. Vive bien en privado, pero al exterior con prudencia, para que los demás no te aborrezcan. Se dice vulgarmente: si el corazón anda bien, todo marchará bien. Puedes tratar alegremente con los hombres sin

dejar de ser bueno, porque los demás también irán al cielo sin llevar una vida tan austera».

Con estas ideas era fuertemente combatido, pero a estos falsos consejos le replicó la divina Sabiduría: «El que pretende empezar una vida santa con tibieza, se verá burlado como el que quisiera coger por la cola una anguila que se escurre; cuando cree que la tiene segura, se le escapa. El que piensa dominar con la molicie un cuerpo mal acostumbrado y recalcitrante para lo bueno, carece de sentido común. El que quiere servir al mundo y al mismo tiempo a Dios con perfección, pretende un imposible y contradice la doctrina de Jesucristo (1). Por lo tanto, si dejas de mortificarte, dejarás también la piedad».

Mucho le duró este combate, mas al fin, reanimándose, dió de mano esforzadamente a todas las cosas:

5. Cuida en todo tiempo de enmendar tu vida, de librarte de tus defectos y reconciliarte con el Juez irritado por tus pecados. Es necesario desterrar cuanto hasta ahora ha poseído nuestra concupiscencia. Para reformarnos, debemos marchar animosamente y escudriñar todos los rincones de nuestra alma para ver si conserva algún apego a lo que antes le agradaba, o si vive aún escondida en nuestro corazón alguna criatura perecedera. Todo esto debemos desecharlo inexorablemente, y es lo primero e indispensable para entrar por el camino de la virtud, así como necesita el niño conocer el *a*, *b*, *c* para poder leer.

El principio es difícil y doloroso, pero Dios ha confirmado lo que nos manda con la promesa de que ayudará a los que emprendieren en su nombre la enmienda de su vida. Además, lo que al principio se cree difícil por falta de ejercicio y de costumbre, se

(1) «Nemo potest duobus dominis servire: aut enim unum odio habebit et alterum diliget, aut unum sustinebit et alterum contennet. Non potestis Deo servire et mammonae.» (Mat. VI, 24.)

hace después muy fácil y llevadero, porque de la costumbre nace el arte.

Sé, por lo tanto, animoso y valiente, pues el soldado que cede una vez ante el empuje enemigo, no podrá después avanzar con valor contra su adversario. Es verdad que es penoso abandonar las inclinaciones naturales y las viejas costumbres. ¿Cómo será posible desembarazarse en un momento de los escóm-bros amontonados durante veinte años o más? Es necesario ir poco a poco, día por día, hasta que desaparezca todo. Nadie puede perfeccionarse en un día. La montaña es alta y el camino resbaladizo y no se puede escalar de un salto, sino paso a paso. Es cierto que Dios puede conceder esto al hombre en un instante, pero no lo suele hacer, sino que ordinariamente exige nuestro esfuerzo y trabajo, y por eso, si no se adelanta tan pronto como se desea, no debemos atemorizarnos ni abandonar la empresa. A los niños, para enseñarlos a hablar, se les hace repetir una misma palabra hasta que la aprendan, muchas veces.

6. Decía San Agustín: «Dios que te hizo sin tí, no te salvará sin tí». No esperes que Dios te infunda la virtud sin tu trabajo, ni que te santifique por milagro. Dios puede hacer florecer una rosa en pleno invierno, pero no lo hará sino a su debido tiempo, en Mayo, con el rocío y la lluvia, ordenadas y previstas.

Leemos que cuando Dios sacó de Egipto al pueblo de Israel para llevarlo a la tierra de promisión, lo guió por el desierto cuarenta años antes de llegar a su destino; y esto lo permitió para probarlos, para conocer los engaños del corazón de su pueblo y para que fueran olvidando poco a poco el Egipto y hacerles desear la tierra prometida. Pudiera muy bien hacer esto en un momento, pero no lo hizo, porque el Señor de la naturaleza, dice San Dionisio, se comunica a cada criatura según su capacidad. Y esto lo vemos

en muchas almas a las que Dios deja sufrir y trabajar mucho tiempo, antes de atraerlas y elevarlas a las alturas. Ten presente que Dios no se precipita ni en las cosas naturales ni en las sobrenaturales, y por eso no debes apresurarte en ninguna obra ni en tus acciones. Cíñete con la armadura (*Vid.*, cap. XXI) del Señor, para que puedas resistir en los días de prueba y ser constante en la perfección de todas tus obras.

CAPÍTULO XIX

Cuán engañoso es el amor del mundo.

1. Leemos en el Santo Evangelio que «el pobre fué llevado por los ángeles al seno de Abraham, pero el rico sepultado en el infierno» (1). Cuán amorosamente nos amonesta con estas palabras a despreciar todas las riquezas y placeres del mundo, muriendo para ellas, y a vivir soportando la pobreza con paciencia, a imitación de Lázaro y de tantos siervos de Dios. Y a fin de que comprendamos bien estas dos cosas, veamos y consideremos cómo todo lo que el mundo estima y aprecia es pura vanidad.

El mundo es como un juego de ajedrez: en él hay reyes, reinas, escuderos, caballos y peones, con los que se juega. Cuando nos cansamos de jugar, arrinconamos la piezas en una bolsa. Del mismo modo la muerte va arrinconándonos a todos bajo tierra, ya sea rico o pobre, papa o rey, todos van a la fosa, y a veces ocurrirá que el siervo estará sobre el señor en el osario.

2. Cuanto el mundo aprecia de grande y agrada-

(1) «Factum est autem ut moreretur mendicus et portaretur ab angelis in sinum Abrahae; mortus est autem et dives, et sepultus est in inferno». (Luc. XVI, 22.)

ble es engaño diabólico, cuyo fin es el fuego eterno; breve alegría y largo padecer es lo que ofrece el mundo.

¿Cómo está tan ciego y fascinado el corazón del mundano para que cifre su felicidad en las cosas pasajeras despreciando las eternas, obrando como el animal irracional que no mira más que lo presente? Está sumido en profunda obscuridad, dando vueltas tras la felicidad sin alcanzarla, y por una alegría que tenga, sufre antes diez pesares, y cuanto más se deja llevar de sus caprichos, menos se satisface.

3. Además, el corazón del malo siempre vive rodeado de temor y de espanto. El escaso placer de que llega a gozar lo consigue con penas, lo disfruta en medio de angustias y lo pierde con amargura. El mundo está, pues, lleno de infidelidad, falsía e inconstancia, mintiendo y engañando siempre, prometiéndolo mucho y cumpliendo poco. Fiarse de sus palabras, sería como querer pasar sobre un gran río sobre una débil paja por puente. Su amistad no tiene más fundamento que el interés de cada uno.

En resumen: el corazón humano no encontrará en las criaturas ni amor verdadero, ni alegría completa, ni paz duradera. Por lo tanto este mundo es un valle de lágrimas donde están mezclados el dolor y el amor, la risa y el llanto, la alegría y la tristeza, y en el cual nadie puede encontrar verdadera felicidad; todo es breve, inestable y fugaz. Hoy mucha alegría, mañana mucho dolor; tal es la alternativa del tiempo.

4. En verdad que cuando se considera todo lo que parece deleitable aquí abajo, se ve fácilmente que es transitorio, y así observamos que el que hoy está sano, mañana está enfermo, el que hoy se alegra, mañana llora, y el rico de hoy será el pobre de mañana. ¿Dónde está el Mayo alegre con sus hermosas flores? Todo se ha secado. ¿Dónde el verano con todos sus encantos y delicias? Se fué como si no hubiera existido. Junta, si

puedes, en ti toda la felicidad y todos los placeres de que puede gozar un hombre aquí abajo; todo lo debes dejar sin que sepas ni el día ni la hora.

5. ¡Oh dulce Señor mío! ¡qué cosa más lamentable ver tantos amantes corazones y almas nobles creadas con gran amor a tu imagen, destinadas para ser reinas desposadas con Vos, que pudieran ser dueñas del cielo y de la tierra, ser engañadas y degradadas tan miserablemente! ¡Ay Dios mío! cómo se pierden y arruinan voluntariamente, y cuánto mejor sería padecer mil muertes corporales que apartarse el alma de su Dios! ¡Oh locos y ciegos! ¡cómo aumentáis vuestra desgracia, y vuestro daño dejando pasar el tiempo precioso que no se recupera jamás, y cómo podéis vivir tan alegres como si nada os importara!

6. Hay muchos que creen se puede conciliar el amor de Dios con el de las cosas perecederas de este mundo; quieren ser amados de Dios sin dejar los afectos de las cosas temporales. Esto es tan imposible como querer encerrar el océano en una cáscara de nuez. Se excusan con vanas palabras y fabrican castillos en el aire. ¿Cómo puede conciliarse lo temporal con lo eterno, siendo tan opuesto lo uno a lo otro? Se engaña a sí mismo el que pretende obligar al Rey de los reyes a vivir en una pobre posada, o arrinconarlo en una apartada y miserable cabaña.

7. Así como una fría escarcha secaría las flores hermosas de Mayo, así el amor de las cosas temporales seca y aniquila el fervor espiritual y la limpieza de alma. Si lo dudas, observa a tu alrededor cómo tantas almas que antes eran inocentes y hermosas cual viñas en flor, aparecen ahora como muertas y asoladas, según es lo poco que se advierte en ellas de su antiguo fervor y devoción. Pero el daño más irreparable en esto es, el que ya nos hemos habituado a lo que insensiblemente destruye toda perfección espi-

ritual, siendo tanto más peligroso cuanto menos inofensivo nos parece. Cuántas almas, jardines hermosos, adornados con preciosos dones, eran como paraísos del cielo donde Dios habitaba complacido, se han convertido después en campos de maleza, por el amor y apego a las cosas temporales. ¡Donde antes florecían las rosas, ahora no hay más que espinas, cardos y maleza, y donde moraban los angeles, ahora gruñen animales inmundos!

Sin duda es doloroso apartarse de las cosas amadas y difícil desarraigar antiguas costumbres, pero será más penoso el tormento del fuego eterno. Los mundanos que quieren aquí escapar de las incomodidades y penas que Dios les manda, caerán después en otras mayores. No quieren someterse a Dios, bondad infinita, ni a su yugo suave, y después, por permisión de la justicia divina, se verán oprimidos con cargas más pesadas. Por temor a la escarcha caen en la nieve (1); deben tener corazón de piedra si esto no les mueve. Por lo tanto abandona completamente el mundo tan lleno de infidelidades.

8. Las delicias de este siglo son impureza; sus consejos soberbia y avaricia; dulce el servirle, pero escasa la retribución; sus flores hermosas, pero fétidos los frutos; su seguridad es locura, su apoyo veneno, sus promesas mentira, su descanso engaño. Sus alegrías causan dolor, sus honores vergüenza, falsedad su fidelidad, sus riquezas pobreza y a cambio de la vida eterna causa la muerte eterna. El que prefiere el placer del mundo abandonando a Dios, al fin de la vida perderá lo uno y lo otro. Por eso escribe un santo doctor: «Maledictus homo qui florem suae juventutis dat mundo».

Las caricias del mundo causan fastidio con el tiem-

(1) «Qui timent pruina, irruet super eos nix». (Job. VI, 16.)

po, y eterno dolor en la otra vida; pero las de Dios todo lo contrario, consuelan y guían los santos al cielo. El hombre no puede comprender la felicidad de aquel lugar donde cien años parecen un día; pero cuidemos de no caer en aquel otro donde una noche son cien años sin que jamás amanezca.

9. ¡Oh Dios misericordioso! vuestra severa justicia condenó al infierno al rico epulón que se vestía con lujo y comía delicadamente olvidando al pobre Lázaro. Bien dice tu siervo Job: «Los hombres mundanos tienen tímpanos y cítaras, alegrándose con músicas y pasando felizmente los días; pero llegado un momento descenden al infierno» (1). Y la Sabiduría: «Su esperanza es como copo de lana que se lleva el viento, como espuma que deshace la tempestad, como humo que disipa el aire y como recuerdo del huésped de solo un día» (2).

Por eso debemos abandonar gozosos el mundo, teniendo presente aquello del Salvador: «Nadie puede servir a dos señores». Dios mandó a Abraham abandonar su patria y sus parientes, para mostrarle un gran bien (3).

Aunque se poseyera todo el mundo por espacio de mil años, sería como un momento al dejarlo, pues a la fuerza tenemos que separarnos de él y perderlo: no podemos permanecer aquí largo tiempo, y cada hora que pasa nos acerca más a la muerte.

(1) «Impii tenent tympanum et citharam, et gaudent ad sonitum organi. Ducunt in bonis dies suos, et in puncto ad inferna descendunt». (Job. XXI, 12 y 13.)

(2) «Spes impii tanquam lanugo est quae a vento tollitur; et tanquam spuma gracilis quae a procella dispergitur, et tanquam fumus qui a vento diffusus est, et tanquam memoria hospitis unius diei praetereuntis». (Sab. V, 15.)

(3) «Dixit autem Dominus ad Abraham: Egredere de terra tua, et de cognatione tua, et de domo patris tui, etc...». (Gen. XII, 1 y siguientes.)

CAPÍTULO XX

Utilidad de las tentaciones.

1. Así como al ser bautizados Dios destina uno de sus ángeles para que nos guarde en todos nuestros pasos y en todas nuestras obras de día y de noche, así también cada uno tiene un demonio destinado a combatirle sin descanso, que emplea toda su astucia y poder en extraviarnos y perdernos, aprovechando la hora y el momento en que estamos descuidados. Entonces se desliza en nuestro corazón y nos roba todo nuestro bien. Pero si somos avisados y diligentes, podemos resistirle y sacar más provecho de sus ataques que de la misma asistencia del ángel de la guardia.

2. En la tentación aprendemos a conocernos, porque entonces se nos descubre el fondo de nuestra alma y al que procura estudiarse a sí mismo, le serán las tentaciones tan provechosas como las virtudes: cada asalto de la tentación producirá nueva claridad en nuestro interior.

Así como es necesaria la gracia, así lo es la tentación. Escribe un doctor: «Como la carne no se puede conservar sin la sal, así el hombre sin la tentación se pudre y descompone. Nadie sabe lo que puede si no es probado por la lucha contra la carne, ni asaltado por la malicia del mundo». Por eso Dios permite las tentaciones, haciendo como la madre con el niño para enseñarlo a andar, que lo deja solo, para verlo vacilante, pero no le deja caer ni tropezar. Así dejó el Señor a San Pedro permitiendo que se sumergiera algo en el mar, pero sin que se ahogase.

En este sentido escribe San Pablo a los cristianos: «Os habéis olvidado del consuelo que os da Dios como

a sus amados hijos cuando dice: Hijo mío, no desprecies la disciplina de tu Señor. De ahí que Dios, a quien ama castiga, y azota a quien recibe por su hijo. Perseverad, pues, en la disciplina» (1).

3. En la tentación se conocen los propios vicios y defectos para corregirlos; de ella nace la humildad y el temor de Dios, viéndonos obligados a acudir a El en demanda de auxilio para vencer en el combate. Nuestra vida, como dice Job, es una *málicia* o lucha sobre la tierra, y como no podemos vencer con nuestras propias fuerzas, es necesario acudir siempre a Dios pidiendo su ayuda para salir victoriosos, alegrando así a los ángeles y dando gloria a Dios.

El que tengamos que acudir al Señor, es una ventaja para nosotros, porque así disponemos, en cierto modo, de su mismo poder y no del nuestro, bien escaso, y nada nos puede consolar tanto como tenerle de nuestra parte. Además la tentación nos lleva suavemente hacia Dios, despertando en el alma sed por El, puesto que la verdadera paz y consuelo sólo se halla en El, y al beber de esa fuente se siente el espíritu cada vez más dulce y consolado aquí en esta vida, y mucho más en la eternidad donde podrá beber en el mismo manantial, que es el corazón de Dios.

4. Por eso la tentación en las almas buenas, siempre es provechosa y útil. La perfección de la virtud se prueba en el luchar, como dice San Pablo: «La virtud se perfecciona en la debilidad» (2). Nace en la tentación, en ella se perfecciona y es indispensable para que llegue a su verdadero desarrollo.

(1) «Obliti estis consolationis quae vobis tanquam filiis loquitur dicens: Fili mi, noli negligere disciplinam Domini; neque fatigeris dum ab eo argueris. Quem enim diligit Dominus castigat, flagellat autem onmem filium quem recipit» (Hebr. XII, 5; Prov. III, 11.)

(2) «Virtus in infirmitate perficitur». (II, Cor. XII, 9.)

¿Quién ha de ser coronado, sino el que ha combatido debidamente? (1), y ¿cómo peharemos sino somos combatidos? ¿cómo seremos vencedores sin lucha? Aquel soldado será más valiente que haya vencido en más fuertes combates. Desconfía sólo de tu debilidad e impotencia, confía en Dios y vive tranquilo a pesar de todos los asaltos del enemigo.

5. En cuanto dependiese de nosotros no debíamos desear ni querer vivir sin alguna tentación, porque sin lucha nos descuidaríamos en todas nuestras acciones, y perderíamos el premio debido a la lucha. Santa Sinclética, decía: «¿Estás ejercitado por la tentación? pues alégrate, porque resistiéndola serás otro San Pablo».

Mediante las tentaciones del enemigo recibirás la corona de la gloria como los mártires, cuya fiesta celebra la Iglesia, y de los cuales dice que son bienaventurados porque han sufrido la tentación siendo probados en ella, y por eso han recibido la corona de vida prometida por Dios a los que le aman (2).

CAPÍTULO XXI

De las armas contra la tentación.

1. Es cosa muy importante en la vida, aprender a luchar. Aquellas grandes almas que después de pasar cuarenta o cincuenta años en ejercicios de devoción y virtudes, cayeron cuando les sobrevino la tentación, desconocían el arte de luchar. Por eso dice San Pablo: «Revestíos de la armadura de Dios» (3), y así El nos enseñará a pelear. ¿Sabéis cuáles son sus armas?

(1) «Nam et qui certat in agone, non coronatur nisi legitime certaverit». (II, Tim. II, 5.)

(2) «Beatus vir qui suffert tentationem, quoniam cum probatus fuerit accipiet coronam vitae, quam repromisit Deus diligentibus se». (Santiago, I, 12.)

(3) «Induite vos armaturam Dei». (Efes. VI, 11.)

2. La *primera* de ellas es la que nos ha fabricado y proporcionado el Esposo de nuestras almas, siendo de admirar que en la lucha usemos de sus mismas armas. Nos la mostró cuando dijo: «Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón» (1). Si estás bien fundamentado en la humildad ningún daño podrá causarte el enemigo, porque siendo él espíritu de soberbia, no bajará hasta el abismo de la humildad. Esta virtud es como una alta montaña y fortaleza inexpugnable que nadie puede conquistar; será atacada pero no rendida, y por eso el humilde es invencible, aunque se vea asaltado de mil maneras por su enemigo. Pero el que está fundamentado de otra manera, está expuesto a los ataques del enemigo y a la ruina de su casa por carecer de fundamento: en cambio sobre la humildad se puede levantar y edificar lo que se quiera. De ahí la necesidad de humillarnos ante Dios y ante las criaturas, pues el que dispone de esta arma, vencerá a todos sus enemigos aunque conjuren contra él todas las criaturas, y el que no la tenga, sin duda será derrotado. El humilde no tiene propia voluntad ni propia cabeza, es pobre de espíritu, pero cuenta con la cabeza y la voluntad de Dios. «Hijos míos, humillaros bajo la mano poderosa de Dios para que os exalte» (2). Dejad que el Señor y que las criaturas os condenen y os opriman, y sufrid voluntariamente el dolor, negaros en todo a vosotros mismos y refugiaros en Dios: de este modo seréis invencibles contra las tentaciones.

3. En *segundo lugar*, pon toda tu confianza en Dios. Pedro discípulo de San Gregorio, decía una vez a este su maestro: «Es muy difícil y muy duro

(1) «Discite a me quia mitis sum et humilis corde». (Mateo, XI, 29.)

(2) «Humiliamini sub potenti manu Dei ut vos exaltet in tempore visitationis». (I, Pedr. V, 6.)

tener que estar siempre luchando» A lo cual le replicó el santo: «No lo será si ponemos en manos de Dios nuestra pelea y nuestras victoria, recibiendo los dardos del enemigo unidos a El».

Pon en Dios el ancla de tu corazón. Cuando la nave está en peligro se arroja el ancla al fondo del mar y habrá seguridad. Del mismo modo, cuando el enemigo nos asalta con tentaciones del cuerpo y del espíritu, debemos echar nuestra ancla al fondo del mar, es decir, nuestra esperanza en Dios. Se dice que el león atemoriza de tal modo a los otros animales con sus rugidos que los hace caer de espanto, y entonces lanzándose sobre ellos, los devora. Así hace el maligno con los débiles y apocados, a quienes hace caer en tierra con sus terribles rugidos, dejándose devorar por él; pero San Pedro nos dice que no temamos y seamos fuertes porque podemos resistirle con la fe.

El que se deja vencer del enemigo, es como el hombre bien armado que se pone delante de una mosca para que le mate con sus picaduras. El cristiano dispone de armas excelentes para defenderse: la fé, los santos sacramentos, la palabra de Dios, los buenos ejemplos, las oraciones de la Iglesia y otras muchas, contra el poder del demonio, que en frente de ellas es menor que una mosca contra un oso, si el hombre le resiste con energía.

¡Vivamos, pues, apercibidos! porque si no hemos resistido aquí al maligno, cuando salgamos de este mundo caeremos en sus manos para ser atormentados por haberle seguido, y allí ya no habrá remedio. Vivid, pues, alerta mientras es de día y tenéis luz; caminad en la luz para que nos os sorprendan las tinieblas (1).

(71) «Ambulate dum lucem habetis, ut non vos tenebrae comprehendant». (Juan, XII, 35.)

4. En *tercer lugar*, debemos elevar nuestra alma a Dios con fervorosa oración para vencer el pecado. Nada es tan eficaz para repeler los dardos del enemigo, como la constante y devota oración; por eso cuando veamos que nos amenazan las saetas de la tentación para herirnos, acudamos prontamente a la oración y no temamos el peligro porque ella nos libraré. Se cuenta de San Bartolomé, que cuando oraba le decía el demonio: «Con tu oración me desesperas y me tienes atado con cadenas de fuego». Dí siempre con gran humildad: «Señor ten misericordia de mí!; Ayúdame, Dios mío!» Armate con la señal de la cruz golpeando el pecho, y pronto se disipará la tentación.

5. En *cuarto lugar*, debemos portarnos como en el asedio de una ciudad. Conociendo la parte más fuerte del enemigo y el sitio más débil de la ciudad, en esta se acumula más fuerza y pone más cuidado, pues de lo contrario se perdería la plaza. Del mismo modo debemos estudiar en qué sentido el enemigo nos combate más, y cual es la parte más débil de nuestra naturaleza y nuestro vicio capital, para poner en ello toda la atención posible. Cada uno tiene su flaco, y el enemigo que constantemente nos acecha, lo sabe, y por ahí nos tienta y sugiere el mal. Cuando nota alguna inclinación desarreglada aun en los perfectos, por ejemplo, a la ira, se le acerca con toda su astucia y malicia para tentarle.

Con los mundanos poco tiene que trabajar porque le siguen sin tentarlos; pero a las personas espirituales, las va enredando poco a poco entre sus lazos hasta que las aprisiona. Así procede el demonio: cuando uno es inclinado a la ira le representa o sugiere un disgusto y luego otro que le pueda irritar, hasta que termina por encolerizarse, gritando y amenazando como si quisiera pegar a su adversario.

Por lo tanto, velad sin descanso para que vuestro

enemigo no os derribe la casa como el ladrón, y guardadla con todo vuestro empeño.

6. En *quinto lugar*, debes resistir al principio, atacando así la cabeza de la serpiente. Algunos me dirán: «¡Señor! me vienen tan malos pensamientos que me atormentan e intranquilizan mucho.» Y digo: «Que por muy malos que sean, mientras no los consintamos no nos dañan. Cuando te ocurre alguna cosa mala deséchala, volviendo el corazón a Dios, y no pienses en ello porque habrás faltado. Si apartas tu ánimo prontamente del mal pensamiento, habrás vencido la tentación, pero si le prestas oídos y te detienes, acogiéndolo por algún tiempo, presto serás vencido. Aun cuando todos los demonios del infierno con toda su malicia, y el mundo con toda su inmunidia penetrasen en tu cuerpo, en el alma, en la sangre y en la médula de los huesos, mientras tu voluntad resista, no te dañarían lo más mínimo, antes al contrario te sería de gran mérito».

Observa además lo que dice San Antonio: «Castigo, mortificación corporal, devoción de espíritu y fuga del mundo, guardan la castidad». Y San Hilarión añade: «A un caballo fogoso y a una carne sensual debe negarse el alimento». Y un Padre anciano decía: «Lejos de mí el vino, porque en él está escondida la muerte del alma».

7. Finalmente trae tu alma y tu corazón ocupado con el nombre de Jesús, su vida y sus dolores. Se dice que el ciervo cuando se ve acosado del perro, le atrae en pos de sí hacia un árbol y entonces le estrella la cabeza contra el tronco. Esto mismo debes hacer cuando te veas perseguido de la tentación; debes correr presuroso hacia el árbol de la cruz y de la pasión de Jesucristo, y debes estrellar allí la cabeza de ese mastín que te persigue, para librarte de él.

8. Pero si caes alguna vez, levántate de nuevo y

corre con filial confianza hacia tu padre como el hijo pródigo, y dile: «¡Padre mío! he pecado contra el cielo y contra Vos» (1). ¿Qué hará entonces el Padre? Sin duda usará contigo de su gran misericordia.

CAPÍTULO XXII

De la inconstancia.

1. Son muchos los que dan principio a una vida fervorosa, según la enseñanza recibida de los santos, y algunas almas hacen concebir esperanzas halagüeñas sobre el porvenir; pero a lo mejor todo se viene abajo, porque inesperadamente abandonan el buen camino casi por completo y vuelven a las inveteradas costumbres de su propia naturaleza. «Poco importa empezar bien, dice el abad Pafnucio, si no se termina bien. Aunque el hombre haya vivido santamente mil años, si en un momento solo pierde la gracia y muere en ese estado, se condenará».

El que quiere poseer a Dios, debe buscarlo con diligencia perseverante y sostenida; no debemos empezar hoy para dejarlo mañana, ni se deben empezar muchas cosas sin terminar alguna. Debemos, pues, perseverar en el ejercicio de las virtudes para llegar a la perfección, y no estar hoy con Dios y mañana volverse a las criaturas.

Esto acobarda a muchos juzgándolo cosa imposible, y desmayan creyendo que no pueden perseverar tanto tiempo, volviendo a vivir según sus caprichos como antes, y no según Dios.

2. Hay algunos que se sienten fácilmente llamados de Dios, recibiendo de su mano algún consuelo, pero si aparentemente los desampara, caen pronto

(1) «Pater, peccavi in coelum et coram te.» (Luc. XV, 19.)

en la inconstancia. Y así hoy escogen un método de vida y mañana otro: ya guardan silencio por mucho tiempo, ya se les vé hablar sin freno; ahora quieren pertenecer a esta orden o cofradía y después a la otra. Algunas veces todo lo dejan por Dios, y otras vuelven a recoger lo que le han dado; hoy quieren viajar y mañana encerrarse en un convento. De pronto quieren acercarse a la sagrada comunión y al poco tiempo la olvidan; un día quieren hacer confesión general con un confesor y mañana con otro. Sobre todo, son amigos de pedir consejos y rara vez siguen alguno. ¿De dónde nace esta inconstancia? Del natural amor propio y de un orgullo mal disimulado. Les falta firmeza de espíritu y en todas las cosas se buscan a sí mismos, sin que se den cuenta de ello, porque no conocen bastante su interior.

3. Hay otros que al principio aspiran seriamente a la santidad, pero basta que oigan alguna palabrita llamándoles la atención, para sentirse heridos. Y cuando llegan a tener algo más de edad, son tan ligeros, injuriadores, burlones y maliciosos en sus palabras, que no solo molestan a los demás, sino que los atormentan y se hacen pesados, sin que se preocupen de su daño y creyendo que en todo obran bien. Otros, si al principio están seriamente dispuestos a sufrir contrariedades y tentaciones y desean padecer grandes martirios, no se cuidan mucho del enemigo de las almas, y si viven algún tiempo con personas devotas y piadosas, pronto se manifiestan muy otros, tercios y voluntariosos cual ninguno.

Finalmente, no faltan quienes al principio se muestran tan ávidos de mortificaciones y desprecios, que todo les parece tolerable cuando viene de parte de sus hermanos con quienes viven, pero después de algún tiempo no sólo no pueden soportar la clase de vida que han abrazado, sino que nadie acierta a pro-

ceder de tal manera que pueda complacerles en cosa alguna, ni hacerles callar en sus quejas, porque siempre están de mal humor. ¡Ah! ¡cuánto ganarían si pusieran término a sus murmuraciones y lamentos!

Sin duda, muy diferentes de todos estos son aquellos varones piadosos de vida interior y espiritual que, si bien al principio parecían tibios y no adelantaban en la perfección, después se convirtieron en verdaderos modelos de virtud, mientras que otros de quienes mucho se esperaba, nada se consigue.

4. Por lo tanto, debemos temer mucho nuestra volubilidad e inconstancia, por la incertidumbre de lo que nos sucederá en lo futuro. Todos somos mudables y volubles como el espíritu de la mujer; lo que hoy nos agrada, mañana nos molesta, y es increíble a donde llega nuestra inconstancia.

«Yo estuve en cierta región, decía una vez Taulero desde el púlpito, donde la gente era tan resuelta y sincera, y se convertía a Dios tan de veras, que nunca se volvía atrás, y por eso la gracia hacía verdaderos prodigios entre ella. En cambio encontré otras regiones donde sólo vivían espíritus afeminados, y aun cuando se les predique nada se consigue de ellos. ¡Hijos míos! debemos ser varoniles y resueltos y convertirnos a Dios sinceramente, de lo contrario todo lo perderemos».

5. Haz lo que quieras, pero si no cuidas de ti mismo, será en vano el que hayas empezado bien el camino de la virtud. Si no te libras de la inclinación y favor de las criaturas, pronto caerás y volverás a tus pasadas costumbres, y al goce desordenado de la carne y del mundo. Refrena la soltura de tu lengua y recoge tu espíritu disipado, para que tu corazón no sea como una posada abierta a todo el mundo, donde todos tienen derecho a alojarse y pedir lo que se les antoje.

No te ocupes demasiado en cosas exteriores y recó-

gete en tu interior para conservar la tranquilidad del espíritu; esto hacen las personas devotas. Sobre todo frecuente la oración y persevera constantemente en ella, especialmente durante la santa misa por amor a Jesucristo, que por tí estuvo largo tiempo en la cruz.

Procura, finalmente, estar bien fundamentado en la humildad. El que quiere plantar bien un árbol debe enterrar bien sus raíces, porque de lo contrario, aunque reciba mucho sol y mucho riego, de nada aprovechará para que crezca y dé fruto. Pero si sus raíces son profundas y están bien arraigadas, crecerá mucho y dará copiosos frutos.

6. Piensa, pues, hijo mío, cuán engañoso es el amor de este mundo, y cuán feliz y dichoso el que sirve a Dios y no se separa de El. Mira que Dios no tendrá tan en cuenta el buen principio, como el buen fin; no te canses, pues. Si las cosas no vienen a tu gusto no desconfíes por eso, y piensa que aun sirviendo al mundo tampoco faltan contrariedades; el dolor y la alegría siempre están mezclados. No olvides que tras las tinieblas viene la luz, y tras del día la noche. Tendrás que pasar aún muchos temporales y variaciones antes que llegues a la eterna serenidad del cielo. Si caes, levántate en seguida y empieza de nuevo aunque sea cien y mil veces, y procura unirte a la eterna Verdad hasta que llegue el día de la salud. Y si no subes a la cumbre del monte, al menos que te halle Dios en el camino de la eterna felicidad.

CAPÍTULO XXIII

Cómo distinguir la verdadera de la falsa conversión.

1. Cuando recibimos el bautismo prometemos a Dios y a la Iglesia resistir al pecado y servir al Señor practicando las virtudes, pero el enemigo nos hizo

volver atrás, cometiendo el pecado y perdiendo así la gracia que habíamos recibido. Mas Dios en su infinita misericordia, ha vuelto a llamarnos a su servicio para que podamos reparar el daño cometido. Por otra parte, la astucia del demonio nos oculta los pecados pasados con la apariencia de la conversión, y por eso conviene aclarar y señalar quién puede llamarse convertido en verdad y quién no.

2. El que se convierte sinceramente reconoce con humildad su nada, no desea ser estimado de nadie ni mandar a nadie, sino más bien someterse a los demás con gran tranquilidad de ánimo, y obrar siempre conforme a la voluntad de los otros. Recibe de buen grado las advertencias y consejos, y todo lo interpreta en buen sentido, haciendo con gran modestia y temor de Dios todo lo que se le manda y aconseja, quedando siempre agradecido.

Pero el que sólo se convierte en apariencia, tiene gran estima de sí mismo y de cuanto hace, y no gusta someterse a nadie ni recibir órdenes de otro. Habla generalmente de grandes cosas, gloriándose sobre todo de las suyas propias; y cuidando de aparentar al mismo tiempo una falsa humildad para no incurrir en la censura de sus oyentes. Cuando se le falta en algo se enfada defendiéndose y replicando como puede. Estos tales son siempre exagerados, vanos y tercios en sus juicios, y por eso están aún en poder del demonio.

3. Los que de veras se han convertido, son benignos con el prójimo, al que aman fraternalmente alabando sus obras cuanto pueden, y con sinceridad se alegran del bien ajeno, ayudando a los demás en todo y compadeciéndolos en las tribulaciones.

Los otros por el contrario, se hacen odiosos y no prestan a nadie su apoyo ni su benevolencia, critican las obras ajenas con insolencia y con injurias, pron-

tos siempre a la ira que manifiestan con palabras llenas de malicia. En resumen, están llenos de soberbia.

Los buenos son pacientes en los disgustos e injusticias con que Dios los prueba soportándolas largo tiempo con alegría de corazón; son dulces y suaves en sus palabras procurando la paz con aquellos que les han ofendido. Pero los malos arden de ira y de envidia del bien ajeno, son mordaces, pendencieros y murmuradores del prójimo, amigos de embrollarlo todo, y de criticar de los superiores y de los súbditos que no se acomodan a su parecer.

5. Los convertidos a Dios de corazón siempre son benignos y misericordiosos, dispuestos a dar y ayudar en lo que pueden; no son avaros, sino que desprecian las cosas temporales y sienten amor y alegría en la pobreza, en las necesidades y en los desprecios, dando gracias a Dios, a quien contemplan en su corazón cómo los guarda y defiende, desprendiéndose de todo cuidado inútil y temporal, para ocuparse sólomente en Dios y en las cosas eternas.

Pero los convertidos en apariencia arden cual hoguera en deseos de codicia por las cosas temporales, buscando cómo y dónde pueden, su placer y comodidad. Procuran ser alabados o recompensados por lo que hacen, y si no lo consiguen se ponen locos como endemoniados, y para vengarse hacen todo el daño posible. También quieren ser alabados por su aparente piedad, y para alcanzarlo echan mano, si es preciso, de la mentira y del engaño.

6. Los que verdaderamente sirven a Dios son diligentes, empleando bien todo el tiempo que pueden en cosas útiles, en provecho del prójimo y honra de Dios; son solícitos, ejercitándose en obras buenas y haciendo con perfección todas las cosas confiadas en Dios, siempre dispuestos para el bien. Pero los que sólo sirven al Señor en apariencia son perezosos para

todo y de mala voluntad, ásperos en su trato, desidiosos, pusilánimes, indecisos, vanos y estériles en su corazón.

7. Los buenos son parcos y discretos en el uso de aquello que necesitan para sustentarse, evitando toda superfluidad. Con la sobriedad de la comida y bebida conservan el dominio del espíritu sobre la carne. Mas los falsos cristianos se dejan llevar de la glotonería en el comer y beber, siendo insaciables y desagradecidos a Dios. Buscan sin reparo su propia satisfacción siempre que pueden, y algunos después de sus convites se huelgan con risas, chocarrerías y cuentos que refieren u oyen con complacencia; otros se descomponen con disputas, riñas y altercados, y no faltan quienes se embotan de tal modo, que no pueden decir ni un *Pater noster*. Lo peor del caso es que muchos prevén el peligro que con esto corren de ser tentados y engañados del demonio, que los aficiona y hace caer, sin darse ellos cuenta, en la impureza, sugiriéndoles pensamientos y deseos torpes, y haciéndoles pecar en cosas tan bajas con que irritan más la ira del Señor. A causa de estos deseos pecaminosos se inhabilitan para todo lo bueno, desagradan a Dios y a sus santos, y caen en gran ceguera espiritual que les arrastra a buscar bajos placeres, juntándose para ello con malas compañías. De aquí provienen las palabras inconvenientes y la desordenada alegría que suele privar al hombre de toda cordura. En la oración el enemigo, haciendo de gato o de mono, les representa todas las liviandades que han visto u oído, obligándoles alguna vez a disimular con la tos, la risa que tales imaginaciones les provoca. No en vano se ha dicho: «La primera batalla que tienen que librar los principiantes es reprimir fuertemente la glotonería».

8. Los verdaderos siervos de Dios son recatados

y limpios de corazón, prefiriendo antes padecer la muerte que admitir voluntariamente un mal pensamiento en su corazón, guardando cuidadosamente su alma de toda impureza y turbación, así como sus miembros y sentidos, sin permitirse ninguna libre curiosidad consigo mismos, y para mejor guardar la castidad mortifican su cuerpo con ayunos, vigiliias, trabajos y continua oración, y tienen puesta toda su confianza en Dios.

En cambio los falsos devotos no se cuidan de alejar ni reprimir los malos pensamientos y representaciones impuras, de donde nacen malos movimientos en su espíritu y en su cuerpo, que los ponen a las puertas del infierno, si no caen en lo profundo consintiendo en ellos, o consumando con malas acciones el pecado, cuando llega la ocasión. ¡Con cuánta irreflexión se pierden a causa del amor a sí mismos y en busca de los placeres del mundo! Algunos se hacen tan obstinados, volubles y ciegos, que llegan a concebir odio contra Dios porque prohíbe los desórdenes de la carne, y quisieran que ignorase sus pecados o que no pudiera vengarse de ellos, esto es, quisieran que Dios no existiese.

9. Examina, pues, ahora tu propio estado, pensando en el peligro que a todos amenaza. Nadie se crea seguro y avisado, sino que viva en temor. Por muy firme que nos creamos, nadie se confíe (1), y por mucho que nos hayamos extraviado, volvamos sobre nuestros pasos y convirtámonos a la verdad, pues para todos se ofrece mientras es tiempo de perdón. Levántate, pues, abre tu corazón y deja entrar en él al Señor, a quien has arrojado de tí engañado por los ensueños del placer, que no te abandonará. Piensa en los días y años pasados que has

(1) «Qui se existimat stare, videat ne cadat». (I. Cor. X, 12.)

perdido. Levántate, hijo mío, y empieza de nuevo, que aún es tiempo. No creas que debes renunciar al amor. ¡No! ¡Dios hará que toda la solicitud, afecto y ardor que antes ponías en las cosas temporales y engañosas, ahora lo consagres todo al eterno y sumo Bien!

CAPÍTULO XXIV

Necesidad de la oración.

1. «Pedid y recibiréis, buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá, pues el que pide recibe, el que busca encuentra y al que llama se le abrirá» (1). En estas palabras se nos muestra cuán inexplicable e incomprendible es la misericordia del Señor, pues tan de buen grado nos dará lo que pedimos, y con tanta solicitud nos enseña y excita a que le pidamos el remedio de nuestros males. Para más obligarnos, El mismo nos dió ejemplo, orando en público, aunque pudiera hacerlo en privado, enseñándonos cómo debemos pedir a Dios todo cuanto necesitamos.

2. Toda criatura, al sentirse herida y dañada, corre presurosa a su propio refugio, y lo mismo debe hacer el hombre, como dice San Juan Crisóstomo. Cuando nos sentimos atribulados dejemos todas las cosas y acudamos a Dios, que es el principio y fin de nuestro sér y nuestro verdadero refugio.

Dios no necesita de las criaturas, sino más bien ellas de El, y si retirase su mano poderosa, dice San Gregorio, todas las criaturas se volverían nada. Dios no sólo es padre, causa y Creador de las cosas, sino también *madre* de las mismas, porque conserva el sér

(1) «Petite, et dabitur vobis; quaerite, et invenietis; pulsate, et aperietur vobis. Omnis enim qui petit, accipit; et qui quaerit, invenit; et pulsanti aperietur». (Luc. XI, 9 y 10.)

y la existencia que recibieron de El; de lo contrario todo se aniquilaría.

Todo viene de Dios; de arriba, del Padre de las luces procede todo don perfecto, como dice Santiago, de Dios viene lo grande y lo pequeño (1). No podemos prescindir de la acción e influencia de Dios, pues sin El ninguna criatura puede obrar ni moverse y menos en el orden sobrenatural, según aquello de San Pablo: «Por la gracia de Dios soy aquello que soy» (2). El hombre nada tiene de por sí, si no es el poder maliciar y corromper el bien.

3. Si es cierto que Jesucristo dijo: «Sin mí nada podéis hacer» (3), también añadió después: «Buscad y hallaréis, llamad y abriros han». Y para animarnos a ello dijo: «¿Qué padre daría al hijo que le pide pescado una serpiente?, o si le pide un huevo ¿le daría un escorpión? Y si vosotros, siendo malos, dais cosas buenas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará espíritu bueno a los que lo pidieren?» (4). También dijo *Padre nuestro*, y no *Dios y Señor nuestro*, para animarnos y asegurarnos que seremos oídos. Por eso dice San Juan: «Considerad cuál caridad nos ha dado el Padre, queriendo llamarnos hijos de Dios y que lo seámos» (5). Todo esto debe invitarnos a la plegaria.

(1) «Omne datum optimum et omne donum perfectum deorsum est, descendens a Patre luminum». (Sant. I, 17.)

(2) «Gratia autem Dei sum id quod sum». (I. Cor. XV, 10.)

(3) «Sine me nihil potestis facere». (S. Juan. XV, 5.)

(4) «Petite et dabitur vobis... Quis autem ex vobis patrem petit panem, numquid lapidem dabit illi? Aut piscem, numquid porriget illi scorpionem? Si ergo vos, cum sitis mali, nostis bona data dare filiis vestris, quanto magis Pater vester de coelo dabit spiritum bonum petentibus se!». (Luc. XI, 11 y 14.)

(5) «Videte qualem charitatem dedit nobis Pater, ut filii Dei nominemur et simus». (I. S. Juan, III, 1.)

4. La oración devota es como una cadena de oro que llega hasta el cielo y sube hasta el trono de Dios; traspasa las nubes, no pára hasta llegar a la presencia del Señor y no vuelve sin ser oída (1). La oración es el camino más seguro que conduce a Dios, porque las virtudes siempre encuentran dificultades; en cambio la oración no, como vemos en el buen ladrón, que no habiendo practicado virtud alguna, consiguió el perdón con sólo su ruego.

Sin duda se obtiene más pronto con la oración lo que necesitamos, ya para el cuerpo o para el alma que con las otras buenas obras, y así lo confirma nuestra práctica, pues cuando nos vemos atribulados acudimos a la plegaria como a manantial de donde esperamos la gracia, porque estamos convencidos de que conseguiremos más con una buena oración que con largos ayunos y otras buenas obras.

5. De todas las oraciones ninguna mejor, más noble y excelente como el *Padrenuestro*, y es la mejor, porque la enseñó el mismo amabilísimo Maestro, nuestro Señor Jesucristo. Aunque corta, contiene y abraza todos los bienes de cuerpo y alma que necesitamos aquí en el tiempo y en la eternidad. Nada más útil podemos pedir que lo que se expresa en esta oración, ni necesitamos más de lo que en ella se pide. En ella se contienen las gracias más excelentes que Dios puede otorgarnos, como dicen San Agustín y Santo Tomás, a saber: amar a Dios con todo el corazón, pedir la vida eterna y no caer en el pecado, conformidad con la voluntad divina, el pan de cada día para el cuerpo y para el alma, o sea la comunión, el perdón de nuestros pecados, la victoria en las tentaciones y preservación de mal temporal y eterno.

(1) «Oratio humiliantis se nubes penetrabit, et donec propinquet non consolabitur, et non discedet donec Altissimus aspiciat». (Eccli. XXXV, 21.)

6. En ningún sitio oye Dios mejor nuestras oraciones como en el templo donde está el Santísimo Sacramento, en el cual le recibimos como verdadero Dios y verdadero Hombre. Si alguna vez a causa de nuestros crímenes y pecados no nos atrevemos a levantar los ojos hacia su divina majestad, y nos falta ánimo para pedirle su gracia, considerando su justicia, pensemos que está allí presente en el altar como verdadero Dios y verdadero Hombre, como nuestro hermano, nuestra carne y nuestra sangre. Con esta consideración nos animaremos a pedirle, y recordándole que es nuestro hermano, en su misericordia no nos rechazará, como se vería obligado a hacer por sola su justicia.

Pidamos, pues, humildemente a Dios limosna, llamemos a las puertas de su paternal corazón pidiéndole pan, esto es, su amor santo tan necesario para el alma como aquél para el cuerpo y así como los manjares sin el pan no agradan ni nutren, así todas las cosas sin el amor de Dios de nada aprovechan.

Pidamos al Señor nos dé el espíritu de temor filial, para sentirnos llenos de reverencia hacia su majestad y de horror hacia el pecado. Pidámosle el espíritu de piedad para que seamos mansos, humildes y misericordiosos para con todos los necesitados. Pidámosle espíritu de ciencia, para vivir honestamente en su presencia y en la de nuestros prójimos, y que seamos sinceros en palabras y obras, pacientes, ordenados en todas las cosas, de tal modo que nadie se ofenda de nosotros, sino que a todos edifiquemos. Pidámosle espíritu de fortaleza para que podamos vencer al mundo, al demonio, a nuestra carne y servirle con santa paz. Pidamos al Padre de las luces y de toda verdad, espíritu de consejo para que sigamos constantemente a Jesucristo hasta el cielo, despreciando todas las cosas de este mundo. Pidamos también espíritu de

entendimiento que ilumine nuestra alma y comprendamos bien lo que es necesario para el cielo y para este mundo. Por último, pidamos espíritu de sabiduría para sentir repugnancia y disgusto por las cosas perecederas, y gusto y deseo por las cosas de Dios, cuyas dulzuras son infinitas.

CAPÍTULO XXV

Condiciones de la buena oración.

1. Es extraño que siendo muchos los que acuden a Dios por la oración, recitando el *Padrenuestro*, el salterio y otras oraciones inspiradas por el Espíritu Santo, sean, al parecer, pocos los que obtienen lo que piden, y sin embargo, Dios es infinitamente bueno y mil veces más dispuesto a dar que nosotros a recibir. La causa es porque no oramos bien.

Para orar bien se necesita: *primero*, que no pidamos sino lo que puede contribuir a la gloria y alabanza de Dios, lo que verdaderamente necesitamos y lo que es de utilidad para nuestros prójimos. Cuando pedimos cosas temporales, debemos añadir siempre, si son conformes a la voluntad de Dios y bien de nuestras almas. Esta restricción es inútil cuando pedimos las virtudes, que son operaciones de Dios en nuestro espíritu.

2. En *segundo lugar*, no nos debemos cansar en la oración, según aquello de Jesucristo: «Orad sin descanso» (1), lo cual significó también con aquellas palabras: «Llamad y se os abrirá». El llamar denota insistencia y perseverancia; hasta que se consiga lo que se desea. Esto lo vemos en Moisés que, mientras tenía las manos levantadas hacia el cielo, vencía Is-

(1) «Oportet semper orare et non deficere». (Luc. XVIII, 1.)

rael; pero cuando, por el cansancio las dejaba caer, vencía Amalech (1). La oración es, pues, tanto más grata a Dios cuanto más continua.

Para conseguir esta perseverancia en la oración, dice Santo Tomás, que se necesita una verdadera fe, una firme esperanza y gran amor de Dios; no omitir el tiempo señalado para este ejercicio, bien sea de día o de noche, ni disipar el fervor obtenido en la oración, procurando conservarlo siempre con buenos pensamientos.

3. En *tercer lugar*, antes de consagrarse a la oración debemos recoger el espíritu apartándolo de toda distracción y disipación en que se hallare. El que quiere hablar íntimamente con el Rey, se desembaraça antes de toda ocupación para mejor disfrutar de su presencia. Nuestro Señor, después de predicar en el valle a las turbas, instruyendo con su doctrina, curando los enfermos y dando de comer a los necesitados, subió solo a la montaña, para enseñarnos con su ejemplo que también debemos elevar el corazón sobre las criaturas, porque la esencia de la oración consiste en elevar el espíritu hacia Dios, como enseñan los santos y doctores.

El que quiere ser perfecto debe recoger sus sentidos y dirigir su espíritu al Señor, y si queremos ser oídos en nuestras oraciones, debemos dar de mano a todas las cosas temporales y exteriores, amigos y enemigos, a toda vanidad y preocupación por el adorno; en suma, a cuanto no se refiere a Dios. Debemos reprimir todo desorden interior o exterior en las palabras, en el porte, en las costumbres y en nuestros modales. Tampoco debemos creer que para orar es necesario decir muchas palabras si, por otra parte, el

(1) «Cumque levaret Moyses manus, vincebat Israel; sin autem paululum remisisset, superabat Amalec». (Exod. XVII, 11.)

corazón está vagando y pensando en lo que no debe. «La oración hecha con sólo los labios y sin el corazón es de poca utilidad», dice San Jerónimo. Es necesario que salga más bien del fondo del alma, como dice San Pedro, y unir nuestro espíritu a Dios, permaneciendo en su presencia con humildad e íntima dependencia de su majestad.

Si nuestro espíritu se distrae durante la oración, es una consecuencia del pecado original que nos hizo perder el gusto y la preferencia por las cosas espirituales, inclinándonos hacia los deleites mundanos; es por la mala costumbre e indisciplina de nuestro corazón que con dificultad se eleva y fija en Dios, escapándose como pájaro sin domesticar. Por último, las ocupaciones, las palabras y distracciones disipan nuestro espíritu fuera de la oración, y por eso durante ella nos preocupan y distraen. Si queremos, pues, evitarlo es necesario desembarazar de todo nuestro corazón antes de orar, de tal modo que así como deseas estar recogido en la oración, así procures conservarte antes de hacerla.

4. En *cuarto lugar*, invoquemos a Dios con una firme confianza, porque El ha dicho: «El que recurre a mí con segura confianza no lo desampararé» (1). El que con el rocío alimenta las plantas y las viste de diversos colores, así como las otras criaturas irracionales, sin dejar los peces del mar, ni los animales del campo, ni los pájaros del aire: ¿cómo es posible que abandone a sus hijos, que llevan su imagen en el alma, y que les hará participantes de su misma bienaventuranza?

En *quinto lugar*, para ser oído de Dios, póstrate a sus pies con profunda humildad, porque no puede

(1) «Eum qui venit ad me non ejiciam foras». (S. Juan, VI, 37.)

haber verdadera confianza sin humildad, según nos enseñó la Virgen Santísima. A pesar del poder que tenía ante Jesucristo no se atrevió a pedirle en las bodas de Caná, contentándose con decirle: «No tienen vino» (1). Los ángeles recogen estas oraciones humildes para llevarlas hasta el trono de Dios.

Finalmente llama a la puerta por la que debemos entrar, esto es, a Jesucristo (2) procurando hacerlo de tres maneras. Primero, con gran devoción llama a la herida del costado del Salvador y a su Corazón abierto por el amor, y entra en ella con gran devoción y reconocimiento de tu propia nada y miseria, como el pobre Lázaro que sentado a la puerta del rico pedía las migajas de la abundancia. Después llama a las puertas sagradas de sus manos, pidiendo un verdadero conocimiento de Dios con el cual puedas llegar hasta El. Llama, finalmente, a las llagas abiertas de sus pies, pidiendo verdadero amor que nos una a Dios; nos introduzca y encierre en su corazón. Llama incesantemente con esta triple intención.

La más alta piedad y excelencia de la oración consiste en la contemplación de nuestro amabilísimo Redentor y de su dolorosa Pasión, porque en El tenemos al Dios humanado, al que santificó todos los santos, a nuestra verdadera vida, nuestra mayor recompensa y nuestro mayor bien. Cuanto más le contemplemos con amor y nos conformemos con El, más seguridad tendremos de ser oídos en el tiempo, y mayor será nuestra recompensa en la eternidad.

(1) «Et deficiente vino, dicit mater Jesu ad eum: Vinum non habent». (S. Juan, II, 3.)

(2) «Ego sum ostium». (S. Juan, X, 9.)

CAPÍTULO XXVI

Cómo nos debemos portar durante el día.

1. Dos veces, principalmente durante el día, debemos ocuparnos en tratar con Dios; por la *mañana*, pidiendo la gracia necesaria para emplear el día conforme a su divina voluntad y según tus necesidades espirituales, y por la *tarde*, en que debes examinar cómo has pasado el día.

2. Todas las mañanas al despertar debes dirigir el corazón a Dios por medio de alguna jaculatoria inspirada en la alabanza y amor divino, que sonará más dulcemente en el corazón del Padre celestial que ninguna otra melodía. Puedes decirle así: «Fulgidísima, bellísima y eterna Sabiduría! Mi alma te ha deseado en esta noche y al rayar el día me dirijo a Ti con todo mi corazón. ¡Oh, amor mío! Te ruego que con tu santa presencia me libres de todo mal de cuerpo y alma, y que con gracia especial llenes abundantemente este infeliz corazón mío y le inflames en el fuego del divino amor. ¡Amabilísimo Jesús! vuelve hacia mí tu rostro, ya que mi alma también se dirige a Ti con todas sus fuerzas, saludándote con todo mi corazón; y deseo que los miles de ángeles que os adoran, os saluden en mi nombre, y los innumerables espíritus celestiales que moran en vuestra compañía os alaben por mí juntamente con todas las criaturas, bendiciendo vuestro santo nombre, nuestro único refugio y consolador, hoy y por toda la eternidad».

3. Al levantarte de la cama, recogiendo tu espíritu, piensa bien lo que tienes que hacer durante el día, y si hallares alguna cosa que pudiera ser contraria al honor de Dios o expuesta al pecado, desiste de ella y dí: «¡Oh Señor! por tu amor procuraré evitar esta

acción peligrosa. Te ruego, por tu grande e infinita misericordia, que me ayudes a realizar todos mis actos según tu amorosa y santa voluntad, sean conformes o no a mi naturaleza, ya me causen satisfacción o dolor». Después puesto de rodillas ofrece todas las obras que hagas durante el día con el auxilio de Dios, a la Reina del cielo poniéndolas en sus manos, y pidiéndola que ella a su vez las ofrezca al Rey del cielo, su Hijo amabilísimo, para que le sean más agradables, ya que de otro modo, poco o nada podrían valer ante Dios, si no las ofrecieres por esta nuestra Mediadora.

4. Cuando llegue la *tarde*, antes de entregarte al sueño debes recoger de nuevo tu espíritu y examinar con mucha diligencia en qué has empleado el día, por dónde has andado, cómo y con qué disposiciones has realizado tus obras durante él. Toda persona espiritual debe, por lo menos, examinar una vez al día sus pensamientos, palabras y obras, por dónde anduvo, su comportamiento, sus modales, su manera de vestir, su conversación y compañías. Si algo bueno has hecho debes alabar y glorificar a Dios, dándole humildes gracias, considerándote como siervo indigno e inútil (1). Pero si algo malo has hecho, bien sea por soberbia, ira, enemistad, crítica, intemperancia, pereza o de alguna otra manera, arrepiéntete al punto culpándote a ti solo, y no a otro de tus faltas. Debes dolerte de las omisiones y pecados con propósito firme de la enmienda.

No podemos vivir sin faltas, pero si queremos evitarlas, primero es necesario conocerlas, añadiendo el arrepentimiento y la enmienda; sobre todo debemos ser diligentes en corregir la vida pasada, desarraigando

(1) «Sic et vos, cum feceritis omnia quae praecepta sunt vobis, dicite: Servi inutilis sumus; quod debuimus facere fecimus». (Luc. XVII, 10.)

do los vicios y manteniéndonos firmes en el cumplimiento de la ley de Dios. Arrepentido de tus culpas debes decir humildemente a Dios: «¡Oh Señor! ten piedad de mí, pobre, grande e indigno pecador, y perdóname todos los pecados cometidos hoy; me arrepiento de ellos y tengo firme voluntad de no volver a cometerlos con tu auxilio».

5. En resumen, ten presente esta máxima: acuéstate por la noche como si debieras amanecer muerto, y levántate por la mañana como si hubieras de morir en la noche.

CAPÍTULO XXVII

Plegaria a la clementísima y purísima Virgen María.

1. ¡Oh Madre elegida de Dios! Trono augusto de su eterna Sabiduría, refugio siempre abierto a los pobres pecadores, permíteme que yo me consuele con Vos de mis culpas y pecados. Mi alma se postra ante Vos, cubierta de rubor el rostro y sin osar levantar los ojos. ¡Oh Madre de la gracia! No creo que ningún pecador necesite licencia ni mediador para acercarse a Vos, porque sois la inmediata mediadora de todos los pecadores. Y cuanto uno se reconoce más pecador, cree que tiene más fácil acceso a Vos como a su refugio.

Acércate, pues, alma mía, a esta Madre de misericordia, que tanto mayor será su benignidad cuanto más grandes sean tus pecados.

2. Sed, pues, única esperanza de los reos, refugio de los pecadores al que se vuelven nuestros ojos llenos de lágrimas y nuestros corazones heridos y miserables; sed nuestra intercesora y reconcílianos con la eterna Sabiduría! Piensa, Reina privilegiada, que has recibido de nosotros tu gran dignidad. ¿Quién te ha hecho Madre de Dios y tabernáculo del Hijo del Altísimo? Señora, esto se debe a nuestros pecados;

porque ¿cómo os llamarían Madre de la gracia y de la misericordia, si así no lo reclamase nuestra desgracia y nuestra miseria? Nuestra pobreza os ha hecho rica, y nuestros pecados os han ensalzado y elevado sobre toda pura criatura.

3. Dirige, pues, hacia mí tu mirada de misericordia que nunca apartas del pecador ni del desgraciado: «Calle, dijo San Bernardo, calle tu misericordia, ¡oh bendita Señora! el que te invocó en sus necesidades sin ser amparado de Vos». Nosotros, tus humildes siervos, nos alegramos sobre todas vuestras virtudes, pero especialmente de vuestra misericordia. Bendecimos y alabamos vuestra virginidad, admiramos vuestra humildad, pero vuestra misericordia nos cautiva y a ella nos acojemos, porque tú defiendes y no abandonas al miserable pecador, hasta que consigues aplacar la ira del Juez supremo. Acógeme, pues, Señora, bajo tu amparo, pues en Vos tengo puesta mi confianza y mi consuelo. ¡Cuántas almas pecadoras, después de apartarse de Dios y de sus santos, renegado de la fe y dudado de la misericordia divina, han acudido a Vos encontrando amoroso refugio, y han vuelto a la gracia por tu intercesión! Por muchas maldades y crímenes que haya cometido un pecador, si acude a Vos, siempre hallará consuelo. Unica esperanza de los pecadores, la infinita bondad de Dios os ha hecho tan amable a los hombres, que por tus innumerables bondades todos corremos ansiosos hacia Vos.

4. Cuando mi espíritu se abisma pensando en Vos, siento que la dulzura de vuestro nombre se difunde sobre mi alma como miel de rico panal. Tú eres Madre y Reina de misericordia. ¿Cómo es tan humilde la criatura cuyo solo nombre es tan grande como la gracia? ¿Qué música puede sonar más dulcemente a nuestros corazones como el tuyo? Ante él deben in-

clinarse toda rodilla y toda cerviz. ¡Cuántas veces has alejado de nosotros el poder infernal! ¡Cuántas nos has defendido de la cólera divina! ¡Cuántas has alcanzado de Dios gracia y misericordia para los hombres!

Nosotros, miserables pecadores, ¿qué os diremos? ¿Cómo os daremos gracias por tus infinitos favores? Si todos los ángeles y espíritus celestiales, si el cielo y la tierra y todo lo que en sí encierran son incapaces de alabar bastante tu dignidad, tu bondad, tu santidad y tu inmensa grandeza, ¿qué haremos nosotros pobres pecadores? Sólo podemos daros gracias por todo, pues tan gran bondad no mira la ruindad de la ofrenda, sino la grandeza del afecto y de la voluntad.

5. Reina excelsa, tú eres el camino que conduce a la gracia y a la fuente de misericordia que jamás se agota. Antes faltarán el cielo y la tierra que dejes de socorrer al que te invoca de corazón. Por eso a Vos se dirige mi primera mirada en la mañana, y la última cuando voy a descansar en la noche.

Cualquier cosa, por pequeña que sea, ofrecida por tu mediación a Dios, ¿cómo podrá ser rechazada de tu divino Hijo? Por eso, ¡oh escogida de Dios! toma en tus manos la pequeñez de mis obras, para que, ofrecidas por tu mediación, merezcan la aceptación divina. Tú eres vaso de oro guarnecido con la gracia y esmaltado con las piedras preciosas de todas las virtudes, con cuya sola presencia más se complace el Señor que en todas las criaturas.

Si el rey Asuero fué prendado de la hermosura de Ester (1), hallando gracia en su presencia sobre todas las mujeres y accedió a sus peticiones, Vos que sois más hermosa que las rosas y los lirios, ¿cuánto agra-

(1) «Quae (Esther) placuit ei (Assuero) et invenit gratiam in conspectu illius». (Esth. II, 9.)

daréis al Rey del cielo por vuestro purísimo candor, por vuestra dulcísima humildad y por los preciosos aromas de todas vuestras virtudes? ¿Quién ha enamorado al Hijo de Dios sino tu hermosura? En comparación de tu belleza, la de todas las criaturas es a los ojos divinos como luciérnagas ante el sol. ¡Cuánta gracia has hallado en su presencia para Ti y para nosotros miserables! ¿Cómo podrá negarte algo el Rey del cielo? Tú puedes decirle: «Mi amado es para mí y yo seré para él» (1). Eres de Dios y Dios es para ti, y entre ambos hay eterna e infinita correspondencia de amor que nunca se quebrantará.

6. ¡Oh Reina de cielos y tierra! sed nuestra intercesora ante tu amado Hijo, la eterna Sabiduría. No te olvides de estos necesitados que caminamos por este destierro, y cuanto más elevada estáis y más cerca de Dios, no te olvides de los deberes que te ligan a los hombres, y sumergida en la divinidad, no te olvides de nuestras debilidades, que también Vos habéis experimentado en parte. ¡Oh Reina de la gracia! Guárdame como Madre durante la vida, y defiéndeme misericordiosa en la hora de la muerte.

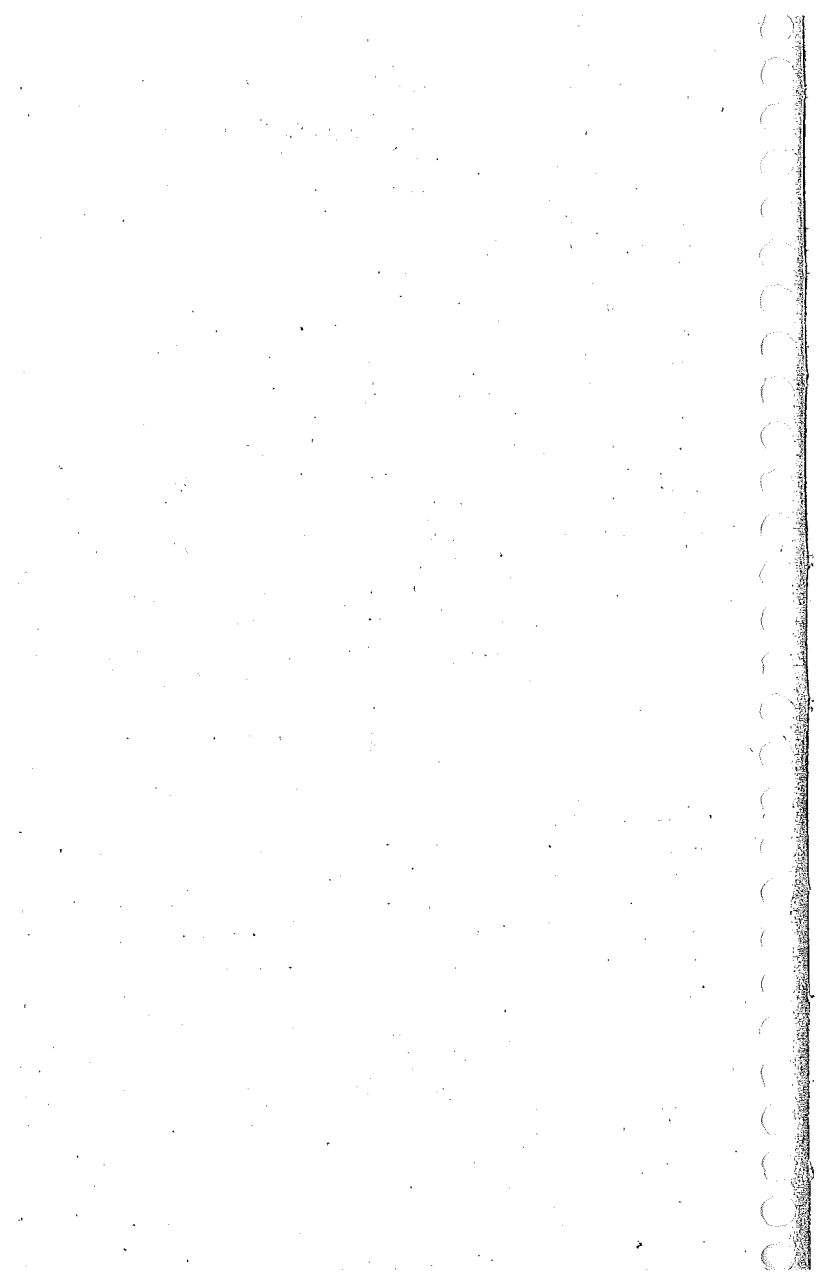
7. ¡Oh amada Señora! para que me guardéis en aquella hora; deseo serviros todos los días de mi vida. Es la hora suprema para el alma que entonces no sabrá a quién invocar. Ante Vos, abismo de la divina misericordia, me postro hoy con profundos gemidos del corazón, para que entonces merezca ser consolado con tu presencia. ¿Quién se desanimará y quién podrá temer si tú le defiendes, oh Madre dulcísima? Defiéndeme entonces, mi único consuelo, de la vista espantosa del demonio y protégeme del poder infernal. Consuélame en medio de aquellos suspiros afanosos, y compadécete del estado miserable en que me

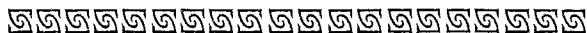
(1) «Dilectus meus mihi, et ego illi». (Cant. II, 16.)

hallaré entonces. Extended en aquella hora vuestras manos amorosas hacia mí, sea acogida por Vos mi alma y consolada con tu amable sonrisa, llévala al trono del supremo Juez y condúcela a la eterna bienaventuranza.

8. Y tú, eterna Sabiduría, ¿me negarás ahora alguna cosa? Así como os he presentado por mediador ante el Padre, así también ante Vos os presento por mediadora a vuestra purísima, escogida y tierna Madre. ¡Oh dulce y excelsa Sabiduría! mírala y contempla aquellos ojos que tan tiernamente te han mirado siempre. Contempla aquellas dulces mejillas que siendo niño tantas veces acariciaste; mira aquella dulce boca que tantas veces te besó con ternura; mira aquellas manos purísimas que tantos servicios te han prestado. ¡Oh suma Dulzura! ¿cómo puedes negar algo a la que tan amorosamente te dió su pecho, te llevó en sus brazos, te reclinó en el lecho, te levantó y tan tiernamente te cuidó? Señor, acuérdate de aquel amor con que siendo niño, sin separarte de ella, dulcemente reclinado sobre su seno la sonreíais con tiernos y alegres ojos, la abrazábais amorosamente con vuestros brazos, amándola sobre todas las criaturas! ¡Piensa también en los grandes dolores de su maternal corazón que en tu compañía sufrió al pie de la cruz, cuando se vió morir en medio de angustias infinitas, cuando su alma y su corazón viéndoos en tanta tribulación sufrió dolores de muerte, y por su intercesión concédeme vencer todos los obstáculos, conseguir vuestra gracia y no perderla jamás. Amén!







SEGUNDA PARTE

VIA ILUMINATIVA

SECCION PRIMERA

CAPÍTULO I

Cristo nuestro modelo.

1. Dice San Pedro: «Cristo nos ha dado ejemplo para que sigamos sus vestigios» (1). Por lo tanto la vida y la Pasión de Jesucristo deben ser nuestro modelo y nuestro ideal, y toda nuestra conducta debe conformarse con El. Y cumpliremos la voluntad de Dios siguiendo la doctrina y ejemplos de Jesucristo, según lo manifestó al ser bautizado por San Juan, por estas palabras: «Este es mi Hijo muy amado en quien tengo mis complacencias, oídle» (2). Quiere que nos conformemos a su Unigénito Hijo (3).

El que quiere levantar un gran edificio debe de preparar en firme sólidos cimientos, y el verdadero fundamento de nuestra vida espiritual es Jesucristo (4),

(1) «Christus passus est pro nobis, vobis relinquens exemplum, ut sequamini vestigia ejus». (1.ª S. Pedro, II, 21.)

(2) «Hic est Filius meus dilectus, in quo mihi bene complacui». (Mat. XVII, 5.)

(3) «Nam quos praescivit, et praedestinavit conformes fieri imaginis Filii sui etc...». (Rom. VIII, 29.)

(4) «Fundamentum enim aliud nemo potest ponere praeter id quod positum est, quod est Christus Jesus». (1.ª Cor. III, 11.)

que durante treinta y tres años vivió en medio de nosotros, diciendo: «Yo soy el camino, la verdad y la vida, y nadie viene al Padre sino por medio de mí» (1). El es el camino que debemos seguir, la verdad que nos alumbrará en este camino y la vida a que debemos finalmente llegar. El es nuestro hermano mayor (2), posee por naturaleza la heredad del cielo, y nosotros somos sus coherederos por gracia. Por eso nos llama para asemejarnos a sí. El también es la puerta y el que no entra por ella se perderá (3).

2. Pero como nuestro amado Señor, objeto de nuestra consideración espiritual, es a la vez Dios y hombre, se encuentran en El dos clases de operaciones, según su doble naturaleza. Unas pertenecen a la Divinidad y están sobre nuestras fuerzas, como andar sobre las aguas del mar, obrar prodigios y maravillas, ayunar cuarenta días, etc. Estas cosas no debemos intentar hacerlas, sino admirarlas con humilde reverencia y sumisión, sin tratar de escudriñar su inmensa profundidad.

Los otros actos de la vida de Jesucristo pertenecen a su Humanidad; fué pobre y practicó todas las virtudes, tales como la paciencia, la humildad y la mansedumbre, etc. Estas operaciones nos son asequibles y debemos proponer ejercitarlas, imitando en ellas a Jesucristo, y cuanto menos las practiquemos tanto más vivirá en nosotros, el hombre viejo y nos alejaremos de nuestro modelo y Maestro.

3. Cristo es el término a donde todos debemos llegar, y cuanto más nos acerquemos a El practicando buenas obras y desarraigando los vicios, tanto más nos aproximamos a Dios; pero si no practicamos el

(1) «Ego sum via, et veritas, et vita. Nemo venit ad Patrem nisi per me». (S. Juan, XIV, 6.)

(2) «Ipse primogenitus in multis fratribus». (Rom. VIII, 29.)

(3) «Ego sum ostium». (S. Juan, X, 7 y 9.)

bien nos alejamos de Jesucristo. Si practicáis las virtudes en la medida de vuestras fuerzas estaréis unidos con Cristo y estaréis donde El estuviere (1), revestidos de Jesucristo, y siguiéndole siempre.

El Señor que tiene varios criados, distingue al que más aprecia entregándole sus insignias y sus armas para que las lleve; así aquél llevará las insignias de Jesucristo que practique todas las virtudes, y aquél llevará sus armas que sufra pacientemente cuantas pruebas vengan sobre él; esta será señal de gran amor y estimación por parte de Dios, y llegará al término de su perfección, que es Jesús.

4. Cristo vive en nosotros en la medida que se manifieste en nuestras obras, y cuando éstas son perfectas, podemos decir con San Pablo: «Vivo yo, pero no soy yo, sino Cristo quien vive en mí» (2). Entonces nos transformamos en Cristo y no vivimos sino para Dios.

Jesucristo nos redimió para deificarnos en sí y consigo, y esto se realizará cuando venciendo por medio de la gracia nuestras malas inclinaciones, gustemos sólo de las cosas divinas. Y así como a Dios agrada la justicia, la misericordia, la humildad, la bondad y todas las demás virtudes, así por los méritos de Jesucristo, estas mismas virtudes deben sernos muy amadas, y con esto nos asemejaremos a Dios. Jesucristo mientras vivió en este mundo ocultó su naturaleza divina de tal modo que pocos le reconocieron y muchos le creyeron sólo hombre, y por eso nosotros debemos también dominar de tal manera nuestro sér, por medio de la presencia y virtud de Jesucristo, que a ser posible, no aparezca nuestra corrompida natura-

(1) «Ut omnes unum sint, sicut tu, Pater, in me, et ego in te, ut et ipsi in nobis unum sint». (S. Juan, XVII, 21.)

(2) «Vivo autem, jam non ego; vivit vero in me Christus». (Gal. II, 20.)

leza humana, sino que nuestra vida sea siempre divina, y en nosotros no se manifieste sino lo que pertenece a Dios.

5. Nuestro Salvador y hermano según su Humanidad, después de haber practicado en este mundo todas las virtudes, subió al cielo, y nadie le podrá seguir hasta las alturas de la divinidad, si aquí abajo no ha practicado las virtudes de su Maestro. Los elegidos en el cielo son tanto más resplandecientes de gloria y llenos de alegría, cuanto más perfecta haya sido su semejanza con las virtudes de Jesucristo. Todas cuantas han practicado los santos en la tierra, con buena voluntad y sin fingimiento, serán en el cielo como otras tantas cuerdas sonoras del alma y del cuerpo perfectamente armonizadas del bienaventurado, que vibrarán sin fin ante el trono de la Santísima Trinidad, de tal modo que el Padre dará gracias al Hijo por haber glorificado por medio de las virtudes a aquella alma, y el Hijo honrará al Padre porque la ha creado, y el Espíritu Santo conmovirá profundamente de amor al Padre y al Hijo porque hará que la Santísima Trinidad posea tan perfectamente esta alma y resuene tan dulcemente, que conciba y ame todas las cosas en Dios.

6. Considera con qué silenciosa paciencia y mansedumbre soportó Jesucristo las contradicciones, los asaltos del espíritu malo, los desprecios en medio del abandono de los hombres, la pobreza y toda clase de tormentos hasta la muerte; por este mismo camino tenemos que ir nosotros si queremos entrar en el cielo.

Aun cuando desaparecieran todos los maestros y doctores sagrados y se quemaran todas sus obras, la sola vida de Jesucristo nos daría enseñanzas y los ejemplos necesarios para nuestra santificación, pues con su santa, pura e inocente vida nos ha mostrado

el camino de la perfección. El es como la serpiente levantada por Moisés en el desierto que salvaba a cuantos la miraban. A El, pues, debemos también mirar y seguir con pobreza de espíritu, con entera confianza y amor ardiente.

Si no perdiésemos de vista este espejo de salud y fortaleza, soportaríamos con más resolución y alegría toda contrariedad y aflicción, y venceríamos animosamente toda tentación y obstáculo que encontrásemos en el camino de la vida, y todos los dolores y pesares nos parecerían ligeros y soportables, reduciendo en nuestro bien todas las cosas.

7. Muchos son los que siguen al Señor en algo, pero no en todo. Renuncian las riquezas, los placeres y los honores, pero sin pasar más adelante renunciándose a sí mismos. Siguen a Jesucristo mientras no hallan dificultades ni contradicciones, mas cuando tropiezan con ellas retroceden en el camino de la virtud y se apartan de Dios. Estos siguen al Salvador cuando va hacia el monte Olivete para contemplar desde allí Jerusalén, que significa ciudad de paz. De estos escribe San Bernardo: «Hay muchos que quieren seguir a Jesucristo, pero rehusan padecer con El en la tierra». Nada se conseguirá de estas almas. ¡Hijo mío! si quieres seguir a Jesucristo, tienes que renunciar a tu propia naturaleza; sólo entonces nacerá Cristo en tu interior y exterior. El ha dicho: «El que quiera seguirme tome su cruz y venga en pos de mí». No con comodidades y delicias sino con la cruz debemos seguirle, porque «el siervo no debe ser mayor que el señor» (1).

8. Siguiendo al Redentor con todas nuestras fuerzas, llegaremos a donde El llegó. Cuanto puedan de-

(1) «Amen, amen dico vobis, non est servus major domino suo». (S. Juan, XIII, 16.)

cirnos todos los maestros de la vida espiritual, a esto se reduce, a seguir sus amorosos pasos, como dice San Pedro: «Cristo ha sufrido por nosotros para que sigamos sus vestigios» (1). Ninguno puede presumir de subir tan alto que llegue hasta donde llegó nuestro Maestro, pero cuanto más alto suba, más se acercará a este modelo.

¿Cómo puede ser de otra manera? Así como el imán atrae al hierro, así el amoroso Jesús atrae hacia sí a todos los corazones cuando los toca con su divina gracia. El hierro al sentirse bajo la acción del imán se eleva en contra de la naturaleza de su gravedad y le sigue, si cabe, hasta lo alto de la montaña, y no descansará hasta llegar a la cima. ¡Hijo mío! del mismo modo Jesucristo, imán poderoso de los corazones, cuando los atrae, no reparan en dolores ni alegrías, sino que elevándose sobre sí mismos corren hacia Dios sin dar oídos a su propia naturaleza, y le siguen de una manera tanto más pura, verdadera, desinteresada y alegre, cuanto con más insistencia les llama Jesús.

9. Grava pues en el fondo del corazón y del alma la amabilísima imagen del Salvador para que te sirva de modelo, y no ceses de contemplar la perfección de su vida, de su conducta y de su ánimo. Jesucristo es la piedra fundamental de que habla San Pablo (2) sobre la que será construido el edificio de la santidad, y es de piedra angular, según El mismo se llama en San Mateo (XXI-42). Si no descansas completamente sobre esta piedra, aunque fueses más sabio que Salomón y más fuerte que Sansón de nada te serviría.

(1) «Christus passus est pro nobis, ut sequamini vestigia ejus». (1.º S. Pedro, II, 21.)

(2) «Superaedificati super fundamentum apostolorum et prophetarum, ipso summo angulari lapide, Christo Jesu». (Efes. II, 20.)

Purificate aquí de tus faltas y vicios, y procura adquirir sus virtudes, abrazando su humildad, su pureza, su obediencia y su amor.

Tómalo además como compañero en todas tus cosas, y así cuando comes, piensa que el Señor está a tu lado y te acompaña en la comida; nunca andes solo sino en su amable compañía; cuando duermas descansa en El, y así en todas las cosas, siempre y en medio de los demás lleva en tu alma la adorable presencia de Jesucristo. San Bernardo aconseja a los principiantes en la virtud, que se imaginen estar siempre en presencia de alguna persona de respeto y santa, y se pregunten en todas sus acciones si se atreverían a hablar o hacer esto o aquello delante de tal persona.

¿Cuánto más provechoso no será tener presente la adorable imagen de nuestro Salvador, que lleno de toda verdad tiene en sí toda gracia, todo consuelo, todo bien y toda felicidad? (1).

CAPÍTULO II

De la vida interior.

1. Vive dentro de ti mismo y no seas voluble e inconstante en tus palabras y acciones. Vive como si en este mundo estuvieras solo y procura que tu interior y exterior estén en perfecta armonía. Atiende, sobre todo, a tu interior porque ahí radica toda la vida. Conserva en tranquilidad y en calma tu exterior y tu alma en pureza, dice Moisés. No salgas de ti mismo, ni pierdas tu presencia de ánimo para que no se extravíe ni descomponga tu exterior; recoge tu espíritu de los sentidos cuando los sientas disipados

(1) «Plenum gratiae et veritatis». (S. Juan, I, 14.)

con la multitud y vanidad de las cosas terrenas, pues a veces una disipación indiscreta nos priva del recogimiento. Procura ser inaccesible a todas las cosas y acontecimientos presentes, y no descanses sino en Dios.

2. El que quiere vivir en recogimiento debe huir de la variedad y multitud de las cosas, y permanecer indiferente a todo lo que no sea el *unum necessarium*, pues cuanto más nos desprendamos de las criaturas y de nosotros mismos, tanto nos sentiremos más devotos y dichosos. Feliz aquel que en medio del correr de los acontecimientos y de las cosas no sale de sí mismo: cuántas gracias y bendiciones no recibirá de Dios! Este será invulnerable al enemigo y adquirirá una fortaleza insuperable.

Descansaremos plenamente en Dios sólo cuando no pensemos en las cosas terrenas, y entonces viviremos felices, porque nuestro recogimiento será fuente de felicidad y nos sentiremos cerca de Dios, 'cumpliendo gustosos su divina voluntad y procurando vivir según sus inspiraciones.

3. Dios es más íntimo a nuestra alma que puede serlo ella misma, y como dice San Agustín, ha impreso en nosotros como sello indeleble la imagen de la Santísima Trinidad, y bajo este concepto el alma humana es con toda propiedad un santuario de la Divinidad donde verdaderamente mora Dios.

¶ Pero, además, cuando el alma está limpia de pecado, Dios habita en ella de un *modo especial*, a saber, como Esposo en virtud de la gracia que la hace tan semejante a Dios, morando en ella el Espíritu Santo con todos sus dones y gracias, pues este divino Espíritu, como dice Ricardo de S. Víctor y otros doctores, no sólo se comunicó a los discípulos el día de Pentecostés, sino que también se comunica al hombre siempre que recibe la gracia santificante, y ésta no se da

sino con el Espíritu Santo. Por eso dijo Jesucristo: «El que me ama observará mi palabra, y mi Padre le amará y vendremos a él y haremos en él nuestra morada» (1). De estos habla el Profeta: «Yo he dicho: vosotros sois dioses, hijos del Altísimo» (2). El alma se convierte en verdadero cielo donde Dios habita gobernándola y perfeccionándola. Dice el Salvador: «Buscad el reino de Dios» (3), y añade: «El reino de Dios está cerca» (4); y finalmente: «El reino de Dios está dentro de vosotros» (5).

Por eso no basta dedicar al Señor sólo una parte del día, sino que debemos permanecer siempre recogidos para morar con Dios y oír sus palabras secretas entendiendo su sentido oculto. ¿Cómo dejas, pues, vagar inconsideradamente tus sentidos y tu corazón, mientras tienes presente al amoroso y eterno Dios que no aparta de ti un momento su mirada? Cómo distraes tus oídos de las palabras amorosas que tan frecuentemente te dirige? Cómo te olvidas de ti mismo tan fácilmente, cuando Dios te rodea y asiste por todas partes? ¿Qué busca tu alma fuera, cuando tienes el mismo cielo en el secreto de tu interior?

4. El que desea encontrar a Dios, éntre, por lo tanto, dentro de sí, búsquelo en su interior porque allí está, y cuanto más salgamos de nosotros mismos tanto más nos alejaremos de Dios, y cuanto más vivamos en nuestro interior más nos acercamos a El. Por eso dice San Agustín: «Son muchos los que buscan a Dios, pero pocos los que le encuentran, porque le buscan donde no está, en lo exterior».

(1) «Si quis diligit me, sermonem meum servabit; et Pater meus diliget eum, et ad eum veniemus, et mansionem apud eum faciemus». (S. Juan, XIV, 23.)

(2) «Ego dixi: Dii estis, et filii Excelsi omnes». (S. LXXXI, 6.)

(3) «Quaerite regnum Dei». (Mat. VI, 33.)

(4) «Scitote quoniam prope est regnum Dei». (Luc. XXI, 31.)

(5) «Ecce enim regnum Dei intra vos est». (Luc. XVII, 21.)

¡Oh Señor! ¡cuántos son los que andan buscando la verdad fuera de sí, y nunca se encuentran a sí mismos! Por eso dice San Bernardo: «¿Por qué buscamos a Dios en las cosas exteriores cuando está *dentro* y *junto* a nosotros?» ¡Oh hombre! ¡vive como un verdadero templo de Dios, porque eres imagen de la Santísima Trinidad!» (1). En este mismo sentido dice San Agustín: «¡Oh alma, la más noble de las criaturas! ¿Por qué buscas fuera de ti lo que continuamente y verdaderamente está en ti? Y puesto que participas de la naturaleza divina, ¿qué tienes que ver con las criaturas?» (2) y de sí mismo confiesa el santo: «¡Señor, como al principio sólo comprendía que Tú eres el único bien del que participan todas las criaturas, me dediqué al servicio de ellas para encontraros, y mientras así os buscaba mi corazón estaba intranquilo! Pero cuando os conocí mejor, comprendí que eres un bien que estás sobre todas las cosas; entonces me alejé de ellas para poder encontraros apartado de las criaturas. Y entonces descansó mi corazón, pues nos creaste para ti, y mi corazón estará intranquilo mientras no descanse en Vos». Santa Teresa enseña esto mismo en los cuarenta capítulos de su vida.

5. Ahora, sin duda preguntarás ¿cómo siendo esto verdad, no te has dado cuenta de ello? La causa es porque no has vivido bastante recogido, ni conservado tu corazón libre de las criaturas para comprenderlo, y no has olvidado las imágenes de las cosas terrenas. La única causa por la cual no encontramos a Dios es porque nuestro corazón está derramado por las criaturas, y desconociéndonos a nosotros mismos

(1) «Utere igitur teipso velut Dei templo propter illud, quod in te est simile Deo». (Med. piiss., n. 19.)

(2) «Consortes divinae naturae, fugientes ejus, quae in mundo est, concupiscentiae corruptionem». (2.^a S. Pedro, I, 4.)

las conocemos mejor a ellas. Dios está dentro y nosotros le buscamos fuera; Dios está libre de todas las criaturas y nosotros sólo nos ocupamos en ellas; Dios es el único y puro bien, y nosotros corremos tras de una multitud de bienes caducos.

6. Cuando el hombre libre de todas estas cosas, dueño de sí mismo busca a Dios en su interior, adquiere pronto cuanto le asemeja a El: de hombre exterior se convertirá en interior, de sensual en espiritual, de enredado y ocupado con las criaturas, en libre de ellas; si estaba en tinieblas será iluminado, si tibio en el amor de Dios, será inflamado por el amor divino. Y todo esto debe buscarlo en su interior si quiere hallar el verdadero reposo que le hará rico en dones celestiales, privándose de ellos el que descuida la vida interior, porque los sentidos no son aptos para recibir la gracia de Dios por ser inestables y volubles.

Dios es inmutable y tales son también sus dones que provienen del Padre de las luces en el cual no hay mudanza (1). Los sentidos son mudables como el tiempo, y así como ningún potentado confía sus tesoros a niños y gente informal, que no cuidarían de ellos ni los defenderían, así obra Dios con los sentidos que son como niños que juegan y destrozan cuanto se les da, y no guardan nada. El alma exteriorizada y sensual, no conservará en buen estado ni por mucho tiempo, ninguna de las gracias que Dios la conceda. El Señor no halla estabilidad propia para sus dones en los que viven sólo exteriormente; aunque tuviera voluntad de darlos. Así como sería un necio el que pretendiese edificar sobre agua corriente, siendo los sentidos mudables y variando como

(1) «Omne datum optimum et omne donum perfectum desursum est, descendens a Patre luminum, apud quem non est transmutatio». (Santiago, I, 17.)

el tiempo que corre, Dios no encuentra en ellos base para edificar, y por eso sólo descansa en las almas interiores creadas según El.

Retrae, pues, tu corazón del mundo y conságralo al único bien inmutable, Dios, permaneciendo unido a El, y así tendrás aquí paz continua y allá eterna recompensa.

CAPÍTULO III

Del primer medio para conservar el recogimiento; soledad exterior y silencio.

1. Preguntaba una vez S. Arsenio, abad, a un ángel, qué debía hacer para salvarse, y este le respondió: «Debes huir, callar y conservarte en paz». Por lo tanto, si quieres llevar una vida piadosa y santa debes cuidar diligentemente de ti mismo, guardando tus sentidos por donde entran imágenes nocivas al espíritu. Por eso debes llevar siempre la vista recogida con humildad y apartarla de las cosas exteriores, evitando así ver objetos peligrosos; debes guardar igualmente tus oídos, evitando las conversaciones de cosas vanas, especialmente la murmuración contra el prójimo, para que no nazca después en ti alguna indisposición contra él; la boca debe permanecer cerrada y no hablar sino lo necesario a la gloria de Dios y provecho del prójimo, y tu corazón debe estar tan fijo en las cosas eternas que tenga en ellas su eterna morada.

2. Después de haber estudiado mucho cómo guardar el recogimiento, el medio más seguro para conservarlo es, desembarazarse prudente y ordenadamente de todas las cosas exteriores, en cuanto sea posible, y trazar una norma de vida para recogerse en el interior, pues aquel que sin verdadera necesidad

se da a las cosas exteriores, pone en peligro la paz de su alma.

Por lo tanto debemos huir de cuando en cuando aun de las buenas y honestas compañías; de las maneras o costumbres que tienen los hombres de corresponderse, de las cosas que nos hablan acerca de ésto o aquéllo. Si no te puedes retirar, procura recogerte en tu espíritu, pues de lo contrario te disiparás. No se puede ir al molino sin mancharse de harina, ni andar con el fuego sin quemarse.

3. Pero acaso dirá alguno: «No señor, eso no me perjudica ni pienso entonces en nada malo; tengo necesidad de divertirme y de alguna distracción». ¡Oh Dios mío! ¿cómo puede ser que no te agrade ni te complazcas en el sumo, amoroso, dulce, eterno y divino Bien, y encuentres en las criaturas corrompidas, dañosas y fugaces gusto y placer, diversión, paz y alegría? Y lo peor de todo es que creas que eso no te hace daño alguno.

¿Puede haber compañía más santa e inocente que la de Jesucristo para con sus discípulos? Allí no había palabras inútiles, gustos desordenados, no había conversaciones sobre cosas sublimes ni sobre las bajezas de la tierra, sino una perfecta seriedad y pura verdad, sin falsedad alguna. Y sin embargo fué necesario privarlos de su amable presencia para que pudieran recibir debidamente el Espíritu Santo (1). Siendo esto así, ¿cuán perjudicial no será la compañía de los demás hombres pecadores? Antes que seamos edificados por uno, somos distraídos por mil, y por una buena máxima o doctrina que nos instruya, oiremos muchas que causan grave daño a nuestro espíritu.

(1) «Ego veritatem dico vobis: expedit vobis ut ego vadam; si enim non abiero, Paraclitus non veniet ad vos; si autem abiero mittam eum ad vos». (S. Juan, XVI, 7.)

«Pero, dirá otro, soy tan ordenado en mis cosas, que la distracción no me perjudica». Mas ¿cómo puede contribuir al orden aquéllo que por su naturaleza distrae el corazón, obligándolo a salir del recogimiento y robándole la paz interior? La diversión abre la puerta, a saber, los cinco sentidos, que encierra la vida divina, nos quita el temor santo sustituyéndolo por el atrevimiento y la despreocupación; es un estorbo a la gracia y a la amistad con Dios, causando en nuestro interior tibieza, ceguera espiritual y pereza para las cosas eternas. Ningún hombre más ordenado que Jesucristo, y al mismo tiempo nadie tan recogido como El.

4. A Dios no se le encuentra sino en el recogimiento, y así vemos que la Virgen Santísima, San Juan Bautista, María Magdalena y otros muchos santos huyeron de la agitación de las cosas, de los cuidados del mundo y de las criaturas, retirándose a la soledad donde vivieron en el mayor recogimiento. Por eso vemos que los santos aprovecharon tanto en el retiro: cuando Moisés apacentaba sus rebaños en el desierto se le apareció el Señor en la zarza que ardía, y los mandamientos de la Ley los recibió en la soledad, y en el desierto predicó Jesucristo las bienaventuranzas.

Convéncete, pues, de esta verdad: cuanto más solo estuvieres, más gozarás de la familiaridad del Señor, cuanto más libre y desembarazado de las criaturas, más dulces consuelos y alegrías te dará Dios. ¿Dónde fué visitado el gran Bautista con frecuencia de Jesucristo sino en el desierto? ¿Dónde escribió San Juan Evangelista ese libro admirable de revelaciones, llamado el Apocalipsis, sino en aquella isla donde estaba separado de todos los hombres? Allí fué arrebatado en espíritu para que pudiera ver aquellas maravillas que apenas pudo describirnos. ¿De dónde ha venido

la doctrina rica y abundante de la Iglesia, sino de sus santos, que la bebieron de Dios en la soledad? ¿Dónde estaba Elías cuando fué milagrosamente alimentado con pan del cielo que le traía el cuervo, sino en el desierto? Cuando Jesucristo quiso manifestar a las turbas los misterios de la gracia los conducía al desierto, cual pastor que guía sus ovejas hacia las verdes praderas, y cuanto más se alejan de poblado hallan pastos más abundantes.

5. Siendo el recogimiento tan necesario al alma, el Beato Enrique Susón cuando se convirtió, resolvió vivir encerrado en el claustro, apartado de todo el mundo por más de diez años, haciendo con el pensamiento tres círculos para mejor aislarse. El primero era su celda, el oratorio y el coro donde se creía más seguro; el segundo era todo el convento hasta la entrada, y el círculo tercero exterior estaba en las puertas, donde era necesaria la mayor vigilancia, porque sabía lo que había enseñado el gran maestro Alberto el Grande: «Nunca voy a la puerta, sin que vuelva más pequeño y menguado». Cuando salía de estos tres círculos se creía semejante a un animalito salvaje huído de su guarida y rodeado de cazadores, necesitando entonces mucha astucia y vigilancia para librarse de ellos.

Después de comer se encerraba en su oratorio donde permanecía largo tiempo. No quería ver ni hablar con nadie, guardando sus ojos de tal manera que les había señalado un espacio de solo cinco pies de donde no apartaba su vista. Durante diez años perseveró en esta soledad sin salir al campo ni a la ciudad, guardando siempre mucho recogimiento. Su lengua la guardó por más tiempo, pues durante treinta años sólo quebrantó el silencio una vez cuando regresaba de un capítulo, viajando en un barco en compañía de otros religiosos. Cuando le llamaban al

locutorio, procuraba observar cuatro cosas; tratar a todos amablemente, despachar pronto los asuntos, no dejar a nadie sin consuelo y despedirse de todos sin llevar prejuicio contra el prójimo.

6. Así como el calor del horno se conserva y aumenta teniéndolo cerrado, así también con el silencio se conserva en el corazón la gracia del Espíritu Santo, y al que vive en soledad, Dios le regala con sus íntimas comunicaciones, está libre de las perturbaciones internas del enemigo, y conserva la paz exterior. Pero el que se ocupa en muchas cosas y anda metido en el mundo, recibirá muchas heridas, como decía el abad Nilo.

7. Procura, pues, vivir en soledad con Aquel a quien has escogido sobre todas las cosas; huye de los negocios y ocupaciones inútiles; olvida tu familia y la casa de tu padre, y el rey se preñará de tu belleza (1). Así como es necesario defender las plantas tiernas de los animales con una cerca, así es necesario que también pongas una valla a la compañía y trato con los hombres que no buscan la perfección. Aprende el arte de guardar tu lengua. Dice San Bernardo: «Así como condeno y evito el hablar exteriormente, así alabo y me agrada el hablar interiormente con Dios». Cuando tengas que hablar, mira si tus palabras redundarán en gloria de Dios, en bien de tu prójimo o de la paz interior de tu alma. Pon una cerradura a tus labios y no los abras sino por verdadera necesidad. Piensa que tienes delante alguna persona de respeto y santidad que vigila tu silencio; no hables sino cuando creas que te lo ha de permitir, y entonces habla como si estuvieras en su presencia.

(1) «Audi, filia, et vide, et inclina aurem tuam; et obliviscere populum tuum, et donum patris tui. Et concupiscet rex decorem tuum». (S. XLIV, 11 y 12.)

Así hacía el Beato Enrique Susón, que para mejor guardar su lengua y no disiparse en la conversación, tenía tres maestros sin cuyo especial permiso no hablaba, y eran Nuestro Padre Santo Domingo, San Arsenio y San Bernardo; cuando tenía que hablar pedía en su espíritu permiso a cada uno diciendo: *Jube domne benedicere.*

Cuida, pues, de no enredarte en cosas que puedan distraerte, ni emplear más del tiempo debido en escuchar y hablar con los demás. De nadie te cuides tanto como de ti mismo, y vive siempre en compañía de tu Dios, pues así recuperarás lo perdido y conseguirás nuevos tesoros y gracias del Señor.

CAPÍTULO IV

Del segundo medio de conservar el recogimiento: soledad interior y frecuente mirada hacia el corazón.

1. No basta huir del mundo sólo con el cuerpo, sino que es también necesario huir con el corazón, con la mente y con el pensamiento, pues Dios es espíritu puro (1), y por eso no sólo nos pide el recogimiento de los sentidos, sino principalmente el del corazón. Mucho aprovecha vivir exteriormente aislado y solo, pues el mismo Jesucristo nuestro Maestro huyó de la multitud para orar, no porque tuviera necesidad de hacerlo así, sino más bien para nuestro ejemplo. Pero nos es más necesario vivir solos en nuestro corazón y en nuestro espíritu, y para eso no debemos pensar en las cosas mundanas ni tenerlas afecto, sino despreciar lo que más estiman los hombres; deben disgustarnos aquellas cosas que los mundanos más aprecian con vana complacencia,

(1) «Spiritus est Deus». (S. Juan, IV, 24.)

huir las contiendas y disputas, no sentir las burlas y desprecios, y olvidar las injurias. De no ser así, sólo estaremos aislados con el cuerpo; pero el que lo está con el espíritu, aunque esté rodeado de mil personas, vivirá en soledad.

2. El que desea adquirir esta pureza de corazón, no debe averiguar curiosamente qué hacen los demás, ni juzgar o condenar ligeramente las faltas ajenas, sino al contrario, debe tomarlo todo a buena parte y disculparlo; si el hecho es de tal naturaleza que no se pueda disimular, debe disculpar la intención y pensar que se hizo aquéllo por ignorancia o por engaño. Cuando no se pueda disculpar de alguna manera, debemos pensar que nuestro prójimo ha sido muy tentado y que nosotros en su lugar caeríamos más gravemente, dando gracias a Dios porque no permite en nosotros tales tentaciones, orando por nuestros hermanos y teniendo compasión de sus flaquezas. Pero sobre todo guárdate de despreciar a los demás, porque este es el principal impedimento para el recogimiento interior, haciendo que concibamos muchas sospechas, causa de nuestras inquietudes. Mira las faltas ajenas con benignidad y misericordia, juzgando todo en buen sentido, y emplea la severidad sólo contigo mismo sin despreciar las cosas pequeñas.

3. Para conservar la soledad interior debemos recogerlos dentro de nosotros mismos, pero esto raras veces lo hacemos, sucediendo que cuando estamos ocupados en los negocios mundanos, muchas veces nos llama Dios al interior, y por no dejar la costumbre y seguir nuestra propia voluntad desobedecemos al Señor, y hay algunos, dice San Agustín, que se alejan tanto que ya no vuelven a entrar en sí. El hombre prudente de tal manera se ocupa en las cosas exteriores que vuelve pronto a su interior, sin abandonarlo más que el tiempo indispensable. Así entran-

do y saliendo hallaremos descanso en todas las cosas como dice el Sabio (1), y el alma encontrará su alimento, como dice Jesucristo: «Yo soy la puerta; el que entrare por mí se salvará, y entrará y saldrá encontrando pasto abundante» (2).

4. Al ocuparnos, por lo tanto, en las obras exteriores, es necesario guardar suma diligencia y comedimiento, guiándonos en ellas por el espíritu interior para no perder la paz del corazón, pues si obramos inconsideradamente y según los sentidos, sin atender las inspiraciones de Dios, perderemos la paz y devoción interiores.

Un gran maestro de espíritu enseñaba a un discípulo deseoso de la perfección, y como éste le preguntase qué debía hacer para llevar una vida santa, el maestro le decía entre otras cosas, lo siguiente: «¡Amado hijo! si quieres ser perfecto, entra muchas veces en tu corazón y en ti mismo». Buen consejo era éste, pues si nos distraemos en las cosas exteriores y nos preocupamos de las criaturas, ¿cómo es posible que haya algo bueno en nuestro interior? Por lo tanto, lo más necesario para llevar una vida santa es entrar en nuestro interior, donde encontraremos la divina consolación.

5. Pero acaso diga alguno que está tan abrumado de ocupaciones y quehaceres, que por más que lo desee no puede tener ese recogimiento. ¡Hijo mío! no eches la culpa de esto a nadie, sino a ti mismo, porque si tuvieras verdadero cuidado, y cuando das algunos pasos por obediencia en las cosas exteriores, cuidarás de dar uno hacia tu interior, ninguna cosa te perjudicaría aun cuando se conjurase todo el mundo contra ti.

(1) «In his omnibus requiem quaesivi». (Eccli. XXIV, 11.)

(2) «Ego sum ostium. Per me si quis introierit, salvabitur; et ingredietur, et egredietur, et pascua inveniet». (S. Juan, X, 9.)

6. Sin duda que la causa de la disipación radica principalmente en nuestra falta de cuidado y de vigilancia, porque al ejercitarnos en las cosas exteriores, ponemos demasiado afán en ellas, fantaseando continuamente, complaciéndonos en nuestras ocupaciones, en las que buscamos más nuestro propio gusto y capricho que la obediencia, o bien las hacemos de mala gana sin cumplir debidamente lo que Dios nos pide. Por esto se hace tan difícil el recogimiento, porque nos olvidamos de nosotros mismos en medio de las cosas terrenas, y después difícilmente volvemos a nuestro interior. Si alguna vez entramos en nuestro corazón, el afán desordenado y las preocupaciones nos distraen y estorban la vida interior. Este daño proviene solamente de nosotros y de nadie más; pues si en todas las cosas buscásemos a Dios sin perderle de vista haciéndolo todo por obediencia y en su servicio, Dios estaría presente a nuestro espíritu y no nos distraería ninguna imaginación ni inquietud. Y aun cuando nuestras ocupaciones fuesen tantas que no nos pudiéramos desembarazar de ellas, volveríamos fácilmente a nuestro interior, si todo lo hiciésemos con pura y recta intención.

7. Procura, pues, recogerte con frecuencia para que puedas gozar de Dios en la soledad de tu interior.

CAPÍTULO V

De las dos banderas.

1. Tened en cuenta, cristianos de buena voluntad, que está empeñada una lucha y se han levantado dos estandartes uno enfrente de otro, el de Jesucristo y el de Lucifer. Bajo el de este último se agrupa la gran multitud de los que dicen que no es necesario morir a la propia naturaleza a la que deben satisfa-

cer de cualquiera manera cuando se ven tentados por ella. Esta tentación es triple; el mundo nos tienta con el orgullo, haciéndonos desear el ser vistos y estimados, agradando a los demás con nuestros vestidos y nuestro porte, en las palabras, en el trato, en nuestros conocimientos, complaciendo a nuestros amigos y conocidos, buscando los honores, las riquezas, el bienestar y todo cuanto es perecedero. De suerte que todos los soberbios pertenecen por derecho al ejército de Lucifer.

El otro enemigo es el demonio que nos tienta con maldades, con malos pensamientos, con sospechas y desconfianzas, con juicios temerarios, con odios y venganzas. Todos los que siguen al demonio son péndencieros, sin caridad ni benevolencia para con sus prójimos.

El tercer enemigo que te tienta es tu propia carne, a la cual apoyan y secundan los dos anteriores. Sus armas son las pasiones más bajas y sensuales. La ociosidad y el abandono en el ejercicio de las virtudes y en lo que mira al honor de Dios, son las causas de esta guerra: la debilidad de nuestra naturaleza, la ignorancia y el descuido en buscar la verdad, son los cómplices con que este enemigo nos hiere y a menudo nos vence.

2. Frente a la bandera de Lucifer se levanta la de Jesucristo, que es roja como la sangre. El que quiera militar bajo ella, debe dar pruebas de ser un buen caballero, pelear contra los vicios y aprender a luchar con bravura contra su misma naturaleza, venciendo en todos los combates y consagrarse al servicio de Dios con ánimo dócil y sumiso, abandonándose en El hasta la muerte y obedeciéndole en todo. El que quiera militar aquí debe revestirse de las mismas armas de Jesucristo, es decir, de las virtudes, de humildad, obediencia, pureza, paciencia, silencio, amor a los amigos y enemigos, etc.

3. Corre, pues, a ponerte bajo la bandera de Cristo y renuncia a Lucifer y a todas las criaturas; sigamos a nuestro valiente capitán Jesucristo llevando cada cual su cruz en pos de El. Si muchos renuncian voluntariamente sus amores, sus comodidades, su hogar y sus amigos, y luchan por conseguir un bien perecedero; ¿con cuánta más razón debemos renunciarlo todo por conseguir el único bien verdadero, que es Dios, y seguir a nuestro capitán Jesucristo? Ningún miembro del cuerpo debe perder la unión con la cabeza, pues cuando deja de recibir la influencia de ésta, se corrompe y muere, siendo necesario amputarlo.

4. Por lo tanto, os ruego, carísimos hermanos, por el amor de Dios, que procuréis luchar y pelear bajo la bandera de Cristo para que lleguéis a ser bravos y audaces caballeros, venciendo los vicios en vosotros mismos y adquiriendo las virtudes, y esto no podrá ser sin grandes combates contra el mundo, el demonio y la carne. Pero tengamos gran confianza en Dios, porque siendo Jesucristo nuestro jefe y nuestra cabeza, nos ayudará a vencer en la lucha. Dichoso aquel que pelea con Cristo en la llanura como bravo campeón para alcanzar la virtud, que no cede ni vacila nunca, sino que pelea con fortaleza y constancia y muere gustoso todos los días. Valor, pues, y no desmayar en la lucha contra Goliath, esto es, el enemigo de nuestra salvación.

CAPÍTULO VI

Elogio de la humildad.

1. Cuando Jesucristo Nuestro Señor, verdadero Maestro de toda sabiduría y virtud, descendió del cielo para instruirnos, no usó altas y escondidas sutilezas, ni métodos difíciles, sino que con pocas palabras, sencillas y claras, nos enseñó un solo modelo y

nos dió una lección muy breve para que pudiéramos aprenderla, y que está en el libro de su Humanidad con caracteres claros, visibles y legibles para todos, y dice así: «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón» (1). ¿Qué doctrina se puede proponer más corta, fácil y asequible para todos? Si nos aplicamos con buena voluntad y diligencia a leer muchas veces, y nos ejercitamos durante la vida en contemplar los ejemplos ricos en virtudes de Jesucristo, veremos que su vida humilde sobre toda ponderación, sus palabras, su conducta y todo cuanto hizo ponen de relieve esta doctrina. Por eso eligió de antemano discípulos aptos para aprender fácilmente esta enseñanza, cual fueron los Apóstoles y especialmente su amorosa Madre, que cuando le concibió, dijo aquellas palabras: «Ha mirado Dios la humildad de su sierva» (2). Por eso dijo Cristo en el Evangelio: «Te confieso y alabo, Señor, Padre del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a los sabios y prudentes, o sea a los soberbios, y las has manifestado a los humildes» (3).

2. La humildad es el fundamento de todas las virtudes y sin ella ninguna virtud tiene valor. Ella es el único fundamento sólido sobre el cual se puede levantar el edificio de la perfección. Por eso decía San Gregorio que todo bien desaparece y se pierde, si no está custodiado por la humildad. Y otro santo decía que era mejor carecer de toda virtud, que envanecerse de tener alguna. Porque, así como la soberbia es origen de todo pecado, así, por el contrario, la humildad es fuente de toda santidad, de donde salen

(1) «Discite a me quia mitis sum et humilis corde». (Mat. XI, 29.)

(2) «Respexit humilitatem ancillae suae». (Luc. I, 48.)

(3) «Confiteor tibi, Pater, Domine coeli et terrae, quod abscondisti haec a sapientibus et prudentibus, et revelasti ea parvulis». (Luc. X, 21.)

los cuatro ríos de todas las demás virtudes y por donde alcanzamos la salvación eterna. Por muy buenas prendas que tengamos, ninguna se puede comparar con la humildad que semeja un fértil valle donde nace la mansedumbre, la tranquilidad, la paz, la paciencia y la bondad; éste es el único camino. Por eso decía San Agustín: «El más humilde sobre la tierra será el más santo».

3. La humildad es como el valle profundo por donde corre el río de la gracia de Dios, pues obra grandes cosas allí donde encuentra esta virtud, derramando abundantemente sus dones en los corazones humildes (1). Así como las cosas flúidas buscan naturalmente las partes bajas y huyen de las altas, así la gracia de Dios huye de los montes de la soberbia y corre al valle de la humildad. Por eso la Virgen Santísima fué inundada de un mar de gracias y de ella nos vienen tantas bendiciones, porque fué un abismo de humildad.

Esta virtud repara el amor ultrajado. Cuando ofendemos a Dios, sólo la humildad puede devolvernos su amistad perdida, puesto que el humilde reconocimiento de nuestros pecados, agrada tanto al Señor que por ello nos perdona. Este reconocimiento y confesión de la propia culpa nos hace humildes, convenciéndonos de nuestra miseria y pidiendo misericordia al Señor, haciéndonos ver al mismo tiempo su grandeza y nuestra bajeza. Entonces desciende de lo alto el viento suave de la gracia del Espíritu Santo, que penetra el corazón arrepentido, y Jesucristo, sol de justicia y misericordia, que está sentado a la diestra del Padre, brilla en las profundidades de la humildad de nuestra alma que conmueve el corazón de Jesús. Así sucedió a María Magdalena cuando se arrodilló a los pies de

(1) «Humilibus autem dat gratiam». (Santiago, IV, 6.)

la divina Sabiduría, y la Iglesia canta en su oficio, *Flavit auster et fugavit aquilonem*; sopló el viento del mediodía y disipó el aquilón.

4. La humildad es como una mina llena de consuelos espirituales, es un depósito de los tesoros del cielo, cámara secreta del divino amor, fragancia del Espíritu Santo, olorosa como el nardo, voz suavísima del que clama en el desierto y que siempre es oída del eterno Padre, triclinio sagrado que llama y alberga la Santísima Trinidad. La infinita grandeza de Dios busca el valle de la humildad, y si fueras humilde, lo atraerías hacia tu alma. Por eso San Agustín exclamaba dirigiéndose a la Santísima Trinidad: «Aun cuando vuestra grandeza es altísima e incomprendible, tiene por morada la humildad, y el humilde es tan poderoso como Dios».

5. La humildad puede defendernos de las asechanzas del enemigo y hacernos provechosas todas las cosas. Si el humilde está enfermo, da gracias a Dios y le sirve después con más fervor; si le desprecian, alaba al Señor pensando que El lo permite para que no se engría, y que es digno de mayores desprecios; si alguno le honra, se juzga indigno de ello y toma de ahí motivo para humillarse. San Bernardo fué el hombre venerado y honrado de su tiempo por su ciencia y santidad, y hacía tanto caso de los honores como de la hierba que pisaban sus pies, pues según San Gregorio, el que honra un santo le hace sufrir en su interior, porque cree que Dios lo permite para que su flaqueza no desmaye y reciba algún consuelo.

El humilde siempre sale victorioso, pues primeramente se vence a sí mismo, porque, como dice San Bernardo, con la humildad conocemos nuestra miseria, de donde nace la propia desestimación. Quien se ha vencido en verdad a sí mismo no tiene que temer enemigo alguno, pues el mundo y el demonio siempre

se valen para tentarnos de nosotros mismos, y nadie nos hace tanto daño como nuestro amor propio.

6. El pequeño y humilde supera y vence todas las cosas y por eso Dios le escoge y llama hacia sí, y, en este sentido, dice San Agustín, que nunca leyó ni halló escrito que un alma humilde se perdiera, porque ¿qué cosa nos puede llevar a Dios con tanta seguridad como esta virtud? Ella es el verdadero camino para la gloria, y quien va por otro se engaña; el que se ejercita en buenas obras, de nada le aprovecharán sin la humildad, porque irritará al Señor en vez de aplacarle, por no haber edificado sobre este firme cimiento el edificio de nuestra perfección y de nuestra vida, a fin de que todo ello no se derrumbe.

7. Como la humildad encierra tantos bienes, por eso permite Dios algunas veces que caigamos en faltas de ira o de palabras reprobables, para que al reconocer nuestra flaqueza nos humillemos más y más, y permite que mientras vivimos siempre tengamos faltas, para que permanezcamos humillados a nuestros propios ojos y a los de aquellos con quienes vivimos, pues cuanto más nos humillemos, más seremos después ensalzados.

8. Por lo tanto, pongamos toda nuestra diligencia en humillarnos y anonadarnos, porque entonces seremos verdaderamente ensalzados hasta cuanto Dios tiene de más grande y excelente. «Señor, decía Santa Matilde de Magdeburgo, porque me puse bajo todas las criaturas, me habéis levantado sobre todas ellas, elevándome hacia Ti».

CAPÍTULO VII

Caracteres de la verdadera humildad.

1. La humildad es un interior anonadamiento e inclinación del espíritu ante el poder y la grandeza de Dios. San Bernardo distingue dos clases de humildad: la una que procede del conocimiento de la verdad sin fervor alguno, y la otra que tiene ambas cosas. Cuando el hombre considera la grandeza de Dios y su propia pequeñez, la benignidad divina para con nosotros y nuestra mala correspondencia a sus múltiples beneficios, tiene sobradas razones para humillarse ante el divino acatamiento. Pero como esta humildad más procede del entendimiento que de la voluntad, podemos decir que es más iluminada que fervorosa y ardiente, y por eso el que la tiene no soporta de buen grado el que los demás le humillen y desprecien, porque entonces su razón se ofusca olvidando lo que poco antes le decía, que debía despreciarse a sí mismo. Esto sucede porque la humildad como todas las virtudes, son actos propios de la voluntad, y si bien las reconocemos por el entendimiento, las gustamos y ejercitamos más con la voluntad, y sin el amor no nos será fácil ni practicable ninguna virtud.

2. La otra clase de humildad es a la vez ilustrada y fervorosa porque se ejercita más con el amor que con el entendimiento, si bien éste también interviene. Y así nace cuando el alma que ama a Dios, considera su grandeza, su bondad y los innumerables beneficios recibidos de su misericordia, por puro amor, y con tanto desinterés, y al mismo tiempo mira la propia bajeza y cuánto ha ofendido al Señor, concibiendo tal desprecio y horror contra sí mismo que no se puede explicar. Ningún lugar, por bajo que sea, le pa-

rece bastante inferior para lo que merece, creyéndose indigno de ocupar cualquier puesto y procurando siempre ser más humillado. Al mismo tiempo se queja amorosamente a su Dios, poniéndose enteramente en sus manos para que haga de él lo que le plazca.

3. Por lo tanto, el verdadero humilde, en *primer lugar*, siente bajamente de sí mismo, aminorando y ocultando a sus propios ojos el bien que hace, y ponderando por el contrario sus faltas. Reconoce con San Agustín que de sí mismo no tiene más que el pecado, y por mucho bien que haga todo lo atribuye a Dios. Si, pues, deseamos ser estimados y nos creemos algo, nos engañamos miserablemente. En cambio el humilde es benévolo para con el prójimo, ponderando sus virtudes y buenas cualidades, disculpando sus faltas que atribuye a debilidad e inconsideración, o juzgando que Dios las permite para su bien y que le servirán más tarde para humillarse y servir a Dios con más fervor, y piensa que puesto él en iguales circunstancias y tentaciones, pecaría más gravemente, dando gracias a Dios porque le libra de ellas.

4. En *segundo lugar*, el verdadero humilde se considera indigno de los beneficios de Dios y de que piense en él y le haya hecho hombre, le alimente y le conserve, dando continuamente gracias al Señor por sus muchas misericordias. No se envanece, ni gloria, ni se alaba de sus cosas por buenas que sean, sino que siempre se reconoce deudor a Dios, a quien tiene por fin de todas sus intenciones. Considera vanas y despreciables su manera de pensar, sus palabras y sus acciones, y por eso habla poco y no se atreve a enseñar o corregir a nadie, sino obligado por la caridad y el deber, y entonces lo hace siempre con fruto.

5. De aquí se sigue, en *tercer lugar*, que el humilde no sólo se desprecia a sí mismo, sino que sufre pacien-

temente que los demás también le desestimen, pues el hacer actos de humildad por cuenta propia no es señal de tener esta virtud, sino el recibir con tranquilidad de ánimo las humillaciones, especialmente de nuestros inferiores; entonces es cuando se reconoce si uno es humilde de verdad, cuando nos tocan en la médula de los huesos.

Las humillaciones de los demás nos dan a conocer nuestra propia miseria, y aumentan los motivos para despreciarnos y desear ser despreciados de nuestros semejantes, pues de lo contrario no sería sincero ni verdadero el desprecio hacia nosotros mismos. Y así como el soberbio se estima desordenadamente más que a los otros, sin merecerlo en verdad, y desea aparecer a los ojos de los demás estimado y tenido en mucho, así el verdadero humilde, teniéndose por menos de lo que es, también quiere que los otros le tengan en ese concepto. Pues cuando no estimamos una cosa y despreciándola la tiramos, queremos que los demás hagan con ella lo propio, y así obra el humilde consigo mismo. Además, el humilde no mira la humillación como venida precisamente de los hombres, a quienes sólo considera como meros instrumentos de Dios, de cuya mano la recibe para su bien y provecho.

6. El perfecto humilde se alegra en los desprecios, aun cuando no haya motivo para ello, soportando de buen grado el pesar que le causan los demás teniéndole en poco, con tal de glorificar y honrar a Dios, porque sabe que la mejor manera de agradarle mientras vive en este mundo, es sufrir y padecer por El dándole gracias, porque las humillaciones son señal de que el Señor no le olvida ni abandona.

7. Acaso dirá alguno que hay muchos a quienes agrada el ser honrados y sienten disgusto cuando no lo son, pero que realmente en su interior se desestiman y tienen en poco. Sabe, pues, que estos tales no

tienen la virtud de la humildad, pues el que no recibe con igualdad de ánimo el honor y el desprecio, en realidad no se conoce ni desprecia, y por lo tanto no puede llamarse humilde, sino más bien debe pensar que está dominado y dañado por la soberbia.

8. Para terminar haremos aquí una verdadera descripción del humilde. El que posee esta virtud se abaja no sólo en apariencia y en palabras, sino con obras y en verdad, alegrándose cuando los demás también le desprecian conforme él se desprecia, y alabando la justicia divina que así lo permite para que no se envanezca. Se alegra igualmente cuando no recibe alabanza ni palabras de complacencia de parte de sus prójimos que pudieran engañarle, y da gracias al Señor porque le priva de ellas y así puede alegrarse de descansar solamente en El. Suspira con la prosperidad y se alegra en la desgracia; no le oprimirán las riquezas y llorará en las fiestas y diversiones mundanas. Gemirá puesto en las dignidades y estará contento en la penuria. Desprecia las alabanzas y se considera indigno de ellas; huye del fingimiento y busca la verdad. Se olvida de las cosas terrenas buscando sólo las del cielo; no se mezcla en las cosas mundanas para atender mejor las espirituales. No se gloria sin dejar de ser mesurado; no se atribuye nada de cuanto tiene o hace de bueno, sino que humildemente reconoce que todo proviene de la bondad de Dios. Anhela vivir escondido mientras la caridad del prójimo se lo permite, para evitar todo asomo de soberbia y vanagloria.

9. Animo, pues, hijo mío; si el mundo te desprecia únete a él y ayúdale en eso mismo, recordando lo que decía San Bernardo: «Procuremos llegar a alegrarnos en aquello que agrada a tan pocos, a saber, en el desprecio y en la humillación, pues entonces alcanzaremos la paz y la verdadera libertad».

CAPÍTULO VIII

Apariencia y realidad.

1. Sucede con frecuencia que aquello que parece oro, bien examinado, ni siquiera tiene el valor del cobre, y así acaece a muchos que se complacen en sus obras, creen llevar una vida intachable y que hacen progresos delante de Dios, y sin embargo cometen muchas faltas. Los que aún no están muertos a sí mismos, no han adelantado en el camino de la perfección a los ojos de Dios, y aun cuando tengan capacidad y sutileza de entendimiento, no buscan sino la propia complacencia y las alabanzas humanas; esto los aleja de Dios y es la raíz de todos sus pecados.

2. De aquí nace que quieren sobresalir sobre los demás; hablan de su nada con tanta humildad como si fueran maestros en esta virtud, pero en su interior están a más altura que las torres de una catedral. Quieren aparecer grandes santos engañando a los demás, sobre todo a sí mismos. A nadie se someten sinceramente, y pretenden sujetar a todos a su obediencia. Pendencieros y obstinados creen tener razón en todo, y que se equivocan los que no siguen su opinión; por nada se irritan, se turban e impacientan, son violentos, precipitados y falsos en su conducta, y es imposible llevar con ellos una vida pacífica.

Sin paz en su interior juzgan las acciones ajenas, pero nunca las propias, teniendo continuas sospechas, pensamientos de envidia y desprecio contra los que no les siguen, de donde les nace su propio pesar y confusión.

3. Se figuran que hacen todas las cosas mejor que nadie, y cuando oyen hablar de lo que no entienden, hablan también de ello como si lo conociesen a fondo.

Todo lo quieren saber y enseñar, juzgar y corregir, pero no toleran que nadie haga esto mismo con ellos porque se creen los más sabios del mundo. Altaneros con sus inferiores y aun con sus iguales, desprecian a los que no les muestran estimación, molestan y riñen a los demás, y son de espíritu mordaz, intolerantes y ásperos en su trato, porque carecen de la unción del Espíritu Santo. Cuando se hallan en compañía de otras personas, aunque sean de probada virtud, quieren monopolizar la palabra encubriendo su soberbia con modales humildes y su envidia con apariencias de justicia. Simpatizan e intiman con los que les adulan, pero cuando oyen elogiar a otro no lo pueden tolerar, porque se creen entonces postergados. No se cansan de alabar y ponderar ante los otros las cosas más pequeñas que hacen, y por eso en ellos la propia voluntad y el deseo de figurar les hace perder la noción de las cosas, haciendo grandes las que en realidad son pequeñas y despreciables.

No gustan sino de ser vistos y aparentar lo que no son. Se acusan a sí mismos de culpables para que se los declare inocentes, se humillan para ser ensalzados, simulan tener paciencia, mansedumbre, modestia y otras virtudes para ser alabados y estimados, por lo cual sus virtudes no son más que apariencia. Se afanan e inquietan con cuidados inútiles de las cosas que traen entre manos, causándoles como todo lo mundano, esas alternativas de gozo y de dolor en que viven.

4. Cuando se les alaba o reprende en su misma presencia, entonces se conoce lo que son, pues la censura más leve les contrista, y rechazan toda contrariedad porque en todas las cosas quieren parecer bien, y achacan a injusticia las críticas de los demás. Para disculparse de su fingimiento dicen que es necesario dar buen ejemplo a los demás y no escandalizar al

prójimo, pero se les puede argüir que esto se conseguirá más eficazmente obrando siempre con sinceridad y siendo en realidad modestos, pacientes, resignados y sobrellevando todas las humillaciones.

5. Cuando estos hipócritas se ven asaltados por alguna contrariedad que viene de parte de Dios o de las criaturas, como la pobreza, la necesidad, la enfermedad, la aflicción o cosa semejante, la agrandan tanto y de tal manera se dejan dominar de la tristeza y de la cólera, que no saben lo que hacen, creyendo que como inocentes no deben sufrir en este mundo. Por eso viven en continua inquietud por las enfermedades y los males que pueden sobrevenirles, con temor a la muerte, al infierno, y a la justicia divina, y a causa del amor desordenado a sí mismos, temen verse privados de los bienes que disfrutaban.

6. Estas almas, ya vivan en el siglo o en el claustro, aunque se tengan por buenas y perfectas, son en realidad incapaces de llegar a la verdadera santidad, y por eso cada cual examine, observe y júzguese a sí mismo para ver si tiene alguno de los defectos y pecados que dejamos señalados, y en caso afirmativo trabaje lo posible para combatirlos si quiere llegar a la perfección. Tenemos que morir al pecado si queremos vivir para Dios, sin que nos arredre ninguna dificultad para llegar al cielo. Debemos cerrar el corazón a todas las cosas terrenas y abrirle solamente para Dios, renunciar a nosotros mismos, teniendo en nada todo cuanto bien hacemos, abandonando todo cuanto apreciamos y amamos, y morir a nuestra propia voluntad.

7. Busquemos en toda ocasión el último lugar, cual corresponde a un pecador que nada bueno tiene de sí, sino que todo le viene de Dios. No nos avergoncemos de servirle y agradecerle despreciando todo respeto humano; tengamos en más estima a nuestros

prójimos que a nosotros mismos, amándolos, no con afecciones particulares ni con amor natural, sino en Dios y para Dios. Y si eres probado, glorifica al Señor con la sencillez de los que le aman. Sobre este fundamento de verdadera humildad podremos edificar nuestra vida espiritual, y dar paz a nuestro corazón, de la que sólo gozan los humildes.

CAPÍTULO IX

Medios para adquirir la humildad.

1. Para alcanzar la hermosa virtud de la humildad, es necesario, en *primer lugar*, pedirlo a Dios, fuente de toda santidad, porque con su auxilio todo se puede, y sin El no podemos emprender nada bueno. La gracia divina no es menos poderosa que la soberbia humana, y si ésta hace que nos gocemos en los honores y dignidades, aquélla hará que nos gloriemos en medio de los desprecios y humillaciones, y siendo la gracia más poderosa que la naturaleza enferma, puede cambiar el amor desordenado de la estimación de sí mismo, en deseo ordenado de ser tenido en poco.

2/ En *segundo lugar*, nos ayudará a ser humildes el amor a Dios, pues este amor es como la madre de la humildad, porque el que ama a Dios se desprecia a sí mismo, siendo el desprecio tanto más grande cuanto más aumente en nosotros el amor divino. Además este mismo amor nos enseña a distinguir el amor desordenado del amor recto hacia nosotros mismos, rectitud que consiste en humillarnos ante la majestad de Dios; por eso cuanto más nos abajemos por El, tanto más le houramos, y al contrario, cuanto más nos ensoberbecemos, tanto más robamos a Dios el honor que le es debido, sucediendo aquí como en la balanza, que a medida que un platillo baja el otro sube y viceversa. Por eso cuanto más ahondemos en el

propio conocimiento, nos dispondremos mejor para recibir la gracia y la virtud.

3. En *tercer lugar*, nos moverá a ser humildes el considerar de una parte la grandeza de Dios, cuanto hizo por nosotros, y nuestra propia bajeza. Dios es superior a todo cuanto puedan imaginar todas las criaturas dotadas de inteligencia; es tan grande y tan poderoso que lo creó todo de la nada y pueda hacer cuanto quiere.

Nosotros, por el contrario, hemos salido de la nada y a ella volveremos, en cuanto al cuerpo, y a medida que nos examinemos, tanto más viles y despreciables nos hallaremos, pues cuanto hay de malo todo es nuestro, en cambio lo bueno todo viene de Dios. Por eso cuando el mundo nos alaba y estima por lo bueno que hay en nosotros, obra injustamente, porque eso no es nuestro sino de Dios; en cambio cuando nos desprecia y humilla por nuestros defectos, debemos considerar que entonces obra con perfecta equidad y justicia.

4. La vista de Jesús hecho hombre y niño por nosotros, debe ser *el cuarto motivo* para amar la humildad, porque viendo la majestad de Dios abatida bajo la forma de niño, ¿quién se atreverá a engreirse? Se dice que el amor hace iguales las cosas diferentes, porque el que ama a otro se hace semejante a él, olvidándose de sí mismo. ¿Qué no hará en nosotros el amor de la eterna Sabiduría? La honra del amor divino hizo abandonar a los santos los honores, la magnificencia, las delicias mundanas, las riquezas y todos los bienes de este mundo, cambiando en humildes siervos los grandes príncipes de Roma para ganar el amor de Jesucristo. ¿A quién ha cegado tanto el amor como a este divino Niño? ¿Quién abandonó por nuestro amor, tanto como El? ¿Verdaderamente nadie!

Resuélvete, pues, hijo mío, a abandonar tu orgullo, tu presunción oculta y tu soberbia, tu autoridad y

tus amigos, y acércate al verdadero Amor que está reclinado en un pesebre; mira allí cómo está silenciosa la Sabiduría de Dios que no puede hablar; el que moraba en el cielo está en un establo, el que moraba entre los ángeles está entre animales. Dile, pues: «¡Oh amado de mi corazón, dulcísimo Jesús! me abajo y me adhiero a vuestra humildad para que os dignéis elevarme a vuestra eterna grandeza».

5. Finalmente debe resolvernó a ser humildes la siguiente consideración. El Hijo de Dios se hizo por nosotros el más pobre y abyecto de los hombres: padeció la muerte más cruel y afrentosa que se puede imaginar, de tal suerte que en su cuerpo adorable no había un punto sin ser llagado, ni en sus venas gota alguna de sangre después de morir, y esto lo sufrió de aquellos a quienes había destinado para la gloria, padeciendo por salvar a sus mismos verdugos. A ellos se dirigió para convertirlos en medio de los crueles dolores de su agonía, extendió sus brazos para abrazarlos, inclinó su cabeza para darles el beso de paz y de perdón; su corazón fué abierto por una lanza para acogerlos, y su sangre derramada para lavarlos de sus culpas.

¿Hemos agradecido bastante al Señor cuanto hizo y sufrió por nosotros? Al contrario, cuántas veces le ofendimos volviendo a crucificarle con nuestros pecados. Hemos despreciado las prudentes amonestaciones y consejos de personas virtuosas, y sin hacer caso de sus buenos ejemplos, hemos seguido los caprichos de nuestra concupiscencia desarreglada.

Considerando nuestra ingratitud y cómo nuestra miseria ha correspondido tan mal a tan grandes beneficios, debemos concebir un gran desprecio de nosotros mismos y admirarnos de que Dios no sea más amado y adorado, y nosotros más abatidos y humillados. Porque si pudiéramos dar a Dios el ho-

nor que le han tributado y le rinden todas las criaturas, debía parecernos nada; y aun cuando fuésemos despreciados de todas ellas, sería poco para lo que merecemos por haber ofendido a tan grande y bondadoso Señor que nos amó tan desinteresadamente.

6. En verdad que cuando el hombre piensa en los dolores de Jesucristo, que fué despreciado como piedrecilla que se pisa sin reparo, como dice él mismo por boca del Profeta: «Soy como un gusano y no un hombre, y el oprobio de las gentes» (1); y viéndose a sí mismo tan vil, tan malvado e indigno de todo bien, debe sentir tan bajamente de sí que se considere indigno de que la tierra le sustente, y merecedor de que todas las criaturas se levanten contra él para vengar las ofensas que hizo a su Creador, y de estar condenado en el infierno bajo los pies de los mismos demonios. Todo esto le parecerá poco en comparación de los muchos pecados cometidos contra su Dios y Redentor, en cuya presencia debe estimarse peor que cualquiera otra criatura.

7. Contempla en la cruz a tu Salvador, mírate a ti mismo y aprende aquí la verdadera humildad. Considera a este Señor que con una palabra creó el universo y en nada lo puede volver cuando quiera, y mira cómo se anonadó a sí mismo por el hombre miserable. Avergüénzate, mortal, de haber buscado los honores, la ostentación y la soberbia: póstrate al pie de la cruz, a donde siempre puedes llegarte con el espíritu, y depón tu altivez ante la corona de espinas del Salvador, siguiendo su ejemplo y dando pruebas de ello interior y exteriormente. Si Jesucristo se anonadó y fué condenado y crucificado por sus criaturas, debes tú también sufrirlo todo pacientemente conformándote con la imagen del Crucificado.

(1) «Ego autem sum vermis et non homo; opprobrium hominum et abjectio plebis». (Salm. XXI, 7.)

CAPÍTULO X

De la virtud de la obediencia.

1. La obediencia es la hija primogénita de la humildad, pues nadie será verdaderamente obediente sin ser humilde.

Para comprender lo que es la obediencia, hay que saber lo que es la propia voluntad. El voluntarioso quiere vivir independientemente y, a ser posible, que Dios haga lo que a él se le antoje; es soberbio, desobediente, vive desviado de la voluntad de Dios, y su propia voluntad es fuente de muchos pecados porque quiere dominar sobre Dios y sobre todos los demás, si le fuera posible, y de ahí provienen sus disputas y contiendas.

La obediencia es una virtud por la cual el hombre niega y renuncia su propia voluntad, haciendo preferentemente aquello que se le manda en nombre de Dios. El obediente es humilde, sumiso, se adapta a todo y está siempre bien dispuesto para todo lo bueno.

2. La obediencia nos hace sumisos a la voluntad de Dios y a sus disposiciones, cumpliendo sus mandamientos y haciendo en todo su divino beneplácito. Por eso nos dijo Jesucristo: «Si quieres entrar en la vida eterna, guarda mis mandamientos» (1). Y en otro lugar: «Si guardáis mis mandamientos permaneceréis en mi amor, así como Yo cumplo la voluntad de mi Padre y estoy unido a El por amor» (2). La ca-

(1) «Si autem vis ad vitam ingredi, serva mandata». (Mat. XIX, 17.)

(2) «Si praecepta mea servaveritis, manebitis in dilectione mea, sicut et ego Patris mei praecepta servavi, et maneo in ejus dilectione». (S. Juan, XV, 10.)

ridad es el primero y más grande de los preceptos (1). Nadie puede amar sobrenaturalmente sino el que profesa la religión cristiana, y el que quiera guardar sus mandamientos debe creer y esperar en Dios y limpiar del pecado la conciencia.

La voz de Dios y de la Iglesia son una misma, puesto que Dios habla por boca de ella en sus enseñanzas, mandatos y consejos. De ahí que la obediencia nos hace también sumisos a la Iglesia, a su doctrina, a sus preceptos y consejos, a las costumbres saludables y a todas sus leyes. La obediencia también nos somete gustosos por amor de Dios a nuestros superiores y nos hace obsequiosos y serviciales para con todos, según sus necesidades corporales o espirituales y conforme a las reglas de la prudencia.

3. Nada hay tan agradable a Dios y por otra parte tan útil al hombre como esta humilde virtud, por lo cual es más acepta al Señor *una* sola obra hecha por obediencia, que cien mil hechas por voluntad propia contra la obediencia, y ningún sacrificio le agrada tanto como el de un corazón humilde y sumiso (2). El mismo Hijo de Dios por nuestro amor se hizo obediente, bajando del cielo para revestirse de nuestra naturaleza y morir en una cruz padeciendo muerte dolorosísima (3).

4. De la obediencia nace lo más perfecto de nuestras obras, y sin ella la más grande no puede tener mucho mérito, mientras que con ella la acción más insignificante será muy agradable a Dios y digna de recompensa. Un solo salmo rezado por obediencia

(1) «Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo, et in tota anima tua, et in tota mente tua. Hoc est maximum et primum mandatum». (Mat. XXII, 37 y 38.)

(2) «Mellior est obedientia quam victimae». (I. Reg. XV, 22.)

(3) «Humiliavit semetipsum, factus obediens usque ad mortem, mortem autem crucis». (Filip. II, 8.)

vale más que muchos rezados por capricho, y el que hace con buena voluntad lo que manda la obediencia, da mayor muestra de santidad que si resucitara un muerto.

El obediente no tiene por qué temer, porque va por buen camino siguiendo a Jesucristo, no descuida las cosas que se le encomiendan y no carece de las gracias que le son necesarias. Como no se busca a sí, sino que más bien renuncia su voluntad y sale de sí mismo, Dios entra en él, pues cuanto más nos mortificamos por la obediencia, más crece Dios en nuestras almas por la gracia y las virtudes. Entonces puede obrar en nosotros sin descanso ni obstáculos, y entonces recibiremos con abundancia el agua de la fuente viva que hará fructificar en nuestras almas la virtud.

El obediente puede elevarse a Dios por la oración incesantemente, porque dueño y libre de sí mismo por la gracia, tiene el alma en sus manos para darla a quien quiere y cuando quiere (1). Este tiene perfecto dominio de sí mismo y vive abandonado a la voluntad de Dios. La obediencia afirma la paz en las comunidades, porque nadie es verdaderamente pacífico sino el obediente, el cual es amado de todos porque no tiene querer propio y no espera los mandatos formales, ni titubea en cumplirlos, sino que se adelanta a hacer la voluntad de los superiores.

5. Pero cuán pocos son los que poseen perfectamente esta virtud, negando su propia voluntad y sin pretender que Dios les obedezca, sino que están siempre dispuestos a cumplir la voluntad divina, diciendo con San Pablo: «Señor, ¿qué queréis que haga?» (2). Muchos prefieren llevar cilicios, ayunar y mortificar

(1) «Anima mea in manibus meis semper». (S. CXVIII, 109.)

(2) «Domine, quid me vis facere?». (Act. IX, 6.)

su cuerpo, que renunciar a la propia voluntad sometiendo a la obediencia de otro por Dios, pero ten presente que el que vive según su propia voluntad, tiene en sus acciones a Dios por enemigo.

6. Trabaja, pues, por ser obediente sometiendo a la voluntad de Dios y de los hombres, lo mismo al más elevado que al más pequeño, a imitación de Santo Tomás, que sin oposición ni reparo alguno fué con una luz en pos de aquel hermano lego por la ciudad. Ten siempre por mejor el parecer de los demás, y no contradigas a nadie, dando la razón a los otros, en cuanto sea posible.

Sé obediente hasta la muerte, como dice San Pablo de Jesucristo (1) que por nosotros obedeció hasta morir, y meditemos frecuentemente en su ejemplo para que nos fortalezca, pues a quien la muerte no coja en la santa obediencia, no participará del fruto de la obediencia de nuestro Salvador.

CAPÍTULO XI

Cualidades de la verdadera obediencia.

1. En *primer lugar* la obediencia tiene que ser prudente, esto es, que vea y considere si lo mandado o prohibido es contrario a la ley de Dios, porque la verdadera obediencia nunca puede ser contraria a la divina voluntad. Pero cuando lo que se nos ordena no tiene este defecto, entonces cuanto más sencilla, tanto será más provechosa y mérito.

2. En *segundo lugar* debe ser sincera, esto es, que obedezcamos sólo por dar gloria a Dios y no por nuestro propio interés, pues tal obediencia es propia de esclavos y mercenarios, y los hijos obedecen por

(1) «Factus obediens usque ad mortem». (Filip. II, 8.)

amor a su padre, cosa que aprecian más que toda otra recompensa, ganando más en una sola obra que en cien años los mercenarios, los cuales aunque tienen gran interés por el desempeño de sus deberes, siempre se buscan a sí mismos y su propia conveniencia, y no el honrar a Dios.

3. En *tercer lugar* debe ser alegre, porque Dios ama al que da con alegría (1), mientras que quien le sirve a la fuerza no puede agradarle; si quieres obedecerle con alegría, ámale, pues el amor todo lo aligera y no hay cosa difícil que no la facilite.

4. En *cuarto lugar* debe ser pronta, pues la verdadera obediencia no conoce dilación, porque tan luego como sabe la voluntad del superior se dispone a cumplirla, y nos hace sentir más empeño y deseo en realizarlo que lo que emprendemos por nosotros mismos. Por eso el obediente prefiere siempre lo que se le manda, por pequeño que sea, a las cosas grandes hechas por voluntad propia, puesto que siempre se renuncia a sí mismo y solo ambiciona ser de Dios. De aquí que el obediente nunca dice: quiero esto o aquello, o quiero y no quiero, sino que tiene en sus labios aquella hermosa plegaria: «Señor dadme lo que Vos queráis, y obrad conmigo según vuestra santa voluntad».

5. De aquí se sigue en *quinto lugar* que la obediencia debe ser valiente y animosa, porque emprende lo que se le manda con tal confianza que no tiene por difícil cosa alguna, y si le fuera posible hacer ella sola todo cuanto hacen los demás lo reputaría en poco, siendo tan animosa que se olvida de todo cuanto hizo y sólo piensa en lo mucho que le falta por hacer, estimulándose de este modo y deseando trabajar siempre más.

6. En *sexto lugar*, la verdadera obediencia es de-

(1) «Hilarem enim datorem diligit Deus». (2.^a Cor. IX, 7.)

vota, porque todo lo hace por amor y gloria de Dios y no por propia complacencia; cuanto se le manda lo considera como venido y dispuesto por la mano de Dios, y por eso deja prontamente la obra comenzada para atender a lo que se le ordena, aunque aquélla sea importante, pues experimenta más gozo espiritual en las cosas pequeñas que no en las grandes emprendidas por gusto o por capricho. Por eso a quien se le hace pesada la obediencia se puede decir que no ha gustado aun lo que es esta virtud, y así como es más noble y elevado el gusto espiritual que el natural y corpóreo, así es más suave la obediencia que la propia voluntad, y cuanto se hace por Dios no quedará sin recompensa.

Por muy excelente que sea una cosa, no debemos ocuparnos en ella con tal apego y voluntad que no estemos siempre dispuestos a abandonarla cuando así lo disponga la legítima autoridad, pues la recta intención que tenemos en nuestras empresas, esto es, honrar y glorificar a Dios, perdura y permanece cuando obedecemos a nuestros superiores, teniendo además el mérito de la obediencia, que es más agradable al Señor que cualquiera obra por grande y excelente que sea, hecha por nuestra voluntad.

7. *Por último*, la verdadera obediencia es humilde, como hija primogénita de la humildad, y así fué la obediencia de Jesucristo, que dió su vida por obedecer, ofreciendo con esta sumisión un gran ejemplo de humildad, como dice San Lucas: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu» (1). Como si dijera: ¡Padre mío! os he obedecido hasta la muerte por cumplir vuestra voluntad: ahora recibe mi espíritu! Consumado está (2).

(1) «Pater, in manus tuas commendo spiritum meum». (Luc. XXIII, 46.)

(2) «Consummatum est». (S. Juan, XIX, 30.)

Así debemos hacer también nosotros. Todo cuanto se nos dice, manda o aconseja, debemos aceptarlo con sumisión, dando muestras de recibirlo con espíritu tranquilo y obediente, pues la humildad es a su vez madre de la obediencia. Debes pensar por amor de quien te has consagrado a la obediencia, o sea por amor de Dios, y cuando te manden alguna cosa dí en tu corazón: «¡Salvador y Padre mío! hago esto por vuestro amor; acepta mi voluntad y obediencia como un sacrificio de alabanza en tu honor».

8. Pero Jesucristo no sólo se sometió a su Padre celestial, sino que también se entregó en manos de los pecadores sin quejarse para que hicieran con El cuanto quisieran. Los Santos al considerar esto deseaban obedecer a todos renunciando su propia voluntad y juicio, combatiendo y despojándose de sus inclinaciones naturales.

Hagamos nosotros esto mismo y seamos obedientes en todo sin murmurar ni contradecir, que pronto conoceremos el fruto de esta virtud. Donde ella mora también está Dios para derramar su gracia, y cuanto más perfecta sea la obediencia, más fruto experimentará en el servicio de Dios, y tanto mayor será su recompensa y mejor dispuesto estará para glorificarle por la obediencia.

CAPÍTULO XII

La renuncia dolorosa de sí mismo.

1. De la obediencia nace la negación de la propia voluntad y juicio, pues nadie puede renunciar a ambos sometiéndose a otro, sino el obediente. ¿Quién es, en efecto, el que no se conforma ni se somete a las disposiciones de Dios y de los hombres, sino el voluntarioso y lleno de amor propio? Lo que se le mete

en la cabeza nadie puede ya quitárselo, y esto proviene de la soberbia.

2. ¡De cuántas maneras estamos llenos de nuestra propia voluntad! Por eso son tan pocos los que tienen energía suficiente para someterse a la voluntad de Dios: obedecemos a nuestra naturaleza y en todo buscamos nuestra voluntad propia, y en estas condiciones el hombre no puede poseer la paz ni saborear el fruto de sus obras, porque no está dispuesto a recibir la influencia de la gracia divina. No hay turbación en nosotros que no provenga de la voluntad propia, ya nos demos cuenta de ello o se nos pase inadvertido. Sólo por la caridad, que es opuesta a nuestro propio querer, reinará en nosotros la paz, y no hay cosa que Dios aborrezca más en nosotros como el amor propio. «Quita la propia voluntad, decía San Bernardo, y no habrá infierno», y al contrario, ¿qué cosa arderá tanto en el infierno como el amor a sí mismo?

3. Aunque huyas del mundo que te rodea retirándote a la soledad de una ermita o del claustro, llevarás dentro de ti mismo otro mundo del que no podrás huir ni vencer sin los auxilios divinos y con gran esfuerzo y diligencia de tu parte. Llevas dentro de ti enemigos tan grandes y encarnizados que difícilmente se llegan a dominar.

Muchos buscan o abandonan ciertos lugares, ciertas maneras de vivir, determinadas personas y ocupaciones, unas veces ésto, otras aquéllas, sin hallar paz en sí mismos, puesto que la paz no depende de las cosas exteriores. ¿Por qué éstas, de cualquier clase que sean, te impiden hallar a Dios? Porque te aficionas a ellas desordenadamente y buscas tu descanso en ellas. Si estuvieras libre y desprendido de todo, aunque fueras dueño de todo un reino no te perjudicaría. Entra, pues, en el fondo de tu corazón, y busca lo que más te estorba y detiene, y una vez hallado,

arrójaló prontamente lejos de ti, como se lanza una piedra al fondo del mar. Poco servirá huir del mundo; para cortar por lo sano es necesario morir a nuestra propia voluntad y a nuestros apetitos. Sin duda eres tú mismo la causa de que halles obstáculos en las criaturas, porque pones en ellas demasiado apego buscándote a ti mismo, y por eso tienes que empezar por morir a tu propio querer. El que no hace esto ni se cuida de ello, cuanto más va tras de las cosas mundanas tanto más se extraviará en el camino del cielo. Cuando llegues a renunciarte a ti mismo, entonces habrás abandonado también todas las criaturas, y donde quiera que encontremos nuestra propia naturaleza debemos renunciar a ella y abandonarla.

4. San Pedro decía a Jesucristo: «Señor, hemos dejado todas las cosas» (1), y sin embargo sólo se había desprendido de una red y de su barco. Pero observa San Gregorio que quien abandona voluntariamente lo que tiene, no sólo deja eso sino todo lo que el mundo puede desear y apetecer, porque el que renuncia su propia voluntad renuncia al mismo tiempo todas las cosas, como si en realidad las poseyera. Aunque uno abandonara un reino y todo el mundo, si no se abandona a sí mismo, de nada le servirá; pero si se despoja de sí mismo, aun cuando posea todas las riquezas y honores posibles, de hecho lo habrá dejado todo. Y así dice el Señor: «El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo», en lo cual está todo incluido.

5. Ciertamente es contrario a nuestra naturaleza someterse y tolerar la opresión de otro, y morir así a la voluntad propia en la que nuestro sér halla su principal punto de apoyo. Nada es tan propio del hombre como la libertad, y sin embargo debe domi-

(1) «Ecce nos reliquimus omnia». (Mat. XIX, 27.)

narla y combatirla, al mismo tiempo que su naturaleza corrompida, y esto no se consigue sin dolor, así como no se quita una zarza enredada en el cabello, ni una flecha clavada en el cuerpo sin sufrimiento.

Hay personas de carácter tranquilo y sosegado que obedecen sin dificultad, pero también las hay de carácter turbulento que tienen tantas tentaciones y penas que parecen un mar agitado sin tranquilidad ni sosiego en su corazón. Buscan algunas veces en las cosas exteriores la calma que no hallan en su interior sin conseguirlo, agitándose con múltiples preocupaciones como árbol cuyas hojas mueve el viento. Estos deben evitar toda ligereza y frivolidad si quieren vivir conforme a la voluntad de Dios, y deben portarse como valientes caballeros que acuden con valor al campo de batalla, y así conseguirán mayor gloria que los primeros.

El grano de trigo para dar fruto tiene que morir, y entonces dará mucho fruto (1). Así también nosotros debemos morir espiritualmente, ser destruidos y anodados diciendo: *Non sum* (2), y esto no se consigue con sólo buenos deseos, propósitos y oraciones, sino luchando a costa de sacrificios. Lo que nada cuesta nada vale. Si la propia renuncia y abnegación sólo se consiguiera con deseos y oraciones, sin trabajo ni sacrificio, no tendría valor alguno. ¿Qué vale abandonar palacios y tierras, oro y plata en comparación de dajerse y negarse a sí mismo? No hay valentía, lucha, ni combate comparable con la de aquel que niega y renuncia su propia voluntad.

6. Por lo tanto, cuando alguien nos sostiene y ayuda a vencer en este combate y a reconocer nuestra nada,

(1) «Nisi granum frumenti cadens in terram mortum fuerit ipsum solum manet; si autem mortum fuerit, multum fructum affert». (S. Juan, XII, 24 y 25.)

(2) S. Juan, I, 27.

debemos corresponderle con agradecimiento y amor, alegrándonos de vernos perseguidos y humillados, porque también condenan lo que nosotros aborrecemos y desagrada a Dios, esto es, el amor propio y desordenado. ¡Qué locura sería en nosotros sentir y afligirnos por ver perseguido nuestro más cruel enemigo? Por eso obramos como locos cuando nos quejamos de los ataques dirigidos contra nuestro amor propio, que nos impide elevar con libertad y perfección nuestro espíritu hacia Dios.

7. Si comprendiésemos cuánto nos aprovecha el morir a nosotros mismos, buscaríamos esta muerte interior como se busca un reino o todo un imperio, pero andamos al revés huyendo de lo más ventajoso para buscar lo más perjudicial al espíritu. Poco importan las obras exteriores si no se han vencido la propia voluntad y los movimientos desordenados. ¡Qué confusión para nosotros ver los mundanos correr tras las cosas despreciables y perecederas de esta vida, con más solicitud y avidez que las almas escogidas en busca del soberano Bien que se encierra en Dios!

Piensa que cada vez que morimos a nosotros mismos hallaremos nueva vida, y a cada negación de nuestro propio querer corresponderá una nueva felicidad, resultando que el precio de esta mercancía es de lo más equitativo. Porque en la misma medida que el hombre se renuncia a sí propio y a todas las cosas, en esa misma ganará a Dios con todos sus tesoros celestiales, pues la vida divina será tanto más pujante en nosotros, cuanto el hombre más muera a sí mismo. ¡Qué buen contrato haríamos si diésemos a Dios nuestra propia voluntad a cambio de sí mismo! ¡Y qué nos producen *nuestros* negocios? Continuas inquietudes.

Si el hombre pudiera morir mil veces al día, no sólo no moriría de hecho ni una, sino que a cada

muerte correspondería un nuevo aumento de vida, según lo que dijo Jesucristo: «El que odia su alma la guardará» (1).

Cuanto más profunda, vigorosa y completa sea esta muerte en nosotros, más profunda, fuerte y vigorosa será la vida sobrenatural de nuestra alma.

En esta vida de abnegación se reciben continuamente nuevas gracias y nuevas luces, de tal modo que el alma se halla inundada de dichas, el entendimiento ilustrado con luces divinas y la voluntad abrasada en amor celestial, pudiendo entonces decir con San Pablo: «¿Quién me separará del amor de Dios?» (2).

8. El que quiera recibir los dones perfectos del cielo, no deje pasar las ocasiones de morir a sí mismo abandonando su propia naturaleza cuando diere con ella. Si sufre todas las muertes que se le presentan, sentirá asimismo todos los dones divinos en cierta medida, correspondiente a cada muerte. ¡Ay! qué tesoros espirituales no podríamos acumular si nos renunciáramos continuamente, pues las ocasiones para ello son diarias, como dice el Profeta: «Por ti somos mortificados durante todo el día» (3).

Ninguno se despoja tan completamente de sí mismo que no tenga siempre que trabajar en esto, porque es imposible destruir el amor propio, y sus raíces siempre retoñan. Hay quienes después de haberse ejercitado un año en la propia abnegación, si faltan una vez, suspiran diciendo: ¡Ay! que me he dejado llevar de mi amor propio! Lo creía muerto, y he aquí que aún está vivo! Otros sólo caen una vez al mes o

(1) «Qui odit animam suam in hoc mundo, in vitam aeternam custodit eam». (S. Juan, XII, 25.)

(2) «Quis ergo nos separabit a charitate Christi?». (Rom. VIII, 35.)

(3) «Quoniam propter te mortificamur tota die». (S. XLIII, 22, y Rom. VIII, 36.)

a la semana y algunos muchas veces al día. Estos últimos dirán con lágrimas en su corazón: ¡Ay, amado Señor!, ¡cuán grande es mi miseria! ¿Qué será de mí en lo futuro cuando ahora hallo vivo con tanta frecuencia el propio *yo*, siendo necesario abandonarlo para siempre? «De nuevo dejo el mundo» (1), o sea, todas las cosas y «empezaré de nuevo».

9. Sí, debes morir a ti mismo en todas las ocasiones hasta que lo consigas de una vez. Una sola golondrina no hace verano, y no estamos seguros de ello sino cuando vemos muchas: así el que se niega una, dos o varias veces, no se le puede llamar perfecto, sino cuando se renuncia siempre a sí mismo guardando fidelidad a Dios, entonces podremos llamarle perfecto. Una lección se estudia y repite cuanto sea necesario para aprenderla, así tú procura ejercitarte muchas veces en la negación de ti mismo, tal como Dios te lo pide para que puedas decir con verdad: *Non sum*, ya no soy.

CAPÍTULO XIII

Cómo en todas las cosas debemos ofrecer nuestra voluntad a Dios.

1. Jesucristo ha dicho: «El que me sirve debe seguirme, y donde Yo esté allí debe de estar mi siervo» (2). Estas palabras están llenas de grave sentido, pudiendo escribirse todo un libro comentándolas. Nosotros nos concretaremos a declarar quién es el verdadero siervo de Dios, el que le sigue, y cómo le sigue, dónde y cómo El le guía.

Dios no conduce a sus siervos por un solo camino

(1) «*Iterum relinquo mundum*». (S. Juan, XVI, 28.)

(2) «*Si quis mihi ministrat me sequatur; et ubi sum ego, ibi et minister meus erit*». (S. Juan, XII, 26.)

ni de una manera, ni en una sola obra, sino donde El está, esto es, en todas las obras, maneras y caminos, porque Dios es el Bien supremo en todas las cosas y por lo tanto el hombre no puede seguirle según su capricho, sino en la forma que El le prescriba. Si Dios llama a uno por un camino, y sin hacer caso se aleja de la divina voluntad derramando sus sentidos por las cosas que le rodean, este tal no sirve a Dios porque vive apartado de El, a quien sólo debía servir en todos los lugares, en todas las obras y de todos modos, no según su propia voluntad, sino conformándose con la voluntad divina.

2. Dios ha creado nuestra voluntad, no para que fuese nuestra sino suya, puesto que la creó; por lo tanto, el que la tiene como propia, es un verdadero ladrón, porque roba a Dios lo que legítimamente le pertenece, sirve a su concupiscencia y se hace esclavo del pecado y del demonio de quien recibirá la recompensa.

Los verdaderos siervos de Dios de tal modo tienen unida su voluntad a la divina, que no quieren nada fuera de ella y así tienen una voluntad y una sola vida en Dios, que habita en sus almas con los dones múltiples de su gracia, y en el tiempo como en la eternidad, las operaciones de Dios en ellos son manantial de su felicidad.

3. Cuando el hombre busca diligentemente la voluntad divina en todas las cosas, lo que Dios le manda es lo mejor y más ventajoso para él, y de esto podemos estar tan seguros como de que Dios existe. Aun cuando te parezca mejor otra cosa distinta de la que Dios quiere, debes convencerte de que lo mejor es lo dispuesto por El, aunque tengas que sufrir la enfermedad, la pobreza, el hambre o la sed, sequedades y tentaciones. Sé fiel y constante en buscar en todas las cosas el honor de Dios, y vive convencido

de que lo mejor que te puede sobrevenir es lo que El te manda y permite.

4. Si preguntas cómo conocer las cosas que son conformes a la voluntad divina, te diré que en el mundo solo sucede lo que es voluntad o permisión de Dios, y no tendrías enfermedad o cosa alguna si El no lo permitiera; sabiendo cuál es la voluntad divina, debes experimentar alegría interior aun en medio de los mayores males y dolores, que pierden la razón de tales y que debes mirar como dones de Dios, y como lo mejor y más conveniente para ti, queriéndolos y deseándolos con preferencia a otra cualquier cosa.

Si yo deseara vivamente complacer a otro, y supiese con certeza que le gusta verme vestido con traje de este o aquel color, sin duda que lo usaría, aunque no fuera conforme a mi gusto particular, procurando complacer al amigo en todas mis palabras y acciones. Examina, pues, cuál es la clase de amor que tienes a Dios. Si le amas en verdad, ninguna cosa te debe agradar tanto como ver cumplida su voluntad en nosotros, y por más dolorosos que te parezcan tus sufrimientos, si no los aceptas con la misma alegría que las comodidades y la abundancia, estás aun muy lejos de la perfección.

Todos los días decimos en el Padrenuestro aquellas palabras: «Señor, hágase tu voluntad», y sin embargo cuando ésta se cumple, nos enojamos contra ella y no la estimamos como debemos. Si nuestra oración fuese sincera, deberíamos juzgar por más provechoso y conveniente lo que permite su santa voluntad.

5. Aquellos que adoptan como lo mejor cuanto Dios les envía, conservan en todas las cosas una paz y tranquilidad perfectas, porque en ellos su voluntad es la misma que la de Dios. Esto es lo más perfecto

y mejor, sin comparación, que si nuestra voluntad fuese la de Dios; así, cuando nos sobrevenga alguna pena o contradicción, siempre diremos resignados: *In nomine Domini*, en el nombre del Señor, ¡todo sea por su honor y gloria!

El que se ofrece a Dios diciendo: «Señor, haced de mí lo que os plazca», hace la plegaria más sublime que puede formularse en la tierra y en el cielo. Porque si bien nos satisface el ver que Dios oye nuestras súplicas concediendo lo que le pedimos, es más satisfactorio aún ofrecerse a la voluntad divina, deseando en todo y por todo su beneplácito. Tal fué la oración de nuestro amadísimo Redentor cuando poco antes de su pasión decía: «¡Padre mío! hágase tu voluntad y no la mía» (1).

Esta fué la oración más acepta a su Padre celestial, la más provechosa para nosotros y la más terrible para el demonio. Esta renuncia de la voluntad humana de Jesucristo fué causa de nuestra salvación. Por eso ninguna cosa puede ser de mayor consuelo para el alma humilde que amar a Dios como su santa voluntad, y aunque con este abandono la naturaleza sufrirá y será postergada, Dios será glorificado, y cuando el alma abandona todas las cosas por Dios, se hace merecedora y se dispone para recibir los dones y gracias celestiales.

6. Al que se complace en la voluntad de Dios, le agrada igualmente lo que procede de su justicia, como lo que hace por su misericordia, bien sea en sí mismo o bien sea en las demás criaturas. Este tal obra y deja de obrar, da y toma, ama y odia en todas las cosas conforme a la voluntad divina a la cual está íntimamente unido.

7. Si de este modo estuvieras siempre, vivirías

(1) «Non mea voluntas, sed tua fiat». (Luc. XXII, 42.)

como en el cielo y sin penas ni afanes que turbasen tu espíritu; en cambio los que no se conforman con la voluntad de Dios, viven en continua angustia y lamento, porque necesariamente tienen que sufrir las injusticias del prójimo que les causan gran dolor y turbación. En verdad que quien se abandona en los brazos de Dios, es señor de todo el mundo y vive dichoso, porque al someterse a Dios, todas las criaturas le serán a la vez sumisas y le servirán. ¿Mas qué digo? El mismo Dios le servirá, porque al que abandona todas las cosas para convertirse a Dios solo, diciéndole con todo su corazón: «¡Oh, amor mío! cúmplase en mí, pobre pecador, tu santa voluntad para glorificarte, y no la mía», Dios le socorre siempre con todas las gracias y favores que necesita.

8. Suele suceder que después que el alma se abandona enteramente en Dios, con firme propósito de someterse en todo a su adorable voluntad, le asalta el temor de los grandes sufrimientos que le aguardan, con lo cual se debilita su primera buena disposición. Pero el que desea vivir santamente debe desechar ese temor y afrontar animosamente toda pena y contrariedad que le sobrevenga. Cuando Jesucristo fué a orar al monte Olivete, su naturaleza humana fué asaltada de tan gran temor por los sufrimientos que había de padecer, que en medio de angustia tan grande sudó gotas de sangre. Por eso dijo a su Padre: «Si es posible, pase de mí este cáliz» (1). Pero pronto desechó este temor humano, y confortado de lo alto se sometió al decreto eterno de la divina Providencia. Así también el hombre debe aceptar de la mano de Dios cuanto le envíe, sea dicha o desgracia, salud o enfermedad; y ninguna vida será más excelente ni

(1) «Pater mi, si possibile est, transeat a me calix iste». (Mat. XXVI, 39.)

meritoria a los ojos de Dios como ésta, en la cual hará admirables progresos. ¡Oh Dios eterno! si tuviera el poder de hacer lo que quisiera, solo desearía morir a mí mismo y a todas las cosas, vivir solo para Vos y amaros con todo mi corazón.

CAPÍTULO XIV

De la virtud de la paciencia.

1. El abandono de la propia voluntad engendra la paciencia, pues nadie puede ser paciente si no somete su voluntad a la de Dios y a la de los hombres, en lo que es justo y razonable.

La paciencia es una virtud que hace soportar con igualdad de ánimo las persecuciones y los sufrimientos, y no se consigue sin las contrariedades al igual de las demás virtudes. Si nadie nos inquietase ni mortificase, ¿cómo podríamos ejercitarnos en esta virtud? No basta meditar mucho sobre la paciencia para adquirirla, pues sería de tan poca utilidad como a los que quieren ser pobres sin sufrir necesidades, humildes sin conocer el desprecio, castos sin mortificar la carne, piadosos sin esfuerzo, bondadosos y amables sin buenas obras y moderación.

La adversidad no hace impaciente al que se queja en medio de las incomodidades, sino que tan sólo pone de manifiesto la carencia de virtud, y como dice San Gregorio, la adversidad descubre lo que está oculto en nuestro interior: Por eso le ocurre al impaciente lo que a la moneda de cobre plateada, que cuando se pone al fuego pierde su brillo y muestra lo que realmente es. Pero no es el fuego el que hace que sea de cobre, sino descubrir solamente lo que estaba oculto con apariencia de plata.

2. La virtud de la paciencia es tanto más exce-

lente cuanto más rara. Encontraremos muchas personas que guardan castidad, que ayunan, viven en pobreza y se muestran humildes, dan limosna, hacen oración y enseñan sana doctrina a los demás; pero se encuentran pocos que soporten con paciencia los desprecios, la calumnia, la reprensión y la maledicencia.

3. La paciencia en las tribulaciones, es más estimable que hacer milagros, y por eso ella es el camino estrecho y seguro que conduce al cielo. Es el sacrificio de una hostia viva, un suave perfume que sube hasta el trono de Dios, y una maravilla para los ángeles del cielo. Ningún combate de aquí abajo causa tanta admiración a los bienaventurados, como cuando contemplan al hombre sufrir con paciencia y resignación los dolores y las adversidades.

Sufrir con paciencia, aunque sea poco, dijo San Bernardo, es más meritorio que ejercitarse en muchas y grandes obras. Aunque tuvieras la ciencia de todos los astrónomos, y pudieras hablar de Dios tan altamente como los teólogos y los ángeles, y tuvieras la erudición de todos los maestros y doctores, adelantarías menos en la santidad que ofreciéndote a Dios en todas tus penas y trabajos.

4. Si fuésemos verdaderamente humildes, ningún bien estimaríamos tanto como la persecución y el desprecio de los demás, y nosotros llamaríamos a la tribulación con estas palabras: «Seas bienvenida, amada, única y fiel amiga; en verdad que no te esperaba, pero me inclino ante ti y salgo a tu encuentro».

Si estuviéramos bien persuadidos de la eficacia del menor de los sufrimientos en orden a unirnos y estrecharnos con Dios y a alejar de nosotros el poder del demonio, correríamos presurosos buscando las tribulaciones, dando gracias a los que nos afligen y ejercitan en ellas; andaríamos con alegría y reconocimiento por el camino donde más fácilmente las en-

contrásemos, y experimentaríamos tanto mayor gozo, cuanto mayores y más numerosas fueran aquéllas.

5. La paciencia es el fundamento de la paz, y sin ella ésta es imposible, por ser la medicina de todos los males. Pues aunque el cuerpo padezca mucho, el espíritu permanecerá siempre tranquilo cumpliéndose aquello que dice Jesucristo: «En la paciencia poseeréis vuestras almas» (1).

La paciencia suaviza los dolores y vejaciones del cuerpo, porque cuanto más impaciente es el espíritu, más sufrirá aquél. El verdadero paciente experimentará en las persecuciones y desprecios una gran alegría y dulzura, pues nada le será tan grato como sufrir por el honor de su Dios.

6. Para animarnos a sufrirlo todo con paciencia y alegría, consideremos cómo los santos sufrieron los tormentos y suplicios más grandes con sumo gozo de su espíritu. Y así San Andrés saludó la cruz en que había de ser martirizado con estas palabras: «¡Salve, oh cruz, deseada por tanto tiempo! Yo seré tanto más digno de glorificar a mi Dios cuanto con más paciencia sufra en ti los dolores y tormentos». Y San Vicente dijo al juez que le condenaba: «Yo puedo sufrir en la medida que te plazca atormentarme, y cuanto más cruel seas conmigo, más agradecido te quedaré».

Los santos que sufrieron voluntariamente tantos suplicios por Dios eran hombres como nosotros, y los auxilios divinos que ellos tenían también los tenemos nosotros, porque Dios lo mismo nos ayudará con su poder como a ellos. ¡Cuál no debe ser nuestra confusión al ver que no podemos y ni siquiera queremos padecer!

(1) «In pacientia vestra possidebitis animas vestras». (Luc. XXI, 19.)

7. Esta confusión será mayor si pensamos en lo que sufrió el Hijo de Dios, Señor de los señores y Rey de los reyes por puro amor nuestro, a saber, una muerte afrentosa y el mayor de los martirios entre dos ladrones, derramando hasta la última gota de su sangre por nosotros. Siendo esto así ¿no es justo que los que se precian de ser sus amigos sufran también generosamente cuanto Dios les envía, bien lo merezcan por sus culpas o no? Ciertamente que debieran sufrirlo todo con paciencia y alegría, ya que nuestra cabeza Jesucristo sufrió más que todos los hombres.

¡Alma cristiana! ¿Cómo te quejas de sufrir, viendo que Aquél que es Dios por naturaleza, y desde la eternidad habitando en medio de los esplendores de la santidad (1), que es imagen de la gloria del Padre y consustancial con El (2), viene a encerrarse en el barro de nuestra naturaleza? ¿Qué cosa no te parecerá dulce de sufrir viendo todas las amarguras de tu Maestro, los desprecios que recibió de los príncipes, de los señores y de sus siervos y de cuantos le rodeaban en la cruz? ¿Cómo no te mueve a sufrirlo todo con paciencia viendo escupida, despreciada y escarnecida la claridad de la luz eterna de Dios?

Todo esto debe hacernos soportable el sufrimiento, pues el buen soldado no se queja de las heridas viendo junto a sí herido a su Rey; Cristo no nos ofrece bebida amarga que no haya gustado antes, ni nos exige nada que El no haya hecho o sufrido.

8. Sin duda que si meditamos en lo que Jesucristo padeció por nosotros y por nuestros pecados, siendo el soberano Señor de todas las cosas, nos admiraremos de cómo es posible que nos cueste sufrir

(1) «In splendoribus sanctorum». (S. CIX, 3.)

(2) «Qui est splendor gloriae, et figura substantiae ejus». (Hebr. I, 3.)

por El, aunque sea el mayor de los suplicios: En cierta ocasión que el Beato E. Susón pidió fervorosamente al Señor le enseñase a padecer, se le apareció Jesús crucificado en forma de serafín con seis alas, dos le cubrían la cabeza, dos los pies y con las otras dos volaba. En las inferiores estaba escrito: «Acepta las penas voluntariamente», en las superiores: «Soporta las penas con paciencia» y en las intermedias: «Aprende a sufrir las penas como Jesucristo».

Y así como nuestro Redentor se anonadó a sí mismo sufriendolo todo no sólo con paciencia sino también con alegría, para glórficar a su Padre celestial y por nuestra salvación; así tambien nosotros debemos soportar pacíficamente cuanto nos viene de Dios, de los hombres y del enemigo.

9. Pero Jesucristo no sólo es nuestro modelo en el sufrimiento, sino que nos hace participar del fruto de su sagrada Pasión. Dice Santo Tomás que no hay sufrimiento alguno interior o exterior en nosotros, que no sea un reflejo de la sacratísima Pasión del Redentor, y por eso podemos en todos ellos participar de los dolores y sufrimientos de Jesucristo. Y este fruto de su Pasión nos debe animar y consolar más que si nosotros hubiéramos sufrido aquellas penas, porque sin el mérito de Jesucristo, ninguno de nuestros sufrimientos puede sernos provechoso.

10: Por eso Jesús será nuestro premio y nuestra corona, y no quiere que suframos en vano. Por muy pequeño que sea nuestro dolor y trabajo sufrido por amor de Dios, nos será más provechoso que si nos dieran todo el mundo, porque el premio que dará al menor de los trabajos llevados con paciencia por su honor será El mismo. Por eso decía un santo doctor: «Considero más dichoso en este mundo aquel a quien Dios trata con el pie, que al que besa con sonrisa. Y quisiera más morir con los que Dios permite que sean

oprimidos y perseguidos en este mundo, que con los que viven en medio de grandes consuelos y ternuras». Quien piensa seriamente en lo que es el tiempo y la eternidad, preferirá estar cien años en un horno ardiendo, a perder la menor recompensa que Dios dará en el cielo por el menor de los trabajos sufridos por su amor, porque lo primero tiene fin, mas lo segundo será eterno.

CAPÍTULO XV

De la variedad y provecho de los sufrimientos.

1. Nadie pasa por esta vida sin sufrir. Las fortalezas más elevadas y las ciudades más grandes pueden tan poco contra el sufrimiento, como las ropas de púrpura y los mantos de los reyes, y aquellos que quieren ir a Dios tienen que sufrir, porque el sufrimiento los dispone y conduce por el camino de la santidad cuando se acepta con paciencia. Todo hombre debe tener su cruz, de cualquier clase que sea, y el que huye de una encontrará otra, y sólo el que no viva en este mundo podrá negar esta verdad. Debemos, pues, sufrir; a donde quiera que vayamos y a cualquiera parte que te vuelvas siempre tendrás que padecer algo. El mismo Cristo tuvo que sufrir antes de entrar en la gloria. (1).

Puede suceder que Dios, compadecido de nosotros, ponga su mano para ayudarnos a llevar la carga, y entonces nos parecerá ligera y nos sentiremos como libres y sin sufrir ni sentir el dolor, pero tan pronto como Dios retire su auxilio, entonces sentiremos todo su peso y amargura.

2. Las penas que Dios nos manda por medio de

(1) «Nonne haec oportuit pati Christum, et ita intrare in gloriam suam?». (Luc, XXIV, 26.)

sus amigos o enemigos; son tanto más dignas y útiles que las que libremente buscamos nosotros, cuanto mayor que la nuestra es la dignidad de Dios. Jesucristo nos redimió con los tormentos y con la muerte cruel y afrentosa que le buscaron sus enemigos, a pesar de su inocencia, viéndose abandonado de todos los suyos a excepción de su Madre la Virgen María, que permaneció unida a su Hijo con el espíritu y con el cuerpo.

3. Entre las tribulaciones que Dios permite, las hay muy duras y que el alma no merece por castigo; pero Dios las manda para probarla, para darle a conocer sus fuerzas e interiores disposiciones, como se lee en el Antiguo Testamento, o porque busca en ellas su honor y gloria, como cuenta el Evangelio del ciego curado por Jesucristo, que le declaró inocente y le dió vista. (1).

A ciertas almas las flagela Dios en este mundo por sus pecados, como el buen ladrón a quien Jesucristo perdonó por su sincero arrepentimiento. A otras las aflige, no por sus pecados, sino por ciertas inclinaciones defectuosas de que no se despojan, como sucede generalmente a ciertos espíritus de soberbia y presunción, en quienes Dios permite humillaciones de su orgullo en cosas en que por ventura no han pecado aún.

Hay tribulaciones que Dios manda por su bondad para con nosotros, a fin de que el alma se corrija de sus faltas y se purifique cada vez más, pues la aflicción destruye en ella cuánto desagrada a Dios que entonces no se aparta del alma, porque la pureza nos hace amables y semejantes a Dios, elevándonos y uniéndonos a El.

4. Por esta razón permite el Señor que sus sier-

(1) «Ut manifestentur opera Dei». (S. Juan, IX, 3.)

vos sean afligidos mucho tiempo por la tribulación, que nos purifica y hace dignos de que Dios more en nuestras almas, según aquello de David: «Yo estoy con él en la tribulación» (1). Así se lo advirtió el Señor al Beato E. Susón que cuando le pasaba una tribulación tenía otra ya preparada, probándole continuamente.

5. Hay tribulaciones que Dios permite en las almas para que no sufran otras mayores, y para evitarles las penas del purgatorio las prueba con enfermedades, pobreza y cosas semejantes, y también permite que sean tentadas de personas diabólicas para que en la hora de la muerte venzan más fácilmente al demonio.

6. Sucede también que muchos de nuestros males son imaginarios, considerando como muy grande e insoportable lo que en realidad no tiene importancia alguna. También hay sufrimientos inútiles y sin ningún consuelo, como son los que padecen por contentar y complacer al mundo, que no merecen más recompensa que la del infierno; en cambio al que sufre por Dios todo se le hace soportable y ligero.

7. Cuando Dios quiere llamar a algunas almas a mayor perfección y más estrecha unión consigo, si no hacen caso de sus llamamientos interiores, entonces les envía la tribulación. A donde quiera que se dirijan para huir de Dios encuentran las aflicciones temporales, atrayéndolas hacia sí como por los cabellos, de suerte que no pueden huir de sus manos hasta que al fin alcanzan la felicidad eterna. Así obra la infinita bondad de Dios con las almas, y por eso debe el hombre recibir con agradecimiento las tribulaciones que vienen de su mano amorosa. ¡Cuántas almas debieran dormir el sueño de la muerte y de su conde-

(1) «Cum ipso sum in tribulatione». (S. XC, 15.)

nación, si Dios no las despertara por medio de las aflicciones! Hay hombres parecidos en lo espiritual a los animales salvajes y a los pájaros sin domesticar, que no se pueden reducir ni encerrar en la jaula sino con aflicciones continuas y bien calculadas: y así siempre están buscando tiempo y ocasión para huir de su eterna felicidad. «En el día de la persecución caerán mil del lado de Dios, por diez mil a su diestra en el tiempo de la dicha y felicidad» (1).

8. Algunos, como los mártires, sufren por verdadero e intenso amor de Dios, padeciendo tormentos innumerables en el cuerpo y en el espíritu para probar ese mismo amor.

9. No sufras, pues, de mala gana ni te quejes de tus penas. Aún no ha corrido la sangre de las heridas de tu cuerpo, como se cuenta de los mártires. No olvides que la tribulación, de donde quiera que venga, siempre será provechosa si se recibe de la mano de Dios, ofreciéndosela y sobrellevándola con El. Dios nos oprime y crucifica según nuestras disposiciones y aptitudes para recibir su gracia, variando según aquéllas. Pero toda tribulación grande o pequeña procede siempre de su amor infinito, y este amor, aunque tú no lo comprendas, te será más beneficioso que otros mejores dones con que El te pueda favorecer.

Deseaba ardientemente una religiosa dominica ver al Niño Jesús. Un día se le apareció en la oración, pero el Niño estaba rodeado de tantas y tan agudas espinas que ella no podía acercársele sin herirse y punzarse con las espinas. Comprendió entonces la religiosa que aquel que busca y desea hablar a Dios, debe sufrir indefectiblemente muchas penas y tribulaciones.

(1) «Cadent a latere tuo mille, et decem millia a dextris tuis». (S. XC, 7.)

CAPÍTULO XVI

De la virtud de la mansedumbre.

1. La mansedumbre nace de la paciencia, que causa en nosotros paz y tranquilidad en todas las cosas; alejando el mal humor, la cólera y la insolencia, según aquello: «al hombre manso y dulce nada es amargo», porque sabe soportar con tranquilidad las palabras duras, las acciones injuriosas y los modales groseros con que le tratan los demás, permaneciendo siempre contento, pues la mansedumbre consiste precisamente en sufrirlo todo en paz.

Esta virtud, al igual de la paciencia, no se consigue sino ejercitándose en la adversidad. La paciencia y la mansedumbre no se alcanzan sin las contrariedades. En otro tiempo los gentiles ejercitaron a los mártires con crueles tormentos, pero ahora son los mismos cristianos, y aun los que tienen apariencia de virtud, nuestros parientes y hermanos, los que nos hieren en lo vivo del alma. Y viendo que te conviertes a Dios te dirán que deliras, que tu cabeza flaquea, que te singularizas con tus cosas y que vives en un lastimoso engaño. Pero entonces la mansedumbre te dirá en el fondo de tu corazón, que todo lo recibas no de los hombres sino de Dios, que permanezcas tranquilo, porque ¿quién te podrá hacer daño si tienes a Dios por amigo?

2. Verdaderamente cuesta mucho y es difícil callar sin airarse ni replicar ante una afrenta que se nos dice, y es herida esta que penetra más que la espada cuando no estamos ejercitados en ello. Al hombre digno duele más que todos los cilicios y cadenas de hierro, el verse injuriado de un cualquiera,

soportándolo en silencio y sin vengarse. «Hasta aquí, oyó el Beato Susón en un éxtasis, te has azotado con tu propia mano y has cesado de afligirte cuando bien te parecía usando de misericordia contigo mismo; en adelante Dios te abandonará sin defensa a los extraños. Hombres obcecados te causarán una gran ruina, haciéndote perder el buen nombre de que gozas, y esto te dolerá más que la cruz de agudas puntas con que hieres tus espaldas; las mortificaciones de tu vida pasada te hacían estimar de los hombres, pero ahora serás humillado sin piedad para que te confundas y anonades».

Dichoso aquel que se somete a estas pruebas, porque así se esconderá en lo más profundo de las sacratísimas llagas de Jesucristo, se unirá íntimamente a su amoroso corazón y será agradable a Dios y a los hombres, según aquello del divino Maestro: «Bienaventurados los mansos porque poseerán la tierra» (1). Permanecerá en paz, suceda lo que quiera, porque el espíritu de Dios descansa sobre el manso y el humilde, vive cerca de Dios y oye su voz, la cual jamás percibe el iracundo. Y cuantas veces reprime y domina su voluntad de vengarse y airarse contra su prójimo, otras tantas merece que Dios sea misericordioso con él y desarme su ira contra sus pecados premiándole con particular corona.

3. Jesucristo nos ha dado ejemplo de silenciosa paciencia y mansedumbre en medio de los desprecios, de sus aflicciones y de sus amargos dolores. Azotado, ultrajado, vendados los ojos, menospreciado y condenado a muerte ante Caifás, llevado ante Pilatos con gran confusión y falsamente acusado ante él, condenado a muerte y vestido por Herodes con una

(1) «Beati mites, quoniam ipsi possidebunt terram.» (Mat. V, 4.)

túnica blanca considerándole por loco, y sin embargo el mansísimo Cordero no abrió su boca (1).

Sufre también tú con paciencia cuando alguno te ofende con palabras o acciones y te desprecia o hace padecer. Piensa cuán indigno eres de seguir las huellas de tu Redentor. Si alguno se te acerca para injuriarte, entra dentro de ti mismo y considérate en mucho menos que otro cualquiera. Humíllate a los pies de todos y déjate pisar de los demás como un vil harapo. Así como el perro juega con un trapo sucio arrastrándolo unas veces, tirándolo al alto otras, desgarrándolo y pisándolo muchas veces sin que por eso se queje, así también cuando te eleven a alguna dignidad o te abajen, cuando se ofenden de ti y te humíllen, no debes quejarte como tampoco se quejaría el trapo. Y esta es la raíz y el fundamento de toda tu felicidad, porque de aquí sacarás verdadera humildad y mansedumbre no sólo para con tus superiores, sino también para con tus iguales e inferiores, porque es justo y natural que como el trapo seas pisado de todos.

4. Debes, por lo tanto, acoger con alegría las ocasiones que se te ofrecen para ejercitar la mansedumbre, indigno de tal favor, y pensando que la virtud no se robustece ni se adquiere sino con la práctica y el ejercicio. Cuando recibas alguna injuria o afrenta de tu prójimo, corre a él para prestarle algún servicio en agradecimiento; y si aún entonces te desprecia, no debes apartarte de allí sin antes dar pruebas de agradecimiento en la forma que te sea posible. Cuando el Beato E. Susón apartaba su rostro de alguno que le

(1) «Oblatus est quia ipse voluit, et non aperuit os suum; sicut ovis ad occisionem ducetur, et quasi agnus coram ton-dente se obmutescet, et non aperiet os suum». (Is. LIII, 7.) «Jésus autem tacebat». (Mat. XXVI, 63:) «At ipse nihil illi respondebat». (Luc. XXIII, 9.)

había injuriado, una voz interior censuraba su conducta, diciendo: «Piensa que Yo, tu Señor, no aparté mi rostro de los que me escupían» (1). Entonces arrepentido se volvía amablemente hacia su injuriador.

5. Tú por lo menos procura callar y cerrar la boca ante las ofensas, dominando la venganza hasta que muera, y verás cómo esto se te hará cada vez más fácil. Así vencerás la animosidad de tu enemigo con tu mansedumbre, curando la herida de tu prójimo y permaneciendo tú invulnerable. Pero si a una palabra ofensiva respondes tú con diez, y te quejas y murmuras de la maldad ajena, seréis como perros que riñen, ladran y se muerden, y entonces has perdido el arma poderosa de la mansedumbre y con ella la paz interior.

6. Hay algunos que quieren enmendar las faltas del prójimo incurriendo ellos mismos en otras mayores, como son los que obran con vehemencia y acritud, usando palabras duras y ademanes coléricos. Estos no sólo pierden la paz en su alma, sino que la hacen perder a los demás. Si no puedes irritarte sin ofensa de Dios, cálmate; porque como dice un Padre, el hombre airado désagrada al Señor aun cuando haga milagros. Airarse sin pecar; según nos recomienda la Sagrada Escritura (2), es una obra maestra muy difícil en la práctica. ¿Quieres apagar el incendio de la casa ajena dejando quemar la tuya? Salva más bien tu casa y salvarás también la del prójimo. Quieres curar la herida de tu hermano, y para ello le causas dos o tres. Si pretendes corregir con violencia y aspereza las faltas ajenas, eres como el loco que quisiera abrir el muro con la cabeza, demostrando que no tienes caridad o que está próxima a extinguirse en tu corazón.

(1) «Faciem meam non averti ab increpantibus et conspuentibus in me». (Is. L.; 6.)

(2) «Irascimini et nolite peccare». (S. IV, 5.)

7. Por amor de Dios, guardaos de esa furia y cólera contra vuestros hermanos, y vigilaros a vos mismo con cuidado. Reprimid vuestra naturaleza demasiado viva, para que no se deje llevar de arrebatos inauditos y salvajes como los animales feroces, cosa afrentosa en el hombre racional a quien Dios ha dado tantas luces, y que ha puesto en el fondo de nuestra naturaleza cierta especie de amabilidad que hasta le capacita para domar las fieras, dominándose a sí mismo y siguiendo el dictamen de la razón. ¡Mas ay! algunas veces somos más feroces que los leones y los tigres, lo cual es injurioso para Dios nuestro Creador, porque entonces obramos impulsados por nuestra naturaleza corrompida, como si no se reflejase en nosotros la luz del rostro divino (1). En verdad que daremos cuenta a Dios de los daños causados por nuestra ira, bien a nosotros mismos, como siempre sucede a los coléricos, bien a nuestros prójimos a los que no sólo turbamos, sino también escandalizamos y alejamos de muchas buenas obras, de cuya omisión responderemos ante Dios.

8. No condenes, pues, con acritud y violencia, ni juzgues duramente las faltas de tu prójimo, sino compadécete de él. Odia el pecado y ama al pecador. Algunas veces los defectos no nacen de malicia ni de mala costumbre, sino de inadvertencia, de negligencia o también, como dice San Gregorio, de que Dios así lo permite para humillar al hombre y que reconozca sus culpas para que se enmiende y viva con mayor cuidado, o también para que se ejercite y aprenda a mortificarse y vencerse, soportando pacientemente los defectos ajenos. Piensa que Dios también ha tolerado pacientemente tus grandes pecados; piensa

(1) «Signatum est super nos lumen vultus tui Domine». (S. IV, 7.)

que Jesucristo se mostró tan paciente y amable con sus verdugos y perseguidores mostrándoles en todo amor y benevolencia, aunque El conocía perfectamente el odio y rencor de sus almas contra su divina persona, y aunque les podía castigar justamente, puesto que era completamente inocente.

Caminad, pues, dignamente en la vocación con que habéis sido llamados con toda humildad, mansedumbre y paciencia, y soportaos los unos a los otros en el amor de Dios (1).

CAPÍTULO XVII

De las cualidades del amor al prójimo.

1. Nos dice San Pablo: «Hermanos, os ruego que vuestro amor vaya creciendo más y más y sobreabunde en toda ciencia y en todo sentido» (2). Quiere, por lo tanto, el Apóstol que nuestro amor vaya aumentando sin cesar, y que de pequeño se haga grande y perfecto.

Nada en verdad más excelente y provechoso como el amor. Dios no nos exige talento, ciencia, ni grandes obras, aunque nunca debemos omitir las buenas; pero a todas ellas dignifica y da su mérito el amor. Dios sólo nos pide amor, porque es el vínculo de perfección, según la doctrina de San Pablo (3). Gran ingenio y destreza son cualidades comunes a los infieles

(1) «Ut digne ambuletis vocatione qua vocati estis; cum omni humilitate, et mansuetudine, cum patientia, supportantes invicem in charitate, solliciti servare unitatem spiritus in vínculo pacis». (Efes. IV, 1 y 2.)

(2) «Et hoc oro, ut charitas vestra magis ac magis abundet in scientia et in omni sensu». (Filip. I, 9.)

(3) «Super omnia autem haec, charitatem habete, quod est vinculum perfectionis». (Colos. III, 14.)

y a los judíos, así como el hacer grandes obras exteriores que pueden ejecutarlas justos y pecadores; pero lo que distingue los malos de los buenos es el amor, porque Dios es caridad y quien vive en caridad está en Dios y Dios en él (1). Por eso decía San Agustín: «Ama y haz lo que quieras». *Dilige et fac quod vis* (In epist. Jon. c. IV-tract. VII, n. 8).

2. Buscad, pues, ante todo la caridad, porque así como Dios nos previno con su amor inefable, así ahora debemos corresponderle también con amor, según enseña San Agustín, y, por lo tanto, lejos de ir a menos debe crecer y aumentarse en nosotros. El amor se consigue con amor, y cuanto más se ama, mejores disposiciones tendremos para amar.

3. El amor tiene dos clases de obras, interiores y exteriores; las primeras se refieren a Dios y las segundas se ordenan al prójimo, y reconocerás el valor y eficacia de aquéllas por el amor que tengas a tus prójimos; porque no amarás a Dios, en verdad, si antes no amas a tus semejantes, según aquéllo: «¿Cómo puedes amar a Dios, que es invisible, sino amas a tu hermano a quien ves?»

A esto se reducen todos los mandamientos divinos y la alianza de nuestro Dios: «Amarás al Señor sobre todas las cosas, y al prójimo como a ti mismo» (2), y a esto se refiere aquello de Jesucristo: «Este es mi mandato, que os améis los unos a los otros» (3). Y también: «Un nuevo mandato os doy, que os améis los unos a los otros como Yo os he amado, y en esto

(1) «Deus charitas est, et qui manet in charitate, in Deo manet, et Deus in eo». (I. S. Juan, IV, 16.)

(2) «Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo, et in tota anima tua, et in tota mente tua». (Mat. XXII, 37, y Deut. VI, 5.)

(3) «Hoc est praeceptum meum, ut diligatis invicem». (S. Juan, XV, 12.)

conocerá el mundo que sois mis discípulos, en que os amáis unos a otros» (1).

4. Además, es muy justo y razonable que el hombre ame a su semejante por amor de Dios, pues todos hemos sido creados por El, redimidos por Jesucristo y procedemos de un mismo tronco que son nuestros primeros padres Adán y Eva, estando destinados a gozar de una misma gloria, permaneciendo unidos por siempre en el cielo.

5. Muchos se figuran que aman al prójimo con amor de caridad y sobrenatural, imponiéndose sacrificios por su bien, pero los hechos prueban que su amor sólo es natural, como pudieran tenerlo los paganos, cuyas virtudes son también naturales. San Pablo trata de instruir sobre esto a los cristianos de su tiempo para que sepan conocer la verdadera caridad, como al árbol por sus frutos, y les dice que la caridad verdadera es paciente y benigna, no es envidiosa ni hace daño o mal alguno, no es orgullosa ni ambiciosa, no busca lo suyo, no se deja llevar de la ira, no piensa mal, no se alegra del mal ajeno, sino que se complace en la verdad; la caridad todo lo sufre, todo lo espera y todo lo soporta (2). Estas cualidades del verdadero amor dan tanta mayor luz interior al alma, cuanto más se ejercita y ama, conforme aquí nos aconseja el Apóstol.

6. Según esto, debemos sentir como propias las des-

(1) «Mandatum novum do vobis, ut diligatis invicem; sicut dilexi vos, ut et vos diligatis invicem. In hoc cognoscent omnes quia discipuli mei estis, si dilectionem habueritis ad invicem». (S. Juan, XIII, 34.)

(2) «Charitas patiens est, benigna est. Charitas non aemulatur, non agit perperam, non inflatur; non est ambitiosa, non quaerit quae sua sunt, non irritatur, non cogitat malum; non gaudet super iniquitate, congaudet autem veritati; omnia suffert, omnia credit, omnia sperat, omnia sustinet». (I. Cor. XIII, 4 y siguientes.)

gracias y males ajenos, debemos advertir a nuestros hermanos de los peligros a que están expuestos en medio de los bienes y honores mundanos, ayudarles en sus necesidades y desearles lo mismo que deseamos para nosotros. Debemos instruirlos en lo que podamos y aceptar con agradecimiento las reprensiones de los demás, defenderlos contra los vicios y soportar con dulzura los defectos ajenos, excitando a nuestros hermanos al dolor de sus culpas y al arrepentimiento por amor de Dios; y estas son las principales obras de caridad para con nuestros prójimos, sobre todo encaminarlos a Dios en unión de amor:

La verdadera caridad ruega además por todos los vivos y muertos, estando dispuesta a morir por los demás. Por eso Jesucristo nos mostró esta perfectísima caridad cuando dijo: «Debéis amaros los unos a los otros como Yo os he amado y di mi vida por vosotros, y así cada uno de vosotros debe darla por su hermano» (1). Este mismo amor tenía San Pablo cuando decía: «Me he hecho todo para todos a fin de atraerlos a todos» (2). Y en otro lugar: «¿Quién se enferma y yo no sufro?» (3), dando a entender que estaba unido a todos los hombres buenos y malos por la compasión, y estaba triste con los tristes y alegre con los alegres (4). Así obran los que tienen verdadera caridad.

7. No se debe olvidar que el amor hacia el prójimo debe ser universal, es decir, para todos los hombres, cualquiera que sea su estado y condición de vida, ya sean pobres, ya ricos, sin limitarlo a nuestros parientes y amigos, a imitación de Jesucristo, que mostró igual

(1) «*Ut diligatis invicem, etc...*». (S. Juan, XIII, 34.)

(2) «*Omnibus omnia factus sum, ut omnes facerem salvos.*» (I. Cor. IX, 22.)

(3) «*Quis infirmatur et ego non infirmor?*». (II. Cor. XI, 29.)

(4) «*Gaudere cum gaudentibus, flere cum flentibus.*» (Rom. XII, 15.)

caridad para con todos. Rogó a su Padre celestial por todos los que habían de salvarse, y fué universal en su amor, en su doctrina, en sus amonestaciones, en sus dulces consuelos, en su gracia y en su perdón. Su alma y cuerpo, su vida, su muerte y sus méritos fueron para todos. Sus sacramentos y sus gracias están a disposición de todos. No comió, ni bebió, ni tomó cosa necesaria al cuerpo en toda su vida sino por nuestra salud y salvación. Por nosotros tuvo a María por Madre y reunió sus discípulos. Ciertamente que sus penas y dolores eran suyos propios, pero el fruto y provecho era para todos, como también la gloria eterna que nos alcanzó por sus méritos.

Así debiera ser también nuestro amor, más vasto que todo el mundo, teniendo una sola alma y un solo corazón, como en los tiempos apostólicos, abrazando a todos y dándose a todos, como se dice de nuestro Padre Santo Domingo, que se ofreció en rescate para ayudar al que padecía.

8. Ciertamente es difícil amar al prójimo como a nosotros mismos, según lo manda Dios, pero pensándolo bien, ningún mandamiento tendrá mayor recompensa y galardón como éste. El precepto parece difícil, pero mucho mayor será el premio.

La verdadera caridad transforma todas las cosas en nuestro provecho como las buenas obras, los sufrimientos y cuanto sucede a los demás hombres. Sí; cuanto mayor sea en ti la caridad, puedes participar de todas estas cosas con más ventaja que el mismo que las haga, pero sin tener esa caridad (1). La razón

(1) «Tolle invidiam et tuum est quod habeo; tollam invidiam et meum est quod habes. Livor separat, caritas jungit. Oculus solus videt in corpore; sed numquid soli sibi oculus videt? Et manui videt, et pedi videt, et caeteris membris videt... caritatem habeto, et cuncta habebis». (S. Agustín. Tr. 32 in Joann, n. 8.)

de esto es porque todos formamos un cuerpo cuya cabeza es Jesucristo y nosotros sus miembros, y así como en el cuerpo natural cada miembro tiene su fin particular, sin perder la sumisión a la cabeza y sin dejar de participar de la vida del cuerpo, así en este cuerpo espiritual existe la misma conformidad, de tal modo que cuando quiero un bien para otro, no participo yo menos de él que mi prójimo. Si tuviera, pues, verdadera caridad, poseería todos los tesoros del cielo y de la tierra, y redundaría en bien mío cuanto fluye de la cabeza; Jesucristo, a sus miembros. Así como el grano que se echa en un recipiente, se acumula de tal suerte que parece formar un todo, así el amor envuelve y unifica, cual vaso, cuanto tienen los ángeles y los santos del cielo; los méritos de los mártires y todas las buenas obras de los justos. A esto se refería el Profeta, cuando decía: «Cuán bueno y alegre es vivir unidos los hermanos; es como bálsamo que desciende desde la cabeza de Aarón y baja por la barba» (1). La barba tiene muchos pelos y todos están unidos en ella, y así el perfume llega a todos, pero si alguno está separado por pequeño que sea, ya quedará sin ser perfumado. Así mientras estás unido por caridad a los hombres, gozarás del aroma de todos los bienes; pero si por cualquier causa te separas de ellos, carecerás de esta suavísima unción.

9. Por lo tanto, hijo mío, ten gran cuidado en conservar esta caridad; viviendo siempre en paz con todos, evitando toda contienda, y no destruyas el templo de Dios consagrado por el Sumo Sacerdote Jesucristo. Honra más que a ti mismo a todos los demás miembros de este cuerpo espiritual, y así como el brazo o la mano cuidan más de la cabeza, de los

(1) «*Quam bonum et quam jucundum, habitare fratres in unum! Sicut unguentum in capite, quod descendit in barbam, barbam Aaron.*» (S. CXXXII, 1 y 2.)

ojos o del corazón que de sí mismos, así debe haber este mismo amor y cuidado de unos por otros entre los miembros de Jesucristo, honrando y venerando más a los que más se acercan a la cabeza.

Esta sería una vida santa y noble, si cada uno buscara la paz con el prójimo como para sí mismo, y si nuestro amor fuese puro y desinteresado no mirando más que agradar a Dios.

CAPÍTULO XVIII

No juzgues si no quieres ser juzgado.

1. Para gozar del dulce fruto de la paz con nosotros mismos, con Dios y con el prójimo, debemos procurar con toda diligencia ser benignos y amables para con nuestros hermanos, interpretando bien sus acciones, sus palabras y obras, que algunas veces pondrán a prueba nuestra caridad; porque nos molestará y causará desagrado el ver que uno habla demasiado mientras que el otro es taciturno; éste come mucho, aquél poco; uno será perezoso y otro impetuoso, cada cual, en fin, con sus propios defectos. La diferente manera de ser de cada uno, nos impresiona a su modo y debemos dominarnos para no dar lugar en nosotros a indisposiciones con el prójimo.

Si por flaqueza no lo podemos evitar interiormente, al menos que no se trasluzca en palabras de censura y crítica contra el prójimo, evitando hablar de la vida ajena en público o en privado, aunque seamos propensos a ello. Jesucristo decía a sus discípulos: «No juzguéis para que no seáis juzgados. No condenéis para no ser condenados. Perdonad y seréis perdonados» (1).

(1) «Nolite judicare, et non judicabimini; nolite condemnare, et non condemnabimini; dimittite, et dimittentini». (Luc. VI, 37.)

2. En nuestros días esta virtud es desconocida de muchas almas, y no se ve más que dureza para con la conducta del prójimo, negándole no sólo el socorro de los bienes temporales, sino también la misericordia para con sus faltas y defectos. Si alguno cae en alguna desgracia, en seguida y sin reflexionar acude la crítica para agravar las cosas en el peor sentido; las malas lenguas, de donde nacen males sin cuento, se ceban en ello sin dar lugar a reflexión. ¡Desgraciado! Piensa un poco antes de hablar. ¿Quién te ha constituido juez en esta causa? Decía Jesucristo: «El que juzga será juzgado, y con la misma medida con que midáis a los demás, seréis vosotros medidos» (1). Todos quisieran ser preladados y jueces a los cuales pertenece sentenciar a otros. ¿Qué sabes tú de lo que hay en el fondo del corazón humano? ¿Cómo pretendes saber los designios de Dios sobre tu prójimo, tratando de conformarlos a tu manera de pensar, eliminando la voluntad de Dios y sometiénolo todo a tu falso juicio? El juzgar sólo pertenece a Dios, y el Padre ha dado todo juicio a su Hijo (2). A Cristo pertenece el sentenciar a los hombres, lo cual es justo porque el Hijo del hombre es Sabiduría del Padre, a la cual pertenece todo juicio, puesto que le son manifiestas todas las cosas en el cielo, en la tierra y en los abismos.

3. Incalculables son los daños que causan en la fama del prójimo las heridas mortales del juicio temerario. Por muchas obras buenas que hagas, el enemigo se burlará de ellas, poniendo defectos en todo y haciendo ver que seremos condenados ante Dios, el cual será nuestro juez inexorable.

Como el demonio odia la caridad, sabe inspirarnos para destruirla falsos juicios y aversión hacia nuestro

(1) «In quo enim iudicio iudicaveritis, iudicabimini; et in qua mensura mensi fueritis, remetietur vobis». (Mat. VII, 2.)

(2) «Pater omne iudicium dedit Filio». (S. Juan, V, 22.)

prójimo y su conducta, que nunca creemos tan buena como parece. Al juicio temerario unimos después la lengua, como arco que dispara flechas, las cuales hieren nuestra propia alma con la muerte eterna, despojándola de todas sus buenas obras y destruyendo el mejor de sus tesoros, la caridad. Este juicio temerario que tan gravemente te hiere, matará al mismo tiempo a tu prójimo con la misma herida, alcanzando su daño a cuantos le oigan y admitan como tú.

Otras veces el espíritu maligno nos indispone con una buena persona, incitándonos a censurar sus actos, y entonces cesa para nosotros la participación en sus buenas obras y virtudes.

4. Nadie se meta, pues, a juzgar a otro sin antes haber juzgado sus propias faltas. En verdad que es una lamentable ceguera exigir a los demás que nos sean agradables, cuando uno mismo con toda su diligencia no consigue llegar a ser como debe o como quisiera ser. Si queremos que Dios sea misericordioso con nosotros, no debemos ser severos con las faltas ajenas; aunque claramente veamos obrar mal a nuestro prójimo, guardémonos de juzgarle y tratemos siempre de disculparle, pues como dijo Jesucristo, debemos quitar antes la viga de nuestro ojo que la paja del ajeno (1). Cuidemos, pues, solamente de evitar y corregir nuestros propios defectos sin reparar en los de nuestro hermano.

Si por razón de tu cargo estás obligado a corregir a otros, hazlo en tiempo y ocasión propicia, con amor y mansedumbre, y con dulzura en el semblante y en las palabras, como dice San Gregorio. Cuando el Espíritu Santo reprende por boca de los hombres, busca el lugar y tiempo oportunos para ello, no sea que para

(1) «Hypocrita, ejice primum trabem de oculo tuo, et tunc videbis ejicere festucam de oculo fratris tui». (Mat. VII, 5.)

curar una herida hagas dos: Evitemos la violencia y la intemperancia en las palabras y gestos que puedan difamar, inspirándonos sólo en la caridad y mansedumbre. Y si a los sacerdotes, jueces de la Iglesia de Dios, se les prohíbe la aspereza en sus amonestaciones, ¿cómo nos atrevemos a tratar sin misericordia al prójimo a la faz de Dios y de los hombres?

5. Midamos, pues, nuestras palabras, porque la crítica y la intemperancia de la lengua es uno de los males más lamentables de nuestros días, que nos hace perder a Dios, su gracia y la vida eterna. No debemos abrir la boca sin estar antes convencidos de que nuestras palabras han de redundar en gloria de Dios, provecho del prójimo, y que nos han de causar paz interior y exterior.

Conociendo los grandes males que causa la lengua, los fundadores de las Ordenes religiosas han puesto especial cuidado en prohibir en los monasterios toda conversación inútil, fuera de los lugares señalados al efecto y con el permiso correspondiente. Nadie podrá; ni todos los hombres juntos, ponderar bien los daños causados en el mundo por la lengua.

6. Aprende, pues, el arte difícil de guardarla. Muchas veces me arrepentí de hablar, decía el abad Arsenio, pero nunca de haber callado; y el abad Agatón trajo una piedra en la boca por espacio de tres años, para aprender a guardar silencio, y a un religioso que preguntó cuándo había de hablar, le respondieron que sólo cuando fuera interrogado.

Lo repetiremos, pues, otra vez: Si amas a Dios y la eterna bienaventuranza, no juzgues a tu hermano; porque con tu falta de caridad levantarás un muro infranqueable entre Dios y ti mismo. Decía un santo: «Cuantas veces con tu juicio desprecias a los demás; otras tantas serás tú despreciado».

Debes antes morderte la lengua que censurar con

ella a tu prójimo. La maledicencia nace del orgullo y del egoísmo, que es una semilla escondida y venenosa. Consérvate más bien en recogimiento, júzgate a ti mismo y no serás juzgado de Dios.

CAPÍTULO XIX

Bienaventurados los misericordiosos.

1. «Bienaventurados los misericordiosos porque ellos alcanzarán misericordia» (1), y dice la Sagrada Escritura que la misericordia sobresale entre todas las obras de Dios (2), de donde aquel que sea misericordioso será en verdad hombre divino.

Esta virtud nace del amor y de la bondad. Por eso los que aman a Dios en verdad, son misericordiosos y tienen más compasión de los necesitados y pecadores que aquellos que no tienen caridad.

2. Como la misericordia nace del amor de unos a otros, Jesucristo el día del juicio nos pedirá cuenta especial sobre la primera de estas virtudes, y si nos halláremos sin ella, El también nos negará su eterna misericordia, según dice el Evangelio, pues entonces sin preguntarnos sobre las demás virtudes, sólo condenará al que no haya sido misericordioso (3). Y en otro lugar dice: «Con la medida que hayas medido, serás medido también tú» (4). Si fueses misericordioso,

(1) «Beati misericordes, quoniam ipsi misericordiam consequentur». (Mat. V, 7.)

(2) «Miserationes Domini super omnia opera ejus». (Salm. CXLIV, 9.)

(3) «Venite, benedicti Patris mei... Esurivi enim, et dedistis mihi manducare; sitivi, et dedistis mihi bibere; hospes eram, et collegistis me; nudus et cooperuistis me; infirmus et visitastis me; in carcere eram, et venistis ad me». (Mat. XXV, 34 y siguientes.)

(4) «In qua mensura mensi fueritis, remetietur vobis». (Mat. VII, 2.)

hallarás también misericordia en Dios. Y en otro lugar dice: «Lo que has hecho al menor de los míos, a mí me lo habéis hecho» (1).

3. Nuestra misericordia para con los demás debe ser primeramente interna, de suerte que sintamos conmiseración hacia aquellos que sufren y padecen, pidiendo a Dios los alivie y consuele. Además, cuando veamos a nuestro prójimo en la ignorancia o en el error, que no piensa en Dios ni en la propia salvación, que vive ingrato a los beneficios divinos, insensible a los sufrimientos de Jesucristo, descuidado en la virtud y dado a los vicios y a las cosas terrenas, procuremos tenerle compasión y hacer lo posible para sacarle de su mal estado por medio de consejos, dándole buenos ejemplos, y rogando al Señor que le infunda su gracia para que lo conozca y se convierta.

Si lo vemos en alguna necesidad corporal de hambre, sed, frío, enfermedad, desnudez, pobreza, etc., debemos socorrerle en la medida de nuestra fuerzas. Dios hizo los pobres para los ricos y los ricos para los pobres, y el amor debe exteriorizarse con dádivas, con auxilios y santos consejos: Del amor nacen las obras de misericordia que deben practicar los ricos dando limosnas y prestando servicios al pobre, según aquello de San Juan: «El que tiene bienes temporales y ve a su hermano en necesidad y cierra sus entrañas ante él, ¿cómo podrá tener en sí amor de Dios?» (2). Aun cuando estuvieras en éxtasis como San Pablo, si supieras que algún enfermo necesitaba una sopa para remediarse, harías muy bien en dejar tu subida oración y socorrer al necesitado, y los pobres también deben ejercitar

(1) «Quandiu fecistis uni ex his fratribus meis minimis, mihi fecistis». (Mat. XXV, 40.)

(2) «Qui habuerit substantiam hujus mundi, et viderit fratrem suum necessitatem habere, et clauserit viscera sua ab eo, quomodo charitas Dei manet in eo?». (1.ª S. Juan, III, 17.)

las obras de misericordia con su buen deseo de favorecer a los demás cuando tengan medios para ello.

4. El Beato E. Susón tenía en verdad esta compasión y misericordia. «El Señor, decía él una vez, se dignó darme desde mis tiernos años gran ternura de corazón para con el prójimo, todos los días de mi vida. Nunca vi un necesitado o afligido sin sentirme lleno de compasión hacia él, y nunca pude tolerar que por delante o por detrás se molestase a nadie con palabras. Mis hermanos son testigos de cuan raras veces digo algo en contra de ellos o del prójimo, y procuro disculpar la conducta de los demás aun ante los superiores en cuanto puedo. Y cuando no puedo hacer esto, callo o me retiro para no oír la censura. Cuando veo algunos heridos en su honor, les doy muestras de tanta confianza por misericordia, que pronto recuperan la fama perdida. Me llaman el fiel padre de los pobres y soy amigo de todos los siervos de Dios. Los afligidos y atribulados que acuden a mí hallan consuelo en mis palabras y se despiden alegres y consolados: lloro con los que lloran y me aflijo con los afligidos, hasta que maternalmente los obligo a convertirse al Señor. Cuando alguno me causa un gran disgusto, con que sólo me sonría después, todo se me pasa como si nada me hubiera sucedido. ¿Qué diré, Señor? no sólo de los hombres me compadezco, pues cuando veo sufrir o padecer cualquier animalito lo siento mucho, y si no puedo socorrerlo suspiro hacia Vos, Señor, para que le ayudéis. Todo, cuanto existe despierta en mí compasión y ternura».

5. La misericordia hace crecer todas las virtudes y renueva las energías del alma, porque quien tiene esta virtud tiene la alegría del espíritu, el corazón libre de cuidados superfluos y buena voluntad de ayudar a todos los demás en caridad. Si no puede hacer mucho se contenta con poco, y si nada puede,

no por eso deja de compadecerse y consolar a su prójimo al menos con buenas palabras. Jesucristo le llamará algún día bienaventurado, y el día del juicio oírá su voz que le dice: «Venid, benditos de mi Padre, a poseer el reino que os tengo preparado desde el principio del mundo por haber sido misericordiosos» (1).

CAPÍTULO XX

Del amor a los enemigos.

1. Nuestro Señor ha dicho: «Amad a vuestros enemigos, rogad por vuestros perseguidores y calumniadores y haced bien a los que os odian» (2). También nos enseñó a orar, diciendo: «Perdona nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores» (3). Y en otro lugar: «Debes reconciliarte con tu hermano antes de que presentes tu ofrenda sobre el altar» (4).

Dice Santo Tomás que estamos obligados bajo pecado mortal, a amar a todos los hombres en general, incluso a nuestros enemigos, si bien a éstos no estamos obligados a manifestar amor especial. Pero si se hallaren en alguna gran necesidad, debemos socorrerlos. Por eso dice Salomón: «Si tu enemigo tiene ham-

(1) «Venite, benedicti Patris mei...: Esurivi enim et dedistis mihi manducare; etc.» (Mat. XXV, 34.)

(2) «Ego autem dico vobis: Diligite inimicos vestros, benefacite his qui oderunt vos, et orate pro persequentibus et calumniantibus vos». (Mat. V, 44.)

(3) «Et dimitte nobis debita nostra, sicut et nos dimittimus debitoribus nostris». (Mat. VI, 12.)

(4) «Relinque munus tuum ante altare, et vade prius reconciliari fratri tuo, et tunc veniens offeres munus tuum». (Mat. V, 24.)

bre dale de comer, y si tiene sed dale de beber» (1). Estás igualmente obligado a perdonarle su odio y su venganza y deponer tu cólera y resentimiento cuando te pide perdón.

2. Jesucristo no contento con esto dió pruebas de una caridad más perfecta, enseñándonos a tener igual amor a los amigos, que a los enemigos, y practicando con obras lo que enseñaba con las palabras. Por eso no apartó de sí a Judas y cargó con los pecados de sus enemigos, y por ellos sufrió en su cuerpo y en sus miembros. Si sólo hubiera padecido por sus amigos, sería una gran muestra de amor; pero el haber querido sufrir también por sus enemigos, es propio de una caridad perfectísima. San Pablo dice a este propósito: «Siendo enemigos suyos, Dios nos amó de tal manera que entregó por nosotros a la muerte a su propio Hijo para reconciliarnos con El» (2).

Cuando el buen ladrón que poco antes insultaba y se burlaba del Redentor, le pidió misericordia, al instante le perdonó dándole más de lo que había pedido, pues con sólo decirle: «Señor, acuérdate de mí cuando estuvieres en tu reino», Jesús le respondió: «En verdad te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso» (3).

Con lo cual Jesucristo no sólo se acordó de él, sino que le concedió aquel mismo día que le viera en su gloria, en lo cual consiste la bienaventuranza eterna. Aprendamos de aquí a amar no sólo a los amigos sino también a los enemigos, deseándoles sinceramen-

(1) «Si esurierit inimicus tuus, ciba illum; si sitierit, da ei aquam bibere». (Prov. XXV, 21.)

(2) «Si enim cum inimici essemus, reconciliati sumus Deo per mortem Filii ejus, multo magis reconciliati, salvi erimus in vita ipsius». (Rom. V, 10.)

(3) «Domine, memento mei, cum veneris in regnum tuum. Et dixit illi Jesus: Amen dico tibi, hodie mecum eris in Paraíso». (Luc. XXIII, 42 y 43.)

te todo bien, hablando bien de ellos y perdonándoles sus ofensas. Saludémoslos amistosamente, cuando suponemos que esto no les ha de confirmar en su orgullo y en su maldad, pues de lo contrario será más prudente el silencio para que ellos entren en sí mismos.

3. Los enemigos pueden sernos más útiles que cualquier otro bien temporal, y contribuyen a nuestro progreso en la virtud con más eficacia que todos nuestros amigos y que todas nuestras buenas obras. ¿Quién proporcionó a Santa Catalina la gloria y la santidad? Majencio. ¿Quién dió el triunfo a los Santos Inocentes? Herodes. ¿Quién dió a San Pedro y San Pablo la corona del martirio? Nerón. ¿Quién hizo que San Jorge fuese un héroe en el sufrimiento? Diocleciano. Por donde se ve que los santos recibieron de sus enemigos la ocasión para merecer de Dios el premio y la recompensa de la gloria. Y así dice Salomón: «Los justos reciben los despojos de los impíos» (1). Aunque el sufrimiento nos venga de parte de nuestros enemigos, ese sufrimiento es lo más provechoso para nuestro espíritu.

4. Ten presente que Dios no se contenta sólo con buenos deseos, sino que exige algo más de nosotros. Quiere que cuando seas ofendido de alguno, no sólo lo soportes con paciencia de ánimo, sino que antes de que llegue la noche procures aplacar la ira de tu adversario con la mansedumbre de tus palabras, y desarmarás su malicia y su odio contra ti; tal es la doctrina de Jesucristo cuando dijo a sus discípulos: «Yo os envío como ovejas en medio de los lobos» (2).

Cualquiera que sea el sentido que des a estas palabras, debes ser como oveja ante los lobos por tu man-

(1) «Justi tulerunt spolia impiorum». (Sab. X, 19.)

(2) «Ego mitto vos sicut agnos inter lupos». (Luc. X, 3.)

sedumbre, tranquilidad, resignación y paciencia, sujeto a toda criatura por amor de Dios. En cualquier estado o condición que te coloque la Providencia, tolera pacientemente cuánto te venga de Dios, de las criaturas o del demonio, y nunca rechaces con violencia las injurias, sino súbrelas en silencio.

5. Mas en nuestros días hemos perdido la noción de nuestros verdaderos intereses y somos indignos de los dones de Dios, porque rechazamos y nos defendemos por todos los medios posibles de las ofensas del prójimo, sin permitir ser humillados por nadie. Al menor ataque nos ponemos como perro furioso y tratamos siempre de disculparnos con palabras, excusándonos aun cuando seamos culpables, y sin humillarnos reconociendo nuestras faltas.

¡Cuán rebelde es nuestra naturaleza, cuán inmortificada y ciega para ver lo que nos conviene! Debiéramos considerarnos indignos y necesitados de las ofensas de nuestros enemigos, recibéndolas como beneficios de Dios con humildad y silencio y con la paciencia del santo Job. Debiéramos pensar cuán merecedores somos del desprecio de los demás por nuestros pecados, y no replicar a nada por muy injustas que creamos las ofensas de nuestros prójimos. Así disfrutaríamos de una paz verdadera, como dice San Bernardo, y estimularíamos con nuestro ejemplo a los otros para seguir el camino de la virtud. Dios se complacería más en esto, y nos sería más útil que el ejercitarnos en obras exteriores de cualquier clase que fuesen, porque la verdadera aniquilación del amor propio en el hombre, es la fuente de todas las virtudes y de nuestra felicidad, según aquello del divino Maestro: «Bienaventurados los que sufren persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos» (1).

(1) «*Beati qui persecutionem patiuntur, propter justitiam, quoniam ipsorum est regnum coelorum*». (Mat. V, 10.)

6. Aunque los hombres inmortificados y que viven según su propia voluntad digan que es necesario defenderse y no dejarse humillar de los demás, contempla al divino modelo Jesucristo, y mira lo que te falta para ser verdadera ovejita suya que le siga dócil a todas partes. Cuando sus enemigos le insultaban, El permanecía en la cruz callado cual manso cordero, siendo inocentísimo. En medio de sus tormentos no tuvo ni una palabra en contra de sus enemigos, sino que en su agonía rogó por ellos a su Padre celestial con aquellas palabras: «Padre, perdónales porque no saben lo que hacen» (1).

Enséñame, pues, ¡oh amoroso Jesús! a sufrir toda palabra o acción de desprecio, toda humillación por tu amor, y a perdonar de corazón a mis enemigos por Vos!

CAPÍTULO XXI

De la limpieza y pureza de corazón.

1. Hay en nosotros dos clases de limpieza, la del espíritu y la del corazón. Por la primera entiéndese un desasimiento de toda criatura sin ningún apego sensual a cosa criada y la unión del alma con sólo Dios, pues aunque nos servimos de las criaturas, sólo gozamos de Dios que es nuestro último fin.

Llábase limpieza de corazón, al movimiento libre, pronto y espontáneo del mismo hacia Dios, cuando se ve asaltado por la tentación o por las inclinaciones perversas de la naturaleza. Y al contrario se llama impureza de corazón, el separarse de Dios consintiendo en la tentación o en los movimientos de sensualidad propia de los brutos. No hablamos aquí de los movi-

(1) «Pater dimitte illis; non enim sciunt quid faciunt». (Luc. XXIII, 34.)

mientos *primeros*, de los que no siempre podemos defendernos, porque nos sorprenden algunas veces.

2. Un corazón limpio y puro es más agradable al Señor que todas las cosas de la tierra, porque es como una augusta morada del Espíritu Santo, un templo dorado de la Divinidad, un santuario del Hijo Unigénito donde éste se ofrece a su eterno Padre. El corazón puro es como el trono del supremo Señor de todas las cosas, triclinio de la Santísima Trinidad, candelabro de luz eterna, erario de los tesoros celestiales, reflejo de la Sabiduría eterna, tabernáculo de los secretos divinos, trofeo de la vida y pasión de Cristo, morada del Padre celestial, esposa de Jesucristo, alegría del Espíritu Santo, delicia de todos los santos, hermana de los ángeles y de los justos, ansiada esperanza de los bienaventurados, terrible a los demonios, victoria de de todos los combates y tentaciones, contra los asaltos malignos, compendio de todas las gracias, tesoro de todas las virtudes, espejo de virtud a los demás hombres y sobrada recompensa de todo cuanto se puede perder en este mundo.

3. Un corazón limpio es semejante al lirio en su blancura, a los ángeles en su pureza, y cuando resiste a la tentación, brilla como la rosa colorada y la fortaleza de los mártires. Hace fructificar en sí la gracia de Dios, y en él se encuentran todas las virtudes. Guarda y recoge los sentidos de las cosas exteriores, reprime y domina la concupiscencia interior y alegra la vida espiritual. Esta misma pureza cierra las puertas a las cosas terrenas, abriéndolas a la verdad y a las cosas celestiales. Por eso decía Jesucristo: «Bienaventurados los limpios de corazón, porque verán a Dios» (1), donde está nuestra eterna alegría, nuestra

(1) «Beati mundo corde, quoniam ipsi Deum videbunt.»
(Mat. V, 8.)

recompensa y nuestra felicidad. Un corazón puro es como una lámpara de aceite que siempre arde y cuya llama se eleva hasta el cielo: así el corazón puro dejando las cosas de aquí abajo aspira siempre a las eternas. El aceite del corazón es la gracia de Dios que le infunde vivos deseos de obras buenas, y Jesucristo le da el fuego de su amor para que esta lámpara arda siempre.

4. Mas la limpieza de corazón tiene tres enemigos que procuran mancillarla, y en todo tiempo y lugar la combaten para destruirla. Si hacemos paz con alguno de ellos pronto seremos vencidos. Estos tres enemigos son el demonio, el mundo y la carne. El primero tienta el corazón puro con malos pensamientos, representaciones impuras, extrañas fantasías y con terribles asaltos con los que el hombre se olvida de Dios y se pierde a sí mismo. El mundo le tienta con el amor y el dolor, con cuidados y tristezas causadas por los parientes y amigos, con múltiples negocios que disipan y turban el corazón.

La sensualidad de la naturaleza le induce a comer, beber, dormir, y le tienta con el encanto, las comodidades y consuelos de las criaturas.

Si queremos triunfar, tenemos que combatir estos tres enemigos, según aquello: «Lo que nace de la carne es carne, lo que viene del espíritu es espíritu» (1), y estos dos elementos siempre están en pugna. Debemos pelear con el espíritu contra nuestros sentidos y separar el espíritu de la carne. Si vivimos según la carne moriremos en pecado, pero si nacemos para Dios en el espíritu por medio de la fe, la esperanza y la caridad, podremos someter la carne a la razón, a los mandamientos y a la voluntad divina, aunque mientras

(1) «Quod natum est ex carne, caro est; et quod natum est ex Spiritu, spiritus est». (S. Juan, III, 6.)

vivamos sobre la tierra, la naturaleza no dejará de ser naturaleza.

5. La mejor arma y medicina en esta lucha contra la carne es la fuga, pues la virtud de la pureza es de suyo tan noble y tan delicada, que no debe ponerse a luchar con sus adversarios, como es propio de otras virtudes, sino que debe alejarse con prontitud de ellos y huir. Como se trata de cosas en que difícilmente se puede pensar sin pecado, y en las cuales no debemos detenernos por el peligro del consentimiento, debemos huir con presteza, sin pretender luchar, como se puede hacer con otra clase de pecados. Si tuvieran que pelear dos enemigos, uno de los cuales fuese de fuego y el otro de paja, lo más conveniente a este último sería huir y alejarse, por temor al incendio que le abrasaría. Pues así debemos nosotros, que somos de paja, huir de las ocasiones de pecado, si queremos conservar la santa pureza, evitando especialmente la familiaridad con personas de otro sexo, pues a veces el amor que creemos ser espiritual, bien examinado, puede ser pecaminoso.

Guardemos la vista y el oído para que no despierten nuestra sensualidad y el deseo de cosas prohibidas. Seamos también moderados en el comer y beber, y modestos en el vestir, porque la glotonería y la licencia en el vestido son ocasión y causa de muchos pecados, así como la destemplanza en el beber, que nos hace disolutos en nuestras palabras y en nuestra conducta.

Seamos también puros en nuestras conversaciones, evitando las palabras frívolas e inútiles y procediendo siempre con prudencia y cuidado, ya en presencia de los hombres, ya en la de Dios y de los santos ángeles; avergoncémonos ante ellos aun de un mal pensamiento. Nunca estemos ociosos, aun cuando no tengamos necesidad del trabajo, porque la ociosidad es la puerta

de la impureza. Recurre a Dios con profunda humildad y oración fervorosa, pidiéndole su gracia; descubre humildemente tus tentaciones a un prudente confesor, y mortifica tu cuerpo según sus consejos y su dirección.

Finalmente, medita con frecuencia en los Novísimos (1) y en la Sagrada Escritura, porque así purificarás tu corazón de los malos pensamientos. Ten la seguridad de que quien se consagra a esta meditación, está a cubierto de las tentaciones bajas de la carne, según enseña San Jerónimo: «Ama con diligencia la lectura de la Sagrada Escritura, y no amarás los vicios de la carne».

6. Evita, pues, todo lo que puede manchar la pureza del corazón, aun cuando parezca bueno. Cuando el alma está libre de los deseos de la carne, disfruta de una paz santa, y todo su anhelo se dirige hacia los bienes eternos, no buscando más que a Dios, a quien atrae hacia su corazón, porque El descansa en los corazones puros. Dios sufre por no encontrar almas bastante limpias a quienes comunicarse con la perfección que desea, y se daría igualmente a todos si fuéremos bastante puros para recibirle. El corazón puro obliga en cierto modo a Dios para que éntre y se una a él, porque, como dueño de la naturaleza, no sufre que haya en ella cosa vacía. Por eso mora siempre de muy buen grado en las almas limpias llenándolas de sus dulces consuelos y de su gracia, como El mismo lo ha dicho: «Mis delicias son estar con los hijos de los hombres» (2). Dichosos los limpios de corazón, porque verán a Dios y le gozarán por siempre; hará en ellos su morada y serán llenos de la gloria del cielo (3).

(1) «Memorare novissima tua, et in aeternum non peccabis». (Eccli. VII, 40.)

(2) «Deliciae meae, esse cum filiis hominum». (Prov. VIII, 31.)

(3) «Beati mundo corde, quoniam ipsi Deum videbunt». (Mat. V, 8.)

CAPÍTULO XXII

Del daño que causan las relaciones peligrosas.

1. Por amor de Dios, guardaros de familiaridades con personas de otro sexo, si no queréis exponeros a muy graves peligros y extravíos. Evitad cuidadosamente toda ocasión de pecado, porque el tentador que no duerme, no deja inactiva su malicia donde quiera que halla oportunidad para obrar. Precisamente en esta materia donde el hombre es tan débil, y tan difícil de desterrar los desarreglos de la naturaleza, hay que luchar toda la vida, aunque nos parezca que hemos vencido ya en muchos combates, y, por lo tanto, nadie debe confiar de sí mismo.

2. ¿De dónde viene, en efecto, que aun las personas espirituales, inocentes como niños, que han vivido largos años una vida santa y recogida y que apenas sentían tentaciones ni en la vigilia ni en el sueño, y parecían insensibles a los ataques y tentaciones de la carne, de dónde viene, repito, que aun estos mismos hayan sido víctimas de la sensualidad y hayan sucumbido a la tentación? Oye, hijo mío, cómo acaecé esto y cómo poco a poco se cae en este lazo. Nuestro afecto hacia alguna persona empieza por el atractivo de su gracia o de su piedad, sintiendo una complacencia interna que nos parece espiritual y que nace de nuestro agradecimiento hacia Dios por los dones de esta persona. Si nos descuidamos en desechar con horror estos primeros movimientos de simpatía, nos sentimos inclinados a demostrar exteriormente nuestro afecto con amistosos obsequios y ofrecimientos, con palabras y gestos amorosos, y con miradas expresivas y confianzas íntimas, con sonrisas y deseos de estar juntos, tentando la ropa, estrechando las manos, con

abrazos y cosas semejantes, todo lo cual es indicio manifiesto del amor carnal, y de que nuestro corazón está herido de afecto desordenado hacia aquella persona, habiéndose trocado en sensual nuestro primer amor espiritual, y de que estamos enredados en los lazos del demonio y de deseos carnales, de los que muy difícilmente nos podremos escapar sin pecado mortal.

3. He aquí, hijo mío, cómo caen las almas en pecado, si no evitan al principio su causa y las ocasiones. Sí; aunque el alma haya adquirido el más alto grado de virtud, si no huye, estará en gran peligro de caer como antes de consagrarse a la perfección, y nunca como ahora le será necesario el temor, porque nadie está libre de estas tentaciones y ataques, debiendo vigilarnos continuamente hasta nuestro último suspiro.

4. Sin embargo, hay muchos que creen estar a salvo en esta clase de relaciones, porque confían en la virtud de la persona a quien aman, y así dicen que no les daña este amor espiritual, que es necesaria cierta expansión y que no pueden prescindir de ello. Estos se creen confirmados de tal manera en la santidad, que ya no pueden caer en pecado. ¡Insensatos! no piensan más bien en lo que Dios ha tenido que vencer en ellos, y con cuánta dificultad entraron en el camino de la virtud, y cuán impotentes son para el bien. Entra en ti mismo y abandona ese amor sensual. ¿No ves cómo el demonio te tiene cogido por el cuello con dogal de seda y te lleva tras sí? Acaso digas que quieres llevar las almas a Dios; ¿pero no ves que tú mismo aún no has aprendido el camino, y siendo tú más flaco que Eva en el paraíso, pretendes salvar a los demás? Eres como paja quemada cubierta de blanca ceniza, pero que no está todavía apagada.

Dirás que quieres cambiar el amor carnal en espi-

ritual. ¿Quién lo sabe? Acaece más bien que el amor espiritual se cambia en carnal, y tú aún no estás de ello persuadido? ¿Sin duda aguardas a estar cogido en el lazo de Satanás? Cuando las personas ejercitadas en la virtud se sienten dañadas, ¿qué hará el perezoso, el frívolo y descuidado en las cosas espirituales? El resultado final suele ser generalmente desastroso, con gran dolor y pesadumbre del corazón.

5. Por lo tanto, aquellos que por obligación o por su cargo tienen que tratar con personas de otro sexo, deben, en *primer lugar*, abreviar en cuanto sea posible su trato y conversación con ellas, y esto tanto por la seguridad propia como para la de sus prójimos, que de este modo no tendrán motivo de escándalo ni de tentación.

En *segundo lugar*, como dice San Buenaventura, debemos hablar y tratar con estas personas en sitios públicos y sin sustraernos a las miradas de nadie, demostrando así que nada hay de reprehensible en nuestras relaciones. Sobre todo debemos evitar todo particular amor a ninguna criatura para no ser envueltos en ese fuego, que puede encenderse en un solo momento, y después no basta mucho tiempo para apagarlo. Por eso nunca debemos mostrarnos demasiado afectuosos con nadie, en particular con personas de otro sexo, tratándolas con pocas palabras y deteniéndose con ellas lo menos posible.

En *tercer lugar*, y esto es el fundamento de todo sobre este punto, *no debemos buscar ser amados de las criaturas*, porque este amor aleja de nosotros el de Dios (1). Evitar, sobre todo, el afecto de hombres mundanos que no aman sino según la naturaleza, pues el que busca tales afectos demuestra que también

(1) «Si adhuc hominibus placerem, Christi servus non essem». (Gal. I, 10.)

es mundano, y que, por lo tanto, aún no está muerto a su naturaleza ni al mundo.

6. ¡Oh Señor! guárdame de todos estos lazos para que viva puro y limpio de alma y de cuerpo en tu presencia. Haced que olvide las cosas terrenas para que sólo piense en Vos, y que todo lo desprecie para poseeros a Vos por toda la eternidad!

CAPÍTULO XXIII

Buscad primero el reino de Dios.

1. «Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura» (1). Tal es la conclusión de aquella parábola en que Jesucristo nos exhorta a imitar los lirios del campo y las aves del cielo: «Considerad cómo crecen los lirios del campo, no hilan, ni trabajan, y os digo que ni Salomón en toda su gloria fué cubierto como uno de éstos. Mirad las aves del cielo que no siembran, ni siegan, ni recogen en los graneros, y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿Pues no sois vosotros mucho más que ellos? No os acongojéis, pues, diciendo: Qué comeremos, o qué beberemos, o con qué nos cubriremos, porque los gentiles se afanan por estas cosas, mas vuestro Padre sabe que tenéis necesidad de todas ellas». Y termina reprendiendo a los incrédulos con estas palabras: «Hombres de poca fe, ¿por qué os inquietáis? Buscad primero el reino de Dios y su justicia...» (2).

Y poco antes les había dicho que nadie puede servir a dos señores, es decir, a Dios y a las riquezas del

(1) «Quaerite ergo primum regnum Dei, et justitiam ejus, et haec omnia adjicientur vobis». (Mat. VI, 33.)

(2) «Quaerite ergo primum regnum Dei etc...». (Mat. VI, 33.)

mundo, porque amando al uno tiene que odiar al otro (1).

¡Cuán admirables y llenas de sentido son estas palabras! Siempre debiéramos tenerlas presentes y hacer de ellas el lema de nuestra conducta. Con cuánta sencillez y claridad se nos enseña a despreciar las cosas terrenas y los cuidados inútiles. «¿Quién de vosotros, dice el divino Maestro, puede con todos sus esfuerzos añadir algo a su estatura? ¿Por qué, pues, os afanáis, hombres de poca fe?»

2. Notad el motivo por el cual confiamos tan poco en Dios siendo, como es, omnipotente, y por qué obramos en todo como si nunca hubiésemos de morir. Esto proviene de un defecto oculto bajo nuestros cuidados y afanes, a saber, la avaricia, uno de los siete pecados capitales, y fuente de los males que hay en la tierra.

Causa verdadero horror el ver cómo cada uno no busca en todas las cosas más que su propio interés, en las palabras, en las acciones y obsequios no se busca más que el medro personal, el placer, la honra y la utilidad propia en todas las cosas. Y este pecado está tan arraigado en algunos que en todo tiempo no se preocupan más que de las cosas terrenas, a semejanza de aquella mujer del Evangelio que continuamente andaba encorvada hacia la tierra, sin poder enderezarse y mirar hacia arriba (2). Hombre ciego y desgraciado, ¿por qué no confías solamente en Dios que te ha dado tantos bienes, y está dispuesto también a darte esas cosas despreciables de que necesitas?

3. ¿No es cosa lamentable ver aun a personas reli-

(1) «Nemo potest duobus dominis servire; aut enim unum odio habebit et alterum diliget, aut unum sustinebit et alterum contemnet». (Mat. VI, 24.)

(2) «Ecce mulier erat inclinata, nec omnino poterat sursum respicere». (Luc. XIII, 11.)

giosas poner día y noche toda su actividad en cosas inútiles y en bagatelas, de tal manera que apenas pueden tratar con Dios tranquilamente o entrar dentro de sí mismas, sin preocuparse de las cosas eternas? Sólo piensan en Dios cuando la necesidad les obliga a ello, pero su corazón lo tienen puesto en las vanidades y fruslerías del siglo, lo mismo que los hombres mundanos.

4. Desear las cosas temporales es renunciar a las eternas, exponiéndonos a perder unas y otras. Busquemos, ante todo, las cosas espirituales, y Dios, sin duda, no sólo no nos privará de las temporales, sino que las conservará y multiplicará según sus palabras: «Buscad primero», esto es, ante todo y sobre todo «el reino de Dios y su justicia», es decir a Dios; que El ocupe en todo el primer lugar, y tendréis bienes y todas las demás cosas, porque «todo lo demás se os dará por añadidura». Jesucristo no dice «se os dará», sino «se os dará por añadidura», como si dijera: Las cosas temporales no merecen llamarse dones, sino cosas pequeñas y despreciables que se añaden y acompañan a las espirituales. Y David dice: «Descarga todos tus cuidados en Dios y El cuidará de ti» (1).

5. Sin embargo no queremos decir con esto que tentemos a Dios y no seamos prudentes y previsores: cuidando de las necesidades propias y las de nuestros hermanos, según exige la justicia y la caridad para con todos. Mas esto debemos procurarlo como de paso por medio de las cosas espirituales, sin perder nuestra libertad de espítitu y sin apego a ellas, aspirando siempre al cielo y hacia Dios nuestro principio y fin último. Hemos sido creados para cosas muy grandes a las que Dios nos llama e invita, y nos pedirá cuenta rigu-

(1) «Jacta super Dominum curam tuam, et ipse te enutriet». (S. LIV, 23.)

rosa por habernos contentado con las cosas precede-
ras despreciando las eternas.

6. La solicitud inmoderada por las cosas exteriores trae consigo tres males: *Primero*, oscurecer la razón. En *segundo lugar*, apaga el fuego del fervor y de la caridad del prójimo. Como la nieve y la escarcha, las criaturas vanas y corrompidas apagan el fuego del amor del Espíritu Santo, y hielan el alma, haciéndola insensible a la gracia, a los consuelos y comunicaciones divinas. En *tercer lugar*, esta solicitud de las cosas terrenas, oscurece el camino interior que conduce a Dios a manera de niebla espesa y denso humo que inficiona nuestro aliento.

7. Examina, pues, hijo mío, cuáles son las inclinaciones de tu corazón en esta vida, y busca ante todas las cosas el reino de Dios y su justicia, pues en verdad que el bien espiritual que hayas descuidado por las cosas terrenas, lo perderás para siempre. Si durante el tiempo precioso de nuestra vida perdemos una sola hora, ya no la podremos recuperar, privándonos del bien inmenso e incalculable que durante ella pudiéramos merecer, mientras que si perdemos los bienes temporales que sólo podemos utilizar en esta breve vida, podemos después recobrarlos.

8. Esto supone muchas luchas y sacrificios, porque el reino de Dios no se conquista sin antes despojarse de las cosas mundanas, lo cual requiere mucho tiempo. Lo que cuesta trabajo supone sacrificios y diligencias en conseguirlo, siendo necesario, ante todo, separarnos con el afecto de las cosas temporales y de las cosas exteriores. Para ello es menester obrar con energía, porque este mal de buscarnos en todas las cosas, en palabras, acciones, amistades, etc., está profundamente arraigado en lo más íntimo de nuestro ser.

9. Para tener éxito en este difícil combate y conservarte desprendido de las cosas temporales, no usan-

do de ellas más de lo necesario, debes servirte de dos centinelas que te guarden del deseo de tenerlas y disfrutarlas desordenadamente. El primero de estas centinelas es la prudencia, que nos enseñará a usar de las cosas con perfección, es decir, según la voluntad de Dios, de tal modo que nuestro corazón se mantenga libre y desasido de todas ellas, y si las llegas a perder, permanecerás tranquilo y alegre, y tan unido a Dios, como si el mejor de tus amigos te quitase una pesada carga, pues el que no siente como un grave peso las cosas temporales, no puede llamarse hombre espiritual. El otro centinela es el santo temor de Dios, que, como principio de la verdadera sabiduría, nos enseña que no debemos poner el afecto en las cosas terrenas de que usamos, mirándolas más bien como tentaciones peligrosas de la concupiscencia y del orgullo que han seducido a tantas almas espirituales, las cuales, sin darse cuenta, han perdido la luz de la razón, el fuego de la caridad, el gozo de los consuelos divinos, la paz y la misericordia con el prójimo. No faltan algunos que dicen engañosamente que buscan las cosas temporales sólo para mejor servir a Dios, pero, en realidad, se buscan y sirven a sí mismos y no a Dios, y el que busca su propia comodidad y su capricho no puede servir al Señor.

10. El hombre verdaderamente espiritual está indiferente para todo y teme más la prosperidad temporal que verse afligido de muchas necesidades, porque sabe que su morada está en el cielo (1), y que la tierra es la cárcel y el destierro. Por eso decía Jesucristo: «Donde está tu tesoro allí está tu corazón» (2), y según San Agustín, el alma está más en lo que ama que donde vive con el cuerpo.

(1) «Nostra autem conversatio in coelis est». (Filip. III, 20.)

(2) «Ubi enim est thesaurus tuus, ibi est et cor tuum». (Mat. VI, 21.)

Examina, pues, qué parte tiene Dios en tu corazón y si El es tu tesoro. Emplea el poco tiempo de tu vida con provecho y no te dejes engañar ni seducir por ninguna criatura, si no quieres perder desgraciadamente la eterna felicidad.

CAPÍTULO XXIV

De la recta intención en nuestras obras.

1. La Sagrada Escritura quiere que todas nuestras obras sean una oración, y de hecho cuando ayunamos, por ejemplo, o damos limosna, nos elevamos hacia Dios, en lo cual consiste precisamente la oración. Aquel que se ha despojado de sí mismo, venciendo sus vicios y pasiones, uniéndose a Dios, no puede menos de tenerle presente en todo cuanto hace. En todas nuestras acciones debemos buscar a Dios y asemejarnos más y más a El, pues todas ellas, por pequeñas que sean, hechas por amor de Dios y con recta intención, nos hacen más semejantes a El por la gracia y merecedores de mayor gloria en el cielo. La unidad de intención concentra las fuerzas dispersas del espíritu sometiéndolo a Dios.

Esta pureza de intención es el principio, el fin y el premio de todas las obras virtuosas, ofreciendo a Dios el honor y la gloria debidos, y elevándonos sobre nosotros mismos y sobre todas las cosas para hallar sólo a Dios en el fondo de nuestra alma.

2. La pureza de intención consiste en buscar a Dios en todas las cosas, refiriéndolo todo a El, de modo que nuestros deseos y palabras, en el comer y beber, en el sueño y en la vigilia, en el descanso y en el trabajo, sólo intentemos agradecerle y nunca a nosotros mismos; ella excluye igualmente toda falsedad y doblez en nuestras obras; sirve para conservarnos

en la presencia de Dios, nos ilustra en nuestros conocimientos, nos hace estables en la virtud y libres de vanos temores.

La pureza de intención es la pureza del ojo de que habló Jesucristo (1), que hace luminoso el cuerpo del hombre, es decir, sus obras y su vida, librándole del pecado. Es también impulso de nuestra alma y fundamento de la vida espiritual que supone las tres virtudes teologales, y nos hace esperar en Dios y serle fieles en su servicio.

Por último, esta rectitud de intención nos anima a despreciar las inclinaciones de la naturaleza, nos trae la paz, ahuyenta la tristeza, aviva las virtudes, y nos hace esperar y confiar en Dios aun en el día del juicio.

3. Ofrezcamos, pues, nuestras obras con pureza de intención a Dios toda nuestra vida, procurando vivir en gracia y simplicidad de corazón, y trabajemos por asemejarnos a El en nuestras acciones practicando las virtudes. Así lograremos vencernos a nosotros mismos e iremos a Dios sin obstáculos, descansando en El, para después gozar de la gloria que nos está preparada. Toda la vida espiritual y la práctica de las virtudes se reduce a unirnos y conformarnos con Dios mediante la pureza de intención.

4. Debes, pues, vigilar tus obras rectificándolas en tu ánimo y dirigiéndolas a Dios, cada vez con más amor y devoción, y examinar el móvil de tus acciones. Porque de tal manera debemos encaminarlas a Dios, que la misma idea de la obra debe desaparecer en nuestra mente para dar lugar a solo Dios. Y esto en todas nuestras acciones por insignificantes que sean, como cuidar de la casa y de los criados, etc. En todo debemos ofrecernos a El.

(1) «Lucerna corporis tui est oculus tuus. Si oculus tuus fuerit simplex, totum corpus lucidum erit». (Mat. VI, 22.)

5. Imita al que corre por ganar una meta, o al tirador que apunta al blanco. Tan pronto como emprendas una cosa, dirígela a Dios buscando su honor; así merecerás más con una sola obra, que con muchas hechas con voluntad imperfecta, ganando en un instante más que otros en mucho tiempo. Porque Dios no mira tanto el número y la grandeza de nuestras obras, como la pureza de intención con que las hacemos. Si sucede que en el curso de la obra se desvíe tu voluntad hacia cualquier objeto, rectifica de nuevo tu intención hacia Dios tan pronto como te des cuenta de ello, y con el remo de tu mente dirige de nuevo la nave de tu alma hacia el puerto.

6. Para llegar a conocer la verdadera intención de nuestras obras, es necesario una grande y admirable diligencia, entrando dentro de nosotros mismos y estudiando día y noche cuál es el verdadero fin de nuestras acciones, empleando todas nuestras fuerzas en dirígir las y encaminarlas únicamente a Dios. Pues de lo contrario mentiremos al Señor con nuestras obras, por no dirigirse a El, sino a los ídolos de nuestro capricho. Procura, pues, ser constante al menos en esto, vigilándote a ti mismo. Destierra de tu alma la propia conveniencia y el amor propio, enemigos que siempre tratan de salir con la suya, y en todas las cosas busca solamente la gloria y el honor de Dios.

CAPÍTULO XXV

De la polilla de nuestras buenas obras.

1. Si quieres saber a quién sirves y la recompensa que esperas, mira por quién haces las cosas, investigando el móvil de tus acciones y hallarás lo que deseas. Esto nadie te lo puede decir y enseñar sino tú mismo. Al exterior tus obras pueden parecer buenas,

pero por quién las haces o a quién pertenecen, sólo tú lo sabes.

2. No olvides que Dios no tendrá en cuenta aquellas obras, por muy buenas que parezcan, que no van dirigidas a El, porque tienen en sí algo de simonía, que consiste en cambiar bienes espirituales por los temporales, lo cual es un gran pecado, y por eso cuando haces una obra espiritual, cuyo fin propio debe ser Dios; con la intención de conseguir algún bien o ventaja temporal, tendremos la simonía espiritual, aunque no con toda propiedad, como enseña Santo Tomás (1).

Resiste, pues, a esta sutil inclinación de la naturaleza, que busca algo temporal y terreno en los ejercicios y prácticas espirituales. Dios es, por naturaleza y esencia, el fin de todas las cosas, y tú lo sustituyes por una cosa vil y pasajera en tus acciones, y en este caso te sirves de Dios para buscar tu propio interés, a semejanza del que utiliza alguna cerilla para buscar algo, y cuando lo encuentra, entonces tira aquella como inútil. Así haces tú con Dios, y esta conducta no le puede agradar.

Pero cuando buscamos la gloria de Dios en nuestras obras, por pequeñas que sean, Dios las agradece y recompensa según aquello: «Lo que habéis hecho al menor de estos pequeñuelos en mi nombre, a mí mismo lo habéis hecho» (2).

3. Suponte un hermoso jardín lleno de árboles cargados de fruta, que, picada de los gusanos, cayera sobre la verde yerba del suelo. Aquella fruta dañada, antes de cogerla y tocarla, parecerá al exterior tan

(1) Según Santo Tomás, el fariseísmo en las obras no es simonía propiamente dicha, y el mismo Taulero la llama simonía *espiritual*. (2, 2, q. 100, a. V, ad 4; 4, dist. 25, q. 3, a. III, ad 6.)

(2) «Quandiu fecistis uni ex his fratribus meis minimis, mihi fecistis». (Mat. XXV, 40.)

hermosa como la que está sana, y, sin embargo, no se encontrarán ni dos que estén buenas. Así son también muchas de nuestras obras, admirables en apariencia, y muchas maneras de vivir extraordinarias en palabras y obras; la misma vida activa o contemplativa, pueden estar llenas de vaciedad, y aunque vivamos arrebatados en el tercer cielo, todo ello puede estar dañado en el fondo por el gusano de nuestro interés y amor propio. En resumen, no hay ningún género de vida que no esté expuesto a este gran peligro; y por eso debemos vigilar cuidadosamente nuestras obras, pues si no las hacemos puramente por Dios y si buscamos en ellas algo de nuestro consuelo y satisfacción, estarán como podridas a los ojos divinos.

Muchas veces, sólo por seguir la costumbre, damos limosna y hacemos obras de caridad; si por ignorarlo los demás y saberlo sólo Dios experimentas cierta intranquilidad interior a causa del deseo oculto de alabanza de los mundanos, entonces tus obras de caridad están como agusanadas, porque te apropias tus mismas limosnas, queriendo que sean de todos conocidas. Si, por ejemplo, regalas un altar o una vidriera para el templo, o algún ornamento sagrado, marcándolos con tu nombre y tus blasones para que lo sepa la gente, ya has recibido con esto la recompensa, según se dice en el Evangelio (1). Podrás disculparte diciendo que lo haces así para que se acuerden de rogar por tu alma, pero más provechosa te será una limosna oculta conocida sólo de Dios, que si construyeras un templo para que rogaran por ti sabiéndolo todo el mundo, porque Dios puede recompensarte con mayor largueza que los hombres con sus oraciones, y así debes dejar y confiar todas tus obras a la misericordia divina. La limosna que haces, abandonándote entera-

(1) «Receperunt mercedem suam». (Mat. VI, 2.)

mente a Dios, es oración más poderosa que la de todos los hombres juntos que pidieran por ti.

4. Por eso son tan pocos los que no pierden sus buenas obras, y al fin de la vida serán contadas las que nos han de aprovechar. En el servicio de Dios y del prójimo, en la oración, ayunos, vigiliias, limosnas, etcétera, en todo sólo buscamos nuestra propia alabanza y nuestro interés. Más nos atrae el propio bienestar y complacencia que el amor de Dios, mirando más las obras en sí mismas que a su último fin. Más nos fijamos en los accidentes que en lo substancial, en el camino y no en el término a que conducen, en lo exterior más que en lo interior. Semejantes obras están todas dañadas y, por desgracia, abundan en el mundo, el cual sólo se fija en la apariencia de las cosas, y Dios no las recompensará, por grandes y excelentes que parezcan, pues sólo retribuirá las acciones hechas por su honor y gloria, y las demás serán no sólo perdidas y reputadas por nada, sino dignas de castigo. ¿Qué extraño es, pues, que el demonio trate de romper el saco de las buenas obras hechas con miras terrenas para perderlas? ¿Qué grande será nuestra admiración el día del juicio, cuando veamos a aquellos que en este mundo hicieron obras grandes y admirables por vana complacencia y propio interés, darse por contentos con figurar en lugar inferior a otros infelices y desgraciados, según el mundo, y ver los pobres y sencillos de quienes no se hacía caso porque vivían oprimidos y humillados, elevarse sobre los primeros tan altos que apenas puedan verlos!

5. Esta doctrina no es inventada sino que puedes oírla de la boca de la misma Verdad que la enseña en distintos pasajes del Evangelio de San Mateo, diciendo: «Mirad que no hagáis vuestra justicia delante de los hombres para ser vistos de ellos, de otra manera no tendréis premio de vuestro Padre que está en

los cielos. Y así cuando das limosna, no hagas tocar la trompeta delante de ti como hacen los hipócritas; en verdad os digo que ya recibieron el galardón. Mas tú cuando hagas limosna, que no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha, para que tu limosna sea en oculto, y tu Padre, que ve lo oculto, te premiará. Y cuando orares, entra en tu aposento y, cerrada la puerta, ora a tu Padre en secreto. Y cuando ayunéis no os pongáis tristes, como los hipócritas, sino unge tu cabeza y lava tu cara, y tu Padre, que ve lo más escondido, te recompensará» (1). Estas son las palabras de Jesucristo, Verdad eterna: vea cada uno si obra de tal manera que merezca recibir de Dios la recompensa, o si, por el contrario, sus obras están vacías y llenas de gusanos. Toda nuestra vida debemos amar y tener presente a Dios, y como dice San Agustín: «Bien avaro es el que no se contenta con Dios».

CAPÍTULO XXVI

Del gran daño que causa el deseo de vanagloria.

1. «Hermanos, dice San Pablo, si vivimos por el espíritu, andemos también por espíritu. No seamos codiciosos de vanagloria, irritándonos y envidiándonos los unos a los otros» (2). Por aquí vemos que el Espíritu Santo no se comunica a las almas, vanas por no ser miembros de Jesucristo y vivir separadas de su cuerpo místico.

La vanagloria es el deseo desordenado de ser esti-

(1) «Attendite ne justitiam vestram faciatis coram hominibus ut videamini ab eis; alioquin mercedem non habebitis apud Patrem vestrum, qui in coelis est; etc.» (Mat. VI, 1 y siguientes.)

(2) «Si spiritu vivimus, spiritu et ambulemus. Non efficiamur innanis gloriae cupidi, invicem provocantes, invicem invidentes». (Gal. V, 25.)

mado, honrado y amado de los demás, y de tal modo se introduce y desliza en nuestras palabras y acciones, en nuestros modales y en toda nuestra conducta, que debemos estar muy avisados para evitarlo, y pedir a Dios que nos libre de esto, ya que el hombre por sí nada bueno puede realizar.

2. No hay pecado que Dios odie tanto como la arrogancia, el orgullo y la vana fama del propio nombre, porque de este modo robamos a Dios la gloria y honor que sólo a El pertenece, cuando Dios sólo nos ha dado el honor y la fama para provecho y edificación de los demás, pero no para buscarnos a nosotros mismos ni nuestra propia gloria.

Ninguna cosa desagrada y contraría tanto al Señor como querer conquistarse un nombre célebre en el mundo, y este pecado se oculta de tal manera en el corazón, que apenas se da cuenta del gran peligro en que por esto se halla. Sucede, con frecuencia, sobre todo en los que ejercen alguna autoridad, que creen tener derecho a la estimación de los demás, y no sufren que se haga o diga algo que hiera su honor o disminuya la fama de su buen nombre.

3. Cuando el hombre no se envanece ni complace en su propia reputación, sólo entonces puede sacar de ella provecho y recompensa, porque su verdadero mérito consiste en permanecer en gracia de Dios, en mantenerse en humildad y en temor, reconociendo solamente su vileza, su miseria y sus pecados, y atento sólo a servir a Dios, empleando bien los dones que de El ha recibido, sin considerarse mejor que antes, cumpliendo sencillamente sus deberes para gloria de Dios, bien de la Iglesia y provecho del prójimo. Esto es en realidad lo que nos hará dar frutos para Dios y para nuestros semejantes, y aunque por nuestra posición seamos estimados de los mundanos, tengamos ante Dios y ante nuestra propia estimación el último

lugar, y caso de ser depuestos de nuestra dignidad, conservemos siempre nuestra igualdad de ánimo.

4. La misma fama de gran piedad tiene su peligro y debemos mirarla con recelo, o, por lo menos, no gloriarnos de ella, pues si no vivimos, en realidad, según la fama que deseamos tener y nos gloriamos indebidamente, tendremos después que pagar para nuestra confusión aquí o en la otra vida, toda la diferencia que ha habido entre nuestra reputación ante el mundo y nuestros méritos verdaderos ante Dios. Cuando se extiende la fama de alguna persona que no obra más que con intención de agradar a los demás ó con peores fines, llega a ser tan vana y tan esclava del deseo de alabanza, que en todo buscará aumentar su buen nombre y reputación y el aplauso vano de los mundanos.

5. Y que tales hombres carezcan de las virtudes cristianas, lo prueban su falta de confianza y olvido de Dios. Cuando se les manda o encarga alguna cosa para la cual son ineptos, nadie les puede obligar a hacerlo, porque temen descubrir su incapacidad y perder así el buen crédito ante los demás. Toda la Sagrada Escritura es insuficiente para demostrarles y convencerles de que hay que poner toda esperanza en Dios, que tan generoso se muestra con los que a El se abandonan, y que no debemos temer aventurar por su honor nuestra propia reputación, descubriendo nuestras debilidades. No, no bastarán todos los predicadores para convencerlos de esto, y así vivirán siempre en su soberbia y orgullo sin tener paz con nadie.

6. Si estos tales quieren adquirir la verdadera paz y sana alegría, deben estudiar cuidadosamente su interior, limpiándolo de todo orgullo y presunción, y en cuanto sea factible y oportuno, dar a conocer a los demás nuestras faltas y torpezas, deseando ser tenidos

por viles e inútiles y ejercitarse en esto mientras sientan inclinación a agradar a los hombres. Con esto llegarán a la verdadera paz y amor de Dios y conseguirán las aptitudes que necesitan para desempeñar con acierto sus obligaciones; de lo contrario jamás tendrán éxito alguno.

Renunciando a sí mismos de esta manera, serán ilustrados y consolados con particulares luces de Dios, que desvanecerán su antigua y maligna tristeza, la cual será sustituida por la caridad para con todos aquellos que les rodean y con quienes viven. Pero si no se deciden a este sacrificio, permanecerán en su amargura y rencor para con sus semejantes, y les causará dolor toda demostración de amor fraterno y todo acto de caridad.

7. Desde un principio debieran estas almas ser probadas con la humillación y la contrariedad, y no darles a entender alguna vez que agradan con su conducta y comportamiento, pues así se vuelven tan presuntuosos que después no hacen nada sino para ser alabados, y nada se puede conseguir de ellos, sino a fuerza de súplicas y adulaciones. Este es un mal tan grande que mueve a compasión, pues de tales almas ha dicho Jesucristo: «Ya recibieron su recompensa» (1).

¡Qué confusión no experimentarán el día del juicio cuando se descubran todas las cosas! Entonces desearán no haber tenido tan gran fama en el mundo, y haber vivido olvidados como los pastores en la soledad, ganando el pan con el sudor de su rostro. Sí, vendrá un día en que Dios nos pedirá cuenta de las gracias que ahora nos da con tanta liberalidad y que nosotros malgastamos sin fruto.

Difícilmente admite Dios de nuevo a su gracia a tales almas; sino que las abandona al poder del ene-

(1) «Receperunt enim mercedem suam». (Mat. VI, 2.)

migo, y no hay pecado, por grande que sea, del cual no sean tentadas; el origen de todo ello es la vana e interior complacencia en la que no reparamos al principio, pero que ha echado profundas raíces desde nuestra juventud.

8. Por eso los principiantes deben ser bien advertidos e instruídos sobre este particular, a fin de que no les mueva en nada la propia alabanza, sino sólo la gloria de Dios, el cual buscó nuestra eterna felicidad, humillándose hasta la muerte, dándonos así fuerzas, luces y todas las gracias necesarias para salvarnos.

Cuán conveniente sería corregir y castigar a los jóvenes que se dejan seducir de la vanidad, y sin ponderar sus buenas dotes, ejercitarlos en una sumisa y rendida humildad, porque por este medio podrán llegar después a ser santos y hombres de provecho. En cambio la alabanza y la adulación les puede perjudicar mucho, sobre todo cuando sean mayores, porque entonces estarán infatuados de tal manera que no se puede esperar de ellos una seria enmienda de vida, ni admitirán advertencias de ninguna clase. Si alguno no les alaba y aplaude, lo consideran como su enemigo, mostrando su desagrado y mala voluntad, unido a cierta tristeza, descontento y falsas sospechas o apreciaciones de que no se les atiende, ni se cuenta con ellos para nada, ponderando ante los demás sus grandes trabajos y sacrificios, su actividad y otras cualidades que pudieran ser de tanta utilidad; y se quejan y murmuran porque se les tiene arrinconados.

Mira, pues, amado hijo, ¡cuán grave daño causa la alabanza y la adulación, y en cuán grave peligro puede poner nuestra salvación!

9. Huyamos, pues, de ser ensalzados y estimados en este mundo, y pidamos a Dios que sólo su santo nombre sea honrado y glorificado, y el nuestro humi-

llado y abatido (1). Este sentimiento de humillación no debe, sin embargo, causar en nosotros desaliento ni desesperación, sino que debe mantenernos siempre en una perfecta sumisión a Dios y a las criaturas, y en un santo abandono en las manos de la Providencia.

CAPÍTULO XXVII

De cómo Dios llama hacia sí las almas por diversos caminos.

1. «Hermanos, escribe San Pablo, os ruego yo, el prisionero del Señor, que os portéis como conviene a la vocación con que habéis sido llamados, con toda humildad y mansedumbre, con paciencia, sobrellevándoos unos a otros en caridad» (2). El Padre celestial nos llama con todo lo que es, lo que tiene y lo que puede, invitándonos a unirnos a El, y mira tanto por nosotros como si su bienaventuranza y su ser dependiera de nosotros, y nos llama hacia su amado Hijo para que seamos sus hermanos y coherederos (3).

2. Mas la perfección a que Dios llama a las almas es muy variada. El primer grado, que es el inferior, consiste en que el alma arrepentida de sus pecados guarde los mandamientos divinos y de la Iglesia, frecuente los sacramentos, observe una conducta arreglada, practique la penitencia, cosa rara hoy día, y viva en el temor y amor de Dios y de sus prójimos. El que va por este camino profesando una fe verda-

(1) «Non nobis, Domine, non nobis; sed nomini tuo da gloriam». (S. CXIII, 9.)

(2) «Obsecro itaque vos, ego vinctus in Domino, ut digne ambuletis vocatione qua vocati estis; cum omni humilitate, et mansuetudine, cum patientia supportantes invicem in charitate». (Efes. IV, 1 y 2.)

(3) «Heredes quidem Dei, coheredes autem Christi». (Rom. VIII, 17.)

dera, obedece a la Iglesia, puede llamarse verdaderamente cristiano que va hacia Dios, el cual no le exigirá más que esto mismo, y puede suceder que al morir esté tan puro que éntre en el cielo sin pasar por el purgatorio.

3. A otros llama Dios a más alto grado de perfección y les exige que guarden con fidelidad los consejos evangélicos, elevándose a más altura que aquellos que sólo guardan los mandamientos. Los consejos consisten principalmente en guardar castidad, pobreza y obediencia toda la vida.

4. Según es la vocación divina en los hombres así es también el oficio o función de cada uno, conforme a aquello de San Pablo: «Hay diversos oficios y operaciones, pero sólo hay un Espíritu que opera todo en todos para utilidad común» (1). Nosotros tenemos un solo cuerpo con muchos miembros y sentidos, cada uno de los cuales tiene su función particular, sin que ninguno se atribuya lo propio de otro, ni presuma hacer oficio distinto del que Dios le señaló.

5. Así también en el orden espiritual todos formamos un solo cuerpo cuya cabeza es Jesucristo, pero también hay diversidad de miembros, cada uno de los cuales tiene su oficio particular, y así los ojos de ese cuerpo místico que se llama la Iglesia son los maestros y doctores, oficio que no compete a todos. Los simples fieles deben limitarse a cumplir exactamente las obligaciones del estado a que han sido llamados por Dios, siendo fieles a sus gracias, pues cualquier oficio o profesión, por baja y modesta que sea, todo son dádivas del Espíritu Santo distribuidas para utilidad y bien del hombre. Así vemos que unos son hábiles para las cosas exteriores, para las que otros no

(1) «Et divisiones ministratiónum sunt et opérationum, idem vero Deus qui operatur omnia in ómnia». (I. Cor. XII. 5 y 6.)

tienen aptitudes, unos hacen zapatos, otros hilan, etc.; otros son más a propósito para la meditación y el estudio. «Si yo no fuese religioso; decía el V. Taulero, estimaría en mucho saber hacer zapatos para los demás, y preparar yo mismo el pan y la comida para mi sustento. Pero, amados míos, así como el pie y la mano no pueden ser ojos, así debe cada uno ocuparse en trabajar para lo que ha recibido gracia y aptitudes de Dios, por humilde que sea su oficio». Por eso decía San Agustín: «Dios es uno y simple por esencia, y sin embargo es múltiple en sus operaciones, y no hay empleo ni oficio tan vil que viniendo de El no sea una gracia especial».

6. Siendo esto así, ¿por qué nos quejamos de nuestro estado o profesión, diciendo que nos impide ir a Dios lo que procede del mismo Dios? Es imposible que Dios dé a las criaturas lo que ha de apartarlas de El. ¿De dónde viene, pues, el descontento del puesto que ocupas en el mundo? ¿sabes, hijo mío, de dónde viene? No de tu ocupación actual, sino del desorden con que la haces. Si cumplieras bien con tus deberes, mirando solamente a Dios y sin buscar tu propio gusto e interés, sino la gloria divina, sería imposible que estuvieras descontento. Jesucristo no reprendió a Marta porque trabajaba, sino porque ponía en ello demasiada solicitud.

7. Que Dios nos conceda cumplir con las obligaciones que nos ha señalado el Espíritu Santo, en la forma que este mismo Espíritu quiera determinarlo. Amén.

CAPÍTULO XXVIII

De cuán variada es la forma de la vocación divina.

1. Estudiando la filosofía leí una vez en Aristóteles que: «El principio universal y simple en esencia mueve todas las cosas sin moverse él mismo, y las

mueve al impulso de su amor». El da al corazón sus movimientos y deseos, y permanece fijo en sí mismo como término de todas las criaturas. A este fin miran y tienden todas ellas, pero cada una, camina hacia El de diferente manera. Bajo un mismo cielo se mueve la hormiga, corre veloz el ciervo y vuela atrevida el águila. Cada sér tiene su modo de vivir, pero todos tienden a un fin, el descanso y reposo de su naturaleza en el primer Sér, atraídos por el amor de este Sér supremo.

Esta misma unidad, en medio de una gran variedad, se observa entre las almas justas predestinadas a un mismo fin. Por lo tanto examine cada uno en su interior por qué senda, cómo y de qué manera Dios le conduce y atrae, pues a unas las llevará por la contemplación y vida interior, a otras por la vida activa, a otras por una paz interior y amorosa en medio del silencio y soledad del corazón, uniéndose al Espíritu Santo, a otras por el contrario, por medio de grandes penitencias, a otras con un perfecto desasimiento de lo terreno, cada una según el impulso que recibe.

2. En las vidas de los antiguos Padres, leemos que algunos llevaban una vida tan sobrehumana e increíble por su rigidez que espanta a los hombres de ahora, ignorantes de lo que puede hacer el verdadero fervor y devoción ayudados por la divina gracia. Para las almas fervorosas, son posibles las cosas imposibles con el auxilio de Dios, según aquello que dice David: «Con la ayuda de Dios traspasaré la muralla» (1). Pero no todos los anacoretas practicaban las mismas penitencias y, sin embargo, todos tendían al mismo fin. Jesús Cristo no atrajo hacia sí del mismo modo a San Pedro que a San Juan. ¿Cómo explicar esta diferencia sino acordándonos de que Dios es admirable en sus

(1) «In Deo meo transgrediar murum». (S. XVII, 30.)

santos (1), y quiere ser alabado de mil maneras a causa de su infinito poder?

3. No todos somos de la misma naturaleza, y por eso lo que a unos conviene, a otros perjudica; lo que a unos vivifica, a otros mata, y así como son diferentes las naturalezas, así son también distintos los dones de Dios. Por eso Jesucristo no dijo: «Toma *mi cruz*», sino: «cada uno tome *su cruz* sobre sí». Cada uno debe, pues, mortificarse lo necesario para desarraigar los vicios de su corazón, siendo ésta una tarea larga, pero la más excelente de todas; y no debemos pensar que si alguno no puede hacer grandes penitencias, tampoco podrá llegar por eso a un alto grado de perfección, ni aquellos que son débiles para las grandes penitencias, deben censurar éstas en los demás.

La penitencia corporal, practicada con prudencia, da al hombre un gran dominio sobre sí mismo, y, en general, es más laudable la mortificación moderada que la indiscreta, pues como decía San Antonio abad, la moderación en todo, es la mayor de las virtudes. Pero como es difícil acertar en el término medio, es más prudente quedarse corto que no excederse, porque si se oprime demasiado la naturaleza, después nos veremos obligados a relajaciones forzosas.

4. No todos pueden ser ojos, es decir, contemplativos, y no faltan quienes bajo este pretexto ocultan su pereza e indolencia, queriendo ser ojos para mirar pero no trabajar. Cada cual examine atentamente a lo que Dios le llama, siguiendo su voz y abandonando todas las cosas por El. Si te aplicases a ello con diligencia, llegarías a conocerla de manera tan perfecta como conoces tus propias manos. Toda alma que busca a Dios, debe desear conocer su divina voluntad para agradarle y amarle, cumpliéndola, y entonces Dios la

(1) «Mirabilis Deus in sanctis suis». (S. LXVII, 36.)

colmará de sus ternuras y bendiciones. Este deseo de conformarse con la divina voluntad, hizo abandonar su patria y sus amigos a Abraham (1). No sabía dónde encontraría a Dios, y para tenerle cerca le buscaba en país lejano a los suyos (2). Este mismo deseo mueve y arrastra a los elegidos desde el principio del mundo hasta nuestros días, porque esta amorosa voluntad divina atrae las almas en pos de sí con más fuerza que el imán al hierro, atándolas con más seguridad que la de mil cuerdas. ¡Dichoso el que la encuentra y jamás se separa de ella!

5. Por lo tanto viva cada uno en aquel estado y ocupación a que Dios le ha llamado, pues de lo contrario, hallará la muerte. En todas las cosas miremos y busquemos sólo la gloria de Dios y no nuestro capricho e interés, negando y sacrificando nuestra propia voluntad para cumplir la de Dios solamente, pues los que de verdad le aman no tienen más voluntad que la divina. Abandónate, pues, enteramente en sus brazos en todas las cosas, y estarás al abrigo de todas las borrascas, gozarás de una paz completa, serás revestido, en cierto modo, del mismo Dios, y colmado de tanta gloria que ni el ojo vió, ni el oído oyó, ni el corazón humano puede imaginar (3).

CAPÍTULO XXIX

De la excelencia del estado religioso.

1. Jesucristo estableció en su Iglesia una manera de vivir practicada por El mismo y enseñada a sus

(1) «Egredere de terra tua, et de cognatione tua, etc. Egredere est itaque Abraham sicut praeceperat ei Dominus». (Gen. XII, 1 y 4.)

(2) «Abraham exiit, nesciens quo iret». (Hebr. XI, 8.)

(3) «Oculus non vidit, nec auris audivit, nec in cor hominis ascendit, quae praeparavit Deus iis qui diligunt illum». (I. Cor. II, 9.)

discípulos, que deben abrazar los que quieran seguirle de cerca. Por eso, además de los mandamientos, enseñó también los consejos evangélicos, para que aquellos que aspiran a la perfección desprecien el mundo, se nieguen a sí mismos y consigan la libertad de Dios, siguiéndole con amor sincero y pureza de espíritu. Pero estas cosas no se nos mandan, sino que se nos aconsejan; no es de obligación el cumplirlas, sino que cada cual es libre para abrazarlas, y así dijo Jesucristo: «Si quieres ser perfecto, vende lo que tienes y dalo a los pobres, y después ven y sígueme» (1).

Para mejor observar estos consejos evangélicos, la Iglesia, guiada por el Espíritu Santo, ha establecido en su seno las órdenes y congregaciones religiosas, cuyas reglas y observancias se ordenan a facilitar el cumplimiento de aquéllos, y por eso el fundamento de toda religión es la vida y normas del Salvador.

2. Sin duda que quienes abrazan el estado religioso viven con más seguridad de la propia salud, y aunque no todos entren en él con verdadera vocación, mientras vivan en el claustro deben alabar y dar gracias a Dios por este tan gran beneficio. Mas los que perseveran hasta la muerte, pueden considerarse dichosos, porque han hallado la verdadera felicidad. Todas las observancias y prácticas de la vida religiosa, de cualquier clase que sean, tienen por fin unirnos con Dios en místico desposorio y darnos la verdadera paz que es El mismo; y cuanto más a propósito para este fin sean las observancias religiosas, tanto más útiles y provechosas serán, pues de lo contrario la religión sería una verdadera sinagoga. En la ley antigua había muchos preceptos, ritos y purificaciones, pero todo ello no era bastante para santificar el alma,

(1) «Si vis perfectus esse, vade, vende quae habes et da pauperibus; et veni sequere me». (Mat. XIX, 21.)

sino una preparación para la nueva ley que había de abrirnos el reino del cielo. De aquí que todas las prácticas exteriores, como el ayuno, las vigiliias, el trabajo, etc., son un medio y preparación para la vida espiritual, pero no constituyen la misma vida espiritual, porque hay muchos que practican estas mismas cosas sin abandonar sus defectos, permaneciendo orgullosos, tercos, desobedientes, iracundos, etc. Son como estatuas doradas por fuera, pero por dentro son de piedra y madera, y Jesucristo los compara en el Evangelio a sepulcros blanqueados, que por dentro están llenos de huesos y podredumbre (1).

3. La profesión religiosa es como un juramento que hacemos a Dios de servir y amarle a El solo hasta la muerte, y ninguna autoridad eclesiástica inferior al Papa nos puede dispensar del voto solemne. Nos obliga con más rigor que el juramento que se hace ante el juez, y si es un perjuro el que falta al juramento humano, ¿cuánto más lo será el que falta al amor que ha jurado a Dios, entregando voluntaria y deliberadamente el corazón a las criaturas? La excelencia del voto religioso es tan grande que, al hacerlo en una orden cualquiera, se anulan los demás votos hechos antes, como de ayunar, peregrinar, orar, etc., quedando libre de ellos, porque con la profesión religiosa nos obligamos a la práctica de todas las virtudes y al servicio divino.

4. ~~X~~ Estando nuestro Padre Santo Domingo en su lecho de muerte, le preguntaron sus hijos cuál era la base y el carácter distintivo de la Orden que había fundado, y de su legislación, y después de reflexionar sobre ello, dijo el Santo que era el verdadero amor a Dios, la humildad y la pobreza absoluta. Este es el

(1) «*Similes estis sepulcris dealbatis, quae a foris parent hominibus speciosa, intus vero plena sunt ossibus mortuorum et omni spurcitia*». (Mat. XXIII, 27.)

verdadero fundamento: amar a Dios con toda la fuerza y pureza del corazón y a ninguna otra criatura; amarnos unos a otros como hermanos y vivir dócilmente sometidos a Dios y a los demás; despojarnos de nosotros mismos y de todas las cosas, de toda criatura, de todo cuanto puede desviarnos de Dios, y, finalmente, que El posea por completo nuestro corazón y nuestra alma, que es imagen suya y en El encuentra su descanso y sus delicias. En esto consiste la verdadera vida religiosa a la que Dios nos ha llamado por puro amor y sin ningún mérito de parte nuestra, a saber: en el apartamiento de todo lo que no es Dios y en convertirnos al único y verdadero Bien.

Este es el fin de todas las órdenes religiosas y de todas las reglas, observancias y constituciones de la vida religiosa. Si no cumplimos con este fin, no guardamos nuestras reglas y faltamos a las promesas y al juramento hecho a Dios; pero si cumplimos con ellas conservaremos el espíritu de la Orden y el de nuestro Padre y Fundador, sea éste San Benito, San Agustín, San Bernardo o San Francisco; todos ellos han tenido muy en cuenta este principio al establecer su sistema de vida espiritual respectivo.

5. Aprende, pues, a amar y pensar en Dios con toda tu alma, y no repares en las demás cosas sino en cuanto pueden ayudarte a este fin. Estudia cuidadosamente el espíritu fundamental de la orden, y trata de asimilarlo para que te unas más y más a Dios. Aunque sean muchas las observancias de nuestras constituciones, como asistir al coro, estudiar, cantar, etcétera, procuremos hacerlo todo con agrado y con amor para alcanzar la vida eterna. Bien está que conservemos la gracia evitando el pecado mortal y cuanto se opone a la voluntad divina, pero si quieres unirte íntimamente a El gozando de su divina presencia, de-

bes ofrecerle un corazón limpio y puro para que pueda vivir presente en tu alma. En esto sólo consiste la verdadera devoción, y para esto te dió el Señor la vocación religiosa llamándote a la orden, para que no busques ni ames más que a El.

¡Cuántos seglares en el mundo, ocupados en trabajos para mantener su familia en humildes oficios, corresponderán cien veces mejor a su modesta vocación que muchos religiosos! Y, sin embargo, éstos están más obligados a la guarda de los mandamientos y a la perfección que aquéllos.

6. Alma religiosa, tibia en el servicio del Señor, piensa seriamente en tu vocación, y corresponde a ella con toda fidelidad sin desviarte del camino que Dios te ha trazado. Debes agradecerle con todo tu corazón este llamamiento a su santo servicio, porque es prueba segura de que Dios te ha escogido apartándote del engaño, para que seas su esposa predilecta, su confidente aquí y por toda la eternidad.

CAPÍTULO XXX

De la pobreza de espíritu.

1. «Bienaventurados los pobres de espíritu porque de ellos es el reino de los cielos» (1). Esta es la primera virtud que predicó Jesucristo en la montaña, por ser la base y origen de la perfección. Por pobres de espíritu entendió Jesucristo principalmente aquellos que interior y exteriormente están desprendidos de todas las cosas, como los religiosos, que para seguir las huellas de nuestro amable Salvador, todo lo abandonan para estar más desembarazados y libres y marchar sin descanso hacia Dios, nuestro principio y fin. Los San-

(1) «Beati pauperes spiritu, quoniam ipsorum est regnum coelorum». (Mat. V, 3.)

tos Apóstoles practicaron ya esta pobreza de espíritu con la mayor perfección posible a los hombres.

2. No todos están obligados a guardar la pobreza exterior que se nos aconseja en el Evangelio, sino aquellos a quienes Dios llama e inspira para seguir con más perfección a Jesucristo; el cual dijo: «Si quieres ser perfecto vende todo lo que tienes, dalo a los pobres, ven y sígueme» (1). Abandona todo lo que amas, padres, hermanos, hijos, casa y patria, todo lo que hay en el mundo e impide que sirvas a Dios asemejándote a mí (2).

El mismo Jesucristo es el más perfecto modelo de pobreza exterior. Vino a este mundo que le pertenecía por naturaleza, por derecho y por gracia, como Dios, Creador, Rey de reyes, legislador y gobernador absoluto de todos los seres, y a pesar de eso todo lo dejó, prefiriendo vivir en pobreza como siervo sometido a todos los hombres, y por eso dijo: «Mi reino no es de este mundo» (3). Obró así para dar ejemplo a sus discípulos y a cuantos quisieran, hasta el fin del mundo, abrazar la pobreza. Por eso al morir no tuvo dónde reposar su cabeza (4), y a pesar de toda su gloria y poder, no tuvo con qué cubrir su cuerpo, muriendo desnudo en la cruz. De este modo practicó Jesucristo la pobreza exterior, como principio fundamental de la perfección, enseñándola a sus discípulos y a cuantos quieran seguirle más de cerca. Por eso los primeros cristianos vivían en comunidad sin que tuvieran nada

(1) «Si vis perfectus esse... etc. (ut supra; Mat. XIX, 21).»

(2) «Omnis qui reliquerit domum, vel fratres, aut sorores, aut patrem, aut matrem, aut uxorem, aut filios, aut agros, propter nomen meum centuplum accipiet, et vitam aeternam possidebit». (Mat. XIX, 29.)

(3) «Regnum meum non est de hoc mundo». (S. Juan, XVIII, 36.)

(4) «Filius autem hominis non habet ubi caput reclinet». (Luc. IX, 58.)

propio (1), recibiendo cada uno lo que necesitaba con verdadera caridad.

3. Los que abrazan la pobreza voluntaria sin tener nada propio en este mundo, son como ciudadanos del cielo y gozarán con Cristo de la vida eterna, según aquellas sus palabras: «Bienaventurados los pobres de espíritu porque de ellos es el reino de los cielos», y en verdad que este reino es un tan gran tesoro que hace dichoso realmente al que puede participar de él.

Los pobres de espíritu son felices porque poseen ya sobre la tierra lo que desean, pues satisfechos con lo que tienen, no piensan en su pobreza. Ya dijo un sabio que nadie hay tan dichoso como el que tiene poco y desea tener menos. Mientras el avaro desea siempre más de lo que tiene y teme que le falte algo, el pobre de espíritu siempre cree que tiene demasiado; por eso Jesucristo le llama bienaventurado, porque ya tiene lo que desea, pues sólo desea sufrir pobreza y necesidades por su Dios. En verdad que estos tales han estudiado y aprendido bien el espíritu de pobreza de su Maestro, mirando siempre este divino modelo que la practicó durante su vida.

Los pobres de espíritu son bienaventurados porque nadie les puede contristar, robándoles lo que tienen, puesto que nada poseen. Lo son también porque ya participan de aquella libertad celestial en que viven descuidados de todas las cosas terrenas que no les son necesarias, y como el prudente negociante, han cambiado las cosas de la tierra por las del cielo, convencidos de la verdad de aquella sentencia: «No se puede servir al mismo tiempo a Dios y a las riquezas de este mundo» (2). Por eso lo han abandonado todo para adquirir la pobreza voluntaria, que es el campo donde

(1) «Nec quisquam, eorum quae possidebat, aliquid suum esse dicebat; sed erant illis omnia communia». (Act. IV, 32.)

(2) «Non potestis Deo servire et mammonae». (Luc. XVI, 13.)

han hallado el reino de Dios (1), es decir, el reino de la caridad, del amor y el ejercicio de las virtudes.

Por último el pobre de espíritu es bienaventurado porque nada posee de lo que es perecedero, y lo que tiene no le pertenece, sino que es de Dios y de la comunidad en que vive; por seguir a Jesucristo tendrá como recompensa, aquí el ciento por uno con relación a las virtudes; allá la gloria de Dios y la vida eterna (2), y en el día del juicio se sentará a juzgar a los demás (3).

4. La vida de pobreza voluntaria es ciertamente penosa, dura y opuesta a nuestro egoísmo, pero será tanto más meritoria ante Dios, cuanto más difícil y opuesta sea a nuestra naturaleza; esto es, precisamente, lo que la hace agradable al Señor, que por medio de ella mueve a los mundanos a convertirse, por el buen ejemplo que esa pobreza da especialmente a los pecadores. La pobreza exterior de los otros les mueve a hacer penitencia de sus propios pecados, y así tendrá por esto su especial recompensa.

5. A la pobreza exterior, para que sea perfecta, debe ir unida la interior, y a esta pobreza interior son llamados todos los que quieren servir sinceramente a Dios. A ellos se extienden también aquellas palabras del Salvador: «Bienaventurados los pobres de espíritu».

Esta pobreza interior consiste en que solamente Dios sea dueño de nuestro corazón y ninguna otra criatura le posea, usando de las cosas sólo para servirle, según aquello de San Pablo: «No tienen nada y poseen todas las cosas» (4). Esto es, que a nada tengan apego en este mundo, ni a bienes, amigos, ni al

(1) «Homo, abscondit, et vendit universa quae habet, et emit agrum illum». (Mat. XIII, 44.)

(2) «Vitam aeternam possidebit». (Mat. XIX, 29.)

(3) «In regeneratione, sedebitis iudicantes duodecim tribus Israel». (Mat. XIX, 28.)

(4) «Nihil habentes, et omnia possidentes». (2.ª Cor. VI, 10.)

cuerpo, ni a la vida, ni a los deleites ni a nada que no estén dispuestos a abandonar por amor de Dios; y si lo pierden todo, permanecen en su interior tan contentos como si nunca lo hubieran poseído.

Estos tales tienen siempre el alma libre, desembarazada y elevada hacia Dios, por quien están dispuestos a dejarlo todo, y aunque fueran dueños de todo un reino, lo poseerían sin detrimento alguno de su vida interior y de su recogimiento en Dios. Estas almas se mantienen indiferentes a cuanto no sea El, porque ninguna cosa puede conmover y penetrar en su interior.

6. ¿Quieres saber, finalmente, cuán agradable sea al Señor la perfecta pobreza? Escucha el siguiente relato. Iban dos hombres por el mismo camino y, encontrando una flor, dijo el uno de ellos: «Cojamos esta flor que es tan hermosa». Mas el otro replicó: «No, déjala por amor de Dios». El primero no haciendo caso la cogió y aunque con esto no cometió ningún pecado, sin embargo, el que renunció la flor por Dios, recibió una recompensa mayor que el otro, como distancia hay del cielo a la tierra. Y si Dios premia con tan gran recompensa las cosas pequeñas ¿qué premio no dará al que por su amor deja todas las cosas?

CAPÍTULO XXXI

Alabanza de la castidad.

1. El tesoro de la pureza virginal es tan apreciable y excelente, que todos los ángeles del cielo y la hermosura de todas las criaturas no le igualan ni superan. ¡Oh! ¡qué hermoso y agradable es al Señor vivir como los ángeles en carne intacta y limpia! A quien Dios concede el alto honor de vestirse con el mismo ropaje y con el mejor ornamento que adornó su sa-

grada Humanidad y su Madre Santísima, nada debía entristecerle en este mundo, y por nada debía reputar cualquier pena o daño temporal mientras posea este tesoro.

2. La virginidad es honrada de manera especial por Dios y por todas las criaturas. Dios la honra porque quiso nacer de una Virgen; los ángeles también y por eso leemos en las actas de los mártires cómo bajaron del cielo para curar y consolar a las vírgenes en la cárcel; los Patriarcas la alaban, los Apóstoles la ensalzan, los Confesores la han predicado por todo el mundo. La virginidad aleja y espanta al demonio, subyuga a los hombres, desprecia las cosas temporales y mira siempre las eternas. Su poder es tal que vence al mismo Dios, pues aunque toda virtud recibe de El su eficacia, sin embargo la pureza obliga, en cierto modo, a que Dios haga lo que ella quiere, y por eso Jesucristo, que no cabe en los cielos ni en la tierra, quiso ser encerrado en el seno virginal de María.

La virginidad es espejo purísimo del Padre, santuario del Hijo, luz del Espíritu Santo, lirio de la Santísima Trinidad, ornamento precioso del cuerpo, alegría del espíritu, tesoro inapreciable para la eternidad, gozo del paraíso y pasto delicioso de los santos. Esta virtud perdurará después del juicio final, porque entonces se acabarán las bodas humanas, los santos serán como los ángeles y se desposarán por siempre con su Dios (1). Sólo las almas vírgenes entonarán entonces un cántico nuevo que nadie más que ellas podrá cantar, siguiendo al Cordero a donde fuere (2), y recibi-

(1) «In resurrectione enim, neque nubent, neque nubentur; sed erunt sicut angeli Dei in coelo». (Mat. XXII, 30.)

(2) «Nemo poterat dicere canticum, nisi qui empti sunt de terra. Hi sunt qui cum mulieribus non sunt coinquinati, virgines enim sunt. Hi sequuntur Agnum quocumque ierit». (Apoc. XIV, 3 y 4.)

rán una corona especial como los doctores y los mártires.

3. Mas para conservar este tesoro en toda su integridad, es necesario sufrir y luchar: La virginidad no agrada a Dios si no se desprecia el mundo con todos sus halagos, y por eso la Iglesia canta en las fiestas de las vírgenes aquellas palabras: «He despreciado el reino del mundo y todo su ornamento por amor de mi Señor Jesucristo». Por la pureza hay que sufrir también los desprecios y malos tratamientos con humildad, pensando que no merece la gracia de sufrir por Dios, y alabándole por ello. Mas una virgen soberbia, es peor ante Dios que una casada humilde.

La verdadera virgen es moderada en el comer, en el beber y dormir, en el vestido y en todo su exterior, guardando modestia y sencillez en su porte, huye de las vanas compañías y de la ociosidad, trabaja con diligencia, refrena sus sentidos, practica la mortificación y desprecia todas las cosas fugaces del mundo como los honores y la concupiscencia. Busca en todas las cosas agradar sólo a Dios, hacia el cual corre sin estorbos, según aquello de San Pablo, que la virgen no piensa día y noche más que en las cosas de Dios, lo cual no pueden hacer las casadas (1). Así que la virgen es como un fuerte castillo, cuya torre es la pureza virginal, su entrada el temor de Dios, su foso la humildad, el puente la verdadera paciencia, su centinela la divina Sabiduría que dirige todos sus actos. Y esta fortaleza la defiende Dios con todas las virtudes, de tal modo que nadie puede rendirla. El Señor mora en medio de ella y tiene aquí sus delicias.

(1) «Qui sine uxore est, sollicitus est quae Domini sunt. Qui autem cum uxore est, sollicitus est quae sunt mundi». (I. Cor. VII, 32 y 33.)

CAPÍTULO XXXII

De cómo deben portarse los superiores.

1. Muy de temer es la autoridad y las dignidades; trabaja y procura santificarlas porque ellas no santifican a nadie, ya que lo mismo las gozan los buenos que los malos. Debes ser espejo para tus súbditos, a quienes has de instruir más con las obras y ejemplos que con las palabras, y en cuanto sea posible, practica antes lo que deseas que hagan tus subordinados, porque entonces Dios nos ayudará al vernos aficionados a la virtud: el buen ejemplo arrastrará a tus inferiores, aun cuando sean inclinados al mal y rebeldes a la autoridad.

2. Trátalos a todos con amabilidad, alegría y bondad, sin particular afición a ninguno, sino abrazándolos a todos con un solo amor, como una madre a sus hijos. Escucha pacientemente sus quejas, aconsejándoles y consolándolos, y procura tener ojos de águila para ver siempre a tus súbditos en Dios. Debes tener particular compasión de los débiles; asistir y animar a los tentados y Dios hará que se franqueen contigo. Visita todos los días los enfermos de la casa, consolándoles con palabras cariñosas y regalándolos con las cosas que necesiten; así hacía Santo Domingo con sus hijos. A los sabios y letrados les inculcaba frecuentemente que moderasen su afán de saber con la santidad y sencillez de costumbres; a los sencillos, por el contrario, les enseñaba la verdadera sabiduría y a los tentados los animaba a sufrir con paciencia sus tribulaciones. A los jóvenes encargaba mucho el silencio para apartarse de las cosas exteriores y buscar la vida interior; a los débiles y enfermos, los consolaba amorosamente y se preocupaba por remediar con diligen-

cia sus necesidades. De este modo su presencia alegraba a todos, y su dulce compañía los animaba en las fatigas del trabajo.

Además ruega insistentemente a Dios para que defienda y guarde tus subordinados, y guárdate mucho de los pensamientos de orgullo y vanidad que frecuentemente se introducen en el corazón con engañosas apariencias de bien; procura más bien mantenerte en gran humildad y devoción pensando que pronto dejarás de ser lo que eres.

3. Si tienes que reprender y castigar por obligación, debes, ante todo, evitar la ofensa de Dios y el daño de las almas, y corregir con palabras suaves, modales amables y en buena forma. La mansedumbre y la clemencia deben ser las principales virtudes del superior. Un demonio no echa a otro, y así debes evitar las palabras duras y ásperas y los modales arrebatados que afligen y despiertan mala voluntad en los demás: esto no es propio de un superior que sólo debe castigar a los súbditos con el solo fin de enmendarlos. El castigo debe, por lo tanto, provenir solamente del amor de Dios y de la caridad para con el prójimo y de un corazón manso y humilde.

Al corregir debes aprovechar la oportunidad de tiempo y lugar, y hacerlo sólo por evitar la ofensa de Dios. Imita la bondad y caridad de Santo Domingo, que castigaba con suma dulzura mezclada de una santa severidad, y por rebeldes que fueran sus súbditos terminaban por corregirse de sus faltas.

La instrucción de los inferiores en el temor de Dios de tal modo, que comprendan bien cuán provechosa es para sus almas la reprensión, dará inmediatos resultados de enmienda en ellos sin turbar la paz de su corazón. Pero si falta aquélla, será necesario hacer diez heridas para curar sólo una.

Muchos creen que se debe castigar para conservar

el orden y la justicia; y lo hacen con ánimo colérico y violento, de suerte que lo que piensan que hacen por odio al pecado, lo hacen muchas veces por odio a los hombres, y por eso sólo la caridad puede enseñarnos cómo hemos de tratar a los culpables.

4. Debes de obrar con una dulce seriedad y gobernar más con el amor que con el temor, mirando más a Dios que a las necesidades temporales, y no permitas, en cuanto dependa de ti, que ninguna de tus ovejas se enferme espiritualmente. Sé imparcial en tu conducta, y así los amigos y enemigos llevarán tranquilamente el yugo de la obediencia y reinará la paz.

Pon especial empeño en educar a los jóvenes, porque una juventud mal educada es la ruina de la comunidad y de la religión (*Vid.*, c. XXVI, n. 7). Cuida; pues, de que consagren a Dios mucho tiempo y de que se preocupen constantemente por la vida interior hasta que estén fundamentados en ella; pues de lo contrario pronto se dispararán y vivirán derramados por los sentidos y cosas exteriores. De manera especial recomiéndales cuanto atañe al servicio de Dios.

5. Si no puedes restaurar completamente la disciplina religiosa, procura al menos que no haya relajación ni ocurran graves trastornos entre vosotros. El que no trata de remendar un vestido viejo y roto, pronto lo verá hecho jirones. Así, perdido el espíritu, nos convertimos a la carne, y si despreciamos las cosas pequeñas, fácilmente caemos en las mayores.

6. Ten muy en cuenta una cosa, que ocurre necesariamente: por muy celoso que seas en hacer lo mejor en todas las obras, muchas veces será interpretada tu conducta en el peor sentido, y por más que busques en todo la virtud, serás a veces censurado como si hubieras buscado el vicio. Y esto debe tenerlo presente de manera especial aquel que pretende agradar a todos, contrariando a Dios y a la verdad.

Mas tú busca sólo la gloria y honor divino a ejemplo de Jesucristo, que sólo buscaba la gloria de su Padre celestial, dejándose crucificar por este ideal supremo. Toma sobre tus hombros la cruz del cargo que te señale la obediencia, y piensa que el ser superior y cumplir con el deber de tal, no significa buscar la propia comodidad, sino más bien llevar la vida del martirio.

7. Ahora, pues, di en tu corazón: ¡Oh Señor! ¡cuánta intranquilidad siento en mi alma! ¿Dónde encontraré la verdadera paz? ¿Cómo orar devotamente? Oye lo que dice San Gregorio: «Un superior debe ser tan espiritual y perfecto, que sus ocupaciones no le distraigan de su recogimiento interior, y su cargo debe ser de igual provecho para los súbditos como para sí mismo».

Por lo demás, la perfección de la vida espiritual no consiste en recibir consuelos a todas horas, sino en un perfecto abandono de nuestra voluntad en la divina, y en obedecer y vivir sometidos a los hombres que representan a Dios, y por eso será preferible vivir en sequedad de espíritu bajo la obediencia, que abundar en consuelos espirituales sin ella.

Esto lo confirmó el Hijo de Dios con una perfecta obediencia a la voluntad de su eterno Padre, en medio de un total abandono y de amarguras infinitas, para que nosotros, a ejemplo suyo, soportemos con paciencia la carga de ser superior, haciendo lo que podamos de nuestra parte. Obrando así, aun cuando no hagas lo más perfecto, no serás culpable ante Dios. El Señor, a quien tienes presente en tus acciones y que te impuso ese cargo sin tu intervención, y del cual nos viene toda autoridad, como dice San Pablo (1), dis-

(1) «Omnis anima potestatibus sublimioribus subdita sit; non est enim potestas nisi a Deo; quae autem sunt, a Deo ordinatae sunt». (Rom. XIII, 1.)

pondrá todo del mejor modo para su gloria en orden a tu eterna salvación y en provecho de tus súbditos.

CAPÍTULO XXXIII

De la confianza en la amorosa Providencia de Dios.

1. El hombre debe confiarse enteramente a Dios en todas sus cosas, y de este modo también Dios cuidará de él del mejor modo posible. Así como el hombre no puede amar a Dios cuanto debe, así tampoco confiará bastante en El, por mucho que espere en su Providencia; por eso cuando un alma pide a Dios una cosa grande e imposible al parecer, pero con entera confianza, hay más seguridad de que sea oída, que la oración de otra alma que pide una cosa pequeña, pero sin verdadera confianza, porque, como decía Jesucristo, al que tiene fe todo le es posible (1).

2. Cuando el hombre en vez de confiar y abandonarse en Dios, cuenta con sus propias fuerzas y recursos en todas sus cosas y negocios, Dios permite que caiga en pobreza y sufra necesidades para convencerle de su impotencia. Mas si, por el contrario, cuenta con la ayuda de Dios en todas sus empresas, El lo hará salir airoso y con éxito en todas ellas, porque confía en Aquel que está lleno de gracia y de verdad (2), y que dará cualquier cosa que se le pida, siempre que la petición se funde en una verdadera confianza y busquemos su santa gracia y beneplácito.

3. ¡De cuánta paz no disfrutaban los que así confían en Dios! Están convencidos de que El conoce todas nuestras necesidades y que nos dará siempre lo mejor y más conveniente, si esperamos en El. Desde la eter-

(1) «Omnia possibilia sunt credenti». (Marc. IX, 22.)

(2) «Plenum gratiae et veritatis». (S. Juan, I, 14.)

nidad nos ha llamado en su sabiduría infinita, nos ha escogido y nos amó eternamente, y del fondo de este amor vienen todos los acontecimientos y sufrimientos con que tropezamos en la vida, aun los más insignificantes, puesto que ninguno pasó desapercibido a su Providencia, sino que han sido dispuestos, vistos y queridos por Dios, que tiene contados los cabellos de nuestra cabeza (1), y en lo que tú ni siquiera piensas, El lo ha previsto y ordenado *ab aeterno*.

Así, pues, cuando te duele la cabeza, o el brazo, o cuando sientes frío en los pies, cuando tengas hambre o sed, cuando te molestan con palabras o acciones y cuando te sucede mal una cosa de que tienes necesidad: todo está ordenado por Dios para que así suceda y no puede ocurrir de otra manera. El que puedas servirte de los ojos y de los oídos colocados en la cabeza, o pierdas alguno de estos sentidos, todo está previsto por Dios y determinado por sus eternos e insondables decretos. ¿No debieras, por lo tanto, abrir los ojos de tu alma y dar gracias al Señor porque ha pensado en ti desde la eternidad? ¿Te quejarás porque se cumpla en ti su divina voluntad? Al contrario, debes darle por ello gracias incesantes, y lo mismo debemos decir de la pérdida de nuestros amigos o de cualquier otro bien, del honor, de los consuelos del espíritu, etc.; todo debemos sufrirlo con paz y calma inalterables. Cumple con tu deber y no te intranquilies por lo demás: vive en paz y confía a Dios todas tus cosas, esperando que lo dispondrá todo del mejor modo posible.

4. Buscando sólo su honor y gloria, estaríamos mucho mejor provistos en lo espiritual y en lo corporal, y al mismo tiempo libres de los afanes de las cosas

(1) «Vestri autem capilli capitis omnes numerati sunt». (Mat. X, 30; Luc. XXI, 18.)

exteriores: para esto sólo es necesario que nos sometamos humildemente a su santa voluntad. Pero nosotros queremos gobernarnos y dirigirnos según nuestro capricho, siguiendo muchas veces las inclinaciones de la naturaleza, y pretendiendo ser más avisados y prudentes que la misma eterna Sabiduría, y así a veces creemos que nos sería muy provechoso estar libres de algún dolor, o alejar de nosotros alguna persona, o de tener esta o aquella compañía. Al asumir de esta manera los derechos propios de Dios, nos exponemos a padecer engaño en nuestro corazón con gran inquietud de nuestra alma. La constancia es base de todas las virtudes, uniéndolas y robusteciéndolas a todas ellas, y por eso el enemigo trabaja con todo su empeño por hacernos volubles.

5. Aun siendo diligentes en el servicio de Dios, hallaremos muchas veces que, sin pensarlo ni advertirlo, estamos dominados por la naturaleza y que rehusamos llevar la cruz que Dios pone sobre nuestros hombros, antes que nos la quite a su debido tiempo. No debemos obrar así, porque el Señor quiere que sus escogidos vivan crucificados por la prueba y el dolor en este mundo sin descanso, y oprimidos de mil maneras extrañas y desconocidas para nosotros, para que, libres del apego a las cosas terrenas, no tenga sobre nosotros poder alguno el enemigo de las almas.

CAPÍTULO XXXIV

De la confianza en Dios en la hora de la muerte.

1. Hay una cosa que infunde pavor a muchas almas inexpertas y les hace temer una muerte angustiosa; tal es el pensar en los años pasados y en la vanidad de su vida, hallándose tan culpables ante Dios, que no saben lo que será de ellas en aquella hora de-

cisiva y suprema. Para eso, fundado en la Sagrada Escritura y en la eterna Verdad, te enseñaré un camino seguro para que puedas esperar la muerte con toda tranquilidad.

Si has pecado y ofendido mucho a Dios, y pocos serán los que se vean libres de la culpa, no debes afligirte por ello demasiado en la hora de la muerte. Habiendo recibido los Santos Sacramentos entonces, si puedes, haz una cosa: pon el Crucifijo ante tus ojos, estréchalo contra tu corazón, y refúgiate en sus llagas santísimas y en su infinita misericordia, pidiendo al Señor que te limpie con su preciosa sangre y con su divino poder de todas tus culpas, según su misericordia y tu gran necesidad, y ten confianza de que conforme a nuestra fe, que a nadie engaña, puedes morir tranquilamente. La menor de las llagas de Jesucristo basta por sí sola para reparar lo mismo uno que mil pecados, con tal que haya en nosotros arrepentimiento.

2. Otra cosa debes tener en cuenta para esperar la muerte con tranquilidad. Hay un país donde existe la costumbre de reunirse los amigos en la casa cuando va a nacer alguien, llorando y lamentando el suceso y dando muestras de gran dolor, y en cambio, cuando alguno muere, se reúnen para alegrarse y reír por tal acontecimiento. Dando a entender que como nadie sabe los trabajos que le esperan al venir al mundo, debe sentirse y lamentarse el nacimiento, y, por el contrario, la muerte debe sernos motivo de alegría, porque pone fin a nuestras penas. En realidad, el que piense en los trabajos y dolores que se sufren en esta vida miserable, debe reconocer que el nacimiento más bien es muerte y, por el contrario, la muerte es una nueva vida, porque nos libra del cuerpo y nos hace entrar en la eterna bienaventuranza. Por eso dice la Sagrada Escritura: «¡Oh muerte! ¡qué amarga es tu

memoria para los que viven en las delicias del mundo» (1), mas para los buenos es dulce y consoladora, porque los hace pasar de la muerte a la vida. ¡El justo hace un buen negocio en su última hora, cambiando el dolor por la eterna felicidad!

3. Al que alce los ojos y entienda estas verdades, la muerte no le intimida; mas el que no se convence de esto, sufrirá mucho en aquella hora, y su muerte será terrible y llena de espanto. Considera ¡cuántas amarguras hay en este mundo, cuántos dolores y miserias no encontramos por todas partes! Aunque no fuera más que el temor de los males que nos amenazan y la inestabilidad de esta vida, debería bastar para que la abandonásemos con gusto. Antes de conseguir un placer, tenemos que sufrir diez amarguras y dolores, y muchos al ser requeridos sobre esto afirman que no han tenido un solo día en la vida de verdadera satisfacción. El mundo está tan lleno de lazos, de falsedad y de ficción, que quien bien le conozca no puede menos de huir de él. Nadie se puede fiar de otro, porque todos buscan su propia conveniencia.

4. El que desea vivir mucho tiempo con pretexto de aumentar sus méritos, sepa que es muy dudoso el que sea premiado por ellos o castigado por sus faltas, pues antes de hacer una buena obra cometemos muchas faltas. ¿No es bastante recompensa la de mirar y contemplar siempre el rostro del Señor y vivir en compañía de los ángeles, aunque sea ocupando el último lugar?

Aun cuando sea amarga y dolorosa la hora de la muerte, debes morir necesariamente, y nadie se librará de ella. El que hoy no está preparado, peor lo estará mañana, y cuanto más viejo, tanto más duro y

(1) «O mors, quam amara est memoria tua homini pacem habenti in substantiis suis». (Eccli. XLI, 1.)

malo se hace uno. Son más los que después de una enfermedad grave se hicieron peores, que los que se han aprovechado de ella para reformar su vida. Por amarga que sea la presencia de la muerte, ella pone fin a todas nuestras penas y nos franquea la puerta del cielo donde comienza la felicidad que hemos de poseer por siempre; así que cuando nos visite, debemos alegrarnos como el prisionero a quien abren las puertas de la cárcel para ir a la patria donde siempre ha de vivir, sin experimentar dolor alguno.

5. Levanta, pues, tu corazón, tus ojos y tus manos hacia la patria celestial, saludándola con todas las ansias de tu alma, y conforma tu voluntad con la de Dios en cuanto al tiempo en que hayas de entrar a disfrutarla. No te preocupes si Dios te da vida o te envía la muerte, teniendo por mejor lo que El disponga, aunque tú por el momento no lo comprendas así. Mejor es tener confianza en Dios que la misma seguridad de la propia salvación.

Aquel que al fin de la vida tiene la dicha de conformarse con la voluntad divina, deseando que se cumplan en él sus eternos designios, aunque haya de purificarse algún tiempo en el purgatorio, y esté dispuesto a permanecer allí en la forma, modo y tiempo que le plazca al Señor, diciéndole: «¡Cúmplase tu voluntad!», e igualmente se conforma y se abandona al divino beneplácito respecto al lugar que haya de ocupar en el cielo, sea alto o bajo, lejos o cerca del trono de la Divinidad; el que así se abandona y pone en manos de Dios en su última hora, tenga la seguridad de que entrará sin obstáculo en el cielo. Pero esta gracia sólo viene de Dios, y nada hay mejor que esperar la muerte con estas disposiciones.

6. Por lo tanto, no temas; permanece firme en la fe, que nada te dañará, y aunque los espíritus malos quieran turbar tu agonía, Dios enviará sus ángeles

para que guarden y defiendan al que confía en El. Tu esperanza en Dios será como una áncora de seguridad que te dará una muerte tranquila, y Dios, como Padre amoroso, te recibirá en su seno, pudiendo y debiendo socorrerte y defenderte en todas tus necesidades.

Muere, pues, tranquilamente y alégrate de que el alma, espíritu puro, racional y deiforme, se vea libre de los lazos de su prisión, y de que pueda gozar de la bienaventuranza sin algún estorbo, pues el Señor ha dicho: «Nadie puede ver a Dios y vivir sobre la tierra» (1).

CAPÍTULO XXXV

De la gran excelencia de la Reina de los Cielos.

I. «¡Oh! alteza de la sabiduría y ciencia de Dios, ¡cuán incomprendibles son tus juicios e investigables tus caminos!» (2). ¡Qué medios admirables tienes para atraer las almas hacia Vos! ¿En qué has pensado cuando en tu eterna inmutabilidad has hecho una criatura tan noble, tan pura y tan excelente sobre todas las demás cual es María? Señor, con cuánta razón podéis decir: «Yo pienso pensamientos de paz» (3).

En el abismo de tu bondad has querido que de esta criatura naciese el esplendor de tu gloria, por el cual todas las demás criaturas puedan volver a su principio y origen. ¡Oh, Padre celestial! ¿cómo se atrevería el pecador a acercarse a Vos si no fuera mediante vuestro Unico Hijo que nos diste como guía y maes-

(1) «Non poteris videre faciem meam; non enim videbit me homo et vivet». (Exod. XXXIII, 20.)

(2) «O altitudo divitiarum sapientiae et scientiae Dei! quam incomprehensibilia sunt judicia ejus, et investigabiles viae ejus!» (Rom. XI, 33.)

(3) «Ego cogito cogitationes pacis». (Jer. XXIX, 11.)

tro? ¡Oh, eterna Sabiduría! ¿cómo tendría atrevimiento el pecador para comparecer en su impureza ante vuestra santidad y excelencia, si no fuera defendido y amparado por esta Madre de misericordia?

¡Oh dulce Jesús mío! sois mi hermano, pero sois también mi Señor: eres verdadero hombre, pero también eres justo Juez que castiga el pecado!

2. Nuestras pobres almas, angustiadas por el temor y con dolor infinito de nuestro corazón, no sabiendo a quien acudir, vuelven hacia Vos sus ojos llorosos, ¡oh Reina predilecta de los cielos! Tú eres el espejo sin mancha que refleja el brillo esplendoroso del Sol eterno, tesoro escondido de la divina misericordia; recibe con el mío el saludo de todos los corazones arrepentidos, y vos, ángeles del cielo y almas de los bienaventurados, glorificad, bendecid, alabad al paraíso ameno de todas las delicias, la Reina de los cielos, porque no soy digno de hacerlo si ella no se digna permitírmelo.

3. La gran dignidad de María excede toda medida y ponderación; y al hablar de ella no se sabe por dónde ni cómo empezar, porque a lo mejor se olvida lo principal, puesto que esta Señora supera toda la santidad y perfección que recibieron las demás criaturas.

4. Hablar de su santidad, es casi imposible, porque María fué libre del pecado. Sus potencias superiores desde su concepción fueron tan ordenadas y tan puras, que en ella la parte inferior estaba perfectamente sometida a la superior, como lo estaban en Adán en su primitiva santidad y justicia. Ella tuvo la gloria y el privilegio de no ser manchada por el pecado original, del cual fué preservada por su Hijo Jesucristo, a fin de que no fuera por un solo momento *hija de ira y vaso de contumelia*, sometida al poder del demonio como todos los demás hombres. La eterna

Sabiduría la previno, no permitiendo que su templo fuese contaminado, y en el momento de unirse el alma al cuerpo de María, el Espíritu Santo estaba ya allí para impedir que el pecado original la manchase. Así convenía, porque en ella había de tomar carne el Hijo de Dios, cuya naturaleza humana había de participar de la naturaleza de la Madre de Dios, la cual debía estar exenta del pecado original. Por esto su pureza y santidad excede a la de los mismos ángeles y no hay otra superior a ella sino la de Dios. El ángel la llamó «llena de gracia», porque, en efecto, estaba llena de todas las gracias y virtudes, más que todos los hombres y todos los ángeles, cual convenía a la que había de recibir en su seno al Autor de la gracia.

5. María fué también un modelo y espejo de toda santidad, siendo tan perfecta en su amor a Dios que jamás dejó de estar unida a El, ni fué distraída por ninguna imagen de criatura para desviarla de su fin, amando a las criaturas sólo en Dios. Vivió recogida íntimamente en su interior donde moraba el Señor como en templo santo, adorándole y amándole con todas sus fuerzas en espíritu y en verdad (1).

El interior de su alma estaba tan deificado, que quien pudiera llegar a verlo contemplaría la misma claridad de Dios y la procedencia de las divinas personas.

6. En cuanto a las maravillas que el Señor obró en ella, la más grande y admirable fué hacerla Madre de Dios para cuya altísima dignidad la escogió y preparó *ab aeterno*, concibiendo por obra y gracia del Espíritu Santo y permaneciendo al mismo tiempo virgen y madre. ¿Qué mayor maravilla se puede dar en ella que llevar en su seno y en sus brazos a su Dios y Creador, con gozo y alegría superior a todo sentido,

(1) «In spiritu et veritate». (S. Juan, IV, 23.)

y no dudar de que su Hijo era el mismo Dios? Ella le contemplaba y adoraba bajo estos dos aspectos, sirviéndole como a Dios con temor, y amándole al mismo tiempo como hijo. Tan grande maravilla jamás se ha visto en el mundo.

En María se reparó lo que en el paraíso perdieron nuestros primeros padres, la noble imagen que Dios había puesto en el hombre, y ella cooperó con el Altísimo a nuestra regeneración, dándonos nueva vida en Jesucristo al hacernos miembros suyos. Dios quiso, en su infinita misericordia, librarnos por su intercesión del abismo en que habíamos caído, pues tan pronto como pronunció aquel *fiat*, Dios se hizo hombre, y el hombre, Dios en la persona del Verbo: el Creador se hizo criatura y siervo el Señor; el que era inmortal se hizo mortal para darnos la vida eterna.

Desde aquel momento María es la Hija del Padre, Madre del Hijo, Esposa del Espíritu Santo, Reina de los cielos, Señora del mundo y de todas las criaturas, Madre e intercesora de todos los hombres que acuden a ella, templo santo en que Dios descansa como en su tálamo el esposo rodeado de delicias, jardín perfumado por todas las virtudes y todas las gracias. Con ellas mereció que el cielo destilase miel sobre nosotros, siervos y pobres pecadores; atrajo hacia sí al Sol de justicia, alejando de nosotros la maldición de Eva, y quebrantó la cabeza de la serpiente. Esta segunda Eva nos ha merecido por su divino Hijo cuanto había perdido el primer Adán, y Jesucristo es la estrella salida de Jacob de que habla Moisés (1), cuyo brillo ilumina todo el mundo.

7. Por todo esto, ¡oh amable y dulce Señoral, bendigante todos los corazones y todas las lenguas, pues todo el bien que nos ha dado el Padre ha venido por

(1) «Orietur stella ex Jacob». (Num. XXIV, 17.)

tus manos, y aun ahora, dice San Jerónimo, no hay gracia ni favor del cielo que no pase por ellas. Tú eres la Madre de la gracia, nuestra intercesora y mediadora ante el Hijo, que no puede negarte nada de cuanto le pidas, porque eres Madre suya y te sientas a su diestra como Reina y poderosa abogada en el cielo de los hombres, ensalzada sobre toda criatura y la más cercana al trono de la divinidad. ¡Con cuánta razón, oh Reina soberana, se puede gloriarse de vos vuestro sexo! Porque si Eva nos atrajo la maldición de Dios, gustando el fruto prohibido, vos, nuestra segunda Eva, cambiasteis la maldición en bendición, dándonos el fruto bendito de tus entrañas. Por eso el ángel te aclamó *bendita entre todas las mujeres* (1).

Nadie deplora ya más la pérdida del paraíso, porque en vez de uno hemos logrado dos, la Madre y el Hijo. ¿No es María un paraíso donde florece el árbol de la vida del cual fluyen todas las delicias? ¿Y no es paraíso sobre todos los paraísos Jesucristo, en el cual resucitan las almas muertas cuando gustan del fruto de su Redención, de cuyos pies y manos brotan torrentes de inagotable misericordia, de insondable sabiduría, de indecible dulzura, de amor infinito y de vida eterna? En verdad, Señor, que quien haya gustado las dulzuras de estos dos paraísos, no echará de menos el paraíso terrenal.

8. Nadie, pues, en sus ejercicios de piedad, por muy elevados que sean, deje de consagrar algún tiempo para alabar y bendecir a esta Señora, pidiéndola que nos guíe y conduzca hacia su divino Hijo, intercediendo por nosotros. Y lo que más agrada a María y lo más provechoso para nosotros será imitarla. El que quiere adelantar en la virtud y unirse verdaderamente a su Dios y Creador, debe seguir el ejemplo

• (1) «Benedicta tu inter mulieres». (Luc. I, 42.)

de la Virgen María, que es espejo sin mancha, porque así merecerá de ella especial protección. Este tal debe, ante todo, apartarse de las criaturas perecederas, re-concentrando todas sus fuerzas y todo su amor en Dios, a quien siempre tenemos presente en nuestra alma. Entonces será fecunda su memoria, iluminado su entendimiento e inflamada su voluntad en el amor divino. Entonces Dios será el alimento de su espíritu, vida de su alma y la guarda y protección de su cuerpo.

Recogidos en nuestro interior y unidos a Dios, con pureza y pobreza de espíritu, a imitación de María, limpios de alma y cuerpo, consagremos a Dios todas nuestras fuerzas y el principio y fin de nuestras acciones, con la recta intención de buscar sólo la gloria de Dios.

9. ¡Ea, pues, heredera afortunada de la gracia, madre de la vida y de la salvación!; por ti seremos llevados a tu Hijo para que nos reciba, ya que por vos El vino a nosotros. Tu pureza disculpe ante su majestad nuestra impureza, y vuestra humildad, que tan agradable fué al Señor, alcance indulgencia y perdón para nuestra soberbia; vuestro amor y caridad encubra nuestros pecados, y vuestra santa fecundidad avalore nuestros méritos.

¡Oh predilecta Señora, mediadora y abogada nuestra! Ruega e intercede por nosotros ante tu Hijo. ¡Oh bendita entre todas las mujeres! por la gracia que has hallado ante Dios, por la predilección de que has sido objeto y por el Hijo misericordioso que llevaste en tu seno, haced que Aquel que se hizo participante de nuestra miseria y debilidad, por vuestra intercesión, nos haga participantes de su gloria y bienaventuranza, Jesucristo que con el Padre y el Espíritu Santo sea bendito por toda la eternidad. Amén.

CAPÍTULO XXXVI

Con cuánta firmeza debe combatir el que quiere ganar la corona del cielo.

1. Piensa muchas veces en la grande e inefable alegría, felicidad y bienaventuranza que experimentarán en el cielo los que tengan la dicha de ver a Dios, gozando por siempre de aquel sumo bien. ¡Oh qué dicha incomparable será ver allí a la Santísima Trinidad, a la Madre de Dios, a los ejércitos de los ángeles en sus diversas jerarquías, a los Patriarcas y Profetas, los Apóstoles, los Mártires, los Confesores y las Vírgenes con todos los demás Santos, que estarán entre sí tan unidos en caridad, que si fuera posible, el más glorioso haría participante de su felicidad al último de los Santos, y el que tiene menos gloria la cedería a los demás como si no la perdiera!

2. Mientras vivas en este tiempo de misericordia, medita con toda diligencia en la futura bienaventuranza, velando siempre sobre tus pensamientos y practicando sin descanso las virtudes. No te canses, mientras Dios permite que vivas en este mundo, sino trabaja sin cesar para conseguir el bien eterno y la eterna felicidad. Ninguna cosa en el mundo sea bastante para desviarte del camino del cielo, pues todos los dolores, sufrimientos y contrariedades de esta vida no se pueden comparar con el gozo de la eterna. Por eso, aunque tuvieras que andar sobre espinas, habías de tenerlo por muy poco para alcanzar tan gran recompensa. Al fin de tu vida serás consolado de tus penas y dolores, descansarás después del trabajo y recibirás el premio proporcionado a tu amor y al ardor de tus deseos.

3. Recién convertido el Beato E. Susón, creyó agra-

dar a Dios y llevar una vida santa sin sufrir ni trabajar. Sucedió que una vez tuvo que atravesar el lago de Constanza para predicar en una ciudad y tropezó en la barca con un caballero de elegante aspecto y bien vestido. Dirigiéndose a él le preguntó quién era, a lo que contestó el interpelado que era un caballero errante que se dedicaba a organizar torneos entre los de su misma profesión, que se celebraban ante el concurso de bellas señoritas, y al que se mostraba más valiente en la lucha le premiaban con grandes honores. El Santo preguntó entonces en qué consistía el premio que recibía el vencedor. El caballero respondió, que la reina del torneo, colocaba un anillo de oro en el dedo del que había triunfado. «¿Y qué había de hacer el que quería triunfar?», insistió el Santo. «El valiente debe resistir los ataques y asaltos de los demás sin desfallecer, replicó el interpelado, sufriendo los golpes de sus contrarios sin desanimarse para vencer».

«¿No bastará, dijo el Santo, mostrarse valeroso en el primer encuentro?» «No, replicó el caballero, aunque eche fuego por los ojos, y sangre por la boca y las narices, debe sufrirlo todo para alcanzar el premio». «¿Y en estado tan lamentable, preguntó el Santo, no llorará ni dará muestras de dolor?» El caballero respondió: «Bien puede suceder que en su interior lo sienta mucho y que su mismo cuerpo desfallezca; sin embargo, debe mostrarse alegre y resuelto y no dar muestras de sufrimiento, pues de lo contrario se burlarían de él y perdería la recompensa».

Esta conversación impresionó de tal modo al Beato Susón que, dirigiéndose a Dios, con íntimos suspiros de su corazón, dijo así: «¡Oh, amado Señor! si los caballeros de este mundo deben sufrir tantas penas para alcanzar tan mezquina recompensa, ¿qué no debemos sufrir nosotros para alcanzar el cielo? ¡Oh Señor! ¡si

fuera yo digno de ser tu caballero espiritual! ¡Ea, amorosa y eterna Sabiduría, cuyas riquezas y gracias no tienen ponderación! Dadme un anillo, porque estoy dispuesto a sufrir y padecer lo que queráis». Y al decir esto, se deshacía en un mar de lágrimas.

Quando llegó al lugar de su destino, Dios le mandó tan grandes pruebas y dolores, que casi perdió su confianza, y muchos no podían contener sus lágrimas al verle atribulado con tantos sufrimientos. Olvidado de las temerarias y pasadas promesas que había hecho a Dios, y de sus deseos de pelear por su honor y de ser su caballero espiritual, se dejó vencer por el desaliento y la tristeza, quejándose de que el Señor le probase de aquella manera.

Un día en que había recobrado un poco su tranquilidad, oyó una voz que le decía: «¿Dónde está el deseo de ser mi caballero? ¿Cómo debe portarse el que quiera serlo de verdad? El que es temerario en el amor, pero sin ánimo en el padecer, no puede ganar el anillo que tú deseas». Entonces contestó el Santo: «¡Oh Señor! estos combates en que se sufre por Vos, duran demasiado tiempo». A lo cual replicó la voz: «Por eso el premio, el honor y el anillo que reciben mis caballeros dura siempre y es eterno». Entonces, confundido y humillado, replicó el Santo: «¡Señor, he pecado contra Vos!, permíteme sólo que lllore y suspire, porque tengo el corazón lleno de dolor». Jesucristo le dijo: «¡Ay de ti! ¿Quieres llorar como una débil mujer? La corte celestial se burlará de ti. Limpia tus lágrimas y ponte alegre para que ni Dios ni los hombres te vean llorar». Entonces el Santo empezó a reír, aunque las lágrimas corrían por sus mejillas, y prometió a Dios no volver a llorar, a fin de ganar el anillo espiritual que tanto anhelaba.

4. Se ven en el siglo muchos héroes temerarios y aventureros que exponen y pierden su vida en aras

del mundo y que no tienen otro premio, en cuanto al cuerpo, que ser pasto de gusanos, y en cuanto al alma, ser entregada al demonio; tal es la recompensa del mundo. Por eso debes más bien servir a Dios que guardará tu vida aquí y allá, y por eso es, en verdad, su yugo suave y su carga ligera (1). Debes, por lo tanto, sufrir animosamente por Dios cuánto te suceda para conseguir la vida eterna.

Considera el inmenso honor, gloria y excelencia de que gozan los santos en aquella celestial Jerusalén, donde están reunidos, y cómo han encontrado un camino seguro por donde han pasado de la miseria de esta vida a la gloria eterna.

5. Portaos varonilmente y confórtese el corazón de todos los que esperáis en el Señor (2).

Cuando un caballero lleva por vez primera a su escudero al campo de la lucha, le dice con entusiasmo: «¡Adelante, bravo escudero! ¡pórtate como valiente y defiéndete animosamente! ¡No pierdas el valor como un cobarde!, porque es preferible morir con honor que vivir sin honra». De igual modo el santo rey David exhorta a los que quieren luchar en la vida espiritual, lucha que consiste en un libre y voluntario abandono del amor y apego a las cosas temporales, diciéndoles, «*Viriliter agite*, etc.», esto es: «Mostraros valientes y fuertes y orad con corazón noble, los que esperáis en Dios».

¡Pues bien, hijo mío! esto mismo te digo ahora con Isaías: *Consurge, consurge* (3): Levántate, levántate, y revístete de la fortaleza de Dios, mostrándote ani-

(1) «Jugum meum suave est, et onus meum leve». (Mat. XI, 30.)

(2) «Viriliter agite et confortetur cor vestrum, omnes qui speratis in Domino». (S. XXX, 25.)

(3) «Consurge, consurge, induere fortitudine tua, Sion!» (Is. LII, 1.)

moso caballero sin temor; mantente firme y no temas las astucias del demonio. El que quiera ser caballero espiritual y valiente de su Dios, debe soportar mayores trabajos que los que sufrieron aquellos gloriosos luchadores de que hablan las historias de los héroes del mundo.

Puede suceder que, precisamente, ahora estés en lo más penoso y difícil de tu vida, pero una vez que pases por ese estrecho puente, llegarás pronto a una pradera extensa y hermosa de una vida divina y santa, en la que hallarás descanso para tu corazón. ¿Cómo quieres merecer la corona y la palma de la victoria, si a imitación de todos los santos que gozan de la bienaventuranza eterna, no luchas y vencés como ellos? Cuantas más sean las saetas que ahora te hieran y caigan sobre ti; tantos serán los brillantes que adornarán tu corona en el cielo.

6. Sé, pues, valiente y firme, no retrocedas ni huyas del combate. Pon tus ojos en la imagen de tu Rey y guía que por ti ha luchado tanto, sufriendo con paciencia las heridas mortales de sus verdugos y que, vencida la muerte, extiende su mano para ayudarte.

Piensa que tu sufrimiento es corto y la recompensa eterna. Piensa que otros mucho más jóvenes y delicados que tú han vencido en esta lucha, y que han pasado muchas veces por las pruebas en que ahora te encuentras, soportándolas aun más terribles y por más tiempo que tú; pero ahora se alegran de todo ello. Así, pues, lleva hasta el fin de tu vida la cruz de la mortificación, y permanece clavado en ella de pies y manos, sin pensar en otra cosa que en crucificar voluntariamente hasta la muerte tus concupiscencias y pecados.

SECCION SEGUNDA

CAPÍTULO I

Por Cristo en cuanto Hombre a Cristo
en cuanto Dios (1).

1. *Siervo.*—¡Oh Señor! Tú solo comprendes bien la naturaleza de un corazón que ama de verdad, y que nadie puede amar lo que no conoce de alguna manera, y como sólo debo amar y servir a Vos, enseñadme a cumplir este vuestro designio.

Jesucristo.—Si quieres contemplar mi Divinidad increada, debes conocer antes y amar mi Humanidad paciente, pues ese es el camino más corto que guía a la eterna felicidad.

S.—Señor! Os recuerdo hoy el amor inagotable que os obligó a dejar el trono del cielo y el seno de vuestro Padre, viviendo treinta y tres años en medio de nuestra miseria y vileza, y el amor que mostrasteis a todos los hombres; especialmente en los dolores de vuestra Pasión. Acordaos de que os habéis manifestado a mi alma espiritualmente bajo la forma amabilísima de vuestra Humanidad, la cual os obligó a tomar vuestro amor infinito.

J. C.—Cuanto más muerto y humillado estoy por el amor, tanto más amable aparezco a las almas santas, y la grandeza de mi amor se muestra, precisamente, en la crueldad de mis dolores, a la manera que el sol se descubre por su brillo, la rosa por su aroma y el fuego por su calor ardiente.

2. *S.*—Por eso, ¡Dios mío!, yo busco vuestra Divi-

(1) «Per Christum hominem ad Christum Deum». (S. Agustín in Joann, tr. 13, n. 4.)

nidad y Vos me presentáis vuestra Humanidad, yo busco vuestra dulzura y consuelo y Vos me ofrecéis vuestras amarguras, yo quisiera descansar y Vos me invitáis al combate. ¿Qué queréis decirme con eso? Mirad cómo se portan los falsos amadores de este mundo. Procuran ocultar cuidadosamente cuanto tienen de miserable, deforme y defectuoso, y, en cambio, hacen alarde y ostentación de sus gracias y buenas cualidades. Si se les quitara el velo con que se encubren, ¡qué horribles no parecerían! Y Vos, en cambio, oh amabilísimo Señor, ocultáis lo que os haría amable a todos para mostrar vuestros dolores, nos ofrecéis vuestras amarguras y reserváis vuestros consuelos. ¿Por qué obráis así, dulcísimo Señor?

3. *J. C.*—El que de verdad ama las flores y quiere cogerlas, se cuida poco de las espinas. Al exterior aparezco vil y despreciable con el cuerpo lleno de llagas, pero dentro brilla la luz de mi Divinidad. La forma exterior, aunque la juzgues fea y despreciable, debes tenerla por de gran hermosura, si consideras no lo que ven tus ojos, sino el motivo por el cual he padecido tanto. Todo lo sufrí por puro amor hacia ti, perdiendo casi mi forma humana a fuerza de dolores para reparar la tuya, y sufriendo muerte para darte la vida; por lo tanto, mi doloroso aspecto exterior es más una muestra de amor que de dolor.

4. Nadie puede llegar a las alturas de la perfección y gustar los consuelos celestiales, si antes no pasa por las amarguras de mi Pasión. Y cuanto más se aleja el alma de ellas, tanto más caídas experimentará. Mi Humanidad es, por tanto, el camino, y mi Pasión la puerta por donde deben pasar los que quieran hallarme. Uno de mis siervos que al principio de su conversión había recibido grandes consuelos espirituales, estaba tan hecho a ellos, que sólo quería considerar y meditar en los atributos de la Divinidad, pero, en

cambio, le era muy penoso y difícil meditar en mis sufrimientos y ejercitarse en ellos. En una ocasión le reprendí severamente por esto, diciéndole: «¿No sabes que Yo soy la puerta por donde deben entrar los que quieren llegar a la bienaventuranza? Debes sufrir, como sufrió mi Humanidad; si quieres llegar a mi Divinidad». Por lo tanto, no llegarás a la verdadera perfección sino por Mí, venciendo tu naturaleza y ejercitándote en las virtudes con humildad, mansedumbre y paciencia, teniendo en cuenta que el que sigue este camino entrará por la puerta en el aprisco, esto es, en la vida eterna, y se le abrirá la puerta. Mas el que sigue otro camino y quiere llegar al Padre y entrar en el cielo por donde se le antoje, ese tal se engaña como ya lo he dicho (1). Porque no entrará por la verdadera puerta que soy Yo, puesto que la hallará cerrada.

5. S.—Pero, ¡oh Señor! ¡qué penoso es ir en pos de Vos para el cuerpo flaco!

J. C.—No temas sufrir conmigo, pues al que lleva a Dios en el fondo de su alma, le son suaves los dolores y no se quejará. Sólo el que soporta conmigo grandes penas, podrá gozar mis inefables dulzuras, y sólo puede quejarse de la amargura de la corteza, el que desconoce la dulzura de pulpa. El que tiene buena ayuda, tiene ya medio ganada la victoria.

Aleja, pues, el temor de tu corazón; desciende a la arena del combate en mi compañía, y ten presente que no está bien la cobardía en el siervo cuyo señor pelea con valentía y heroísmo. Yo te revestiré de mis armas, haciéndote sufrir mis dolores conforme a tus fuerzas. Armate de resolución para morir muchas veces en el espíritu, antes de que venzas por completo tu naturaleza; tienes que sudar gotas de sangre a

(1) «Ego sum ostium». (S. Juan, X, 9.)

causa de los sufrimientos con que quiero purificarte y abonar el jardín de tu alma con penas y dolores. Tienes que combatir contra tus malas e inveteradas costumbres, tienes que ser ocultamente calumniado y públicamente ultrajado de mis enemigos, serás falsamente juzgado de los demás y así renovarás constantemente mis dolores en tu corazón con amor tierno y filial. Además no faltará quien califique de estupidez y locura tu vida piadosa, tu cuerpo sufrirá con la aspereza y mortificación de una vida penosa y severa, y, al fin, tu virtud será coronada con la burla de la humillación y de la opresión. Después serás conducido al Calvario en mi compañía, cuando renuncies a tu propia voluntad y te desprendas de todas las criaturas que tanto estorban la santificación, como hombre próximo a su muerte y a quien poco importan ya las cosas de este mundo. Por último, en esta especie de muerte, debes de alabarme y glorificarme en todo cuanto sufras por mi voluntad.

6. S.—¡Oh Señor! ¡qué combate tan doloroso! Mi naturaleza se estremece con estas palabras. ¿Cómo podré sufrir todo esto? Permitidme, Señor, una pregunta: Vuestra eterna Sabiduría ¿no pudo hallar otro modo para salvarme y mostrarme vuestro amor, que os evitase tan grandes dolores, y a mí participación en ellos tan amarga? ¡Cuán incomprensibles son vuestros juicios! (1).

7. J. C.—Nadie puede penetrar ni comprender el abismo de mis secretos donde ordeno y dispongo todas las cosas según mi eterna Providencia. Ciertamente que en este abismo pude encontrar otros muchos medios para realizar mis designios, sin embargo ten por seguro que ninguno es tan conveniente como el que

(1) «Quam incomprehensibilia sunt judicia ejus!» (Rom. XI, 33.)

he dispuesto y determinado. El Señor de todas las cosas no hace solamente cuanto está en su poder, sino que siempre se conforma en cuanto puede al obrar, con la naturaleza de cada criatura. ¿Cómo hubiera conocido mejor el hombre las verdades de la revelación que aprendiéndolas de mi misma Humanidad? Sin la Encarnación ¿cómo pudiera convencerse eficazmente al seducido por los placeres desordenados, para que busque sólo la eterna felicidad? ¿Quién tendría valor para llevar y sufrir una vida dura y despreciable, si el Hijo de Dios no la hubiera antes abrazado voluntariamente? ¿Qué mejor medio para ganar tu amor y tu confianza en Mí, que sufrir Yo mismo la muerte a que estabas tú irremisiblemente condenado? Si hay algún corazón a quien no mueva mi amor infinito, mi inefable misericordia, mi gloriosa Divinidad, mi sacratísima Humanidad, mi ternura paternal, mi amor de esposo hacia él, ¿qué cosa habrá en el mundo que le conmueva y le ablande? Pregunta a las criaturas más privilegiadas si Yo pude hallar medio más misericordioso para conservar mi justicia, mostrar mi inagotable misericordia, ennoblecer más al hombre, derramar mis gracias y mis dones sobre las almas, reconciliar el cielo con la tierra, que por medio de mi muerte gloriosa.

8. S.—¡Verdaderamente, Señor, que así es!, y quien no esté ciego y considere esto seriamente en su corazón, no podrá menos de confesaros y glorificaros por tan grande sabiduría y bondad. Tus palabras consoladoras me han conmovido de tal manera, que me creo capaz de sufrir por Vos todas las cosas. ¡Oh! ¡cuán cierto es que el camino del dolor es la senda segura que conduce a la Verdad y a la cumbre de la perfección!

CAPÍTULO II

Del gran provecho de la meditación en los sufrimientos del Redentor.

1. *J. C.*—Nada mejor podrá hacer el alma virtuosa como meditar devotamente en mi dolorosa y afrentosa Pasión y en mi muerte. Debes tener siempre delante de tus ojos el espejo sin mancha de mi vida para que conformes a ella la tuya, y contemplar en tu corazón las penas y dolores que sufrí por tu amor. Piensa devotamente cuán afeado y manchado fué mi amable rostro, cuán ennegrecido mi cuerpo santo a fuerza de crueles golpes, cómo se desfiguró el color de mi cuerpo por la amargura y las angustias de la muerte, cómo derramé toda mi sangre, cómo fueron muriendo todos mis miembros en medio de crueles sufrimientos, y cómo me vi tan abandonado, que tuve necesidad de clamar a mi Padre celestial, diciendo: «¡Padre mío! ¡Padre mío! ¿por qué me has desamparado?» No sabes bien cuánto provecho te puede hacer esta meditación.

2. Entra, gozoso, a explorar el campo de mis dolores y encontrarás un tesoro que nadie puede ponderar, pues de cada una de mis heridas brotan gracias especiales y particulares. ¡Cuántas almas insensatas descuidan este tesoro! Si tuvieran que buscar un céntimo, no dejarían de hacerlo, y, en cambio, miran con indiferencia mis riquezas. Fácilmente encontrará el fruto de mi Pasión quien medite devotamente en ella, y el que trepa y sube al árbol de la cruz, encontrará allí fruto en tal abundancia que nadie lo puede explicar.

El que supiera los frutos admirables que puede hallar en este campo de mi Pasión, trabajaría en él sin

descanso, rodeándole de una cerca, edificando en medio una torre y haciendo un lagar. La cerca consiste en guardar libre el corazón y los sentidos de toda vanidad para que mejor meditemos en la Pasión; edificar la torre es elevar el corazón sobre todas las cosas y ponerlo sólo en Dios, donde nada nos puede turbar; el lagar es necesario para exprimir en él nuestro corazón, a fin de que salga el mosto espiritual que nos ha de alimentar. En el campo de mis dolores nacen el pan y el vino para que el alma pueda alimentarse y beber, según aquello del Profeta: «Comed, amados míos, la flor de harina y bebed vino mezclado con miel» (1). A estos frutos no les puede dañar el granizo, ni helar la escarcha, y se dan lo mismo en el verano que en el invierno, de modo que en todo tiempo puede el hombre hallar este pan y este vino, sin que se agote, siendo continua la cosecha y la recolección. El que quiera enriquecerse, que haga nuevos graneros y bodegas, que pronto los llenará, porque siempre recogerá cuanto quiera.

En verdad que todas las lenguas de los ángeles serán incapaces de explicar las gracias inagotables e inmensas que están escondidas en mi Pasión. Dichosos los que han encontrado este tesoro, e infelices los que lo ignoran, pues aquí está el fruto de vida del paraíso y el que se alimenta de él no morirá.

3. Puesto que Dios ha dado a los minerales y a las plantas virtud para curar las enfermedades, ¿cuál no será la virtud y el poder que tendrá la imagen del Hijo de Dios y su muerte dolorosa, para curar todas las enfermedades del alma?

En verdad, que el mejor medio para sanar de todos los pecados y alcanzar todas las virtudes, la gracia y la bienaventuranza, es meditar en mi Pasión; por ella

(1) «Comedite pinguis, et bibite mulsum». (2. Esdr.: VIII, 10.)

marcharon todos los santos y ése es el camino para llegar a la unión con Dios.

4. Con la contemplación asidua de mis dolores vencerás también los placeres sensuales, porque a medida que penetres en ellos se purificará tu carne, y de esta pureza nacerá una luz brillante que abrasará y consumirá los deseos desordenados, encendiendo en tu alma un fuego espiritual y divino superior a todos los amores materiales y mundanos. De mis llagas brotan dulzuras inefables, que si fueran bien conocidas, todos vendrían a Mí, sino por amor a Dios, al menos por amor a sí mismos, puesto que es natural a todos buscar siempre el consuelo, y por mucho que lo busquen los hombres no lo encontrarán sino en mi Pasión, hallando de este modo el cielo aquí en la tierra y después en la otra vida; y aun cuando Dios no les diera la vida eterna, tendrían por bastante recompensa el haber sufrido por mi amor en este mundo.

5. Así como la abeja vuela de flor en flor para libar el néctar con que después hace la miel, así también las almas santas deben volar hacia las llagas del Redentor para saciarse de la dulzura que de ellas brota y gozar de verdadera felicidad. Allí encontrarán el verdadero panal de miel, de donde manará la dulzura que suavice todas sus acciones, de tal modo, que no podrán hallar alegría sino en el bien. Y así como aquellas abejas que vuelan con más actividad por el campo de las flores hacen después más miel en la colmena, así también las almas que más asiduamente vuelan hacia mis llagas y heridas, estarán mejor provistas de la miel y suavidad de la devoción. ¡Cuánta dulzura y consuelo no tiene, pues, el alma que vuela con alas desplegadas hacia Mí, y cuánta miel no atesora en sí misma para que no sólo guste de ella, sino que pueda también hacer participantes de ella a cuantos lo deseen!

6. La asidua meditación de mis dolores hace de los sencillos e ignorantes, maestros de sabiduría y prudencia, porque mi Pasión es como un libro abierto donde se hallan todas las cosas, pudiendo tenerlo siempre ante vuestros ojos para aprender en él la verdadera ciencia y alcanzar la gracia, el consuelo, la remisión de los pecados y la presencia de Dios. En una palabra, ten presente que todos los doctores y maestros de la vida espiritual no podrán explicarte suficientemente los bienes que se encierran en la frecuente meditación de mis dolores.

7. *S.*—¡Oh mi dulce Sabiduría! Tú conoces todos los corazones y sabes que mi mayor deseo sería hacer comprender a todos los hombres vuestra dolorosa Pasión y que de mis ojos brotasen, día y noche, fuentes de lágrimas. Siento en mi alma una gran pena por no experimentar siempre la compasión y amor hacia vuestros dolores de que sois acreedora, ¡oh eterna Sabiduría! Enseñadme Vos, e inspiradme más amor y eficacia en complaceros.

8. *J. C.*—Disponiendo de tiempo y de oportunidad, no debes meditar en mis penas por sólo un momento y de paso, sino con tranquilo arrepentimiento y con verdadero amor, pues de lo contrario, ningún provecho sacará tu alma. Si no puedes derramar lágrimas ante la consideración de mis llagas, debes, sin embargo, meditar con gozo en ellas, pensando en las bendiciones y gracias que de allí manan. Y si no puedes hacer ninguna de estas dos cosas, persevera en la misma contemplación, dando gloria a Dios en la misma aridez de tu espíritu, que no tendrás menor mérito que si te deshicieses en lágrimas, porque entonces obras por amor y por virtud y sin mirar a ti mismo.

A fin de que mejor comprendas esto, piensa detenidamente y con arrepentimiento de corazón, en la multitud y enormidad de los pecados con que has provo-

cado la ira de Dios, ofendiéndole en su divina presencia: estima en nada las penitencias que hayas hecho en tu vida para satisfacer por tus pecados, como una gota de agua comparada con el mar. Pero también debes consolarte pensando en la grandeza infinita de mi expiación, pues la gota más pequeña de mi preciosa sangre salida de mi cuerpo, es suficiente para satisfacer por los pecados de mil mundos; y ten en cuenta que participarás de esta mi satisfacción en la misma medida que te asemejes a Mí en el padecer y participar de mis dolores. Por último, debes, con humildad y devoción, unir y mezclar la pequeñez de tu tribulación a la grandeza de las mías.

9. *S.*—En verdad, Señor, que el que no medita mucho tiempo vuestra Pasión, jamás conocerá el bien infinito que se oculta en vuestros dolores. ¡Glorioso San Pablo!, astro brillante entre las estrellas del cielo, que te has elevado tan alto y penetraste en los abismos de la Divinidad, oyendo palabras inefables (1), tú también has participado y has sentido la dulzura de los sufrimientos del Redentor, hasta poder decir: «No sé nada más que a Cristo y éste crucificado» (2).

En medio de mi corazón he guardado amorosamente el florido manojo de mirra de la dolorosa Pasión del Salvador, y no busco, como la esposa de los Cantares (3), dónde descansa a mediodía el esposo, porque lo he hallado en mi corazón. Tampoco pregunto dónde come, porque mi alma le ve y contempla, amoroso, en el árbol de la cruz. La Divinidad es más sublime, pero su Humanidad es más dulce y accesible a mi espíritu. Vuestra amable Pasión suplirá enteramente la ruindad

(1) «Raptus est in Paradisum, et audivit arcana verba». (II, Cor. XII, 4.)

(2) «Non enim judicavi me scire aliquid inter vos, nisi Jesum Christum, et hunc crucifixum». (I. Cor. II, 2.)

(3) «Ubi cubes in meridie». (Cant. I, 6.)

de mis méritos: en la consideración de vuestros dolores hallaré perfecta justificación, ciencia consumada, riqueza celestial y sobreabundante satisfacción. Ella me conservará humilde en medio de la prosperidad, tranquilo en la adversidad, y ecuánime en medio de los dolores y goces del mundo, guardándome de todo mal y en completa seguridad. De ella gusto a veces el cáliz de la amargura, y a veces el dulce licor de los consuelos espirituales de la divina gracia. ¡Oh eterna Sabiduría! ahora comprendo vuestras palabras. El que quiera conseguir la eterna felicidad y la dicha suprema, la ciencia y la sabiduría perfectas; el que quiera permanecer sereno, en medio de las alegrías y tristezas de esta vida, guardarse del pecado y gustar vuestras amarguras y consuelos, debe tener siempre ante los ojos de su alma la imagen de Jesús crucificado, para imitarlo fielmente en palabras y obras, según sus propias fuerzas.

CAPÍTULO III

De lo que precedió a la Crucifixión.

1. *J. C.*—Escucha devotamente ahora lo que he sufrido voluntariamente por ti. Después de haber vivido en el mundo para dar a los hombres ejemplo admirable de virtudes, sufriendo mil privaciones y confirmando con milagros el poder de mi Divinidad; cuando llegó la hora de dejar este mundo, quise celebrar mi última cena con mis discípulos, dándoles entonces el sacramento de mi Sangre y de mi Cuerpo. Después de haberles lavado los pies y predicado amorosamente, fui al huerto de los Olivos, y mientras los Apóstoles dormían, oraba Yo a mi Padre, diciendo: «¡Padre mío! ¡si es posible, aparta de mí este cáliz! Pero no se cumpla mi voluntad, sino la vuestra». Y abrumado de pena mi corazón por los sufrimientos

que me esperaban, no pude menos de derramar un sudor de sangre que corría por mi delicado cuerpo.

2. Después de ser confortado por el ángel y cuando fui al encuentro de mis discípulos, que dormían, me vi rodeado de aquella turba de malhechores, que retrocedió ante el poder de mis palabras, al mismo tiempo que fui traicionado con el falso beso de Judas para que me prendieran. Entonces mostré también mi clemencia, curando la oreja cortada por uno de mis discípulos, y después que éstos huyeron, quedé sólo en manos de aquellos verdugos.

Luego fui llevado a casa de Anás, y allí me preguntaron sobre mis enseñanzas y doctrina y, respondiendo humildemente a su interrogatorio, me hirieron afrentosamente en la mejilla, me vendaron los ojos, cubrieron de saliva mi rostro y lo abofetearon, haciéndome vanas preguntas. Antes que cantara el gallo, San Pedro me negó tres veces, y con mi mirada le llamé a penitencia y a que llorara amargamente su culpa.

3. *S.*—¡Oh Señor! ¡si tan cruel fué el principio, cómo será el fin de tus dolores! En verdad, que si viera tratar de ese modo a un animal, apenas podría sufrirlo, ¿y no se conmoverá mi corazón a la vista de vuestras penas? ¡Oh dulcísimo Jesús! por estos mismos dolores, os ruego que os compadezcáis de mis vanas e inútiles tristezas, y que, rociada mi alma con las gotas de vuestra preciosa sangre, reciba de Vos fortaleza y alegría para sobrellevar todos los trabajos y contradicciones de la vida con paciencia y serenidad.

¡Oh único Bien mío! ¡ayúdame, como Padre amoroso, en todas mis necesidades; desata los lazos de la culpa y no me abandones ni permitas que me separe de Vos!

¡Oh resplandor de la luz increada y espejo sin mancha! líbrame del pecado mortal y de todo vicio. De-

fiéndeme de las tentaciones del enemigo y de las ocasiones de pecado. Haced que mi corazón os mire siempre y os contemple con los ojos del alma, de modo que desprecie todo lo temporal, y por vuestra misericordia apartadme de todo peligro.

4. *J. C.*—Oye ahora la continuación de mis dolores. Después de lo que sufrí durante la noche en casa de Anás, para que fuese público mi suplicio, me llevaron al día siguiente a casa del pontífice Caifás, como manso y silencioso corderillo, pero rodeado de una turba cruel y sanguinaria, como si fuera un malhechor. Fui acusado falsamente ante el juez, y como declarase que era Hijo de Dios, el populacho pidió a grandes voces que fuese condenado a muerte. Después me llevaron a casa de Pilatos, levantándome falsos testimonios, y preguntado sobre mi reinado, respondí: «Mi reino no es de este mundo». Y para que no fuese absuelto, no quise responder más a sus muchas preguntas. Como Pilatos me declarase inocente ante los judíos, gritaron diciendo que era un malhechor, llevándome después a casa de Herodes, donde nada respondí a sus insistentes preguntas, por lo cual me tuvo por loco, vistiéndome, como a tal, una vestidura blanca. Después me volvieron a Pilatos, y como estuviera delante de él como manso cordero, fui pospuesto a Barrabás, y con rugidos de leones pidieron mi muerte.

S.—¡Oh dulcísimo Jesús! ¡redención abundantísima del mundo! Dadme verdadera humildad para que, a ejemplo tuyo, tolere y sufra con mansedumbre todas las contradicciones de la vida por tu amor.

¡Oh Rey de reyes, y Señor de todos los señores! imprime profundamente en mi alma las afrentas que sufriste por mí, de modo que desprecie todas las cosas de la tierra y sólo viva con el corazón puesto en Vos, donde está la verdadera alegría. Pero, os ruego, ¡Señor!, que continuéis vuestro relato.

5. *J. C.*—Yo, principio de todas las cosas, fui después atado fuertemente a una columna, desnudo y azotado con bárbara crueldad, vestido de púrpura, coronado de espinas, saludado con burlas y blasfemias y abofeteado por manos crueles; y así, coronado de espinas, cubierto el rostro de sangre, fui presentado a aquella turba despiadada que, con gritos, pidió mi muerte. Y en vista de aquellos clamores, un juez mortal pronunció sobre Mí, autor de la vida, sentencia de muerte.

6. *S.*—¡Oh alma mía! párate un poco a contemplar la amable Sabiduría eterna, cubierta de llagas y arrojando sangre a fuerza de los azotes que sufrió. Mira cómo corre por su sagrado cuerpo hasta regar la tierra. ¡Cómo siendo así deformado, afeado vuestro cuerpo, ¡dulcísimo Señor!, nos atrevemos a renovar vuestra llagas con nuestras culpas? No te olvides, alma mía, que todo esto lo sufre Jesucristo por tu amor. Mira cómo la hermosura increada se olvida de sí misma para redimirte, y procura reparar con besos de amor cuantas heridas sufre por ti.

7. Mira aquel rostro amabilísimo y lleno de gracia, enrojecido con la sangre que brota de las heridas abiertas por crueles espinas en su sagrada cabeza. ¡Oh amor mío!, con esos arroyos de sangre que corren por vuestras mejillas y por vuestro rostro, lava mi alma y mi cuerpo para que éste viva siempre sometido a aquella, y mi alma sumisa siempre a vuestra divina voluntad. Permíteme, Señor, que, como pobre pecador, lave la vestidura de mi inocencia, manchada con la inmundicia de mis pecados en ese río de vuestra sangre, y que lleve en mi cuerpo las señales de vuestra cruz de tal modo, que al fin de mi vida aguarde tranquilo, ¡oh supremo Juez!, vuestra sentencia favorable. Amén.

CAPÍTULO IV.

De la inmolación sobre la cruz.

1. S.—¡Oh eterna Sabiduría! Cuanto más se medita tu Pasión, más se comprende el abismo de tu bondad: Te ruego, pues, que me abras el tesoro de tus dolores.

2. J. C.—Después que fui condenado a la afrentosa muerte de cruz, que cargaron sobre mis hombros como cetro de mi reinado, fui conducido al Calvario en medio de las injurias e insultos de la plebe. A ningún ladrón, por malo que fuese, sé le había obligado antes a preparar su propio patíbulo, pero a mí me obligaron a llevarlo sobre mis hombros. En pos de mí iba dejando en el camino el rastro de mi sangre. Los judíos atronaban el aire con sus gritos, diciendo: «¡Colgad, colgad al malvado!» Los niños me arrojaban lodo a la cara, y en compañía de ladrones llegué al lugar del suplicio. Allí me desnudaron y tendieron sobre la cruz. ¡Ay! con fuertes sogas estiraron mis pies y manos para clavarlos cruelmente al madero, y de este modo fui levantado y suspendido entre el cielo y la tierra.

3. Contéplame ahora despacio sobre la cruz: mis manos y pies traspasados con clavos, mis brazos fuertemente estirados sin poder valerme, cargando todo el peso sobre los pies, y todos mis delicados miembros horribilmente atormentados. Mi sangre, necesariamente rompió las venas y corría por mi cuerpo moribundo, de suerte que ofrecía un aspecto lamentable y doloroso. Mi delicado cuerpo palideció, mis tiernas y doloridas espaldas no tenían otro apoyo que el áspero madero de la cruz; todo mi cuerpo estaba llagado y mi rostro desfigurado. Mis ojos se oscurecieron, mis oídos atormentados con los insultos y blasfemias de

mis enemigos, mi gusto lleno del amargo sabor que causa la agonía, mi boca ardiendo de sed. Mi divina cabeza se inclinó bajo el peso del dolor, mi cuello rígido, mis mejillas manchadas con saliva y mi color demudado. Así expiré en la cruz, como si fuera un leproso, siendo la Sabiduría increada, y el mismo cielo se cubrió de tinieblas desde la hora sexta hasta la nona.

4. S.—¡Oh Señor! al veros en la cruz, nuestros corazones debían deshacerse en llanto. ¡Oh esplendor de la Divinidad, en el cual se miran todos los ángeles!, haced que tenga siempre ante mis ojos la figura de vuestro rostro moribundo, a fin de que participe de los méritos de vuestra Pasión. Pero, ¡oh Señor!, ¿nadie había allí que os compadeciera?

5. J. C.—Mis verdugos, lejos de compadecerse de Mí, me insultaban y movían la cabeza con escarnio (1), me despreciaban en su corazón como a vil gusano, pero Yo todo lo soportaba con paciencia y rogaba por ellos amorosamente a mi Padre celestial. Me hallaba cual cordero inocente entre dos malhechores, uno de los cuales me insultaba, pero el otro me invocó de corazón, por lo cual le perdoné sus pecados y le abrí la puerta del paraíso (2). En mi inagotable misericordia rogaba a mi Padre por mis verdugos, que echaban suertes sobre mi túnica (3) y me insultaban en medio de mis dolores (4).

Miraba a mi alrededor desde la cruz y me vi abandonado de todos los hombres, y mis amigos y mis

(1) «Blasphemabant eum, moventes capita sua». (Mat. XXVII, 39.)

(2) «Domine, memento mei, eum veneris in regnum tuum». Dixit illi Jesus: «Amen dico tibi, hodie mecum eris in Paradiso». (Luc. XXIII, 42 y 43.)

(3) «Partiti sunt vestimenta mea sibi et in vestem meam miserunt sortem». (S. Juan, XIX, 24.)

(4) «Illudebant autem ei et milites». (Luc. XXIII, 36.)

amados discípulos también habían huído. Yo pendía de la cruz desnudo, desamparado y humillado, sufriendo todo como manso cordero, y a donde quiera que volvía la mirada no hallaba sino dolor y angustia. Sólo mi Madre estaba al pie de la cruz, sufriendo en su corazón cuanto Yo padecía en mi cuerpo, y mi alma se conmovía de amargura y de pena, porque sólo Yo sabía su gran dolor, y escuchaba sus lamentos ahogados por el llanto, y, para consolarla, la recomendé a mi discípulo amado.

6. *S.*—¡Dulcísimo Señor! ¿Cómo no gemir y llorar amargamente al pensar en vuestra Pasión? ¿Cómo es posible que aquellos furiosos leones y crueles lobos tratasen de ese modo a tan mansísimo cordero? ¡Oh! si permitieras a este pobre pecador estar al pie de la cruz representando a todos los hombres y morir por vuestro amor, o al menos poder abrazar la roca en que se levanta vuestra cruz con dolor y llanto de mi alma, y al mismo tiempo que las piedras, también mi corazón se hiciera pedazos de amor y compasión hacia Vos.

J. C.—Era la voluntad de mi Padre que en aquella hora bebiera el cáliz de la amargura sólo.

7. *S.*—Pero ¡Señor!, ¿cómo estaba entonces vuestra nobilísima alma y lo interior de vuestro ser? Algunos mártires experimentaron tanto consuelo y dulzura en sus almas, que se olvidaban por completo de sus dolores exteriores y corporales. Y en Vos ¿no fueron aliviados de ese modo vuestros martirios?

J. C.—Aunque la parte superior de la alma gozaba entonces de la visión de mi divina Esencia, la parte inferior de mi Humanidad estaba abandonada enteramente en un mar infinito de amargura, de tal modo que ningún martirio se puede comparar al mío. Y como me viese totalmente abandonado, cubierto de llagas, con los brazos tendidos, las venas abiertas, los

ojos bañados en lágrimas y todos mis miembros presa de mortal agonía, no pude menos de invocar a mi Padre celestial, diciendo: «¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿por qué me habéis abandonado?» (1). Pero en medio de mi agonía, mi voluntad estaba enteramente unida a la suya. Y habiendo perdido y derramado toda la sangre y las fuerzas de mi cuerpo, sentí una sed amarga, pero más sediento estaba aún de la salvación de las almas. Entonces me dieron vinagre mezclado con hiel (2), y habiendo cumplido la obra de la Redención humana, exclamé: «*Consummatum est*: todo está cumplido». Mi obediencia, prestada al Padre hasta la muerte, era perfecta (3); entonces encomendé mi espíritu en sus manos, diciendo: «En tus manos encomiendo mi espíritu» (4), separándose entonces mi alma de mi cuerpo, pero permaneciendo ambos unidos a mi Divinidad.

Después una aguda lanza atravesó mi pecho, sacando de la herida un río de agua y sangre para dar vida a lo que estaba muerto, para regar lo que estaba árido y seco, y para dar de beber a las almas y corazones sedientos de mi amor. Mira, hijo mío, con cuánto dolor he redimido tu alma y la de los predestinados, y cómo te rescaté con mi preciosa sangre! Todo lo sufrí gustoso por tu amor para volverte al Padre, renovado con una hermosura, pureza y brillo que jamás hubieras tenido antes. Me hice pobre y menesteroso para enriquecerte; sufrí la muerte para darte la

(1) «Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquisti me?» (Mat. XXVII, 46.)

(2) «Vas ergo erat positum aceto plenum. Illi autem spongiam plenam aceto, hyssopo circumponentes obtulerunt ori ejus». (S. Juan, XIX, 29.)

(3) «Factus obediens usque ad mortem, mortem autem crucis». (Filip. II, 8.)

(4) «Pater, in manus tuas commendo spiritum meum». (Luc. XXIII, 46.)

vida, y en la cruz extendí mis brazos para aplacar la ira y la justicia divina contra ti.

8. *S.*—¡Oh dulce y amable Señor y hermano mío! ¡qué amarga penitencia has hecho por mis pecados! ¡Cómo me has amado tanto y redimido con tanta generosidad! ¡Señor! mis ojos os contemplan muerto en la cruz, mi alma besa amorosamente tus llagas y todas mis potencias sólo quieren alimentarse del fruto de ese árbol de vida. Hay quien confía en la inocencia de su vida, otros en sus grandes penitencias y mortificaciones, quiénes en ésto o aquéllo, pero toda mi confianza y mi consuelo está en vuestra Pasión, en vuestra Redención y en vuestros méritos infinitos.

Atraedme a Vos, ¡dulcísimo Señor! Recíbeme en tu gracia, y por vuestra inagotable misericordia concédeme que la sangre preciosa que derramaste por el amor de las almas interceda por mí ante vuestro Padre celestial, me limpie de todos mis pecados y me alcance la enmienda de todas mis culpas. ¡Oh mi refugio, mi amparo y mi Salvador! acordaos del infinito amor que os obligó a sufrir tan dolorosa muerte en la cruz por mí, para que misericordiosamente me perdones los pecados que cometí, y recíbeme en la herida de tu costado para que viva allí al abrigo de la tentación y de mis enemigos, hasta que tenga una muerte santa y merezca gozar de la bienaventuranza. Amén.

CAPÍTULO V

Llanto de María.

1. *Servo.*—¡Purísima Señora, Reina de cielos y tierra! Ablanda mi corazón de piedra con una de tus ardientes lágrimas derramadas al ver padecer tantos dolores a vuestro amado Hijo en la cruz, para que así,

ablandado, os pueda contemplar, y meditar algo de lo que sufrió vuestra alma al pie de la cruz.

2. *María.*—Antes de llegar al Calvario sufrí grandes e indecibles dolores, cuando azotaron y maltrataron en la ciudad a mi amado Hijo, siguiéndole después cuando caminaba sin fuerzas hasta el sitio donde le crucificaron.

3. Mas si quieres saber lo que sufrí después, no es fácil explicarlo, ni hay corazón alguno que pueda comprender y penetrar todo mi dolor, porque todos los sufrimientos humanos juntos, comparados con los de mi maternal corazón, son como una gota de agua comparada con el mar. Cuanto más dulce y tiernamente se ama, más dolor causa la pérdida del amado, y como nadie en el mundo amó tan intensamente a mi divino Hijo como yo, porque con El poseía todo y más de lo que el mundo puede darme, de tal modo que, olvidada de mí misma, vivía sólo para El, al verle morir en la cruz, antes que expirara, había yo muerto también.

Siendo, pues, mi amor sobre todos los amores, mi dolor fué entonces también sobre todos los dolores. Su dulcísima Humanidad era el encanto de mis ojos, su Divinidad el objeto de mi adoración; pensar en El era la delicia de mi alma, hablar de El era mi consuelo y sus palabras música dulcísima a mis oídos; El era el espejo donde se miraba mi corazón, la dicha de mi alma y cuanto hay en el cielo y en la tierra lo hallaba en su dulcísima presencia. Por aquí comprenderás cuán inmenso y amargo fué el dolor que sentí al verle suspendido y clavado en la cruz; mi corazón sintió agonías de muerte y mis potencias y sentidos desfallecieron en aquel momento. Si levantaba mis ojos, veía sufrir a mi amado Hijo, sin poder prestarle consuelo alguno; si los volvía hacia abajo, miraba los verdugos que le atormentaban. En verdad que

nadie puede comprender ni explicar lo que sufrí en aquellos instantes.

4. Dirigiéndome entonces a mi Hijo, le decía con amargura y con llanto: «¡Oh amadísimo Hijo mío y espejo en que se mira mi corazón! ¿Cómo es que os veo sufrir tan cruelmente? ¡Oh tesoro inestimable, mi madre, mi padre y todas mis cosas! ¡llévame contigo! ¿Cómo abandonas a tu Madre? ¡Quién me diera morir por ti y sufrir en tu lugar muerte tan cruel! ¿Quién puede penetrar el dolor de una madre privada de todo su consuelo, de su amor y de su alegría? ¡Oh muerte! ¡lleva juntamente con el Hijo a la Madre, a quien el vivir es más amargo que el morir, porque veo expirar al que ama mi alma!»

Entonces me respondía mi divino Hijo con estas palabras: «Para redimir al género humano de la culpa es necesaria mi Pasión, pero resucitaré al tercer día para consuelo de mis discípulos. Así, pues, ¡oh Madre mía! no llores, porque Yo jamás te abandonaré». Y cuando escuché las palabras de mi Hijo encomendándose al discípulo amado, que allí estaba también al pie de la cruz, mi alma fué traspasada por agudísima espada de dolor. Alcé entonces mis brazos y extendí mis manos para abrazar a mi amado, ¡pero en vano! Entonces besaba la sangre que manaba de sus llagas, enrojeciendo mi boca y mis mejillas, pálidas de angustia y de dolor.

5. S.—¡Oh inmensa bondad de mi Redentor y mar infinito de angustia y de tormentos! ¿A dónde volveré mis ojos? Al Hijo lo veo horriblemente atormentado en su cuerpo y en su alma. A la Madre la veo traspasada en su corazón con mil agudas espadas que la atormentan.

Para el Hijo es martirio indecible el sufrir de su Madre, y para la Madre es dolor sin igual la muerte de su Hijo inocente, más dolorosa para ella que la

propia muerte. El quiere consolarla desde lo alto de la cruz, y ella tiende sus brazos hacia su Hijo, deseando sufrir mil muertes por El. ¿Quién de los dos sufrirá más?

¡Oh resplandor de la eterna Sabiduría que mueres en una cruz! ¡Oh hermoso cuerpo del Salvador, que os veo pendiente del patíbulo! ¡Oh sangre preciosa del Hijo, que riegas el rostro de la Madre! ¡Oh mujeres todas de la tierra, llorad con esta Madre! Almas puras y santas, venid para que llueva también sobre vosotras la sangre purísima que riega el rostro de María. ¡Corazones atribulados, mirad y contemplad si hay dolor semejante a este dolor! Pero decidme, ¡Madre amorosa! cómo terminó vuestro dolor.

6. *M.*—Después que mi Hijo expiró en la cruz y su sagrado pecho fué traspasado por aguda lanza, me quedé contemplándole con gran dolor, y cuando aquellos piadosos varones vinieron a desclavarle, se renovaron mis angustias mortales. ¡Con qué ternura le recibí en mis brazos! ¡Con qué amor le apreté contra mis mejillas! ¡Con qué reverencia besé todas sus llagas! ¡Con qué ansiedad juntaba mi rostro con el suyo, desfigurado todo por los tormentos! No hay corazón que pueda comprenderlo.

¡Contemplaba a mi amado Hijo en mi regazo, mirándole más y más, pero estaba muerto, sin hablar ni sentir! Mi alma se partía de dolor y quisiera ser desgarrada en mil pedazos para evitar cada una de sus heridas. Mi corazón gemía de pena y de mis ojos corrían amargas lágrimas. Con palabras entrecortadas, le decía: «¿Qué hombre ha sido jamás tan maltratado en la tierra como mi amado e inocente Hijo? ¿Por qué me has abandonado, esperanza mía? ¿Por qué te has convertido en causa de tanta amargura para mí? ¿Dónde está la alegría que experimenté cuando naciste? ¿Dónde el gozo que tuve en tu infancia? ¿dón-

de el honor y la dignidad de tu presencia? ¿dónde cuanto podía alegrar mi corazón? ¡Ay! todo se ha cambiado en infinito dolor y en mortal angustia.

7. Pero, en medio de mi sufrimiento, tenía el consuelo de ver en mis brazos a mi amado Hijo; mas cuando me lo quitaron para llevarlo al sepulcro, nadie puede imaginar lo que sufrí, porque aquella separación fué para mi alma como una muerte amarguísima. Desmayada, entre los brazos de los que me sostenían, me creía como desterrada y separada de mi Hijo, privada de todo consuelo y mi corazón no podía contener los gemidos, y desfalleciendo de pena.

8. *S.*—¡Oh amorosa y tierna Señora!, por este vuestro dolor, todas las lenguas y todas los corazones te saludan y todas las criaturas te aclaman como aurora de la mañana! ¡Oh purísima Madre!, por el recuerdo de esta dolorosa separación de vuestro amado Hijo, ayúdame para que yo jamás me separe de vos ni de mi Redentor. Y así como mi alma os acompaña en vuestras penas y os sigue con el espíritu desde el sepulcro a vuestra morada, llena de sentimientos de adoración y de amor, así también concédeme, Virgen Santísima, que cuando mi alma salga de este mundo, se vea acompañada de vos y conducida a la bienaventuranza. Amén.

CAPÍTULO VI

Coloquio del alma con Jesús, bajado de la cruz.

1. *Servo.*—Veo a mi amado que descansa a la sombra de un manzano (1). Está desfallecido por las heridas que le ha causado el amor, y su cabeza se inclina hacia su amado. Quiero manifestarle la ternura de mi corazón antes que lo arrebaten de mis ojos, antes que lo embalsamen y lo depositen en el sepulcro.

(1) «Sub arbore malo». (Cant. VIII, 5.)

2. ¡Oh Jesús! cuando mi corazón os contempla yerto al pie de la cruz, sin vida ni movimiento, una tristeza infinita invade mi alma y mis lágrimas riegan vuestro cuerpo exánime. Permitidme que os abrace contra mi pecho y que cubra de amorosos besos vuestras llagas. No me horrorizan vuestros labios, pálidos y descoloridos, ni vuestros miembros ensangrentados, sino que, al contrario, me mueven a amaros y entregarme todo a Vos.

3. Sois el escogido por Dios entre todos los hombres, y por eso fueron mil veces dichosas las almas que tuvieron la dicha de veros y escuchar en este mundo vuestras dulces palabras, porque superáis a todos los hombres en gracia y hermosura. Vuestra cabeza brillaba como el firmamento, pero ahora la veo traspasada de crueles espinas y vuestro rostro inundado de lágrimas sangrientas, cual perlas del rocío de la noche. Vuestros ojos claros, semejantes a los del águila, desafiaban con su fijeza al mismo sol, más ahora los veo apagados y oscuros como los de un cadáver. Vuestras cejas semejaban negras nubecillas heridas por el sol y el color de vuestras mejillas recordaba el colorido de las flores, pero ahora os contemplo muerto, pálido y demacrado por el sufrimiento. ¡Oh amado mío! ¿cómo os habéis desfigurado tanto?

Vuestros labios, que antes se abrían como los de la rosa, los veo ahora lívidos; vuestra boca, de donde salían palabras de sabiduría y doctrina que embriagaba a vuestros discípulos, ahora no habla y la lengua está pegada al paladar. Aquel rostro, cuya hermosura era el encanto de la tierra y el gozo de cuantos le miraban, está deformado y se pueden contar los huesos de todos vuestros miembros, estirados por el tormento de la cruz y bañados en vuestra propia sangre (1).

(1) «Dinumeraverunt omnia ossa mea». (S. XXI, 18.)

4. ¡Oh lágrimas ardientes! corred sin cesar sobre las llagas de mi amado Salvador! ¡Qué corazón no se ablandará a la vista de las heridas de vuestro sagrado cuerpo? Yo daría, gustoso, mi vida por Vos, y deseo que mis fuerzas desfallezcan con las vuestras y mis miembros sean también crucificados con los vuestros.

¡Oh Señor misericordioso! no me abandonéis. Sois mi refugio, no os separéis de mí y venid en mi auxilio. Haced que muera totalmente al mundo y que, sepultado con Vos, sea vuestro sepulcro el asilo seguro contra todos mis enemigos, de tal modo, que ni la muerte, ni la vida, ni la alegría, ni el dolor me separen de Vos.

5. ¡Oh resplandor de la gloria eterna! Ahora os contemplo muerto al pie de la cruz y en los brazos de vuestra Madre, extinguida la luz de vuestro rostro adorable. ¡Señor! apagad también en mí la llama de la sensualidad!

¡Oh claro y limpio espejo de la Majestad divina, que por mi amor habéis perdido vuestro brillo y lucidez!, limpiadme de todas mis culpas y pecados!

¡Oh bella y hermosa imagen de la Bondad divina, desfigurada ahora por el dolor! Reparad, Señor, la imagen de mi alma, manchada por el pecado!

¡Oh cordero inocente, que fuisteis tan cruelmente maltratado! Redimid mis pecados con vuestras penas y dadme gracia para enmendar mi vida!

¡Oh Rey de reyes y Señor de los señores! Así como ahora os abrazo espiritualmente, en medio de vuestro abandono, compadecido de vuestros dolores, dignaos también abrazarme en la hora de mi muerte y llevarme a la gloria eterna. Amén.

CAPÍTULO VII

Cómo debemos copiar en nosotros la imagen de Cristo crucificado.

1. *Siervo.*—¡Oh eterna Sabiduría! ¿cómo podré daros gracias por los tormentos padecidos por mí? Quisiera tener todas las voces de los ángeles para alabaros y sufrir todas las penas de los hombres para ofrecéros las; tener la sangre de todos los mártires para derramarla por vuestro amor, y el amor de todos los corazones para consagrarlo a Vos. Quisiera tener la fortaleza de Sansón, la hermosura de Absalón, la sabiduría de Salomón y las riquezas y poderío de todos los reyes, para emplearlos en vuestro servicio y alabanza. Pero Vos sabéis, Señor, que soy nada y que nada puedo. ¿Cómo os podré mostrar mi agradecimiento?

Jesucristo.—Aunque tuvieras todas las lenguas de los ángeles, y las buenas obras de los hombres y el poder de todas las criaturas, no podrías agradecer bastante el menor de los dolores que sufrí por ti.

2. *S.*—¡Señor dulcísimo! ya que esto me es imposible, enseñadme, al menos, a merecer vuestra gracia, haciéndome digno de vuestro amor. Vuestra Pasión conmueve de tal modo algunas almas que se deshacen en lágrimas y en amargo dolor, mas yo desearía sentir el dolor de todos los corazones y derramar las lágrimas de todos los ojos, y tener la palabra de todos los ángeles para demostraros cuánta parte tomo en vuestra sagrada Pasión.

3. *J. C.*—El que siente y se compadece de mi Pasión, lo demuestra con las obras. Por eso más me complace el alma pura y libre de todo amor terreno que se esfuerza por copiar en sí misma del mejor modo

mi Pasión, que la que derramase tantas lágrimas de compasión por mis dolores, como gotas de agua han llovido sobre la tierra, porque aunque estas lágrimas me sean agradables, sin embargo, una de las causas principales de mi muerte ha sido mover a los hombres a seguirme por el camino del sacrificio. «Aquel que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame» (1).

S.—;Oh amado Señor! ya que tanto os agrada el que imitemos vuestra santa vida y vuestros dolores, en adelante pondré en esto más diligencia que no en llorar, aunque, según vuestra palabra, debo hacer ambas cosas; por eso enseñame a copiar en mí vuestra Pasión, a morir contigo, a conocer cuál sea mi cruz para abrazarme con ella y que no viva para mí mismo, puesto que Vos habéis muerto por mí.

4. J. C.—Renuncia al placer de ver y oír cosas vanas; esfuérate por saborear las cosas que te son amargas y contrarias; deja las delicadezas del cuerpo y busca en Mí todo tu descanso; ama la mortificación corporal y soporta de buen grado el mal que te causen los demás; ama los desprecios y procura matar tus deseos y concupiscencias. Este es el primer fundamento de la escuela de la sabiduría y el principio del libro abierto y extendido de mi cuerpo crucificado.

5. Debes entregarte a Mí sin reserva y sin revocar tu entrega. No debes tocar lo que no sea necesario, y así tendrás tus manos clavadas en la cruz. Debes ejercitarte con perseverancia en buenas obras, y así tendrás clavado el pie izquierdo; debes tener fijo en Mí tu espíritu voluble y tus pensamientos, y así estará también clavado tu pie derecho en la cruz. Tus potencias corporales y espirituales no deben permanecer

(1) «Si quis vult post me venire, abneget semetipsum, et tollat crucem suam, et sequatur me». (Mat. XVI, 24.)

en la tibieza y en la ociosidad, sino en actividad y en tensión, a semejanza de mis brazos extendidos y torturados en la cruz. En honor de mis sagrados huesos, ejercita tu cuerpo flaco en prácticas de piedad y mortificación. Muchas penas y dolores desconocidos deben afligir tu cuerpo, que te obligarán a vivir crucificado, asemejándote a Mí que, por tu amor, estoy cubierto de sangre. Tus sufrimientos aliviarán los míos, tus privaciones voluntarias servirán de cama blanda a mis espaldas, tus luchas contra el pecado consolarán mi espíritu, la devoción de tu alma mitigará mis penas, y el ardor de tu corazón encenderá las llamas de mi amor.

6. Y cuando procures hacer de tu parte lo posible para obrar con toda perfección y recibas por ello injurias de los hombres, y de tal modo te desprecien en su corazón, que ni siquiera te consideren con ánimo ni atrevimiento para vengarlos; si entonces no sólo te mantienes firme y tranquilo, sino que pides perdón por ellos al Padre celestial; en una palabra, cuantas veces mueras a ti mismo, otras tantas se renovará en ti mi muerte.

Si viviendo santamente, tus buenas obras fueren mal interpretadas y te tuvieren por pecador y lleno de malicia, y perdonares de corazón a los que así se portan contigo, como si nada hubiera pasado, mostrándote amable con ellos en palabras y obras, entonces estarás en verdad crucificado por mi amor. Cuando renuncies a todo afecto, consuelo y esperanza de los hombres, fuera de lo que sea indispensable, según tu estado, esta tu renuncia reparará el abandono en que me dejaron mis discípulos cuando expiré en la cruz. Cuando hayas libertado tu corazón de toda amistad humana, renunciando por mi amor a todos tus amigos y a todo aquello que pone un muro de separación entre Mí y ti; entonces tendré un verda-

dero discípulo y hermano al pie de la cruz, que me ayudará a soportar mis dolores. Ese total despojo de tu corazón de toda criatura, servirá para cubrir mi desnudez.

Y cuando sientas alguna contrariedad de tus prójimos y sufras los ímpetus de la cólera humana, venga de donde viniere, y tengas o no razón, con la mansedumbre del cordero, y con rostro sereno y suaves palabras te sobrepongas a la malicia ajena, entonces reproducirás en ti la mansedumbre con que expiré en la cruz.

7. Aun cuando te abandone en tus penas y tribulaciones sin consuelo alguno, como me abandonó mi Padre celestial en la cruz, no debes por eso buscar alivio a tu pesar fuera de Mí, sino suspirar y clamar en medio de tu desamparo al Padre celestial con abnegación completa de ti mismo y sometiéndote a su divino beneplácito; pues cuanto más amarga sea tu aflicción, tanto más te conformarás conmigo y más amado serás de mi Padre. Si alguna vez experimentas la sed de los placeres sensuales niégate a satisfacerlos por mi amor, y aunque sientas entonces amargura en tu corazón, acuérdate de mi sed y de la hiel y vinagré que gusté en mi agonía. Ten más bien sed de la salvación de las almas y rectifica todas tus acciones para llegar a una verdadera perfección. Finalmente, cuando tu voluntad esté completamente sometida a tus superiores, y tu alma puesta en las manos de Dios y tu corazón ajeno a este mundo y fijo en la eternidad, como si hubieras de morir, entonces tu cruz se parecerá a la mía y podrás también decir: *Consummatum est*, todo se ha cumplido. Cuando hallo en las almas esta semejanza conmigo, siento en ellas tanta complacencia y son tan amadas de mi Padre celestial, como si hubieran sufrido por Mí una muerte amarga y dolorosa.

8. Por lo tanto, ten siempre presente en tu alma, en tus oraciones y en tus obras mi sagrada Pasión y entra amorosamente en mi costado abierto, haciendo en él tu morada: entonces te lavaré con el agua y sangre de mis venas, me uniré contigo y jamás me separaré de ti.

9. *S.*—¡Señor! a Vos me entrego con toda mi alma y con mayor ansia que ninguna esposa haya sentido jamás hacia su amado, y mi corazón se abre para recibirte como la rosa al influjo de los rayos del sol. Mi alma tiende hacia Vos sus amorosos brazos, pidiéndoos con verdadero fervor que os dignéis reproducir en mi cuerpo la imagen de vuestra Pasión, cueste lo que costare, para vuestra mayor gloria y cumplimiento de vuestra santa voluntad. Lleno de profundo agradecimiento hacia Vos os abrazo, amorosísimo Señor, en lo íntimo de mi alma, y por la memoria de vuestra muerte adorable, os pido que no permitas jamás que me aparte de Vos ni en la vida ni en la muerte. Amén.

CAPÍTULO VIII

Por qué Dios permite que sus siervos sufran tanto en este mundo.

1. *Siervo.*—¡Señor! quiero deciros una cosa que tengo en mi corazón, y perdonadme si pretendo disputar con Vos como el profeta Jeremías (1), al manifestaros lo que generalmente dicen los hombres: por muy dulce y suave que sea la amistad con Vos, es tanto lo que hacéis sufrir en esta vida a vuestros escogidos, tan grandes las tribulaciones, desprecios y contrariedades con que los prueba el mundo, que apenas empieza alguno a servirlos de corazón, es neces-

(1) «Justus quidem tu es, Domine, si disputem tecum». (Jer. XII, 1.)

rio armarse de valor y fortaleza para soportar grandes pruebas (1). ¡Señor! ¿cómo pueden vuestros siervos gozar y serviros en medio de sus penas? ¿cómo podréis complaceros en verlos sufrir? ¿o acaso ignoráis que sufren?

Jesucristo.—Yo amo a mis amigos como me amó mi Padre; es decir, mi Padre permitió en Mí tantos dolores, a pesar del amor que me tenía, y el discípulo no debe ser más que el maestro (2), y ese mi amor no ha variado desde el principio del mundo hasta ahora.

2. *S.*—De eso, precisamente, se quejan los mundanos, diciendo que tienes tan pocos amigos, porque permites que sufran mucho en este mundo, y por eso hay muchos que, después de conseguir vuestra gracia y amistad, al llegar la hora de la tribulación y de la prueba, se retraen de Vos y, lo diré con lágrimas de dolor, se vuelven de nuevo a las criaturas que antes habían abandonado; ¿qué decís, Señor, a esto?

3. *J. C.*—Así hablan, en verdad, los hombres de poca fe, los tibios, los remisos en sus obras y los cobardes de espíritu; pero tú, amado mío, guarda tu alma libre del fango de los placeres sensuales, y abriendo los ojos interiores del espíritu, mira aquella muchedumbre incontable de santos, contempla los muros de aquella celestial Jerusalén, donde brillan tantas piedras talladas y pulidas al golpe de la tribulación. Mira la hermosura de Santa Isabel, de San Pablo, tan odiado por el mundo, Job, Tobías y David, que tanto sufrieron en esta vida, San Atanasio, que vió conjurado todo el mundo contra sí, y mira, en fin, todos los santos que

(1) «Fili, accedens ad servitatem Dei sta in justitia et timore, et praepara animam tuam ad tentationem». (Eccli. II, 1.)

(2) «Es decir, mi Padre permitió en Mí tantos dolores a pesar del amor que me tiene, y el discípulo no debe ser más que el maestro». (Nota del P. Denifle.)

derramaron la sangre de su cuerpo o la de su corazón padeciendo por Mí. Piensa, pues, que no te aflijo con mala intención, sino para mostrarte mi amor, y no permitiría el sufrimiento si no supiera el gran fruto que sacan de él las almas; por eso permito que los malos tengan menos penas que aquellos que escojo para Mí. Por eso pruebo a mis amigos con enfermedades, pobreza, hambre, sed, persecuciones y desprecios para que tengan que sufrir por Dios. Y si no hubiese penas y dolores que purificasen mis escogidos, las haría salir de la nada, permitiendo que todas las criaturas asaltasen sus almas para probarlos y purificarlos, haciéndolos dignos del cielo. Solamente los mundanos y amantes de esta vida son indignos de padecer dolores y privaciones por Dios, pero mis amigos deben, por el contrario, alegrarse como San Pablo y gloriarse de sufrir por Mí (1).

4. El hombre prudente acepta con gran alegría los sufrimientos de esta vida con preferencia a todas las riquezas de la tierra, porque éstas privan del cielo a muchas almas. Al que prefiere el mal al bien, se le considera como necio en el mundo, y, sin embargo, hay muchos que andan tras los bienes caducos y temporales, huyendo siempre del sufrimiento; estos tales, aunque el mundo los tenga por muy sabios y prudentes, ante Dios son necios e insensatos. Yo habito en las almas puras y limpias como en un paraíso, y por eso no puedo sufrir que su amor y complacencia se disipe en las criaturas. Y como la naturaleza humana busca siempre el placer, les cierro el camino con espinas (2), y en todas las salidas y encrucijadas pongo obstáculos para que no se separen de Mí, aunque lo

(1) «Gaudentes, quoniam digni habiti sunt pro nomine Jesu contumeliam pati». (Act. V, 41.)

(2) «Propter hoc ecce ego sepiam viam tuam spinis». (Os. II, 6.)

sientan y sufran. Por eso siembro de espinas su camino, para que cuando el corazón quiera posarse sobre la tierra, experimente dolores y sufrimientos y se eleve y convierta hacia Dios. Si arrastrados por el placer culpable del pecado, vuelven a buscar consuelo en las criaturas, me hallarán obstruyéndolas el camino para que sólo encuentren alegría y descanso en Mí. La mirra del dolor que pongo en el camino de las almas, es el gran medio para realizar empresas de heroísmo, y por eso mi Providencia permite que las criaturas se rebelen contra el hombre. Bien pudiera hacer que la tierra produjera el pan ya hecho y no el trigo, pero el hombre debe trabajarlo y sudarlo. Y así como el artista para pintar un cuadro traza muchas líneas, corrigiendo los defectos muchas veces, buscando el colorido más a propósito para perfeccionar su imagen, así obra también mi Providencia, pero con una diligencia muy superior, a fin de poder dibujar y pintar en las almas la figura que más me agrada, corrigiendo los trazos y los colores por medio de la mirra del sufrimiento.

/// A veces también pruebo las almas para cerciorarme de su amor y de su fe en Mí, y para que sepan vivir enteramente abandonadas a mi voluntad. Deseo que, en medio de sus miserias y aflicciones, aprendan a acudir a Mí, y viendo en Mí a su Redentor y a su verdadero amigo, se verán obligadas por la caridad y la gratitud a buscar siempre la más estrecha unión conmigo. ///

5. S.—¿Pero, Señor! ¿por qué de entre las almas que amáis, algunas sufren más que otras?

J. C.—¿No crees tú que es una gloria y señal de amor el asemejarse más a Mí? Pues esto no se consigue sin el dolor, porque nadie fué en el mundo tan atormentado como Yo en mi Pasión, y por eso, en las almas que más se me parecen, es donde Yo obro ma-

yores maravillas; en ellas está el reino de Dios y en ellas habito como sentado en un trono, rigiendo y gobernando todo su sér según mi divino beneplácito.

Las almas que más sufren son las que más se asemejan a Mí. Nadie ha sufrido tanto como Yo, siendo el más inocente de los hombres, y cuanto más humillado fui, mayor gloria tributé a mi Padre celestial cuando espiraba en la cruz desfallecido de pena. ¿Quién se atreverá a compararse conmigo, por grandes que sean sus dolores? Todas las tribulaciones, los desprecios, humillaciones e ignominias, todas las persecuciones de los hombres, comparadas con las mías, son como una gota de agua comparada con el mar. «Yo soy un vil gusano y no un hombre» (1).

6. Además piensa que Yo conozco perfectamente las fuerzas de cada cual, y por amor y por justicia no impongo cargas insoportables a las almas, sino que más bien sufrí con los que sufren por mi amor, y con mis propios hombros les ayudo a llevar la cruz, cargando con lo más pesado. Pues, en verdad, que cuando el alma está dispuesta a sufrir por Dios, aunque caigan sobre ella todos los sufrimientos del mundo y se conjuren contra ella todos los hombres, no podrán hacerle daño ni agravarla, porque Yo seré quien lleve y soporte el peso. Si alguno te carga un madero sobre tus hombros y otro lo sostiene con sus brazos, pudieras llevar de ese modo mucho más, porque no te causaría molestia alguna; pues así sucede a las almas que padecen por Mí, porque todo les parece dulce y suave, y para los santos el sufrir se convierte en dicha y consuelo.

7. Por eso hay una gran diferencia entre el sufrir del pecador y el del alma justa. El primero padece porque todo pecado lleva en sí una pena espiritual,

(1) «Ego autem sum vermis et non homo». (S. XXI, 7.)

pero este dolor se parece al de los condenados que cuanto más padecen más se obstinan en el mal. De igual manera el pecador, cuanto más sufre por sus pecados más se obstina en ellos, buscando el alivio en sus mismos delitos; cuanto más huye de los sufrimientos exteriores, más aumenta los interiores, y aun cuando evite aquéllos, no escapará de los tormentos eternos. Si alguna vez se queja de sus penas y espera recompensa por ellas, se engaña, pues así como el dolor dispone y prepara al justo para entrar en la gloria, para el pecador será principio de su eterno suplicio. En cambio, las tribulaciones del justo son agradables y meritorias ante Dios, pregustando en ellas el gozo eterno del cielo, según aquello del Salmo: «Estoy a su lado en la tribulación, le salvaré, le glorificaré, le colmaré de días y le enseñaré mi salud» (1).

8. El gran amor que siento por mis amigos, me obliga, por lo tanto, a probarlos con el sufrimiento, y cuanto más punçen las espinas de la corona en esta vida, más brillará y florecerá en el cielo ante mi Padre. El que ha de ser sumergido en el mar sin fondo de las delicias divinas, justo es que aquí lo sea también en el mar amargo del dolor, y el que ha de ser elevado en el cielo sobre toda la tierra, debe sufrir animoso la humillación en esta vida. El bien sumo e infinito no se adquiere sin trabajo, y aunque todos los corazones de los hombres fuesen uno solo, no podría soportar el gozo de la menor de las recompensas con que premio el más insignificante dolor sufrido por Mí. Si tuvieras un amigo cuya felicidad, honor y bienaventuranza perpetua dependiera de sufrir con paciencia un dolor por poco tiempo, ¿te atreverías a quitárselo o permitirías que algún otro se lo quitase,

(1) «Cum ipso sum in tribulatione; eripiam eum et glorificabo eum. Longitudine dierum replebo eum, et ostendam illi salutare meum». (S. XC, 15 y 16.)

privándole así de tanto bien? Por eso Yo tampoco puedo consentir que mis escogidos vivan sin penar.

Cuando Dios permitió al ángel que castigase la tierra, exterminándolo todo, le dijo: «No perdones a nadie, sino a los que están señalados en la frente con el *tau*, o sea con la cruz, y el que no lo tenga no será perdonado» (1). La cruz significa el sacrificio y el dolor, y no dije a los que quieren seguirme que me contemplen sólo sin sufrir, sino, al contrario, que me imiten en los dolores (2), y por eso dije a una de mis siervas: «Tu vida es santa porque no se aparta mi azote de tus espaldas».

9. S.—¡Señor! Yo nada puedo replicaros ya. Vos sois nuestro dignísimo Rey y capitán, y, como soldados y caballeros de tan gran Señor, jamás retrocederemos ante el sacrificio ni renunciaremos al sufrimiento! Tú has santificado el dolor por espacio de treinta y tres años, lo has santificado también en tu Santísima Madre y en todos los santos que sufren por vuestro amor, y nosotros, que somos vuestros miembros, al ver que no habéis pasado en esta vida un día sin dolor, te seguiremos, animosos, por el camino de la cruz. Y aun cuando en ello no hubiera otra recompensa que asemejarnos a Vos, nuestro dulce y santísimo modelo, todo lo aceptaríamos con gusto por vuestro amor.

Así lo siento, verdaderamente. Si Dios recompensara de igual modo a los que padecen y a los que gozan en esta vida, el deseo de asemejarme a Vos por amor, me obligaría a padecer siempre por Vos. ¡Señor! de cualquier modo que sea hacedme semejante a Vos, para merecer vuestro amor, y aunque me vea aborre-

(1) «Non parcat oculus vester, neque misereamini; omnem autem super quem videritis thau, ne occidatis». (Ez. IX, 5 y 6.)

(2) «Si quis vult post me venire, abneget semetipsum, et tollat crucem suam, et sequatur me». (Mat. XVI, 24.)

cido y desamparado del mundo, si permanezco unido a Vos nada tendré que temer, y a cambio de mis sufrimientos, dadme sólo vuestro amor. Benditos sean los sufrimientos que me merecen el amor de mi dulcísimo Jesús. Yo los recibiré siempre con alegría de mi corazón.

CAPÍTULO IX

Del gran mérito y excelencia de las penas temporales.

1. *Siervo.*—¡Oh mi dulce Señor! decidme ahora qué sufrimientos son más eficaces y los mejores para mi salvación, a fin de que cuando permitas que los tenga los reciba con sumisión y alegría de vuestra mano paternal.

Jesucristo.—Todo sufrimiento es bueno, aunque sobrevenga por medios ajenos a tu voluntad, si el hombre sabe hacer de la necesidad virtud, y no quiere estar sin sufrir sino cuando Yo lo disponga, ordenándolo todo a la gloria divina y soportándolo con paciencia. Cuanto más unido permanezcas a mi divino beneplácito, más meritorias y agradables me serán tus penas.

2. *S.*—Señor! comprendo que el sufrir es provechoso cuando es moderado y no sale de ciertos límites; pero Vos, que todo lo conocéis, y disponéis las cosas con peso y medida (1), sabéis que mis sufrimientos superan mis fuerzas y que no puedo soportarlos, creyendo que no hay en el mundo quien los tenga mayores.

J. C.—Todo enfermo cree que sus dolores superan los ajenos, y el pobre siempre juzga que nadie vive en tanta penuria como él, porque el hombre vive más

(1) «Omnia in mensura et numero, et pondere disposuisti».
(Sab. XI, 21.)

cerca de sí mismo que de los demás, y así piensas tú que los dolores que Dios te envía son los más grandes, diciendo en tu interior, cuando ves alguna desgracia en tus prójimos, que ésta no tiene comparación con la tuya. Abandónate libremente en las manos de Dios, sin reserva alguna, sufriendo cuanto El disponga. ¿No sabes que Yo puedo procurarte siempre lo mejor y lo que más te conviene, como buen padre y amigo tuyo? Las tribulaciones que Yo mando a las almas les son más provechosas que cuantas penitencias puedan hacer por su propia voluntad. No te quejes, pues, y di al Señor: ¡Padre dulcísimo! Haced de mí en adelante lo que queráis.

3. *S.*—¡Dios mío! ¡Es fácil hablar de los dolores, pero cuando se experimentan, cuánto lo sentimos!

J. C.—Si el dolor no hiciera sufrir, dejaría de ser tal; nada hay tan doloroso como tener que padecer y nada tan dulce como el haber sufrido, porque la pena dura poco tiempo, pero el premio es eterno; y cuando se sufre con paciencia, todo se soporta mejor y más fácilmente. Si vivieras sólo inundado de consuelos celestiales, no merecerías recompensa alguna, ni tendría Dios que pagarte nada, siendo preferible la menor de las penas e incomodidades sufridas por mi amor a todas las dulzuras del cielo sin mérito alguno.

4. Escucha la dulce melodía que resuena en el alma que sufre por mi amor, como cítara, cuyas templadas cuerdas vibran suavemente.

El sufrimiento, que tanto aborrece el mundo, es lo que Yo más estimo, y para Dios nada hay más noble, pues, de lo contrario, no lo hubiera prodigado tan a manos llenas sobre Mí, su Hijo amadísimo. Aun cuando Yo no fuese Dios, por haber sufrido tanto, merecería ser ensalzado sobre todos los hombres, porque el que más sufre más se dignifica, y nadie en el mundo ha sufrido tanto como Yo. Si no fuera así, Dios

hubiera mitigado algún tanto mis padecimientos, lo cual no permitió, y no se puede decir sin ofenderle, que no buscó el mejor medio para salvar a los hombres sacrificando a su propio Hijo.

5. El sufrir hace más íntima y estrecha mi amistad con las almas, porque así se asemejan más a Mí, y por eso es como un gran tesoro escondido cuyo valor nadie puede ponderar con palabras, haciendo al hombre digno de las gracias del cielo. Y aun cuando alguno estuviera postrado toda su vida, pidiéndome le mandara algún dolor que sufrir, no merecería alcanzarlo con todas sus lágrimas y suspiros. El sufrimiento es madre de todas las virtudes, hace al hombre celestial, desprendiéndole del mundo y obligándole a poner en Mí todo su consuelo, de tal modo que en breve llegue a la más alta perfección. El dolor nos aleja del mundo y de nuestros amigos, pero, en cambio, nos acerca a Dios, nos atrae las gracias del cielo, y es el camino más corto y seguro, el corcel más veloz, y como el carro de fuego de Elías, que nos conducirá a la bienaventuranza.

6. La tribulación nos preserva de grandes caídas, y, humillados bajo su peso, no nos atrevemos a dar cabida al orgullo, desconfiando de nosotros mismos y confiando en los demás. El dolor engendra la paciencia, defiende la pureza y nos prepara una corona de felicidad en el cielo. Dios lo estima tanto que El mismo quiere ser su recompensa y no derrama sus gracias sino en las almas probadas por el dolor, y aun cuando las diera sin esta preparación, sería necesario el padecer para conservarlas y defenderlas. Así como el oro se purifica en el fuego, así el alma en la tribulación; cuanto más ardiente sea la llama, más brillará el oro, y por eso cuanto más pura sea el alma, más deberá de sufrir unida a Dios. De este modo nos preparamos y disponemos para merecer el cielo, y por eso el do-

lor es la mayor gracia que podemos recibir de Dios en esta vida.

7. Nadie dejará de sentir provecho en los sufrimientos, bien sea para hacerle salir del estado de la culpa, bien para adelantar en la perfección, siendo como el fuego que limpia el hierro y avalora las piedras preciosas. Ellos disminuyen las penas del purgatorio, alejan la tentación, reprimen la sensualidad, renuevan el espíritu, avivan la confianza, purifican la conciencia y reaniman las fuerzas de nuestra alma. Son como una bebida saludable y una planta medicinal del paraíso y el que conoce su virtud la aprecia, la aplica y se aprovecha de ella; en cambio el que no la utiliza y la rechaza, permanecerá siempre en sus miserias y enfermedades.

8. Si bien el dolor castiga y mortifica el cuerpo que ha de morir y corromperse, en cambio nutre al alma que es inmortal, haciéndola dueña y señora del cuerpo. Bajo la acción del dolor, el alma se vuelve y abre hacia Mí, como abre la rosa sus pétalos al rocío de la primavera. El dolor es como la vara amorosa que hierre a mis escogidos, alejando de ellos mi cólera y atrayendo mis gracias sobre sus almas, y les obliga, en cierto modo, a venir a mis brazos: El sufrimiento los hace prudentes y disciplinados. El que no ha sufrido, ¿qué puede saber? (1). El que más ha sufrido, tanto más sabrá apreciar las cosas de este mundo, porque la felicidad temporal oscurece nuestra alma, pero la desgracia la purifica de las tinieblas de las criaturas, y para adquirir la verdad de las cosas espirituales, hay que alejarse, en cierto modo, de las temporales. El que quiera, pues, ser verdaderamente sabio, frecuente la escuela del dolor y sabrá apreciar debidamente las cosas.

(1) «Qui non est tentatus, quid scit?» (Eccli. XXXIV, 9.)

9. Al que sabe sufrir con paciencia, le aprovecha igualmente la felicidad y el dolor, desarmando con ella la cólera de sus enemigos. Los santos son como los coperos de la humanidad, que después de haber gustado el vino amargo del dolor, lo ofrecen insistentemente a los demás hombres, proclamando la excelencia y provecho de la tribulación. El dolor nos conduce al cielo por camino estrecho y glorioso, marchando en pos de los mártires, triunfando de nuestros enemigos, con la seguridad de llegar al cielo vestidos con la púrpura del dolor, coronados de flores rojas y llevando en la mano la palma del triunfo sobre nuestros enemigos. El alma que ha sufrido entonará en el cielo un cantar nuevo desconocido a los mismos ángeles, que no han pasado por la tribulación, y por eso, aunque el mundo llame infelices y desgraciados a los que padecen, Yo los llamo mis escogidos y bienaventurados.

10. S.—¡Oh amabilísimo Señor! ¡Vuestras palabras suenan en mis oídos como dulce melodía de suave harpa en medio de mis dolores! Y si así has de consolarme; quiero siempre sufrir, pues más ganaré con las penas que con las alegrías y consuelos. ¿Qué mayor maravilla puede darse que saber convertir de este modo en provecho de nuestra alma lo que tanto aborrece el hombre? Vos, eterna Sabiduría, nos convencéis de ello con vuestro ejemplo, de tal modo que nadie puede ponerlo en duda, y por eso no es de maravillar que vuestros siervos sufran y padezcan con alegría. ¡Señor! con vuestras palabras me habéis persuadido de tal modo que, no sólo en adelante soportaré con gusto y alegría mis trabajos, sino que, postrado a vuestros pies, os alabo y bendigo por las penas que actualmente sufro, y por las penas pasadas que tan insoportables me parecían porque desconocía su utilidad y provecho.

Desde el fondo de mi corazón, Señor, os pido que

todos los sufrimientos propios y ajenos, que las angustias de todos los corazones, las heridas más dolorosas, los suspiros y llantos de los enfermos y tristes, las lágrimas de los afligidos, las humillaciones de los oprimidos, el desamparo de las viudas y de los huérfanos, las necesidades de los hambrientos y miserables, la sangre derramada de los mártires, las mortificaciones y abnegación de las vírgenes, todas las buenas obras de vuestros siervos, y todos los dolores ocultos o manifiestos que hayan sufrido los hombres en el cuerpo, en el alma, en sus bienes y en su honor, como asimismo los dolores y penas de la humanidad en lo futuro hasta el día del juicio: todo ello sea para vuestro honor y sirva para gloria de vuestro Padre celestial por los siglos de los siglos. Amén.

CAPÍTULO X

De la presencia de Jesucristo en el Smo. Sacramento.

1. *Siervo.*—¡Eterna Sabiduría! Si mi alma pudiera penetrar en el secreto de tus divinos misterios, obligado por el amor, me atreviera a preguntaros si no habéis agotado el abismo de vuestra caridad para con los hombres con vuestros dolores, y qué otras prendas de amor nos habéis dado.

Jesucristo.—Las prendas de mi amor, son tan incontables como las estrellas del cielo y las arenas del mar.

S.—¡Oh, amado mío! ¡mi dulce Señor y escogido de mi alma! vuelve hacia mí, pobre y miserable criatura, tu divino rostro, y mira cómo desprecio todas las cosas para buscar sólo el tesoro de vuestro amor: decidme algo de este precioso y oculto misterio. Tú sabes, Señor, la condición del amor que nunca se sacia, y cuanto más tiene más quiere tener y por muy indigno que se crea de tanto bien, la fuerza del amor le

obliga a ello. Decidme, pues, ¿cuál fué la mayor prueba de vuestro amor para con nosotros, después de vuestra sagrada Pasión?

J. C.—Dime antes, ¿cuál es la prenda más querida que puede ofrecer un corazón enamorado a la persona amada?

S.—¡Señor! a mi modo de entender, ninguna mejor que su misma presencia y compañía.

2. *J. C.*—Así es, en efecto. Para no separarme de mis amigos, teniendo en cuenta cuánto habían de sufrir con mi ausencia, antes de dejar este mundo para ir a mi Padre, por mi dolorosa Pasión, obligado por mi amor infinito, me quedé por siempre en el altar al instituir la Eucaristía cuando celebré mi última cena con mis discípulos. Así como en tiempo de Abraham, el sumo sacerdote Melchisedech ofreció pan y vino, figura del sacrificio de la nueva ley (1), así Yo, sumo sacerdote, tomé entonces el pan en mis manos, levanté mis ojos al Padre, le dí gracias, lo bendije y lo reparti, diciendo: «Tomad y comed, éste es mi cuerpo» (2). Después hice lo mismo con el cáliz y el vino, lo bendije y lo dí a mis discípulos, diciendo: «Bebed todos de él: este es el cáliz de mi sangre del nuevo y eterno testamento que será derramada por muchos en remisión de sus pecados» (3). Cuando dije: «Este es mi cuerpo», se cambió la sustancia del pan en la de

(1) «Melchisedech, rex Salem, proferens panem et vinum, erat enim sacerdos Dei altissimi, benedixit ei». (Gen. XIV, 18, y Hebr. VII, 1.) «Tu est sacerdos in aeternum secundum ordinem Melchisedech». (S. CIX, 4.)

(2) «Accipit Jesus panem, et benedixit, ac fregit deditque discipulis suis et ait: Accipite et comedite; hoc est corpus meum». (Mat. XXVI, 26.)

(3) «Et accipiens calicem, gratias egit, et dedit illis dicens: Bibite ex hoc omnes. Hic est enim sanguis meus novi testamenti, qui pro multis effundetur in remissionem peccatorum». (Ibidem, y Luc. XXII, 20.)

mi cuerpo, del mismo que estaba sentado en medio de mis Apóstoles, y lo mismo sucedió con el vino, que se cambió en mi sangre. Y de este modo me doy a los hombres todos los días, pues mi carne verdaderamente es comida y mi sangre verdaderamente es bebida (1).

3. S.—;Oh, Señor! ¿estáis aún presente en la sagrada Eucaristía?

J. C.—Sobre el altar estoy real y sustancialmente con mi Divinidad y Humanidad, mi alma y mi cuerpo, mi carne y mi sangre; tan realmente como me tuvo mi Madre en sus brazos y como estoy en el cielo rodeado del esplendor de la gloria. Después de la consagración hecha en la última cena, dije a mis Apóstoles: «Siempre que hiciereis esto, hacedlo en memoria de Mí» (2); es decir, en memoria de mi amor, de mi Pasión y muerte y del poder que tengo en el cielo y en la tierra como Dios y Hombre. Estas palabras fueron una profecía, un mandato de mi divina autoridad dado a los Apóstoles y a sus sucesores, para ejercer este ministerio hasta el fin de los tiempos, y así lo entendieron mis discípulos. Al consagrar, todos los sacerdotes son instrumentos dóciles por cuya boca digo las palabras: «Este es mi cuerpo» y «Esta es mi sangre», y así cada sacerdote consagra realmente mi cuerpo y el mismo todos ellos.

De este modo el pan material se cambia en Dios vivo, al pronunciar las palabras santas, quedando los accidentes exteriores sin la sustancia del pan, y la sustancia de mi cuerpo sin la apariencia exterior, estando Dios oculto bajo las especies de pan y vino. Mas ahora estoy presente en este sacramento con más gloria y

(1) «Caro enim mea vere est cibus, et sanguis meus vere est potus». (S. Juan, VI, 56.)

(2) «Hoc facite in meam commemoratiómem». (Luc. XXII, 19, y 1.ª Cor. XI, 24.)

excelencia que en la última cena, pues entonces mi cuerpo era mortal y pasible, y en el sacramento es glorioso como en el cielo (*Sum. theol.*, III, q. 81, art. 3).

4. *S.*—¡Amabilísimo Señor! permitidme que os pregunte una cosa, no porque dude de vuestras palabras, sino por la admiración y deseo que siento de saber cómo es posible que vuestro glorioso cuerpo se encierre en una partícula de pan que no tiene proporción alguna con vuestra grandeza. No os enojéis, Señor, por esta mi curiosidad, sino más bien instruídme sobre ello, Vos que sois Sabiduría eterna.

5. *J. C.*—No hay lengua que pueda explicar, ni inteligencia que pueda entender esto, porque es obra de mi omnipotencia. Por eso debes creerlo con sencillez y sin querer cavilar sobre ello. Sin embargo, te diré algo sobre el particular, comparando esta maravilla con otras no menos admirables que ves diariamente. Dime, pues, ¿no es admirable que todo un gran edificio se refleje en un espejo pequeño y en las partículas del mismo? ¿Cómo puede la grandeza de los cielos representarse en el reducido espacio de tu ojo, habiendo tanta desproporción entre ambos?

S.—Verdaderamente, Señor, que esto no se puede explicar, pues los cielos son inmensos y mi ojo es como un punto.

J. C.—Si, pues, la naturaleza puede hacer cosas tan admirables, ¿por qué no podré Yo, Señor de lo creado, hacer muchas más cosas con poder sobrenatural? Y, además, ¿no es mayor maravilla crear el cielo y la tierra de la nada, que cambiar invisiblemente el pan en mi cuerpo?

S.—Señor, según lo que puedo entender, el mismo poder se necesita para mudar una cosa en otra que para crear algo de la nada.

J. C.—¿Por qué entonces lo uno te causa maravilla y lo otro no? Repara, si no, cómo ninguno de mis dis-

cípulos me preguntó después de la consagración: «Maestro, ¿cómo puede ser eso?» Porque sabían que el Creador de cielos y tierra, bien podía cambiar una sustancia en otra. Sabes también que con cinco panes alimenté cinco mil hombres (1), ¿y dónde estaba entonces la materia que obedeció a mis palabras?

S.—No lo sé, Señor.

J. C.—¿Crees también que tienes un alma?

S.—Señor, no lo creo, sino que lo sé, pues, de lo contrario, no podría vivir ni pensar.

J. C.—Pero no puedes verla con los ojos corporales, y, por lo tanto, debes creer que hay otros seres fuera de los que perciben la vista y el oído.

S.—Señor, estoy convencido de que los seres invisibles son mucho más numerosos que los visibles.

6. J. C.—Pues bien, hay muchos hombres de tan cortos alcances que sólo creen que existe lo que perciben los sentidos, en contra de lo que creen los sabios e inteligentes. Cuántos no han visto Roma y, sin embargo, existe Roma. ¿Qué ciencia humana sabe cómo se han formado los mares y los cielos? Tu sorpresa y tus dudas provienen de la pequeñez de tu entendimiento, que trata de explicar las cosas sobrenaturales y divinas por comparación con las terrenas y naturales, y así resulta falso tu modo de razonar. Mi cuerpo no está bajo las especies del pan y del vino a la manera de un cuerpo material, ocupando un espacio y sometido a las leyes de la extensión, ni subordinado al espacio, y por eso puede estar al mismo tiempo presente en distintos lugares. Estoy presente en el Sacramento de un modo especial, y si me preguntas cuál sea éste, te diré que es propio y peculiar de este Sacramento, y que tu entendimiento no puede com-

(1) «Erant autem fere viri quinque millia; et manducaverunt omnes, et saturati sunt». (Luc. IX, 14 y 17.)

prenderlo. Rinde más bien tu razón con obediencia a Cristo (1), y en adelante persuádate del gran poder divino, al cual todos los seres obedecen y que llama las cosas que no son como las que son (2), sin que el hombre tenga capacidad bastante para verlo y comprenderlo. Para un niño nacido y criado en la oscuridad, sería cosa increíble y sorprendente cuanto le dijera sobre el sol y las estrellas, y le costaría trabajo creer lo que para la madre es claro y evidente. Siendo Yo Sabiduría infinita, me abajé hasta las tinieblas de los hombres, invitándolos a creer lo que está por encima de su corta inteligencia, y mientras confíes en mi inefable Verdad, adquirirás mayor ciencia de la que pudieras conseguir con tus fuerzas propias o ajenas.

7. Además, cuanto mayor sea tu fe, será más meritoria y recompensada en el cielo, y por eso decía San Luis, que si durante la elevación se manifestara mi Humanidad, él no volvería los ojos para verme, a fin de no perder el mérito de la fe.

8. S.—La luz que habéis derramado sobre mi alma, Señor, ha disipado todas las dudas de mi corazón y ¿cómo pretendo comprender cosas tan altas, cuando no entiendo las bajas de este mundo? Tú eres la Verdad que no puede mentir, que sabe todas las cosas y todo lo puedes. ¡Sí, amado Señor! deseo ardientemente recibiros y teneros en mis brazos como el justo Simeón en el templo, abrazaros contra mi corazón, y recrearme con el dulce beso de tu divina presencia como él. Mas veo que ahora os puedo recibir tan realmente como aquel anciano sacerdote, si bien impasible, y no mortal y pasible como entonces. En-

(1) «In captivitatē redigentes omnem intellectum in obsequium Christi». (2.ª Cor. X, 5.)

(2) «Qui vocat ea quae sunt tamquam ea quae non sunt». (Rom. IV, 17.)

tre él y yo no hay más diferencia que él os recibió visiblemente y yo de manera invisible, pero así como ahora se oculta a mis ojos vuestra Humanidad, así entonces se ocultó a los suyos vuestra Divinidad. Y ¿qué me importa vuestra visible presencia, si con los ojos del alma os veo con mayor claridad que con los del cuerpo? Me basta saber por la fe que estáis allí presente, pues de este modo tengo ya cuanto desea mi corazón. Por eso, si tuviera la dicha de aquella santa religiosa Hermengarda, en el convento de Wiler, de veros en forma de niño durante la misa, os diría con ella: «Señor, Vos sabéis que creo en el misterio de la Eucaristía con todas las fuerzas y veras de mi alma. ¿Por qué no os mostráis a los que necesitan fortalecer su fe vacilante?» Sí, prefiero mil veces Señor, no veros, pues, de lo contrario, ¿cómo me atrevería a acercarme a Vos? De este modo la Eucaristía me ofrece la mayor prueba de vuestro amor, y me oculta lo que hay en ella de milagroso y sobrenatural.

CAPÍTULO XI

La sagrada Eucaristía, Sacramento de amor.

1. *Jesucristo.*—En la última cena, dije a mis discípulos: «Ardientemente he deseado comer con vosotros este cordero pascual» (1). Y así como regalé a mis Apóstoles con el Sacramento del altar, quise que todos los hombres también participasen de él, siendo imposible imaginar el gran deseo y amor con que entonces me ofrecí a todos. ¿No es un gran misterio de amor que no me haya contentado con ser tu hermano por medio de la Encarnación, sino que también quiera ser tu sustento? Cosa es verdaderamente inaudita el dar su carne y su sangre en comida y bebida

(1) «Desiderio desideravi hoc pascha manducare vobiscum». (Luc. XXII, 15.)

por amor. En verdad, que ningún pueblo hay tan grande como el cristiano, porque ningún otro tiene tan cerca de sí a su Dios venerándole en el Sacramento (1).

2. Esta prueba de mi amor es tan maravillosa e inefable que supera toda inteligencia y debiera cautivar todos los corazones humanos por su incomparable excelencia. De las cosas materiales nada se asimila y une tanto al hombre como lo que come y bebe, y por eso, deseando unirme a él, inventé este admirable Sacramento. Imagínate un rey y señor de dominios inmensos, de tesoros incalculables, de hermosura infinita y de todos los placeres imaginables, y que este gran monarca acoge piadosamente a un leproso lleno de asquerosas llagas, deformado, ciego y cojo y se une a él de tal modo que le infunde su misma vida, de suerte que los miembros del leproso se transforman en los de su rey: ¡qué amor y dignación tan grande no sería ésta! Pues mil veces mayor y fuera de toda comparación, es el amor que nuestro a los hombres cuando me uno a ellos por medio de este sacramento.

3. Para saciar tu hambre y amor espirituales, te doy mi cuerpo en alimento, y cuando me recibes dignamente se enciende el amor de tu corazón, y tu alma y tu cuerpo se sienten inundados de gozo espiritual. Entonces te ofrezco mi vida, mi sabiduría y mis enseñanzas para que puedas seguirme en el ejercicio de las virtudes y dar gloria a mi Padre. Sobre todo esto te prometo y te doy mi Divinidad. Cuando la reina Saba vió las riquezas, el poder y la gloria de Salomón; quedó sobrecogida de admiración (2). ¿Y qué tiene que

(1) «Nec est alia natio tam grandis quae habeat deos appropinquantes sibi, sicut Deus noster adest nobis». (Deut. IV, 7.)

(2) «Videns autem Regina Saba omnem sapientiam Salomonis, etc.; dixit ad regem: Major est sapientia tua et opera tua quam rumor quem audivi». (III. Reg. X, 4 al 11.)

ver toda esta gloria y riquezas con lo que Yo te doy en la sagrada Comunión, pues me doy a Mí mismo? Verdaderamente deberas derretirte de amor al considerar los tesoros que encierra este divino sacramento.

4. Dándote aquí cosas tan grandes, ¿cómo dudas de que no te daré las más pequeñas? ¿Qué cosa será grande y difícil de dar al que se da a sí mismo? Yo no me contento con estar en el tabernáculo, ni quedé en este mundo para vivir fuera de vosotros, sino que mi deseo es estar y vivir en vuestras almas según aquéllo: «Mis delicias son estar con los hijos de los hombres» (1).

5. S.—¡Oh amor de Dios! a fin de que esta miserable criatura no temiera tu poder y majestad, os habéis anonadado y escondido bajo la hostia santa, sometiéndonos al poder del sacerdote! Te ocultas bajo la forma de pan como para disimular mis pecados, y en tu amor infinito llegas a remediar mi gran pobreza y miseria con este alimento espiritual.

¡Oh Padre eterno y celestial! ¿Quién soy yo para que me alimentes con el cuerpo y la sangre de tu Unigénito Hijo? ¡Oh dulcísimo Jesús! ¿Cómo te dignas venir a mi humilde casa, llevado de tu infinita caridad? ¿Cómo os lo agradeceré? ¡Oh dulce alimento de los ángeles, verdadero pan del cielo, que sustentas los desterrados de este mundo, luz y esplendor del sol y cedro altísimo! ¿cómo te abajas hasta esta vilísima hierbecilla?

¡Oh, dulcísimo Señor! ¿Qué favor más grande no sería para mi alma el poder gustar una sola gota de la sangre que mana de vuestro precioso costado! Mas, ¡oh maravilla! no una, ni dos, ni muchas gotas que brotan de vuestros miembros, sino toda vuestra sangre enrojece mi boca e inunda mi corazón cuando os

(1) «Deliciae meae esse cum filiis hominum». (Prov. VIII, 31.)

recibo en este sacramento. ¿No es este don superior al que disfrutaban los ángeles en el cielo? Señor, quisiera convertir todo mi sér y todos mis miembros en focos de amor infinito para agradecer esta dádiva. ¿Cómo podré desear y apetecer los bienes de este mundo, cuando Vos mismo os dais a nuestras almas por medio tan admirable, llamado con propiedad Sacramento de amor? ¿Qué mayor caridad puede haber que recibir al mismo amor en persona, y por gracia poder transformarse en amor?

Aun cuando sólo me hubiérais enviado un ángel o mensajero para mi remedio, no hallaría en el mundo con qué agradecerlo; ¿y cómo me portaré con Vos, al dignaros visitar en persona mi alma? Cuanto puedo desear en el tiempo y en la eternidad se encierra en Vos. No quiero ni mentar lo que es contrario o está fuera de Vos, porque sólo pensarlo sería delito. Vos sois lo más hermoso para mis ojos, lo más dulce a mi boca, lo más tierno para mis sentidos y los más amable para mi corazón.

¡Oh Señor! no sé cómo portarme en vuestra presencia a causa del temor y del amor que experimenta mi alma ante vuestra Majestad y vuestra dulcísima compañía: quiero adoraros profundamente con mi entendimiento, pero mi corazón también quiere amaros y abrazaros tiernamente. Sois mi Dios y Señor, pero también sois mi hermano y me atreveré a decirlo, también sois mi esposo. ¡Cuánto amor, cuánta dicha, cuánta alegría y dignidad hallo reunidas en Vos! Quisiera, Señor, el amor de todos los corazones, la pureza de todos los ángeles y la hermosura de todas las almas santas para poder recibirlos dignamente, y unirme a Vos tan íntimamente que ni la vida, ni la muerte fueran bastante para separarme de Vos. Amén.

CAPÍTULO XII

De la preparación para la sagrada Comunión.

1. *Siervo*.—Señor, cuando medito atentamente en la infinita bondad, sabiduría y amor con que dispones todas las cosas, no puedo menos de exclamar con el Apóstol: «¡Oh abismo de las riquezas de la sabiduría de Dios!» (1). ¡Cómo serás en tu esencia, cuando tan grande eres en tus manifestaciones exteriores? Mirad, Señor, el ansia de mi corazón al desear que ningún monarca sea recibido por sus vasallos, ningún huésped tan agasajado de sus amigos y ningún esposo tan tiernamente atendido como mi alma quiere recibirnos a Vos, mi único y supremo Rey, huésped dulcísimo de mi corazón y esposo amadísimo de mi alma, y el deseo de adoraros en mi espíritu con más fervor que ninguna otra criatura. Enseñadme, Señor, a recibirnos dignamente y con amor, pues, a mi modo de ver, la mejor cosa en que me pudiera ocupar en este mundo, es prepararme convenientemente para la sagrada Comunión.

2. *Jesucristo*.—Nadie hay en el mundo que pueda recibirme con la debida preparación, y aun cuando tu alma tuviera la pureza de todos los ángeles, el fervor de todos los santos y las buenas obras de todos los hombres, no sería digna de recibirme.

S.—¡Amabilísimo Jesús! ¡Con qué temor debemos acercarnos a Vos, nosotros tan miserables y pecadores! Cuando antes de recibirnos considero las culpas pasadas en que he vivido tanto tiempo, en que vivo y viviré, me juzgo digno más bien de ser llevado al patíbulo como vil ladrón, por haber robado a mi Señor

(1) «O altitudo divitiarum sapientiae, et scientiae Dei!» (Rom, XI, 33.)

el tesoro de la inocencia, que depositara en mi alma el día del bautismo, que de albergar en la sucia charca de mi corazón a un Dios tan bueno y misericordioso.

3. *J. C.*—No pienses, ciertamente, que es cosa de poca importancia el disponerse en el alma y en el cuerpo con toda diligencia para la sagrada Comunión, según lo enseñan los doctores de la Iglesia, y el que no lo haga así, se expone a un grave daño. Pero cuando el hombre hace de su parte lo que puede, Dios suplirá lo que falta. El enfermo no debe vacilar ni temer cuando le visita el médico, porque sólo su asistencia le devolverá la salud.

4. Cuando te acerques a la comunión, procura, ante todo, entrar en ti mismo y examinar con humildad y sinceridad tu conciencia, sobre los pecados cometidos que te impidan recibirla, debiendo entonces confesarte como lo manda la Iglesia con verdadero dolor y arrepentimiento, si estás en pecado mortal; y si sólo tienes veniales, es bueno confesarse, aunque no sea necesario. Si consigues arrepentimiento interior y sincero de tus pecados, te dispondrás mejor para la comunión que con muchas lecturas y oraciones. Propón no hacer en adelante cosa alguna que te prive de la gracia, y haz una firme resolución de apartarte de las ocasiones de pecar.

Después que hayas meditado sobre tu indignidad y bajeza, acércate con toda confianza en mi bondad y misericordia, que es mucho mayor que todos tus delitos y que los pecados de todos los hombres, y piensa que no he venido al mundo para salvar sólo a los justos, sino principalmente a los pecadores, a fin de restituirlos a la gracia y salvarlos. Hay almas que, al verse llenas de defectos e imperfecciones, no se atreven a comulgar y debieran, por el contrario, buscar con más presteza el médico para remediar sus faltas, diciendo: «Venid, Señor, cuanto antes a mi casa, por-

que mi alma está enferma». El que reconoce, por una parte, su indignidad y confía al mismo tiempo en la misericordia divina y recibe la sagrada Comunión con deseo de adelantar en la virtud, no debe dejar de acercarse a ella (1).

Finalmente, debes procurar que al recibir este sacramento, te mueva siempre el deseo de perfeccionarte, guiándote más el hambre espiritual y la devoción que la costumbre. Piensa en aquellas mis palabras: «El que come mi carne y bebe mi sangre, él está en Mí y Yo en él» (2). Y en aquellas otras: «El que no come mi carne y bebe mi sangre, no tiene vida en sí mismo» (3), vida que agrade a Dios. El verdadero amante debe acercarse a este banquete espiritual con el pensamiento de que allí encontrará al amado de su corazón, por cuyo amor está dispuesto a morir y abandonar todas las cosas del mundo.

5. Además debes acercarte vestido, en lo posible, con las virtudes, como son la humildad, mansedumbre, obediencia, recogimiento, amor al prójimo y otras semejantes, porque el alma que desea entrar en los secretos de la vida espiritual y devota para disfrutar de mis delicias, debe purificarse antes de todos los vicios y adquirir las virtudes, revestirse de libertad santa, abandonando toda afición y apego desordenado; con la rosa de la caridad, con la violeta de la humilde abnegación y el lirio de la pureza. Debes orar con sosiego y tranquilidad, porque mi morada está en la paz (4), procurando conservarla con suma diligencia

(1) Esto se puede aplicar, según el Decreto de Pío X, 20 de Diciembre de 1905, no sólo para la comunión anual, sino también para la frecuente.

(2) «Qui manducat meam carnem, et bibit meum sanguinem, in me manet, et ego in illo». (S. Juan, VI, 57.)

(3) «Nisi manducaveritis carnem Filii hominis, et biberitis ejus sanguinem non habebitis vitam in vobis». (Ib. 54.)

(4) «Et factus est in pace locus ejus»: (S. LXXV, 3.)

en todas tus palabras y acciones. No una paz sensual y natural, sino la paz interior del espíritu divino, de la que tanto más se disfruta cuanto más unida está el alma a Dios, y tanto más se pierde cuanto más nos alejamos de El.

6. Ten presente, sin embargo, que aquellos que anhelan la perfección, no tienen medio más apropiado ni mejor para prepararse a recibir este sacramento, como acercarse a él con frecuencia, si, por otra parte, no decrece en ellos la veneración, la caridad y la devoción, así como el medio más eficaz para encender un leño es acercarle al fuego. Porque el calor quita la humedad, ablanda las piedras y los metales cuando obra activamente, y termina por inflamarlo todo y comunicar su calor a medida que se acercan a él, especialmente los combustibles. Del mismo modo no hay hombre, por pervertido que sea, frío y endurecido en el pecado y en los defectos, ni tan apegado al mundo y a las criaturas, que al acercarse con devoción y pureza de intención a este divino fuego y permanecer junto a él, no sienta caldearse, encenderse y abrasar su corazón, por más duro y rebelde que sea. Por donde comprenderemos que nada nos dispone mejor a recibir a Dios como el mismo Dios.

Si mañana se celebre una gran solemnidad religiosa y quisieras prepararte para recibir la Comunión del mejor modo posible, ¿cómo podrías conseguirlo más eficazmente, sino por medio de Mí? Por eso, si quieres despojarte de tus imperfecciones y del hombre viejo, si quieres renovar tus costumbres y conducta renaciendo a nueva vida de perfección, nada más eficaz como recibir el cuerpo verdadero y vivo del Hijo de Dios, con mi sangre santa y purificadora, con mi alma, mi sacratísima Humanidad y Divinidad, y la misma Santísima Trinidad con todo lo que soy, tengo y puedo.

7. Cuando se acerque el momento de recibirme, sal al encuentro de tu Dios y Señor con la debida reverencia; admírate de que tan gran Señor se digne visitar tan baja criatura como tú, tan alta majestad a tan despreciable leproso, y de que tan elevada dignidad se incline hacia tan vil gusanillo. Dime con temor y arrepentimiento: «Señor, no soy digno de que entres en mi pobre morada, pero confiando en vuestra bondad y misericordia, me acerco a Vos como enfermo al médico que da la vida, como sediento a la fuente de misericordia, como necesitado al Señor de cielos y tierra, como oveja al pastor, criatura al Creador, como esclavo a su libertador». Y con ardientes deseos de tu corazón y hambre espiritual, recibe a tu esposo y gózate con su divina presencia.

8. S.—Concédeme, Señor, que os reciba con alma pura, con corazón limpio y vida santa y cristiana. Haced que os reciba con el hambre de un corazón sediento de amor, con la devoción del sacerdote que en el mundo hoy celebre con más fervor, y no os apartéis jamás de mí hasta que llegue a la eterna bienaventuranza. Amén.

CAPÍTULO XIII

Plegaria del alma arrepentida antes de la Comunión.

1. *Siervo*.—¡Amorosísimo Señor! ¿Quién soy yo para recibirlos? ¡Oh Bondad infinita! ¡Cuán indigno soy de ello! ¡Cuán mal os he servido! ¡Cuántas veces os he olvidado! Estoy lleno de confusión porque he pecado desde mi niñez y perdido el tiempo de mi vida. ¡Cuán necesitado estoy, Señor, de vuestra misericordia! Cuando pienso, dulcísimo Jesús, que vuestra purísima Madre, María, tembló al oír las palabras del ángel que le anunciaba vuestra Encarnación en su

seno: cuando veo que San Juan Bautista se estremece de temor santo al bautizar vuestra Humanidad en las aguas del Jordán, ¿cómo no temblaré yo, miserable pecador, al recibir dentro de mi pecho vuestro cuerpo glorioso e inmortal? Mi ingratitud, mis pecados y mi conciencia claman contra mí; pero ¿a dónde iré para escapar de vuestro poder y justicia?

2. Si bien ésta supera todo cálculo y medida, mucho mayores son las pruebas de vuestra misericordia y bondad. Yo sé que tu misericordia es tan grande para con todos los pecadores, que no abandonas ni rechazas a ninguno que acuda a Vos confiadamente. Tú mismo has dicho que no viniste al mundo en busca de los justos, sino de los pecadores (1), y tuyas son aquellas palabras: «Venid a Mí todos los que estáis trabajados y cargados, que Yo os aliviaré» (2). ¡Oh, Dios misericordioso! ¡cuán grande es vuestra bondad e inefable vuestra gracia!

3. ¡Tened compasión de mí! No soy digno de que vengas a mi corazón, pero mis pecados son tantos que no sanaré de ellos si vuestras dulces palabras no me consuelan. Señor, no soy digno de Vos, mas yo necesito vuestro auxilio y con una sola palabra podéis salvar mi alma (3). Por eso os suplico, por vuestra profundísima humildad, que os dignéis abajaros hasta mí, pecador abyecto y miserable. ¡Oh dulce esperanza de mi alma! interceded por mí ante Vos mismo, y perdonad el atrevimiento de recibirlos, a pesar de estar lleno de tantos pecados. Yo me acojo a vuestra infinita misericordia y pongo mi corazón en vuestras

(1) «Non enim veni vocare justos, sed peccatores». (Mat. IX, 13.)

(2) «Venite ad me omnes, qui laboratis et onerati estis, et ego reficiam vos». (Mat. XI, 28.)

(3) «Domine non sum dignus ut intrés sub tectum meum; sed tantum dic verbo, et sanabitur puer meus». (Ib. VIII, 8.)

manos, confiando en vuestra divina gracia para merecer las misericordias de vuestro amor inefable.

4. ¡Oh Padre celestial! Como no puedo satisfaceros por mis innumerables pecados, quiero recibir a vuestro Hijo como víctima de expiación por todos ellos, porque nadie en el cielo ni en la tierra es tan amado y propicio a vuestros divinos ojos como Él. Y para aplacar vuestra justicia, irritada por mis culpas, os ofrezco su santísima vida, sus trabajos, sus dolores, sus llagas preciosas; su purísima sangre y su dolorosísima muerte, así como su fidelísima obediencia por mi infidelidad en vuestro servicio.

5. Y Tú, ¡dulce Jesús mío! imprime en mi corazón las maravillas de tus misericordias, y descansa en él conforme a vuestros deseos, haciendo que aparezca limpio de la culpa en vuestra divina presencia y adornado con santas virtudes. Amén.

CAPÍTULO XIV

Aspiraciones del alma después de recibir a su Amado.

1. *Siervo.*—¡Bendito seáis, Dios mío! por haber accedido a mis ardientes deseos. ¡Con qué alegría os recibo en este sacramento por ser el mejor regalo para mí, porque en él recibo vuestro Cuerpo adorable y dulcísimo! Este es el pan del cielo que da verdadera vida a quien lo come, sustento de los ángeles que da sabiduría a quien lo gusta.

Señor, tengo verdaderas ansias de gozar de Vos sin que pueda saciarme, porque cuanto más cómo de este pan, más hambre experimento, y cuanto más bebo de esta agua viva, más sediento me hallo, sobrando siempre más de lo que pueden consumir todos los vivientes. Vos, Señor, sois un hostelero tan bondadoso que pagas tú mismo los gastos de tus huéspedes.

2. ¡Amorosísimo Jesús! Yo bebo con sed ardiente la sangre que brota de vuestro costado y de vuestras llagas que tan dulce es a mi alma y tanto la embellece y dignifica. Es más suave que el mosto de las granadas (1), y de ella quiero llenar todas mis vasijas para tener fortaleza y ánimo; aun cuando esté saciado, deseo siempre más, y nunca podré agotar lo que me está preparado. Por eso no me cuidaré de lo que tengo, sino que aspiraré a lo que aún me falta.

3. ¡Oh dulce brote del árbol de la vida, flor hermosa nacida del corazón del Padre celestial, dulcísimo racimo de Cipro de la viña de Engaddi (2), quién me diera poder recibirlos dignamente para que os complaciérais en venir a mí y permanecer por siempre a mi lado sin apartarnos jamás! ¡Oh si pudiera recibirlos con la misma reverencia con que vuestra Madre, la Virgen María, recibió el saludo del ángel al responderle: «He aquí la esclava del Señor: hágase en mí según tu palabra» (3), pues fué tan agradable esta respuesta al Señor, que en el mismo instante descendió el Hijo de Dios al seno de la Virgen para salvarnos de nuestras miserias! Así, pues, infinita Bondad, que llenas el cielo y la tierra, dignaos venir hoy a mi pecho y no desprecies esta vil criatura. ¡Oh dulcísimo Jesús, Verbo eterno del corazón del Padre, espejo fidelísimo de su perfección infinita! ven, Señor, a tu casa y restaura de nuevo el templo caído y profanado de mi alma, levanta las columnas de tu amor y ordena mis cinco sentidos para que te sirvan con toda fidelidad y recato.

4. ¡Señor!, obrad en mí según vuestra gracia y mi-

(1) «Mustum malorum granatorum meorum». (Cat. VIII, 2.)

(2) «Botrus cypri dilectus meus mihi in vineis Engaddi». (Ib. I, 13.)

(3) «Ecce ancilla Domini, fiat mihi secundum verbum tuum». (Luc. I, 38.)

sericordia infinita, y no según mis méritos. Tú eres el inocente cordero que se inmola en la santa Misa por los pecados de los hombres. ¡Oh dulcísimo y sabroso maná del cielo que encierras toda suavidad según los deseos de nuestro corazón! (1), refrigera hoy el hambre de mi alma; aliméntame, fortaléceme, purifícame: y unidme a Vos íntimamente.

¡Oh eterna Sabiduría! Venid a mi pecho para ahuyentar a todos mis enemigos, curar mis llagas y lavar mis culpas; ilumina mi entendimiento con la luz de la fe, inflama mi voluntad con vuestro dulce amor, esclarece mi memoria con vuestra santa presencia y dad a todas mis potencias fortaleza y perfección. Que el esplendor de vuestra verdad me guíe siempre y sea digno de experimentar vuestras íntimas alegrías, que vuestra gracia se poseione de todo mi sér, se aumente sin cesar y no me abandone jamás hasta la vida eterna, donde será mi recompensa, mi gozo y mi alegría por toda la eternidad. Amén.

CAPÍTULO XV

Cómo debemos portarnos después de comulgar.

1. *Jesucristo*.—Después que hayas recibido la sagrada Eucaristía, postrado de rodillas, recoge todas tus potencias y sentidos para meditar en lo íntimo de tu corazón el gran beneficio que Dios acaba de hacerte, uniendo mi carne a la tuya, mi alma a la tuya y mi Divinidad a tu humanidad. Remóntate con vuelo de águila hasta las alturas del mismo Dios, y así como si esta ave comiera tu cuerpo al morir, incorporada a

(1) «Pro quibus angelorum esca nutriti populum tuum; et paratum panem de coelo praestitisti illis sine labore, omne delectamentum in se habentem et omnis saporis suavitatem». (Sab. XVI, 20.)

ella tu carne volaría por los aires sobre la tierra, así tú transformado en Mí, después de la sagrada Comunión, debes vivir con la inteligencia y el amor en Dios elevado sobre todas las criaturas.

2. Gran perjuicio se causan aquellas almas que, después de comulgar, no se recogen ni conservan aquella primera devoción, derramando sus pensamientos y sentidos por las cosas exteriores, y sin dar lugar a que la gracia obre en el espíritu, perdiéndose así el fruto de este sacramento. El momento que sigue a la Comunión es el más oportuno para recibir las influencias de la gracia; y así como se disipa en seguida el sabor agradable que deja en el paladar una bebida aromática y muy gustosa, bebiendo un trago de agua fría, así aquí cuando el hombre ha recibido este santísimo Sacramento perderá la suavidad y los buenos efectos que obra en el alma, si da entrada en su imaginación a fantasías y pensamientos de cosas temporales, indisponiendo el espíritu para recibir la acción de la gracia.

3. Enciérrame, pues, en tu corazón, alejando de él todo afecto extraño que aborrezco, como el pájaro aborrece la estrechez y prisión de la jaula. Cántame entonces aquel canto de Sión (1), cuya armonía consiste en un acorde de tres sonidos diferentes, a saber: olvido completo de las cosas terrenales, amor ardiente y alabanza perpetua. Entonces te abrazaré y estrecharé contra mi corazón. Si en aquellos instantes experimentas una paz inefable, un gozo indecible y recibes luces sobrenaturales, guarda el secreto de mis dones y dime con profundo suspiro de tu alma: «Verdaderamente Vos sois Dios escondido, Bondad oculta que nadie comprende si no la experimenta».

(1) «Hymnum cantate nobis de canticis Sion». (Salm. CXXXVI, 3.)

4. Debes, pues, agradecerme el gran beneficio que te hago al darte mi cuerpo en comida, mi sangre en bebida, el agua que sale de mi costado abierto para lavar tus culpas, y mi Divinidad como prenda de la eterna bienaventuranza.

5. Además debes meditar, con todo recogimiento, mis dolores, conforme lo recomendé a mis discípulos, cuando les dije: «Tomad este alimento en memoria de Mí y de mi Pasión» (1). Como si dijese: Debéis recordar y renovar mis dolores en vuestro corazón. Si fuera posible ver el alma en el momento de comulgar, se vería en ella representada mi Pasión más claramente que pintada por el mejor artista en un lienzo. Piensa también en el amor infinito de mi corazón, que me obligó a dar mi alma en sacrificio por ti y por todos los hombres, y que no has sido redimido con precio de plata y oro, sino con la sangre preciosísima del Hijo de Dios (2).

6. Por último, ten presente que si por razón de los deberes imprescindibles de tu estado, alguna vez no puedes detenerte lo suficiente en la mañana para merecer y recibir el fruto de la Comunión en la acción de gracias, hazlo después por la tarde o por la noche, porque Dios obra de igual modo a todas horas, con tal que tú te dispongas para ello.

7. ¿Y qué otra cosa debes hacer cuando me recibes, sino gozar de mi divina presencia durante todo el día? Mira cómo los amantes del mundo no se cansan de estar juntos toda la vida y se alegran con la sola vista de la casa donde habita la persona amada.

(1) «Accipite et manducate. Hoc facite in meam commemorationem». (I. Cor. XI, 24.)

(2) «Scientes quod non corruptilibus auro vel argento redempti estis de vana vestra conversatione paternae traditionis, sed pretioso sanguine quasi agni immaculati Christi». (1.ª S. Pedro, I, 18 y 19.)

Considera, pues, cuántos mayores motivos tienes tú de alegrarte por estar unido, no a una miserable criatura, que es un puñado de tierra, sino al Creador de todo, a la Sabiduría de Dios, encarnada y oculta bajo las especies sacramentales. Sería cosa extraña que el día en que recibes al Creador de todas las cosas, te preocupases por la pérdida de alguna de ellas, pues teniendo en tu pecho la plenitud de la verdadera alegría, debe desaparecer toda tristeza que puede acarrear cualquier suceso, así como la gota de vinagre se pierde y diluye en el océano (1).

CAPÍTULO XVI

De los frutos de la sagrada Comunión.

1. *Siervo*.—¡Oh Dios amoroso! ¡altísimo Señor y dulce huésped de mi alma! Permitidme que os pregunte cuáles son los obsequios y regalos que haces a las almas que os reciben con toda el ansia y amor de su corazón.

Jesucristo.—¿Te parece conveniente pedir regalos a un amante? ¿Puede haber cosa mejor que Yo mismo? ¿El que tiene mi amor, tendrá algo más que pedir? ¿El que se da a sí mismo, podrá negarte nada que le pidas? Cuando me recibes, me uno a ti de tal modo que tu sér se pierde y cambia en el mío; y así como cuando amanece, el crepúsculo de la mañana se cambia en día esplendoroso y claro, así sucede con tu alma cuando la luz divina del Verbo eterno penetra, abrasa e ilumina tus potencias. ¿Qué hace el brillo del sol con la obscuridad del aire sin nubes? ¿Qué cambio

(1) En los devocionarios se encuentran oraciones para dar gracias después de la comunión, pero mejor será dejar entonces hablar a los afectos salidos de lo íntimo del corazón que atenderse a los que nos pueden ofrecer los libros.

produce el delicioso verano cuando sucede a la frialdad y tristeza del invierno?

S.—¡Oh Señor, qué ricos dones no trae el sol a la tierra!

J. C.—Así lo estimas, porque lo ves, mas piensa que la menor de las gracias que concedo al alma por este sacramento, la hará en el cielo más brillante que el sol por toda la eternidad, más resplandeciente que el lucero de la mañana, y te adornará con perpetua hermosura muy superior a la que da el verano a la tierra, porque mi Divinidad, que tú recibes realmente en la Comunión, brilla mucho más que el sol, mi alma más que todas las estrellas, y mi cuerpo, glorioso, es más deleitable que todas las galas del estío.

2. *S.*—¡Oh Señor! ¿por qué no experimento estos maravillosos efectos en la Comunión? Me acerco a ella con tanta frialdad que, a mi modo de ver, no recibo luz ni gracia alguna, y me siento como un ciego de nacimiento, que no vislumbra jamás resplandor alguno. Por eso me atrevo a pedirlos que os manifestéis más a mi alma para gozar de vuestra amable presencia.

J. C.—Cuanto menos me manifieste a tu espíritu, más viva será tu fe y mayor tu mérito. Mira cómo obre en la naturaleza, dando a los árboles crecimiento imperceptible a los sentidos, hasta que llegan a ser grandes y frondosos. En este sacramento no soy luz ni causa que obre al exterior, sino en lo interior: con efectos tanto más nobles y elevados cuanto más espirituales.

3. Cuáles deben ser los frutos de recibir este sacramento, lo he manifestado repetidas veces por mis palabras en el Evangelio, diciendo: «Yo soy el pan bajado del cielo que da vida al mundo» (1). «Este pan

(1) «Panis enim Dei est, qui de coelo descendit, et dat vitam mundo». (S. Juan, VI, 33.)

no es como el que comieron nuestros padres en el desierto; el que comiere de él no morirá» (1). «El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna y Yo le resucitaré en el último día» (2). Y en otro lugar: «Como me envió el Padre viviente, y Yo vivo por el Padre, así también el que me come vivirá por Mí» (3).

Por lo tanto, si quieres conocer el fruto de tus comuniones, examina si tienes vida divina en ti mismo, si tu corazón está vacío de todo lo que no es Dios, y si la vida que El te comunica se manifiesta también en el hombre interior, en tus costumbres, en tu conducta, en tus palabras y acciones. Porque, como dije a San Agustín, no me mudaré Yo en ti, sino tú te mudarás en Mí, destruyendo tu vida de pecado para sustituirla por la vida de gracia y de gloria; y así como tú comes las especies sacramentales, así Dios, en cierto modo, te come espiritualmente y te hace participante de su naturaleza cuando te despojas de la tuya. Por eso, el alimento corporal cuanto más digerible es, más fácilmente se transforma y pierde sus primitivas cualidades al ser digerido. Para conocer si estás unido a Dios, mira si te hallas en El y si El se halla en ti, y si no encuentras en ti más que a Dios, según aquello: «El que come mi carne, él está en Mí y Yo en él» (4). Mi amor es de tal naturaleza, que alimenta al que abrasa y consume, destruye y consume lo tuyo para darte lo mío.

(1) «Patres vestri manducaverunt manna in deserto et mortui sunt. Hic est panis de coelo descendens, ut si quis ex ipso manducaverit non moriatur». (S. Juan, 49 y 50.)

(2) «Qui manducat meam carnem, et bibit meum sanguinem, habet vitam aeternam; et ego resuscitabo eum in novissimo die». (Ib. 55.)

(3) «Sicut misit me vivens Pater, et ego vivo propter Patrem, et qui manducat me vivet propter me». (Ib. 58.)

(4) «Qui manducat meam carnem, et bibit meum sanguinem in me manet et ego in illo». (Ib. 57.)

4. Este sacramento es de tal naturaleza que destruye todo lo malo y superfluo para dar lugar a Dios, disminuye las malas inclinaciones y los vicios causados en nuestra naturaleza por el pecado de Adán. Reprime y modera las tentaciones y limpia el alma de los pecados veniales y de los mortales ignorados. No olvides que el hombre cae frecuentemente en faltas graves y veniales que le acarrean un estado de tibieza grande al complacerse en ellos, y amortiguan interiormente su fe, siendo el principal remedio para evitar estos males la sagrada Comunión, que le protege y fortalece contra el pecado, acrecentando en su alma la divina gracia.

Este sacramento purifica, además, toda la vida del hombre, sus afectos, sus intenciones y sus pensamientos renovándolo en pureza y santidad. Disipa las tinieblas de su mente, dándole un verdadero conocimiento de sí mismo, enseñándole a desprenderse de todas las criaturas, según aquello: «Le alimentó con el pan de la vida y de la inteligencia» (1). Así que este pan celestial cambia al hombre de tal suerte, que, reformando su vida, le transforma en Dios, le aparta de todas las cosas mundanas, e interior y exteriormente queda renovado.

Así como el alimento digerido y transformado, pasa a las venas para convertirse en una sola cosa con el cuerpo, así también este divino alimento comunica al hombre las energías y la vida de Dios haciéndose una cosa con El, elevando al alma sobre las cosas terrenas, iluminando el entendimiento con luz celestial e inflamando el corazón en el amor divino. El alma es aquí enriquecida de tal modo que empieza a gustar anticipadamente aquella eterna paz del cielo, porque, al unirse conmigo, ya tiene cuanto puede desear. Ver-

(1) «Cibabit illum pane vitae et intellectus». (Eccli. XV, 3.)

daderamente que no se puede explicar con palabras el gozo y los beneficios que experimenta el alma pura que recibe mi sagrado Cuerpo, pues todas las gracias y frutos que merecí para el mundo con mi Encarnación, mi Pasión, Resurrección y Ascensión, comunico a cada uno de los que me reciben dignamente.

5. Mas el que quiera buscar los frutos de este verdadero maná, debe salir con mi pueblo escogido del Egipto tenebroso; y así como a los israelitas no se les dió el maná, sino cuando terminaron de comer la harina que sacaron de Egipto; y pudieron tener en aquel milagroso sustento el gusto que deseaban, así también, mientras el alma tenga algún apego a las criaturas, no gustará debidamente la excelencia y las delicias de este pan celestial.

6. S.—Señor, ¿cómo he vivido en tan gran ceguera? Llevaba en mi pecho rosas y flores olorosas sin olerlas, caminaba entre ellas sin verlas, y recibiendo el dulce rocío de la primavera he permanecido como rama seca! Nunca deploraré bastante el que estando Vos tan cerca de mí todos los días, yo permaneciera alejado de Vos. ¡Oh dulce huésped de las almas puras, cuán descortésmente me he portado con Vos! He tenido en mi boca éste bálsamo suavísimo sin gustarlo!

¡Oh delicia de los ángeles!, ¿cómo no he sentido gozo en Vos? Cuando espero la visita de algún amigo predilecto, no duermo de alegría la noche anterior, y ¿cómo no me preparo debidamente para recibirlos a Vos, huésped soberano, a quien adoran el cielo y la tierra? ¿Cómo me distraigo tan pronto de Vos y os echo de mi corazón que os pertenece por entero?

¡Oh Dios mío! ¡cuán pocas almas consideran y aprecian el gran don que reciben! Se acercan a la Comunión por costumbre, sin reverencia ni devoción, y por eso quedan vacías y privadas de tantas gracias, porque reciben este sagrado alimento sin reflexionar.

CAPÍTULO XVII

De la Comunión indigna y de los obstáculos que impiden el influjo beneficioso de este Santísimo Sacramento.

1. *Siervo.*—Deseo saber, Señor, los perjuicios que ocasiona el comulgar sin la debida preparación, y conocer los obstáculos que nos impiden percibir los tesoros celestiales de Aquél que enriquece los cielos y la tierra, quedando el alma estéril y vacía de todo bien.

Jesucristo.—El fruto de este sacramento es proporcional al amor y devoción con que el alma lo recibe. Cuando se acerca bien preparada, le será pan suavísimo; si la preparación es poca, gustará entonces de pan seco y duro, mas si no está preparada, le servirá de castigo temporal y de eterna maldición.

2. *S.*—¡Oh, qué horror! ¿quiénes son, Dios mío, las almas que no están preparadas?

J. C.—Los pecadores que viven voluntariamente con sus obras en pecado mortal, y reciben este sacramento como Judas.

3. *S.*—¿Es necesario que tales almas se confiesen antes de ir a comulgar?

J. C.—Sí, pero algunas veces no se confiesan con propósito firme y decidido de evitar las ofensas graves contra Dios, ni abandonan las ocasiones de pecar. Acaso hace varios años que no se confiesan sinceramente, engañando al confesor, y, sin embargo, comulgan todos los años. Después de la confesión quedan con el corazón vacío y frívolo, siguiendo su conducta vana y perversa; no sólo encandalizan a los demás, sino que viven olvidados de Dios sin temerle, y sin propósito de enmendarse ni abandonar su modo de vivir. Y en este estado se acercan a la Comunión con gran daño y peligro de sus almas; cuanto más frecuen-

tan este sacramento se hacen más endurecidos, ciegos e insensibles, porque así como nada fortalece tanto como la buena comunión, tampoco hay cosa que más dañe como la comunión sacrilega.

4. S.—¿Entonces sería preferible que estos tales no comulgasen?

J. C.—Sin duda alguna, porque les sería mejor que dejasen entrar en sus almas una legión de demonios, que recibir mi sagrado Cuerpo como Judas y hacerse reos de mi muerte; al hacerlo, es como si arrojasen en un charco inmundo a un hermoso y delicado niño. ¡Así me pagan el amor con que me he entregado por ellos! Hospedan en sus almas, fétidas y sucias, al Hijo de Dios, que tiene poder para arrojarlos en el infierno (1).

5. S.—¿El oír esto me horroriza, Señor! mas si al fin estos hombres se convierten de buena voluntad y confiesan arrepentidos sus pecados, proponiendo enmendarse, ¿pueden acercarse entonces a la sagrada mesa?

J. C.—¿Y por qué no? Así como seré eterno vengador de los impenitentes, soy también eterno protector de los arrepentidos, según sea su enmienda y dolor.

6. S.—¿Y a quiénes, Señor, llamáis poco preparados para recibirlos en este sacramento?

J. C.—Los que viven aficionados a las cosas terrenas. Tienen pecados y faltas ocultas, ya interiores o exteriores que impiden la perfecta influencia de la gracia que se recibe en este sacramento.

7. S.—¿Y cuáles suelen ser esas faltas?

J. C.—Los pecados veniales deliberados que convierten este sacramento en pan seco y duro: y estos pecados son de dos clases, unos *permanentes* y otros *pasajeros*.

(1) «Timete eum qui potest et animam et corpus perdere in gehennam». (Mat. X, 28.)

Los defectos *permanentes*, que son los más perjudiciales, consisten en el apego a las criaturas, donde hallan placer y complacencia, ya sean aquéllas seres vivos o inanimados. La esencia de estas faltas consiste en que el hombre se deja dominar de los sentidos y no quiere dejar las criaturas ni el placer que le proporcionan, por su Dios, y así la criatura usurpa el lugar debido al Señor, de tal modo que la gracia no puede obrar en ellos libremente. Por eso el hombre debe estudiar bien su interior. ¡Cuán frecuentes son estas faltas en aquellos que sólo sueñan en ganar y amontonar riquezas y cosas vanas sin la debida moderación! Esto se ve en toda clase de personas mundanas y espirituales; nadie vive conforme ni contento, sino pensando siempre en aumentar lo que tiene. Así vemos construir grandes casas provistas de todas las comodidades, adornar los aposentos con mil objetos y curiosidades valiosas e inútiles, proveerse de trajes elegantes y costosos, comer regaladamente, poniendo su gozo en disfrutar de estas cosas, deseando ser admirados de los demás y buscando satisfacciones mundanas, amistades, diversiones y frivolidades que les impiden hallar verdaderamente a su Dios.

8. Defectos *pasajeros* son aquellos que se cometen por ligereza, falta de reflexión o mala inclinación de la naturaleza, como de ira, orgullo, pereza, palabras vanas, y cuando se presenta la ocasión faltan por su locuacidad, poca templanza en el comer o beber; vana alegría, demasiada solicitud por las cosas temporales, etc. Por lo tanto, aquellos que se acercan a la comunión sin precaverse contra estas faltas, ponen obstáculo a la íntima y amorosa unión del alma con Dios sin merecer su confianza, y viven con el espíritu ofuscado o inquieto sin poder recibir la influencia ni las luces de la gracia.

Mas cuando se lloran las faltas involuntarias come-

tidas poco antes de la comunión, no son tan perjudiciales, porque el arrepentimiento limpia en gran parte y purifica el espíritu del origen de sus pecados. Asimismo, cuando el día de la comunión el alma se disipa voluntariamente en conversaciones vanas, pasatiempos o quehaceres inútiles, también pone obstáculo a la acción de la gracia. Sin embargo, por eso no se debe omitir la comunión ni abandonarla, pues no peca al comulgar arrepintiéndose antes de estas faltas.

9. Por aquí comprenderás por qué a pesar de ser este sacramento fuente de todas las gracias y habiendo muchas almas sin pecado grave que lo reciben con frecuencia, sacan poco provecho. La causa está en los pecados veniales que el hombre no trata de enmendar seriamente, ni en considerar su verdadero perjuicio, y así impiden la acción de Dios en el alma.

10. *S.*—¿Y quiénes son, Señor, los que se acercan bien preparados y dispuestos?

J. C.—Son las almas limpias que tienen el corazón despegado de toda criatura, y se acercan a Dios con pura intención, sin abandonarle jamás, creyendo y esperando siempre en El, tanto en las cosas prósperas como en las adversas. Así nacen para Dios y Dios nace en ellas; y cuando tropiezan con algún peligro interior o exterior, se apartan prontamente de él sin perder la paz del alma, poniéndose en las manos de Dios, a quien aman y de quien esperan todas las cosas, y a quien se las ofrecen todas. Estas almas perciben los frutos de la comunión, que es para ellas pan vivo y suavísimo, recibiendo en ella luces y gracias abundantes y hallando aquí el camino más seguro para llegar a la perfección. Las maravillas que obra en ellas este sagrado sacramento, exceden la capacidad e inteligencia de los mismos ángeles.

CAPÍTULO XVIII

De la frecuencia de la sagrada Comunión.

1. *Siervo*.—¡Amabilísimo Señor! ¿qué será mejor para las almas, recibir este sacramento con frecuencia o pocas veces?

2. *Jesucristo*.—Aquel que experimenta reverencia y devoción crecientes a medida que comulga, debe acercarse con frecuencia a esta sagrada mesa. Por eso he dicho: «El que coma del pan que Yo diere, vivirá para siempre» (1), porque su vida se transformará en la de Dios, donde viven todas las criaturas, y gozará de una claridad que no tendrá fin, pues será alumbrado con luz divina.

Nada favorece tanto la verdadera oración, ni puede ser más eficaz para llegar a una vida perfecta como la frecuente comunión, porque con ella se renueva y fortalece el espíritu, y por eso nada más justo que dar gracias a Dios de manera especial por este beneficio superior a todos los otros. Además por este sacramento aumenta y crece la gracia de tal manera que el menor grado de ella que aquí recibe el alma se multiplica de modo incalculable; y como cada vez que comulga le doy mayor amor, y a éste corresponde mayor gloria, una gracia dispone al alma para otra mayor.

3. Siendo, por otra parte, tan débil e inclinada al pecado la naturaleza humana, necesita de un auxilio constante que la sostenga y defienda, y ninguno tan apropiado, tan poderoso, ni tan eficaz como este sacramento, en el cual se comunica Dios al hombre real y verdaderamente. Y así como el cuerpo se debilita y pierde la salud, cuando se abstiene de alimento por

(1) «Si quis manducaverit ex hoc pane, vivet in aeternum».
(S. Juan, VI, 52.)

largo tiempo, así también se debilita el alma cuando no se alimenta de este Pan celestial.

S.—En verdad, Señor, que debó decir con el Profeta: «Mi corazón se secó porque me olvidé de comer mi pan» (1), mi corazón está frío en las prácticas de piedad y han languidecido las fuerzas espirituales para practicar la virtud, porque me he abstenido largo tiempo de este alimento que Vos habéis dejado en la tierra para mi consuelo, y donde está la fortaleza de mi alma.

J. C.—Cuando te halles enfermo y debilitado de espíritu, no dejes de acercarte a este banquete, porque en él recibirás fuerzas para todo lo bueno, como ya dije en aquellas palabras: «El que me come vivirá por Mí; él permanece en Mí y Yo en él» (2).

Debes saber, además, que si quieres evitar los pecados y las caídas, es necesario que te alimentes y fortalezcas con este Pan celestial, y por eso, aun cuando te reconozcas defectuoso, no has de alejarte de la comunión, si no antes al contrario, acudir con más deseos a este banquete, donde hallarás fuerzas, auxilio y consuelo; fortaleza para soportar valerosamente los desprecios, paciencia en los trabajos, diligencia en el cumplimiento de tus obligaciones, caridad para con el prójimo, facilidad para obedecer y devoción para alabar y glorificar a Dios.

4. Crezca, pues, en ti el deseo de recibir con frecuencia este divino sacramento, pues a nada mejor puedes aspirar, ya que la verdadera salud y santidad se encierran en él, cual fuente de toda virtud y gracia. Aquí está encerrada la misma bienaventuranza de que gozan los santos en el cielo y la que goza el

(1) «Aruit cor meum, quia oblitus sum comedere panem meum». (S. CI, 5.)

(2) «Qui manducat me vivet propter me; in me manet et ego in illo». (S. Juan, VI, 58 y 57.)

mismo Hijo de Dios; aquí recibes al mismo principio de todas las cosas y fin supremo de todas ellas. Con qué ansiedad no debes, pues, acercarte frecuentemente para unirme conmigo.

5. *S.*—¿Y con qué frecuencia podré recibiros, Señor?

J. C.—Esto será necesario que lo determine tu director sepiritual. Hay algunos que cuando llegan a gustar este fruto de vida nunca se sacian, sino que experimentan más hambre cada día; a estas almas se las debe permitir que comulguen todos los días para que no perezcan de hambre sepiritual. Y así como el hombre sería responsable de la muerte de su prójimo, a quien ve en extrema necesidad sin socorrerle, pudiendo hacerlo, así también será grande la responsabilidad de aquellos sacerdotes que dejan morir de hambre sepiritual a las almas que suspiran por este alimento, responsabilidad que será tanto mayor cuanto supera el alma al cuerpo.

Hay otros que, a semejanza del publicano del Eyan-gelio, se consideran verdaderamente pecadores, pero con deseos sinceros de ser buenos, y quieren vivir con humildad y temor, cumpliendo la voluntad de Dios y trabajan por desprenderse de las criaturas, y éstos pueden recibir la comunión alternando cada día. Debes tener presente que por malvado que sea un hombre, si se arrepiente con gran dolor de sus culpas y se convierte a Dios, podrá autorizársele esta misma frecuencia de la comunión mejor que otras almas tibias, porque acaso por este medio acabe de convertirse y desprenderse totalmente del mundo.

Aquellos que son buenos y se apartan de las ocasiones de pecar, pueden comulgar cada ocho días o cada mes, y sería conveniente que estos últimos estuviesen recogidos la semana antes y después de comulgar. Habrá otros que sólo deben comulgar en las gran-

des fiestas o en Pascua, y para éstos no será mucho que se preparen en todo el tiempo de Cuaresma.

6. *S.*—Mas cuando uno no sabe discernir si adelanta o retrocede con la comunión frecuente, experimentando, al contrario, sequedad y aridez de espíritu, ¿qué debe hacer? Porque muchas veces me parece no estar preparado, sintiéndome sin devoción ni fervor interior, y temo mucho no esté en condiciones de comulgar con tanta frecuencia.

J. C.—Si el hombre hace de su parte lo que puede, no debe dejar la comunión por sentir sequedades en ella, pues cuando Dios las permite perfeccionará mejor el alma con la fe pura que con una devoción grande y sensible. No se necesita esta devoción, sino estar limpio de pecado mortal, tener deseo de ser virtuoso, y considerarse indigno de comulgar con temor reverente y humilde de tan grande majestad.

Mira cómo los sacerdotes me reciben todos los días, y sin duda no tendrán siempre el mismo fervor; ni tienen todos especial santidad de vida y, sin embargo, me reciben diariamente, aumentándose siempre en algún grado especial la gracia que tenían antes, si celebran habiéndose confesado y sin culpa grave.

S.—Peró ellos son sacerdotes, y yo nó.

J. C.—Es verdad; pero ten presente que el sacerdocio no les da precisamente la santidad. En virtud de su alta dignidad, pueden consagrar y administrar la sagrada Eucaristía; pero esto no quita que tu vida pueda ser más santa que la de ellos, y que puedas recibir más gracia en la comunión que ellos si están peor dispuestos que tú. ¿No sabes que la dignidad para recibirme no estriba en las obras ni méritos del hombre, sino en los míos y en la divina gracia?

7. Bien está que alguna vez por humildad se abs- tenga el alma de comulgar, pero será mejor que se acerque a ella por amor. Soy un Bien de tal natura-

leza que aumento en los que me reciben, y, en cambio, disminuyo en los que se apartan de Mí. Más vale cumular una vez a la semana con sincera y profunda humildad, que una vez al año pagado de su propia santidad. El enfermo tiene necesidad del médico cuya visita le ha de dar la salud (1).

El temor nacido de propia indignidad, no debe impedirte la comunión, pues el reconocer tus faltas es también efecto de esta sacramento; así como la medicina cuando es eficaz, hace salir y desaparecer la enfermedad, dejando sano el cuerpo, así también cuando por la comunión llega el alma a comprender la fealdad y gravedad de sus culpas para más aborrecerlas, es señal de que el alma llegará a sanar de ellas con esta medicina.

8. Cuando veas, pues, que con la frecuente comunión crece en ti el aborrecimiento al pecado y el deseo de practicar el bien, la fortaleza para resistir las tentaciones, y la paz interior del corazón, ajustándose cada vez más a la voluntad divina, es señal de que puedes acercarte sin temor a este sacramento, y con cuanta más frecuencia lo hagas, te será más provechoso.

9. *S.*—Mas cuando un alma desea recibiros y, sin embargo, se ve privada de tan gran bien, ¿qué debe hacer?

J. C.—Hay quienes se ven privados de este sacramento, y hay quienes de hecho lo reciben; éstos me reciben sacramentalmente y aquéllos espiritualmente. Si no puedes hacer lo primero, desea recibirme espiritualmente al menos una vez al día, mientras la santa Misa, o aun cuando estés enfermo en cama. ¡Qué maravillas no obraría Dios en ti si quisieras verdaderamente recibir y participar de su gracia!

(1) «Non est opus valentibus medicus, sed male habentibus». (Mat. IX, 12.)

CAPÍTULO XIX

Cuán perjudicial es al alma vivir alejada de este sacramento.

I.—*Jesucristo*. En los primeros tiempos de la Iglesia, era tanto el amor y veneración de aquellos cristianos, que comulgaban diariamente; pero, después, se fué enfriando este primer fervor y sólo algunos seguían la primitiva costumbre, viéndose obligada la Iglesia, para remediar tanta frialdad, a mandar bajo pecado grave la comunión una vez al año, por lo menos.

Aquel que falta a este precepto queda, en cierto modo, separado de la Iglesia, y si muere en ese estado, aunque no sea reo de otro pecado, se condenará por su desobediencia. A la verdad, ¿cómo podrá llamarse cristiano el que no me recibe ni una vez al año en la comunión? Este más bien me desprecia, y aunque se glorie de ser cristiano con aquellas palabras: «Yo tengo la fe cristiana y soy cristiano» le engaña el enemigo, porque la fe sin obras de nada aprovecha ante Dios (1).

Así como he prometido grandes beneficios a los que me reciben dignamente, también dije a las turbas del pueblo judío: «En verdad os digo, que el que no come la carne del Hijo del hombre ni bebe su sangre, no tendrá vida en sí mismo» (2).

2. El abandono de la comunión trae consigo graves perjuicios y principalmente la pertinacia y endurecimiento en el pecado, porque así como el hombre rehusa albergarme en su pecho, así Yo le privo tam-

(1) «Fides sine operibus mortua est». (Santiago, II, 20.)

(2) «Amen dico vobis, nisi manducaveritis carnem Filii hominis, et biberitis ejus sanguinem, non habebitis vitam in vobis». (S. Juan, VI, 54.)

bién de la gracia, y al huir del amor con que instituí este sacramento, se expone fácilmente a incurrir en la ira del Señor.

3. Además sus obras serán infructuosas: Yo soy el tronco y la raíz, y los hombres son como las ramas y los vástagos, y cuando éstos están separados de aquél, no pueden dar fruto alguno (1). Esa raíz y ese tronco, necesario para la vida del alma, está en este sacramento. Asimismo Yo soy la cabeza de la Iglesia, y como la fuente y manantial de todas las gracias de donde fluye y se distribuye a todos los miembros de ese cuerpo místico, y aquel miembro que no está unido a la cabeza no puede recibir de ella su benéfica influencia.

4. Por esta misma causa se privan de participar de mis méritos y de los que tiene la Iglesia, porque al huir de la comunión se alejan del tesoro de todas las gracias y bendiciones divinas. Huyen de lo que es medicina para los enfermos, viático para los caminantes, fortaleza de los débiles, bálsamo para las heridas y salud para el alma y el cuerpo.

5. Por último, estas almas no recibirán mis consuelos y regalos, ni merecen la guarda y protección de los ángeles, porque rehusan acercarse a este sacramento, donde está todo consuelo.

6. Mas no debes olvidar que es lícito abstenerse alguna vez de la sagrada Comunión por humildad y respeto, diciendo con el centurión del Evangelio: «Señor, no soy digno que entres en mi pobre morada» (2). Pero la confianza y el amor deben también vencer el demasiado temor, y así cuando San Pedro me dijo en

(1) «Sicut palme non potest ferre fructum a semetipso, nisi manserit in vite, sic nec vos, nisi in me manseritis. Ego sum vitis, vos palmites»: (S. Juan XV, 4 y 5.)

(2). «Domine, non sum dignus ut intres sub tectum meum». (Mat. VIII, 8.)

la nave: «Señor, apartaos de mí que soy pobre pecador», Yo le contesté: «No temas» (1). Así procura más bien recibirme en tu casa lleno de amor, como Zaqueo, que negarme por temor la entrada en ella.

CAPÍTULO XX

De los frutos de la santa Misa.

1. *Siervo*.—Permitidme, amabilísimo Señor, una nueva pregunta. ¿Cuál es el provecho que nos viene de la Misa, y por qué se celebra todos los días, habiendo Vos satisfecho ya con vuestra sagrada Pasión el día de Viernes Santo por todos los hombres y aun por mil mundos más que hubiese?

2. *Jesucristo*.—Esto lo establecí por vuestro amor, inventando una manera admirable de socorrer diariamente la flaqueza humana, y ofreciendo a Dios una renovación de mi muerte por los pecados del mundo. Así como el pueblo judío ofrecía a Dios todos los días un cordero costeado por todos para que su culto fuese agradable al Señor y fructuoso para ellos, así también debe ofrecerse todos los días en la Iglesia el verdadero cordero pascual que soy Yo, pues, de lo contrario, los hombres jamás podrían agrandar a Dios. Yo ofrecí este sacrificio en la última cena, y todos los sacerdotes, en virtud del poder que de Mí han recibido, consagran diariamente mi cuerpo y mi sangre en memoria de mi Pasión y muerte, y como testimonio de mi amor hacia los hombres en el tiempo y en la eternidad.

3. Por eso en la Misa se hallan todos los días los tesoros de gracias y bienes que conseguí para el mundo con mi sagrada Pasión y muerte, siendo la víctima

(1) «Exi a me quia homo peccator sum, Domine. Et ait ad Simonem Jesus: Noli timere». (Luc. V, 8 y 10.)

que el Padre celestial te envía para salud de tu alma, y la hostia santa que, por manos del sacerdote, se ofrece al Padre por los pecados y necesidades de los hombres. Por eso dice el sacerdote, al terminar el santo sacrificio: *Ite missa est*: «Marchad, ya se ha enviado». Como si dijera: «Podéis retiraros tranquilos a vuestras casas, porque la víctima santa que el Padre nos envió le ha sido devuelta, ofreciéndola por nuestros pecados».

La Misa libra a los hombres de todo mal, trae todos los bienes y santifica a cuantos la oyen devotamente, de tal suerte que si por un imposible viniera un ángel del cielo a ofrecer todos los tesoros del mundo para que dejaseis de asistir a Misa, deberíais despreciarlo todo antes que privaros de las gracias que se obtienen oyendo una sola Misa. Asimismo de ella dimanar grandes consuelos para las almas del Purgatorio, pues en virtud de este sacrificio perdono las culpas, y disminuyo o remito toda la pena que deben aquellas almas, muchas de las cuales estarían en aquel fuego hasta el fin del mundo, si no fuera por la santa Misa; mas con el mérito de este sacrificio y con la devoción y santidad de los buenos sacerdotes, aquellas almas se ven libres de sus tormentos. Por eso claman con estas palabras: «¡Oh amigo carísimo! extiende la mano y compadécete de mí. Ayúdame para que pueda verme libre de este terrible fuego». En una palabra, no se pueden encarecer las ventajas y frutos de la santa Misa, ni el gran honor que en ella se tributa a Dios, ni la alegría que causa a los santos, las gracias que atrae a los hombres, las conversiones de los pecadores, y el refrigerio que por ella experimentan las almas del Purgatorio.

4. No dejes, pues, de asistir a ella, siempre que puedas; al empezar pide al Señor perdón de tus pecados y de tus faltas, y que te enseñe los caminos de

la verdad y de la justicia. Después medita en mi Pasión, agradeciéndome con humildad y devoción el que haya encarnado y padecido muerte tan cruel para librarte de tus pecados. Ofrece mis méritos al eterno Padre, especialmente en la consagración, que representa el momento en que fui levantado en la cruz, y di entonces: «¡Oh Cordero inocente que quitas los pecados del mundo, apiadaos de mí! ¡Oh Padre celestial, recibid la ofrenda de vuestro amado Hijo en satisfacción de mis pecados!»

5. Piensa que todo hombre debe ser sacerdote en cierta manera espiritual, entrando en el *sancta sanctorum* de su interior, mientras quedan fuera todas las cosas exteriores figuradas en el pueblo de Israel, que quedaba fuera del lugar sagrado donde entraba el sumo sacerdote. El ministerio que la Iglesia confiere a sus sacerdotes para ofrecer a Jesucristo al eterno Padre en nombre de todos, nadie sino ellos puede ejercerlo de manera sacramental. Pero espiritualmente todo hombre puede entrar en su interior, recoger sus sentidos apartándose de las cosas terrenas, y ofrecerme al eterno Padre, juntamente con todas mis obras y palabras, mis méritos y sufrimientos por todas sus necesidades e intenciones; más aún, el hombre debe ofrecerse también a sí mismo a Dios y a su santa voluntad para que se cumpla en él lo que sea de su agrado en el tiempo y en la eternidad.

6. Incluye en esta ofrenda todas tus necesidades y las del pueblo cristiano, como Yo lo hice cuando expiraba en la cruz, y sigo haciéndolo por toda la eternidad ante la presencia del Padre. Une también a ella los méritos incalculables de la Virgen María y de los Apóstoles; los sufrimientos de los mártires; los trabajos de los confesores, el candor de las vírgenes y las alabanzas de los ángeles con todos los méritos de la Iglesia. Y con estas ofrendas póstrate en pre-

sencia del Señor lleno de amor, agradecimiento y alabanza, y entonces te harás participante de mi Pasión y muerte, así como de todos los méritos del cielo, recibiendo el fruto de este santo sacrificio.

7. Finalmente, asiste con el espíritu a todas las misas que se celebran en el mundo, encomendando a aquellos de quienes te acuerdes, vivos o difuntos, y así no sólo participarás del fruto de una Misa, sino de todas ellas.

CAPÍTULO XXI

Cómo debemos conducirnos en presencia de este sacramento.

1. *Jesucristo.*—Pórtate en el templo con la mayor reverencia posible, puesto que allí estoy realmente en el sacramento, conservando la vista y el ánimo recogido en presencia de tu Rey y Señor. ¿Con qué compostura y modestia no estaría una doncella recatada ante el rey, si supiera que éste la miraba? Pues ¿cuál no debe ser la veneración y el recogimiento del hombre ante su Dios que le ve por fuera y por dentro? Ningún gusanillo que estuviera dotado de razón dejaría de inclinar la cabeza y hacerme reverencia.

2. Cuando estás en la Iglesia piensa que hablo a tu corazón, diciendo: «Yo soy tu maestro y compañero en tu destierro; estoy aquí para recordarte mis dolores, mi vida y mi muerte, y cuanto por amor tuyo sufrí sobre la tierra». Este sacramento es fruto del árbol de la cruz, y para que el hombre lo reciba con provecho, debe antes meditar en mi Pasión. Considera, pues, con cuánta paciencia y amor sufrí por ti la pobreza; el cansancio, los desprecios, los azotes, los dolores y la muerte. Este recuerdo debe inflamar tu corazón en mi amor, animándote a seguirme y sufrir pacientemente tus penas y dolores por Mí, llevándó-

las sobre tu corazón como una señal de amor, al que no puede vencer la misma muerte (1). Yo renovaré en ti mi amor, de tal modo que todas tus intenciones y pensamientos vayan informados y sellados por él, ordenándolos todos al cumplimiento de mi santa voluntad, y así gustarás en mi presencia el sentido de aquellas palabras: «Mi amado para mí, y yo para mi amado» (2).

3. Tu corazón debe derretirse de amor al pensar que el mismo Dios se hace tu compañero y hermano por este modo inefable. Aquel gran Señor que te ha librado de la muerte eterna, viene a tu corazón, y para que le trates con toda confianza encubre su majestad con el traje de pobre mortal para que te acerques a El sin temor; ¿osarías, por ventura, prestarle menos obsequios por haberse humillado de este modo, llevado de su amor hacia ti, siendo el mismo en su gloria y magnificencia infinitas?

Siervo.—¡Antes, al contrario! quiero rendiros todo mi amor y agradecimiento, y esto y mucho más debo hacer en presencia del Santísimo Sacramento, donde os habéis anonadado por mi amor.

4. Mas ¡cuántas veces estuve sin respeto ni devoción ante vuestro tabernáculo, y aunque presente con el cuerpo distraído con el pensamiento! ¡Cuántas veces pasé por delante de Vos sin que saliera de mi corazón un amoroso saludo acompañado de devota inclinación!; mis ojos debieran miraros con amor y alegría, mi corazón debiera buscaros con verdaderas ansias, mis labios debieran alabaros con cantos llenos de entusiasmo, y todas las fuerzas de mi sér emplearse en vuestro santo servicio. ¿No lo hizo así el santo rey David, cuando alegremente danzaba con todas sus

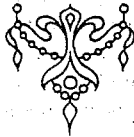
(1) «Fortis est ut mors dilectio». (Cant. VIII, 6.)

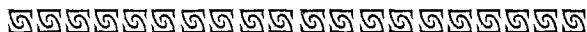
(2) «Dilectus meus mihi, et ego illi». (Cant. II, 16.)

fuerzas ante el arca que contenía el maná material y corruptible? (1).

¡Señor! aquí me postro en vuestra presencia y en la de los santos ángeles con lágrimas del corazón. Pensad, Bien mío, que os habéis hecho mi hermano y mi carne para salvarme, y dispensa y perdona todas mis irreverencias de las que me arrepiento y siempre estaré pesaroso, pues la luz de tu sabiduría comienza a alumbrarme, y el tabernáculo donde habitas será en adelante objeto de mi mayor veneración, no sólo por la gloria de vuestra dignidad, sino también por vuestra amabilísima Humanidad.

(1) «Et Davit saltabat totis viribus ante Dominum». (II. Reg. VI, 14.)





TERCERA PARTE

LA VIA UNITIVA

CAPÍTULO I

Cuán amable es Dios.

1. La esposa de los Cantares dice a su amado: «Suene tu voz en mis oídos porque es dulce y tu presencia amable» (1).

2. «Oye, hija mía, le responde el amado, e inclina tus oídos hacia Mí» (2). Yo soy el Bien absoluto, incomprendible, eterno; me manifiesto al corazón, pero no hay lengua que pueda definirme. Mi gloria y hermosura son tan grandes que si estuvieras hasta el fin del mundo en un horno encendido, no merecerías la gracia de verme un solo instante. Los ángeles y los santos me contemplan sin cesar, descubriendo siempre nuevas maravillas; sus ojos están fijos en Mí, sus corazones y sus almas rendidas ante mi hermosura. Dichosos los que a mi lado disfrutan con absoluta seguridad de estas alegrías y goces del amor. Una sola palabra que brota viva de mis labios, resuena más dulcemente que los acentos de los ángeles y que las músicas de las harpas y de todos los instrumentos imaginables. Mira cuán amoroso y tierno me muestro

(1) «Sonet vox tua in auribus meis; vox enim tua dulcis, et facies tua decora». (Cant. II, 14.)

(2) «Audi, filia, et vide, et inclina aurem tuam». (S. XLIV, 11.)

para ser abrazado y besado por las almas puras, y cómo todos los corazones debieran correr ansiosos hacia Mí: cuánto me humillo y me abajo, estando siempre presente a las almas limpias de modo invisible, en la mesa, en la cama, en el camino y en todas partes. De cualquier modo que me contemples, nada hay desagradable en Mí, sino que hallarás todo cuanto puedes desear de bueno y delicioso. Yo soy un bien tan grande, que una sola partecilla que de Mí reciben las almas santas les hace amargos todos los goces y placeres terrenos, y todos los otros bienes los reputan por nada. Mis escogidos viven como rodeados por mi amor que les guía hacia su último fin de donde han salido. Este mismo amor libraré a los hombres del peso de sus pecados creando en ellos un corazón puro, libre y feliz, y dándoles una conciencia limpia e irreprensible.

¿Se puede hallar en el mundo algo comparable a estos tesoros? Todo el universo se debe reputar por nada, pues el que me ama vive feliz, muere tranquilo y goza del cielo ya en este mundo y después por toda la eternidad. El que deja las cosas perecederas por mi amor y me busca con verdad permaneciendo fiel en mi servicio, será desposado conmigo y en la hora de la muerte extenderé hacia él mis brazos para elevarlo hasta el trono de mi gloria en presencia de todos los bienaventurados. «Dame, pues, tu corazón, hijo mío» (1).

3. ¡Cuánta verdad y cuánto amor! Mira de dónde viene toda hermosura, toda gracia, toda ternura, toda verdadera alegría y todas las delicias. ¿No brota como de su misma fuente de la Divinidad? Unase, pues, el alma, el corazón y todas nuestras potencias a ese abismo insondable de bondad.

(1) «Praebe, fili mi, cor tuum mihi». (Prov. XXIII, 26.)

Si el desposarse con una reina poderosa, sería motivo de alegría, ¿cuánto mayor lo será desposarse con la eterna Sabiduría, fuente de todas las gracias, donde se hallan el poder y los tesoros que podemos desear?

Vosotros, que habéis abandonado el mundo y todas sus cosas por amor de Dios, alegraos en vuestro corazón por esta gracia tan singular, y no os volváis atrás, cambiando tan gran bien por las cosas caducas de la tierra. ¡Cuán dichosa es el alma que ama solamente a Dios! Ella posee la Sabiduría creadora de todas las cosas, la belleza de donde mana la hermosura de las criaturas, el poder que aniquila todo mal, el tesoro que encierra todas las riquezas, la bondad que da vida a todos los seres, la justicia que todo lo recompensa, la misericordia que a nadie que la implora se niega, el amor que se prodiga a todos los corazones, la majestad ante la cual se inclina toda criatura, la omnipotencia a la cual sirve toda grandeza, la alabanza celebrada por toda sabiduría, la vida que nunca muere, la alegría sin fin, la fortaleza que nunca desfallece, la energía que conserva todas las cosas, la bondad que irradia en los cielos, la eterna dulzura que recrea los ángeles y santos de la gloria. Por eso toda alma enamorada de Dios, exclama: «La amé más que la salud y la hermosura y propuse tenerla por luz, porque es inextinguible su resplandor y me vinieron todos los bienes juntamente con ella» (1).

4. Nadie que tenga estima por alguna cosa creada, podrá llegar a comprender la grandeza de Dios; mas el que ha probado y experimentado una vez la verdadera unión con Dios, se elevará a las cumbres del amor de tal suerte que ya no hallará consuelo en

(1) «Super salutem et speciem dilexi illam, et proposui pro luce habere illam, quoniam inextinguibile est lumen illius. Venerunt autem mihi omnia bona pariter cum illa». (Sab. VII, 10 y 11.)

las criaturas, porque todo lo creado, comparado con Dios, es menos que la nada comparada con los ángeles y con todos los seres de la creación.

Todo cuanto se puede concebir de hermosura y de gracia, se halla en Dios en grado sumo, y con tanta más perfección cuanto excede el Creador a las criaturas.

5. Piensa, pues, cuán engañado vive el amator de este mundo, y cuán feliz y cuerdo es quien lo abandona todo por seguir a Dios. Si amas una criatura ésta morirá, pero Dios es inmortal; aquélla te abandonará, pero éste nunca te deja ni desampara; el amor de las criaturas disminuye, mas el de Dios aumenta. Si amas los hombres te harán pobre; Dios sólo te enriquecerá; el amor terreno te cegará, mas el divino te iluminará; el primero te engaña, el segundo te hará prudente; el amor mundano te causará tristeza y amargura, el celestial alegría y suavidad; el amor humano se volverá contra ti, mas el de Dios siempre te será fiel.

6. Piensa en esto muchas veces y no pongas tu corazón en las cosas terrenas, sino fija más bien tu vista en el verdadero amor, y hallarás que nada hay tan amable, tan hermoso ni tan infinitamente bueno como El. ¡Oh corazones de los hombres! ¿por qué no amáis este soberano amor que os llenará de verdadera alegría, dulcificando vuestras penas? Si dices que es duro el combate que Dios nos exige para alcanzar este tesoro, ten en cuenta que en todo tiempo el dolor fué siempre inseparable del amor, y así como no hay victoria sin combate, tampoco hay amor sin martirio, y por eso no es de extrañar que para conseguir este don tan precioso, haya que vencer grandes obstáculos. Piensa en las penas y afanes que de buen o mal grado tienen que sufrir los amadores del mundo que empiezan con alegría y terminan con lágrimas y

dolor, mas el amor divino: al contrario, suele empezar con penas y trabajos, pero después viene la alegría que aumenta con la unión del espíritu con Dios, unión que se perpetuará por toda la eternidad.

Dichosa, pues, el alma a la que Dios escoge para descansar en ella. ¡De qué dulce paz no gozará en esta vida y qué trono de gloria no poseerá en el cielo!

CAPÍTULO II

Las criaturas nos llevan a Dios.

1. Debes tener presente que ningún maestro ni doctor humano puede declarar quién es Dios, porque está sobre toda inteligencia y sobre todos los sentidos, como dice San Juan Crisóstomo: «Nuestro Dios traspassa los límites de la inteligencia y del pensamiento humano, y nadie puede explicarnos su esencia ni concebirla: supera cuanto puede pensar el corazón, decir la lengua y alcanzar las fuerzas de la razón». Por eso dice un doctor: Si Dios fuese de tal naturaleza que se pudiera comprender, no lo tendría por Dios. ¿Cómo queremos comprender a Dios que está muy por encima de nosotros, cuando no comprendemos nuestra propia alma?

Especialmente ¿cómo podremos hablar de la Divinidad augustísima de Dios en su divina Unidad y de la naturaleza simplicísima de Dios en sus tres personas, y de la diferencia que existe entre ellas? ¿Cómo explicar de qué manera el Padre engendra al Hijo, y procediendo de El permanece en El? ¿Cómo el Espíritu Santo procede del amor inefable del Padre y del Hijo, y cómo las tres personas, a pesar de su real distinción, forman una sola naturaleza? Esto nos enseña la fe cristiana, sin la cual no podemos vivir san-

tamente ni agradar a Dios, y lo creemos con la fe divina, que es la luz sobrenatural y fundamento de todo nuestro bien.

2. Sin embargo, con la sola luz de la razón puede el hombre reflexivo y diligente adquirir alguna noción de Dios, aunque de manera imperfecta, por medio de las criaturas, cuyo sér nos muestra algo del sér divino, el orden admirable de las cosas la sabiduría de Dios, y el movimiento de los seres la vitalidad del Supremo Hacedor. Así lo lograron conocer en la antigüedad algunos filósofos paganos, especialmente el célebre Aristóteles, que investigando el curso de la naturaleza, llegó a descubrir al autor de la misma, probando que el orden admirable del universo supone la existencia de un supremo moderador, del cual proviene la existencia de los demás seres. Asimismo, con sola la razón se comprende que Dios es un sér inteligente y eterno, sin principio ni fin, simple, inmutable, espíritu puro, cuya esencia se identifica con su vida y sus operaciones, que conoce en sí y por sí todas las cosas, y que goza de una felicidad y bienaventuranza infinitas en sí mismo.

3. El alma, iluminada por la fe, ve además el poder del Padre celestial en la naturaleza de las criaturas, la sabiduría del Hijo en el orden y admirable disposición de todas las cosas, y atribuye al Espíritu Santo la bondad y dulzura que halla en las criaturas.

4. Cuando contemplamos el infinito poder y sabiduría de Dios reflejados en los dones que ha derramado en las criaturas, proveyéndolas tan amorosamente en sus diversas necesidades, descubrimos las huellas de las perfecciones divinas y llegamos a conocer algo de su grandeza y bondad. Por eso decía San Pablo que las criaturas son como un espejo que reflejan a Dios, dándonos a conocer su naturaleza, espe-

cialmente el hombre (1). De tal suerte que aunque Dios es invisible, lo vemos por sus obras, que nos invitan a alabar su grandeza.

5. Ahora, pues, alma mía, párate a considerar las obras maravillosas de este Supremo Hacedor. Alza los ojos al cielo y mira esa multitud incontable de astros y estrellas de tan gran magnitud, girando por el firmamento con tanta velocidad y orden en sus movimientos. Mira cuán hermoso es el sol de primavera, que ilumina y vivifica las plantas y los seres de la tierra, haciéndola producir flores de ricos y variados colores, frutos sazonados y sabrosos y cubriendo de verdor los campos y praderas. Cómo resuena en los bosques y enramadas el canto de los pájaros, y cómo los animales que se habían guarecido del frío del invierno, vuelven a poblarlo todo llenos de vida y alegría, y mira también cuán gozoso se muestra el hombre reanudando sus tareas y el trabajo de los campos. ¡Oh Señor! ¡si tan hermoso y admirable te muestras en las criaturas, cuánto más no lo serás en Ti mismo!

Contempla, además, la multitud de seres que pueblan la tierra, el aire y los mares, con tanta diversidad de razas en el hombre y tanta variedad de animales, de aves y de peces en las aguas; todos cantan un himno de gloria y alabanza a la suprema majestad de Dios, que cuida de cada uno de ellos según su manera particular de vida. Dios es quien todo lo conserva.

6. Por lo tanto, se puede afirmar que cada criatura es una prueba de la existencia del Creador, y por muy pequeña e insignificante que parezca, es como una escalerita que nos eleva hacia Dios. Decía Ricardo de San Víctor que, al contemplar la hermosura de

(1) «Invisibilia enim ipsius a creatura mundi, per ea quæ facta sunt, intellecta, conspiciuntur; sempiterna quoque ejus virtus, et divinitas». (Rom. I, 20.)

las criaturas, hemos de pensar en el amor y alabanza que debemos a Dios que por nosotros y por nuestro servicio lo ha creado todo, dándonos a conocer de este modo cuál debe ser la gloria y las perfecciones del Hacedor. Así, al percibir la hermosura y el perfume de la flor, debemos elevarnos a pensar en la hermosura y suavidad de quien la hizo; cuando admiramos la fuerza y el poder de alguna cosa, debemos imaginar cuán grande no será el poder y la omnipotencia divina; si vemos alguna persona sabia y prudente, debemos pensar cuán infinita será la sabiduría del Señor, y considerando a Dios en las criaturas, éstas serán camino que nos lleven hacia El.

7. Dios nos ha dado las criaturas para que por su medio le conozcamos, y por eso pregunta San Bernardo: «¿Qué cosa es la variedad de las criaturas con su orden admirable, su especie y figura particular, sino un estímulo para elevarnos hacia la bondad amorosa de Dios por quien todas ellas viven? Ellas nos enseñan a subir de las cosas inferiores a las más altas, de las visibles a las invisibles y de las temporales a las eternas, porque nos descubren de alguna manera las perfecciones y el poder invisible de Dios, su Creador». San Agustín añade que todas las cosas creadas son como miradas o señales que Dios nos hace, para llamarnos y convertirnos a El a fin de que le conozcamos. Así como el pastor para llamar en pos de sí la oveja, se vale de un manojo de hierba, llevándola de un sitio a otro, así se sirve Dios de las criaturas para llevarnos a nuestro primer origen y principio, siendo un reflejo de la esencia divina hacia la cual todos se dirigen, y en la cual están las ideas-tipo de todas ellas, según dice Santo Tomás (1). En El tienen todas las criaturas, despojadas de su materialidad, una

(1) Summ. I, q. XV, art. 1, q. XLIV, art. 3.

vida y existencia eterna, como en su forma ejemplar expresa por el Verbo divino en el acto purísimo de la divina esencia, según aquello del Evangelio: *In principio «Lo que fué hecho era vida en El»* (1).

Por eso vemos florecer las plantas y las rosas del mismo modo, porque la suprema inteligencia de Dios obra en ellas como en todas las demás criaturas, de manera invariable y conforme a las ideas-tipo; por eso las aves no se equivocan en la manera de cantar particular a cada una, cantando siempre del mismo modo la alondra y el ruiseñor, porque la acción divina en ellas obra de igual modo en cada clase de aves. De donde se puede concluir que las criaturas son como un lenguaje del Creador, siendo tan elocuente la piedra para proclamar su gloria, como el humano discurso. Así como los grandes maestros y doctores reuelven muchos libros para estudiar las cosas divinas, y en esto obran bien, no es menos a propósito para conocer a Dios, estudiar el gran libro de la naturaleza donde todas las criaturas nos hablan de su Hacedor, diciéndonos cómo están en El, conservando al mismo tiempo su propia naturaleza.

8. Si, pues, alma mía, has encontrado a Dios, que hace tiempo busca tu corazón, levanta tus ojos al cielo, abrázalo amorosamente en el interior de tu espíritu, y no ceses de dar gracias y alabar al dueño y Señor de todas las cosas.

CAPÍTULO III

Cómo nuestro descanso está solamente en Dios.

1. Dios ha creado todas las cosas para el servicio y solaz del hombre, y a éste para que le conociere y

(1) En la Edad Media se pronunciaba en esta forma: «*In principio erat Verbum. Quod factum est in ipso vita erat.*»

amase. Mas siendo Dios un bien infinito y supremo ¿cómo puede ser conocido y amado por nuestra alma limitada y finita? Es verdad que Dios es infinito, pero también es cierto que el alma en sus aspiraciones no tiene límites y es un abismo que sólo se puede llenar con un bien eterno. Así como Dios es infinito en sus dádivas, el alma lo es en recibirlas, y así como Dios es un abismo en el sér, así el alma en el desear.

El alma, dice San Agustín, es un milagro indescrip-
tible y lleva la imagen de la Divinidad que, después
de crearla, se oculta en ella; es la viña de Dios, en la
cual la vid es el mismo Dios. No es, por lo tanto, de
admirar que si todas las criaturas juntas no pueden
comprender a su Hacedor, tampoco puedan llenar el
alma, y así como unas gotas de agua son nada para
llenar el abismo del océano, así son todas las criaturas
para colmar el abismo de nuestro corazón.

2. / Por eso, decía el mismo Santo, que sólo Dios
puede llenar y satisfacer nuestros deseos y aspiracio-
nes. Y San Gregorio añade que el alma humana es de
tal naturaleza que sólo debe desear a Dios, y que otra
cualquiera cosa, fuera de Dios, no podrá satisfacerla
plenamente.

3. Los mismos seres irracionales buscan a Dios
como a su principio, aspirando y dirigiéndose todos
hacia un fin único, y piden al hombre que los lleve y
conduzca a su Creador. Si la hierbecilla pudiera há-
blar, diría en su lenguaje al hombre: «Cómeme y llé-
vame al principio y fin de mi sér». Las cosas que sir-
ven de alimento al hombre al formar parte de su sér,
se cambian y ennoblecen convirtiéndose en su carne
y sangre, y cuando llegue la resurrección de la carne
el día del juicio final al ser glorificados nuestros cuer-
pos, todas las cosas que contribuyeron a formarlos,
serán también glorificadas y llevadas a su primer
principio que es Dios.

4. Viendo, pues, que todos los seres, la tierra, las piedras, el fuego, el agua, etc., buscan su primer principio, ¿cómo es posible que el hombre, maravilla de las maravillas divinas, para quien Dios ha creado todas las cosas que hay en el cielo y en la tierra, permanezca encadenado a las criaturas sin elevarse hacia su último fin, donde hallará la verdadera luz y felicidad? Todos los seres nos dicen con su ejemplo: «Nosotros no somos tu Dios, elévate hacia las cosas eternas, donde está tu Creador». Sin embargo, el hombre permanece insensato aprisionado por las criaturas, sin seguir adelante en busca de su último fin.

Aquello que debía servirnos de medio para ir hacia Dios, lo hemos convertido en lazo de nuestros pies (1), paralizándonos en el camino lo que debía servir para elevarnos al monte de la santidad. «Las criaturas, decía San Agustín, son el camino para ir a Dios, y maldito el que se extravía en esta senda del cielo», porque la concupiscencia le cegará de tal suerte que no pueda distinguir la verdad ni la luz divinas.

5. Todas las cosas de la tierra no pueden llenar el abismo de nuestra alma, por razón de su misma naturaleza, puesto que todas ellas no tienen del bien sino una pequeña participación que Dios les comunica, y por eso ninguna criatura es perfecta. Por muy hermosa que salga de las manos del Creador, no deja de tener algún defecto e imperfección. Si yo tuviera cuanto puedo desear, pero al mismo tiempo padeciese un leve dolor, no sería completamente feliz; el pan es sabroso al paladar cuando hay apetito, pero si tenemos sed, de nada nos servirá aquél, y lo mismo podemos decir de los vestidos que nos son necesarios en invierno, pero cuando hace calor nos molestan, y así

(1) «Creaturae Dei in odium factae sunt, et in tentationem animabus hominum, et in musculam pedibus insipientium». (Sab. XIV, 11.)

sucede con todas las cosas. Por eso el consuelo que recibimos de ellas es superficial, como la espuma de las olas, y en su interior hay siempre un fondo de imperfección y desengaño, por lo cual jamás llenarán el vacío del corazón. Además a la larga todas las cosas, por muy buenas que parezcan, nos causan repugnancia y fastidio.

6. Mas cuando el hombre no halla el consuelo que desea en una criatura, lo busca en otra, y como todas ellas comparadas con Dios son como gotas de agua comparadas con el mar (1), y aun menos, porque muchas gotas podrán formar un mar, pero con las perfecciones de todas las cosas creadas no se llegará jamás a la de Dios, de aquí que el hombre vivirá siempre intranquilo mientras no ponga su corazón en la infinita y eterna bondad y perfección que se halla sólo en Dios. Esto mismo enseña Hugo de San Víctor por estas palabras: «La alegría, el poder, las riquezas y todos los bienes temporales, no pueden saciar el corazón humano. La razón por mucho que conozca, siempre desea saber más, y sólo estará tranquila cuando posea aquella suprema Verdad que las encierra todas, o sea Dios. Lo que decimos de la razón, respecto a la verdad, se puede afirmar igualmente de la voluntad respecto del bien, pues no descansará sino cuando posea el sumo Bien, origen de todos los bienes y de toda bienaventuranza».

7. Esto mismo experimentaba aquel que dijo: «¡Oh Dios mío! te buscaba en las tinieblas del placer de este mundo, y no hallé sino amargura de corazón, y entre los hombres, tristeza y fastidio. En la escuela de la vanidad aprendí a dudar de todas las cosas y tampoco allí te encontré, ¡oh Verdad purísima! Entonces,

(1) «Ante te orbis terrarum tanquam gutta roris». (Sab., XI, 23, y Eccli. XVIII, 8.)

siguiendo mi propia voluntad, me lancé como caballo indómito que corre insensato por montes y valles al campo de batalla, donde le aguarda una muerte fatal, y mi alma se extravió cada vez más en medio de las tinieblas. Angustias de muerte se apoderaron de mí, y me sentía como rodeado por el infierno, sumergido en el mar tempestuoso de las pasiones y convertido en esclavo de la muerte eterna. En todas partes hallaba la contrariedad, y a do quiera que volviese mi corazón tropezaba con algún obstáculo que rechazaba las ansias de mi alma. Así anduve, hasta que Vos, Señor, enviaste vuestra luz y pude ver vuestra verdad que antes me era desconocida por completo, y me atrajiste hacia Vos, librándome de la muerte, y me sacaste misericordioso del abismo en que yacía. Y ahora qué buscaré fuera de Ti sobre la tierra? Tú eres el Dios de mi corazón y mi porción y heredad para siempre» (1).

El alma que llega a conocer la grandeza de Dios, en nada estimará todas las criaturas, y demasiado avariento será el hombre que no se contente con El, porque ¿qué podremos desear que no lo hallemos en su infinita Bondad? Si quieres amor, consuelo, verdad, fidelidad, compañía, todo esto hallarás en El sin límite y sin tasa: si buscas la hermosura, El es la fuente de toda hermosura; si riquezas, nadie hay tan rico como El; si poder y fortaleza, El es todopoderoso. En fin, cuanto de bueno pueda apetecer el corazón humano, lo encontraremos centuplicado en Dios, que es la suma Bondad.

8. Por lo tanto, aleja de ti las criaturas y sus vanos consuelos, diciendo: «Apartaos de mí, porque no sois vosotras a quien yo busco; de vosotras no

(1) «A te quid volui super terram? Deus cordis mei, et pars mea, Deus, in aeternum». (S. LXXII, 25 y 26.)

quiero nada». Gustad y ved cuán suave es el Señor (1). Arranca tu corazón de las cosas perecederas y levántalo hacia Dios. Usa de los bienes de este mundo como si no los poseyeras (2), de tal suerte que te sirvan más bien de estímulo que de obstáculo para ir a Dios, puesto que esta vida temporal no es sino un tránsito para la eternidad. Vivimos rodeados de seres fugaces y engañosos que se nos escapan de las manos cuando nos imaginamos que los poseemos; fija, pues, tu corazón en Dios que es bien eterno, que no pasa, y hallarás aquí descanso para tu alma y la bienaventuranza en la otra vida. Elévate hacia Dios cuyo amor te santificará, pues todos los otros amores te empequeñecerán.

9. Sólo cuando de este modo hayas muerto a ti mismo y a todas las cosas, podrás usar de ellas rectamente, porque sólo entonces te podrán hacer feliz las criaturas buscándolas por puro amor de Dios. Nadie tendrá verdadero amor, según Jesucristo, a su padre, a su madre, a sus hermanos y amigos, si por amor del mismo Dios no los abandona.

¡Oh alma mía! cuanto hay en el cielo y en la tierra ha sido creado para tu servicio. No cambies, pues, tu condición de señor por la de esclavo de las criaturas, sino sirve más bien al Creador de todas ellas que te hizo para su gloria, a su imagen y para unirte consigo por el amor.

CAPÍTULO IV

Servir a Dios es reinar.

1. Servir a Dios es someternos en todo a su divina voluntad, pues no hay cosa que sea más de su agrado

(1) «Gustate, et videte quoniam suavis est Dominus». (S. XXXIII, 9.)

(2) «Et qui utuntur hoc mundo, tanquam non utantur». (I. Cor. VII, 31.)

que el oírnos pronunciar con los labios y con el corazón, aquellas palabras del *Padrenuestro*: «Hágase tu voluntad». Entonces cumplimos su voluntad cuando amamos y buscamos su honor y gloria con aquellas obras buenas que son de su agrado. Así como Dios, con amor espontáneo e inmenso, creó todas las cosas para el hombre, y al hombre para que le amase y sirviese, así nosotros debemos con ese mismo amor entregarnos a El con todas las cosas.

2. Por eso nuestro mayor honor y más alta dignidad consiste en servir a Dios, puesto que al servirle fielmente poseemos un reino eterno.

3. Esclavo es el que peca (1), mas el que conserva pura su conciencia y lleva una vida santa, abandonándose enteramente en Jesucristo, adquirirá la verdadera libertad conforme a aquellas palabras: «Si el Hijo del hombre os hiciese libres, seréis verdaderamente libres» (2), porque la verdadera libertad consiste en hacer el bien y detestar el mal, pero cometer el pecado no es libertad sino esclavitud. La voluntad será tanto más libre cuanto más aborrezca el mal, la injusticia y los vicios, y para mejor comprender esto, fijémonos en el ejemplo que nos dió Jesucristo. Nadie como El gozaba de la verdadera libertad desembarazada de todos los obstáculos, y a ninguno causaba tanto dolor, tantas penas y angustias el pecado como a El.

4. Sólo puede llamarse un rey libre cuando ha vencido todos sus enemigos y gobierna libremente sus estados, y no lo será aquél que no los ha dominado y se ve expulsado por ellos de su reino. Así también nuestra voluntad será libre cuando haya vencido sus enemigos, teniéndolos bajo su poder y diciendo con

(1) «Omnis qui facit peccatum, servus est peccati». (S. Juan, VIII, 34.)

(2) «Si ergo vos filius liberaverit, vere liberi eritis». (Ib. 36.)

San Pablo: «Todo lo puedo en Aquel que me conforta» (1).

Nuestros principales enemigos son el mundo, el demonio y la carne, y cuando con el auxilio de la gracia hemos vencido el mundo con todas sus vanidades reinamos sobre él, y nuestro reino es el cielo, porque nadie es más dueño del mundo que aquel que lo desprecia. Destruiremos el poder del demonio cuando nos despreciamos y humillamos sinceramente por la gloria de Dios a toda criatura. Siendo verdadera nuestra humildad y evitando el pecado, Dios nos guiará y nuestra alma se sentirá ennoblecida, elevada y libre de toda esclavitud, pues como dice Aristóteles: «Cuanto más se acerca un sér a su primer principio, tanto más se ennoblece». Y por eso, cuando nuestra voluntad está unida a su Dios, más noble y libre será.

5. Voluntad libre es, por lo tanto, la que sólo pertenece a Dios, y elevada sobre todas las cosas se sumerge en el Bien increado, al cual se une de modo que el poder de todas las criaturas no logrará separarla de El. Por eso ante ellas conservará siempre su tranquilidad, lo mismo en presencia de la desgracia que de la felicidad, del dolor y del amor, de las alabanzas y del vituperio, de los amigos y de los enemigos; nunca perderá su serenidad porque, elevada sobre todas estas cosas, sólo permanece unida a su Dios, digno de todo su amor. Estas almas no se dejan arrastrar por nada que pueda separarlas del Supremo Bien, diciendo con el Apóstol, ¿quién podrá separarme del amor de Dios? (2). Todas las criaturas le llevan al Creador. El alma que goza de esta libertad, lucha por adquirir todas las virtudes, única cosa que le cautiva, no con cadenas de esclavitud sino de ver-

(1) «Omnia possum in eo qui me confortat». (Filip. IV, 13.)

(2) «Quis ergo nos separabit a charitate Christi?» (Rom. VIII, 35.)

dadera libertad, porque la menor de las virtudes es un tan gran bien, que no puede tener otra recompensa sino el mismo Dios, fuente de la verdadera libertad.

6. Mas la voluntad, que es esclava del pecado, tendrá por recompensa los trabajos, las penas, los cuidados, el descontento, la tristeza y la intranquilidad en esta vida y en la otra. Estas almas serán infelices hasta que no se determinen a vencerlo todo por Dios y consigan su libertad. De ahí que es tan grande la dicha de los que sirven a Dios con sinceridad y alegría en este mundo, que esto sólo sería recompensa bastante a sus servicios y trabajos. ¿Qué mayor gozo que amar y servir a solo Dios con total desprendimiento de los amores terrenos? Quien ha llegado a despreciar todas las cosas temporales y descansa en brazos del sumo Bien, ¿qué más puede desear sobre la tierra? ¡Dichoso el que ha nacido para esto! ¡Cuánto debe alabar al Señor al mirar hacia abajo y ver las tormentas del mar de la impiedad lleno de peligros para el alma, y verse libre de ellos en posesión del reino que ahora está oculto en su interior, pero que después de esta vida se manifestará según aquello de Jesucristo: «Alégrate siervo bueno y fiel, entra en la alegría de tu señor» (1), donde recibirá una medida llena, colmada y sobreabundante! (2).

CAPÍTULO V

Excelencia de la divina gracia.

1. La gracia, don exclusivo de Dios, nos libra del infierno y nos abre las puertas del cielo, haciéndonos

(1) «Euge, serve bone et fidelis; intra in gaudium domini tui». (Mat. XXV, 21.)

(2) «Mensuram bonam, et confertam, et coagitatam, et superfluentem». (Luc. VI, 38.)

agradables a Dios juntamente con nuestras obras, así como fué acepto al Señor aquel sacrificio ofrecido por el justo Abel, porque había hallado gracia en su divina presencia. ¿Qué otra cosa es la gracia santificante sino un reflejo de la eterna verdad y una participación de su justicia, que hace al alma semejante a Dios uniéndola a El? Por eso, siendo una participación de la naturaleza divina, al unirse íntimamente al alma le da un nuevo sér sobrenatural, por cuyo medio puede hacer obras sobrenaturales, como son los actos de virtud y perfección.

2. La gracia es el fundamento de todos los dones y manifestaciones divinas en el alma, sin la cual no podemos salvarnos, y la luz que nos conduce a Dios donde está nuestra felicidad. Se la puede comparar a una rama celestial injertada en nosotros: y así como los árboles silvestres se deben transplantar e injertar con ramas buenas para que produzcan sabrosos frutos, y éstos resultan, al desarrollarse el injerto, conforme a su naturaleza y no conforme a la del tronco injertado, así tampoco serán nuestras obras meritorias ante Dios si no proceden de esta rama de la gracia injertada en el alma. De aquí que ninguna obra puede ser agradable a Dios ni merecer eterna recompensa si no procede de la gracia, según aquel testimonio del Padre celestial: «Este es mi Hijo muy amado, en quien tengo mis complacencias» (1), por la plenitud de la gracia en Jesucristo, de la cual todos participamos (2).

3. Considera ahora por qué no son meritorias hechas sin la gracia.

Primero, porque Dios creó al hombre con la per-

(1) «Hic est Filius meus dilectus, in quo mihi complacui». (Mat. III, 17.)

(2) «Et de plenitudine ejus nos omnes accepimus». (S. Juan, I, 16.)

fección que concibió desde toda la eternidad, y al perder por su culpa esa su primitiva perfección, se hizo pecador e injusto porque no se conformó con aquella primera idea preconcebida por Dios, y por eso, después del pecado de Adán, todos nacemos hijos del pecado original. Pero creen algunos que Dios puede perdonar y justificar al hombre al modo que una persona se reconcilia con otra de la cual era enemiga, sin que sea necesario darle nada y sin infundirle una verdadera y real excelencia, de tal suerte que, según ellos, la gracia es algo extrínseco, como una vestidura del alma. Mas así como Dios no puede hacer una flor roja, sino dándole este mismo color, así tampoco podrá justificar al hombre sin obrar en su naturaleza algún cambio real. En efecto, el alma debe volver al orden trastornado por el pecado y esto es obra de la gracia, reproduciendo en nosotros la imagen de Dios. Solamente cuando nuestra voluntad sienta y quiera conforme a la divina, podrá realizar lo que debe y Dios le exige.

Segundo, el que no está en gracia, sólo puede contar con sus fuerzas naturales, y en este estado, aunque fuera capaz de realizar todas las obras del mundo imaginables, le serían infructuosas e inútiles en orden a su salvación, porque ninguna cosa puede obrar fuera del orden natural, y como la visión de Dios, que constituye el último fin del hombre, está sobre su naturaleza, de ahí que no pueda conseguirlo sin el auxilio sobrenatural y divino de la gracia, que no destruye la naturaleza, sino que sublima y eleva cuanto hay en ella de bueno y excelente a mayor estado de perfección. Por lo tanto, sin esta luz deiforme de la gracia, no nos podemos unir a Dios sobre la tierra. Cosa admirable es que, mediante ella, como enseña Santo Tomás (1), pueda el hombre elevarse

(1) I q. 108, a. 8, y I q. 117, a. 2, ad 3.

sobre los mismos ángeles, a pesar de tener éstos naturaleza muy superior a la suya, y que el hombre sea bienaventurado, no por naturaleza sino por gracia.

4. La gracia es la medida de la gloria, y así como en esta vida el grado de gracia es proporcional a la santidad del alma, así en el cielo esa misma gracia determinará el grado de gloria que le corresponde: así que la gloria no es más que una perfección de la gracia, guardando entre sí la misma relación que la del fruto a la flor.

5. La gracia no es cosa terrena sino celestial, que incorpora el hombre a Jesucristo, y le hace un espíritu con Dios. Cuando se apodera del alma, destruye en ella el pecado y cuanto es contrario a su influencia, sustituyéndolo con las virtudes y la santidad, siendo tan opuestas al pecado como la luz a las tinieblas y el fuego al agua. Por eso es imposible que se condene el que está en gracia, y sería preferible estar en el infierno con la gracia, si fuera posible, que en el cielo sin ella, porque no el lugar, sino la gracia, es la que hace al alma bienaventurada. Por ella nos hacemos dignos de Dios, nos elevamos al cielo, patria de los santos, donde se halla la verdadera felicidad.

6. Cuando Dios infunde su gracia en el alma, recibe al mismo tiempo una nueva luz de que antes no gozaba, y se le manifiesta ya por medio de un conocimiento más claro de su bondad, ya por una nueva vida que le comunica; luz y vida que se difunde por las potencias superiores y desciende a las inferiores penetrándolas por completo, y haciendo rebosar esta nueva vida al exterior, al mismo tiempo que la eleva sobre las cosas terrenas. Por eso dijo Jesucristo: «Todo aquel que bebe de este agua que Yo diere, tendrá en sí una fuente de agua viva que saltará hasta la vida eterna» (1). Este agua viva es la luz que ilumina el

(1) «Omnis qui bibit ex aqua hac, fiet in eo fons aquae salientis in vitam aeternam». (S. Juan, IV, 13.)

alma difundiéndose también al cuerpo, haciéndole apto para practicar las virtudes..

7. Esta divina rama o injerto de la gracia se ofrece a todos, pero no en todos prende, porque muchos no quieren cortar el árbol silvestre de sus pasiones y pecados, y para hacer este espiritual injerto, se necesitan tres cosas: la gracia preveniente de Dios, voluntad sincera de convertirse a El y limpiar la conciencia de pecado mortal.

8. La gracia preveniente dispone al alma para recibir la santificante, que la hace merecedora de la vida eterna, despertando en ella el deseo de convertirse a Dios. Esta gracia preveniente se ofrece igualmente a todos los hombres, sean cristianos, judíos o gentiles, de tal modo que así como todos los seres reciben de la influencia divina el poder de moverse y obrar, así también esta gracia es como una común influencia que Dios ejerce sobre todas las almas. A la manera que el sol ilumina todas las cosas de la tierra, a no ser cuando se interponen las nubes, así brilla esta gracia del Espíritu Santo sobre todas las almas, a no ser que nuestros pecados lo impidan, y, por lo tanto, debemos evitar, en lo posible, de nuestra parte, el resistir a su benéfica influencia. Mas si Dios nos halla bien dispuestos, entonces nos hará participar de su gracia, haciéndonos semejantes a El por medio de sus carismas, y esto sucede siempre que de veras nos convertimos a El, pues en el mismo instante viene a nosotros el Espíritu Santo con sus dones celestiales para santificarnos.

9. Por tres cosas principales podemos conocer, en cuanto nos es posible en esta vida, si estamos en gracia. Primera, cuando de nuestro corazón salen buenos pensamientos y santos deseos, al modo que el agua cuando hierve sale del recipiente que la contiene. Segunda, cuando la lengua habla siempre con gusto de

cosas celestiales, a la manera que el árbol cuando brota se cubre de hojas y flores. Y tercera, cuando llevamos una vida fecunda en buenas obras, como árbol que da muchos y sabrosos frutos, porque la abundancia de éstos prueba que la raíz está en buena tierra y que no está seca ni muerta.

Busca, pues, con humildad la gracia de Dios, de la cual una sola partecilla es más apreciable que todos los tesoros del mundo, que todos los ángeles y que todos los seres que Dios ha creado en el orden natural, y fortifica el corazón con la gracia, como dice San Pablo (1).

CAPÍTULO VI

De la preparación del alma para recibir la acción del Espíritu Santo en nosotros.

1. El Espíritu Santo es un bien tan grande y suave, tan incomprendible e inmenso que ninguna grandeza y excelencia imaginable se le puede comparar, y toda la creación ante El es mucho menos que un punto comparado con el universo. Por eso, sólo este divino Espíritu puede preparar por sí mismo el corazón donde ha de morar, a fin de que al venir a nosotros, sea El quien se reciba a sí mismo.

2. Sin embargo, debemos poner algo de nuestra parte, y prepararnos *primero* con humildad. Porque la luz de este divino Espíritu no alumbra sino a los verdaderos humildes que, sin fingimientos ni hipocresías, reconocen su miseria y su nada ante Dios, el cual no visita sino a los que se abandonan enteramente en sus manos en el tiempo y en la eternidad. Esta será, de tu parte, la principal y mejor preparación al efecto indicado.

(1) «Optimum est enim gratia stabilire cor». (Hebr. XIII, 9.)

3. En *segundo lugar*, hay que unir a la humildad la pureza de corazón, desterrando el afecto desordenado a las criaturas. La devoción puede desfallecer, el amor se enfría, la contemplación puede faltar, pero si el corazón se conserva puro, siempre estará dispuesto a recibir la influencia de la gracia. Por eso decía San Agustín: «Vacíate, para que puedas ser llenado». Despréndete de ti mismo y de las criaturas, si quieres que Dios éntre en tu alma. Cuando queremos llenar de algo una vasija, tenemos que desocuparla antes de lo que tenga, porque dos cosas no pueden ocupar el mismo espacio, y si Dios ha de llenar nuestro corazón, es fuerza que le desocupemos antes de todas las cosas; pero si está lleno de mil cuidados inútiles y de vanas fantasías, Dios permanecerá fuera sin entrar en nosotros, a la manera que un vaso lleno de amargas heces no se puede llenar de vino puro y generoso. Así viene a suceder aquí lo que en los tratos o compras, que cuanto más perdemos de las cosas terrenas, otro tanto ganaremos de las divinas.

4. Siéndonos, pues, tan necesaria la pureza de corazón, debemos ejercitarnos en la oración, el ayuno, las vigiliass y en las otras prácticas de piedad cuanto nos sea necesario para conseguir este fin. Renuncia, por lo tanto, a todos los consuelos de las criaturas, y procura vivir dentro de ti mismo, pues como dice San Bernardo, los consuelos divinos son tan delicados que no son compatibles con los del mundo. El placer culpable te alejará de Dios y sólo puede repararse con el dolor y la penitencia. Por otra parte, el mismo Dios no dejará de darnos sus consuelos en cuanto hagamos y suframos por El, porque sabe que no podemos prescindir de ellos, pero nadie llegará a poseerlos si antes no renuncia a los mundanos.

5. Por eso debemos desprendernos de todo, y examinar con cuidado si en nuestros pensamientos, pa-

labras y obras hay algo oculto que no mire a Dios, para desecharlo en caso afirmativo. Examine y remueva cada uno diligentemente el fondo de su corazón tratando de podar el árbol, es decir, sus potencias y sentidos, desarraigando las malas hierbas. Destierre, principalmente, los vicios capitales, reprimiendo el orgullo, la avaricia, la sensualidad y todas las demás imperfecciones.

Hecho esto, aunque sintamos aridez y sequedad en el alma, no debemos desconfiar, porque el sol divino se acerca, por más que no brille aún esplendoroso en nuestro espíritu. Cuando estemos bien preparados y hayamos logrado dominar nuestro interior y exterior, entonces le sentiremos más cerca y sus rayos, llenos de calor y vida, penetrarán el fondo de nuestra alma; entonces vendrá la primavera con todo su esplendor y abundancia de hermosas flores; entonces Dios hará florecer y fructificar nuestro espíritu de modo inefable y desconocido para nosotros; entonces nos sentiremos llenos del amor y plenitud del Espíritu Santo de tal manera, que no hay inteligencia humana capaz de explicarlo.

6. Al descender sobre nosotros el Espíritu Santo con su luz divina, fortalecerá y acrecentará nuestras luces naturales, nos infundirá las virtudes sobrenaturales, fe, esperanza y caridad, juntamente con su gracia, y nos enriquecerá con sus siete dones que obrarán en nosotros efectos admirables.

En primer lugar se nos dará el don de temor, que nos enseña a renunciar nuestra propia voluntad y huir de las complacencias y caprichos desordenados. El don de piedad nos hará bondadosos y misericordiosos para con todos, sin atrevernos a juzgar mal de nadie y siendo tolerantes para con nuestros prójimos. El don de ciencia nos hará sabios, enseñándonos cómo nos debemos portar siempre conforme a la voluntad de Dios.

Esto no quiere decir que el Espíritu Santo nos dé a conocer todas las cosas y acontecimientos futuros con sus consecuencias, sino aquello que es conducente para el cumplimiento de nuestros deberes, el conocimiento de la verdad y de la malicia de nuestra naturaleza. El don de fortaleza que nos robustecerá para hacer, padecer y abandonar todas las cosas por Dios con alegría. El don de consejo que hace tan amables a aquellos que lo poseen, y, en fin, los dones de entendimiento y sabiduría tan grandes e inefables, que mejor se experimentan que se pueden declarar.

7. Cuando el Espíritu Santo ilumina el fondo del alma con su amorosa luz, experimenta tal dulzura y suavidad que con razón se le llama Espíritu consolador (1). Una sola gota de esta suavidad celestial sobrepuja todos los consuelos y goces que puedan dar las criaturas, y cuando se ha experimentado una sola vez, todas las cosas de este mundo parecen amargas, como dice San Bernardo. Una sola centellica de este divino amor sería incomparablemente más deseable que todo el mundo convertido en un mar de delicias. Esta plenitud de celestiales consuelos nos dispone a conquistar el cielo con tanta alegría y facilidad, como tristeza y pesar experimenta el que se condena seducido por los halagos del mundo.

Dios derrama algunas veces gran consuelo sobre el alma que no puede resistir tanto gozo con sus fuerzas naturales centuplicadas, y por eso, necesita de virtud sobrenatural para no desfallecer, y cuanto se puede decir de estas alegrías supera toda ponderación y excede toda inteligencia; mas esto no es sino una simple mirada de la Divinidad.

8. Con la misma plenitud y abundancia con que

(1) «Ego rogabo Patrem, et alium Paraclitum dabit vobis».
(S. Juan, XIV, 16 y 26.)

se dió a los Apóstoles y a los primeros discípulos, de Jesucristo, descendiendo sobre ellos como agua de río impetuoso que se desborda por donde corre y todo lo llena e inunda, así también se derrama en todo tiempo sobre las almas que están preparadas y dispuestas a recibirle llenándolas de sus gracias, de sus dones y de su amor.

Si sucediese en nuestros días aquello que se cuenta del tiempo de Elías que no llovió en tres años y medio, y viniendo después una lluvia abundante y copiosa fertilizara toda la tierra menos el campo de un solo hombre, ¡qué pesar no experimentaría ese tal, y cómo le compadecerían sus vecinos! Pues bien, en los Hechos de los Apóstoles se dice: «*Todos fueron llenos del Espíritu Santo*» (1). ¿Qué dolor no debe sentir el cristiano al ver que su corazón sigue frío, su vida estéril interior y exteriormente, y privado de los consuelos celestiales?

9. No es difícil reconocer la venida del Espíritu Santo a nuestras almas, y por eso decía San Bernardo: «¡Oh Dios mío! yo sé que estáis presente a mi alma cuando mi corazón se conmueve ante Vos!» Y este movimiento del corazón consiste en volverse amorosamente hacia Dios y apartarse con desprecio del mundo. Pero la mejor señal para conocer esto será el experimentar disgusto y descontento de sí mismo, porque cuando el Espíritu Santo viene a nosotros y nos enseña toda verdad, nos muestra también con gran luz el número y gravedad de nuestras faltas, llenándonos de confusión y humildad, y mostrándonos cómo no seguimos sinceramente a Dios, a cuya acción ponemos estorbos al complacernos en las criaturas. Este mismo Espíritu nos enseñará la verdad, sabiduría y la condición indispensable para llegar a la perfección.

(1) «*Repleti sunt omnes Spiritu Sancto*». (Act. II, 4.)

10. ¡Almas puras!, verdaderas rosas de vida espiritual, cercaos y ocultaros entre espinas huyendo del mundo y de las criaturas, y abríos al rocío de los dones del Espíritu Santo; estad atentas a lo que os pide para que venga a vosotras y para que no halle estorbo que se lo impida. Dadle tiempo y lugar para que transforme vuestro corazón en paraíso de la Divinidad, vuestra boca en vaso de pureza, vuestra vida en modelo de santidad, glorificando así a Dios, alegrando a los ángeles y edificando a los hombres.

CAPÍTULO VII

Excelencia del amor divino.

1. «Amarás a tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente» (1). Los doctores han disputado mucho sobre si el conocimiento es más excelente que el amor; pero dejando aparte esta cuestión, no cabe duda que el amor es más útil y meritorio que el conocimiento, porque penetra alegremente a donde no puede llegar aquél, y según el amor, así será el grado de gloria en los santos. El amor no necesita un conocimiento profundo y sutil, sino una fe pura, viva y cristiana.

2. El Beato Alberto Magno, hablando sobre esto, dice que *amar con todo el corazón* significa ejercitarse en el amor con voluntad deliberada y libre, con toda el alma y con todas sus facultades. Porque algunas veces sucede que se ofrecen a nuestros sentidos cosas amables que rechaza el libre albedrío, y al contrario, hay cosas que repugnan a los sentidos, pero que la

(1) «Diligens Dominum Deum tuum ex toto corde tuo, et ex tota anima tua, et ex omnibus viribus tuis, et ex omni mente tua». (Luc. X, 27.)

voluntad les fuerza a amar. Mas el amor de Dios debe nacer de un corazón libre y santo. *Con toda el alma* significa amar con gusto y alegría, voluntaria y libremente; amar con todas las potencias y sentidos interiores y exteriores, amor que nace del conocimiento de la verdad. *Amar con todas las fuerzas* es amar con toda diligencia y energía, de tal modo que domines todos tus sentidos y apetitos, ordenándolos a ese único amor en el cual te ejercitarás con todas tus fuerzas. Este es amor sumo y universal. Amar a Dios *con toda la mente*, es decirlo todo, porque la mente es como una regla o medida que determina la forma, peso y demás cualidades de las cosas, clasificándolas. Dice San Agustín que una sola obra no constituye virtud, sino que se necesita adquirir la constancia y facilidad en practicarla, de tal suerte, que llegue a formar en el hombre como una segunda naturaleza, y esto no se consigue sino a base de un amor humilde.

3. «El amor es fuerte como la muerte, y duro e inflexible como el infierno» (1), y si la muerte separa el alma del cuerpo, la caridad separa del alma todas las cosas, no pudiendo sufrir alguna que no sea Dios o relacionada con El, y menos aún el pecado. Porque así como el fuego todo lo destruye, así la caridad destruye el pecado. El que ama a Dios ama también lo que El ama, y odia a lo que El odia, siendo incompatible con la caridad todo hábito vicioso y toda culpa.

4. La unión del alma con Dios presupone un completo desapego de las criaturas, y cuando éste no es completo tampoco será perfecto el amor a Dios, y mientras sienta alguna complacencia en las cosas creadas no llegará a la verdadera caridad.

El alma que busca a Dios halla disgusto en las

(1) «Fortis est ut mors dilectio, dura sicut infernus aemulatio». (Cant. VIII, 6.)

cosas terrenas, porque como dice San Agustín: «En el corazón que ama a Dios no hay lugar para la vanidad de las criaturas, porque todas ellas son demasiado pequeñas para él». Es propio de la caridad subir siempre hacia Dios con santos deseos sin descansar hasta llegar a poseer el sumo Bien, diciendo con San Pablo: «Todas las cosas las tengo por basura» (1), y con San Juan en el Apocalipsis: «Vende todo lo que tienes y compra oro puro» (2), es decir, la caridad, porque quien la tiene posee todas las cosas.

Cuando el amor ha penetrado con sus dones el alma, ésta se esfuerza por emprender primero el vuelo fatigoso de la paloma con las alas de las virtudes, y después con el ansia del águila se remonta con la caridad hacia el cielo, pareciéndole entonces frío e insípido todo lo temporal. Dice a este propósito Santo Tomás: «Para conocer si el amor de Dios aumenta o disminuye en tu corazón, observarás que cuanto disminuya en ti el amor a las criaturas aumentará y crecerá el de Dios, y por el contrario, cuanto más te aficiones a las criaturas más te apartarás de Dios». Es forzoso dejar amor por amor, y dice San Bernardo: «Aquél ama a Dios, a quien la dulzura divina quita toda otra dulzura y consuelo», porque así como el agua y el fuego no pueden estar juntos, así tampoco la alegría espiritual y la mundana. El fuego no puede encenderse en el agua, ni el amor de Dios en el goce de las cosas terrenas y sensuales.

5. El alma no debe amar criatura alguna del mismo modo que a Dios, el cual quiere ser solo en complacerla y no admite rival alguno; por eso sólo debemos amar las criaturas por Dios, para Dios y en Dios. Amar las criaturas por Dios es buscar en ellas su causa y

(1) «Omnia arbitror ut stercora». (Filip. III, 8.)

(2) «Suadeo tibi emere a me aurum ignitum probatum». (Apoc. III, 18.)

principio; amarlas para Dios es referirlas a su último fin que también es Dios, y amarlas en El es no buscar en ellas otro gozo ni objeto sino a Dios.

6. Cuando se ama de esta manera se comprenden bien aquellas palabras de San Pablo: «El mundo está crucificado para mí y yo para el mundo» (1). Con lo cual quiere decir el Apóstol que las alegrías y placeres mundanos le son menos soportables que el mismo suplicio de la cruz, y que sus propias costumbres y conducta causan tanto disgusto al mundo como los sufrimientos y dolores del crucificado.

En esto consiste la perfección de la vida espiritual, y sólo el que se ajuste a ello podrá estar seguro de que va por buen camino; mas entre mil apenas se encontrará uno para quien el mundo sea una cruz, y el que haya llegado a tanta perfección, debe procurar agradar solamente a Dios en todas sus acciones y decir con San Pablo: «Si tratase de agradar a los hombres no sería siervo de Cristo» (2). Estoy crucificado para el mundo, porque aparezco en mis ideas y acciones tan opuesto a él que le causó la impresión de un crucificado.

7. El verdadero amor hace que el hombre renuncie a sí mismo, y a su propia voluntad. «¿Quieres saber si amas a Dios?, dice San Gregorio. Mira si conservas la caridad cuando viene a dar sobre ti una tempestad de penas y contradicciones de donde quiera que procedan, de tal suerte que envuelto en ellas no sepas qué hacer ni a dónde acudir; y si envuelto en esta tempestad, imprevista e inesperada, permaneces confiado y alegre, de tal suerte que no faltes en palabras ni en obras, puedes estar seguro de que amas a Dios».

(1) «Mihi mundus crucifixus est et ego mundo». (Gal. VI, 14.)

(2) «Si adhuc hominibus placerem, servus Christi non essem». (Gal. I, 10.)

Muchos creen que aman a Dios cuando están en paz, mas cuando la tentación y la desgracia les prueba no saben como han de sobrellevarlas, porque su devoción sensible se funda sobre arena movediza, pero la verdadera devoción, siempre nos mantiene unidos a Dios en la prosperidad, lo mismo que en el dolor y la desgracia. Allí donde hay verdadera caridad reinará la paz inalterable, y aunque el hombre en el exterior sufra y llóre, en su interior permanecerá tranquilo y muy conforme con la voluntad de su Dios.

8. El verdadero amor hace que por una parte el alma tienda y se eleve con gran ímpetu hacia Dios, y por otra se mantenga en lo profundo de una verdadera humildad desconocida y ajena a los sentidos, conservándose en tal firmeza y estabilidad que será la admiración de los demás. En medio de las penas y de las alegrías, no pierde su confianza en Dios, y aun cuando se vea privada de los consuelos celestiales, no pierde su ánimo y juzga provechoso para sí lo que para otro sería causa de dolor y desconsuelo. Entonces dice como la esposa de los Cantares: «Por las calles y las plazas buscaré al que ama mi alma (1). Me hallaron los centinelas que guardan la ciudad, y me hirieron y me llagaron despojándome del manto» (2), es decir, de la perseverancia, y sin desfallecer exclama: «Decid a mi amado que languidezco de amor» (3).

Estas almas perseveran tranquilas en la presencia

(1) «Surgam, et circuibo civitatem; per vicos et plateas quaeram quem diligit anima mea; quaesivi illum, et non inveni». (Cant. III, 2.)

(2) «Invenerunt me custodes qui circumeunt civitatem; percusserunt me, et vulneraverunt me. Tulerunt pallium meum». (Ib. V, 7.)

(3) «Adjuro vos filiae Jerusalem, si inveneritis dilectum meum, ut nuntietis ei quia amore languedo». (Ib. 8.)

de Dios dispuestas siempre a seguir sus inspiraciones y a cumplir su voluntad, como el siervo postrado ante la mesa de su señor, pendiente siempre de sus órdenes y preparado para cumplirlas sin dilación.

9. ¡Oh amor dulcísimo! ¿cómo viven los que te conocen y experimentan? Están inflamados por la beatísima Trinidad, y no viven en sí mismos sino como dice San Juan: «Dios es amor y el que permanece en el amor está en Dios» (1). De tal manera están penetrados y sumergidos en Dios, que las penalidades y las pruebas los hacen más fuertes; cuanto más recio y largo es el combate más crecen en caridad, y cuanto son más agradables a Dios tanto más viles y despreciables se consideran a sí mismos. El sufrir crece con el amor, y el temor con la abundancia de los consuelos que reciben, mas no un temor servil sino filial y noble. Nada hay que una tan íntimamente la criatura a Dios, y Dios a la criatura como este santo amor, obrando en las almas la gracia que las transforma en El. San Pablo decía: «Mi vida es Cristo y el morir mi ganancia» (2), dichosa muerte que nos hace vivir unidos al sumo Bien, al Sér por esencia en quien viven por siempre todas las cosas.

10. Siendo este amor lo más excelente que hay en el mundo, Dios nos persigue por amor, y el que se halla inflamado en este fuego se halla atado con dulcísimas cadenas bajo el peso de una carga suavísima, porque le acercan más a Dios que todos los demás ejercicios y prácticas de penitencia, según aquello de San Pablo: «Si entregase mi cuerpo a las llamas y hablase la lengua de los ángeles, y distribuyera mis bienes entre los pobres, pero si no tengo cari-

(1) *Deus charitas est, et qui manet in charitate, in Deo manet, et Deus in eo*. (1.ª S. Juan, IV, 16.)

(2) *Mihi enim vivere Christus est, et mori lucrum*. (Filip. I, 21.)

dad, de nada me aprovecha» (1). Esta es la vestidura nupcial sin la que seremos condenados a las tinieblas exteriores (2). Poco importan a Dios nuestras obras si le negamos el amor de nuestro corazón.

Por lo tanto, el que haya hallado este camino de amor, no busque otro; si se halla prisionero en sus redes, entregue a Dios todo cuanto tiene. No temáis ser cogidos por este lazo dulcísimo, que cuanto más apretado sea más libre os sentiréis.

11. Nada se puede comparar a la santidad, sabiduría, hermosura, pureza y perfección del amor; mas, para conseguirlo, es necesario hacer un verdadero cambio con Dios, de suerte que El te dará todo cuanto tiene, a condición de que tú le entregues todo cuanto poseas. Despégate de toda criatura, por muy excelente que sea, para que no pongas estorbo a este amor. El que cubre sus ojos con una plancha nada verá, siendo indiferente que aquélla sea de oro o de hierro.

12. ¡Oh admirable amor divino! ¡cuán grande es tu fuerza y tu poder! Tú alumbras el alma, ilustras los sentidos y robusteces todas las virtudes. Tú das el mérito a las obras; tú endulzas todas las penas y miserias, haces ligera y soportable la carga pesada, y no sufres las más leves imperfecciones. Tú rejuveneces el alma y destierras las penas amargas del corazón. ¡Oh amor santo! toma posesión de mi alma; si vivo sin ti, moriré de dolor. No permitas que se entibie en mi corazón, porque entonces mis obras serán muertas al dejar de sentirte en mi alma.

(1) «Si linguis hominum loquar, et angelorum; et si distribuero in cibos pauperum omnes facultates meas; et si tradidero corpus meum ita ut ardeam, charitatem autem non habuero, nihil mihi prodest». (I. Cor. XIII, I, y sig.)

(2) «Amice, quomodo huc intrasti, non habens vestem nuptialem? Dixit rex ministris: Ligatis manibus et pedibus ejus, mittite eum in tenebras exteriores». (Mat. XXII, 12 y 13.)

CAPÍTULO VIII

Palabras amorosas del alma a su Amado.

1. ¿Qué os diré, Señor, cuando de amor enmudece mi alma? Mi corazón está lleno de sentimientos que la lengua no puede expresar, porque lo que experimento en mí no tiene fin ni fondo, y por eso no se puede decir. Tú eres mi Rey, mi Señor, mi amor, mi alegría, toda mi felicidad y cuanto de más gustoso hay en el mundo para mi alma. ¿Qué más podré decir? Tú eres mío y yo todo tuyo para siempre. Aunque enmudezca la lengua, dará voces todo el interior de mi alma hacia Vos. Es cierto que no os veo corporalmente, mas por eso no haré lo que muchos, creyendo que sólo se puede amar lo que se ve con los ojos corporales, y obrando como ciegos, desconocen el amor divino, contentándose con los amores terrenos. ¡Nada de corporal y perecedero! Mira, pues, con los ojos del corazón al que amas tan ocultamente en el alma, contéplalo y reconócelo como tú Salvador.

2. ¡Oh maravilla sobre toda maravilla! ¿Cómo puede contemplaros el corazón sin derretirse de amor? ¡Dichoso aquél cuya alma es vuestra esposa y experimenta los dulces e inefables consuelos de vuestro amor! ¡Oh si también yo pudiera llamarme esposa vuestra! Con gusto renunciaría para conseguirlo, a todo cuanto el mundo puede ofrecer al hombre de dicha y de felicidad.

3. Aunque yo sea un pecador tan miserable, permitidme, amabilísimo Señor, una pregunta que no puedo menos de haceros. ¡Oh amor mío! ¿me amáis, en verdad? ¿Soy, por fortuna y dicha mía, vuestra esposa? ¿Puede creer alguno en el mundo que me amáis? Ante esta sola esperanza, mi corazón salta de

alegría y mi alma se pone loca de contento; tanta es la dicha que invade todo mi ser que no puedo ocultarla y me siento desfallecer de gozo y de consuelo. Que la realidad corresponda, Señor, a mis deseos, pues mi mayor felicidad, mi única ansia y mi sola aspiración en esta vida es ser amado de Vos.

4. ¡Sí, Señor! amadme mucho y siempre, porque cuanto más me améis tanto más me purificaré, y cuanto más duradero sea tu amor en mí, más santa y hermosa será mi alma.

Hacedme digno de ser vuestro amigo, de vivir siempre abrazado a Vos sin apartarnos jamás. ¡Qué alegría no experimento a vuestro lado! Pueda deciros siempre que sois todo mío y yo todo vuestro. ¡Oh dulcísimo Jesús! vuestros ojos son más brillantes que el sol; vuestra boca dulce como una sonrisa, vuestras mejillas como las flores, la elegancia y dignidad de vuestra persona incomparables, y cuanto hay de bello y amable en los demás hombres, se halla en Vos en grado eminentísimo.

5. Tal es mi amado, y El es mi amigo, hijas de Jerusalén (1). Si todos os conociesen, Señor, ¡qué pronto olvidarían los amores y cosas terrenas! Cuánto me admira, Señor, que no os haya conocido hasta ahora y que haya puesto mi corazón en cosa distinta de Vos, que sois abismo profundo y mar insondable de todas las perfecciones. Dichoso el que os ama y siempre permanece en vuestro amor. ¡Dichoso el que es y se llama amado vuestro! Mil vidas que tuviéramos deberíamos ofrecerlas gustosos por adquirir este tesoro.

¡Oh santos y ángeles del cielo! y vos, amada virgen Santa Inés, que dijiste: «Su sangre ha enrojecido mis

(1) «Talis est dilectus meus, et ipse est amicus meus». (Cant. V, 16.)

mejillas», ayudadme a alcanzar este amor cuya excelencia desconocí hasta ahora. Trabaja y esfuérate, alma mía, por conseguir esta dicha antes que llegue la hora de la muerte y sacude de ti la tibieza y la indolencia.

6. ¡Oh eterna Sabiduría! sois un bien amable sobre todos los bienes de este mundo. ¡Qué diferencia entre vuestro amor y el de las criaturas! ¡Cuán engañosas son las cosas que el mundo nos presenta como amables! En ellas no hay más que dolor, inconstancia y ficción y en todas se encuentran defectos, mas en Vos está la belleza de infinita suavidad, las palabras de vida, la nobleza resplandeciente de las virtudes, las riquezas y el poder, la verdadera libertad, y, sobre todo, lo que no se halla en ninguna otra parte sino en Vos, la satisfacción plena de todos los deseos y aspiraciones del corazón humano, que cuanto más te posee más fiel permanece, cuánto más te sirve más dulcemente te ama.

7. Digamos, pues, adiós para siempre al mundo y despedámonos de su falsa amistad y vanos placeres para consagrarnos por entero al servicio de nuestro amado y misericordioso Señor. ¡Oh Bien infinito! ¡siempre me pesará haberos conocido tan tarde! La excelencia de vuestro amor supera toda ponderación; apártense de mí todos los falsos amores del mundo, porque he ofrecido mi corazón al escogido de mi alma entregándole todo mi sér. ¡Oh Señor! si pudiera imprimir con caracteres de oro vuestro santo nombre en el fondo de mi alma de tal suerte que jamás se borrara de ella, y así pudiera decir con aquel amante tuyo: «Piensa, alma mía, que no sólo el Verbo encarnado te escogió por esposa, sino que llevas sobre ti una prenda y testimonio de ese desposorio, al estampar de modo indeleble su dulce nombre sobre tu corazón».

8. Concédeme, Amor mío, que en lo futuro jamás sea engañado y seducido por nada de este mundo, ni quebrante la fidelidad jurada a vuestro servicio. Nuestro amor vencerá la misma muerte, y nuestra mutua unión debe durar por toda la eternidad. Quitadme antes la vida, porque quiero permanecer y vivir siempre a vuestros sagrados pies. Amén.

CAPÍTULO IX

De la verdadera devoción y oración mental.

1. Consagra todos los días algún tiempo determinado a tu Dios y Señor, para que libre de todo impedimento, olvidado de las demás cosas terrenas puedas tratar con El y elevar tu corazón hacia el cielo. Bastará para ello que dediques una hora todos los días, sin perjuicio de que durante el día recojas frecuentemente el espíritu en tu interior.

2. La oración consiste en elevar el alma hacia Dios, y la verdadera devoción en mantener con El unido nuestro corazón: la esencia de la oración está, por lo tanto, en esa diligencia en buscar y unirse a Dios, así como lo esencial de ella consiste en convertirse y dirigirse la criatura hacia su Creador. La verdadera devoción se manifiesta por una absoluta dependencia de nuestro espíritu de la voluntad divina, no amando ni queriendo sino aquello que se refiere a la gloria de Dios, uniéndose a El con la mente y la voluntad en todas las cosas; de este modo el alma será como un hermoso olivo, *oliva speciosa*, en el cual se recrea la mirada del Padre celestial, y si experimentas esto en el fondo de tu corazón, es señal de que tu devoción es verdadera.

3. Para orar entremos en nosotros mismos recogiendo nuestra mente y nuestras potencias, y pongá-

monos en la presencia de Dios, que mora como en su palacio en el interior de las almas puras y santas, procurando buscar dentro de nosotros aquel reino de Dios de que habla Jesucristo en el Evangelio (1). Esforcémonos por conocer bien la voluntad del Señor, despojándonos de nosotros mismos y de todas las criaturas, sometiéndonos humildemente a las disposiciones divinas, cumpliendo fielmente con nuestras obligaciones y deseando que Dios cumpla en nosotros aquello que ha de dar mayor gloria y honor a su santo nombre. Orando de este modo, aprovecharás más que rezando muchas preces y oraciones con los labios, porque la oración mental se hace con las dos facultades más nobles del alma, el entendimiento y la voluntad, mientras que para la oración vocal ejercitamos los sentidos exteriores que nos son comunes con los animales.

4. Esta es oración propia de los que Jesucristo llama verdaderos adoradores que adoran al Padre en espíritu y en verdad (2). La lectura y las preces vocales no son más que un *medio* para llegar a la oración mental que nos une inmediatamente a Dios, y de modo especial la oración del *Padre nuestro* enseñada por el mismo Jesucristo, siendo la más perfecta que podemos decir con el corazón y con la boca. La oración mental es, por consiguiente, más excelente que todas las demás obras que llevan consigo alguna actividad exterior y corporal, porque mira exclusivamente a Dios, libre de toda otra preocupación; en ella veremos claramente como en un espejo nuestras faltas y nuestros pecados, grandes o pequeños. Aquí adelantaremos en el conocimiento y amor de Dios y en el camino de la vida eterna, que consiste en el perfecto conocimiento de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo.

(1) «Ecce enim regnum Dei intra vos est». (Luc. XVII, 21.)

(2) «Sed venit hora, et nunc est, quando veri adoratores adorabunt Patrem in spiritu et veritate». (S. Juan, IV, 23.)

Por eso la oración es una elevación del alma hacia Dios.

5. No faltará quien al oír esto quiera descuidar el trabajo para dedicarse a la oración y contemplación, pero debe tener en cuenta que no es buena preparación para recibir al Espíritu Santo abandonar los deberes de su estado y las obras de caridad, pues no nos estorban tanto los trabajos cuanto el desorden en ellos. Dice a este propósito el V. Taulero, que conoció un gran siervo de Dios diariamente ocupado en las labores del campo, y como preguntase al Señor si haría mejor en dejar sus quehaceres para dedicarse a orar en la Iglesia, le respondió el Señor que perseverase ganando el pan con el sudor de su frente, si quería dar mucha gloria y honor a la sangre con que le había redimido.

6. Sin embargo, debemos escoger en la mañana o en la noche algún tiempo a propósito para recogernos en nuestro interior a solas con Dios, según aquello del Profeta: «Señor, busqué con insistencia vuestro rostro» (1).

Cada uno debe ejercitarse a su manera en la oración; los contemplativos prestando de imágenes y figuras, y los otros según les inspire el Espíritu Santo, porque no todos deben de meditar del mismo modo. Entrando en nuestro interior, veamos lo que puede ser más a propósito para avivar y encender en nosotros la caridad, según nuestra inclinación y la mayor o menor facilidad que en ello experimentamos; así, por ejemplo, podemos meditar en el misterio de la Trinidad, en la vida, pasión y muerte de Jesucristo, en las virtudes de la Virgen Santísima y de los Santos, en las enseñanzas de la Sagrada Escritura, etcétera; pero siempre debemos preferir la Pasión del

(1) «Faciem tuam, Domine, requiram». (S. XXVI, 3.)

Señor y las sentencias de la Sagrada Escritura, porque la primera nos dará tema abundante para pensar en la paciencia y amor que Jesucristo nos manifestó en la cruz, deseando también vivir crucificados a ejemplo suyo; y la Escritura, como inspirada por el Espíritu Santo, nos ofrece tantos puntos de meditación como versículos tiene.

Y así como amontonando muchos carbones y mucha leña, se puede hacer una gran hoguera cuyas llamas suban hasta el cielo, así los ejercicios y prácticas piadosas deben inflamar nuestro corazón haciéndolo penetrar y descansar en Dios.

7. Mas para aprender a meditar, es necesario luchar un día tras otro contra nuestra propia naturaleza, e insistir en ello con diligencia y perseverancia sin desmayar. La venida del Señor, dice San Bernardo, no debe esperarse en la ociosidad, sino con gran trabajo, sobre todo al principio, porque después se hace cosa fácil y agradable.

Hay muchas almas buenas que experimentan penas y desalientos porque no pueden rezar un Padrenuestro sin sentir alguna sugestión del enemigo, y entonces se dicen a sí mismos: «¿De qué puede aprovecharnos la oración hecha de este modo y mezclada con tantas imperfecciones?» Pero al obrar así, dan gusto al demonio que, precisamente, sólo pretende alejarnos de la oración con sus tentaciones. No piensan que, no obstante, todas esas cosas que les causan tanta pena, su oración es muy agradable y acepta al Señor. Dice San Gregorio que a veces el alma cae en tan gran tristeza que no puede evitar el temor de una pena tras otra, pero esta tribulación interior del espíritu le hace más digno de la compasión de Dios, y sus penas se cambiarán en dulce oración que la acercará al Señor con más eficacia y prontitud, haciéndola participante de su gracia.

Por eso no debemos omitir ninguna obra buena, ni oración, ni visita al templo, cosas que tanto desagradan al demonio; porque lo que más nos cuesta para vencer la tibieza y frialdad de la oración, se torna más agradable a los ojos de Dios por esa misma contradicción que causa el sufrimiento, así como generalmente es mejor atendido un enfermo que apenas puede hablar que una persona sana y robusta.

8. Para adelantar en la oración y hacerla con provecho, apártate de las criaturas, de todos los pensamientos e imágenes que puedan distraerte y de todo apego y vano cuidado, teniendo el alma puesta en Dios y caminando en su presencia. Nuestra alma se parece a un ligero plumón que, cuando nada se lo estorba, a causa de su gran movilidad y ligereza se eleva fácilmente a las alturas, mas cuando hay algún peso que lo estorbe, se abate, contra el suelo. Así también el espíritu, libre de los deseos terrenos y ayudado por la meditación, se eleva naturalmente hacia las cosas celestiales y divinas, a semejanza del fuego que siempre tiende hacia arriba y del pájaro que vuela en el espacio.

9. ¡Oh, cuán dulce es, Señor, pensar en Ti! Cuánto más acudo a Vos, tanto más claramente comprendo la excelencia de vuestras gracias y beneficios, y por eso, mientras viva en este destierro y sienta la debilidad de mis fuerzas, haré lo posible por meditar y pensar en Vos, adquirir la santa libertad del espíritu, alabaros y bendeciros con todas mis fuerzas penetrando en el cielo, y vivir con el corazón a vuestro lado y sólo con el cuerpo en este valle de lágrimas. Nada me agrada tanto como pensar en Vos, hablar de Vos, escribir y discurrir sobre Vos y alegrarme desde lo íntimo de mi alma de vuestra gloria, para que vuestro pensamiento sea mi consuelo en medio del tumulto y de las tempestades de este mundo. Pensando en

vuestras inefables bondades, siento menos el peso de mi cuerpo y de las cosas temporales, disminuyen los ataques del enemigo, cesan los estímulos de la carne y los malos pensamientos, hallándose todo en calma; al mismo tiempo el corazón se inflama en vuestro amor, el espíritu se regocija, la memoria se aviva, se ilumina el entendimiento y mi alma, ansiosa de unirse a Vos, se eleva al amor de las cosas celestiales e invisibles.

CAPÍTULO X

Dios se manifiesta a los humildes.

1. En el Evangelio se nos dice que un rey hizo celebrar las bodas de su hijo, e invitó a muchos al convite (1). Este rey es el Padre celestial, el esposo, nuestro Señor Jesucristo, y la esposa es cada una de nuestras almas. Por lo tanto todos somos llamados e invitados a este festín que consiste en la unión de nuestro espíritu con Dios. Esta unión es tan íntima, suave, amorosa y amigable que no se puede expresar con la palabra ni comprender con la inteligencia. Los más grandes doctores y maestros no podrán jamás comprender esta unión ni hablar convenientemente de ella, a pesar de toda su ciencia; en cambio la experimentarán las almas sencillas y humildes que se entregan a Dios sin reserva. Jesucristo ha dicho: «Te alabo, ¡oh Padre! Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a los sabios e inteligentes y las habéis manifestado a los pequeños» (2),

(1) «Simile factum est regnum coelorum homini regi, qui fecit nuptias filio suo. Et misit servos suos vocare invitatos». (Mat. XXII, 2 y 3.)

(2) «Confiteor tibi, Pater, Domine coeli et terrae, quia abscondisti haec a sapientibus et prudentibus, et revelasti ea parvulis». (Mat. XI, 25.)

es decir, a los humildes y sencillos. Pero aun estos mismos no llegan a comprender la naturaleza de esta unión, siendo incápaces de definirla y explicarla, porque es un misterio superior a nuestra inteligencia.

2. Esta unión inefable no se consigue con disquisiciones asiduas, lecturas o estudios, pues la agudeza de ingenio, la elevación del espíritu y todo cuanto de excelente puede imaginarse de nada sirve para el caso. «Nadie vendrá a Mí, dice Jesucristo, si el Padre que me envió no le atrae» (1), para introducirlo en la escuela del Espíritu Santo, donde aprenderá la verdad inaccesible a las especulaciones de los grandes sabios. En esta escuela no se aprende por procedimientos científicos en los libros, sino que la misma eterna Verdad habla en el interior del alma. Por eso San Francisco encarga a sus hermanos en la regla que no se ocupen demasiado en el estudio y en los libros, y que los que no sepan leer no se afanen por aprenderlo, sino que procuren más bien desear y adquirir ardientemente el espíritu de Dios y disponer su corazón con pureza, para recibir mejor la influencia de la gracia.

En esta escuela se aprende la sabiduría con la humildad, la elocuencia con el silencio, la vida con la muerte, la ciencia con el olvido de todas las cosas. San Juan estaba en éxtasis cuando fué sumergido en la fuente de la eterna Sabiduría (2), y San Pablo cuando fué arrebatado para contemplar los arcaños de Dios, ignoraba si su alma estaba o no en el cuerpo.

3. El amor suave y sobrenatural del Espíritu Santo, enseña de una sola vez al alma más que todos los hombres pudieran enseñarle hasta el fin del mundo.

(1) «Nemo potest venire ad me, nisi Pater, qui misit me, traxerit eum». (S. Juan, VI, 44.)

(2) «Fui in spiritu in dominica die, et audivi post me vocem magnam». (Apoc. I, 10.)

San Gregorio dice a este propósito: «El Espíritu Santo es un artista tan admirable que con su acción transforma un pescador en un gran predicador; un perseguidor de la Iglesia en doctor y maestro de las gentes, y de un publicano hace un evangelista». No necesita tiempo para esto, sino que al infundirse en el alma, al punto la llena de su sabiduría.

Por esto las almas sencillas suelen llegar más pronto a la cumbre de la santidad, que aquellas que están absorbidas en cuestiones y problemas intelectuales, porque las primeras sólo se ocupan de su Dios, y no es extraño que un paisano o una pobre vieja conducidos por este camino adquieran en poco tiempo más claro conocimiento de Dios, de las virtudes y de cuanto se refiere a nuestra bienaventuranza, que muchos sabios del mundo con su gran talento natural y su estudio. Es cierto que las luces naturales con que Dios ha dotado el alma son superiores a todas las cosas corporales creadas por El, pero comparadas estas luces naturales con las sobrenaturales de la gracia, son como pequeñas llamas comparadas con el sol, y lo que puede lograr y adquirir la razón por sí sola y sin la ayuda de la gracia, es como una gota comparada con el mar y mil veces menos, porque la presencia de Dios en el alma le da más luz que la que poseen todas las inteligencias humanas por naturaleza.

Pero no sólo las almas sencillas, sino también los sabios e inteligentes cuando de lleno se consagran a Dios, pueden llegar a esta unión más fácilmente, aprovechando al efecto sus buenas cualidades naturales, pues entonces aun las cosas más pequeñas ayudan para la perfección. Cuando lo corporal está bien dispuesto y dotado para las cosas espirituales, llegará con más esplendor allí la acción de la gracia y del amor de Dios, pues una buena naturaleza ayudada

por la gracia no puede menos de hacer grandes progresos en poco tiempo.

4. La gracia nace en el terreno de la humildad, según aquellas palabras del Salvador: «Si no os hacéis semejantes a los niños no entraréis en el reino de los cielos» (1). Como ellos debemos tener en nada lo bueno que hacemos, porque dijo también Jesucristo: «Dejad que los niños vengan a Mí» (2).

Así como el agua corre hacia los valles, haciendo éstos más fértiles que las montañas, así la acción de Dios obra más eficazmente en las profundidades del alma que se humilla y abate, descubriendo sus arcanos a los pequeños y sencillos, y ocultándolos en cambio a los sabios del mundo: sólo la humildad perfecta nos permitirá contemplar las verdades divinas.

5. El humilde no guarda rencor ni sospecha contra nadie, no se aflige ni juzga mal las acciones ajenas interpretándolas siempre en buen sentido, siempre se muestra pacífico y sereno, se presta a servir a todos y a nadie molesta ni turba. No se ocupa en vanas ni sutiles investigaciones, y libre de pensamientos inútiles consagra toda su inteligencia y voluntad al servicio de su Creador.

Para que tú puedas conseguir esto mismo, medita estas palabras de San Bernardo: «Cuándo el amor de Dios llena el corazón, no puede entrar la vanidad del mundo». Procura por lo tanto sacar un clavo con otro clavo, haciendo que de tal modo penetre en tu corazón el amor de Dios, que salga fuera de él todo amor a las cosas terrenas.

(1) «Nisi conversi fueritis et efficiamini sicut parvuli, non intrabitis in regnum coelorum». (Mat. XVIII, 3.)

(2) «Sinite parvulos venire ad me». (Marc. X, 14.)

CAPÍTULO XI

Cómo habla Dios al alma.

1. «Oír, dice David, lo que dentro de mí habla el Señor, porque hablará la paz para su pueblo, para sus santos y para aquellos que se convierten a su corazón» (1), dándonos a entender por estas palabras que Dios habla interiormente a nuestras almas. Esta habla interior de Dios no es otra cosa que su divina gracia infundida en el alma, haciéndola conocer con verdad y claridad su santísima voluntad, a fin de que la cumpla interior y exteriormente con toda perfección posible, de modo que sólo quiera lo que Dios quiere. Entonces todo trabajo, toda contrariedad y desprecio por honra de Dios, es para el alma motivo de gozo y alegría: su única y verdadera pena será sólo aquello que pueda apartarla de Dios. Entonces se cumplirán en ella las palabras citadas del Profeta.

2. Mas para oír dentro de sí la voz de Dios, es necesario recogerse en sí mismo y dejar todas las cosas y preocupaciones exteriores, porque cuando El habla toda criatura debe callar, para poderle oír en medio del silencio, de la paz y tranquilidad de ánimo. Por eso dice el Profeta Oseas: «Llevaré mi esposa al desierto y allí hablaré a su corazón» (2). Es decir, al desierto de la soledad interior, aislada de todas las cosas terrenas, recogidas y concentradas todas sus potencias en solo Dios.

En el libro de la Sabiduría se nos dice también:

(1) «Audiam quid loquatur in me Dominus Deus, quoniam loquetur pacem in plebem suam, et super sanctos suos, et in eos qui convertuntur ad eum». (S. LXXXIV, 9.)

(2) «Ducam eam in solitudinem, et loquar ad cor ejus». (Os. II, 14.)

«Cuando un profundo y tranquilo silencio envolvía todas las cosas y la noche estaba en mitad de su camino, resonó tu palabra omnipotente, ¡oh Señor!, salida de tu real trono» (1). En medio del más profundo silencio, cuando todas las cosas están calladas, entonces podemos oír las palabras de la eterna Verdad, entonces Dios nos hablará callando nosotros, y entrará en nuestras almas cuando hayan salido del corazón todas las criaturas.

Cuando Jesucristo entró en Egipto, se derribaron de sus altares todos los ídolos de aquella tierra; nuestros ídolos son las cosas terrenas y las criaturas, por buenas y santas que parezcan, las cuales impiden nuestra unión con Dios ante cuya presencia todo debe desaparecer. El Señor se oculta a las almas que viven con apego a las criaturas, afligiéndose cuando las pierden; pero cuando el alma está desembarazada de ellas, Dios se le manifiesta amorosamente.

3. El Señor guarda silencio en el alma cuando ésta escucha otra voz distinta de la suya; como si no se hallase presente, porque la halla convertida en albergue de huéspedes; pero cuando está sola y silenciosa, en calma y con paz interior entonces oirá su divina palabra. Cuando sentimos ruido no podemos percibir bien los sonidos suaves, y cuando hay viento o tempestad con estruendo de puertas y ventanas, es muy difícil oír. De igual modo, para percibir la voz secreta, delicada y confidencial que el Espíritu habla en lo más íntimo del alma, es necesario que dentro y fuera de ella nada se oiga ni turbe el silencio; *factus est in pace locus eius*, dice David: «La paz es la morada de Dios». Y si Dios hablase cuando los demás, no le percibiríamos, del mismo modo que cuando dos ha-

(1) «Cum enim quietum silentium continerent omnia, et nox in suo cursu medium iter haberet, omnipotens sermo tuus a regalibus sedibus prosilivit». (Sab. XVIII, 14.)

blan, para entenderse, uno tiene que callar forzosamente.

4. Si es natural que cuando habla el Señor calle y oiga respetuosamente el siervo, y si le interrumpe le faltaría al respeto, excitando al mismo tiempo su cólera, ¿cuánto más necesario será guardar silencio absoluto cuando el mismo Dios se digna hablar a nuestra alma palabras de eterna sabiduría? Y ¿no será gran falta de respeto interrumpir esta divina palabra sin verdadera necesidad, pensando en las cosas exteriores y provocando así la cólera del Señor?

Por lo tanto el recogimiento de espíritu es el lazo indispensable que mantiene unidos en la caridad, nuestra mente, nuestro corazón y todas nuestras potencias interiores y exteriores, y por eso cuando falta, no podemos ver ni sentir en nosotros la acción de la gracia.

5. Leemos en la Sagrada Escritura que cuando Elías se retiró al desierto, deseaba morir para librarse de las agitaciones e inquietudes de este mundo; cuando se durmió rendido por el cansancio, un ángel colocó a su lado un pan cocido al rescoldo y un jarro de agua, y despertándole le invitó a comer diciendo que aún le quedaba mucho camino por andar; como el profeta obedeciese, pudo después andar cuarenta días y cuarenta noches, hasta llegar al sitio donde había de ver al Señor. Vino entonces un viento impetuoso que hacía pedazos las piedras y las rocas, pero Dios no estaba en medio de esta tempestad; después sintió un fuerte terremoto acompañado de fuego, y tampoco vino el Señor. Por último se levantó un viento ligero como la brisa de mayo y entonces, dice la Sagrada Escritura, que vino el Señor (1). Con lo cual se nos representa el alma que busca a Dios

(1) «Elias perrexit in desertum. Cumque venisset, et sederet subter unam juniperum, petivit animae suae ut moreretur». (III. Reg. XIX, 4 y sig.)

con rectitud de intención y con verdadera ansia, y que desea oír sus palabras sin ruido ni estrépito alguno; en medio de este silencio viene el Señor, y con sus consuelos espirituales llenará el corazón de una luz permanente y celestial. Mas no son dignas de este consuelo las almas que no se desprenden y desembarazan de todas las cosas inútiles.

6. Debemos persuadirnos, por lo tanto, de que todas las ocupaciones y cosas exteriores, nos ciegan y seducen privándonos de oír la voz interior de Dios; y que la multitud de negocios, diversiones, amistades, conversaciones y pasatiempos inútiles nos apartan de El, y generalmente tienen mal fin por muy buena que sea nuestra intención en ellos. Aquel que vive sólo por los sentidos, nunca llegará al verdadero amor de Dios, porque no podrá oír su voz.

Procura, pues, con toda solícitud y empeño escuchar la palabra interior de Dios, porque en una hora adquirirás más ciencia divina que en mil años puedan enseñarte todos los hombres.

7. ¡Oh amado Bien mío! reconozco que cuando me aparto de Vos, me veo perseguido como el ciervo alejado de su madre, por crueles cazadores que corren sin descanso hasta llegar a su guarida. También yo os busco con deseo ardiente y corro hacia Vos como el ciervo sediento hacia las aguas (1). Por eso una hora sin Ti me parece un siglo, y para mi amante corazón, el día que no os encuentre se me hace eterno.

¡Amado Señor! ¿cómo hay en el mundo corazones tan duros y almas tan indiferentes e insensibles que no se inflamen en vuestro amor, al oír vuestras palabras tan dulces, tan llenas de vida y de ternura infinita? Tuyas son éstas: «Abreme, hermana mía, que soy

(1) «Quemadmodum desiderat cervus ad fontes aquarum, ita desiderat anima mea ad te, Deus». (S. XLI, 2.)

tu hermano; ábreme, paloma mía, para que pueda entrar mi espíritu a consolarte; ábreme, amada mía, que soy tu esposo; ábreme tu corazón, porque quiero tener en él mi gozo y mis delicias» (1).

Arbol de salud, vástago santo de María, ramo de olorosas flores, divina Sabiduría, Tú nos invitas con aquellas palabras: «Venid a mí todos los que me deseáis, y llenaos de mis frutos. Yo soy la madre del amor hermoso. Mi espíritu es más dulce que la miel y mi herencia más que la miel y el panal» (2). Y en otro lugar: «El vino generoso y la música suave alegra el corazón, pero el amor de la sabiduría los aventaja» (3). ¡Oh dulcísimo Señor! nos ofrecéis vuestro amor con tanta bondad y ternura, que todos los corazones debieran correr ansiosos hacia Vos para amaros. Las palabras de amor salen con tanta suavidad de vuestros labios, que hieren los corazones aunque estén en la flor de la juventud, y después de escucharlas no es posible dar lugar a ningún amor terreno. ¡Señor! también yo deseo amaros y suspiro por ese gran tesoro; hablad a mi alma, Vos que sois mi único consuelo, una sola palabra para que tu sombra me adormezca aunque vele siempre mi corazón (4).

(1) «Aperi mihi, soror mea, amica mea, columba mea, immaculata mea». (Cant. V, 2.)

(2) «Transite ad me omnes qui concupiscitis me, et a generationibus meis implemini; ego mater pulchrae dilectionis; Spiritus enim meus super mel dulcis, et hereditas mea super mel et favum». (Eccli. XXIV, 26-27.)

(3) «Vinum et musica laetificat cor; et super utraque dilectio sapientiae». (Ib. XL, 20.)

(4) «Sub umbra illius quem desideraveram sedi. Ego dormio, sed cor meum vigilat». (Cant. II, 3, y V, 2.)

CAPÍTULO XII

De la paz y de la guerra.

1. Todos los hombres buscan naturalmente la paz y el descanso, como buscan y desean la felicidad, ordenando a este fin todos sus esfuerzos y trabajos; mas no lo conseguirán sino lo buscan donde sólo puede hallarse, que es en Dios. Mientras el alma viva aprisionada en la cárcel del cuerpo mortal, no llegará a tener descanso ni paz verdadera porque nunca le faltará trabajo ni tribulación. Sin embargo, esa paz, por la que suspiramos, debe empezar en esta vida para perfeccionarse en la otra; lo cual sólo se consigue consagrándonos a Dios por completo y abandonándonos a El.

2. Tratemos ahora de averiguar si esta paz consiste en las cosas exteriores, o si hay que buscarla en el interior. Muchos son los que dicen que no pueden hallar paz y descanso a causa de los muchos trabajos, contrariedades y penas que tienen que sufrir, y de los cuales no saben deshacerse fácilmente. Si bien lo pensamos tenemos que confesar que la verdadera paz no depende de las cosas exteriores, porque en ese caso también la tendrían los malos, a quienes las cosas temporales casi siempre favorecen, y sin embargo, dice el Señor por los profetas: «Los malos y perversos no tienen paz» (1). Jesucristo al despedirse de sus discípulos, les dijo: «Mi paz os dejo y mi paz os doy» hablando aquí, no de la paz exterior y mundana, puesto que sus Apóstoles y sus primeros discípulos sufrieron grandes persecuciones y martirios según les anunció el mismo Jesucristo: «Padeceréis tribulaciones

(1) «Non est pax impiis». (Is. LVII, 21.)

en este mundo» (1); sino que se refería a la verdadera paz interior del corazón que empieza en esta vida y se consume y perpetúa en la otra. Por eso añadió «no como la del mundo» porque el mundo es falso y engañoso, sino aquella paz interior que vence y supera las adversidades y los desprecios y todas las penas de esta vida, sufriendolo todo con gran paciencia y alegría, como verdaderos discípulos de Jesucristo.

Nadie puede vivir en este mundo sin alguna tribulación o adversidad temporal, ni hacer que todas las cosas sucedan a su gusto, y cuando nos vemos libres de una contrariedad, generalmente vienen dos o más a sustituirla.

3. Antes de subir al cielo, dijo Jesucristo a sus discípulos: «Seréis mis testigos en Judea, en Jerusalén y en Samaria y hasta los confines de la tierra» (2). Jerusalén quiere decir ciudad de paz, y sin embargo, en ella sufrió Jesucristo lo indecible en su dolorosa muerte, y nosotros seremos testigos suyos, si en medio de las adversidades nos conservamos en la paz interior, siguiéndole no sólo de palabra sino también con las obras, según la medida de nuestras fuerzas.

Hay muchos que quieren confesar a Jesucristo cuando las cosas suceden a su gusto, mientras no sufren trabajos ni penalidades y cuando se ven favorecidos de los consuelos divinos; pero cuando llega la hora de la prueba y de la tribulación, cuando se creen abandonados de Dios, vuelven a su antigua costumbre y abandonan el seguimiento de su Maestro. Sólo aquel que sepa soportar con paciencia las pruebas y las tentaciones que vengan del mundo, del demonio y de la carne, encontrará una paz estable y duradera.

(1) «In mundo pressuram habebitis». (S. Juan, XVI, 33.)

(2) «Eritis mihi testes in Jerusalem, et in omni Judea et Samaria, et usque ad ultimum terrae». (Act. I, 8.)

4. Si buscásemos la paz en la guerra seguramente la hallaríamos; pero si la buscamos fuera de la lucha, nos engañamos miserablemente. Busquemos la alegría en el dolor, el contento en la tribulación, el consuelo en la amargura, como lo hicieron los santos que encontraron la vida en la muerte, victoria en la calumnia y su triunfo en la sentencia de su suplicio, dando así verdadero testimonio de Jesucristo.

5. Los únicos que gozan de paz en este mundo son aquellos que aman a Dios, abandonando su propia voluntad por la divina y mirando todas las cosas como venidas de su mano providencial, así el dolor como la alegría, la pena y el consuelo. Están convencidos de que todo está dispuesto de antemano por la divina Sabiduría, y por lo tanto nada es capaz de turbar la paz interior de sus almas. Y aunque se conjuren contra ellos todos los demonios y todos los hombres, saben con certeza que no les podrán hacer daño alguno, antes al contrario, sus ataques servirán para elevarlos y unirlos más a Dios con todas sus fuerzas, teniendo firme esperanza de hallar en El un refugio seguro y amoroso donde descansar.

Viven y obran solamente en Dios de quien están penetrados, y no perderán esta paz aunque tengan que gobernar todo un reino; están tan llenos de caridad que se sacrificarían gustosos por el amor de sus prójimos. Tales son los pacíficos de corazón, llamados con propiedad hijos de Dios (1), porque disfrutan de una paz que supera todo sentido y que nadie les arrebatará (2).

6. ¡Cuán dulce y amable es esta vida de paz, y preferible a la de todos los reyes de la tierra! ¡Qué le falta al que tiene la dicha de poseerla? Ningún su-

(1) «Beati pacifici, quoniam filii Dei vocabuntur». (Mat. V, 9.)

(2) «Pax Dei, quae exsuperat omnem sensum». (Filip. IV, 7.)

ceso podrá entristecerle (1); unido a la fuente de toda felicidad se eleva sobre todas las penalidades de esta vida, y goza anticipadamente de la bienaventuranza de la gloria, pudiendo decir con la esposa de los Cantares: «Cuán dulce es tu fruto a mi paladar!; el rey me introdujo en la cámara del vino» (2).

CAPÍTULO XIII

Cómo se consigue la verdadera paz.

1. El que quiera hallar paz en su corazón debe observar lo siguiente: evitar todo pecado, no meterse en cosa alguna que no sea de incumbencia, encargarse de hacer sólo aquello que le mandan, apartar del corazón toda la mala voluntad y aversión al prójimo y mostrarse paciente con todos. Evitar el trato de aquellos cuyos fines e intenciones desconocemos y que no buscan ni se preocupan de la perfección, sean grandes o pequeños, y no conversar ni tratar con ellos sino lo indispensable, respondiéndoles con brevedad y mansedumbre *si* o *no*, según dice el Evangelio. La guarda del silencio trae paz al corazón y nos hace amables a los demás, y cuando ciertos hombres nos critican y muestran desagrado por nuestra conducta, debemos disimularlo benignamente y sufrirlo por Dios con alegría, porque es preferible tener a Dios por único y verdadero amigo y mantenerse alejado de aquellos que no nos ayudarán en el camino de la virtud, que gozar del favor de todos los hombres con pérdida de la paz y de la presencia divina, a no ser que aquellos quieran convertirse seriamente al Señor.

(1) «Non contristabit justum quidquid ei acciderit». (Prov. XII, 21.)

(2) «Fructus ejus dulcis gutturi meo. Introduxit me in cellam vinariam». (Cant. II, 3 y 4.)

2. A donde quiera que el hombre se vuelva sólo encontrará en esta vida falsía, infidelidad y desconsuelo en las criaturas, y allí donde se imagina que ha de hallar satisfacción y alegría, no encuentra más que amargura, con pérdida del recogimiento y tranquilidad interior lograda a fuerza de mucho trabajo. Disipamos el espíritu con palabras inútiles y vanas, con pasatiempos frívolos que enfrían el corazón y no dejan más que amargos remordimientos, tristezas, impaciencia y mal humor. Si bien lo pensamos, sólo en Dios hallaremos paz, consuelo y completa alegría en cuanto es posible en este mundo.

3. Además, para conseguir esta paz debemos conservar siempre el dominio de los sentidos en medio de nuestros múltiples negocios y quehaceres exteriores, porque los sentidos arrastran tras sí al corazón trayéndonos imágenes y representaciones inútiles. Cuéntase que uno de aquellos padres del desierto como saliese de su celda en la primavera con los ojos cubiertos con su manto, y le preguntasen por qué andaba así, respondió: «No quiero ver ni los árboles para así ver mejor mi espíritu». Pues si a este santo varón le distraía la sola vista del bosque, ¿cuánto daño no causará la vista de tantas cosas vanas de este mundo, a los que andamos metidos en él? Cuando ejercitamos nuestros sentidos más de lo necesario, pronto sentimos los efectos de la disipación y de la falta de tranquilidad en nuestro espíritu. Pocas veces usamos de ellos sin que lleven al alma alguna impureza, y por eso el que vive por ellos no podrá gozar de la paz del corazón, y por el contrario aquel que sabe elevarse sobre ellos llegará al principio de la verdadera paz.

Por lo tanto, nadie se crea tan perfecto que pueda usar impunemente de los sentidos sin daño espiritual, pues al hacerlo, por muy santo que sea, necesari-

riamente tiene que aficionarse a las criaturas y apartarse por el mismo hecho del Creador. Mas si vivimos recogidos en nuestro interior, hallaremos a Dios en el fondo de nuestra alma. Aquel que se mezcla con las criaturas, es fuerza que contraiga manchas y defectos, porque aquéllas son imperfectas y defectuosas; mas si nos unimos a Dios alcanzaremos la verdadera perfección. Por eso el que se gloria de no recibir perjuicio con el trato de las criaturas, demuestra que no conoce la pureza de espíritu. Un polvillo por tenue que sea, basta para dañar nuestra vista y hacernos sufrir; pero más insignificantes son las cosas que pueden turbar nuestro interior, y debemos cuidar de la paz del corazón con más diligencia que de la pupila de nuestros ojos.

4. Tampoco es menos necesario para gozar de la paz del alma, mantenerse igual e indiferente a todas las cosas. Hay muchos que disfrutan de paz mientras se hallan a solas con Dios en el templo, pero cuando salen de allí entonces obran como desligados enteramente de sus deberes para con El, hasta que vuelven de nuevo a su soledad acostumbrada. Mas el que tiene verdadera paz interior en todas partes se encuentra bien, y sólo el que no tiene bastante dominio de sí mismo puede hallar descontento en el trato con los hombres.

El varón perfecto está siempre en compañía de Dios con quien vive en todas partes, lo mismo en las calles y plazas que en la soledad y en la celda, porque nadie puede estorbárselo, y a este tal, aunque vaya a lugares de mayor concurrencia y tráfico, como algún mercado o feria pública, no le dañará lo más mínimo nada de cuanto puedan ver sus ojos.

5. El que piensa y ama sólo a Dios, diviniza en cierto modo todas las cosas, porque le halla en todas ellas, teniéndole presente en todos sus actos, y así

como nada puede turbar a Dios, así también nada es capaz de distraer al que vive unido a El. Esto no quiere decir que debemos prestar igual atención a todas las cosas, porque no todas tienen igual importancia, y así el orar no es lo mismo que hilar, por ejemplo, y la Iglesia es un lugar más santo que la calle, y negarlo sería una herejía: pero eso no quita que en todo lugar y circunstancia de la vida debemos conservar igual fidelidad y amor hacia Dios.

Cuando oramos en el templo debemos recoger por completo nuestro espíritu y elevarlo hacia Dios; mas al ocuparnos de otras cosas, no le debemos perder de vista ni dejar de oír sus inspiraciones, cualquiera que sea nuestra ocupación exterior, de igual modo que si estuviésemos orando en el templo.

6. Mientras busques a Dios *sólo* en determinados sitios y en ciertas prácticas piadosas, no llegarás a encontrarle de verdad. Hay personas que después de levantarse se encaminan gozosas a la iglesia con tal prisa que parece que Dios no está en su casa ni en la calle, y al llegar al templo tampoco encuentran a Dios a causa de su precipitación y ligereza en todas las cosas, pasando de una devoción a otra, de un ejercicio a otro, de tal modo que no hallan verdadera paz ni tranquilidad en sí mismas ni en Dios. A estas personas les dañan y perjudican no sólo las malas compañías, sino también las mismas buenas obras, y no hallan paz ni en la calle ni en la iglesia, y la causa de esto está en ellas mismas, en el desorden con que viven y aman todas las cosas, no buscando en éstas más que a sí mismas.

7. Por lo tanto procura mirar a Dios en todo lugar y en todos tus actos, y obra como si lo que actualmente haces fuese lo mejor y lo más excelente, teniendo en cuenta que no sabemos en qué circunstancia ni en qué ocupación se dignará Dios visitarnos.

No tengas en poco aprecio las cosas pequeñas, porque tratándose de servir a Dios nada hay pequeño ni despreciable. Y aquel diremos que no se descuida en el divino servicio que en todas las cosas y circunstancias está pendiente de Dios, al menos con la intención; porque aunque la verdadera posesión de Dios consiste en la unión íntima del afecto y del espíritu con El, como la tienen los bienaventurados en el cielo, en esta vida no podemos pensar continuamente en El por razón de nuestra flaqueza.

8. El hombre que quiere conservarse en paz, debe tener presente a Dios en todas las cosas mediante la pureza y rectitud de intención, y así como el que quiere ir a Roma no se detiene a mirar si el camino es llano o accidentado, derecho o torcido, con subidas o bajadas; y si tratanto de evitar estas dificultades anduviese con rodeos, acaso nunca llegaría a su término, así también el alma no debe fijarse en los accidentes y dificultades del camino por donde Dios le guía, sino buscarle en todas sus acciones y caminar hacia El con todas sus fuerzas.

Sólo hallaremos la paz en esta santa indiferencia del corazón, porque entonces Dios nos iluminará y asistirá en todas las cosas, teniendo siempre presente a nuestro amado Señor. Porque así como el que tiene mucha sed, no puede dejar de pensar en todo cuanto hace y en cualquier parte que se halle en el agua, o en el manantial donde satisfacerla, así también acacerá al que busca de veras y tiene sed de Dios, que siempre le recordará y tendrá presente sin poder apartar de El su pensamiento.

9. Mas ¿cómo alcanzar esta igualdad de ánimo? Despojándote de ti mismo y no buscando en las cosas tu propio gusto y voluntad, sino únicamente la gloria de Dios en todas tus acciones, pues ten seguro que cuando no reina en ti la paz, es porque dejas

prevalecer tu amor propio. No faltan quienes se imaginan que la recobrarán al cambiar de lugar y condición de vida, pero se engañan miserablemente, porque la causa de su inquietud reside en ellos mismos y en el apego desordenado a las criaturas.

No cambies, pues, de lugar ni de condición de vida; porque si no huyes sobre todo de ti mismo, hallarás obstáculos en todas partes. Los que buscan la paz en las cosas exteriores, en el cambio de lugares, empleos, etcétera, nunca la encontrarán, y sólo los que renuncian a sí mismos y se abandonan confiadamente en Dios, llegarán a conquistarla. Por eso dijo Jesucristo: «En el mundo sufriréis angustias y trabajos, pero en Mí hallaréis la paz» (1).

CAPÍTULO XIV

Del total abandono en Dios (2)

I. «Vosotros estáis muertos y vuestra vida está oculta en Cristo» (3). Nadie conseguirá la santidad perfecta, ni sentirá en sí mismo la acción total de la gracia, si antes no muere en Cristo a todos sus defectos, a sus gustos y a todo apego de sí mismo; si no sigue las inspiraciones divinas y cumple la voluntad de Dios en sus acciones, según la medida de sus propias fuerzas.

No consiste, por lo tanto, la santidad en tener palabras suaves, porte modesto y apariencias de gran vir-

(1) «In mundo pressuram habebitis; sed confidite, ego vici mundum». (S. Juan, XVI, 33.)

(2) En los tres capítulos siguientes se hablará de la oración infusa o contemplación, y de la unión mística del alma con Dios; por lo tanto, lo que en ellos se dice, conviene especialmente a los llamados por este camino extraordinario.

(3) «Mortui enim estis, et vita vestra est abscondita cum Christo in Deo». (Colos. III, 3.)

tud y perfección; ni en relacionarse con personas muy espirituales y gozar fama de tales, ni en que Dios nos regale con sus dulzuras y creamos que sólo se cuida de nosotros dándonos todo lo que le pedimos; no es esto precisamente lo que Dios quiere de nosotros, sino cosa bien diferente.

Jesucristo nos ha enseñado con sus ejemplos y doctrina a abandonarnos enteramente en su divina voluntad, sin cuidar de ser alabados o difamados, y tenidos por falsos e hipócritas en boca de los demás; nos enseñó a sufrir toda clase de privaciones, y a conformarnos con carecer hasta de lo necesario, y sufrir cualquier daño o enfermedad temporal que nos pueda sobrevenir.

2. Hombre perfecto es aquel que está dispuesto a presentar y ofrecer una mejilla cuando le han herido en la otra (1), de tal modo que cualquier injuria que le hagan la soporta con paciencia y resignación, imitando a Jesucristo a quien llamaron seductor, malhechor y endomoniado, llevándolo todo con paz inalterable y en silencio. Por eso aquel maestro espiritual respondió a su discípulo, cuando le preguntaba qué haría para ser perfecto, que se portara en todo como un muerto, al que es del todo indiferente la alabanza o el vituperio.

3. Tampoco nos debe preocupar el que los demás juzguen nuestras acciones en el peor sentido imaginable, cuando por nuestra parte hemos hecho lo posible para cumplir con nuestro deber. Y no sólo cuando nos vemos abandonados de los hombres, sino también del mismo Dios, cuando nos niega sus consue- los y parece que pone un muro que separa nuestra alma de su presencia, y que cierra los ojos y oídos.

(1) «Si quis te percusserit in dexteram maxillam tuam, praebe illi et alteram». (Mat. V, 39.)

dejándonos solos en el combate y en la aflicción, sintiéndonos abandonados como Jesucristo lo fué de su Padre celestial (1). Entonces debemos correr a refugiarnos en los brazos de Dios, y sin buscar consuelo en alguna criatura, repetir aquellas palabras de Jesucristo: «Cúmplase en mí tu divina voluntad» (2).

En todas nuestras penas y tribulaciones debemos recogernos en lo profundo del espíritu a solas, con nuestro Dios, como lo hizo Jesucristo cuando se vió en la cruz desamparado de todas las criaturas, y clamó a su Padre celestial con aquellas palabras: «Dios mío, Dios mío! ¿por qué me has abandonado?», pero sometiéndose enteramente a su voluntad hasta que todo fué consumado. Así debemos también nosotros confiar y abandonarnos en Dios, cuando nos visita la prueba y el dolor.

4. El que confía absolutamente en Dios tampoco se busca a sí mismo aun en las cosas espirituales y ejercicios de piedad, como en los ayunos, vigiliias, oración, lectura espiritual y en los mismos consuelos e ilustraciones celestiales; y aunque no tenga conciencia de faltar en el cumplimiento de sus deberes, ha de considerarse como el más vil y miserable de todos los pecadores. De este modo se despojará el hombre de sí mismo, de su propia voluntad, de su propio juicio y de toda vana complacencia en sus buenas obras.

5. No es señal de perfecto abandono en Dios, abrigar deseos inútiles, como el tener alguna gracia o revelación especial, o envidiar lo bueno que vemos en otros, pues el varón perfecto no piensa tanto en lo que le falta como en lo que le sobra y de lo cual debe despojarse. Ha de buscar solamente a Dios y evitar los deseos vanos que pueden ser obstáculo a la acción

(1) «Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquisti me?» Mat: XXVII, 46.)

(2) «Fiat voluntas tua». (Mat. XXVI, 42.)

de la gracia. Pongamos todas nuestras cosas en Dios y digamos con confianza con Jesucristo: «Padre mío, no como yo quiero, sino como tú quierés», y no sólo de palabra, sino con toda la sinceridad de nuestro corazón. Busquemos solamente a Dios como único objeto de todos nuestros deseos y aspiraciones, procurando en todas las cosas su honor y el cumplimiento de su santa voluntad, sin cuidarnos de nuestras necesidades propias, ni de nuestra honra y nuestros gustos (1), diciendo con Jesucristo: «Yo no busco mi gloria sino la de mi Padre» (2). Obrando de otro modo, defraudamos a Dios en su honor y nos causamos gran daño a nosotros mismos.

6. Pero en esta labor nunca habremos hecho lo bastante, porque siempre encontraremos algo de que despojarnos. Desde el amanecer hasta la noche no cesemos de ofrecer todo a Dios, de suerte que sea raro el instante que no le tengamos presente, y cuantos más progresos hagamos en la perfección, mayor debe ser nuestro abandono en su divina voluntad.

7. Hay almas que cuando leen y oyen estas cosas se animan a servir a Dios con fervor, pero al tropezar con la primera dificultad vuelven a su antigua costumbre, obrando como los niños que quisieran saber mucho, pero sin soportar las penalidades del estudio, y así vemos que son pocos los que salen sabiendo algo. Sólo a fuerza de constancia y laboriosidad, caminando poco a poco, llegaremos a realizar algo de provecho.

8. Precisamente lo que más necesitamos es esfuerzo y desprecio de todas las cosas, pues no faltan quienes desean instruirse sobre cuestiones de alta per-

(1) «Non nobis, Domine, non nobis; sed nomini tuo da gloriam». (S. CXIII, 1.)

(2) «Ego autem non quaero gloriam meam; sed honorifico Patrem meum». (S. Juan, VIII, 50 y 49.)

fección, pero no pueden soportar la menor palabra ofensiva, con lo cual demuestran cuán lejos están de aquélla, y que no han abandonado ni las criaturas, ni el mundo y menos a sí mismos. Otros se interesarán por conocer el mejor método de vida para santificarse, y cuando se les tienta con alguna palabra de mortificación se quejan de ello amargamente, descubriendo el fondo de su alma y su poca resignación. No debemos olvidar que la mejor disposición para recibir las influencias de la gracia es un completo abandono en Dios, y sin eso, por muchos conocimientos que tengamos, no habremos adelantado un paso.

Cuántos esfuerzos y cuánto tiempo no pierden muchas almas que se creen perfectas, y por tales son tenidas de muchos, y sin embargo aún no han dado el primer paso en el camino de la santidad. No dudo que hay miles y miles de almas al parecer santas, y que llevan una vida consagrada a los ejercicios de piedad y devoción las cuales pueden salvarse, pero en el cielo se verá que no han sabido despojarse de sí mismas ni una sola vez durante su vida.

9. Imposible es determinar los límites de este abandono, pues así como cuando una piedra cae en un mar sin fondo, no cesa de hundirse siempre más y más, así debe el hombre hundirse continuamente en el abismo insondable de Dios. Por grandes que sean las pruebas y desgracias que lluevan sobre nosotros, incluso nuestros mismos pecados que a veces Dios permite para nuestro bien, todo debe contribuir y ayudarnos a sumergirnos en El más y más, sin cuidar de nosotros mismos y sin sentir las penas que nos rodean. Mientras haya en nuestras venas una gota de sangre o una lágrima en nuestros ojos, que no estemos siempre dispuestos a dar por este santo abandono, no seremos perfectos, y mientras viva algo en nosotros que no sea Dios, no vivirá El en nosotros con toda perfección.

10. ¡Oh Señor! siendo así, dadme y quitadme lo que sea de vuestro agrado. Cúmplase en mí vuestra santa voluntad, según convenga a vuestra mayor gloria, y haz que no quiera más que morir por tu amor.

CAPÍTULO XV

Cómo Dios nos enseña en la escuela del verdadero abandono.

1. Cierta día, después de Maitines, estando el Beato E. Susón abismado en sus meditaciones, fué arrebatado en espíritu y vió un hermoso joven que bajando del cielo se le presentó delante, y le dijo: «Ya has estado mucho tiempo en la escuela donde te has ejercitado lo bastante para pasar a otra superior. Ahora debes venir conmigo a donde has de aprender diligentemente la más alta sabiduría, y gozarás de la paz de Dios, que será para ti principio de un dichoso fin».

Al oír esto se dispuso a seguir sin vacilación al joven, que tomándole de la mano, le condujo a una región misteriosa donde había un hermoso palacio habitado por personas muy santas, que se dedicaban al estudio de aquella admirable sabiduría. Al entrar Enrique, todos le saludaron amablemente recibiendo en su compañía, y se apresuraron a presentarle al maestro de aquella escuela, quien al verlo y oír que venía a aprender su doctrina, sonrió dulcemente y dijo a sus discípulos: «Este será un maestro muy aventajado en la virtud, si se dispone a sufrir con paciencia y hacerse violencia en todas las pruebas que le aguardan». El santo no entendió bien el significado de aquellas palabras, y volviéndose al joven que le había acompañado, le preguntó cuál era aquella alta sabiduría de que le había hablado, a lo que

el joven respondió: «No es otra que un total y completo abandono de ti mismo, de modo que en todas las cosas que Dios te muestre, ya directamente, ya por medio de las criaturas, en el consuelo o en el desamparo, permanezcas sin apego a ti mismo, y cuanto es posible a la flaqueza humana, busques sólo aquello que mira a la honra y honor de Dios, como lo hizo Jesucristo, que en todo procuraba la gloria de su Padre celestial». Al oír esto dijo Fr. Enrique: «Entonces permaneceré aquí aunque tenga que sufrir mil muertes, y aquí tendré mi morada». «No, replicó el joven, aquí cuanto menos hagas tu voluntad y más te abandones en el Señor, más adelantará en santidad».

2. Todos somos discípulos de este maestro de perfección que es el mismo Dios, en la escuela de la vida espiritual, apartada del bullicio y de las preocupaciones del mundo, donde se aprende a amar a Dios con verdad y pureza; donde sin descanso se trata de conocerle y conocernos a nosotros mismos, y donde, en una palabra, se muere a sí mismo y a los sentidos, a la naturaleza y al mundo buscando solamente a Dios. En esta escuela el Señor nos amonesta, nos castiga, nos prueba y nos busca como el pastor a la oveja extraviada, hasta que el alma se torna humilde, dócil, pura, desprendida e indiferente a todas las cosas. Déjate perseguir y buscar de Dios, déjate humillar y anonadar resignadamente en la forma que a El le plazca, venga de donde viniere la prueba y la tribulación. Así como aquel que busca con ansia una cosa, recorre todos los sitios donde pudiera hallarla para encontrarla, así también Dios te busca en todas partes y de todos los modos posibles para ver de hallarte, y por grande que sea la tribulación que tengas que sufrir, y la humillación a que deba someterse el alma, míralo todo como venido de Dios que no cesa de buscarte siempre.

El quiere hacerte manso de corazón, y debes dejarte pisotear de todos, hasta que por el sufrimiento adquieras la mansedumbre. Quiere que seas pobre, y por eso debes sufrir resignadamente la pérdida de tus bienes, de los amigos y parientes para mejor consagrarte al Señor. Quiere hacerte puro y alumbrarte con su luz, y por eso te ejercitará, haciendo que te abandonen tus amigos, tus padres, hermanos y parientes, y esto no debes mirarlo como ocasionado por los hombres, sino por Dios que quiere purificarte para que seas digno de El. Hay muchos que sufren con paciencia las pruebas que Dios les manda directamente, pero en cambio, no soportan las contrariedades venidas de sus prójimos, y es necesario sufrir las todas igualmente de cualquier parte que vengan, porque Dios así lo quiere y dispone.

3. Si examinas tu interior, hallarás en él mucho de tu amor propio, y que a pesar de tus devociones y prácticas de piedad hechas por tu capricho, no sabes soportar las contrariedades ajenas pacientemente, y te convencerás de que eres como una liebre tímida, que se esconde tras la maleza y tiembla al ruido de las hojas, pues un ligero disgusto te intranquiliza todo el día, una simple mirada de tu adversario te hace palidecer, huyes cuando comprendes que has de ser humillado, y cuando debes mostrarte resignado te escondes, ríes cuando te alaban y cuando te vituperan te entristeces. En verdad que te falta por aprender aún mucho en esta escuela superior, y en medio de tus miserias debes clamar y decir: «¡Oh Dios mío! ¿cuándo me abandonaré totalmente a Vos!»

4. Hay algunas almas de naturaleza *pegajosa*, que siempre han de buscar algún punto de apoyo para asirse de él, y se las puede comparar a las eras pedregosas y desiguales, cuyo terreno no se allana sino a fuerza de pisón o de escoba áspera; mientras que

otras son como terreno llano y nivelado, que sólo con pasar el plumero quedan en excelentes condiciones para que obre en ellas la divina gracia. A las primeras Dios las limpia y purifica con muchas penas y tentaciones, mientras en las segundas como no halla obstáculos, obra con gran suavidad, y éstas son las que se esfuerzan por reprimir los malos movimientos de su naturaleza; ahogándola en sus principios, de suerte que no tienen apoyo ni apego a cosa alguna, manteniéndose en pureza y en completa paz y tranquilidad.

5. Mas suele suceder que cuando las almas voluntariosas son probadas por el fuego de la tentación y la aspereza del sufrimiento, se consideran perdidas y abandonadas de Dios, y llenas de cruel desesperación y temor, se lamentan de haber perdido la luz y la gracia del cielo. En cambio las almas buenas y pacíficas, consideran esto mismo como un beneficio, mostrándose satisfechas al ser probadas por Dios, bien sea en las tinieblas; en la pobreza, en el frío o en la miseria, y donde quiera que sea el beneplácito divino. ¿Quién podrá imaginar lo que Dios obra en las almas que van por este camino, y cuán amorosamente las levanta sobre todas las cosas terrenas?

6. Cuando tenemos en el cuerpo alguna herida gangrenosa, nos dejamos cortar y quemar para atajar y extirpar el mal, evitando así mayores sufrimientos si llega a extenderse por todo el cuerpo. Del mismo modo debemos soportar los dolores y sufrimientos que Dios nos envía, para que el alma quede limpia y saneada del pecado.

Procuremos, pues, recibir con tranquilidad las pruebas que el Señor nos envía en esta vida, hasta llegar a conseguir nuestro propio anonadamiento y nuestra unión con Dios.

CAPÍTULO XVI

Del gran tesoro que halla el alma abandonándose en Dios.

1. Cuando el hombre se pone totalmente en manos del Señor, sufre con alegría cuanto le exige y pide su honor y gloria, experimentando entonces gran satisfacción al verse todo de Dios. Sufrir así grandes penas, es más agradable a los ojos divinos que realizar grandes obras, porque lo primero es más violento y contrario a la naturaleza, que se sentirá más oprimida y humillada, al paso que el espíritu se elevará sobre todas las cosas temporales, y por eso es preferible hacer menos con perfecta sumisión a Dios, que hacer grandes cosas, pero sin esa conformidad con el divino beneplácito.

El que sólo quiere y desea lo que agrada a Dios, vive tranquilo y sin temores, confiado en que Dios cuidará de él; además poseerá todas las virtudes, porque el completo abandono en Dios es fuente de todas ellas.

2. Este es el camino recto que conduce a la Verdad eterna. El que se mantiene tranquilo interior y exteriormente en medio de las tribulaciones, sometándose dócilmente a las disposiciones divinas hasta la muerte, va por camino seguro y sin obstáculo. Estas almas se complacen en la propia abnegación, viven sumisas a Dios y a las criaturas, y dicen con el Profeta: «Seré como una bestia en tu presencia y estaré siempre a tu lado» (1).

3. Este santo abandono en la Providencia constituye el fundamento de nuestra felicidad. La natu-

(1) «Ut jumentum factus sum apud te, et ego semper tecum». (S. LXXII, 23.)

raleza de las cosas exige, para llegar a ser virtuosos, que seamos despojados del vicio. Por eso el que se niega a sí mismo y permanece firme en medio de las tribulaciones y desprecios de las criaturas, poniendo toda su confianza en la infinita bondad de Dios; sin desmayar en su servicio a pesar de las pruebas y dolores que sufre, alcanzará la verdadera felicidad.

En cierta ocasión contaba un predicador que, como un hombre hubiese pedido a Dios con grandes instancias que le mostrase el camino de la verdad durante ocho años, haciendo un día la misma petición, oyó una voz que le dijo fuera a la iglesia del lugar y en ella encontraría quien le mostrase lo que tanto deseaba.

Entrando en ella vió un pobre cubierto de harapos y con los pies descalzos, y dándole los buenos días, el mendigo replicó que nunca había tenido un día malo. «Entonces que Dios te dé buena fortuna», a lo que el pobre contestó que jamás se había sentido desgraciado. Preguntóle que le explicase cómo era verdad aquello que él no podía comprender, a lo cual dijo el interrogado: «Todos los días son buenos para mí, porque si no tengo pan para comer, alabo a Dios que así lo dispone; si me visita el dolor, la desgracia o la tribulación, todo lo miro como venido de sus amorosas manos y como lo mejor que me puede ocurrir, alabando igualmente por ello al Señor y sintiéndome siempre feliz, y al conformar en un todo mi voluntad con la divina no puedo menos de ser dichoso».

4. Dios no puede menos de acoger favorablemente las oraciones de estas almas, que para orar no necesitan formular sus peticiones con palabras, porque esta santa conformidad les hace orar con el espíritu en Dios, siendo su misma vida una fervorosa y continua oración.

Jesucristo dijo a la cananea que le pidió la curación

de su hijo, estas palabras: «¡Oh mujer! grande es tu fe; hágase conforme deseas» (1). De igual modo dice Dios a estas almas suyas: «Cúmplase lo que deseas, ya que deseas lo mismo que Yo, y puesto que te has despojado de tu propia voluntad, he aquí que dispones de la mía». Esta es la recompensa que Dios dará a las almas generosas que se niegan a sí mismas, pues en la medida en que se desocupa el hombre de sí mismo, en ésa estará Dios en él. Si quieres, pues, poseerlo todo, déjalo todo. Cuando Jesucristo dijo: «En tus manos encomiendo mi espíritu» (2), pudo añadir también: «Todo se ha cumplido» (3).

5. El que llega a alcanzar una sola partecita de este abandono en la Providencia, aprovecha y adelanta más a los ojos de Dios que si distribuyese por su amor cuanto tiene e hiciese grandes penitencias; y un solo momento de propia abnegación puede serle más provechoso que muchos años empleados en hacer su propia voluntad. Este es por lo tanto el camino más corto, más excelente, más fácil y más provechoso que podemos imaginar para ir a Dios. Este sincero y humilde abandono en la divina voluntad unido al de la propia, mediante una obediencia absoluta, elevó a la Madre de Dios sobre todos los santos y ángeles del cielo.

Se lee en el Evangelio que un hombre rico y fariseo hospedó a Jesucristo y a sus discípulos en su casa (4), haciendo así una buena obra, y sin duda, por tal la tuvo el fariseo, pero le faltaba el *non sum*, no soy,

(1) «O mulier, magna est fides tua; fiat tibi sicut vis». (Mat. XV, 28.)

(2) «Pater, in manus tuas commendo spiritum meum». (Luc. XXIII, 46.)

(3) «Consummatum est». (S. Juan, XIX, 30.)

(4) «Rogabat autem illum quidam de phariseis ut manducaret cum illo. Et ingressus domum pharisei, discubuit». (Luc. VII, 36.)

de la verdadera humildad. En cambio cuando se acercó la Magdalena y se postró diciendo *non sum*, no soy, confesando humildemente sus culpas, mereció oír de Jesucristo el *ego sum*, yo soy, y Cristo satisfizo sus deseos de ser perdonada y absuelta. Lo mismo sucedió con aquel fariseo que se consideraba mejor que el publicano por haber hecho muchas obras buenas, mientras éste decía *non sum*, creyéndose indigno de levantar sus ojos y orando con estas palabras: «¡Señor, Señor! ten compasión de mí porque soy gran pecador y menos que nada» (1), y por eso descendió justificado a su casa, según dijo Jesucristo.

6. Es cierto que la práctica de la propia abnegación cuesta mucho, y decía el Beato E. Susón que, si bien los ejercicios corporales de penitencia son dolorosos, mil veces más lo es la abnegación de sí mismo, y por esto es lo más meritorio y excelente: ¡Cuán meritorio es a los ojos de Dios la pobreza, el desprecio, la miseria y las enfermedades; las arideces de espíritu, las penas temporales e interiores de toda clase sufridas con santa resignación y hasta con acción de gracias y alabanzas al Señor, esforzándose siempre por cumplir su santa voluntad cada día con más empeño! De aquí que estas almas en el cielo serán más glorificadas, aun en sus mismos cuerpos que brillarán más, amarán más a Dios y participarán más de aquel torrente de delicias y riquezas celestiales que los demás.

7. ¡Oh Señor mío! ya que tanto me habéis amado, quiero recibir con agrado cuanto quieras hacer en mí, de tal suerte que no ame ni busque sino el cumplimiento de tu santa voluntad. Amén.

(1). «Deus propitius esto mihi peccatori». (Luc. XVIII, 13.)

CAPÍTULO XVII

De la aridez y desamparo espirituales.

1. Hay algunas almas tan aficionadas a los consuelos y dulzuras espirituales, que Dios las priva por esto mismo de muchas gracias sensibles atendiendo a su bien; y muchos se extravían al buscar con desordenado afán esos consuelos, creyendo que en ello consiste su perfección espiritual y que buscan a Dios, pero de hecho buscan y fomentan las inclinaciones egoístas de su propia naturaleza. Así les acaece que mientras experimentan el consuelo de la gracia, se esfuerzan por subir hacia las cumbres de la santidad, pero cuando se ven privadas de este consuelo, como aún están lejos de la perfección, no se conforman con su propia miseria, y desconfían de la misericordia de Dios, creyéndose olvidadas y privadas de sus auxilios. Quieren experimentar siempre la dulzura del espíritu, imaginándose que sólo entonces son agradables a los divinos ojos.

Estas almas están muy lejos de la verdadera perfección, porque cuando el Señor deseando conducir las por caminos más altos de propia abnegación, las priva de sus consuelos, entonces se turban, se desaniman, se afligen y hasta se apartan de Dios y abandonan sus prácticas espirituales. Este es un gran defecto y una mala señal. El que ama y sirve a Dios de verdad, no se turba al verse privado del consuelo espiritual, sino que persevera cumpliendo con sus deberes como antes, porque lo mismo ama y sirve a Dios en el tiempo de abundancia y de necesidad, de suavidad y de amargura, en las penas y en las alegrías, buscando sólo el amor de Dios y no a sí mismo, y por eso gozará siempre de paz en todas las cosas.

2. Otrás almas se sienten tan consoladas cuando Dios las visita, que ya no piensan en su miseria, y creen que gozarán siempre de este mismo regalo aun cuando llegue la tentación, gustando de Dios como de un amigo cariñoso que les libraré de las adversidades y les enriquecerá de todas las virtudes. Mas como el Señor sabe que estas almas fácilmente se dejan arrastrar de la propia presunción, exponiéndose a caer gravemente y perder el fruto de todos sus esfuerzos, las priva amorosamente, por algún tiempo, de su consolación, hasta que se purifiquen del amor a sí mismas y se afirmen más en la piedad. Entonces se apaga el fuego del amor divino como si se extinguiese, y al caluroso verano sucede el otoño; a las riquezas y abundancia la pobreza. ¡Ay! exclaman estas almas, ¿dónde está el fuego de nuestro amor, la intimidad de nuestra unión con Dios, las alabanzas y acción de gracias? sintiéndose despojadas de toda alegría, como si todo lo hubieran perdido.

3. Por este medio llegan a concebir un gran disgusto de sí mismas, reconociendo su miseria, su ignorancia y su indignidad. Así como la madre abandona por algunos momentos al niño para enseñarle a andar, y el médico al enfermo para conocer los efectos de sus medicamentos, así también Dios permite que estas almas sean probadas con tentaciones que jamás experimentaron en su vida, para que no se crean virtuosas y espirituales, y misericordiosamente las priva de toda luz e inteligencia de que antes gozaban, las asedia con las espinas del temor de haber sido reprobadas por Dios, y entonces lloran y gimen diciendo sin cesar: «¡Oh Dios mío! ¿por qué me habéis rechazado y por qué camino lleno de tristeza?» (1)

(1) «Quare me repulisti? et quare tristis incedo, dum affligit me inimicus?» (S. XLII, 2.)

A veces a estas penas interiores se añaden las exteriores, como la pérdida de bienes temporales y de fortuna; de los parientes y amigos, el abandono de todas las criaturas, y el menosprecio de sus virtudes; sus buenas obras serán amargamente censuradas aun de las personas más allegadas, y Dios añadirá otras cruces, como enfermedades graves, etc., para más probarlas.

4. Entonces el alma al reconocerse infiel y rebelde contra Dios, debe concebir gran disgusto y desprecio de sí misma, debe humillarse y comprender con cuánta razón se ve privada de las gracias sensibles por haberse atrevido a presumir de sí misma. Debe reconocer que no buscó más que su propio honor y estimación, al modo que el marido busca y defiende con celo indiscreto a su esposa, considerando a todo el que se atreviere a decir algo en contra suya; como enemigo del bien común; que ha buscado las alabanzas de los buenos, con ansiedad semejante a la de la pradera que espera el rocío del cielo; que ha vivido engañada, creyendo merecer la estimación de los hombres por sus virtudes y recogimiento, siendo así que se desconoce a sí misma; y a pesar de estar llena de muchas faltas e imperfecciones, se creyó en realidad tan buena como se imaginaban sus admiradores, errando lastimosamente.

Entonces reconoce sus verdaderos defectos y llora de dolor sus maldades, derribándose humildemente ante Dios y diciendo con el rey Manasés: «Mis pecados son más numerosos que las arenas del mar, y tan grandes que no soy digno de mirar al cielo: he provocado la ira de Dios por los grandes males que cometí en su presencia». Así hablará el alma arrepentida.

5. Algunas se ven privadas hasta del consuelo de llorar por sus pecados, sufriendo interiormente grandes amarguras, tribulaciones y tentaciones; por un

lado desean sinceramente humillarse y abatirse con total renuncia de sí mismas, y por otro experimentan los movimientos apremiantes de su orgullo y presunción culpables, llegando a ser tan grande la amargura de su dolor que piden a Dios les envíe la muerte para su alivio.

Cuando pasada la crisis vuelve el dolor del arrepentimiento, claman a Dios diciendo con el Profeta: «Levantaos Señor, ¿por qué duermes?» (1). ¿Por qué se ha secado la fuente de vuestra misericordia? Y piden su protección a los ángeles y a los santos, y preguntan al cielo y a la tierra por qué se han vuelto de bronce y de hierro, teniendo por el mayor de los martirios sufrir privadas del consuelo divino. Otras veces exclaman en su corazón: «¿Seremos nosotros como el monte Gélboe maldecido por David, que pidió al Señor no derramase sobre él lluvia ni rocío?» (2). ¿Cómo puede ser que sólo nuestra maldad venza al Dios invencible en sus misericordias, que se complace en perdonar y socorrer a los miserables?

6. De este modo prueba y purifica Dios las almas por medio del agua y del fuego de la tribulación, hasta desarraigar por completo todo sentimiento de presunción oculto en las profundidades del espíritu, de tal suerte que el alma llega a despreciarse y se condena a sí misma, sin gloriarse de cuanto bueno hace o se dice de ella, y sólo tiene presente su propia flaqueza, y sus muchos defectos y miserias.

7. Este es el fin que Dios se propone cuando nos priva de sus consuelos, y por eso cuando nos hallemos en esta situación, debemos entrar en nosotros mismos y reconocer que de nuestra parte nada podemos sino hacer el mal. Digamos entonces con resig-

(1) «Exurge; quare obdormis Domine?» (S. XLIII, 23.)

(2) «Montes Gelboë, nec ros nec pluvia veniant super vos».
(II. Reg. I, 21.)

nación y paciencia aquellas palabras del santo Job: «El Señor lo ha dado y el Señor lo ha quitado; como agradó al Señor así sea. Sea el nombre de Dios bendito» (1). Si conviene a tu gloria divina, acepto con igual voluntad la pobreza que la abundancia. Que no se cumpla mi deseo inspirado en la naturaleza, sino el vuestro siempre conforme al espíritu, y cúmplase en mí vuestra santa voluntad.

Guárdate, además, de buscar algún consuelo exterior y sensible para aliviar estas penas interiores, y persevera esperando en el Señor que te priva por algún tiempo de su consuelo, del cual siempre eres indigno. El obra así por tu bien y provecho, y para probar y purificar el amor que le tienes, pues estamos seguros de que por su misericordia no nos negará ni privará de cuanto sea necesario al cuerpo y al alma.

Por último debes hacer lo mismo en tiempo de la aridez espiritual que en el tiempo del fervor y devoción, y en medio de tus mayores aflicciones, no dejes de observar la misma conducta que en la hora del consuelo. Pórtate con Dios de igual manera y con la misma fidelidad de siempre, si quieres volver después a hallarle.

8. ¡Oh Señor! cuando me abandonáis, me siento como un enfermo al que todo cansa y nada agrada; el cuerpo desfallece, el ánima decae; cuanto veo y oigo todo me fatiga por bueno que sea. Entonces me veo lleno de faltas, débil para resistir a mis enemigos, frío y tibio en todas las cosas. Y los que se llegan a mí, encuentran como una casa vacía de la cual se ausentó el que la habitaba, alegrándola con su presencia y sus consejos, y animando a su servidumbre.

Por el contrario, cuando estoy cerca de Vos todo es

(1) «Dominus dedit, Dominus abstulit; sicut Domino placuit, ita factum est». (Job. I, 21.)

luz, verdad y dulzura para mi alma, olvidando entonces todas mis penas pasadas. Entonces se alegra mi corazón y goza mi espíritu, y mi boca prorrumpo en vuestras alabanzas: lo que antes era difícil y pesado, entonces se me hace fácil y ligero: el ayuno, la vigilia, la oración, el sufrimiento y el sacrificio, todo es nada con vuestra presencia. El alma se siente como sumergida en un mar de dulzura, de luz y de suavidad que la conforta para todo; el corazón se siente recogido, la lengua elocuente, el cuerpo dispuesto para el trabajo y la penitencia, y quien se acerca a esta alma encontrará también consuelo y prudentes consejos. Parece que el espíritu perdiendo de vista este mundo, se halla en el umbral de la gloria. ¡Oh Dios mío! ¡quién me diese permanecer siempre así! Mas pronto desaparece todo y vuelvo a sentirme solo y desamparado. Haced Señor que en los días de gozo no me olvide de la tribulación, y en los días de la tristeza tampoco me olvide de los días de alegría (1), y que ni la dicha de poseeros despierte mi orgullo, ni el dolor de perderos me abata y desaliente.

CAPÍTULO XVIII

De la tentación de la tristeza y desconfianza en la misericordia de Dios.

1. El demonio combate al hombre de manera especial con la tristeza desordenada, el mal humor, y con un estado de duda y agitación interior, y esa tentación interna del espíritu es tan difícil de combatir, como los padecimientos y lesiones interiores del cuerpo.

(1) «In die bonorum ne immemor sis malorum, et in die malorum ne immemor sis bonorum». (Eccli. XI, 27.)

Muchas veces nos sentimos tristes y melancólicos y sin ánimo de hacer nada, y sin embargo, no podemos decir qué es lo que nos falta, y si nos lo preguntamos interiormente no lo sabemos. Esta misma tristeza experimentaba el santo rey David cuando decía: «¿Por qué estás triste, ánima mía; y por qué te conturbas?» (1). Como si dijera: «Te falta algo y no sabes qué». Entonces será bueno decir: «Confía en Dios y experimentarás alegría cuando le alabes».

Esta tristeza es tanto más sensible, cuanto que son muchos los que se han perdido por ella abandonando sus buenos propósitos, y por esto nadie tiene tanta necesidad de ánimo y buena voluntad, como el que tiene que luchar contra sus propios defectos. Pero si el alma está interiormente sostenida por la gracia, no le serán difíciles los combates exteriores; ni hallará consuelo en las cosas temporales viéndose atribulada en el espíritu.

2. ¿Cómo nos libramos entonces de este mal humor? El Beato E. Susón que era muy combatido de esta tentación, pedía al Señor con grandes instancias le librara de ella, y estando un día en su celda muy abatido y sentado, le dijo el Señor: «¿Qué haces ahí sentado? Levántate y ocúpate en meditar en mi vida, y verás cómo se desvanecerá esa tu pena». Obedeció el santo, y en efecto se libró de aquella gran tristeza.

3. De ella se sirve el enemigo, para hacernos caer en la desesperación, diciendo que todo está perdido por completo para nosotros, como le sucedió al mismo Beato E. Susón. Hallábase un día bajo el peso de esta grave tentación, que oprimía su alma como la mole de una gran montaña, creyendo que ya no

(1) «Quare tristis es anima mea? et quare conturbas me?» (S. XLI, 6.)

había remedio, ni salvación para él por muchas buenas obras que hiciese, y esta intranquilidad y pesadumbre no le dejaba descansar noche ni día. Si se determinaba a ir al coro, sonaban en sus oídos estas palabras: «Dé qué te aprovecha servir más a Dios si estás condenado y no te has de salvar. Déjalo todo y no vuelvas a intentar el remedio». «¡Infeliz de mí, decía el santo, ¿a quién acudiré? Si salgo de la Orden me perderé, y si permanezco en ella también me condeno. ¿Habrá alma tan desgraciada como la mía?» Y sumido en estos tristes pensamientos derramaba copiosas lágrimas, suspirando dolorosamente y diciendo: «¡Oh Dios mío! ¿me condenaré sin remedio? ¿Qué desgracia más grande ser desdichado en esta vida y en la otra! sería preferible no haber nacido». Por fin logró salir de este estado lamentable, resolviéndose a practicar lo que había leído de una alma religiosa, que hallándose en semejantes circunstancias, propuso firmemente perseverar en las mismas prácticas y ejercicios de piedad, aunque tuviera que vivir así hasta el fin del mundo, y aunque estuviese convencida de que con ellas no agradaba a Dios.

4. Suele suceder además que las almas combatidas por esta tentación, no tienen idea exacta de estas tres cosas: a saber, qué es la misericordia divina, el pecado y el arrepentimiento. No debemos olvidar que Dios es una fuente inagotable de bondad y misericordia; que ninguna madre tiende los brazos a su hijo para librarlo del fuego con tanto amor y ternura, como Dios los tiende hacia el alma arrepentida, aunque tuviera ella sola todos los pecados de los hombres repetidos mil y mil veces al día. A la verdad quien considere que Dios es misericordia *infinita*, no podrá desconfiar del perdón.

5. Debemos tener también presente que la esencia del pecado consiste en que el hombre con volun-

tad deliberada y pleno consentimiento, se aparta de Dios, prefiriendo en su lugar algún objeto pecaminoso. De aquí que, si el alma se ve acosada del pecado a cada instante, con las tentaciones más feas que se puedan imaginar, y aunque durasen años y años, si no hay consentimiento pleno y deliberado por parte de su voluntad, no será culpable de pecado mortal. Y esta doctrina está conforme con la Sagrada Escritura y las enseñanzas de los santos.

6. Por último hay que saber bien en qué consiste el verdadero arrepentimiento. La penitencia cuando es verdadera y ordenada, es una virtud, y sirve para perdonar el pecado; mas la penitencia desordenada, dice San Bernardo que nos aparta de Dios. Caín se arrepintió de su crimen de una manera desordenada, y por eso dijo: «Mi maldad es mayor que la divina misericordia» (1). Judas también se arrepintió, pero sin fruto. A imitación de ellos hay algunas almas que dicen muchos despropósitos en su arrepentimiento, con lo cual provocan más la ira de Dios y se hacen más indignos del perdón. El verdadero arrepentimiento consiste por lo tanto en sentir disgusto y dolor de los pecados, con humildad sincera y desprecio de sí mismo, pero con entera confianza en la misericordia de Dios. La eterna Sabiduría nos dice amorosamente: «Hijo mío, no te desanimes en medio del dolor, y recurre a tu Dios que te ayudará a soportarlo». Sería necio aquel que para remediar la ceguera de un ojo, se arrancara el otro.

(1) «Major est iniquitas mea, quam ut veniam merear».
(Gen. IV, 13.)

CAPÍTULO XIX

Cómo Dios prepara a sus amigos predilectos para unirlos consigo.

1. Mucho es de admirar la gran misericordia de Dios en atraer hacia sí las almas, dirigiéndolas hacia las cumbres de la perfección por caminos ocultos e ignorados.

A veces permite que estas almas se sientan de tal modo llenas de su amor, que se creen con fuerzas para realizar grandes empresas, desafiando con alegría el fuego, la espada y todos los elementos, sin reparar en la vida ni en la muerte, puesto que están embriagadas de amor divino. Por eso en todas las cosas experimentan gozo y alegría, sin que nada de cuanto les suceda sea bastante para apagar el incendio de su corazón, sino que el agua del sufrimiento que a veces las invade, caldeada por el fuego del amor, sirve para aumentar su gozo y alegría espirituales.

2. Pero cuando Dios ve que estas almas se aficionan demasiado a sus consuelos, entonces hace lo que un buen padre de familia que habiendo reservado en sus bodegas un vino excelente, con el cual sus hijos se embriagan cuando está descuidado, al enterarse de lo ocurrido les castiga severamente, y después no les da sino agua, hasta resarcirse del vino consumido. De igual manera procede Dios con sus hijos predilectos; finge que se descuida, y les permite embriagarse de sus dulzuras, pero cuando ve que éstas les perjudican, entonces les priva del vino de sus consuelos, dándoles a beber copiosamente el agua amarga de la tribulación, tornándolos de alegres y gozosos en tristes y moderados.

3. Antes podían saciar la sed que tenían en el torrente de los consuelos celestiales, que los mantenía

unidos a Dios, al mismo tiempo que se desprendían de sí mismos y de los lazos de las criaturas; pero después al verse privados súbitamente de tan gran alivio, y quedar abandonados a sus propias fuerzas, no pueden dejar de reconocer su natural debilidad y su miseria. Los que antes estaban dispuestos a sufrirlo todo por Dios, ahora no pueden realizar la cosa más pequeña sin grandes dificultades, quedando profundamente convencidos de lo poco que pueden hacer sin el auxilio divino.

Pero algunos, cuando se hallan sometidos a esta prueba, lo creen todo perdido al verse privados de las luces y ternuras divinas, que son más propias de los principiantes en el camino de la virtud, como necesitados de estos halagos para ir adelante, más no de aquellas almas que aspiran al verdadero amor de Dios. El hombre no es como el niño, y por eso no necesita del alimento dulce y delicado de los primeros años, sino del pan duro y sustancioso, más conforme con su edad y más reparador de sus fuerzas, como nos dice San Pablo (1).

4. Por eso tiene que ser probado y conducido por camino áspero y dificultoso, y se sentirá abandonado del mismo Dios que le privará de sus luces, dejándole en tinieblas interiores y lleno de amarguras; entonces se levantarán en él grandes tentaciones de orgullo, de soberbia, de sensualidad y de blasfemia, cuando creía que todo esto ya estaba vencido; viéndose presa de un gran temor. Además se verá amenazado de tal modo por la justicia divina, que se creará irremisiblemente perdido, según aparecen a su espíritu los juicios severísimos de Dios, y digno de ser precipitado en el infierno.

(1) «Lac vobis potum dedi non escam, nondum enim poteratis». (1.ª Cor. III, 2.)

De este modo el alma se abate y humilla profundamente, y Dios consigue extirpar de ella las venenosas raíces de la soberbia.

5. Algunas veces llega el alma a tal estado de abandono y desolación, que no se da cuenta de sí misma, y ni siquiera tiene conciencia clara de la existencia de Dios, y su aflicción es tan grande que le parece no cabe en todo el mundo. Queda como insensible a la acción divina y de las criaturas, y le parece que se encuentra abandonada en alta mar, muy lejos de la costa y sin poder valerse. Otras veces se halla como aprisionada entre dos grandes muros, teniendo detrás de sí una espada, y delante una lanza que la amenaza sin poder moverse, diciendo en su corazón: «Dios te salve, grande amargura, llena de todas las gracias!» ¡Si en esta vida puede darse infierno, éste es el más terrible que se puede pensar: amar ardentemente a Dios y verse privado de El!

Nada de cuanto se diga puede consolar a estas almas, sino que todo les hará sufrir, y más aún si les habláis de cosas temporales y de las criaturas. Cuanto mayor era antes su consuelo, tanto más sienten ahora la pena y la amargura de su desamparo.

6. Otra de las grandes tribulaciones de estas almas, consiste en ver en los demás los frutos y beneficios de la gracia divina, creyendo que por su propia culpa no se ven así favorecidas de Dios, porque no han hecho lo bastante para merecerlo. Cuanto más se esfuerzan por adelantar, se sienten más frías y áridas en su interior, siendo víctimas de la impaciencia y de mayor sufrimiento y desconsuelo. Otras veces les parece que faltan, envidiando las gracias que ven en sus prójimos, y éstas y otras muchas cosas aumentan sus tribulaciones. No quieren ser infieles a su Dios, y les parece que lo tienen enojado con sus impacencias e imperfecciones. Odian de tal suerte al pecado, por-

que saben que desagrada y ofende a Dios, que prefieren morir antes que provocar su ira con la culpa. Por una parte se les figura que nunca podrán salir de las tinieblas en que se hallan, y por otra ven que no pueden adelantar ni dar un paso hacia adelante.

7. Estos mártires del espíritu son a sus propios ojos los más pobres y miserables del mundo, pero ante Dios son los más ricos; ellos se creen los más alejados del Señor, y son los que más cerca le tienen; se consideran rechazados, y son los predilectos; piensan que son los más infieles y menos celosos de la gloria de Dios, y son los que mejor le sirven y procuran en todo su honor, pero todo esto les hace sufrir. De aquí les nacen muchas tentaciones que creen consentir, aunque las rechazan; quisieran evitar las faltas y ejercitarse en la virtud, causándoles todo esto una pena comparable a la del infierno.

8. Confíen, sin embargo, estas almas en que Dios no las desamparará; acójanse al árbol de la fe con firme esperanza, y no se dejen arrastrar de la tribulación, sino manténganse fieles en la caridad sin perder jamás su confianza en el Señor. En medio de estas tinieblas nacerá la fortaleza espiritual de estos mártires inmolados interiormente por el amor, como lo fueron aquellos cuya fiesta celebra la Iglesia, sacrificados por la espada. Los que aquí no desfallecen, quedan más purificados de todo consuelo terreno, que si se hubiesen ejercitado largos años en la penitencia y en las virtudes.

9. Por el contrario, aquellos que pierdan la esperanza en medio de estas tinieblas, que tanto provecho traen al espíritu, desagradan a Dios, que permite en castigo que caigan en faltas contra la caridad, y que pudieran evitar siendo dóciles y confiados; llegarían a conseguir la paz que anhelan y ganarían mucho ante la opinión de los hombres, pero de todo esto se privan por su impaciencia y tristeza desordenadas.

La ignorancia y falta de propia abnegación, priva a muchas almas de grandes bienes, y son muchas las que no quieren sufrir por largo tiempo, con lo cual se condenan a mayor suplicio, porque será de mayor duración y les resultará más doloroso que sometiéndose a él voluntariamente. El que quiere disfrutar de la vista y del perfume de las flores, debe esperar de buen o mal grado, el tiempo en que florecen, para recrearse entonces a su gusto.

10. ¿Cuál es el fruto de sufrir voluntaria y pacientemente tantas pruebas con que Dios ejercita estas almas? Que, cuando menos lo esperan, Dios les descubre repentinamente sus ojos para que vean la verdad, y entonces amanece para ellas como un nuevo sol esplendoroso, pareciéndoles que resucitan de la muerte a la vida, y que Dios las saca del infierno para introducir las en su misma gloria, viendo remediadas todas sus necesidades y sanados todos sus dolores pasados. Dios las cambia y transforma de humanas en divinas, librándolas de sus afanes e incertidumbres que se cambiarán en dichosa paz y seguridad. Las tinieblas pasadas se convierten en luz clara y brillante de la Verdad eterna, que ilumina el fondo de sus corazones, y Dios parece que quiere reparar lo que han sufrido en aquel estado, haciéndolas gustar anticipadamente las delicias del cielo y llenándolas de su amor inefable. Estos son los bienaventurados que mueren en el Señor (1), es decir, que pasan a la vida increada, y su sepulcro será lo más escondido de la paz de Dios, en lo más profundo de su corazón y en la revelación gloriosa de su divinidad (2)-(3).

(1) «Beati mortui qui in Domino moriuntur». (Apoc. XIV, 13.)

(2) «Abscondes me in abscondito faciei tuae». (S. XXX, 21.)

(3) «Fac me expirare in tui Spiritus dulci spiramento, obdormire in tui amoris velamento. In degustatione tuae suavitatis vivens tradam spiritum, ut in te, o dulcis amoenitas mea,

CAPÍTULO XX

Cuán íntima y estrecha es la unión del alma
en gracia con su Dios.

1. En esta vida no podemos alcanzar la unión perfecta del alma con Dios, pero podemos gustar anticipadamente de su presencia misteriosa e íntima en nuestro espíritu.

2. El grado más elevado de oración infusa es la unión inmediata, sin formas ni imágenes intermedias del alma con Dios, que se verifica cuando, reconcentrando todas sus potencias, se sumerge en el abismo de la Bondad divina, embriagándose en su luz purísima y en su amor ardiente, de tal suerte que se olvida de sí misma y de todas las cosas creadas.

En esta unión el alma adquiere, por gracia lo que Dios tiene por naturaleza y, abismándose en El, se hace *deiforme*. Dios la atrae de tal manera que la penetra y transforma de modo sobrenatural, y por esta unión, elevada sobre sus debilidades, inclinaciones y variaciones naturales, es purificada, ilustrada y elevada sobre todas sus facultades, de tal modo que entonces su manera de obrar es completamente divina.

a memetipsa transiens suaviter vadam, in amplexus tuos cadam, et in melliflui amoris tui osculo véraciter sepeliar. Involve me sindone charae redemptiois; condito me aromate tuae preciosae mortis; reponere me in marmoream tumbam tui transla-neati cordis, abscondens me sub lapide dulcissimi respectus tuae mellifluuae faciei, ut in aeternum sit tibi cura mei. Ibi, ibi, dilecte mi, sepeliar in tua paternae dilectionis praedulci umbra. Requiescam, requiescam, requiescam in tuae preciosae et vivae amicitiae sempiterna memoria. Eia, eia in te, o fortis amor, exarescat caro mea; in te, o vitalis amor, expret vita mea; in te o dulcis amor, incineretur tota substantia mea, et in mellifluo lumine vultus tui requiescat in aeternum anima mea. Amen.
(Sta. Gertrudis.)

3: «El que se une a Dios se hace un espíritu con El», dice San Pablo (1). Este era el gran deseo de Jesucristo, cuando al celebrar la última cena con sus discípulos, dijo: «¡Oh Padre santo! que ellos sean uno en nosotros como Yo y Vos somos uno», teniendo una sola voluntad (2). Esta unión consiste en el amor que transforma al alma en Dios en cuanto al modo de pensar y de querer, pero no en cuanto a la naturaleza. Y esto debe entenderse siempre que se hable de la unión y transformación del espíritu en Dios, unión por amor y caridad, no unión de naturaleza; porque así como una piedra no puede unirse al hombre de tal manera que aquélla pueda llamarse hombre; así tampoco podrá cambiarse la naturaleza humana en divina, y afirmarlo sería una herejía, pues por mucho que el alma se eleve y una a Dios, habrá siempre una distancia infinita entre la naturaleza divina y la humana.

4. Teniendo esto en cuenta, pondremos algunos ejemplos y comparaciones para explicar esta unión, si bien disten tanto de la realidad, como el tamaño del granito de mostaza si se compara con el universo.

En primer lugar podemos comparar esta unión a la que hay entre la rama y el árbol en el cual se injerta, teniendo la misma savia y alimentándose del mismo jugo de la tierra; porque también el alma unida a Dios participa de su gracia y de su amor, haciéndose un espíritu con El y participando de su misma vida; en tal estado tiene más de divina que de humana, del mismo modo que sus obras. Esta unión es más íntima que la del cuerpo y el alma, y supera toda otra unión natural.

En segundo lugar, podemos comparar esta unión a

(1) «Qui autem adhaeret Domino unus spiritus est». (I. Cor. VI, 17.)

(2) «Pater sancte, ut omnes unum sint, sicut tu, Pater, in me, et ego in te, ut et ipsi in nobis unum sint». (S. Juan, XVII, 11 y 21.)

la de una gota de agua derramada sobre el vino, al cual se une de tal modo que adquiere sus mismas propiedades como olor, color, sabor, etc. Así el alma sumergida en el abismo de la bondad divina, aun cuando conserva su propio ser, sin embargo, sus potencias se hacen como divinas, al modo que los planetas, aunque sean opacos, se hacen luminosos cuando son alumbrados por el sol.

Además, así como el hierro, puesto al rojo, cambia su frialdad y su color, sin perder su propia naturaleza, y se vuelve luminoso y caliente, así también el alma penetrada de Dios, se transforma y adquiere nuevas propiedades que no tiene por su naturaleza.

Por último, así como la luz del sol penetra el aire y el cristal, de tal modo que nuestra vista no puede distinguir la una del otro, y sin que pierdan su propio ser, todo se confunde a nuestros ojos, así también la unión del alma con Dios puede ser tan íntima, que no sea posible ver aquélla sin contemplar al mismo tiempo a Dios, aunque por otra parte no haya ella perdido su propia naturaleza. ¡Tanta es la fuerza con que Dios atrae las almas hacia sí!

5. En esta unión se llega a gustar el agua de los divinos consuelos en su mismo manantial, en toda su pureza, en toda su frescura y suavidad. ¡Cuánto goza el alma al pie de esta divina fuente! Aquí se sumerge con todo lo que tiene y puede, deseando saciar por completo la gran sed que la devora, pero que no puede satisfacer en este mundo, y así como el agua derramada penetra en la tierra, así el alma se esfuerza por entrar y penetrar en Dios.

Entonces se realiza aquello que dice la esposa de los Cantares: «El rey me introdujo en la bodega y ordenó en mí la caridad» (1). Verdaderamente que

(1) «Introxit me in cellam vinariam; et ordinavit in me charitatem». (Cant. II, 4.)

Dios ha preparado convenientemente el alma, guiándola y conduciéndola por caminos admirables hasta llegar al abismo de su amor. Lo que allí experimenta sobrepuja los sentidos y la razón no lo comprende, porque es como un gusto anticipado de la gloria. Son cosas que se sienten, pero no se pueden explicar. La mente recoge entonces todas sus potencias y sentidos para contemplar la Verdad increada y la luz divina, viéndose tan adornada de gracias y virtudes por su Dios, que no se puede comparar su belleza con las flores más hermosas de la primavera, y el perfume que exhala no tiene mezcla de veneno alguno, porque entonces la serpiente infernal nada puede ya contra ella.

Mirad cómo se alegran los montes y los valles, las flores y las plantas, cuando amanece y sale el sol. Pues ¿qué alegría no inundará el alma que ve salir y levantarse en su horizonte al verdadero Sol, sin nubes ni nieblas que lo empañen, para inundarla y bañarla toda en sus resplandores? Dichosa el alma que goza de los beneficios de esta luz, si no continuamente, al menos de cuando en cuando.

6. ¿Qué le ocurre al hombre que goza de esta unión? Siente un profundo anonadamiento de sí mismo y una completa abnegación de su propia voluntad, de su inteligencia, de su manera de ser y de vivir; de tal modo se abisma en Dios y en esta gran humildad, que quisiera anonadarse por completo, creyéndose indigno de ser una criatura racional y aun de mirar y contemplar la imagen del crucifijo.

Mas así como el sol, levanta la humedad de la tierra hacia el espacio, así también Dios atrae al alma humillada, asemejándola a sí por la gracia; pero después vuelve a hundirse en su propio ser, considerándose inferior a todos los hombres, del mismo modo que el agua cuando hierve se levanta y se derrama.

mas cuando se le quita el fuego, vuelve a descender en el recipiente que la contiene.

Entonces siente inflamarse como nunca su corazón en amor al Verbo encarnado y a los sufrimientos de la Pasión de Jesucristo, de tal modo que le parece nacer a nueva vida, y de hecho empieza a ejercitarse en todas las virtudes y prácticas de piedad. En el exterior estas almas semejan negros sarmientos de vid, duros, secos y bastos, que sólo parece sirven para ser quemados en el fuego; pero en su interior se esconden los vasos llenos de rica savia que ha de producir fruto más exquisito que todos los otros árboles. El mundo los considera inútiles, despreciables y vulgares, porque los ve humildes, sencillos y modestos; no brillan por sus grandes obras, ni por su elocuencia, ni por sus prácticas extraordinarias, teniéndose a sí mismos por miserables, y, sin embargo, ¡quién pudiera ver y admirar la gran corriente y actividad de vida espiritual que encierra su interior!

7. Pero antes que se realice esta feliz unión, la naturaleza tiene que sufrir muchas muertes, y es necesario dejarse conducir por Dios a través de caminos ásperos y difíciles para purificarse, porque las gracias extraordinarias no se alcanzan sin gran sacrificio: mas después de esta muerte, surgirá en el alma verdadera vida nobilísima y fecunda. ¿Quién dejará de aceptar tal muerte para disponerse a vida tan feliz?

Para ello se necesita, de nuestra parte, renunciar a todo consuelo humano y terreno y a cuanto no es absolutamente necesario al cuerpo o al espíritu, porque para poseer al Creador hay que abandonar las criaturas; para gozar de la intimidad de Dios, hay que dejar las intimidades humanas. Todo muro que nos separe de El, debe derribarse, porque quiere ocupar El solo nuestra morada sin compartirla con nadie. Así, pues, el verdadero camino que nos conducirá a

la unión con Dios, será una renuncia completa de sí mismos, hecha con un amor puro y desinteresado en todas nuestras obras, que sólo deben buscar la gloria y el honor de Dios, y ofreciéndole todo cuanto recibamos de su mano liberal, ya sea bueno o malo, dulce o amargo, de donde quiera que proceda y sin reservas de ninguna clase. Cuando el hombre consigue de esta suerte romper los lazos que le retienen unido a las criaturas y superarlos todos, entonces podrá llegar libremente a la contemplación perfecta, pero sin pretender volar antes que nazcan las plumas.

8. Además es necesario mantener el espíritu en gran recogimiento, concentrando en lo posible sus potencias y sentidos, y evitando toda disipación. Así como el tirador, cuando quiere acertar en el blanco, cierra uno de los ojos para mirar mejor donde quiere dar, así también es necesario concentrar las potencias que proceden del alma, como las ramas del tronco, en una sola *cosa*, y esto porque la actividad humana es limitada, puesto que el alma obra por los sentidos, y debemos sustraernos de éstos en lo posible, concentrando en Dios la atención del espíritu, para recibir mejor las influencias de la eterna Verdad.

9. Mas, sobre todo, es necesario la acción de la gracia, porque esta unión no se alcanza con el trabajo propio, ni con las disposiciones naturales, sino que es efecto de la transformación sobrenatural que obra Dios en el alma y que le concede por pura bondad. Si el Señor no llama nuestro espíritu por las elevadas sendas de la contemplación, conformémonos con las vías ordinarias que también conducen a la santidad, dejándose guiar en todo por las sanas doctrinas de la Iglesia.

10. Por lo tanto, nadie debe desanimarse, porque todos somos llamados a unirnos con Dios por la caridad, y para ello debemos observar y tener muy pre-

sente los cuatro puntos siguientes: *Primero*, procurar siempre el recogimiento del espíritu aun en medio de múltiples quehaceres y negocios. *Segundo*, vivir presente en nuestro interior como en una perpetua morada. *Tercero*, cuidar siempre de imitar nuestro divino modelo Jesucristo, en la humildad, en la obediencia, mansedumbre, paciencia, en los sufrimientos, perdón y disimulo de las faltas ajenas, amando a nuestros prójimos en Dios. Y *cuarto*, constante abnegación de sí mismo. Evitemos, además, en lo posible todas las faltas, frecuentemos el trato de los buenos, y seamos constantes en la oración y meditación.

CAPÍTULO XXI

Del inmenso gozo del cielo.

1. Después que el amorosísimo Jesús, acompañado de sus discípulos, subió al monte Olivete, y les reprendió por su debilidad en la fe, a pesar de haber estado tanto tiempo con ellos, los bendijo y ante su vista se elevó hacia los cielos (1). Seguramente que tras del Maestro irían con gran pena los corazones de sus hijos que quedaban aquí en la tierra, pues allí donde está nuestro tesoro está el corazón (2).

2. Con su admirable Ascensión a los cielos, quiso Jesucristo atraer hacia sí toda la atención de sus discípulos, de tal modo que en adelante no tuvieran apego ni afecto, ni gusto alguno a las cosas terrenas, sino que todo su amor, todo su afecto, todos sus pensamientos y todo su consuelo lo pusieran en el cielo (3).

(1) «Exprobravit incredulitatem eorum et duritiam cordis; et postquam locutus est eis, assumptus est in coelum». (Marc. XVI, 14 y 19.)

(2) «Ubi est enim thesaurus tuus, ibi est et cor tuum». (Mat. VI, 21.)

(3) «Nostra autem conversatio in coelis est». (Filip. III, 20.)

¿Cómo pudiera ser de otro modo, siendo El nuestra cabeza y nosotros sus miembros, y habiendo subido a prepararnos una morada? Por eso debemos decirle con la esposa de los Cantares: «Traedme en pos de ti» (1). ¿Quién podrá, por lo tanto, impedirnos el seguimiento de nuestra cabeza, habiendo dicho aquellas palabras: «Subo a mi Padre y a vuestro Padre»? (2). Con ello dió a entender que su felicidad y su gloria, son también nuestra gloria y nuestra felicidad.

3. Levanta, pues, tu frente, alma mía, y olvidando ahora tus penas, fija tu mirada en aquella patria celestial, diciendo con el Salmista: «¡Qué amables son tus moradas, oh Señor de las virtudes!» (3). En esta verdadera patria, Dios te tomará en sus brazos, sacándote de este destierro y llenándote de todas sus riquezas. Estas consistirán en la clara visión de lo que ahora crees por la fe, en la posesión de lo que ahora esperas, y en el gozo perpetuo de lo que ahora amas. Entonces serás adornada con la vestidura de la gloria, y exteriormente con la claridad del cuerpo que le hará más brillante que el sol, ligero, sutil e impasible. Allí se le dará aquella gloria particular que recibirán por sus heroicas acciones los grandes doctores, los mártires invencibles y las vírgenes puras y santas.

4. Cuando el siervo bueno y fiel entra en el gozo de su Señor (4), entonces, olvidado de sí mismo, se verá como abismado y sumergido en la bienaventuranza, y de tal modo unido a su Dios, que será como la gota de agua derramada sobre el vino con el cual se une, adquiriendo sus mismas propiedades. Enton-

(1) «Trahe me post te». (Cant. I, 3.)

(2) «Ascendo ad Patrem meum et Patrem vestrum». (S. Juan, XX, 17.)

(3) «Quam dilecta tabernacula tua, Domine virtutum!» (Salm. LXXXIII, 2.)

(4) «Euge, serve bone et fidelis, intra in gaudium domini tui». (Mat. XXV, 21.)

ces se desvanecerán de modo admirable todos sus deseos y afectos humanos cambiándose en divinos, verificándose aquellas palabras del Apóstol: «Dios será todo en todas las cosas» (1), y no quedará nada del hombre que no sea transformado en Dios. No quiere decir esto que cambie su propia naturaleza humana; sino que tendrá otra forma, otra gloria y otras energías muy distintas de las que tiene en este mundo. Otra forma, porque el alma participará de la naturaleza y ser divinos, comunicándose y uniéndose íntimamente con Dios; otra gloria, porque el alma se verá penetrada del esplendor mismo de la Divinidad, y otras energías, porque le será comunicada la misma fuerza y poder de Dios, con quien está unida.

5. Considera, además, el gozo inexplicable que tendrán los santos al contemplar aquella divina esencia, en lo cual consiste la gloria esencial de los bienaventurados, y al comprender entonces el misterio de la Santísima Trinidad. En Dios hallarán toda la alegría, el poder, la hermosura, la verdad y cuanto pueden desear, gozando de todo esto por toda la eternidad y sin temor de perderlo jamás. Allí descubrirán cada día nuevas maravillas, nuevas verdades y nuevos motivos de alegría, porque Dios es torrente de agua viva que no se agotará por los siglos de los siglos.

6. En la medida en que los santos han amado y buscado a Dios en esta vida, sacrificándose por servirle, por alcanzar la virtud, y mortificar todas sus malas inclinaciones, en esa misma serán entonces recompensados, gozando de la Divinidad según las disposiciones particulares de cada uno. Y esta medida hay que buscarla, precisamente, en el grado de caridad que informe las obras, las palabras y toda nuestra vida. Por eso decía un sabio que, en el cielo alcan-

(1) «Ut sit Deus omnia in omnibus». (I. Cor. XV, 28.)

zaría más gloria una pobre mujercilla que haya vivido en mucha caridad y amor de Dios, que él con toda su sabiduría, si le faltaba la caridad. Esta es la razón porque la Virgen Santísima fué más perfecta que todas las criaturas, su santidad incomprendible a los mismos ángeles y su pureza sólo superada por el mismo Dios; alcanzando así una gloria tan grande en el cielo, que si todos los ángeles y santos pudieran distribuirse entre sí la milésima parte de lo que ella goza, serían mucho más felices de lo que ahora son.

7. Considera también la magnificencia de aquella eterna mansión donde habita el Señor, y donde le alaban juntamente la estrella de la mañana y los hijos de Dios (1). Allí están aquellos tronos brillantísimos de donde fueron arrojados los espíritus rebeldes, que serán ocupados por almas santas. Allí aquella hermosa ciudad guarnecida de oro por todas partes, brillando con multitud de perlas y piedras preciosas que la asemejan a un cristal luciente (2). Allí las rosas, los lirios y las flores hermosísimas en amenos jardines, allí una eterna primavera y alegría, nuevas y continuas efusiones de amor, dichas sin pesar alguno, felicidad sin hastío, seguridad sin temor y descanso eterno sin el más leve dolor.

8. Toda aquella multitud incontable de bienaventurados beberá a torrentes y sin saciarse jamás en el manantial vivo e inagotable de la Divinidad, contemplando sin cesar aquel espejo clarísimo de la Esencia divina, donde le serán manifestadas todas las cosas.

Contempla, además, a la Virgen Santísima, Reina de los cielos, que, llena de alegría y majestad, se cier-

(1) «Cum me laudarent simul astra matutina, et jubilarent omnes filii Dei». (Job. XXXVIII, 7.)

(2) «Ostendit mihi civitatem sanctam, habentem claritatem Dei, et lumen ejus simile lapidi pretioso tanquam lapidi jaspidis, sicut crystallum». (Apoc. XXI, 10 y 11.)

ne sobre todos los santos, inclinada amorosamente hacia su amado (1), rodeada de flores, rosas y lirios de los valles. Mira cómo es exaltada por su divino Hijo, como nobilísima esposa del Rey de los cielos, admirando con su hermosura a los moradores celestiales; y para consuelo de tu corazón, mira cómo está allí constituida como intercesora ante el trono del Altísimo de todos los pecadores, y cómo ella, cual Madre de misericordia, dirige hacia ti y hacia todos los pecadores sus piadosos ojos, y cuán eficazmente protege e intercede por sus devotos y amados hijos.

9. Mira, además, con el entendimiento aquel ejército de serafines que arden de amor en la presencia de su Dios; la multitud de querubines que reciben del Señor los torrentes de aquella luz incomprendible, reflejándola en sí mismos y transmitiéndola a los demás; mira aquel triple ejército de las potestades, tronos y dominaciones, que cumplen fielmente en toda la naturaleza las leyes eternas y amorosas de la Providencia; y, por último, mira aquel coro numerosísimo de las virtudes, arcángeles y de ángeles, que, cual fieles servidores de Dios, cumplen todos sus mandatos en todas las partes del universo. ¡Cuánta hermosura, y qué orden tan admirable no hay en esta multitud incalculable de espíritus celestiales!

10. Dirige tu vista más allá, y mira la muchedumbre de los elegidos y de los hijos de Dios sentados en tronos resplandecientes, rodeados de gloria y honor incomparables; los mártires con sus vestiduras rojas y brillantes y la palma del martirio en sus manos; los confesores rodeados de inefable hermosura, las vírgenes resplandeciendo con su pureza y blancura deslumbradora, y todos los santos reflejando en sus almas los

(1) «Quae est ista quae ascendit de deserto deliciis affluens, innixa super dilectum suum». (Cant. VIII, 5.)

destellos y la felicidad de la gloria. ¡Oh cuán dulce compañía! ¡qué patria más dichosa! ¡felices los que han nacido en ella y los que en ella han de vivir por toda la eternidad!

11. Pregunta ahora a todos éstos dónde están los sufrimientos que soportaron con paciencia y por amor de Dios durante su vida; ¿dónde las ignominias y calumnias que les obligaron a vivir con la cabeza inclinada, los ojos bajos y el rostro sonrojado? ¿Dónde las lágrimas de dolor derramadas en medio de la pobreza, de las enfermedades y de tantos quebrantos y trabajos? ¿Dónde están los que os injuriaron y ultrajaron, los que os ofendieron y vejaron? ¿Dónde están los suspiros, los gemidos y las quejas que se escapaban bajo el peso del dolor y del sacrificio? ¿Dónde las luchas y combates incesantes contra los enemigos? Todo esto se acabó, y ahora sólo resuenan dulcemente en vuestros oídos aquellas palabras: «Venid, benditos de mi Padre, a poseer el reino que os está preparado desde el principio del mundo» (1). Ya cesaron las fatigas, los trabajos, las penas y los dolores, como si todo hubiese sido un sueño que se desvanece. ¡Oh, Señor! cuán ocultos y escondidos son para el mundo vuestros juicios (2).

Aunque fuera posible reunir en una sola todas las inteligencias, no se podría apreciar debidamente la gloria, la dicha, el poder y la excelencia de que gozan por siempre los bienaventurados. Aquellos príncipes, reyes del cielo, hijos de Dios, cantan sin cesar en la mansión celestial aquellas palabras: «Gloria, salud, bendición y honor por los siglos de los siglos, desde el fondo de nuestras almas, a Aquel por

(1) «Venite, benedicti Patris mei, possidete paratum vobis regnum a constitutione mundi». (Mat. XXV, 34.)

(2) «Quam incomprehensibilia sunt judicia ejus!» (Rom. XI, 33.)

cuya misericordia gozamos de todo esto por la eternidad» (1).

12. Sí, ésta es nuestra patria, donde está el verdadero descanso, la verdadera dicha, la vida sin fin, donde no hay sucesión de tiempo, ni pasado, ni futuro, sino que todo es presente: por eso mil años que han pasado y otros mil que pueden pasar, todo estará presente a los bienaventurados.

13. Pongamos, pues, nuestro corazón en aquella morada celestial, donde habrán de desaparecer todas las penas y dolores de esta vida al entrar en aquella divina claridad, y vivamos allí con el pensamiento y el deseo; su memoria nos hará llevadero este destierro y convertirá en amargura la alegría del mundo. Al mismo tiempo veremos transformarse en rosas las espinas, regadas con el suave rocío de este recuerdo celestial, de modo que nos será indiferente lo mismo la alegría que el dolor.

No nos desanimemos por los trabajos y aflicciones de ahora. Pensemos en aquellas almas que, mientras vivieron en este valle de lágrimas, sufrieron entre las espinas y abrojos, mas ahora cantan eternas alabanzas por toda la eternidad, sumergidas en el océano de la claridad divina, y esta misma felicidad nos espera ayudados por la gracia de Dios. Desde el feliz momento en que aparezca a nuestra vista aquel rostro divino, todo mal habrá cesado para nosotros.

14. ¡Oh Señor! ¿cuándo llegará este día? ¿cuándo esa hora dichosa en que, abandonando este destierro, pueda contemplaros y amaros para siempre? Deseo, como el Apóstol, que se disuelva pronto este cuerpo para estar con Cristo (2). ¿Por qué se dilata tanto esta hora en que

(1) «Benedictio, et claritas, et sapientia, et gratiarum actio, honor, et virtus, et fortitudo Deo nostro, in saecula saeculorum». (Apoc. VII, 12.)

(2) «Desiderium habens dissolvi, et esse cum Christo». (Filip. I, 23.)

mi corazón descanse enteramente en Vos? ¡Oh triste destierro! ¡cuán amargo eres para quien de veras te conoce!

Vos sabéis, Dios mío, que es muy difícil encontrar sobre la tierra algo en que pueda descansar y reposar el corazón, y que Vos sólo sois el que ama y busca mi alma; todo lo demás que veo y encuentro me causa dolor, y la misma presencia de los hombres me es amarga, a no ser cuando media vuestro honor y gloria. El mundo es para mí un destierro; dentro de mí no veo más que pecado, dolor, inconstancia y flaqueza, pero sobre mí veo el cielo para el cual he sido predestinado como lo espero. Por eso clamaré con el Profeta: «¡Oh dolor! cuánto se prolonga mi destierro. ¿Cuándo vendré y apareceré ante la cara de mi Dios?» (1).

CAPÍTULO XXII

Cómo debemos alabar a Dios incesantemente.

1. Alabar al Señor, es el acto más excelente y que con más contento y alegría cumplen los ángeles y los santos en el cielo, y los justos sobre la tierra.

2. La razón de esta alabanza, por nuestra parte, está en que El nos ha creado y dotado de inteligencia, sometiendo a nuestro dominio todas las criaturas de este mundo, y poniendo a nuestro servicio los mismos ángeles del cielo. En su amor por el hombre, tomó nuestra propia carne para instruirnos en el camino de la santidad, nos mereció infinitas gracias con sus méritos y trabajos, nos redimió con su dolorosa muerte, y nos prometió a sí mismo y a su reino en recompensa.

Queriendo borrar nuestros pecados, satisfizo por ellos con su propia sangre, derramando sobre nues-

(1) «Heu mihi, quia incolatus meus prolongatus est!» (Salm. CXIX, 5.) «Quando veniam, et apparebo ante faciem Dei?» (S. XLI, 3.)

tras almas los tesoros infinitos de su gracia y de su amor, e instituyó los sacramentos para remedio de nuestra flaqueza. Y antes de partirse de este mundo, nos dejó en el Santísimo Sacramento su propio cuerpo y su preciosa sangre en alimento y bebida de nuestras almas, para saciar todos nuestros deseos.

3. Por eso debemos alabar a Dios con todo el corazón, con toda el alma, con todas nuestras potencias y afectos, con palabras y obras, prestándole interior y exteriormente nuestra rendida adoración. Quien no le alabe en esta vida, permanecerá mudo por toda la eternidad.

4. Alabémosle igualmente en las penas y en las alegrías, en los sucesos prósperos del exterior y de nuestro interior, cualquiera que sea su causa y de donde quiera que vengan, todo debemos ofrecerlo a Dios en agradecimiento de sus beneficios. Devolvamos, pues, todas las cosas a su primer principio de donde han salido, refiriendo a El también nuestra propia nada. En Dios debe nacer y fructificar la verdadera alabanza como en su primer origen.

5. El hombre espiritual, halla a Dios lo mismo en los buenos que en los malos, alabando en los primeros la acción de la gracia, y en los segundos la de la justicia divina y su bondad y paciencia, que siempre les espera para que se arrepientan. No menos deben estimularnos a glorificarlo nuestros amigos y favorecedores, que nuestros adversarios y enemigos, teniendo la firme convicción de que Dios todo lo dispone y ordena para nuestro bien, y así le hallarás en todos los hombres.

6. Las mismas tentaciones del enemigo podemos convertirlas en alabanza de Dios, diciéndole: «Señor, siempre que me vea tentado contra mi voluntad de malos pensamientos sugeridos por el demonio, ofrézcasos de buen grado la alabanza eterna que este mismo

espíritu debiera tributaros, si perseverara en vuestra gracia, y ojalá fuera digno de sustituirle en el cielo: De este modo, la misma tentación nos ayudará a alabar a Dios, y se realizará aquello de San Pablo: «Que todas las cosas se convierten en bien para los que aman a Dios» (1), aun las mismas tentaciones.

7. Más fácil te será referir a Dios todo cuanto ves y oyes, de modo que cuando se ofrezca a tu vista una multitud de seres cualesquiera, o alguna cosa que captive la vista con su hermosura, di en lo íntimo de tu corazón: «Que los espíritus celestiales os bendigan y agradezcan por mí el haber creado estas cosas, y que los diez mil millones de ángeles que asisten en vuestra presencia (2), os presenten mis alabanzas.»

«Cuando canto en la Misa, decía el Bto. E. Susón, aquellas palabras, *sursum corda*, levantad vuestros corazones hacia Dios, reúno en torno de mi espíritu todas mis facultades, mis fuerzas y todo cuanto soy y tengo, y llamo por su nombre en mi alrededor a todas las criaturas del cielo y de la tierra, a los pájaros del aire, a los peces del mar, a los animales del campo y de la selva, la hierba de las praderas, las arenas del mar, el polvo de los aires, las gotas del agua, del rocío y de la lluvia, los copos de la nieve, para que todas ellas dirigidas por mí, canten un himno de gloria y alabanza al Creador de todo por la eternidad. Entonces extendiendo amorosamente los brazos del alma hacia la multitud innumerable de las criaturas para excitarlas, como un maestro de canto, a entonar con alegría y entusiasmo desde el fondo del corazón aquellas palabras: *sursum corda*.»

8. Ninguna cosa en la tierra se asemeja más al

(1) «*Diligentibus Deum omnia cooperantur in bonum*». (Rom. VIII, 28.)

(2) «*Millia millium ministrabant ei, et decies millies centena millia assistebant ei*». (Dan. VII, 10.)

cielo, como el canto de las divinas alabanzas. Por ellas se eleva el alma hacia Dios, se alivian las penas y sufrimientos, los demonios se ahuyentan, Dios está en medio de los que le bendicen y les acompañan los mismos ángeles. La alabanza divina edifica a nuestros prójimos, alegra el espíritu y a los santos del cielo.

9. Hay algunos que alaban a Dios sólo con la boca pero no con el corazón; otros le bendicen cuando les suceden cosas prósperas y felices, mas no en medio de la adversidad, y estas alabanzas no pueden ser gratas al Señor. Lo que le agrada es que, lo mismo en el dolor que en la alegría, en medio de la tribulación o de la felicidad, le bendigamos con el corazón, con las palabras y con las obras, porque entonces no tenemos en cuenta nuestro interés sino el honor de Dios.

10. «¡Oh alma mía! bendice al Señor: le alabaré por toda mi vida» (1). ¿Quién podrá saciar antes que muera, los deseos de alabar a Dios que siente mi corazón? ¡Ojalá pudiera tributar durante mi vida, digna alabanza a quien tanto amó mi alma! ¡Ah! entonces mi corazón, agradecido, entonaría tantos cantos como han resonado desde el principio del mundo, y tantas alabanzas elevadas hacia el trono de la majestad de Dios, alegrando los espíritus celestiales, como hojas hay en los árboles y hierbas en los campos.

Alábetse, Señor, el firmamento, cuando brilla en toda su magnificencia iluminado por el sol, y cuando aparece por la noche sembrado de incontables estrellas y astros luminosos. Alábetse la tierra con toda la pompa y hermosura con que se adorna en el verano, y alábetse también todos los deseos puros, los dulces pensamientos de los santos, a Vos, sol de toda belleza y de toda justicia.

(1) «Lauda, anima mea, Dominum. Laudabo Dominum in vita mea». (S. CXLV, 2.)

11. ¡Señor! cuando quiero pensar en tus alabanzas, la mente desfallece, me falta la palabra, y el corazón se derrite de amor en mi pecho. Al bendecir a un Bien infinito como Vos, mi alma siente un no sé qué de luz y de calor inexplicables. Superas de modo infinito la excelencia y hermosura de las criaturas más bellas y de los más elevados espíritus, y en el abismo profundo de vuestra bondad mi alabanza se pierde y desvanece como la nada!

Sin embargo, cuando veo la hermosura y amabilidad de las criaturas, me dicen cuán hermoso y amable sois Vos que las habéis creado, y los cielos, la tierra, los abismos, los montes y los valles, el admirable orden con que habéis dispuesto las cosas, todos me invitan a alabarte y cantan vuestra gloria. Mas cuando pienso que Vos, bondad infinita, habéis escogido mi alma haciéndola objeto preferido de vuestro amor, mi corazón debiera deshacerse en vuestra alabanza y estallar de amor.

12. El Profeta ha dicho: «La alabanza es propia de los justos» (1), y por eso yo reconozco Dios mío, que más bien que alabaros debo pedir os misericordia y perdón de mis pecados: mas, por otra parte, sé que no desdeñáis las alabanzas de este pobre gusanillo de la tierra, y si sólo puedo cantar como las ranas, haré como ellas lo que pueda para contribuir también a vuestra gloria. Aunque todos los querubines y serafines, unidos a la multitud de los espíritus celestiales, os alaben con todas sus fuerzas, ¿qué es todo eso para vuestra excelsa Majestad y para vuestra infinita omnipotencia, sino comparable a la alabanza de la menor de las criaturas? Así como sería vano perseguir el viento y la sombra, así lo es pretender el tributaros gloria y honor dignos de vuestra inconmensurable excelencia:

(1) «Rectos decet collaudatio». (S. XXXII, 1.)

Sin embargo, tanto yo como las demás criaturas, podemos y debemos alabaros según nuestras propias fuerzas, sin que ninguna, por pequeña e insignificante que sea, pueda excluirse de este universal concierto, pues a todos os mostráis como merecedor de su adoración, y tanto más cuanto mayor y más estrecha sea vuestra unión con ellas. Os alabaré, pues, con el alma y con el corazón, porque más que a las palabras miráis a los sentimientos; un suspiro, salido de lo íntimo del corazón, lo escuchas mejor que una gran gritería, y un sentimiento humilde de abnegación y reconocimiento de la propia miseria, suena mejor a vuestros oídos que una música suave y delicada. Aquel que dirige a Vos todas sus acciones, que evita el pecado y trabaja por ser virtuoso, os alaba sin cesar y su alabanza no tendrá fin.

13. Concededme, Dios mío, que en todo tiempo se eleve hacia Vos una fervorosa alabanza desde mi corazón, como una llama brillante de amor que abrase mis labios, inflame mi oración, mi canto, mis pensamientos, mis palabras y todas mis acciones. Que me defienda de mis enemigos, que borre mis faltas y pecados, y que me haga digno de vuestra gracia y misericordia en mi última hora, a fin de que estas alabanzas, comenzadas en la tierra, se continúen por toda la eternidad. Amén.

CAPÍTULO XXIII

Completo abandono de sí mismo en Dios.

1. ¡Señor! yo no os pido que me deis sufrimientos, ni deseo merecerlos, pero me abandono enteramente en Vos, y estoy dispuesto a sufrir cuanto sea necesario por vuestra gloria. Si queréis que viva como el hombre más despreciado del mundo, así lo quiero yo tam-

bién para amaros y glorificaros, confiando en vuestra gracia. Si los hombres me acusaren del mayor de los crímenes y me escupieran por desprecio en el rostro, lo sufriría con gusto por Vos, con tal que fuese inocente a vuestros ojos; y siendo culpable, también lo soportaría para glorificar vuestra justicia mil veces preferible a mi propio honor, deseando tributaros con ello una gloria especial, y diciendo con el buen ladrón en la cruz: «Señor, yo sufro por mis crímenes, pero Vos ¿qué habéis hecho? Acordaros de mí, cuando estuvieres en tu reino» (1).

2. Si queréis, Dios mío, quitarme la vida en este momento con tal de daros gloria, no me resistiría lo más mínimo, ni pediría un instante de dilación para ello. Si, por el contrario, queréis darme una vida tan larga como la de Matusalén, sólo deseo que en todos los años, los meses, los días, las horas y los segundos, os rinda una alabanza y gloria mayor de la que tenéis en el cielo en medio de los esplendores de la santidad (2), y que fuesen tantas mis alabanzas como átomos de polvo se ven en el aire iluminado por el sol, para de ese modo llenar y cumplir mis deseos de servirlos con todas mis fuerzas. Disponed, pues, de mí según vuestro divino beneplácito, que será también el mío.

3. ¡Señor! más aún. Si desde ahora dispusieras para vuestra gloria, que sufriera las penas del purgatorio por espacio de muchos años, me rendiría sumiso a vuestra voluntad, y alabaría aquellos tormentos que habían de servir para glorificaros. Porque a Vos, Señor, es a quien busco, a quien amo, por quien suspiro, y no a mí. Vos, que conocéis todas las cosas, escudri-

(1) «Et nos quidem juste, nam digna factis recipimus; hic vero nihil mali gessit. Domine, memento mei, cum veneris in regnum tuum». (Luc. XXIII, 41 y 42.)

(2) «In splendoribus sanctorum». (S. CIX, 3.)

ñáis también mi corazón, y sabéis que este mi propósito no es vano. Obrad, pues, en mí, Dios mío, conforme os plazca todo aquello que ha de servir para glorificaros, y no cese de alabaros mientras tenga aliento mi corazón. Cuando haya enmudecido mi lengua, permitidme que, al menos, con algún gesto pueda confirmar y ratificar este mi deseo de alabaros. Y cuando ya mi cuerpo esté convertido en cenizas, quisiera que cada átomo de aquel polvo os ofrezca una alabanza infinita que, traspasando la fría losa de mi sepulcro, se eleve hacia el trono de vuestra Majestad hasta el día del juicio final, en que se han de unir el alma y el cuerpo para alabaros juntamente. Amén.

F I N

ÍNDICE

	Pág.
DEDICATORIA	5
PRÓLOGO DEL TRADUCTOR.....	7
BIBLIOGRAFÍA.....	21

PRIMERA PARTE

VÍA PURGATIVA

CAPÍTULO		Pág.
—	I. El último fin de la criatura.....	25
—	II. Depravación de nuestra naturaleza....	29
—	III. Por qué debe ser temido el pecado mortal.....	34
—	IV. De la muerte repentina.....	40
—	V. Del juicio de Dios.....	46
—	VI. De la pena eterna del infierno.....	51
—	VII. Del daño del pecado venial.....	56
—	VIII. Del Purgatorio.....	59
—	IX. Con cuánto cuidado debemos evitar la tibieza.....	61
—	X. Del humilde conocimiento de si mismo.	68
—	XI. Cuán infinita sea la misericordia de Dios.....	74
—	XII. Del infinito amor de Dios en la obra de la Redención.....	79
—	XIII. Del verdadero arrepentimiento.....	85
—	XIV. Súplica y llanto del alma arrepentida.	89
—	XV. De la confesión.....	92
—	XVI. Del verdadero espíritu de penitencia..	95
—	XVII. Del dominio de nuestra naturaleza animal.....	98
—	XVIII. De la lucha del principiante.....	102
—	XIX. Cuán engañoso es el amor del mundo.	107
—	XX. Utilidad de las tentaciones.....	112

CAPÍTULO	XXI. De las armas contra la tentación.....	114
—	XXII. De la inconstancia.....	119
—	XXIII. Cómo distinguir la verdadera de la falsa conversión.....	122
—	XXIV. Necesidad de la oración.....	127
—	XXV. Condiciones de la buena oración.....	131
—	XXVI. Cómo nos debemos portar durante el día.....	135
—	XXVII. Plegaria a la clementísima y purísima Virgen María.....	137

SEGUNDA PARTE

VÍA ILUMINATIVA

SECCION PRIMERA

CAPÍTULO	I. Cristo nuestro modelo.....	143
—	II. De la vida interior.....	149
—	III. Del primer medio para conservar el recogimiento: soledad exterior y silencio.....	154
—	IV. Del segundo medio para conservar el recogimiento: soledad interior y frecuente mirada hacia el corazón.....	159
—	V. De las dos banderas.....	162
—	VI. Elogio de la humildad.....	164
—	VII. Caracteres de la verdadera humildad.....	169
—	VIII. Apariencia y realidad.....	173
—	IX. Medios y motivos para adquirir la humildad.....	176
—	X. De la virtud de la obediencia.....	180
—	XI. Cualidades de la verdadera obediencia.....	183
—	XII. La renuncia dolorosa de sí mismo....	186
—	XIII. Cómo en todas las cosas debemos ofrecer nuestra voluntad a Dios.....	192
—	XIV. De la virtud de la paciencia.....	197
—	XV. De la variedad y provecho de los sufrimientos.....	202
—	XVI. De la virtud de la mansedumbre.....	206
—	XVII. De las cualidades del amor al prójimo.....	211
—	XVIII. No juzgues si no quieres ser juzgado..	217
—	XIX. Bienaventurados los misericordiosos...	221

CAPÍTULO	XX.	Del amor a los enemigos	224
—	XXI.	De la limpieza y pureza de corazón...	228
—	XXII.	Del daño que causan las relaciones pe- ligrosas	233
—	XXIII.	Buscad primero el reino de Dios.....	236
—	XXIV.	De la recta intención en nuestras obras.	241
—	XXV.	De la polilla de nuestras buenas obras.	243
—	XXVI.	Del gran daño que causa el deseo de vanagloria	247
—	XXVII.	De cómo Dios llama hacia sí las almas por diversos caminos	252
—	XXVIII.	De cuán variada es la forma de la vo- cación divina	254
—	XXIX.	De la excelencia del estado religioso..	257
—	XXX.	De la pobreza de espíritu	261
—	XXXI.	Alabanza de la castidad	265
—	XXXII.	De cómo deben portarse los superiores.	268
—	XXXIII.	De la confianza en la amorosa provi- dencia de Dios	272
—	XXXIV.	De la confianza en Dios en la hora de la muerte	274
—	XXXV.	De la gran excelencia de la Reina de los Cielos	278
—	XXXVI.	Con cuánta firmeza debe combatir el que quiere ganar la corona del cielo.	284

SECCION SEGUNDA

CAPÍTULO	I.	Por Cristo en cuanto hombre a Cristo en cuanto Dios	289
—	II.	Del gran provecho de la meditación en los sufrimientos del Redentor	294
—	III.	De lo que precedió a la crucifixión...	299
—	IV.	De la inmolación sobre la Cruz	303
—	V.	Llanto de María	307
—	VI.	Coloquio del alma con Jesús bajado de la Cruz	311
—	VII.	Cómo debemos copiar en nosotros la imagen de Cristo crucificado	314
—	VIII.	Por qué Dios permite que sus siervos sufran tanto en este mundo	318
—	IX.	Del gran mérito y excelencia de las pe- nas temporales	325

CAPÍTULO	X. De la presencia de Jesucristo en el Santísimo Sacramento.....	330
—	XI. La sagrada Eucaristia Sacramento de amor.....	336
—	XII. De la preparación para la sagrada comunión.....	340
—	XIII. Plegaria del alma arrepentida antes de la comunión.....	344
—	XIV. Aspiraciones del alma después de recibir a su Amado.....	346
—	XV. Cómo debemos portarnos después de comulgar.....	348
—	XVI. De los frutos de la sagrada comunión.	351
—	XVII. De la comunión indigna y de los obstáculos que impiden el influjo benéfico del Sacramento.....	356
—	XVIII. De la frecuencia de la sagrada comunión.....	360
—	XIX. Cuán perjudicial es al alma vivir alejada de este Sacramento.....	365
—	XX. De los frutos de la Santa Misa.....	367
—	XXI. Cómo debemos asistir a este sacrificio.	370

TERCERA PARTE

LA VÍA UNITIVA

CAPÍTULO	I. Cuán amable es Dios.....	373
—	II. Las criaturas nos llevan a Dios.....	377
—	III. Cómo nuestro descauso está solamente en Dios.....	381
—	IV. Servir a Dios es reinar.....	386
—	V. Excelencia de la divina gracia.....	389
—	VI. De la preparación del alma para recibir la acción del Espíritu Santo en nosotros.....	394
—	VII. Excelencia del amor divino.....	399
—	VIII. Palabras amorosas del alma a su Amado	406
—	IX. De la verdadera devoción y oración mental.....	409
—	X. Dios se manifiesta a los humildes.....	414
—	XI. Cómo habla Dios al alma.....	418
—	XII. De la paz y de la guerra.....	423
—	XIII. Cómo se consigue la verdadera paz...	426

	<u>Pág.</u>
CAPÍTULO XIV. Del total abandono en Dios	431 —
— XV. Cómo Dios nos enseña en la escuela del verdadero abandono.....	436 —
— XVI. Del gran tesoro que halla el alma abandonándose en Dios.....	440 —
— XVII. De la aridez y desamparo espirituales.	444
— XVIII. De la tentación, de la tristeza y desconfianza en la misericordia de Dios.	449
— XIX. Cómo Dios prepara a sus amigos predilectos para unirlos consigo.....	453 —
— XX. Cuán íntima y estrecha es la unión del alma en gracia con su Dios.....	458 —
— XXI. Del inmenso gozo del Cielo.....	464 —
— XXII. Cómo debemos alabar a Dios incesantemente	471 —
— XXIII. Completo abandono de sí mismo en Dios.	476 —

